



CONECTADOS
AHORA Y SIEMPRE

S.M. AFONSO

TRILOGIA CONECTADOS

AHORA Y SIEMPRE

S.M. AFONSO

Copyright © 2017 por S.M. Afonso Todos los derechos reservados.
Publicado en España por S.M. Afonso www.autora
Publicado en España por S.M. Afonso www.autora

0000-0000-0 eISBN 000-0-0000-0000-0

Todo es ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del escritor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con una persona real, viva o muerta, eventos o lugares son completamente coincidencia Editado por AJ. García. Ilustraciones por Fotolia

Diseño de Portada por AJ. García.

Maquetado por AJ. García. Bubok

Publishing S.L. 2017

1ª Edición

DEDICATORIA

Para todos aquellos que han amado de manera intensa e incondicional. Esto es para todos vosotros.

Quiero dar las gracias muy especialmente a Anaïs García Valcárcel por su entrega y dedicación, y por hacer mi vida mucho más interesante y divertida. Esta trilogía nunca habría sido posible sin ti. Gracias.

Gracias también a las doctoras Karlina Rodríguez y María Alejandra Liendo por resolver siempre mis dudas. Gracias chicas. Y, por último, y no por ello menos importante, a ti, querido lector. Gracias.

S.M. Afonso

INDICE

<u>TRILOGIA CONECTADOS</u>	<u>3</u>
<u>TRILOGIA</u>	<u>3</u>
CONECTADOS	3
DEDICATORIA	5
<u>INDICE</u>	<u>7</u>
<u>CONECTADOS</u>	<u>13</u>
CAPÍTULO 01	15
CAPÍTULO 02	21
CAPÍTULO 03	33
CAPÍTULO 04	43
CAPÍTULO 05	49
CAPÍTULO 06	59
CAPÍTULO 07	65
CAPÍTULO 08	75
CAPÍTULO 09	85
CAPÍTULO 10	97
CAPÍTULO 11	105
CAPÍTULO 12	113
CAPÍTULO 13	121
CAPÍTULO 14	129
CAPÍTULO 15	135
CAPÍTULO 16	139
CAPÍTULO 17	151
CAPÍTULO 18	155
<u>ENLAZADOS</u>	<u>165</u>
PRÓLOGO	167
CAPÍTULO 04	189
CAPÍTULO 05	195
CAPÍTULO 06	201
<u> CAPÍTULO 07</u>	<u>205</u>
<u> CAPÍTULO 08</u>	<u>213</u>
<u> CAPÍTULO 09</u>	<u>219</u>
<u> CAPÍTULO 10</u>	<u>223</u>

CAPÍTULO	11		225
CAPÍTULO	12		229
CAPÍTULO	13		233
CAPÍTULO	14		243
CAPÍTULO	15		249
CAPÍTULO	16		253
CAPÍTULO	17		259
CAPÍTULO	18		261
CAPÍTULO	19		267
CAPÍTULO	20		273
CAPÍTULO	21		279
CAPÍTULO	22		281
CAPÍTULO	23		285
CAPÍTULO	24		291
CAPÍTULO	25		295
CAPÍTULO	26		301
CAPÍTULO	27		305
CAPÍTULO	28		309
CAPÍTULO	29		313
CAPÍTULO	30		317
CAPÍTULO	34		347
CAPÍTULO	35		353
CAPÍTULO	36		357
CAPÍTULO 37			367
CAPÍTULO 38			371
CAPÍTULO 39			379
CAPÍTULO 40			385
CAPÍTULO	41		391
CAPÍTULO	42		395
CAPÍTULO	43		411
CAPÍTULO	44		417
CAPÍTULO	45		423
CAPÍTULO	46		429
CAPÍTULO	47		435
CAPÍTULO	48		441
CAPÍTULO	49		447
CAPÍTULO	50		451

CAPITULO 51		455
ESPOSADOS		459
PRÓLOGO		461
CAPITULO 01		463
CAPITULO 02		467
CAPITULO 03		471
CAPITULO 04		475
CAPITULO 05		479
CAPITULO 06		483
CAPITULO 11		507
CAPITULO 12		511
CAPITULO 13		519
CAPITULO 14		527
CAPITULO 15		535
CAPITULO 16		541
CAPITULO 17		551
CAPITULO 18		557
CAPITULO 19		561
CAPITULO 20		567
CAPITULO 21		571
CAPITULO 22		577
CAPITULO 23		581
CAPITULO 24		585
CAPITULO 25		589
CAPITULO 26		591
CAPITULO 27		595
CAPITULO 28		599
CAPITULO 29		605
CAPITULO 30		609
CAPITULO 31		613
CAPITULO 32		617
CAPITULO 33		621
CAPITULO 34		627
CAPITULO 35		633
CAPITULO 36		639
CAPITULO 41		663
CAPITULO 42		671

CAPITULO	43	_____	675
CAPITULO	44	_____	681
CAPITULO	45	_____	687
CAPITULO	46	_____	693
CAPITULO	47	_____	697
EPILOGO		_____	705

CONECTADOS

Conectados 1

S.M. Afonso CAPÍTULO 01

La luz de esa mañana invernal, en pleno diciembre, formaba un resplandor hermoso en la piel clara e impoluta de la muchacha, que centrada en realizar bien su trabajo, permanecía ajena a cualquier cosa que sucediera a su alrededor... O a casi todo.

Enfrascada en el rompecabezas de dilemas familiares le pareció escuchar de fondo el rumor de una voz familiar.

—Ale, déjalo ya.

Inclinada, siguió removiendo la tierra donde plantaría algunas semillas que, junto con algunos cuidados, ayudarían a sus plantas a sobrellevar esa época del año mucho mejor.

—¡Alejandra! —Clamó más fuerte la voz—. ¿Es que no me escuchas?

Ale parpadeó, confundida, y miró a su izquierda, hacia la mujer que tenía a su lado y que le echaba una mano en esa tarea de jardinería. Idaira, su cuñada.

—Sí, Ida, sí que te escucho. Pero no sé a qué te refieres con «déjalo ya».

—Sabes que adoro esa parte obstinada que tienes. Es verdad que para muchos puedes, en ocasiones, resultar cansina; pero yo lo veo como una característica positiva de tu personalidad.

Se quitó los guantes de trabajo y resopló antes de seguir con su... ¿*sermón*?

Era difícil averiguarlo. Idaira era risueña, alocada y bastante sociable. Decir que todo aquello se trataba de una regañina era algo inviable, una especie de acertijo, y más cuando su rostro amable no mostraba más que afecto y preocupación.

Acercó al hombro de su cuñada una mano amiga y continuó:

—Cuando se te mete algo entre ceja y ceja eres muy insistente, pero en esta ocasión me gustaría que no fueras tan terca. Déjalo estar de una vez por todas, mi pequeña cabezota. —Le sonrió con ternura.

Alejandra no apartó la mirada de esos ojos marrón—verdosos, siempre tan fraternales.

Vale, que esa mujer pudiera resultar en ocasiones, demasiadas, disparatada en su verborrea, pero conocía a la perfección el significado de palabras como amor, lealtad o la confianza. Y, sencillamente, hoy en día poseer todos estos valores era como una especie de prodigio, algo sobrenatural, y ella... Bueno, ella debía ser de otro planeta, porque aun sabiendo todo eso le gustaba;

necesitaba creer, que Idaira no era la única en atesorar dichos valores.

—No puedo hacer eso. No puedo mirar hacia otro lado y fingir que no pasa nada.

—¡Sí que puedes! —La interrumpió su cuñada—. Cuéntame una cosa, ¿cuántos días llevas intentando que te den algún tipo de información sobre Celia en esa empresa de Londres? —Arqueó una ceja y su gesto indicaba que era imposible colarle alguna mentirijilla, por muy piadosa que fuese—. ¿Cuántos, Ale?

Para evitar tener que reconocer aquella verdad, interrumpió el contacto visual y volvió a su faena con las flores. Al menos así no tendría que enfrentarse al análisis al que la estaba sometiendo su cuñada, observando todas y cada una de sus reacciones.

—Eso no importa, Ida. Hasta el momento no he tenido suerte, ¿y qué? Ni siquiera puedo enfadarme con las personas que amablemente contestan mis llamadas porque solo cumplen órdenes y las normas de la empresa. Por lo visto, su jefe es totalmente inflexible y un ogro refunfuñón adicto al trabajo —razonó ella, fatigada por los acontecimientos—. Estoy insistiendo para hablar directamente con él, pero es difícil. Parece ser un hombre bastante ocupado.

Pero claro que hablaría con ese señor. Más tarde o más temprano, pero lo haría. Si sus empleados no podían darle ningún tipo de información, entonces lo haría él.

—Sí, debe ser el típico madurito viejo verde amargado de la vida, absorbido por el trabajo y los líos de faldas —resolvió su hermana política, jugueteando con unas piedritas en actitud pensativa.

Conociéndola, las teorías conspiratorias se quedarían cortas en comparación con sus planteamientos.

—Tú como siempre, Ida, calando a las personas, ¿eh? —Alejandra puso los ojos en blanco.

—Ajá, creo que es como una especie de don divino. —Sus ojos resplandecieron animados.

—Me atormenta verte retraída. Tampoco es que seas una especie de loca viva —la—vida, pero como sé que no renunciarás a esa idea delirante de comunicarte con el viejo verde, te daré algunos consejos. —Chasqueó los dedos con gesto de brillante solución.

¡Allá vamos!, vaticinó Alejandra, interrumpiendo su trabajo y prestando atención a su entusiasmada cuñada.

—¿En serio? ¿Me vas a aconsejar sobre cómo amordazar y maniatar a un pobre ancianito?

—¡Sí, estás de suerte! —Parecía una chiquilla la mañana de Navidad antes de abrir su primer regalo—. Aunque en realidad te voy a enseñar cómo seducir a un Tutankamón.

Ocultando una sonrisa, Ale se encogió de hombros y asintió:

—Sí, soy muy afortunada por escuchar tus consejos y resucitar momias de sus sarcófagos.

—¡Exacto! —Se amoldó en su asiento en el suelo, lista para iniciar su asesoramiento—. Ahora, abre bien los oídos y memoriza cada una de mis palabras, cuñis.

Alejandra siguió el ejemplo de su efusiva amiga y se quitó también los guantes, dejándolos a su vera. Inspiró hondo y la animó, tolerante.

—Sorpréndeme.

—Lo primero, tenemos claro que el presidente, amo y señor de dicha empresa es un Tutankamón hombre, ¿verdad? —aceptó, con el ceño fruncido.

—Eso parece. A no ser que consideres que Valen Lemacks sea un nombre femenino y que sus empleados tengan una seria desorientación entre lo que podría ser un hombre o una mujer —observó Ale, divertida. Idaira la miró con semblante interrogante.

—¿Qué?

Poniendo los ojos en blanco nuevamente, Alejandra aclaró, burlándose:

—Me refiero a que se dirigen al susodicho o susodicha como faraón Lemacks, no como faraona Lemacks.

Una vez solucionado el primer dilema, Idaira rió de forma estridente antes, cómo no, de seguir con su faceta de asesora.

—Ah, bueno, a lo que íbamos... Como te decía antes, apostaría que se trata de un abuelito que se niega a reconocer que sus días de mandato han terminado y lo mejor que puede hacer es dejar paso a las nuevas generaciones y dedicarse, de aquí en adelante, a viajar con el IMSERSO y a tomar sol en algún lugar cálido, como aquí, en Canarias. Si le quedan ganas y el cuerpo le aguanta, intentar coquetear con alguna jovencita para evidenciar que sus días de playboy y en el poder habrán llegado a su fin, pero que aún goza de marcha en el body para seguir siendo el terror de las nenas. Supongo que así habrá sido durante toda su vida, porque no nos engañemos, Ale, con dinero, éxito y fama hasta el más feo se convierte en un príncipe. Sí, lo sé, la vida es así de enrevesada, de injusta...

¿Es que no le faltaba nunca el aire?, pensó Alejandra, haciendo una mueca.

—¿Has aprendido todo esto leyendo la Cuore ?

—¡Me encanta esa revista! Pero no, la de esta semana explicaba cómo deshacernos de ex novios llorones. ¡Así que chitón! Centrémonos en nuestro plan. —Su gesto pasó de golpe a dibujarse concentrado—. Después de tener claro todo esto...

—No, no lo tenemos claro. No creo que tus visiones paranormales sean fiables cien por cien —negó Ale, guardándose una vez más las ganas de romper en una risotada.

—¡Alejandra! —la reprendió.

—De acuerdo, ya me callo. Continúa.

Ale, cerrando los ojos, levantó la cabeza en dirección al cielo, despejado esa mañana. Los rayos de sol daban un matiz más claro a su cabello castaño oscuro, enrollado en una coleta para mayor comodidad.

Solo a ella le pasaba eso de terminar en conversaciones cada vez más inverosímiles. Debía ser karma.

Suspiró reconociendo que, en realidad, disfrutaba de esa parte singular de su cuñada y que la hacía única. Especial.

La cual, por otro lado, continuaba con lo suyo:

—Una vez que sabemos todo esto, sabes lo que tienes que hacer, ¿cierto? — Parecía que iba a estallar con tanto entusiasmo.

—Pues no, no sé lo que tengo que hacer. ¿Algo para no acabar en la cárcel? — respondió con una mueca que reflejaba con claridad: prepárate— para— lo— que—va—a—salir—por—esa—boquita.

—Cárcel, dice. ¡Exagerada! ¿Y qué más se podría hacer en estos casos? — interpeló, incrédula, como si fuera algo bastante obvio—. ¿Pues qué va a ser? ¡Flirtear! —finalizó, en forma de gran resolución.

Agrandando los enormes ojos de color marrón almendra, que parecían colarse sin permiso en las almas de las personas, Alejandra la miró sorprendida, pasmada.

—¿Flirtear? ¿Me estás hablando en serio? Tienes razón, no terminaré en prisión, ¡sino en un psiquiátrico como siga escuchándote!

—¿Quieres o no que Tutankamón te dé respuestas? —preguntó Idaira, irrefutable, entrecerrando los párpados.

—Sí, pero...

—¡Pero si se trata tan solo de seducirlo por teléfono, Ale! —recalcó su cuñada, cortando cualquier tipo de posible debate—. Y en cuanto tengas la información, adiós, muy buenas. Lo mandas de regreso a su sarcófago y san— se—acabó ¿A que es una idea estupenda? —Su cara volvía a estar iluminada

por ese brillo de auténtico triunfo.

Alejandra no pudo evitar soltar una carcajada ante tal ocurrencia. Definitivamente, sí que era única, particular y excepcional, esa alocada mujer que tanto quería. Si no fuera así, a esas alturas ya se estaría dando cabezazos contra la pared por sus ingeniosas maquinaciones.

—¿Cómo puede este mundo privarse de una consejera tan extraordinaria como tú, Ida? —Acercó su rostro a la mejilla de la esposa de su hermano y le dio un beso lleno de agradecimiento—. No es justo que tan solo yo pueda disfrutar de tus fantásticas e infalibles ideas.

—¿Verdad, cuñis? —Sus ojos chispearon de felicidad. Además de entrar a formar parte de su familia se había convertido también en su amiga. Su única amiga—. Oh, vaya, cuñadita, sabes que jamás te pondría en un aprieto, esto es una táctica inocente.

¿Táctica inocente?... , comenzaba a dudarle, pensó con sorna.

—No necesito toda esta trama para una simple y llana conversación telefónica con el señor Lemacks. Además, solo quiero saber que Celia está bien, y... —¿Por qué a sus veintiséis años era una estúpida, incapaz de romper del todo los lazos que, al menos para ella, aún la unían a su hermana? Tragó saliva—. Solo eso, me conformó con saber que a mi hermana no le ha sucedido nada grave y está bien.

—Solo lo haces en gran parte porque piensas que puedes traer un poco de sosiego y paz a nuestra familia —resolló Idaira, molesta. Llevó una mano al muslo de la joven y se lo apretó, cariñosa—. Ale, no es necesario, todos hemos aceptado hace mucho la realidad.

La realidad era que Celia, su hermana aunque no de sangre, ya que había sido adoptada, los estaba castigando. Y ni siquiera sabían por qué.

Si de algo era culpable su familia, era de darle un hogar real, donde jamás podría afirmar que vio desigualdad con el resto de hermanos. Si de verdad no quería saber absolutamente nada más de todos ellos, que al menos tuviera el valor de decírselo de frente y no los mortificara con ese silencio que duraba meses, sin tener pistas de su paradero. O al menos esto había sido así hasta que hacía unas semanas, una de las amigas de Celia le había facilitado, aunque a desgana, el nombre de la empresa en la que se suponía trabajaba en Londres. Pero había llegado demasiado tarde.

Su hermana ya no tenía ese empleo, y lo peor de todo era que nadie en ese lugar sabía o no quería darle ningún tipo de respuesta.

Clavó una mirada suplicante en Idaira.

—Unos días más, solo unos pocos días más. Y sino obtengo nada, lodejaré y no persistiré más.

Una vez dicho esto se puso en pie, sacudiéndose de sus pantalones holgados cualquier resto de tierra, y se encaminó hacia el interior del hogar familiar. Su casa.

¡De acuerdo, tu ganas, cuñis! —Cedió Idaira, con una mueca de pesar—. ¿Sabes lo que pienso, San Alejandra? —Observó a la aludida negar con la cabeza, sin detener su paso—. ¡Pienso, que este año en la Semana Santa le aconsejaré al párroco del pueblo que te saque a ti en procesión en lugar de la imagen sagrada! ¡Tal vez unas velitas y unos cuantos *Padre Nuestro* te alumbren el camino! ¡De momento, lo de virgen ya lo tienes! —gritó mucho más fuerte para que alcanzara a oírla.

Alejandra se giró sobre sus pasos y echó una mirada de recriminación a su cuñada. Intentó que fuera de lo más convincente, pero no ayudaba en absoluto, estar luchando consigo misma para no ahogarse en una carcajada.

—¡Idaira! —la amonestó—. ¿Necesitas un altavoz, quizás?

—¡Está bien! ¡Cierro la boca, pero... —Puso las manos en alto, en señal de rendición—. ¡Al menos no he sugerido que te lances a sus brazos! ¡Creo que el magnate me lo agradecería! ¡No tendrás pinta de mujer fatal pero eres mona, y además, tienes esa imagen de niña cándida y buena que invita a que muchos bastardos lascivos fantaseen con corromperte! —Le lanzó una risita llena de picardía.

Colocando los brazos en jarra, Ale alzó una ceja incitándola a que continuara. Dios no quisiera que se le quedara algo por dentro y le diera una convulsión.

—¡A por el *Tutankamón* inglés, cuñis! —vociferó—. ¡Demuéstrale de qué masa estamos hechas las españolitas!

La venta ambulante, sin lugar a dudas, debía estarse perdiendo tremendo potencial, lamentó Alejandra, resoplando. Así era Idaira, sencillamente peculiar.

Le brindó una sonrisa suave, llena de reconocimiento, y retomó su camino.

Con un poco de suerte, hoy podría sonreírle el destino, y por fin pondría voz al señor Lemacks

.

CAPÍTULO 02

Sombrío. El cielo de nubes oscuras amenazaba tormenta y el aire se había encapotado, convirtiendo Londres en una representación perfecta de su estado de ánimo.

Valen Lemacks proyectaba una fría fachada, una apariencia que lo había convertido no solo en una leyenda en el mundo de los negocios, sino también en todo un prodigio de asombrosa inteligencia.

De pie, junto a los enormes ventanales que cubrían gran parte de una de las paredes de ese colosal despacho, observaba, abstraído, el exterior del altísimo edificio que conformaba la sede principal de sus múltiples empresas. Impecablemente vestido con un traje gris marengo hecho a medida, una camisa igualmente gris pero un tono más pálido, una corbata en tono pizarra y unos elegantes zapatos italianos, era todo un dechado de impactante masculinidad.

A sus espaldas, oía el eco de la soporífera reunión que trascurría en su oficina. Con las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones, su actitud indicaba que en algunas ocasiones podía llegar a ser un hombre de mucha paciencia. Pero no demasiada.

Centró de nuevo toda su atención en lo que ocurría en su despacho. Dándose la vuelta, dirigió su mirada azul grisácea, tan dura como el metal, a los allí presentes.

—Creo que podréis solucionar todos esos ridículos contratiempos sin mi ayuda, ¿cierto? —Tronó, como si hubiesen rebasado su límite—. Ahora, y si no tenéis nada más inteligente que aportar, tengo cosas más primordiales de las que ocuparme.

Y no mentía.

La crisis era un hecho en muchas empresas del mundo y él no pensaba añadir las suyas a la lista de quiebras.

Los ejecutivos quedaron inmobilizados, amedrentados. Luego, reaccionaron de manera sabia, acatando sus órdenes de inmediato y poniéndose en marcha. En un silencio casi sepulcral, fueron abandonando la oficina uno a uno en una especie de huida, como si temieran que una tormenta descargara su furia contra ellos. Lo que muy probablemente pasaría viendo el semblante severo de su jefe.

En medio de esa retirada, Valen ocupó su asiento y escuchó lo que su

secretaria le transmitía por el altavoz.

Señor, sé que está muy ocupado, pero la señorita Acosta Santana insiste en hablar con usted. Si me permite, podríamos tomar medidas para que entendiera de una vez por todas que no podemos ayudarla. —El tono de su empleada parecía esperanzado en que él diera su aprobación a esto último.

Valen guardó silencio mientras reorganizaba el papeleo que tenía que revisar. La mujer que solicitaba hablar con él era la hermana de alguien que le podría haber causado grandes problemas en sus negocios. Y decía *podría* porque de manera estúpida lo había subestimado.

En un principio creyó que aquellas llamadas tan reiteradas podían deberse a algo relacionado con ese delicado asunto, pero enseguida comprobó que nada tenía que ver. Al parecer, esa señorita y su familia vivían en la ignorancia de los hechos acontecidos y provocados por Celia Acosta, así que había decidido darle largas. En realidad, sus empleados también tenían vetado sacar a la luz ciertas informaciones. De ahí el empeño de esa mujer por contactar directamente con él.

Quizás debería zanjar ese tema de una vez por todas. Si le dedicaba tan solo unos irrisorios minutos, concluiría con todo aquello y se daría cuenta que habría perdido su tiempo. Y lo que era más importante, el suyo.

Valen exhaló, resignado a hacer en esos momentos su buena obra del día. — No,

está bien. Pásame la llamada. Atenderé a la señorita Acosta.

— Pero seño...

— He dicho que atenderé a la señorita Acosta —dictaminó en un tono pétreo, lleno de censura hacía su empleada—. ¿No he sido lo suficientemente claro para usted?

— Sí, señor, le he entendido perfectamente. Discúlpeme. —El malestar de su secretaria cuando dijo estas palabras era innegable—. Ahora mismo se la paso.

Valen sabía con anterioridad que debía llevar la conversación en español, ya que la chica hacía sus mejores intentos pero no hablaba un inglés fluido. Él, en cambio, dominaba a la perfección la lengua de Cervantes, entre muchos otros idiomas.

Dejó abierta la línea para poder hablar sin ocupar sus manos y así continuar a lo suyo, trabajando. — Señorita Acosta.

— Buenos días, señor Lemacks...

La voz que escuchaba al otro lado de la línea se asemejaba a la de una niña

nerviosa y ansiosa, pero decidida. Además, ese acento español, más común al sur del país, conseguía darle aún mucho más encanto.

Valen, rechazando dar pie a ensimismarse en tales conclusiones, optó por apremiar. Él era alguien de carácter fuerte, áspero, lo que le había granjeado muy pocas simpatías.

—Le pido que sea breve y que me diga el motivo de su llamada. Soy un hombre muy ocupado —acució, tecleando en el portátil.

—Yo... —murmuró la joven, dubitativa.

Era cierto que Ale no esperaba que ese hombre y ella se pusieran de cháchara como si se conocieran de toda la vida, pero al menos tenía la esperanza de que pudieran llevar a cabo un intercambio de palabras de la manera más cordial posible. Sin familiaridades, sí, pero con amabilidad.

Sin embargo, y para su consternación, había resultado todo lo contrario, provocando su falta de reacción un incómodo silencio.

—Señorita, ¿acaso no ha entendido nada de lo que acabo de decirle? — La voz masculina la gruñó, lacerante—. Le pedí que fuera breve y aquí continuo, esperando. Pero no crea que por mucho más tiempo, así que le aconsejo que comience a hablar. Le concedo cinco minutos de mi tiempo, aprovéchelos.

Alejandra se acercó con el inalámbrico a la ventana. Necesitaba una bocanada de aire fresco. Sus latidos eran apresurados, y un sudor frío comenzaba a helarle las manos.

Ese malhumorado hombre no podía imaginarse lo mucho que le había costado descolgar el teléfono cada día e intentar comunicarse con él. No solía tratar con la gente. En realidad, no solía relacionarse demasiado con nadie en general. Y es que los monstruos de su pasado aún la seguían acosando.

Pero, sin embargo, llevabas semanas en un estado de fatiga, aunque más que física, era mental, así que no podía dejarse llevar por sus fantasmas personales. Necesitaba con urgencia hablar con el señor Lemacks. Un tipo que, curiosamente, no tenía voz de ser alguien muy mayor, como había vaticinado su disparatada cuñada.

Inhaló con sopor antes de hacer un nuevo intento.

—Lo entiendo perfectamente, señor, y créame cuando le digo que mi intención no es importunar...

—Pues para no ser su intención importunar —la cortó el hombre, tajante—, permítame decirle que es exactamente lo que está haciendo en estos momentos, señorita.

Valen no detuvo ni por un instante lo que redactaba en el ordenador. Su

heladora calma le había otorgado cierta reputación. La de un ser déspota carente de emociones y sentimientos.

Dejémonos de formalidades innecesarias y sea directa, señorita Acosta. Le repito por tercera y última vez: en qué cree que puedo ayudarla.

Y como si temiera que fuera a colgarle el teléfono de un momento a otro, la joven soltó, precipitada:

—¡Se trata de una de sus empleadas! Bu-bueno, de una que lo era hasta hace muy poco tiempo. Necesito saber dónde puedo localizar a Celia Acosta.

¿Saber? ¿Acaso se había convertido él en algún tipo de guía de información de veinticuatro horas al día?

Valen resopló, hastiado. ¡Como si a él le importara saber dónde demonios se encontraba esa mujer en la actualidad! Sinceramente, lo único que agradecía era que esa mujerzuela ya no estuviera metida dentro de sus empresas.

Por otro lado, él tampoco era un hombre acostumbrado a dar explicaciones. De ningún tipo. A nadie.

—Eso no es de mi competencia —sentenció finalmente—. Para eso pago a los responsables de equipo. Son ellos y no yo los que manejan ese tipo de asuntos.

—¿Es siempre tan amable? —bufó sorprendentemente la joven, aparentemente molesta—. ¿O es que se ha levantado hoy de la cama con el pie izquierdo?

Valen interrumpió, ahora sí, lo que escribía en el portátil.

¿Quién se creía esa mujer para hablarle de ese modo?

La tensión se notaba en todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Nadie cometería tal estupidez si no quisiera ganarse su ira, o peor aún, ganárselo como enemigo.

—¿Cómo ha dicho? —interrogó él con tono endurecido.

Por lo visto, ese ogro gruñón sí que debía de estar acostumbrado a que besaran el suelo por donde pisaba, caviló Alejandra, crispada.

Apoyando un hombro en uno de los laterales de la ventana para protegerse del sol, observó el exterior. Hacía un día espléndido. Uno de esos días que podían producir una sensación de relajación, de paz... Debería estar disfrutando de esa mágica calidez, pero no. Ella, por el contrario, tenía que vérselas y torear a un toro recio y muy autocomplaciente.

Apretó los dientes.

—No creo haber sido maleducada ni mucho menos grosera con usted. Tampoco creo que le haya faltado al respeto.

—Señorita...

—¡No, escúcheme ahora usted a mí! —lo cortó, alzando la voz unas milésimas

por encima de su tono habitual. *¿Qué tenía aquel hombre que la volvía tan contestataria?*—. ¡Llevo días intentando que alguien en su presuntuosa empresa me facilite cualquier penoso dato de mi hermana! ¡Y si ellos no saben o simplemente les da igual mi preocupación y se cruzan de brazos, entonces será usted quien lo haga! Es su jefe ¿no? ¡Pues como mínimo debería estar bien informado de quién trabaja bajo sus órdenes!

Valen frunció el ceño siniestramente, sus puños tensándose y aflojándose. — Nadie se dirige a mí de ese modo...

—¿Ah, no? —inquirió la joven, perdiendo los estribos— ¡Pues tiene falta de que lo hagan muchísimas más veces!

—No creo que lo hagan —afirmó él, convencido—. Como tampoco creo que ninguna mujer me alce la voz como usted acaba de hacerlo... Alejandra ¿verdad?

¡No, la vecina del quinto!

¡Como si no supiera cómo se llamaba a esas alturas!

¿Se creía que tampoco había notado el tonito que empleaba al dirigirse a ella? ¡Parecía dirigirse a una cría que no tenía la edad suficiente como para comprender las cosas! ¡Ni siquiera se le escapaba la apacibilidad con la que le hablaba! Como si se pitorreara de su angustia.

Alejandra contuvo el aliento mientras luchaba con las lágrimas. Sabía por qué ese hombre la estaba atacando. ¿Acaso no lo habían hecho muchos en el pasado? Si en la actualidad vivía libre de todo aquel infierno era simplemente porque se mantenía recluida en su pequeño mundo. Un mundo donde nadie la despreciaría y trataría como una infectada. Donde no tendría que escuchar las murmuraciones y burlas de todos.

Un gemido roto de dolor se abrió paso en su pecho, Alejandra rogó para que el señor Lemacks no lo escuchara.

Pensó que, quizás y por una vez, la esquiva suerte le sonreía, porque *Don arrogante* pareció, extrañamente, más apaciguador e incluso con mejor humor, si se le podía llamar humor a su bravuconería.

—Solo les permito que me griten cuando están en mi cama —continuó él.

¡Como si a ella le importara!

Aquel hombre era un vanidoso de primera categoría.

Pero curiosamente, Alejandra sonrió. De algún modo, el comentario jactancioso de Valen Lemacks le había aflojado el nudo que sentía en la boca del estómago.

Sacudió la cabeza.

¡Oh, lo siento mucho, *Val!* —recalcó el diminutivo de su nombre con la esperanza de herir su orgullo de riquillo, negándose a llamarlo de usted después de cómo la había tratado—. ¡Siento gritarte por teléfono y no entre las sábanas, pero es que no tengo entre mis ocupaciones más urgentes ser una más de tus aduladoras oficiales.

—Podrías cambiar de opinión —contraatacó él.

Al principio quería deshacerse de esa llamada de inmediato, lo antes posible. Acabar con la insistencia de la muchacha de una vez por todas. Pero para su asombro, Alejandra no reprimía ni mucho menos se dejaba abrumar por lo que significaba enfrentarse a alguien como él. Por lo visto, si se enfadaba parecía tener más agallas que muchos de sus hombres... Juntos.

—¿Cambiar de opinión? ¿Sobre qué?

—Me podría interesar discutir este tema... En mis términos, por supuesto. —Debía admitir que a una parte de él le atraía la idea de picarla—. Te aseguro que lo disfrutarías mucho más.

—¿Necesito pasar un *casting*? ¡Oh, no, espera! —Más que mofarse, soltaba el sermón como si una vez envalentonada no pudiese parar—. Te podría decir para ir adelantando las cosas cuáles son mis medidas. Si soy castaña natural o teñida. Si alcanzo el 1,70 de estatura o apenas llego al 1,60... ¡O si estoy en un peso adecuado o por el contrario necesito ponerme a dieta para que pomposos como tú me den el visto bueno!

Bueno, ahora sí que estaba exacerbada de verdad, recapacitó Valen jocosamente. —¡Y no nos olvidemos de la dichosa edad —prosiguió ella—, porque podrías estar hablando con alguien que quizás te doble en años, y no creo que lo vieras tan divertido entonces!

Valen disfrutó de su reacción... Sí, sacarla de quicio tenía su encanto, porque si tirabas un poco más de la cuerda, saltaba... —No lo creo.

—¿No crees el qué?

...Y siempre saltaba, para su gratificación.

—Lo de la edad. Tienes una vocecilla que sugiere que eres muy joven.

—No te equivoques —señaló en tono retador—. Soy lo bastante mayor como para que alguien tan descarado logre impresionarme.

Con que la niñita seguía retándolo, pensó él divertido.

—Así que...

—¡Así que nada! —tronó la joven, parando lo que fuese que iba a decir—. Creo que he hecho mal en querer hablar contigo, *Val*. Y no pien...

—Celia no dejó ningún tipo de información que pueda ayudar a localizarla.

Creyó que contestar sería lo correcto, más aún cuando en cierta manera le había demostrado cierto arrojo a la hora de hablarle, a la vez de dar muestras de gran tozudez. No se rendía fácilmente, pero era mejor no provocarla demasiado. No ahora, cuando la charla adquiriría cierto grado de esparcimiento para él, y eso era algo que no encontraba fácilmente.

—Pareces tan distinta —añadió Valen, refiriéndose a ambas hermanas. Y es que todo apuntaba a que no tenían nada que ver la una con la otra. Francamente, dudaba que, en general, muchas mujeres optaran por imitar su ejemplo para conseguir algo de él.

—¿Cómo dice? —se escuchó, asombrada.

—Cuando Celia trabajaba para mí, calculaba todos y cada uno de sus movimientos, era ambiciosa, comedida. Podía resultar atractiva, pero esa actitud lograba esfumar el interés de muchas personas con algo de lucidez. Tú, en cambio... —*¿Por qué sentía conocerla de siempre? ¿Tan evidente y cristalina era?*—. Con solo esta pequeña conversación por teléfono se puede traslucir que, aparte de crédula, si las cosas realmente te importan eres muy pasional defendiéndolas, o al menos das la lucha antes de renunciar.

Sí, eso la definía muy bien en los minutos que llevaban hablando. Era delicada, pero también tempestuosa. Transmitía dulzura, pero orgullo. Ni siquiera cuando se alteraba era capaz de causar la más mínima alarma. Ella lo intentaba, pero no resultaba.

—Y yo que pensaba que Ida era la única... —la oyó decir, como si se le hubiese escapado de entre los labios un pensamiento.

—¿Quién es Ida? —*¿Era un nombre completo o una abreviatura?*

—Nada. Me preguntaba si ahora resulta que aparte de un hombre de negocios eres uno de esos videntes que vaticinan solo de nueve de la mañana a dos de la tarde, y por supuesto, con una bonita sintonía acompañando sus honorarios.

En contra de su voluntad ese comentario hizo que en su boca asomara una sonrisa. Poco apreciable, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—No necesito sacar una bola de cristal para saber esto. Conozco bien a las personas. Me resulta fácil calarlas con tan solo tenerlas delante o por el sonido de su voz. —Como lo estaba haciendo ahora con ella, al escucharla hablar—. Si quieres estar arriba, en mi mundo, una de las cosas más primordiales es percatarse y percibir el objetivo, meta o propósito de cada individuo. En definitiva, lo que les motiva de verdad.

—Eso es...

Continúo —la atajó Valen—. Creo que eres crédula porque, aunque estoy seguro de que serás bastante inteligente, no quieres o no deseas reconocer lo que claramente sabes: la verdad. Apasionada... —Por escasos segundos reinó un mutismo absoluto—. Bueno, solo hay que oírte hablar. Apostaría lo que fuera a que estás enfadada con tu hermana en estos momentos por su desinterés por manteneros informados a tu familia y a ti, como mínimo de si está bien o mal.

Los suaves rasgos de Alejandra se delinearon de resquemor mientras continuaba oculta, envuelta entre las sombras que le proporcionaba la salita, fuera del alcance de la refulgente claridad.

Pues iba a ser verdad que ese hombre podría hacer carrera en eso de las ciencias ocultas, prediciendo y vaticinando por una buena suma de dinero. —Tú no me conoces, no puedes saber cómo me siento... —se oyó casi en un murmullo.

—Puede ser, pero siento decirte que eres demasiado predecible, incluso estando a miles de kilómetros de distancia en estos momentos uno del otro —zanjó cualquier tipo de réplica que ella pudiera ofrecerle—. Estás preocupada, alarmada e intranquila por no tener noticias de alguien a quien, ¿realmente crees que le importa?

*¿Cómo podía tener la tan poca delicadeza de hacerle esa pregunta?
¿Siempre era tan directo?*

Podía tener toda la razón del mundo, pero aun así... Pero aun así le dolía escuchar de boca de otra persona lo que en su interior era un secreto a gritos.

—Creo que tu silencio responde a mi pregunta —respondió finalmente Valen por ella, en su ya más que famoso tono de displicencia.

—¿Has terminado ya tu análisis psicológico? —farfulló con pesar Alejandra.

Debía sentirse abatida, pensando que la situación en la que se veía de manera sumergida por culpa de su hermana la superaba, supuso Valen. Hacía rato que había dejado a un lado su trabajo, atendiendo solo y exclusivamente a la muchacha española que se hallaba al otro lado de la línea.

—No pienso disculparme por ser sincero —admitió.

—Si bueno, pues se supone que tendré que agradecerte esa manera de hablar tan clara y sutil de la cual has hecho gala, Val. —La vaga sensación de irritación no tardó en desvanecerse. Posiblemente ansiaba tanto como él no discutir con alguien por Celia Acosta—. Ups, ¿te he llamado, Val? Oh, cuanto lo siento —se disculpó, teatrera—. Qué insensatez la mía al dirigirme hacia un ser tan supremo en esos términos. En qué estaría pensando.

Así que volvía a atacarlo.

Bueno, la verdad era que hacía su lucha, otra cosa bien distinta era que lo lograra.

La boca de Valen se curvó en una sonrisa maliciosa.

—¿Es que en ocasiones puedes resultar demasiado obcecada?

—Señor Lemacks... —Ale, ignorando los últimos intercambios de recriminaciones entre ambos, tragó saliva. No sabía si debía hacer o no la siguiente pregunta. Pero, por si acaso, sería mejor tratarlo con cierto respeto y no continuar molestándolo con su ristra de reprobaciones.

—¿Ahora soy de nuevo el *señor Lemacks*?

Cómo le gustaba al muy canalla meter el dedo en la llaga, pensó la joven, mordiéndose la lengua.

—Como bien dijo al principio, es un hombre muy ocupado, así que no le quitaré más de su tanpreciado tiempo. —Bueno, podía estar vencida, pero no pasaba nada si dejaba caer alguna inocente indirecta—. Pero, ¿podría responderme tan solo a una pregunta?

—Eso dependedela pregunta —explicó él, animándola—. Pero adelante, prueba. Yo decidiré si responder o no.

Ale insufló aire en los pulmones mientras encontraba el valor necesario. Aquel era un tema que a las claras crispaba a ese hombre.

—¿Celia se encontraba bien? Me refiero a que si se veía feliz cuando trabajaba para t... —*¡Usted!* Recordó tratarlo como muy seguramente se dirigían a él—. Para usted. —Lo de Val también era mejor dejarlo a un lado. Ahora que en las aguas reinaba cierta calma tras la tormenta, ponerse de orgullosa no la llevaría a nada.

—¿Y tú? Yo creo que la cuestión aquí sería cómo te encuentras tú —la recriminó él. De cuestión había poco, era toda una acusación.

Valen, echándose hacia atrás en el asiento, presintió que esa joven, aun con todo ese carácter, o era demasiado buena o demasiado ingenua. A Celia no pareció costarle mucho romper el hilo fraternal, mientras Alejandra, en cambio, parecía no tener paz.

Valen se puso en pie resoplando de forma notoria. Para su sorpresa., le irritaba que alguien como Celia Acosta arrastrara con sus mierdas a otras personas, que si de algo se les podía condenar era de ser demasiado idiotas y sentimentales. Algo malditamente grave en estos tiempos que corrían.

Valen tampoco entendía qué lo impulsaba a seguir ahí, y además con intención de ofrecerle, pormuy pocoque fuera, a esa persona algo de sosiego.

Honestamente, era el precio más bajo que había tenido a pagar por hacer un favor a alguien.

Sin dilatar más la contestación y antes de que se arrepintiera, se oyó decir:

—Sí, Celia parecía hallarse estupendamente.

—Gracias —dijo Ale, respirando con alivio—. Muchas gracias y... —Silencio—. Nno lo interrumpiré más. Eh... —Más silencio. Que solo fue interrumpido cuando con su vocecilla nerviosa añadió—: Buenos días. —Y colgó.

Alejandra se quedó petrificada por unos instantes en el mismo lugar donde se encontraba. Sin reaccionar, aún con el inalámbrico colgando de una de sus manos a un costado.

Seguía como al principio. La única excepción, y para su consuelo, era saber que a su hermana, al menos hasta hacía bien poco, las cosas no parecían irle tan mal. Y esta prórroga, este bálsamo de una breve calma se lo debía, le gustase o no, a Valen Lemacks.

Val, se oyó repetir.

Cuando por fin su cuerpo se recobró de la momentánea parálisis, se encaminó para volver junto a Idaira, pero la frenó en seco el libro que había dejado en la mesita de café de la sala de estar: *El ángel perdido*. Con el signo de interrogación dibujado en su rostro, lo tomó y lo llevó a su dormitorio. Sería una muy buena compañía esa noche, pensó.

En Londres, el señor Lemacks prosiguió con su trabajo tras colgar el teléfono. Volvió a adoptar en su semblante, aún más si cabe, esa expresión que a más de uno le podía helar la sangre y que lo hacía caminar con pies de plomo por miedo a su posible reacción.

Natalia, su secretaria, tocó a la puerta y, pidiendo permiso, pasó. Era una mujer que andaba cerca de los treinta, de cabello pelirrojo y ojos verdes. Tenía una figura que se consideraría perfecta, lo que seguramente ella sabía muy bien, ya que la recubría con modelitos sugerentes con los que se pavoneaba por toda la empresa, causando serios estragos entre varios de sus ejecutivos.

Se acercó a su jefe y de manera coqueta le tendió la información que le había solicitado.

—Aquí tiene, señor, si desea algo más... —Esas últimas palabras iban cargadas de insinuaciones.

Valen, apenas sin levantar la vista de su escritorio, cogió el papel. Luego, con un leve gesto de mano indicó a su secretaria que podía retirarse, lo que

fastidió a la mujer.

Pero él jamás mezclaba el placer con los negocios. Anteriormente ya había aprendido la lección y no tenía ganas de repetir la experiencia.

Natalia era atractiva, eficiente e inteligente, pero él tenía muy claro que un polvo de una noche o follársela un par de veces arruinaría la relación que tenían en la empresa. Y despedirla, sinceramente, no merecía la pena. No cuando acostarse con ella o no, no le quitaba el sueño. Si se la tiraba sería simplemente una más en su larga lista, y de momento andaba bien servido. Desde que cumplió los catorce años e inició su vida sexual rara vez le faltaban oportunidades.

Una vez solo, miró lo que ponía en la hoja, para inmediatamente después arrugar el papel y enterrarlo con fuerza en un puño. Furioso consigo mismo por perder el tiempo con aquella acción, tiró el papel a un extremo de la mesa.

En medio de la tenue luz que envolvía el dormitorio principal de uno de los áticos más caros de la ciudad inglesa, Valen permanecía despierto, con la espalda contra el colchón de su enorme cama y con ambas manos apoyadas detrás de su cabeza. Totalmente desnudo, era la mismísima reencarnación de todo un dios sexual. De un dios sexual al que ninguna mujer con ojos en la cara podría resistirse.

Su cuerpo de uno noventa de altura y de constitución atlética era delgado pero musculoso, y en esos momentos estaba recubierto por una leve capa de sudor por el ejercicio realizado hacía escasos minutos.

Allí, junto a él, en el otro extremo de la cama y a una distancia más que razonable, yacía una belleza desnuda enredada entre las sábanas. Unas sábanas que escasamente tapaban sus curvas y su figura larga e inmejorable. Apenas conocía nada de esa mujer, pero tampoco lo necesitaba. Él le había proporcionado una de las mejores noches de su vida, y ella a él desahogo tras concluir un largo día de trabajo.

Con aire ausente, Valen observaba el vaivén de pequeñas luces procedentes del exterior que danzaban juguetonas en la habitación. Esas iluminarias contrastaban de lleno con la negrura en la cual siempre había subsistido. Una oscuridad que consideraba a esas alturas como un dulce hogar. Como ese dulce hogar que jamás conoció.

Valen apartó los mechones que caían algo húmedos por su frente y ladeó la cabeza, hacía la mesita de noche que tenía en su lado de la cama. Pronto sería medianoche y de una vez por todas acabaría ese once de diciembre.

Odiaba esa fecha.

Demasiados recuerdos.

Pero era imposible olvidarla cuando era el aniversario de su nacimiento. Un once

dediciembredehacíatreintaydososañoshabíatraído consigo ladesolación, el dolor y la destrucción.

Pero las cosas habían cambiado, o eso fingía creer. En el fondo sabía que un alma perdida no tenía retorno. Y si la vida alguna vez le ofrecía, estúpidamente, alguna oportunidad con nombre y apellido, la apartaría completamente de su alcance porque su efecto sería devastador. Siempre lo había sido.

De momento, la tentación no había llamado jamás a su puerta, pero, ¿sería siempre así? ¿Y sí cometía la insensatez de albergar a alguien en su interior?

Imposible.

Evocó de inmediato, y casi sin venir a cuento, el discurso que recibió esa misma mañana de una loca que pedía a gritos que la domaran.

¡Oh, lo siento, Val! No tengo en mis ocupaciones más primordiales ser una más de tus adulatoras oficiales. ¡Ni mucho menos necesito meterme entre tus sábanas para dirigirme a ti de la manera que crea más oportuna, o mejor dicho, que más te mereces!

Valen hizo una mueca llena de contrariedad con cada frase que rememoraba. El mundo, al parecer, contaba con masoquistas dispuestos a nombrarse salvadores de réprobos condenados a las penas eternas. Celia, por lo visto, tenía la suya, y él... Él, en cambio, no había tenido tanta suerte. Ni ahora, ni en el pasado.

Debía ser consecuencia de estar allí estirado sin hacer nada lo que lo llevaba a acordarse de...

Se irguió de la cama, silencioso. No quería pensar más en el asunto que había ocupado su mente los últimos minutos. Tomó unos *boxers* y unos pantalones limpios y se los puso sin hacer ruido. Por último, agarró una camisa y se la colocó pero sin abotonar, dejando a la vista unos abdominales bien definidos.

Descalzo, caminó hasta la puerta del dormitorio y salió sin mirar atrás.

Caminando a oscuras se dirigió al despacho. Rara vez utilizaba más habitaciones en aquel lugar que no fueran los dormitorios y los baños. Ese sitio solo lo empleaba para poder disfrutar en un lugar privado donde tener sexo con sus amantes, lejos de los ojos indiscretos y de la siempre mortificante prensa sensacionalista.

Cuando llegó al estudio solo encendió el flexo que se hallaba en el escritorio.

Consumido por el vacío instalado en su interior, se desplomó sobre el elegante asiento de cuero negro. Llevó las manos a su cargado cabello decolorcastaño claro y lo alborotó de forma descuidada. No lo tenía excesivamente largo, pero sí lo suficiente para llevarlo en ocasiones despeinado. Esa era la parte que le otorgaba a su aspecto regio e intachable un toque rebelde.

Vio el teléfono que tenía ante él y lo miró con recelo. Memoró con rapidez dos números. Un móvil y un fijo que apenas había contemplado una fracción de segundo ese día en una hoja, justo antes de apartarla y hacerla añicos.

Como si fuera un autómatas movido por hilos invisibles, alargó la mano hasta el auricular, pero antes de rozarlo siquiera la retiró, sacudido por una gran animadversión consigo mismo.

¿En qué demonios estaba pensando?, se reprochó.

Cogió el mando del televisor de plasma y lo encendió, poniéndolo a un volumen prudente para aquellas horas. Y en la negrura de la estancia permaneció, esperando que pronto asomaran los primeros rayos de luz de la mañana y calentaran un poco su gélida alma

CAPÍTULO 03

Alejandra apartó hacia un lado del escritorio el libro en el que había estado sumergida la última hora. Era una amante de la lectura y podía pasarse las horas desconectada del mundo entero, envuelta entre las páginas de una buena novela. Pero ese día había sido especialmente difícil. Comenzando por la llamada que tuvo la tan mala idea de hacerle esa mañana al señor Lemacks.

Extenuada y hecha polvo, arrastró la silla hacia atrás y se levantó con holgazanería. Caminó con pesadez para echar un vistazo por la ventana y contemplar la noche abrigada por una enigmática luna creciente.

Suspiró.

Fuera reinaba un silencio sepulcral. Comprobó la ventana para ver si estaba bien cerrada y se dispuso a irse a la cama. Pero, ¿para qué? Tendría mucha suerte si lograba descansar más de dos horas seguidas.

Últimamente aquella falta de sueño se estaba convirtiendo en algo habitual en ella. Lo que al principio eran tan solo unas pocas noches al mes, pasó a convertirse en algo frecuente, a ocurrirle varios días a la semana. Como parecía ser el caso de esa madrugada.

Se tumbó sobre la cama y se restregó con frustración las sienes. Temblaba ante la idea de que su salud pudiera resentirse aún más, porque eso era precisamente lo que menos necesitaba en aquel momento. No cuando su hermana estaba desaparecida sin dar señales de vida.

No era melodramática, sabía perfectamente que Celia debía encontrarse bien. Lo que verdaderamente le preocupaba eran sus padres. Aunque no eran muy mayores, habían tenido una vida dura, llena de sacrificios. Por eso, y mucho más, se merecían un respiro. Disfrutar juntos de la juventud que no tuvieron y olvidarse de las preocupaciones A

Alejandra le rechinaron los dientes.

Estaba molesta con su hermana. Por la actitud despegada con la que obsequiaba a las dos personas que la habían acogido como a su propia hija cuando apenas era una mocosa, criándola junto con ella y sus hermanos, Jonay y Airam.

Resoplando de forma cansina, cerró los ojos. Ya encontraría la manera de solventar los problemas.

Después de varios minutos sin poder pegar ojo, con parsimonia, Alejandra tiró

de las mantas para ponerse en pie e ir a la cocina a por un vaso de zumo. No había logrado incorporarse cuando oyó el suave zumbido de su teléfono móvil. Frunció el ceño, desconcertada. Ya era muy tarde. ¿Quién podría llamarla a esas horas intempestivas de la noche?

Se acomodó de nuevo en la cama y estiró el brazo para contestar. Realmente no estaba de humor, pero, ¿tenía algo mejor que hacer?

Exhausta, se frotó con dedos temblorosos los ojos por encima de los párpados cerrados mientras aceptaba la llamada. Antes de pronunciar palabra alguna, se le pasó por la mente que podría tratarse de Celia. Haciendo partícipe al fin a la familia del rumbo de su vida.

Desesperada porque estuviera en lo correcto, Alejandra contestó precipitadamente, casi sin aliento.

—¡Celi! ¡Eres tú, Celi!

—Ya veo que lo tuyo son las abreviaturas de los nombres, ¿no es cierto? —Se oyó al otro lado de la línea una voz profunda, bastante masculina y con un español perfecto.

La joven se quedó paralizada una fracción de segundo antes de responder de manera casi inaudible.

—¿S-señor Lemacks? —tartamudeó—. ¿Es usted?

—¿Ya no me llamas *Val*? Es desilusionante. —Aunque no se oía risa, su tono de voz parecía divertido—. ¿Cómo te encuentras? ¿Se te ha pasado ya la rabieta?

—¿Rabieta? —repitió aturdida.

—Esta mañana no estabas de muy buen humor, la verdad.

Mientras pasaba la sorpresa inicial de esa llamada tan inesperada, Alejandra iba sintiendo como su exacerbación iba creciendo a pasos agigantados ante la entonación altanera, prepotente y llena de confianza con la que se dirigía a ella el hombre que tenía al otro lado del teléfono.

—¿A qué debo el honor de esta llamada, Val? ¿A simple curiosidad?

Ale recalcó las palabras con cierto retintín. No solía dirigirse a desconocidos de tú a tú, pero tenía la fiel creencia de que pocos osaban cruzar esa línea en su mundo de poder.

Si quería jugar sucio, ¡Entonces jugarían sucio!

Pero al instante, recordó que quizás esa llamada se debía a que tenía noticias de Celia.

—¿Sabes algo de Celia? —Hizo la pregunta cruzando los dedos. Como si eso hiciera posible un milagro—. ¿Me has llamado por eso? ¿Porque sabes algo

nuevo de mi hermana?

—No —dijo él, cortante—. No sé dónde puede encontrarse tu hermana en la actualidad. Y, honestamente, ni me interesa.

Alejandra ensanchó sus ojos completamente asombrada.

—Y entonces para que me ha llama...

—Es tarde —señaló el señor Lemacks, cambiando abruptamente de tema—. ¿Te he despertado?

¿Qué?

La joven caviló lo absurda de aquella conversación. Como si fueran dos grandes amigos. Los mejores. Y teniendo en cuenta lo que se habían dicho esa misma mañana, lo que se dice normal, normal... la situación no era. Ya puestos, podrían acabar la noche hablando del calentamiento global de la tierra. Algo que no descartaba.

Completamente atónita, oscilando entre la incredulidad y el enfado, respondió:

—Siento decepcionarte, pero no. No dormía.

—Entonces, espero no haber interrumpido nada.

El sonido de su voz era despreocupado, como el que pregunta la hora cuando sabe perfectamente que va bien de tiempo.

—¿Importa? —replicó Ale—. Apostaría lo que fuera a que te daría exactamente igual interrumpir estuviese ocupada o no.

—En eso no tienes del todo la razón. Tus poderes de pequeña bruja están decayendo estrepitosamente. Me sorprende.

Ella involuntariamente sonrió.

—Créeme, si fuese una pequeña bruja como dices, en estos momentos estarías croando a través de la línea.

—¿Me convertirías en un sapo? —No parecía ofendido.

¿Es qué nunca lograría ganar un asalto con ese hombre? ¿Un *touchdown*?

¡Diantres!

—¡Sí, por supuesto, lo haría! —protestó ella entre dientes.

—Entiendo —dijo repentinamente el señor Lemacks con voz queda y pensativa.

Ale arrugó el entrecejo.

—¿Qué entiendes?

—Que me consideres un príncipe.

—¿Perdona? —Parpadeó. Tal vez no lo hubiese escuchado bien—. ¿Qué te considero un qué?

—Un príncipe, un zar, un sultán, no sé, como mejor gustes llamarlo. Pero no lo

soy, Alejandra, te lo advierto —garantizó él con firmeza. Tal vez fuera cólera, pensó Alejandra, con un escalofrío. *¿Es que era bipolar?*—. En realidad, dudo que sea como muchas de las personas que has conocido a lo largo de tu vida. —*Sí, bipolar y cretino, además, añadió para sí la joven*—. No me gusta limpiar mis zapatos en felpudos humanos, pero eso no quita que decoren mis suelos.

Un silencio total y abrumador se propagó entre ellos. Alejandra aprisionó las sábanas con fuerza. Parecía calmada, pero el estómago le protestaba con violencia.

Felpudos humanos, decorar suelos, esa voz serena y amenazadora cuando empleaba su tono más serio... *Dios, ¿es que era una especie de lunático o psicópata?*

Tragó saliva para deshacerse del nudo instalado en su garganta. Los nervios le jugaron una mala pasada y, sin venir a cuento, se encontró comentando:

—Yo-yo estaba leyendo un poco. —*¿Yo estaba leyendo un poco? ¡Idiota, serás tarada!* Se recriminó a sí misma, llevándose una mano al rostro.

—*¿Y qué leías? —¿Era ironía lo que denotaba en el sonido de su voz?— . ¿Cómo arreglar los embustes de alguien que no se lo merece?* O tal vez, algo así como: *Claves para ser la próxima santa mártir.*

Alejandra decidió devolvérsela:

—No, te equivocas. He estado muy entretenida con: *¿Cómo identificar a...?*

—Enmudeció unos segundos—. *¿Cómo se llaman a esas personas que creen gobernar el mundo entero?*

—*¿Los amos del universo?* —bufó él, socarrón.

La muchacha puso los ojos en blanco. Ese hombre era incorregible. —Yo prefiero llamarlos petulantes, altaneros, presuntuosos, engreídos... ¡Y puedo seguir! —Se mordió el labio inferior para no reírse—. Y, ¿sabes una cosa?

—Sorpréndeme.

—No creía que funcionara tan bien. Acabo de comenzar hoy su lectura y... ¡Guau! Tengo la gran fortuna de cruzarme, telefónicamente hablando, por supuesto, con el hombre que mejor encaja en todos esos adjetivos. Te lo recomiendo, es súper interesante y revelador. Te sentirás bastante identificado.

—Me siento halagado —dijo Valen soltando una carcajada que no tenía nada de jocosa.

—No debería extrañarme.

—Si tan desagradable te resulto, ¿por qué no me has colgado? —la desafió.

—Bueno, padezco de insomnio, no tengo nada mejor que hacer. —Un amago

de sonrisa curvo su boca—. Así que borra esa sonrisilla de complacido, que apuesto lo que sea, debes tener en estos momentos.

—¿Es una orden?

¡No, qué va! Estoy segurísima de que le darás bastante uso a esa palabra y que los demás obedecerán sin rechistar.

—¿Eso te incluye a ti? —inquirió el hombre, provocador.

Alejandra no pudo evitar regalarle una tímida risita.

—Siento defraudarte, pero no. Yo solo sigo mis propias decisiones. Es algo que me enseñaron desde muy pequeña. He tenido esa suerte.

De repente, contra todo pronóstico, hubo un nuevo silencio. Pero el de esta ocasión era tan tangible que se podía acariciar con las manos desde el otro lado de la línea.

Se interrumpió solo cuando la voz masculina, hasta ese momento chulesca e indiferente de Valen Lemacks, sonó fría como el hielo:

—Debes de haber tenido entonces una familia estupenda.

Alejandra cerró los ojos y se recostó un poco más en la cama, quedando prácticamente en posición horizontal, con la cabeza aún descansando sobre la mullida almohada.

No tenía una explicación para justificar la punzada de tristeza que la sacudió. Y por ese hombre.

Dirigió el dorso de una de sus manos a la frente, pensativa. Vaciló un poco antes de murmurar:

—Sí, así es. Lo han sido todo para mí.

Valen fijó la vista con dureza en un punto concreto del estudio, pero realmente sin llegar a ver nada en absoluto. Por escasos segundos había sido abducido por segunda vez esa noche por su pasado. Un pasado que pagaría por olvidar, pero que lamentablemente era parte de su historia, de él. Le gustase o no.

Una mueca de apatía curvó sus labios. Se obligó a recordar que si hoy era precisamente quien era, se lo debía en gran parte a esos años. Aprendiendo a sobrevivir y a afrontar los golpes de la vida solo.

—¿Sabes lo que aprendí yo?

—No —susurró la joven.

—Que el que algo quiere, algo le cuesta. Es lo único que me enseñaron desde niño a base de estrictas e implacables lecciones —concluyó, con desdeñosa frialdad.

—Entonces lo lamento mucho, porque no es cierto. Hay cosas que se dan desinteresadamente, sin pedir ni exigir nada a cambio.

Lo soltó con tanta fe que Valen no pudo evitar dibujar en su rostro una sonrisa expectante. Al parecer, o se había topado con la persona más optimista de este mundo o con la de ideas más románticas e inútiles.

Arqueando una ceja preguntó, suspicaz:

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cuáles son esas cosas?

—Eh... Bueno, digamos que no se trata de algo material. —Era evidente su inquietud.

—Alejandra, absolutamente todo en esta vida, estemos de acuerdo o no, tiene un precio.

Se puso en pie y rodeó el escritorio. Necesitaba moverse. La ideología de aquella muchachita lo divertía, pero también, y de manera inusual en él, lograba aplacarlo. Y eso no era algo que todos consiguieran. A decir verdad, nadie había operado tal milagro hasta entonces. Hasta que Alejandra Acosta golpeó los muros de su muralla.

—¿Los sentimientos también tienen precio?

—Los sentimentalismos son solo para los débiles, Alejandra.

—E-eso no es verdad —clamó sofocada—. Al menos, no para mí. Los sentimientos, los actos de amor, la lealtad, la amistad... —Oyó como tragaba saliva, vacilante. Su discurso era ahora el sonido de un murmullo—. Son cosas que se entregan sin pretender recibir algo a cambio. En tal caso, la única recompensa es que el afecto sea recíproco.

—Debes ser una de las últimas de una especie en peligro de extinción —bufó Valen con resolución, sentándose al borde de la mesa.

—Ajá, más que eso, toda una rareza, si te soy sincera —recalcó con esa risita femenina. Era innegable lo mucho que llegaba a cautivar ese sonido. Se asemejaba al de una niña que jamás había roto un plato... Lo que probablemente era cierto.

Lo acometió una oleada de desazón de proporciones desmesuradas. Ojalá el maldito destino no le demostrara jamás a Alejandra lo equivocado de su discurso. Ojalá continuara siempre al margen de las miserias de la gente, de manera que nadie pudiese ensuciar su alma incólume.

—Dime, ¿qué lees? Pero de verdad —preguntó él, cambiando de tema. — *El Ángel Perdido*. Puede que no... —Parecía dudar. Afortunadamente, Valen era un hombre al que le gustaba estar informado constantemente de todo lo concerniente a este mundo. Hasta la más mínima nadería.

—De Javier Sierra. —Reconocía al autor español.

—¿Estás mirando por el *Google*? —Aleresopló confingidacensura, lo que

motivó que riera por lo bajo.

—Podría ser.

Después de un escueto silencio, Alejandra continuó:

—¿Por qué estás despierto a estas horas? ¿Tampoco podías dormir?

—No —Entornó los ojos al escuchar la pregunta pronunciada en un suave susurro, como si fuera un secreto inconfesable.

Al menos era así hasta que volvió a hablar en un tono más normal:

—Un momento. ¿Estás trabajando?

¿Por qué lo preguntas? —interpeló Valen con el ceño fruncido.

Hubo una breve pausa, como si ella necesitara verificar algo desde el otro lado del teléfono.

—No sé, aunque mi inglés no es muy bueno, me pareció oír de fondo como las idas y venidas de... ¿cifras?

Comprendió al instante a qué se refería.

—Es la televisión. Estaba viendo las noticias sobre la economía internacional antes de marcar tú número —contestó de manera natural mientras apagaba el televisor de plasma.

—Pufff... Debes ser la alegría de la huerta, Val —exhaló ella, de forma teatral.

—¿Vuelves a llamarme Val?

Pero Alejandra no tardó en recobrase. Tenía que admitir que ponía todo su empeño en salir siempre airosa de cualquier situación.

—Eso depende.

—De si me molesta o no, ¿verdad? —especificó él con ironía, regresando a su asiento.

—¡Exacto! —Emulaba a la perfección a una de esas presentadoras que dan la resolución a un concursante ganador. Solo le faltaba ponerse a dar saltitos de alegría encima de la cama como una cría... ¿Dónde si no iba a estar a esas horas de la madrugada? *¡Pagaría con gusto por ver tal espectáculo!*, pensó Valen con humor.

Echándose de nuevo hacia atrás en el asiento, Valen disfrutó de la cháchara de Alejandra. No sabía exactamente por qué, pero aquella chiquilla de palabra fácil y con esa arrolladora personalidad se había instalado, sin permiso alguno, en su mente desde el momento que intercambiaron sus primeras palabras.

Tal vez se debía a que en su mundo nadie lo contrariaba. Su palabra era ley. Él daba las órdenes y los demás obedecían sin protestar o cuestionarlas. Por el

contrario, Alejandra no le regalaba los oídos, daba su opinión aunque el mundo entero estuviera en desacuerdo. O en este caso, él.

Era ingeniosa y, aunque trataba de parecer segura y directa, lo precipitado en muchas ocasiones de sus palabras era señal de nerviosismo o de inseguridad. Valen también sospechaba que echaba mano de la irritación para ocultar sus miedos.

Pero, ¿cuáles eran esos miedos?

Por primera vez en su vida se movía en territorio desconocido. Hasta entonces, la mayoría de sus conversaciones con mujeres se basaban en simples monosílabos eventuales como sonido de fondo.

—¿Cariño? Desnuda en el dormitorio y sin tu calor hace mucho frío —ronroneó una voz femenina—. Vuelve a la cama conmigo.

Valen dirigió una mirada recriminatoria en dirección al umbral de la puerta, donde se encontraba la mujer que se había follado apenas dos horas atrás. La misma que se retorció de placer sobre él hasta quedar exhausta. Iba escasamente vestida, dejando muy poco a la imaginación.

Apartando el teléfono un instante y cubriéndolo con la palma de su mano, indicó a la conquista de esa noche, de forma muy poco amigable por la interrupción, que regresara al dormitorio. La belleza rubia de piernas interminables hizo un mohín lleno de seducción mientras avanzaba hasta donde él se encontraba. Se inclinó para posar un beso lujurioso en su boca, ofreciéndole muy buena cuenta de sus encantos, y garantizándole en secreta promesa que cuando regresara a la habitación más tarde se encargaría de recordarle y demostrarle todas sus expertas habilidades.

Mientras la mujer se alejaba, permaneció insondable, como una estatua de piedra, hecho que remarcaba mucho más la tensión en sus músculos y en sus duros rasgos. El destello acerado de sus ojos hacía el resto.

Una vez solo, llevó de nuevo el auricular a su oído.

—¡Vaya! Una mujer desnuda esperándote en la cama y tú hablando conmigo por teléfono —manifestó con aparente perplejidad su compañía al otro lado del aparato—. Dime, ¿a quién debo compadecer?

—¿Tú qué crees? —Valen volvió a concentrarse en ella y en cómo hablaba con sorna de lo ocurrido.

Alejandra reflexionó. Estaba claro que el pésame era mejor dárselo a Valen. Si no, ¿qué iba a estar haciendo a aquellas horas de la madrugada colgado al teléfono hablando con una completa extraña?

Pero si algo tenía claro la joven era que, ya podría ser el descubrimiento del

siglo XXI, no le daría el placer de reconocer hacia dónde se inclinaba su balanza. Más que nada, porque él ya iba bastante servido de orgullosa vanidad.

Poniéndose en el lugar de la misteriosa mujer, Ale comprendió que no podía seguir con aquella charla. No sería justo cuando una supuesta cita estaba esperando a su interlocutor para hacer... *Bueno, solo ellos sabrán que cosas*, pensó ruborizándose.

Ella no sería la que amargase la noche a nadie, y mucho menos a la que podría ser la novia, esposa o amiga con derecho a roce de Valen. Él podría ser descortés si quería, pero no sería por su causa.

—Creo que será mejor que me vaya a dormir. Ya es demasiado tarde, y realmente necesito descansar, o si no terminaré desquiciada por la falta de sueño —explicó, simulando una risita.

Siempre tan políticamente correcta —dijo Valen con una sonora exhalación—. Solo una cosa más.

Ale arrugó el entrecejo a la espera.

No me irá a pedir consejo femenino, ¿verdad?

Resopló.

—Te escucho.

—Deja de intentar arreglar siempre los problemas de tu querida hermana. Sinceramente, ella no se merece tu preocupación. —Su tono era severo, como cuando un padre da una regañina a un hijo por algo que ha hecho mal.

Invadida por sensaciones que lograban superarla, abrió los ojos con asombro. Siendo franca, había olvidado por completo durante la última media hora a Celia. Valen había conseguido esa proeza. ¿Cómo sucedió? Hacía demasiado tiempo que el asunto de su hermana ocupaba la mayor parte de sus horas.

—Es mi hermana. —Intentó que su voz sonora firme, pero aquel hombre no parecía ser ningún estúpido, y dudaba que existiera alguna persona en este mundo que lograra engañarlo con facilidad. Y, desde luego que si la había, definitivamente no era ella.

—Pero es mayorcita y ha tomado sus propias decisiones. —Hubo una tensa pausa, y al final añadió—: Sabes que tengo razón.

Era cierto, y estaba en lo correcto. Celia siempre hizo lo que le vino en gana sin pararse a pensar en las consecuencias o a quien arrastraba por el camino.

—Tendré muy en cuenta tu consejo, ¿contento? —Aunque, realmente, más que un consejo parecía una especie de orden.

—Bien. Será mejor que te deje para que puedas dormir un poco — anunció

con esa voz tan profunda y varonil.

Sí, claro, seguramente tendría interés en que se fuera a dormir, pero no precisamente por su bienestar. No le resultaba difícil descifrar qué podría ocupar la mente de Valen en esos momentos. Salir corriendo en dirección al dormitorio en busca de... *¿Cariño? Desnuda en el dormitorio y sin tu calor hace mucho frío. Vuelve a la cama conmigo*, recordó Ale, poniendo cara de pedante y simulando el tono que pudo alcanzar a oír de la mujer al otro lado de la línea.

—Sí, será lo mejor —coincidió—. Entonces, eh...

¿Qué le iba a decir? ¿Qué tuviera buena noche? ¿Un buen revolcón? Porque estaba claro que lo que se dice a dormir y descansar no iría.

¿Por qué se comía siempre la cabeza con tonterías?!

¡Oh, Dios, no tengo solución!

Alejandra suspiró al recordar lo extraño de la conversación que mantenía.

Al día siguiente a primera hora movería su trasero al primer centro de reposo mental que encontrara, concluyó con una mueca.

—Sí —dijo de repente Valen en un eco ronco.

—Sí, ¿qué? —preguntó, curiosa.

—Respondo a tu secreta pregunta: *sí*. Mañana podemos continuar con esta conversación —resolvió.

¿Qué?!

La muchacha rodó los ojos. Este hombre podía encabezar la lista de las *celebridades* con súper ego. No estaría mal recomendarle el psicoanálisis de Freud.

—Tal vez me hagan un dos por uno —pensó Ale ahora en voz alta, refiriéndose a las posibles plazas en un centro mental.

—Mejor no pregunto —zanjó él, con mofa.

—Sí, es lo mejor —agradeció no entrar en detalles.

—Entonces, hasta mañana —*¿Hasta mañana?* Así que aquello iba a seguir, pensó Ale—. Descansa, te vendrá bien.

¿Te vendrá bien? ¿Qué quería decir con eso?

Movió la cabeza de un lado otro y algunos de los mechones oscuros de su cabello se desligaron del recogido mal hecho que llevaba. A veces era preferible desconocer ciertas respuestas.

—Ajá, que descan... Eh... —*¿Descansas?* Se apuró a contestar otra cosa—. Mhmm... quiero decir... ¡Buenas noches! —finalizó de forma apresurada y casi sin aliento. Antes de colgar alcanzó a escuchar la risa, nada

disimulada, de Valen.

Aún con el móvil en las manos, el corazón agitado y muy posiblemente con la cara encendida, oyó que recibía un mensaje de texto.

Con manos algo temblorosas leyó el SMS:

«La próxima vez puedes decirme que tenga una muy placentera noche — Valen Lemacks.»

La joven notó que el calor subía y llenaba mucho más sus mejillas al volver a confirmar que a ese hombre no le pasaba nada desapercibido. No había tenido que darle muchas vueltas a la cabeza para entender el porqué de su apresurada despedida.

Se acomodó de nuevo en la cama y con un gemido de resignación se tapó con las mantas por completo, incluida la cabeza. Como si de esa manera pudiera protegerse del mundo exterior... Como si pudiese protegerse de esa parte contestataria que solo Valen Lemacks lograba acrecentar en ella. Un hecho que la aturdiría y fascinaba a la vez

CAPÍTULO 04

Aquella mañana el cielo centelleaba con los colores vivos de un arco iris, invitando al gentío a aligerar su frenético paso para disfrutar alzando la vista hacia regalo divino. Celestial para muchos.

Valen caminaba apresurado junto con el que era su mano derecha en los negocios, su hombre de confianza, el abogado Matthew Hayes, un joven aproximadamente de su edad y de aspecto gentil. De cabello oscuro y mirada ambarina; era bien parecido.

La aglomeración en Londres en plena jornada laboral resultaba en ocasiones asfixiante, pero era algo a lo que uno terminaba acostumbrándose, y Valen parecía ya inmune a todo aquel alboroto.

Enfundado en un traje azul marino, era extremadamente elegante e inspirador. La verdadera esencia de un hombre contemporáneo. Ocultaba su mirada grisácea detrás de unas *Ray-Ban* y con cada paso que daba lograba captar la atención de numerosas personas, esencialmente las de muchas féminas que no perdían la oportunidad de comérselo con los ojos.

Ambos hombres se dirigían hacia un auto con chofer, que los esperaba aparcado, después de asistir a un desayuno con un grupo de empresarios.

—Valen, tengo que recoger unos libros que Nicole necesita para unas clases en la universidad —irrumpió el abogado mientras indicaba con la mano el edificio donde se hallaba la librería a la que era bastante asidua su esposa—. Si quieres puedes ir adelantándote, volveré enseguida.

Valen detuvo su paso y miró el edificio señalado. Su expresión estaba enfrascada en el mayor de los enigmas, pero eso viniendo de alguien como él era lo más normal del mundo. La gran noticia vendría si algún día mostraba abiertamente algún tipo de emoción en sus fríos rasgos.

De momento, lo veía complicado. Tal vez en otra vida.

—No. Te acompañaré —dijo de manera despreocupada.

Matthew asintió, encogiéndose de hombros.

—De acuerdo, serán solo unos minutos.

Cuando alcanzaron la librería y entraron, Hayes se encaminó directamente hacia el mostrador de pedidos. El establecimiento era bastante amplio, con un enorme surtido de volúmenes, pasando por todos los géneros.

Mientras esperaba a su socio, Valen recorrió con la mirada el local, reparando

en algunos de los títulos y autores. Ese lugar en cierta manera le recordaba a Alejandra. Había perdido la cuenta de las veces, durante sus largas conversaciones en los últimos tres meses, que la joven española lo había hecho participe de sus lecturas, narrándole con entusiasmo, detalle por detalle, lo que escondían las páginas.

Contuvo una sonrisa al revivir en su mente la cháchara de la muchacha durante ese tiempo. Como aún y con toda la distancia geográfica que los separaba transmitía más que muchas de las personas que habían desfilado, personalmente, ante él.

Le sonreía con la voz. Con pronunciar unas simples palabras irradiaba felicidad. Regalaba alegría. También sacaba su vena rebelde, pero al menos ahora no se lo tomaba como algo personal, como sucediera el pasado mes de diciembre cuando hablaron por primera vez. Y era dulce. Muy dulce. Siempre se preocupaba por las cosas más sencillas; como si estaba bien, si debía trabajar un poco menos, que tal dormía y un largo etcétera.

Y eso era algo novedoso para Valen. Nunca nadie antes había perdido su tiempo ni energía en saber esas cosas de él.

¿Quién les iba a decir aquel día que llegarían al mes de marzo convertidos en algo esencial el uno para el otro?

Si los hubiesen escuchado ese once del último mes del pasado año, nadie habría apostado un duro por ellos.

Acercándose a una de las secciones reconoció algunos de los títulos de autoras por las que, al parecer, Alejandra sentía cierta debilidad.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —preguntó una voz femenina asu lado.

Valen descubrió a su derecha a una bella joven, rubia y de unos brillantes ojos azules que lo contemplaban ávidos de deseo.

Era una de las empleadas de la librería.

En otra situación, habría estado más que dispuesto a aceptar su ayuda, pero no en esa ocasión. No mientras tenía la cabeza en otro lugar, en otra persona. Además, jamás se prestaba a flirteos durante su jornada laboral. Una jornada laboral que, a decir verdad, se prolongaba, ininterrumpidamente, los siete días de la semana, y que le ocupaba la mayoría de las horas.

Normalmente, solo cuando caía la noche se permitía ciertas distracciones. Distracciones acompañadas de hermosas mujeres desnudas y excitadas.

Las más permanentes no duraban más de una semana. Como se trataba de relaciones meramente sexuales, físicas, cuando pasaba el período de la novedad, cuando la llama de la pasión se apagaba, la pequeña y breve

aventura concluía, tan fría e impersonal como había comenzado. Por otro lado, y con frecuencia, no solo disfrutaba de los placeres de una sola amante, sino de muchas otras.

Desechando la coquetería de la empleada, cogió uno de los libros que habían captado su atención. Era para Alejandra. La única persona que le había demostrado afecto desinteresadamente. Durante todas estas semanas en contacto con ella, nunca había pedido ni exigido nada. Solo daba. Incluso había rechazado cualquier tipo de intento por su parte por hacerle llegar algún tipo de obsequio en forma de agradecimiento.

El libro sería un buen regalo.

Además, tenía más posibilidades de que no se lo arrojara a la cara que, por ejemplo, si le regalaba alguna joya de alto valor. Todas y cada una de las mujeres con las que Valen, de una manera u otra, se había relacionado, habían enloquecido defelicidad con diamantes o alguna gema preciosa. Pero sin embargo, con Alejandra esas cosas no parecían surtir efecto. —Señor... — volvió a insistir la chica.

—No. Me llevaré este libro —respondió él, finalmente.

—Si lo desea, puedo mostrarle o recomendarle algunos otros títulos — sugirió la hermosa joven con un tono seductor y acercándose todo lo que pudo a él—. ¿Es para un regalo? —Parecía muy interesada en saberlo—. Eh, ¿un regalo para su novia? ¿Esposa?

Valen clavó con gesto adusto su mirada azul grisácea en la indiscreta señorita. Si tenía curiosidad por fisgonear en su privacidad, ya podía comenzar a consultar la prensa sensacionalista, que no hacía otra cosa más que publicar mentiras y basura sobre él.

Desechó el ofrecimiento y para fastidio de la empleada, no contestó a las preguntas.

Matthew Hayes, en otro de los rincones del establecimiento, mientras esperaba a que de una vez por todas dieran con su pedido, observó cómo su jefe efectuaba una compra.

Frunció el ceño con extrañeza.

¿Un regalo?

Aquello no era la clase de obsequios que Lemacks regalaba, especialmente a las mujeres. Teniendo en cuenta lo generoso que podía llegar a ser con sus amantes, aquel detalle era una nimiedad.

Por otro lado, salir acompañado de Valen Lemacks equivalía a ver como muchas señoritas (y no tan señoritas) se le ofrecían sin ningún tipo de pudor ni

vergüenza.

Matthew Hayes respiró hondo. Lo que veían sus ojos ambarinos solía ser el pan de cada día.

A la jovencita que atendía a Valen lo único que le faltaba para llamar su atención era subirse encima del mostrador, abrirse de piernas y suplicarle que se la tirara allí mismo... Lo que posiblemente haría si no fuera por la actitud indolente que cargaba encima el objeto de su deseo.

Cuando por fin salieron del lugar, Matthew se cuidó y mucho, además, de hacerle a su jefe cualquier tipo de alusión a lo que había visto dentro del edificio.

No era cobardía, simplemente se trataba de una cuestión de cordura e instinto de supervivencia.

Llegar cada mañana a la empresa Lemacks era toda una odisea para Valen. Era poner un pie en la entrada e innumerables personas se le echaban encima, ofreciéndole los últimos informes, avances, dudas, recados... Y, cómo no, todo tipo de aduladoras atenciones.

En el momento en que Matthew Hayes y él alcanzaron la planta principal y se encaminaron a la sala de juntas, varios de sus altos cargos comenzaron a explicarle por lo ancho y amplio de los pasillo la posible asociación con una empresa española. Era el tema a tratar ese día, así que el comité encargado tendría mucho que exponer esa mañana.

Después de más de una hora de discusión, todos permanecían aún sentados en su lugar, frente a una interminable mesa.

Faltaba lo más importante.

—El señor Turner se encargará, personalmente, de hacer las negociaciones —propuso uno de los más importantes ejecutivos de aquella sala—. Mañana sin falta viajará a Madrid.

—No. Necesito a Turner esta semana aquí, en Londres —protestó Valen. Apenas había abierto la boca durante la junta, se limitó simplemente a escuchar lo que allí se argumentaba.

Todos lo miraron desconcertados.

—Señor, entonces, ¿quién...? —habló un valiente. Enmudeció de forma instantánea al reparar en la expresión embravecida de su jefe.

—Me ocuparé yo personalmente. Estaré mañana en la capital española a primera hora —decretó, dejando bien claro con una mirada severa que era una orden y que no estaba dispuesto a oír nuevas sugerencias.

Estupefactos porque él se ofreciera para arreglarlo todo, cuando esas cosas

eran normalmente delegadas en otros, los allí presentes asintieron conformes mientras recogían en silencio sus portafolios llenos de papeleo. No quedaba nada más que tratar esa mañana con respecto a ese tema, así que todos y cada uno fueron saliendo.

—Turner está bastante capacitado para manejar la fusión con la empresa española —soltó de repente Matthew—. ¿No confías en él?

La expresión de Valen se endureció como si estuviera labrada en piedra.

—No confío ciegamente en nadie, y tú deberías hacer lo mismo, Matthew. Pero no se trata de eso —explicó, regresando al asunto de Turner—. Seré yo quien viaje en esta ocasión. Es una decisión que he tomado y no pienso discutirla, ¿entendido?

—Perfectamente.

Hayes era la única persona a la que permitía ciertas concesiones. Coincidieron en la universidad cuando ambos cursaban sus estudios y desde entonces habían formado una especie de alianza.

Por aquel entonces tenían en común el aislamiento del resto de los alumnos, solo que el de Valen era por propia voluntad y el de Matthew, sin embargo, impuesto. En la prestigiosa y privada universidad a la que asistieron, al parecer, sus orígenes humildes hicieron rechinar los dientes a más de uno. Para muchos, Matthew Hayes siempre sería el becario pobretón que servía mesas para costearse gran parte de los estudios.

Pero Lemacks había visto más allá de lo absurdo de la hipocresía de sus compañeros, dándole la oportunidad de escalar y hacerse un nombre entre los más prestigiosos abogados.

—Quiero que te ocupes absolutamente de todo los días que pueda estar fuera —anunció Valen, mientras salían de la sala de juntas.

—No te preocupes, yo me encargaré de todo —aceptó su abogado, caminando a su lado.

Cada vez que su jefe se ausentaba se quedaba al cargo de la presidencia, y hasta ese momento lo había hecho con eficiencia.

Con todo solucionado, Valen se dirigió a la agradable soledad de su despacho y cerró la puerta tras de sí. Sentándose tras su pulcro y ordenado escritorio, meditó acerca de la resolución que había tomado.

Viajaría a Madrid a primera hora de la mañana en su jet privado, se quedaría allí lo justo y necesario para beneficio de sus negocios, y una vez todo solventado...

Se pasó la mano por la barbilla en un gesto juicioso, reflexivo.

Y una vez todo resuelto, si tenía un intervalo de un día, podía tomar un vuelo directamente a Tenerife, una de las siete islas canarias. Aunque contara con muy poco tiempo, el vuelo sería de unas dos horas y cuarenta minutos aproximadamente, lo que le daría al menos para una visita relámpago de ida y vuelta en apenas veinticuatro horas. A esa conclusión llegó Valen, pensando en la única persona que lo haría desistir de volver de inmediato a Londres tras finalizar cualquier tipo de acuerdo con la empresa española: Alejandra.

Al menos de esa forma podría entregarle en persona el detalle que había elegido esa mañana para ella, asegurándose de que lo aceptara. De otra manera, se lo enviaría de vuelta, o al menos eso era lo que amenazaba con hacer una y otra vez cuando sacaba el tema del propósito. Y, oh, bien sabía él que esa mujer, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, hablaba muy en serio. De todas formas, tampoco se engañaba a sí mismo con excusas baratas. Al parecer, y muy seguramente, habría visto en todo aquel asunto de la fusión con la nueva empresa la oportunidad perfecta para que de una vez por todas Alejandra y él pudieran conocerse personalmente. Era cierto que llevaban meses en contacto, sobre todo a través de llamadas telefónicas, pero ninguno sabía cómo era físicamente el otro. Ni siquiera se habían visto por foto. Jamás repararon en ese detalle, simplemente se dedicaban a contarse sus cosas, a pasar un rato agradable y a hacer que en ese instante solo existieran ellos dos en medio del bullicio del mundo.

Así que, por mucho que quisiera distorsionar la realidad, la única verdad en todo aquello era que quería tener cerca de su... *¿Amiga?*

Valen frunció el ceño.

Sí, por primera vez en su vida deseaba estar con una mujer por el simple placer de su compañía. Disfrutar de ella sin tener como única motivación terminar enterrado, profundamente, entre sus piernas.

No, Alejandra era mucho más que aquellas simples frivolidades.

CAPÍTULO 05

De regreso a su hogar, tras realizar su examen médico de rutina, Alejandra se apuraba por encontrar dentro del bolso las llaves del pórtico que conducía a la senda de entrada de su vivienda.

El sol pegaba demasiado fuerte para su piel tan pálida, pero lejos de desagradarle, la sensación le resultaba reconfortante. La hacía sentir viva después de pasar toda una mañana entre las gélidas consultas de un hospital.

Devuelta a casa había decidido hacer un breve parada en el supermercado, lo que dificultaba la ardua tarea de búsqueda al llevar como carga extra algunas carpetas y bolsas.

Intentando hacer malabares para no tirar todo por el suelo. Alejandra se maldijo en silencio por no haber aceptado la ayuda de Ida cuando quiso echarle una mano con la compra; pero no quiso abusar más por ese día de su cuñada. Tenía gestiones pendientes, y ya le había robado toda la mañana.

Cuando dio con el dichoso llavero y procuraba abrir el portón, escuchó como un coche se detenía a un lado de la calzada. Alejandra miró de reojo el Mercedes último modelo, de un color azul flamante, que se había estacionado a no mucha distancia de ella.

Oyó que alguien se apeaba del vehículo dando un suave portazo tras abandonarlo.

—Alejandra... —Era la voz de un hombre. Un sonido que le resultaba algo familiar—. ¿Qué tal va todo?

Aturdida, se dio media vuelta. Al escrutar de quién se trataba hizo una mueca leve de inquietud.

Frente a ella se hallaba Rayco Curbelo. Él era uno de los amigos de su hermano mayor, Jonay, el esposo de Idaira. Lo conocía muy poco, apenas habían intercambiado dos o tres frases a lo largo de los últimos años.

—Rayco —exclamó la joven. Ale repelía al género masculino desde el primer momento que creía ver que se tomaban demasiadas confianzas, y ese hombre reflejaba, sin cortarse ni un poco, su depravada inmoralidad—. Si buscas a mi hermano no está aquí. ¿No has pasado por su casa?

El hombre la observó de arriba abajo con descaro y con su típica sonrisa llena de argucia.

—No, no busco a Jonay en esta ocasión. Es contigo con quien deseo hablar. Se

trata de algo sumamente delicado e importante.

Alejandra lo estudió escéptica. Rayco Curbelo estaba acostumbrado a que todo ser humano danzara bajo su batuta. Por ello, en el instante que alguien no parecía afectado por su magnetismo, se convertía automáticamente en su obsesión.

Y ella había tenido la mala suerte de transformarse en esta ocasión en su nueva obsesión. En su nuevo objetivo.

Manteniendo la cabeza alta, decidió no dejarse intimidar por él. Si lo echaba a patadas sin motivo aparente, tal vez su hermano se disgustara.

—Bien, entonces dime qué cosa es esa tan delicada e importante de la que quieres que conversemos. —¿No prefieres que pasemos dentro? Tendríamos más... intimidad.

—¡No! —negó, sintiéndose terriblemente incómoda con el análisis impúdico al que la estaba sometiendo Rayco. Apartó la mirada—. Quiquiereo decir, no creo que sea buena idea, y además, tengo cosas que hacer, así que te suplicaría que fueras breve.

La sonrisa del recién llegado se tornó cruel.

—Solo era una sugerencia, no hace faltas que te alteres, mujer. —Su mirada azul se encontró de nuevo con la de ella—. Y sobre lo otro, no sé si recordarás que en su día le entregué a tu hermanita un préstamo.

—Sí, lo recuerdo. Fui yo precisamente quién firmó como avalista.

—Me alegra mucho escuchar que la memoria no te falla, como le suele suceder a muchos malnacidos muertos de hambre por ahí.

Rayco se acercó mucho más a ella, e instintivamente, Alejandra dio un paso atrás. Él la fulminó con los ojos por aquel gesto que consideró descortés.

—Pues como te contaba —continuó Rayco—, le ofrecí a Celia una cuantiosa suma de dinero a modo de préstamo, y resulta que hace meses que no cumple con lo estipulado en el contrato.

—¿Cómo? —La revelación la golpeó con la fuerza de un terremoto. Sintió que el suelo se movía—. No puede ser.

—Debí decírtelo antes, pero supongo que quise darle una oportunidad a tu hermana. Algo que, por lo visto, no ha sabido o no ha querido aprovechar. —Por mucho que intentara ponerle seriedad al asunto, era bastante obvio el placer que le causaba pronunciar aquellas palabras—. Y lo lamento muchísimo, Alejandra, pero no puedo quedarme con los brazos cruzados mientras veo cómo me adeudan algunos miles de euros.

Ale se quedó mirándolo, mientras lentamente asumía lo que le acababa de

decir.

—Pero yo no sé dónde se encuentra, y no creo que vuelva... Al menos, no de inmediato. Lo siento.

Rayco ladeo la cabeza como si estuviera sopesando alguna solución. Soltando un suspiro con fingida pena anunció lo que haría:

—Yo sí que lo siento mucho, Alejandra, pero no puedo seguir prolongando más todo este asunto, así supongo que tendrás que hacerte, personalmente, cargo de su deuda si no quieres... —Miró hacia adelante, hacia donde se alcanzaban a vislumbrar un poco las parcelas llenas de plantas y flores de las que ella se ocupaba, pagando con sus ventas las facturas—. Bueno, si no quieres perder tu negocio —concluyó. Se rasgó la barbilla, reflexivo, y apuntilló con maldad—: Y eso en el mejor de los casos, porque podrías incluso hasta perder tu parte de la casa. En su día firmaste como deudor solidario, así que sería terrible llegar a esos extremos, ¿no crees?

Alejandra abrió los ojos de manera desorbitada, y un sudor gélido le recorrió la espina dorsal. El muy canalla sabía que sus padres habían puesto como únicas propietarias de la vivienda familiar a Celia y a ella, y si cumplía sus amenazas lo perdería absolutamente todo.

Apretó los puños. No podía dar marcha atrás en la estupidez de haber creído en su hermano cuando le pidió, casi rogó, que le ayudara a poder construir las primeras bases de su sueño. Crear una pequeña empresa. Le había asegurado que podría hacerse cargo de la deuda, pero que necesitaría un avalista, que la mitad de su parte de la casa no era suficiente. Y ella, creyendo en lo que pensó serían sinceras palabras, accedió.

Por otro lado, los bancos ponían muchas trabas, y fue entonces cuando Rayco se ofreció de manera generosa como prestamista. Él era un hombre de recursos más que suficientes... o más bien lo era su esposa.

—Vamos, Alejandra, Rayco Curbelo es un muy buen amigo de Jonay, hasta yo misma lo conozco bien, ¿qué puede salir mal? —le había dicho Celia para enfundarle, al parecer, una falsa seguridad.

¡Maldita seas, Celia!

Esforzándose en clavarle a ese hombre una mirada serena y, muy a su pesar, hasta suplicante, le informó:

—Me haré cargo de la deuda. Cumpliré con los pagos de retraso y de cada mes de aquí en adelante. —Aunque dudaba que pudiera permitirselo—. Tal y como debería haber hecho Celia desde un principio.

—Estupendo, me alegra oír eso. Supongo entonces que el negocio te va genial,

así no me sentiré tan culpable —dijo, pero su frase no estaba exenta de malicia. La miró de nuevo con indecencia, atreviéndose, además, a rozar con una caricia el brazo de Ale de arriba abajo. Ella se apartó enseguida—. Sabes, tal vez algún día podríamos renegociar el acuerdo. Estaría más que dispuesto a ofrecerte un nuevo trato. —Sonrió, como si creyese que ese día llegaría.

Alejandra se ocupó en abrir en un santiamén el portón, como si huyera de una corriente que la arrastraba mar adentro. Pero antes de desaparecer, contestó a su insinuante proposición:

—Como mencioné antes, me haré responsable de la deuda de Celia, y no necesito un nuevo convenio. Gracias de todas formas. Que tengas un buen día, Rayco.

Entrando finalmente, Alejandra comenzó a recorrer el pequeño paseo que la conducía a su casa. Esa que, muy a su pesar, podría perder. Una fracción de segundos antes de darle la espalda a Rayco, vio como el muy desgraciado regresaba a su Mercedes, insultantemente sonriente.

Cuando traspasó el umbral y entró en el interior de su acogedor hogar, apoyó la espalda contra la puerta y dejó caer todo al suelo. Cerrando los ojos con fuerza luchó por recobrar. El cuerpo le temblaba, sentía una especie de fatiga y un sudor frío. Podría tratarse de una nueva bajada de tensión o de azúcar. Quizás ambas cosas a la vez. Había aprendido desde muy jovencita a vivir con las inesperadas recaídas por una anemia falciforme, que en muchas ocasiones la había dejado al borde de la inconsciencia, privándola en ocasiones de llevar una vida normal. Lo que había provocado que fuera rechazada.

Alejandra se paseó las manos por la cara. El pulso le latía frenéticamente en la garganta. ¿Había sido rechazada por una salud precaria o simplemente porque nadie la soportaba? Porque era ridícula, torpe y aburrida.

Con los años, las cosas habían mejorado mucho, nada que ver con su etapa adolescente. Aquellos fueron tiempos difíciles. Por las noches, aún despertaba agitada y rodeada de tristes recuerdos, reviviendo una y otra vez en sus pesadillas la exclusión de sus compañeros.

Se estremeció. Jamás cometería el error de dejar entrar en su solitaria existencia a alguien que dijera tolerar todo aquello para, un buen día, ver en su mirada una expresión de arrepentimiento, fastidio o lastima.

Sencillamente no podría soportarlo.

Ya había visto muchas expresiones de ese tipo en el pasado, y no estaba

dispuesta a pasar de nuevo por lo mismo.

Nunca más.

Y mucho menos por amor. Sospechaba que ese dolor sí que sería insoportable. Alejandra sacudió la cabeza y luego respiró hondo. Recogió las bolsas y carpetas del suelo y se dirigió a la cocina. Empezaba a colocar la compra cuando, de manera involuntaria, se descubrió pensando en cuanto le gustaría en esos momentos hablar con Valen.

Pero no podía. Suspiró con resignación. Val estaría trabajando y sería una insensatez interrumpirlo.

No sabía cómo había sucedido, pero Valen Lemacks se había convertido en alguien esencial en su vida. Él la trataba con normalidad. Quizás, al ser una relación a distancia, no corría el riesgo de que pudiera decepcionarlo o de que la mirara con displicencia.

¿Val también la rechazaría? Se le hizo un nudo en la garganta.

Una parte de ella quería lanzarse a la aventura y conocer a su amigo en persona, pero al mismo tiempo el pánico y las imágenes del pasado la dominaban.

Alejandra tuvo que hacer un enorme esfuerzo para desterrar de su mente, al menos por unas horas, sus terrores y el asunto de la deuda de Celia. Sus padres, quienes tras jubilarse pasaban largas temporadas en la zona sur de la isla, llegaban ese mediodía, y quería prepararles un almuerzo especial.

Estaba pelando con el cuchillo unas papas cuando la sobresaltó el pitido del teléfono en la salita de estar. Rápidamente se secó las manos en un paño y corrió para tomar la llamada, rogando que fuera la persona que le había ofrecido algo de serenidad las últimas semanas.

Miró el identificador de números, no quería llevarse una desagradable sorpresa, como por ejemplo la de su visita de esa mañana. Al ver de quién se trataba soltó aire por la boca con alivio, como si saliera a la superficie después de varios minutos sumergida en las profundidades, sin saber cómo escapar.

—¡Val!

—¿Sabes?, nadie me llama Val, excepto tú —soltó con un fingido bufido de desdén—. Pero claro, eso no es nada extraño viniendo de alguien con una extraña y singular fijación por los diminutivos. Me pregunto de quién lo habrás heredado.

—¿Del señor Espinete viendo *Barrio Sésamo*? —rió, caminando de vuelta a la cocina—. Aunque, si te soy sincera, la primera vez que hablé contigo y te

llamé así fue por... —Dudó—. Mhm... Por... —¿Porfastidiar? —inquirió él, sin ningún tipo de dudas.

—¡Lo has dicho tú, no yo! —se defendió, chasqueando la lengua—. Pero creo que fallé en mi intento. Sigues siendo igual o más arrogante y autocomplaciente que nunca. Cambiando un poco de tema —dijo ahora en tono neutral mientras programaba el horno y metía dentro una bandeja con parte de lo que sería el almuerzo de ese día—, cuéntame, ¿qué tal el día? ¿Mucho trabajo?

—Un poco. Pero nada diferente a cualquier otro día de la semana.

Alejandra apoyó mejor el teléfono entre la oreja y el hombro para recoger un poco el desorden que dejó en la encimera tras salir disparada al escuchar el zumbido de la llamada.

No existía poder en este universo que consiguiera sobrepasar al riguroso y estricto Valen Lemacks. Cumplía con su labor y trabajo a raja tabla, y de igual forma, exigía a sus empleados que rindieran al cien por ciento.

Alejandra suspiró. Estaba dispuesta a echarle un rapapolvo con tal de que le hiciera caso. Al menos por una vez.

—No me digas. ¿Aún no te has enterado de que los fines de semana no se trabaja, Val?

—Hago lo de todos los días, Ale —rebatía Valen con parsimonia—. Y, hasta hoy, me ha ido maravillosamente.

—No discuto que te haya ido *maravillosamente*, Val —señaló ella, incapaz de contenerse—. Pero ese ritmo de vida no puede ser saludable para nadie.

—Poseo una salud sobrehumana.

Alejandra no pudo evitar mirar al cielo raso de la cocina y clamar en silencio. ¡Ese hombre era incorregible!

—¿De veras? ¿Y cuál es tu secreto? —Preguntó, con humor—. ¿Cereales Chocapic?

Escuchó a Valen reírse al otro lado de la línea.

—No, nada de cereales. Se trata del sexo, chiquita —la corrigió él con cierta sorna—. El sexo puede ser el mejor antídoto para aliviar tensiones, estrés y mantenerte en buena forma. ¿No opinas igual, Ale?

A la joven se le encendieron las mejillas y enseguida se puso nerviosa. Deseando ocupar su mente con imágenes que no fueran dignas competidoras en cualquier festival de cine X, comenzó a maniobrar frutas y verduras para preparar una ensalada.

—Yoyo... —tartamudeó— preferiría darme una paliza en el gimnasio.

—No sabía que acudías a un gimnasio —aseveró Valen. Alejandra no supo si su tono estaba teñido por el asombro o de malestar.

Y deseando quitarle hierro al asunto, con ironía, argumentó:

—Y no lo hago. Es puro instinto de supervivencia. Me bastaría una sola sesión para no lograr alcanzar a ver el día siguiente.

La carcajada de Valen fue como música para sus oídos, y como una bomba de relojería para su corazón.

—Así que nada de sesiones interminables en el gimnasio y de placentero sexo —recapituló él. Parecía divertirse poniéndola nerviosa—. Entonces dime, aparte de regañarme como toda la pequeña y mandona mamá, que sin lugar a dudas, serás algún día...

—No creo que eso suceda nunca —respondió Alejandra, en un tono defensivo del todo innecesario. ¿Ella toda una pequeña y mandona mamá? Hacía mucho tiempo que había descartado ese idílico sueño de su mente—. Perdóname, Val, no quise sonar como una cascarrabias. Lo siento mucho.

El silencio se cernió sobre ellos como una nube de gas tóxico.

Fue finalmente un serio Valen Lemacks quien habló primero:

—Ale, ¿las cosas van bien por ahí? ¿Tienes problemas? De cualquier tipo —enfaticó, refiriéndose a cuestiones económicas—. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Al pensar en que podía perder no solo su modesto negocio sino también la casita que con tanto esfuerzo habían levantado sus padres, Alejandra sintió una terrible punzada en el corazón. Y la perspectiva de mentirle a Valen solo agravaba ese dolor.

—No, no te preocupes. Todo marcha bien por aquí. —Se esforzó en sonar convincente.

No le confesaría a Valen lo de Rayco Curbelo. No, no lo haría. Valen era su amigo, su bálsamo, la persona que la sacaba por unas horas cada día de su siempre aburrida soledad, no un cajero automático al que poder sacar dinero. Tragó saliva e intentó ocultar su pánico. Necesitaba cambiar urgentemente de tema.

—Además, te repito por... No sé, ¿centésima vez en apenas veinticuatro horas? Que si tuviera algún problema puedo arreglármelas yo sola. ¡Val, tengo veintiséis años! ¿No crees que soy mayorcita ya?

—Oh, sí, veintiséis añazos. Toda una longeva vida —repitió él, socarrón, recuperando su habitual estado de despreocupación.

Alejandra inhaló con alivio, creyendo haber logrado enmascarar sus

contratiempos. Se dirigió al fregadero y abrió el grifo para lavarse las manos.
—¡No te burles, Val! —lo regañó ella, teatrera, ansiosa por dar carpetazo de una vez por todas a sus secretos más oscuros y vergonzosos—. Te diré, para tú información, que ya peino alguna que otra cana.

—Ale, en serio, debes ser la única fémica en este planeta que reconoce abiertamente, ante un hombre y sin problema, cosas como esas —se mofó Valen.

Valen Lemacks observaba de soslayo la información que aparecía en uno de sus monitores sobre la bolsa ese día. Apuraba además también algún que otro documento que tenía que revisar, pero aun así, tenía toda su atención puesta en la jovencita que siempre conseguía sacarle una sonrisa con su estafalario ingenio.

Por ese motivo, y porque le gustaba escucharla en su peculiar exposición de su día a día, quiso saber:

—Es mi turno, señorita Acosta. Seré yo quien haga las preguntas de ahora en adelante.

—¡Pero si las estabas haciendo desde el principio!

—¿Me está interrumpiendo, señorita Acosta? —inquirió él, simulando enfado.

—¡Val! —exclamó Alejandra, entre risas—. ¿Se puede saber qué libros lees últimamente?

—Uno sobre un gnomo interno que no para de murmurarme al oído: ata a la señorita Acosta, y no permitas jamás que conduzca tu mejor coche. Valen esbozó una sonrisa al oír a Alejandra llorar de la risa.

—Oh, Val, deberías... —Se hizo un silencio al otro lado—. ¡Santo cielo, la comida! —gritó Alejandra.

Valen se incorporó de un saltó de su asiento. Escuchó el sonido seco de un objeto al caer... *¿el teléfono?* Seguido de unos... *¿pasos apresurados?* Segundos más tarde oyó un estruendo metálico y como vertían... *¿agua?*

¡Qué diablos está pasando!, pensó atenazado e impotente al saber que, fuera lo que fuese, él no podía hacer nada.

¡Maldita sea!

—¡Alejandra! ¡¿Te encuentras bien?! —bramó con los músculos llenos de tensión, horrorizado con lo que podía estar sucediendo.

—S-sí —la oyó toser varias veces cuando, por fin, se puso de nuevo al teléfono—. Sosolo ha sido... —Nuevos golpes de tos le impidieron hablar. Parecía que luchaba por atrapar un aire que le negaban.

—¡¿Qué ha sucedido?! —exigió saber Valen casi desahogado, aún con el

sobresalto metido en el cuerpo—. ¡Maldición, Alejandra, no te quedes callada! —Aferraba con tanta fuerza y fiereza la madera pulida de su escritorio que no le sorprendería dejar marcas.

—Nada, solo que soy un desastre como chef. Se me ha quemado lo que tenía al horno. —La voz de Ale sonaba muy débil. Escuchó que tomaba bocanadas de aire, y cuando su respiración se volvió más regular, ironizó— : Al menos se me da bien la repostería. Heredé ese talento de mi padre...

—¡Al diablo con la maldita repostería! —gruñó, enojado con su amiga por sacar burla de la situación cuando él estaba a punto de explotar— ¡Tú! ¡Quiero saber cómo estás tú! ¿Estás herida? ¿Te has quemado? —Quería oírla decir que estaba sana, que todo se había quedado en un simple susto—. Chiquita, respóndeme.

—Val...

—Alejandra, por favor, dime que te encuentras en perfectas condiciones.

—Sí, lo estoy. Qui-quiero decir, no estoy herida.

—¿Segura? —Aunque sonó convincente, si por él fuera y si estuviera allí con ella, se cercioraría de revisar cada centímetro de su cuerpo, quisiera Alejandra o no.

—Espera que me miro —bromeó ella, ofreciéndole una risita.

Valen apretó los labios en una mueca severa.

—No me parece divertido, Ale.

—Discúlpame, Val. Pero estoy perfectamente. Te lo prometo. —Suspiró, como si estuviera acostumbrada a tratar con el mismísimo Satanás—. No puedo decir lo mismo del almuerzo. Dime algo, Val —La escuchó decir con su voz más dulce y angelical—, ¿sabes cocinar?

—Sí, algo. ¿Por qué lo preguntas?

Valen arrugó el entrecejo mientras se sentaba de nuevo en su asiento, volviendo a la normalidad tras varios minutos de desagradable presión e incertidumbre.

Ale estaba bien, y eso era lo que importaba.

—¿En serio sabes cocinar? —preguntó de nuevo ella con voz ilusionada.

—Sí, en serio. ¿Necesitas que te lo jure? —Se pasó la mano por el mentón con expectación.

—¡Pues sí que eres una caja de sorpresas! —Sonaba alegre, animada—. Si tienes un poquito de tiempo, ¿le echarías una mano a esta niñita taaan desamparada? —concluyó mimosamente.

—Pensé que no te gustaba eso de *niñita*. —Valen tuvo ganas de reír, pero se

contuvo. Sabía que, por mucho que se quejara, no le molestaba para nada que se dirigiera a ella con ese tipo de apelativos.

—No sé por qué lo dices.

—A ver, ¿qué puedo hacer por ti? Dudo mucho que pueda prepararte algo adistancia. Mis poderes culinarios no sontan espectaculares —dijo chistoso. Alejandra, sin saber por qué, siempre tenía el don de ponerlo de buen humor.

—¡Val! —lo reprobó divertida—. No tendrás poderes, pero tienes voz y yo un lápiz y un papel, así que... ¿Qué receta me recomiendas?

Alejandra le pedía siempre favores inusuales, completamente distintos a los que solían demandar los demás, y eso era algo tan excepcional en su vida que le chocaba.

Sonrió.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que sí.

La sonrisa de Valen se ensanchó, mostrando sus dientes blancos y perfectos.

—Haré una cosa mucho mejor. —Miró la hora en el flamante Rolex que cubría una de sus muñecas—. ¿Qué tal si lo vas preparando conmigo al teléfono?

—No creo que dispon... .

—Créeme, estaré más seguro de que no terminarás incendiando la casa — la interrumpió él e ironizando, vaticinó—: Seguro que hasta los bomberos, al final del día, agradecerán haber tenido hoy un trabajo menos.

—¡Eres un exagerado! —dijo Ale resoplando con afabilidad.

—Y también un *evita-tragedias-y-catástrofes-culinarias*. Así que deja de seguir poniendo a prueba mi paciencia y cuéntame qué tenemos y de cuánto tiempo disponemos para elaborar algo medianamente comestible — la animó Valen.

Alejandra estalló en una carcajada, y rápidamente comenzó a moverse por la cocina de un lado a otro, informando y ejecutando las indicaciones de su amigo. Entre lecciones, bromas, risas y alguna que otra confesión piadosa, pasaron un rato curiosamente diferente. Entretenido.

CAPÍTULO 06

En un punto del océano atlántico se alzan las Canarias. Las agradables temperaturas durante todo el año en esa parte de España habían conseguido que se reconociera ese lugar con el sobrenombre de «Islas afortunadas».

Para encontrarse a finales del mes de marzo, la estampa no podía ser más acogedora.

Mientras conducía un BMW plateado alquilado en El Gran Hotel Bahía Del Duque, sin lugar a dudas uno de los hoteles más lujoso de Tenerife, Valen Lemacks observaba con atención las indicaciones correctas para no perderse.

Disfrutó con curiosidad de los pueblos y calles a los que su amiga hacía referencia en muchas de sus charlas. Estaba ahora en la parte norte de la isla.

A diferencia de la del sur, ante él se abrían valles rebosantes de flora a un lado y la extensión de un mar bravío salpicado por las olas al otro. Unas olas que acababan rompiendo en imponentes acantilados en muchas zonas. Además, como colofón final, tenía enfrente el conocido volcán Teide, que a esa distancia tenía la apariencia de una engañosa montaña de arena. En realidad era el pico más alto de España, en el que antaño los aborígenes del lugar ofrecían rituales de sacrificio porque temían su furia y poder.

Había llegado esa misma mañana muy temprano desde Madrid. Sabía que al día siguiente tendría que coger un vuelo de vuelta a Londres. En realidad, tendría que haber regresado ese mismo día a la ciudad inglesa, pero Matthew Hayes siempre cumplía su palabra, y en sus manos la empresa marchaba bien.

Tomó la entrada al municipio donde vivía Ale y se encaminó por las calles empinadas y estrechas del lugar. Cuando divisó a lo lejos la que podría ser su casa ralentizó la marcha del vehículo.

Al acercarse, mientras aparcaba a un lado de la avenida, miraba con atención a una mujer joven que le daba la espalda. Intentaba coger la correspondencia del buzón al compás de la música que, seguramente, sonaba en los auriculares que llevaba puestos. Quizás, esa también fuese la causa de que no notara su presencia.

Valen se apeó del coche, dirigiéndose directamente hacia la muchacha.

¿Sería Alejandra?

Le hacía gracia ver cómo se movía, sin importarle llamar la atención de los vecinos o de los transeúntes. Sabía que su amiga era extrañamente curiosa en

muchos aspectos, pero aun así le sorprendería que se tratase de Alejandra.

Cuando se giró sin levantar la vista del correo que ojeaba, Valen la observó más detalladamente. Tenía una estatura media, un cabello de un rubio oscuro y unas más que generosas curvas.

Al percatarse de su compañía, la mujer levantó la vista hacia Valen. Al instante, puso los ojos como platos y su boca formó una perfecta *O*.

Sacudiéndose los cascotes de los oídos con movimientos torpes, no apartó ni un segundo la vista de él mientras continuaba con expresión de abducida.

Valen seguía preguntándose si sería ella o no. Siempre sospechó que ese primer encuentro podría sacar una parte desconocida para él, que por primera vez en su vida no llevaría el control de la situación, porque Ale no establecía diferencias entre ellos. Aunque a distancia, habían sido tan inseparables que creyó fielmente que la simple proximidad física de su amiga le abrasará por dentro. Como la lava del volcán que gobernaba esa misma isla. Y, simplemente, esa joven no había ocasionado nada de eso.

Al constatar que la joven continuaba en un estado de conmoción total, decidió presentarse. Y quitándose las gafas de sol la saludó:

—Buenos días. —Le ofreció educadamente la mano—. Estoy buscando a la señorita Alejandra Acosta. Es...

—¡Oh, oh, oh! —lo cortó ella tomando su mano y agitándola con ganas. *Podría hasta arrancarme el brazo*, caviló él con cierta ironía—. Bombón, no soy Alejandra, pero por ti sería todo lo que quisieras. —Y le guiñó un ojo con una risita traviesa.

La boca de Valen se curvó en una sonrisa maliciosa cuando escuchó a la mujer hablar con ese estilo directo pero seductor.

No era Ale.

Reconocería el sonido de su voz inmediatamente. Eso, y que además su amiga nunca flirteaba con él, ni siquiera en broma.

La chica, que debía de tener aproximadamente la misma edad que él, suspiró de forma exagerada y continuó:

—Pero siento desilusionarte, estoy felizmente casada. Y bueno, sí, tú eres un espectáculo para todos los sentidos, pero amo con locura a mi marido. — Le enseñó su anillo de matrimonio con completa adoración—. Soy Idaira. La guapísima e irresistible cuñada de Alejandra. —Y a modo de secreto, puntualizó—: También soy su cuñada favorita, pero no se lo digas a Nuria, ella es su otra y quisquillosa cuñada. —Sin previo aviso, le estampó con efusividad dos besos en las mejillas—. Encantada de conocerte, eh...

—Valen. Valen Lemacks —aclaró él con la intención de despejar cualquier posible duda. Pero lo único que consiguió fue que aquella mujer lo mirara de nuevo con cara de estupefacta.

—¿Valen Lemacks? ¿El viejo verde? ¡*Tutankamón!* —Chasqueó la lengua en un claro gesto de fiasco—. ¡Oh vaya! Mis predicciones no son tan certeras —resopló—. Mi cuñis se encargará de recordármelo.

Definitivamente, ahora entendía por qué Alejandra sabía torear muchas veces las adversidades sin ningún tipo de problema.

¿Como para no hacerlo teniendo como cuñada a esta loca!

Valen entrecerró los ojos. No sabía si quería oír o no quién creía esa botarate que podría ser él. Pero, de repente, antes de que pudiera abrir la boca siquiera, ella siguió con su parrafada:

—Oh... —dijo con una mueca de disgusto, como si se acabara de acordar de algo importante—. Diría que estás aquí porque Ale siguió mi consejo, pero conociéndola, ¡ni de coña! —Aumentó el melodrama—. Pufff... Lo que me lleva a pensar que te ha puesto de vuelta y media y vienes a pedirle explicaciones.

¿De qué diablos habla esta mujer? ¿Es que no había nadie normal en esa familia?

Y él que pensaba que su amiga era *peculiar*, pero al lado de esa mujer era de lo más normal del mundo.

—No, yo...

—Sí, lo sé —lo atajó la tal Idaira—. No tienes la culpa. Si mi cuñada cree tener la razón y le has tocado las narices, por muy bueno que estés no hace efecto alguno en ella. Jamás la he visto flaquear por los encantos masculinos. —Se cruzó de brazos, mirándolo y arqueó una ceja—. Ni femeninos. ¡Y no, no te dejes engañar, no es asexual!

La mente de Lemacks hacía esfuerzos por discernir toda aquella cháchara. Comenzaba a pensar si no hubiese sido mejor avisar a Ale antes de presentarse en su casa por sorpresa. Un ruido al fondo de la pequeña vereda de la entrada captó su atención. Divisó la figura de una joven que salía del interior de la vivienda.

—Ida, ¿sucede algo? —pronunció la muchacha algo titubeante mientras recorría el breve espacio que los separaba.

Esa vocecilla...

Me resultaría sencilla de reconocer hasta en medio de una jarana multitudinaria, pensó él, al tiempo que una sonrisa pugnaba por asomar en las

comisuras de sus labios.

Sus ojos la recorrieron con apremiante interés. Alejandra era tal y como miles de veces se la había imaginado, o incluso mucho mejor.

No debía medir más de uno sesenta y cinco. Su cabello, de un castaño oscuro, le llegaba hasta cubrir los omoplatos, y en esos momentos lo mantenía suelto, adornado por una diadema azul. Tenía también un cuerpo esbelto pero marcado por unas curvas bien definidas. Vestía una falda larga y suelta que le llegaba hasta los tobillos, también de color azul. La complementaba con una blusa blanca ajustada que remarcaba a la perfección su estrecha cintura y unos pechos de un tamaño más que apetecible.

Al acercarse observó mejor su rostro. Llamaban bastante la atención sus enormes ojos, cubiertos por unas espesas y largas pestañas. Su cara redonda y su piel tan pálida no reflejaban para nada los veintiséis años que tenía. Iba a tener razón cuando se dirigía a ella como si fuera una niña porque, en realidad, aparentaba mucha menos edad.

Idaira lo sacó de sureconocimiento al apoyar ambas manos en sus hombros en señal de *ánimo*.

—Suerte, bombón, la vas a necesitar. —Lo abrazó exageradamente y se dirigió al encuentro de su cuñada.

Alejandra miraba con inquietud al desconocido que esperaba en la entrada de la calle. Era altísimo e iba enfundado en un fresco traje gris claro y una camisa blanca con los primeros botones de la parte superior desabrochados. Lucía estupendo con esa mezcla de elegancia e informalidad. Quizás ayudaba bastante que el hombre era también guapísimo, y además, su actitud hierática y el aura de poder que lo rodeaba haría sentirse a cualquiera muy insignificante a su lado.

Vaciló un poco a mitad del paseo. Tenía una sensación extraña, una especie de aleteo en sus entrañas. No sabía exactamente la razón de esa reacción.

Esperó a que la esposa de su hermano se acercara a ella. Cuando por fin la tuvo cara a cara, le preguntó:

—Ida, ¿quién es ese señor y qué desea?

—¡El bombón funde bragas pregunta por ti, cuñis! —festejó. Miró de refilón al recién llegado y añadió en cuchicheos—. No sé qué le habrás dicho, pero solo te diré una cosa, ¡está cañón! —Se inclinó para poder susurrarle al oído—. Esta clase de tíos, o están ya pillados, o son gays. —Clavó con disimulo la vista de nuevo en el hombre—. No tiene pinta de lo segundo...

—¡Ida! —la mandó callar Ale temiendo que pudiera escucharlas—. ¿Y por

qué no lo has dejado pasar?

—¿Estás bromeando? —dictaminó—. *Hello*. Podría ser un psicópata o un violador... —Cuando dijo esto último golpeó el suelo en plena rabieta—. ¡Mierda, tenía que haberlo dejado entrar!

—¡Ya basta! —musitó Alejandra entre dientes en forma de advertencia. — Sí, pero creo que te interesaría saber que es... —Ale empujó a su cuñada con delicadeza para que entrara en casa—. ¡De acuerdo, de acuerdo! Ya me voy, he captado la señal. ¡Aguafiestas! —Y dicho esto se marchó, no sin antes dedicarle un pucherito para que se sintiera un poquito culpable por privarla de la diversión.

Valen las miraba ocultando las ganas de romper en una carcajada, o de tomar de la mano a Alejandra y salvarla por unas horas, al menos, de aquella chalada. No tuvo que decidir, ya que ella con reserva y prudencia caminó hasta llegar a él.

—Señor... eh... —Dudó y le extendió la mano, no sin antes ruborizarse y bajar la mirada para enseguida, como si se obligara a no ser débil, alzarla y clavarla en él—. Creo que quiere hablar conmigo. Bueno, al menos eso es lo que me ha dicho Ida...

Ya ante él, captó cada detalle. Era hermosa, pero no de esas bellezas recargadas que solo alimentan la libido por un instante y después no ofrecen mucho más. Transmitía dulzura, sencillez e inocencia a raudales. Un cuerpo de mujer con una cara angelical. Alguien que aparentaba ser demasiado joven para superar de largo la veintena de edad.

Desde luego, podría ser la imagen del sueño húmedo de muchos hombres. El deseo depravado de corromper algo completamente encantador que parecía prohibido ensuciar.

Como nunca antes había hecho, Valen Lemacks dedicó a la muchacha una sonrisa sincera al aceptar su mano, que era demasiado pequeña comparada con la suya. Ella debió notar esa descarga eléctrica que les recorrió a ambos la piel, porque se apuró en cortar el contacto totalmente aturdida, confundida. Exactamente igual que él.

Le enterneció verla como un animalito asustado que desconoce por completo las sensaciones que puede causar.

Como no quería forzarla a nada, se limitó a poner las manos dentro de los bolsillos del pantalón y a encogerse de hombros. Acto seguido penetró con su mirada aquellos ojos marrones colmados de luz que parecían en secreto decirlo todo.

—¿Abreviando nombres, Alejandra? No sé, creo que debería comenzar a ponerme celoso. Pensé que ese privilegio era solo para mí —declaró Valen con mordacidad alzando una ceja.

La muchacha se quedó paralizada. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, y una sensación desconocida hasta el momento le invadió el interior.

—Val... —murmuró, incrédula, como si estuviera viendo una aparición del más allá. Pero debía ser que no le temía a los espíritus errantes, porque ofreciéndole súbitamente una radiante sonrisa que eclipsaría con su brillo al cielo resplandeciente, se arrojó a sus brazos.

Apenas le llegaba por los hombros. A su lado, era tan pequeña, suave y frágil. A diferencia de todas las veces que una mujer se había lanzado a sus brazos, en ella no había nada lujurioso o sexual, ni mucho menos algún propósito oculto o doble intención. Solo le daba de corazón la bienvenida a su amigo, arrullándolo con su cordialidad. Entregándole su calor por el largo viaje.

Valen, que había permanecido tenso hasta ese momento, poco a poco fue recibiendo lo que creía que no existía y de lo que jamás gozaría. Que alguien por una sola vez lo envolviera con su calidez, deteniendo el mundo para acogerlo. Que la maldita vida que pasaba de largo, carente de emociones sinceras, le diera una tregua. Al menos solo un instante. Donde algún insensato tuviera el valor suficiente para calmar su oscurecida alma, y a su aún más vacío corazón...

Y fue Ale quien cometió semejante desatino.

La envolvió con sus fuertes brazos, aprisionándola contra su cuerpo como si temiera que fueran a arrancársela para siempre. Estaba dispuesto a matar con sus propias manos al demente que intentara apartarla de su lado. Porque allí, junto a ella, era fácil olvidar los años de soledad.

Sin separarse, inclinó el rostro y besó su coronilla lentamente, captando aún mucho más su dulce olor.

Mientras seguían unidos sin ganas de romper el mágico encuentro, Valen apoyó la barbilla en la parte superior de la cabeza de su pequeño regalo, y pensó que Matthew podría hacerse cargo de sus negocios algunos días más.

Alejandra intentaba por todos los medios no estropear aquel momento con sus lágrimas de idiota sentimental. No entendía nada, lo único que sabía era que quería y necesitaba a su amigo.

Pero, sin embargo, no podía ignorar los temores que le comprimían el pecho. ¿Las cosas cambiarían de ahora en adelante si serpenteaban las distancias en su relación?

Las manos de Alejandra se cerraron más fuertemente entorno a ese cuerpo fibroso y gigante. No conocía lo que les depararía el futuro, pero lo que sí tenía claro era que, mimada en su achuchón protector, no deseaba que su único contacto a partir de ese instante siguiera siendo única y exclusivamente a través de llamadas telefónicas.

Era estúpido sentir eso cuando se había jurado que jamás se permitiría crear ningún tipo de vínculo con nadie, porque al final todos terminaban yéndose, cansados y arrepentidos. Pero de manera tonta o ingenua, una voz en su interior le repetía una y otra vez que Valen era diferente. Que tal vez, y aunque sonara estúpido, era él quien la necesitaba a ella. Quien la había encontrado.

CAPÍTULO 07

Hacía calor, pero no ese tipo de clima asfixiante que asolaba gran parte de España cada vez que llegaba el mes de julio. En pleno verano, estar sentado en la terraza de un coqueto y tranquilo restaurante, con asombrosas y cautivadoras vistas al mar Atlántico, era todo un deleite, un lujo. Pero Valen Lemacks pensó que la verdadera dicha estaba en la compañía que tenía en el asiento de al lado mientras almorzaban juntos.

Alejandra estaba preciosa. Llevaba un traje largo de tirantes, holgado y adecuadamente ligero para esa estación del año. Ajustado solo en torno a su pecho, con un más que espléndido escote si lo miraba desde su posición. El cual Valen intentaba ignorar por su propio bien. Ver parte de su piel desnuda y saber que debía refrenar sus instintos era habitar en una tortura constante.

Habían trascurrido cuatro meses desde que se conocieran en persona allá por el mes de marzo, y su relación de amistad cada día estaba más consolidada. En realidad, nada había cambiado entre ellos. Ni su forma de tratarse mutuamente con total normalidad como cuando hablaban por teléfono.

—Mmmm... — Ale, cogiendo con la cucharilla un pedacito de su tarta de arándanos, se la acercó a los labios para que la probara—, mucho mejor que la de *caque* —dijo, imitando a uno de sus sobrinitos que, al ser tan pequeño, transformaba de forma graciosa la palabra *chocolate* en esa especie de sinónimo.

Valen recibió gustosamente lo que ella, con una sonrisa controlada, le ofreció. Cuando él degustó encantado ese detalle tan íntimo, cada vez más común junto con muchos otros en su relación, la sonrisa de la joven se amplió.

Bajando la cabeza de nuevo a su plato, Ale comía con calma el dulce mientras él tomaba un café después de terminar su postre.

Su amiga centró la mirada de nuevo en él y, con voz de disculpa, explicó:

—Siento haberte hecho esperar. Me retrasé un poco con los arreglos florales para un matrimonio —suspiró algo aliviada—. Pero al menos Ida estaba por casa para hacerte compañía.

Él no estaba tan seguro. Idaira era irracional, disparatada y, además, hablaba sin parar.

—Creo que preferiría ir contigo la próxima vez a hacer arreglos florales — se mofó.

—¡Val! —rió ella, tirando de su mano de manera suave, juguetona. De repente se ruborizó totalmente—. No te quejes, porque seguramente, y conociendo a mi cuñada, la que se ha llevado la peor parte he sido yo. Si no llego a tiempo, estoy convencida de que Ida te habría soltado hasta qué talla de pecho tengo.

¡Oh, sí, sí que lo había hecho! Una noventa y cinco para ser exactos, recordó Valen, apretando los labios para no reír.

Ale no dijo aquello con aire provocador. Todo lo contrario, parecía alarmada y preocupada por lo que Idaira pudiese haber dicho en su afán de juntarlos como pareja. Y a él no le extrañaba su intranquilidad. Conocía a su cuñada al dedillo, y sabía que una de sus actividades favoritas era la de Celestina.

Para tranquilizarla, él alargó la mano y acarició con su dedo pulgar una de las casi ya inadvertidas ojeras que tenía últimamente debido a la terapia con hierro intravenoso a la que había estado sometida durante esa semana. Parecía que el tratamiento era eficaz, viendo lo rápido que aumentaba el número de defensas en su cuerpo.

Dejándose arrastrar por la tierna demostración que él ejercía con aquel dulce gesto, ella bajó los párpados, cosquilleando con sus largas pestañas ese dedo adorablemente indagador.

Sorprendentemente, Val no se había alejado, ni evidenciado disgusto o malestar alguno por cargar a veces con alguien tan exánime como ella. Siempre estaban esas etapas en las que se debilitaba por completo y hasta la acción más simple le costaba horrores llevarla a cabo.

Él seguía a su lado, convertido en su gran apoyo. Lo había comprobado una vez más al verlo pasar todos esos días con ella mientras se restablecía, dejando por una semana entera sus negocios en Londres y trabajando desde allí, en conexión con su mano derecha en las empresas. Sus estancias en la isla habían sido prácticamente todos los fines de semana desde marzo, pero no los días laborables. Así que estaba agradecida por el sorpresivo detalle.

—Conozco más de ti, Ale, de lo que he llegado a saber del resto de las personas durante años —contestó Valen casi en un susurro, pensativo, al tiempo que su mirada seguía el movimiento de su caricia en la delicada piel de ella.

Su toque le resultaba ya tan familiar y tan necesario. Tanto como el aire que respiraba para poder sobrevivir. Impulsada, como solía pasarle la mayoría de las veces cuando ocurría un gesto cómplice y personal entre ellos, le sonrió tímidamente y fue al encuentro de sus manos para unir las.

El maravilloso momento fue interrumpido cuando en su campo de visión

vislumbró a alguien a quien, de haber podido, hubiese pagado lo que fuera encantada con tal de no volver a verlo jamás. No al menos con Val al lado.

Rayco Curbelo miró la escena con cierta exacerbación, como si alguien le estuviera robando en sus propias narices algo que ya había pagado por adelantado, cosa que horrorizó y enfureció a Ale.

Se puso tensa al verlo acercarse, lo que hizo que Val cesara en su arrumaco con un signo de interrogación en su semblante por lo repentino del cambio en ella.

—¿Qué tal, Alejandra? —saludó el intruso. Lo era en aquel instante.

Controlando su malestar, ella lo enfrentó pero no hizo ningún amago por fingir una expresión amigable.

Valen también condujo su mirada al hombre que había llegado hasta su mesa. Era evidente que la interrupción lo había irritado completamente. Solo era cuestión de ver sus rasgos tensos y su expresión seria y acusadora.

—Rayco. —Pronunciar el nombre correctamente de principio a fin de un supuesto conocido hizo que Val mirara de soslayo hacia ella intentando leer algún enigma sin resolver—. ¿Tú por aquí? ¿Has venido con tu mujer? —dejó caer para recordarle que él estaba casado y que no estaba dispuesta a oír sus insinuaciones.

Rayco miró por encima del hombro un instante y contestó de forma hosca:

—No, hoy no. He venido con unos amigos. —Ofreció un lacerante vistazo al lugar de Valen—. Y veo que tú también, por lo visto.

Val se acomodó en su asiento y estiró un brazo por el respaldo de la silla de Alejandra, donde podía rozarla sutilmente en un claro gesto de posesión. Antes de que ella abriera la boca, su mejor amigo se presentó sin ni siquiera molestarse en ofrecer la mano a modo de saludo.

—Valen Lemacks. —Sonó severo, arisco. Pero el reflejo adusto de sus facciones era aún mucho más grave—. Y lo que tengamos Ale y yo no es asunto de nadie. Tampoco queremos hacerte perder más tú tiempo mientras te están esperando en otra mesa. —Una forma sutil, o no tanto, de invitarlo a que se marchara. Estaba claro que quería tenerlo tan lejos como ella.

Rayco dio claros indicios de estar ofendido y enojado, pero se cuidó, y mucho, de enfrentarse a Val, ya que siempre parecía transmitir que podía aplastar, como si de una mosca se tratase, a quien fuera. Donde y cuando quisiera.

—Sí, será mejor que vuelva con mis amigos. —Pero antes de irse, aprovechó para sembrar su odioso veneno—. Alejandra, espero que no olvides nuestra

pequeña... *cita*. —Y tras estas palabras y dibujar una mueca ponzoñosa, se retiró al fin.

A su lado, Alejandra percibió la rigidez de su amigo cuando Rayco soltó la última frase, y se sintió morir.

¿Qué podía decirle? ¿Qué ese hombre la tenía al borde de un precipicio balanceándose de forma peligrosa?

—Val... —comenzó titubeante Alejandra, con esa vocecilla ya tan característica en ella cuando algo grave o importante le preocupaba.

Pero él se adelantó:

—¿Estás saliendo con ese hombre? —preguntó secamente, apartando el brazo del respaldo de su silla, donde de una manera disimulada la cubría protectoramente hasta hacía un instante.

Ale se encogió de frío.

Agachó la mirada. No quería que Val se hiciera ideas equivocadas y que la tomara por una mentirosa. Ella siempre había jurado y perjurado, cuando alguna que otra vez había salido este tema, que no andaba con nadie y que tampoco le interesaba empezar nada.

—La *cita* es solo de negocios —aclaró—. No salgo con Rayco.

—Parecía muy interesado en ti —señaló él, indiferente, cortando un pedacito del postre que aún le quedaba a ella en su plato—. Es, tal vez, ¿algún exnovio celoso? —Llevó el trozo de tarta a la boca de Alejandra para que continuara comiendo y no lo dejara a medias. Ella lo recibió.

Negando con la cabeza mientras degustaba el sabor disipó cualquier posible duda del tema:

—No, no es mi ex. Nunca he salido con nadie, así que no tengo novios, ni amigos celosos por ahí, rondándome —resolvió con una sonrisa apremiante, nerviosa.

Valen la observó ceñudo, discerniendo el significado de aquellas palabras.

Sospechaba que Alejandra continuaba siendo virgen a pesar de que acababa de cumplir los veintisiete años. No era lo habitual en los tiempos que corrían, pero no era una mujer de aventuras y, por otro lado, siempre parecía esforzarse en mantener aislados a todos... salvo algunas excepciones, como él.

Se regodeó apretando los labios para no sonreír ante su conclusión.

—¿Quieres decir que nunca has tenido pareja? ¿Ni un amante? —dijo sin ningún tipo de rodeo observándola minuciosamente, atento a su respuesta. Quería oírsele decir de su propia boca.

Alejandra se puso aún más colorada, pero como era costumbre en ella, cosa que él había comprobado en primera persona en innumerables ocasiones, sacó su arrolladora audacia para contrarrestar su nerviosismo en toda una digna ofensiva. A él le divertía cuando se comportaba así.

—¿Acaso has tenido tú alguna relación estable? —se envaró recordándole lo que a él no le importaba admitir.

Estaba encantadora cuando se ponía en actitud retadora. Una seña común cuando sucedía eso era cómo juntaba sus labios y su boca deliciosa formaba un piquito tentador.

—No, pero sí amantes. Y, tú, Ale, ¿has tenido algún amante o alguna relación? —la instigó él, perspicaz.

—Ninguna de las dos cosas. ¡Y no tengo por qué avergonzarme por seguir siendo...! —Deteniéndose en su revelación, alzó la barbilla en un gesto digno, orgulloso—. Por seguir siendo virgen.

Valen torció la boca, ocultando una sonrisa.

—Por supuesto que no, chiquita —ratificó él con sinceridad, depositando un tierno beso en la frente de su amiga.

Ale pareció relajarse al encontrar en él cierta complicidad y no crítica. Sus cuerpos, inconscientemente, volvieron a retomar cercanía física, uno al lado del otro. Como dos imanes que siempre se buscan con desesperación.

Mientras esperaban la cuenta tras concluir la comida, Valen Lemacks la miró fijamente. Contestaba un mensaje de texto a Idaira antes de salir del restaurante.

Alejandra seguía siendo virgen...

Conocía que su niñez y adolescencia fueron complicadas por los quebraderos que solía pasar de vez en cuando de salud, pero en su día también se olió que detrás debía de haber más motivos para que su amiga se olvidara de querer o desear para ella los sueños de muchas mujeres a su edad.

Como no quería hacerle evocar los malos recuerdos de su pasado, había hablado con su cuñada. Ese día, Idaira guardó en un rincón sus locuras por un instante y le ofreció, por primera y única vez hasta ese momento, su lado más serio.

—Mira Valen, solo te diré que Celia, por celos o por lo que sea, se ha encargado de joderle y mucho la vida a mi cuñis. Aunque Ale no lo reconozca o no lo acepte del todo, porque al fin y al cabo estamos hablando de su hermanita. Celia es la causante del 85% de sus males. La cuestión es que mi cuñada veía por sus ojos y se dejaba llenar bastante la cabeza con

sus comentarios malintencionados, y si no era así, se encargaba fervientemente de que el grupo o los compañeros le hicieran el vacío o la despreciaran. —Ida suspiró con aspecto de derrota—. Lo peor es que cuando Ale dejó de idealizar a su hermana, se creó una fuerte coraza para aprender a sobrellevar mejor en el futuro su vida. Y ya ves, se ha acostumbrado tanto a estar sola y a sentirse tranquila y en paz sin preocuparse por el qué dirán o porque la vuelvan a lastimar, que no está dispuesta a cambiar su estado de eremita.

Regresando por entero de sus cavilaciones, vio como Ale tenía una sonrisa infantil mientras leía los mensajes de Idaira. Era obvio que adoraba a su excéntrica cuñada, y él, en cambio, la adoraba a ella.

La camarera se acercó para traer la factura. Ale percibió la descarada invitación de la hermosa morena a Val, ignorándola a ella de lleno, como si le importara un rábano si era o no la pareja de su cliente y estuviera presente.

Y, como siempre que ocurría algo así, Valen mostró su habitual evasiva. Pero ni su talante inescrutable, déspota e intratable disuadían a esas mujeres de sus intentos de seducción. Sin embargo, el trato de su amigo al resto de la gente nada tenía que ver con el que le profesaba a ella, era como estar viendo a dos personas diferentes.

Pagado el almuerzo, Val la ayudó a ponerse en pie y caminaron muy pegados. En un momento, él rodeó su cadera con un firme brazo para guiarla.

Al verlos con tanta intimidad, era lógico que la gente creyera que tenían algún tipo de relación sentimental y que no fueran simplemente buenos amigos.

En el bar del lujoso hotel en el que solía hospedarse en sus visitas a la isla tinerfeña, Valen Lemacks tomaba un whisky. En más de una ocasión Alejandra y sus padres le habían insistido para que se alojara en su casa, pero él, con amabilidad, siempre declinaba la invitación. Nunca se quedaría en la casa de su amiga por respeto. Sus padres, Román y Dela, eran fieles defensores de los valores tradicionales, aunque con ideas bastante abiertas.

Dio un largo trago a su bebida al tiempo que seguía meditando. Tal vez, el verdadero motivo que lo empujaba siempre a rechazar el amable ofrecimiento de la familia Acosta consistía simplemente en no tener cada noche y en la privacidad de un hogar la tentación al otro lado de la pared. Ale pasaba algunas temporadas durante el año sola y, aunque era su mejor amiga, no podía negar ni eludir a aquellas alturas que la deseaba.

Precisamente ese mismo día, cuando le confirmó lo que ya se imaginaba, que seguía siendo virgen, su cuerpo la reclamó como suya en secreto. Poniéndose

duro como una roca al fantasear con cómo sería saborear cada centímetro de su blanca piel y estar profundamente enterrado en su intimidad mientras ella lo aceptaba encantada. La imaginó gimiendo, desatada por el arrollador placer que al fin descubriría de su mano, siendo él el primer hombre en su vida.

El único.

¡Maldita sea!

El fantasear con ella lo volvía a poner a mil, causándole una ligera molestia en la entrepierna.

Se pasó la mano por el cabello, alborotándose lo ligeramente. Pidió otro whisky, pero en esta ocasión doble.

Mientras se lo servían ladeó la cabeza y captó la intensa mirada de una joven mujer que lo devoraba con los ojos de arriba abajo. Era muy atractiva y alta. Vestía de manera sugerente, con un vestido morado ceñido y minúsculo.

No tenía nada que ver con Ale... *Su Alejandra*, pensó. Haciendo una mueca, rogó en silencio para que el maldito alcohol obrara el milagro de arrancársela de la mente, al menos durante esa noche.

Pero como no creía demasiado en los milagros, contempló a la beldad morena que lo desnudaba con unos ojos verdes excesivamente maquillados. Entonces concluyó que la joven, con esa expresión de rompecorazones que transmitía y esa forma de vestir, no se parecía en nada a Ale, eran como la noche y el día...

Los dedos de su mano se cerraron con más fuerza entorno al vaso. Sus nudillos se volvieron blancos; su mandíbula, tensa.

Volvía a pensar en Alejandra. *¡Condenado infierno!*

Con resolución, apuró la bebida y se encaminó a la morena. Ni siquiera fue necesario intercambiar demasiadas palabras para que la fémica accediera a acompañarlo a la suite. En un acto totalmente frío, recorrieron el espacio que los separaba de la habitación.

Cuando traspasaron la puerta, la chica se abalanzó sobre él con una mirada lujuriosa para empezar a desvestirlo. Le desabotonó la finísima camisa y cuando buscó su boca, Valen la frenó aferrando sus muñecas y apartando sus labios de los de suyos.

—Nada de besos, ¿entendido? —advirtió con una mirada oscurecida como el gris del cielo en un día de tormenta violenta.

Si la chica se sintió humillada no lo demostró. El nivel de su excitación era tan grande que seguramente le permitiría cualquier cosa con tal de que se la follara allí mismo.

Él bajó la parte superior del vestido con brusquedad, dejando al descubierto unos pechos demasiados perfectos, creados por las diestras manos de algún cirujano. No llevaba sujetador. La empujó contra una de las paredes y mordisqueó sin muchos miramientos sus pezones.

—Sí, por favor —pidió su rollo de aquella noche echando la cabeza hacia atrás mientras llevaba la mano a su miembro.

Valen fue más rápido y la giró de espaldas a él, de cara a la pared.

—Mhmm, te gusta ser rudo, ¿eh? —ronroneó entre risas la muchacha.

Él la aprisionó con más firmeza y capturó sus manos, obligándola a que permanecieran inmóviles contra el muro. No quería sentir las caricias de una mujer.

Aquella noche no.

—¿Y a ti? ¿Te gusta jugar rudo? —Le subió la minifalda del vestido, dejando al descubierto un diminuto tanga que, con un tirón seco, rompió sin problema, dejando su sexo libre—. ¡Respóndeme! ¿Te gusta follar duro, sí o no? —Con un movimiento tosco hizo que notara la dureza de su erección.

—¡Oh, sí! ¡Me gusta, sí! —gritó ella, jadeante y abriendo ligeramente las piernas—. Fóllame duro, te lo suplico.

Valen, que permanecía aun completamente vestido, se separó unos segundos para buscar entre su ropa un preservativo. La chica agitaba sus caderas invitándolo a que no se detuviese. Él bajó la mano a su cremallera y liberó su pene, totalmente erecto, grande, grueso y pesado. Una vez listo, lo guió a la húmeda entrada y acercó su aliento a la oreja de la muchacha.

—Me alegra oírte decir, porque yo nunca follo de otra manera — aseguró al tiempo que la penetraba de forma brutal y desmesurada, enterrándose hasta el fondo de una sola estocada sin ningún tipo de dificultad.

La joven chilló por la sorpresa de la salvaje arremetida y por lo enorme que lo sentía dentro, pero no pareció disgustarle la manera en que comenzó a follársela desde atrás, con embestidas llenas de potencia y velocidad, casi de manera enajenada, violenta, sacando y metiendo su verga hasta lo más profundo con enérgica fuerza, mientras ella gritaba y gemía enloquecida por la pericia de su amante.

Y cuando se corrieron, de los labios de Valen salió el nombre de su verdadero anhelo aquella noche.

Sacó su polla de la vagina de la mujer tras terminar las convulsiones de ambos orgasmos y se apartó de ella con total impasividad, arreglándose el pantalón.

Su conquista, que seguía recuperándose del intenso sexo que habían tenido, lo miró

desconcertada por la apatía que demostraba.

En ese instante, él se servía del minibar de la sala, de donde no habían pasado siquiera, un whisky. Con una seña de cabeza quiso saber si ella también quería tomar algo.

La joven no contestó, simplemente se limitó a comenzar a colocarse la ropa correctamente en su lugar y a resolver su curiosidad.

—¿Quién es *Alejandra*? —Se acercó a él, recorrió con sus manos los magníficos pectorales que se alcanzaban a divisar entre la camisa a medio abotonar—. ¿Tu mujercita?

La ira moduló cada uno de los pensamientos de Valen como una amenazadora sombra al oír aquellas preguntas. Desechó su contacto y se alejó.

Con displicencia, tomando un nuevo trago de su bebida y sin mirarla, le ordenó:

—Hemos follado, así que ya puedes largarte. Quiero estar solo.

—¡Eres un maldito hijo de puta, ¿lo sabías?! —le gruñó ella, apuntándole con un dedo, acusadora. El enfado le brillaba en los ojos.

Valen elevó una ceja.

—Nunca he pensado lo contrario.

Se enfrentaron el uno al otro. Pero cuando la bellísima joven reparó en el semblante salvaje y amenazador del hombre, una tensa sacudida ondeó sobre ella.

Como no existía duda alguna de que todo aquello había sido un simple polvo de un año entre dos desconocidos, la mujer se dirigió hacia la salida y, temblando de ira y antes de dejar tras de sí un sonoro portazo, le espetó:

—¡Solo espero que a *tu querida Alejandra* la parta un rayo!

Valen tensó los músculos, conteniéndose para no ir tras aquella condenada mujer y enseñarle que absolutamente nadie, cuerdo o no, maldeciría o insultaría a su amiga.

Odiando no poder dar rienda suelta a su deseo, en un impulso de rabia y frustración estrelló el vaso contra la pared y se dejó caer sobre un cómodo sofá, estirando piernas y brazos.

Cubriendo con un brazo sus ojos, meditó sobre lo ocurrido en ese encuentro sexual, sobre cómo al llegar al clímax y mientras se corría, de su boca brotó el nombre de la única mujer que le debería estar prohibida para siempre.

Alejandra.

CAPÍTULO 08

La sencillez de un acto resulta la mayoría de las veces el prelude de grandes sentimientos, reflexiono Alejandra parada delante de un imponente edificio de acero y vidrio de sobrecogedora altura.

— Guau, esto es impresionante —exclamó a su lado Idaira—. Ya veo que el bombón sí que sabe montárselo a lo grande. —Dándole un pequeño codazo a Ale, puntualizó—: Como grande debe ser su... —¡Oh, Ida! —dijo Alejandra, rodando los ojos.

— ¡¿Qué?! ¡Pero si no he dicho nada! ¡Soy inocente! —se defendió la esposa de su hermano, riendo—. Yo me refería a lo grande que debe ser su escritorio... O despacho, ¡qué más da!

— Sí, claro, y yo nací ayer y no conozco esa mente depravada que tienes — Ale la agarró del brazo para que entraran juntas a la empresa. Estaba dispuesta a vigilar de cerca a la disparatada que tenía por cuñada.

Después de una serie de preguntas en recepción, utilizando su más que cuestionable inglés, avanzaron hasta uno de los pisos superiores.

Al salir del ascensor, Idaira silbó. Frente a ellas se abría paso toda una ostentación de riqueza y poder.

—A lo de montárselo a lo grande, añado además que el *Tutankamón* del sigloxxino escatima en gastos. —Juntándose todo lo que pudo, susurró al oído de Ale— O aquí hay una fortuna o el amigo encuentra verdaderas gangas de excelente imitación en el mercadillo. —Agrandó los ojos, como si una súbita idea impactara en su cabeza—. ¡Cuñis, dile al bombón que nos lleve con él la próxima vez! Necesito redecorar el estudio.

—Ida, deja tu tesis inmobiliaria para otro momento —murmuró Alejandra, censurándola. De pronto, sus fantasmas personales volvieron a acosarla y, sintiéndose ahogada, se aferró al brazo de la otra mujer—. No somos invitadas en esta empresa, Ida, y yo creo que comienza a faltarme el aire.

—Tranquila, cuñis, respira hondo. Todo está bien. Irá bien —le insuflaba confianza Idaira, apretando su mano—. Me siento tan orgullosa de ti, tesoro. Has decidido dejar a un lado tus miedos para sorprender al bombón. — Haciendo un mohín, declaró—: ¿Qué tiene *Tutankamón* para operar tal milagro y no yo?

Alejandra se humedeció los labios, nerviosa.

—Él es... Val es...

—Demasiado importante —contestó la mujer por ella, con ojos chispeantes de felicidad—. Lo quieres mucho, ¿verdad, cariño?

Completamente sonrojada, ella asintió con la cabeza. Idaira sonrió y tiró de su hermana política, llevándola al sitio que parecía ocupar algún tipo de secretaria. Un bellezón pelirrojo que al notar su presencia las miró con altanería y desgana.

—Buenos días —se adelantó Ale a decir para romper el hielo y por buena educación.

—¿Tenéis una cita? —inquirió la mujer con desdén, con ganas de despacharlas enseguida. —Venimos a ver al bombón de Valen... —dijo Idaira.

—¡Al señor Lemacks! —se apresuró a corregir Alejandra.

La empleada entrecerró los ojos con aire suspicaz y preguntó de nuevo, despacio:

—Sí, ya, como muchas otras. Pero yo me refiero a si tenéis una *cita* con el señor Lemacks. ¿Cuáles son vuestros nombres?

¡Eran de otro país, no imbéciles!, resolvió Alejandra al notar la más que desquiciante actitud que desprendía la pelirroja al dirigirse a ellas con tanta parsimonia, como si estuviera enseñando a unos bebés sus primeras palabras en inglés. Si tanto le molestaba que no dominaran con sobresaliente esa lengua, ¡pues que comenzara a hablarles en español!

Estaba segurísima de que si era la secretaria personal de Val, el saber idiomas sería indispensable.

—No, no tenemos ninguna cita con el señor Lemacks —respondió Alejandra, calmándose.

—Es un asunto *personal* —recalcó su cuñada con cierto aire engolado.

La pelirroja les dedicó una mirada como si ellas fueran igual a nada. Como incrédula de que el señor Lemacks tuviera cuestiones *personales* que resolver en su horario de oficina con alguien como ellas.

—En ese caso, no podrá atenderos. —Volvió al teclear en su portátil como si ya hubiese hecho demasiado con atenderlas unos pocos minutos—. Si me disculpáis, tengo informes que redactar.

Esto enervó a Idaira, que en un tono altisonante le dio la réplica:

—Mira, Ariel —Ale, horrorizada, comprendió por dónde iba su amiga. ¡Qué chifladura maniática de llamar a las pelirrojas como la Sirenita, el personaje de Disney!—, será mejor que nos dejes pasar o... Créeme, te meterás en un buen lío con el bombón de Valen.

—Me llamo Natalia —le espetó la aludida con rabia—. Y las que se meterán en un buen problema seréis vosotras si no os marcháis de una vez por todas —dijo llevando la mano al teléfono, en una clara amenaza de que llamaría a seguridad.

—¡No es necesario! —exclamó Ale, aplacando los ánimos y empujando con disimulo a su cuñada, quien obedeció a regañadientes.

Se detuvieron en una salita en la misma planta y aún a la vista de la malhumorada secretaria.

—Puedo llamar a Val y decirle que estamos aquí, así nos dejarán pasar sin problema —comenzó diciendo Alejandra.

—¿Estás de broma? ¡Arruinarás la sorpresa! —la regañó Idaira—. Mira, voy un momento al servicio, que debe haber uno en esta planta, y de paso pienso en una mejor solución. —Cogió su bolso y se aseguró de que sus cosas estuvieran dentro—. ¿Me concederás unos minutos al menos? Antes de que uses ese sentido racional que tienes y estropees el regalo.

La joven asintió con la cabeza hecha un lío. Quería estar ese día con Val, demostrarle lo importante de la fecha, pero tampoco deseaba montar un alboroto.

Suspiró cansada cuando su mente la llevó atrás. Hacía justamente un año, tal día como ese, para tener una simple conversación con Valen había tenido que capear todo un temporal con alguien como la tal Natalia. Seguramente, se trataría incluso de la misma persona.

Cuando Ida la dejó para encaminarse al baño, al pasar por delante de la secretaria, le soltó:

—Voy a hacer pis, ¿puedo? Y no, no hace falta que me indiques el camino, Ariel, no sea que te hernies —rió antes de perderse de vista.

Mientras esperaba a su cuñada se quitó el abrigo. En Londres, en pleno mes de diciembre, hacía un frío de muerte, pero el aire acondicionado y el alto nivel de tensión que agarrotaba sus articulaciones conseguían que se olvidara de las bajas temperaturas.

Para no tener que devolverle la mirada a la odiosa mujer que la observaba de refilón con cara de malas pulgas, se detuvo al lado de una hilera de ventanas que daban una vista impresionante de la ciudad esa mañana.

Algún que otro hombre bien trajeado pasó cerca de ella, frunciendo el entrecejo al verla.

Valen, probablemente, estaría acostumbrado a rodearse de otro tipo de mujeres, y debía sorprenderles ver allí a una muchacha como ella, vestida con

leggings y botas negras, minifalda escocesa roja y negra y una camisa ceñida blanca medio oculta por una rebeca de color carmesí. Los mechones que asomaban desordenados de su alto recogido, definitivamente, tampoco ayudaban. Era el lado opuesto a como se presentarían las féminas en un sitio como ese.

Su cuñada apareció al cabo de un rato con un gesto de triunfo dibujado en la cara.

¡Oh, Dios bendito! ¿Qué habría hecho esa vez? ¿Robar el papel higiénico a modo de venganza? —Listooooo... —canturreó.

Alejandra se llevó las manos al rostro y se lo cubrió apesadumbrada, temiendo lo peor.

—Dime, por favor, que antes de que acabe este día no iremos directamente a parar a comisaría.

—Mujer de poca fe —la tranquilizó su cuñada y, a continuación, su buen humor aumentó ampliamente. Volvió a canturrear—. He hechos nuevas amistades... Y lo más importante, ¡les he sonsacado de manera sutil — *¿Sutil? ¡Pero si debía desconocer el significado de esa palabra!*, pensó Alejandra— dónde se halla, exactamente, el despacho del bombón!

Se cruzó de brazos ante los disparates de la esposa de su hermano mayor, lo que hizo que Idaira pusiera los ojos en blanco.

Cogió los abrigos y mochilas señalando:

—Ya me lo agradecerás más tarde. —Y dicho esto, agarró la mano de Ale y tiró de ella. Una vez más esa mañana. ¡Terminaría arrancándosela como siguiera con ese mal hábito!

—¿Qué haces, Ida?! —Estaba espantada con el giro que empezaban a dar las cosas—. ¡¿Estás loca, o qué?!

Comenzó a arrastrarla casi a la carrera por los amplios pasillos de la planta. Ante esa visión, a sus espaldas, la secretaria empezó a advertirles que se detuvieran o llamaría a seguridad, pero eso no hizo achicar a la tarada que tenía por cuñada.

—¡Ida, detente!

Finalmente, Idaira abrió una puerta en el fondo de aquel laberinto de lo que parecían ser oficinas. Irrumpiendo de golpe y porrazo en un despacho extremadamente enorme, con ventanales panorámicos que ocupaban prácticamente toda una pared de arriba abajo justo detrás de un escritorio de madera oscura, casi negra. Una mesita junto a un amplio sofá, también oscuros, acicalaban aquel lugar en el que predominaba el blanco de sus suelos y

paredes, y el negro de sus muebles.

Ale, aún sujeta por su cuñada, miró al frente y contempló la figura paralizada de Val, que atendía una llamada. Lucía un traje negro hecho a medida, con una camisa blanca y corbata gris oscura. Una gama de colores clásica que le daba una imagen elegante a su aspecto de rebelde indomable.

Se sintió arder de la cabeza a los pies y comprendió entonces el significado de la popular frase de *¡tierra, trágame!*

Sonrojada, bajó la mirada. Hubiese apretado con mayor fuerza la mano de Ida para ver si de esa manera le contagiaba algo de su desvergüenza, pero esta la soltó.

—¡Valen! Te veo como todo un rompecorazones con esas pintas de ejecutivo gruñón. Quién diría que llevas siglos entre los muros de alguna pirámide egipcia.

—Hablamos en otro momento —dijo él, cortando la comunicación telefónica.

Lo peor llegó cuando la pelirroja, Ariel, según su cuñada, la chiflada; traspasó también la puerta, algo sofocada por la persecución y echando chispas por los ojos.

—Lo siento, señor, han irrumpido sin más. Llamaré a seguri... —No es necesario —la cortó él avanzando hacia ellas.

¿Se podría morir una persona abochornada? Estaba a punto de comprobarlo, pensó azorada Ale, aún cabizbaja.

La secretaria no ocultó su perplejidad:

—Señor...

Idaira, muy sagaz, atajó la réplica de la Sirenita y se interpuso en el camino de Valen, convirtiéndose en un muro complicado de atravesar.

—Valen, creo que deberías mirar mejor a quién contratas. Ariel ha sido muy grosera. ¡Sobre todo con Alejandra!

¡Oh, Dios santo! Que alguien la pellizcara, pidió Alejandra. No podía estar pasando aquella situación tan delirante. *¿Es qué su cuñada tenía que montar siempre todo un show?*

Si Val estaba enfadado o no, no lo supo, ya que seguía avergonzada y apenas miraba en su dirección. Pero eso no quitaba que pudiera oír su voz:

—Acompáñeme fuera —ordenó seriamente y en un tono áspero.

Ale dio un respingo al escucharlo. Alzó la cabeza con el corazón en la mano, temiendo que esas palabras fueran dirigidas a ella. Era difícil leer siempre en el rostro de su amigo y saber qué se le pasaba por la mente o qué sentía. Pero un alivio se apoderó de ella cuando él, al llegar a su lado y antes de salir, en

una fracción de segundo, alargó una mano y acarició suavemente su mejilla.

Al quedar solas, Idaira estalló en una sonora y maliciosa carcajada que apenas la dejaba vocalizar:

—¿Has visto el careto de Ariel? —Le salían hasta las lágrimas—. Apuesto lo que sea a que el bombón le debe estar echando en estos momentos una monumental bronca.

—¡Idaira! Lo primero, no se llama Ariel, y lo segundo, ¿por qué demonios la tendría que apercibir? Simplemente cumplía con su trabajo. ¡Hemos sido nosotras las de la actitud inadecuada al colarnos, sin más, hasta aquí! —la sermoneó molesta—. Además, no ha sido especialmente descortés conmigo, ¡sino con las dos! Y, en todo caso, ¡más contigo por envalentonada!

La risotada de Idaira cesó poco a poco y, encogiéndose de hombros, se defendió:

—Puede ser, pero colocándote a ti en cabeza me aseguraba una reprimenda para Ariel, que por mucho que digas se la tiene bien merecida. —Ale entrecerró los ojos exigiendo algún tipo de excusa que justificara su actitud y que la llevara a semejante conclusión—. ¡Venga, cuñis! ¡Parece mentira que no te hayas dado cuenta en todos estos meses! Valen, alias *Tukankamón*, el Dios sexual, buenorro, bombón... —¡Ida, al grano!

—¡¿Qué?! —dijo poniendo cara de inocente—. Te decía, que Valen jamás permitiría que nadie te ofendiera. Eras sagrada para él.

—No es...

—Será don inexpresivo y don *mira-qué-malote-soy-y-qué-tipo-tengo* —continuó la esposa de su hermano, frenando su opinión—, pero te aseguro que nadie viaja constantemente, semana tras semana, haciéndose miles de kilómetros, por el simple placer de que le ofrezcas el parte meteorológico en persona. ¡Serás inocentona! —finalizó, agitando las manos, exasperada.

El enfado de Ale se vio espoleado por el desconcierto que le causaron las palabras de su cuñada, la cual debió percibirlo porque, como solía hacer en numerosas ocasiones, se arrimó a ella y le dio un achuchón fraternal.

—Hey, nena, no dejes que nadie estropee este día, ¿eh? Deja de pensar en los demás y hazlo solo en ti. En lo que realmente deseas...

—Ese es un muy buenconsejo. —En el umbral de la puerta estaba de vuelta Val, que miraba con interés la escena familiar—. Yo que tú lo aceptaría, Ale. —Dirigió su mirada gris a la cuñada de su mejor amiga—. Parece increíble, pero después de todo, hay una parte sensata en tu cabecita, Idaira.

La aludida rió divertida, tomó sus cosas y fue hasta el recién llegado.

—Soy como un Pepito Grillo a la española, bombón. —Le dio un fugaz beso en la mejilla—. ¿Puedo dejar a Ale contigo?

A Alejandra le rechinaron los dientes. Tenía ganas de protestar, de decirle a su cuñadita que ella no era ninguna cría y que no tenía por qué dejarla a cargo de nadie. Pero lamentablemente aún no le salían las palabras.

—Siempre —respondió él.

—Bien, me alegra oír eso. —Ida se giró hacia ella y le explicó—: Llámame cuando quieras que te recoja, ¿de acuerdo? Recuerda que nuestro vuelo sale esta misma noche. —Regresó su atención a Valen, y carcajeándose comentó—: Nos quedan unas cuantas horas en Londres, de aquí a que finalice el día, y sinceramente, no me apetece nada pasarme mi estancia en esta ciudad con unos muermos como vosotros dos.

Mientras se marchaba esa alocada mujer, Valen parecía estar reprimiendo una sonrisa.

Alejandra, sin ser consciente, dio unos pasos en dirección contraria a su amigo, quien la examinó entrecerrando los ojos. Atento a esa reacción.

Sin mediar palabra, él entró y se dirigió a su escritorio. Se sentó en el borde de la mesa y fingió entretenerse ordenando unos documentos. De soslayo, observó cómo Ale lo miraba estupefacta sin saber qué hacer o decir al verlo tan despreocupado, como si allí no hubiese sucedido nada.

Dejó asomar una sonrisa de pillo, y cuando ella la captó cruzó los brazos sobre su pecho en un gesto de abrigo. Disimulando su vacilación. Lo que le resultó cautivador. Siempre intentaba disfrazar sus miedos e inseguridades levantando una coraza que pretendía que fuera impenetrable para que nadie llegara hasta a ella.

Pero sin embargo, cuanto más se acercaba él... más grietas aparecían en la armadura tras la que se escondía.

Él podía leer sus pesadillas y temores con claridad. Veía a la niña asustada con cuerpo de mujer, lo que por otro lado, hacía volar su imaginación. Se le ocurrían miles de formas en las que poseerla, y si Ale supiera una pequeña parte de todas ellas, saldría despavorida de ese lugar.

No queriendo prolongar aquella ridícula separación, sin levantar la cabeza de su inexistente tarea, rompió por fin el silencio:

—¿Es que no piensas saludarme?

—¿No estás molesto? —musitó ella, dubitativa.

De manera elocuente centró, ahora sí, su atención en la joven, quien ocultaba de pena su inquietud. A pesar de que no era su propósito, al verla en ese

estado casi sonrió, pero esto al menos incitó a Ale a que diera unos pequeños pasos a su encuentro. Pero no los suficientes.

Impaciente, y porque no deseaba hacerla sufrir más, clavó su mirada en ella, y con un leve movimiento de cabeza hacia su regazo le ordenó:

—Ven aquí, chiquita.

Esa frase hizo que el rostro de Alejandra pasara rápidamente de la inseguridad al sosiego y del sosiego a la timidez, pero aun así no dudó en cumplir su petición y, atravesando la distancia entre ellos, se echó a sus brazos cuando lo alcanzó. Lo abrazó con tantas ganas, escondiendo su rostro entre su cuello, que sin darse cuenta Valen la aupó levemente, tomándola peligrosamente entre la curva inferior de sus nalgas. Por suerte para ella, llevaba unos *leggings*, porque sus manos se colaron por dentro de la minifalda con ese movimiento. Y no las apartó.

Estuvieron abrazados durante unos minutos más. A su lado, Valen sentía una descarga eléctrica en todas las terminación nerviosas. Sobre todo, se lo recordaba la molestia que sentía en su miembro cada vez que la tenía cerca, y que empeoraba enormemente si sus cuerpos entraban en comunicación. Como en esos instantes.

Alejandra se apartó un poco y le dio un beso en cada mejilla. A continuación, tomó su rostro con ambas manos y de manera casi imperceptible, tan delicada que apenas se notaba, frotó su nariz con la de él.

—Feliz cumpleaños, Val —susurró dulcemente, ofreciéndole aún aquellas caricias tan tiernas.

Intentando digerir aquellas palabras, Val subió las manos hasta su estrecha cintura y la observó. Alejandra le sonreía con la mirada. Lo felicitaba de corazón.

—¿Has viajado hasta Londres solo para felicitarme personalmente por mi cumpleaños?

Ella se ruborizó y de manera distraída empezó a jugar con su corbata gris.

—Bueno, yo... eh... Estos dos últimos días he estado asistiendo con Ida a un curso en Madrid, como ya sabes... ¿Y si te dijera que había un dos por uno y que no podía dejar pasar la oportunidad antes de regresar a Canarias?

El chistoso pretexto de Ale le arrancó una sonrisa. Cerró una mano sobre su cadera y la atrajo más contra su poderosa musculatura. Luego, le apartó del todo el flequillo, que le caía a un lado, y posó los labios en la frente de su amiga.

Era la primera vez en su vida que alguien creía, simplemente, que tal día como

ese era motivo de alegría y celebración. El resto siempre habían relacionado cada once de diciembre con un mal recuerdo. Nada digno de agasajar. —En ese caso... —comenzó él alzando una ceja—, exijo mi regalo.

Ella le dedicó una risita nerviosa y alejándose de él caminó hacia donde tenía su mochila. Rebuscó en el interior hasta sacar una cajita y regresó de vuelta a su lado. Él la volvió atrapar en sus brazos.

—He traído unos dulces diminutos y lo más importante... ¡una vela! —celebró, agitándola mientras se la mostraba—. Bueno, es que no veas lo complicado que es poner treinta y tres velitas en los pequeños pasteles.

Valen no se molestó en ocultar esta vez la risa y, de forma burlona, agregó: —Tenía en mente otro tipo de regalo, pero este no está mal... de momento.

Alejandra puso los ojos en blanco y empezó a servirle algunos dulces. Disfrutaron de la pequeña e informal celebración entre risas y bromas. Contándose lo que les había sucedido durante esos días, desde la última vez que habían estado juntos.

Apenas escucharon a Matthew Hayes cuando llamó a la puerta y entró. El hombre quedó inmovilizado, como si estuviera clavado en el pulcro piso por cemento.

Conocía a Valen desde la universidad y jamás lo había visto así. Por primera vez en la vida parecía relajado, a gusto, e incluso feliz.

A su lado estaba una joven de apariencia muy dulce. Era bonita, pero nada que ver con las mujeres con las que Valen solía relacionarse normalmente. No ofrecían un aspecto tan tierno e inocente como el de esa muchacha.

Cuando notaron su presencia, al fin, Valen retomó su habitual semblante impertérrito, pero siguió con la chica ligeramente apoyada delante de él. Estaba semisentado sobre el escritorio, lo que posiblemente ayudaba a que estuvieran a la par, ya que Valen le sacaba bastante altura. La rodeaba con el brazo, atrapándola por la cintura.

—Matthew, te presento a Alejandra.

La joven se ruborizó un poco y aceptó la mano que él le ofrecía.

—Encantado, Alejandra —dijo con una sonrisa amigable.

—Igualmente, Matt. —Como si se diera cuenta de un error, rápidamente añadió—: ¡Matthew!

Aquello hizo que Valen enterrara el rostro en el cabello de la chica para disimular su risa.

¡No! Definitivamente ese no era el Valen Lemacks que él conocía. ¿Qué había hecho esa muchacha con su jefe y amigo?

No lo sabía, pero si algo tenía claro era que su milagro era digno de admiración. Había derretido todo un iceberg. Al menos, cuando estaba ella en su presencia.

Después de firmar algún que otro documento y de dar su aprobación, Valen y Alejandra salieron de las empresas Lemacks, no sin antes llevarse de camino a los ascensores miradas llenas de curiosidad, como si estuvieran viendo algo de otro mundo, lo que incomodaba en cierto grado a Ale. A su amigo, en cambio, parecía darle igual ser el centro de atención.

Cuando tomaron el ascensor, Valen, que no se había apartado de ella ni un solo segundo al darse cuenta de su estado, bromeó:

—Mi reputación con el género femenino no es muy alentadora. Mucho menos para alguien como tú, Ale. Ven en ti a una joven dulce y tierna y se preguntan qué cosas depravadas tengo en mente hacerte.

Ella esbozó una sonrisa. Estaba encantadora con tus mejillas teñidas de color.

—Pero eso es solo porque no han visto la fecha de nacimiento en mi DNI...

—No creo que eso importe. Tengas la edad que tengas, tu expresión inocente y tu aspecto delicado te convierten ante los ojos de muchos en alguien demasiado pulcro y correcto para alguien como yo —explicó, como si avalara esas conclusiones.

Alejandra bajó la mirada. Ella no era mejor que él, ni mucho menos perfecta. ¿Acaso no había tenido que soportar años el desaire de las personas? Incluso su propia hermana la había abandonado.

Sacudió la cabeza de un lado a otro, negándose a pensaren que Val siguiera algún día los mismos pasos que Celia. Si lo hacía, la herida que le dejaría su partida sería demasiado profunda, dolorosa.

—Eso me da igual, Val —murmuró Alejandra, con la voz quebrada por las lágrimas que no derramó—. Solo me apartaré de tú camino el día que no quieras verme más, no porque los demás cuestionen nuestra relación.

De repente, maldiciendo por lo bajo, Valen extendió un brazo y maniobró para que el ascensor se detuviera. Las puertas continuaron selladas. Puso frente a él a una asombrada Alejandra y le alzó con una mano la barbilla para que lo mirara a los ojos.

El corazón de Alejandra comenzó a latir a un ritmo desbocado, y un sudor frío se esparció por su piel.

—Si supieras solo alguna de las cosas que hice en mi pasado, incluso en la actualidad, les darías la razón, y muy posiblemente no estarías caminado tan tranquila a mi lado —gruñó, y detestándose a sí mismo, la soltó—. Ni siquiera

me permitirías que te tocara con el más efímero de los roces.

A modo de respuesta, ella lo abrazó, diciéndole con ese gesto que confiaba en él y que el resto del mundo podía irse al diablo. Pensaran lo que pensaran.

—No me importa tu pasado, Val. Solo el presente... Y el futuro, si me dejas estar en él.

Valen suspiró y la rodeó con los brazos, posesivo.

—¿Qué voy a hacer contigo, eh, chiquita? Porque yo jamás, por egoísta que suene, te dejaría marchar.

CAPÍTULO 09

Alejandra recorría arrullada por la mano de Valen en su espalda los largos y amplios pasillos que conformaban la planta superior en la mansión Lemacks. Un auténtico palacete valorado en toda una fortuna, y lo suficientemente alejado del caos de la ciudad.

Después de llegar de la empresa, habían almorzado juntos en la intimidad de su hogar, y más tarde Valen aprovechó para hacerle un circuito por toda la vivienda a su amiga.

Podría haberle enseñado también la ciudad, pero se sentía demasiado egoísta como para compartirla, rodeados por tantas personas a su alrededor mientras caminaran juntos por las calles. Solo tenía unas horas para disfrutar de ella antes de que regresara a España esa misma noche, y tardaría algunos días en volverla a ver, así que codiciosamente la quería en exclusividad solo para él.

Se detuvieron al final del corredor y Valen se adelantó para abrir la puerta que tenían al fondo.

—Este es mi dormitorio —indicó, apartándose para dejarla pasar.

Ella, agitada por la turbadora situación, dudo un poco en el umbral, pero la razón regresó a su mente y entendió que no había nada anormal en todo aquello. Val era su amigo y solo intentaba ser amable, enseñándole hasta el área más privada e íntima de su hogar.

La habitación, como el resto de las salas de la mansión, era colosal, majestuosa e inmensa. Una excelente copia que reflejaba a la perfección la personalidad de su amigo. Moderno, pero con ese toque que parecía reverberar de las historias de antaño. Los colores eran oscuros, pero resaltaba algún que otro tono pálido que le brindaba al lugar un escenario magnífico de relajación y misterio, pero también de seducción. Tal y como era Val.

—Es... —Tragó saliva con dificultad—. Es estupenda, Val. —*¿Qué más podía decirle?* Ella apenas entendía de lujos, simplemente miraba lo que tenía delante, y si le gustaba le daba igual que costara una fortuna o cinco euros.

Pasados los nervios iniciales, al cabo de un rato, Alejandra paseaba descalza por el dormitorio, contemplando entusiasmada los diferentes libros que tenía repartidos por toda la habitación.

A su espalda, Valen, que se había despojado de la chaqueta y corbata, la

observaba con atención. Parecía una niña en una tienda de juguetes.

Le resultaba fácil imaginársela cada noche en esa alcoba, esperándolo para recibirlo como la más ferviente de las amantes, y donde a continuación, la haría suya durante horas. Algunas veces con pasión desmedida y otras, en cambio, con total lentitud, explorando y gozando cada detalle de su cuerpo.

Valen se tensó. Se sentía excitado, y negarse el placer era el reto más difícil que se le podía presentar.

Por ello, cuando unos nudillos golpearon con suavidad la puerta, agradeció la interrupción.

Al otro lado se hallaba Vincent, su mayordomo. Un señor de más de cincuenta años que había encontrado una segunda oportunidad trabajando en su casa. Su edad, junto con la crisis que asolaba prácticamente a todos los países, había dificultado el que pudiera conseguir un nuevo empleo. Hasta que se topó con él, por casualidad.

—Las bebidas que me ordenó, señor —anunció el hombre dejando una bandeja de plata sobre la cómoda del dormitorio.

—Gracias Vi... ¡Vincent! —dijo Ale con una radiante sonrisa en forma de gratitud. Lo que causó una enorme alegría al mayordomo, quien asintió y se retiró.

—Te adora —señaló Valen, una vez solos de nuevo—. Cosa que no me extraña.

—Solo trata de ser amable —indicó ella, encogiéndose de hombros—. Es un hombre encantador, y eso que este mediodía me miraba al principio como si fuera el mismísimo fantasma de Dorothy en Raynham Hall — bromeó, divertida.

Al escucharla en plena comparación con la Dama Marrón, la sonrisa de Valen se acentuó. Solo a ella se le ocurrían ese tipo de comparaciones.

—No creo que te viera como una aparición. Simplemente se trata de que he desbaratado la monotonía de este lugar.

Al ver la cara de confusión de Alejandra, añadió: —Nunca he traído a esta mansión a ninguna... compañía.

¿Compañía? ¿Se refería a mujeres?, se preguntó a sí misma Alejandra, rehusando mirarlo a la cara por sí se había puesto colorada. ¡Maldita piel pálida! Siempre resultaba delatora.

—Entiendo.

Pero como era costumbre, debía tener un cartel reflectante en plena cara que gritaba a los demás todo aquello que ella callaba, porque Val dibujó en sus

labios una mueca de pura astucia.

Para no sonrojarse más de lo que ya estaría, Alejandra ojeó algunos de los volúmenes que habían llamado su atención.

—Normalmente no suelo pasar mucho tiempo aquí, Ale —confesó Valen. Tenía las manos escondidas en los bolsillos de sus pantalones y la miraba intensamente, pero inexpresivo—. Viajo mucho a lo largo del año, y cuando estoy en Londres pasó la mayor parte de la semana en mi ático de la ciudad. Alejandra meditaba sobre esto último cuando dos fotografías, escondidas entre las páginas de un libro, captaron su atención.

En una se veía a un hermoso niño de unos nueve o diez años de edad, con unos magnéticos pero tristes ojos grisáceos. Valen, sospechó. A sus pies, descansaba un perro desgarrado y de pelaje negro. Ale sonrió con ternura.

En la otra imagen aparecía una preciosidad rubia digna de elogiar, con una mirada del mismo color y tan cautivadora como la de su amigo. En realidad, la mujer era una réplica exacta pero femenina de él en muchos aspectos. Tal vez se tratase de su madre, porque el parecido era innegable.

Tan concentrada estaba en sus reflexiones, que no se dio cuenta de que Val se encontraba a su derecha, observando con actitud impasible las fotos que sostenía ella entre las manos.

En un impulso y casi sin querer se vio preguntando:

—Eres tú cuando eras niño. —Señaló la otra imagen—. Y esta es... tú madre, ¿verdad?

Él simplemente asintió, y sin mediar palabra alguna se alejó. La violencia apenas contenida que crepitaba en su interior lo hacía temer volverse inestable. Afortunadamente, Ale era una joven inteligente y sabía e intuía cuándo debía darle espacio.

No era el recuerdo de esas fotografías lo que lo turbaba, sino la memoria del pasado. Su madre, Sarah Lemacks, murió tras darle a luz, y su padre, al parecer, siempre lo culpó por ello. Se encargó junto con el resto de su familia de enseñarle lo miserable de su existencia todos y cada uno de los días de su vida hasta cumplir los dieciocho, que fue cuando se marchó solamente con lo puesto, decidido a empezar de cero.

Pasó cerca de dos años sobreviviendo como mejor podía. Por eso, él mejor que nadie sabía lo que era comenzar de abajo. Sin nada, ni nadie.

Hasta que un buen día su abuela materna, Noelle Lemacks, apareció en su puerta, ofreciéndole una nueva oportunidad, según la anciana mujer. Pero la realidad era bien distinta. Quería un heredero de su propia sangre.

Por aquel entonces apenas subsistía, y llegó incluso a robar para poder comer, así que Valen terminó accediendo y comenzó a trabajar para su abuela.

Cuando Noelle Lemacks murió y lo nombró como único beneficiario en el testamento, solo lo motivó una única cosa a aceptar los bienes de su abuela: la venganza. Una venganza que, con los años, pasó a un segundo plano cuando triplicó con dedicación, esfuerzo y horas de estudio, la fortuna familiar, convirtiéndose así en uno de los hombres más influyentes y poderosos del mundo.

Su éxito empresarial había perseguido a su padre hasta su lecho de muerte, recordándole que ese malnacido lo había superado con creces en absolutamente todo.

Pero esa victoria personal no le había hecho olvidar el pasado. Tampoco había servido para cicatrizar sus heridas.

Se acordó de Sombra, sumascota. Un perro vagabundo que decidió adoptar a escondidas de su familia.

—¡Solo me causas problemas, maldita sea! —La bofetada que Marzio le dio fue tan dura que lo hizo caer al suelo. Su padre era un hombre muy violento. Para ser un crio de tan solo nueve años, Valen ni lloriqueó ni se quejó, simplemente lo enfrentó con la mirada, como todo un adulto dentro de un cuerpo infantil. Lo que le costó algunos golpes más.

—¡Me importa una mierda si tus calificaciones son las mejores! —gritó su padre, un respetado empresario italiano—. ¡No quiero volver a oír una queja del colegio porque te has saltado las malditas clases! ¡Esa escuela cuesta una fortuna, deberías estarme agradecido!

El hombre se encaminó aún furioso hacia la puerta donde lo esperaba su joven y nueva esposa.

—Dejemos que Valen reflexione sobre lo que ha hecho. Y para asegurarme de que lo haga, esta noche no cenará.

Lo que le dio verdaderamente igual. Ya estaba insensibilizado a esa clase de arrestos. No era la primera vez que su padre empleaba ese tipo de correctivo y, muy seguramente, tampoco sería la última.

Cuando esa noche las luces de la mansión se apagaron por fin, Valen se escabulló en dirección a la cocina con mucha cautela, como un ladrón en la que se suponía era su casa. Tomó de la nevera algunas sobras de ese día y salió por el jardín, adentrándose en los terrenos colindantes.

—¡Sombra! —llamó casi en cuchicheos—. Vamos, campeón, ven aquí.

Su único amigo se lanzó a su encuentro, recibéndolo con lametazos, lo que

servió para que él sonriera al menos un poco.

—Aquí tienes, grandullón. —Le entregó a su mascota todo el botín birlado para que se alimentara ese día. Él podía pasar sin comer esa noche, ya estaba más que acostumbrado.

Por una fracción de segundo, de vuelta al presente, miró de soslayo a Alejandra, que como ya era costumbre en ella, camuflaba pésimamente su preocupación. Ella era su bálsamo. Algo virtuoso en su vida.

Fue precisamente ese raciocinio lo que lo llevo de vuelta a otro momento de su niñez.

— Papá dice que nada bueno puede salir de ti —le decía su hermano pequeño por parte de padre en un tono de cruel diversión—. Que contaminas y terminas haciendo daño a todo el mundo.

Valen, con un semblante brutalmente feroz para ni siquiera alcanzar los once años de edad, apretaba los puños con fuerza a sus costados mientras contemplaba el cadáver inerte de su perro Sombra. Su único amigo había enfermado, y aunque le rogó ayuda a su padre para salvarlo, el muy bastardo no había movido ni un solo dedo.

— Hay lecciones en la vida, hijo, que solo se aprenden a base de golpes y sufrimiento. Espero que lo recuerdes siempre —le había escupido Marzio, sin inmutarse.

Nada bueno puede salir de ti. Contaminas y terminas haciendo daño a todo el mundo, se repitió un furibundo Valen.

Agarrándose el estómago con una mano, respiró hondo. A Alejandra le estaba desgarrando el corazón ver a su amigo en ese estado de ausencia.

El rostro de Valen era, la mayoría de las ocasiones, una máscara difícil de descifrar. Pero sin embargo, y no sabía exactamente por qué, entre ellos había una especie de conexión que, por lo general, la ayudaba a guiarse en el enigma de sus pensamientos.

Algo lo atormentaba. Podía leerlo en la tensión de sus músculos y en la rigidez de su mandíbula. Sufría. Y ella solo quería consolarlo.

Acercándose con nerviosismo por uno de sus costados lo abrazó, lo que provocó, tan rápido que fue incapaz de reaccionar, que él cortara ese gesto de cariño bruscamente. Atrapando sus muñecas, Valen la empujó hasta la cama, donde cayó sobre su cuerpo con una expresión de aversión. Una de sus grandes manos se cerró entorno a su cuello y no dudó en oprimir.

A Alejandra los pulmones empezaron a arderle por la escases del oxígeno que les llegaba. Si Val seguía haciendo más presión se asfixiaría. —Va... —No

podía hablar, se ahogaba—. Val... So-soy yo.

Un dolor mortal se reflejaba en la mirada de su amigo, un rencor dirigido a alguna parte de sus recuerdos. Aunque lo tenía encima y notaba todo su peso, en muy pocos segundos, si quería, podía acabar con su vida. Porque él no estaba allí con ella. Permanecía abducido completamente, perdido en algún lugar desagradable de su pasado.

Valen la sostenía con fuerza, aprisionando por encima de su cabeza sus muñecas con una mano, la otra angustiosamente aún ceñida en su garganta.

Alejandra, con la visión nublada por las lágrimas acumuladas que no quería derramar, creyó que su amigo acabaría matándola si no se detenía de inmediato.

Rogándole con la mirada, contempló los ojos de Val, que en ese instante dictaminaban una resolución mortífera, una sentencia. Un castigo que ejecutó clavando sus largos dedos mucho más sobre el cuello de Alejandra, de manera estranguladora.

Ciega de pánico lo miró e intentó poner en ese gesto las palabras que no podían salir de sus labios.

Con una calma aterradora continuó aplastándola hasta que, por lo visto, la hirviente ira que amenazaba con estallar fue decreciendo al tiempo que iba comprobando que a quien tenía debajo de su peso no era a ninguna de esas personas que lo maltrataron en el pasado.

Aflojando la asfixia y pareciendo aún estar a miles de kilómetros de allí, especulativo, examinó su rostro.

Cuando Ale pudo insuflar mejor una bocanada de aire fresco, tosió débilmente, ladeando un poco la cabeza mientras su cuerpo se agitaba.

Entre ellos había el espacio suficiente para que sus descontrolados latidos hicieran que su pecho cabalgara de forma evidente de arriba abajo. El ligero escote de la ceñida camisa que llevaba creaba una visión maravillosa de las proporciones exactas de esa parte de su cuerpo.

Valen, que continuaba en esa especie de conmoción y sin soltarla aún de sus amarres del todo, fijó la vista en el movimiento desbocado de sus senos, lo que ayudó a que la joven temblara y sus pulsaciones aumentaran.

Como sí se tratase de un auténtico veneno letal, fatídico, él rompió enseguida el contacto entre ellos. Se incorporó, y sentándose a un lado de la cama, se pasó una mano trémula por el cabello castaño claro, que poco tenía que ver con el de un señor de negocios. Normalmente cuidadosamente despeinado, y en muchas otras ocasiones, como en esa, desgreñado por entero.

En cuanto pudo moverse libremente, y en medio de pequeños toseos, Alejandra luchó con fatiga para deshacerse de la rebeca desabotonada que llevaba puesta. Necesitaba entibiar la quemazón que circulaba por sus venas. A pesar de lo sucedido, en esos momentos la avasalló mucho más el furibundo sufrimiento que seguía presente en el semblante del hombre, que de soslayo la examinaba desde su posición, donde permanecía sentado.

El corazón de Alejandra se oprimió de compasión al verlo. Daba la impresión de vivir un desgarrador purgatorio. Sus grisáceos ojos despedían ardientes brasas llenas de culpabilidad.

Apartando la mirada, como si no soportara mirar a la muchacha a la que a punto había estado de causarle un mal irreversible, gruñó por lo bajo: — Quizás tuvieran razón, porque lo único real en mí... —Rechinando los dientes, se frotó la cara con las manos mientras se recriminaba—: ¡Mierda, Ale, he estado a punto de estrangularte! ¡Maldita sea, te he hecho daño, y jamás me lo perdonaré!

A Alejandra le quemaron las lágrimas detrás de los párpados. Era lo más cercano a una disculpa que Val le ofrecía. Dudaba mucho que alguien hubiese conseguido mejores resultados. Para ser sincera, dudaba que existiera nadie que hubiera logrado siquiera igualar semejante hazaña.

—Cómo he podido, Ale...

Observó con un nudo en el estómago cómo su amigo extendía las manos delante de él, solo unos segundos, antes de apretarlas en sendos puños.

Con sumo cuidado para no marearse, Ale arrastró su cuerpo agarrotado hacia Valen, quien parecía hecho de granito. Extendió una mano nerviosa hacia él, pero se detuvo a mitad de camino. No quería ser de nuevo el detonante que lo empujara de vuelta a unos recuerdos que lo azotaban con la inclemencia de unos látigos llenos de púas que le perforaran algo más que la piel: el alma.

Tragando con dificultad para eliminar el nudo de su garganta, Alejandra decidió cambiar de estrategia. Debía demostrarle que con él se sentía segura.

Oh, que Dios la ayudara si con las siguientes palabras desataba algo para lo que no estaba preparada.

—Estoy aquí contigo y estoy bien. No me has hecho daño... —Ansiosa, la invitación sonó como una plegaria—: Val, tócame, por favor.

Cuando la escuchó, el hombre giró la cabeza para observarla. Sus ojos, que emitían destellos como la plata, se formaron severos a la par que vacilantes.

Apresurándose a bajar los párpados, Ale rogó para que el rubor no la traicionara, aunque dudaba que lo consiguiera. Ya percibía cómo el calor

brotaba de sus pómulos.

Iba a decir algo cuando notó que ahuecaban su cara con una mano haciéndole levantar la vista. Sin pronunciar palabra alguna, Valen la ayudó a caer de nuevo sobre la cama. Sin perder tiempo, se colocó encima de ella, ejerciendo el menor peso posible.

Dibujando una mueca de abatimiento, de arrepentimiento, Val hundió el rostro en la curva tibia y adolorida de su cuello e inhaló el aroma de su piel. Inconscientemente, Alejandra se tensó. Solo fue un fugaz instante, permitiendo enseguida que su amigo aliviara sus penas entre sus brazos.

Estirando una mano hacía el cabello espeso y despeinado de Valen, Ale lo masajeó con ferviente devoción.

—Val, te prometo que todo irá bien —musitó ella, con los ojos rayados por el llanto que ocultaba—. Y que nunca te dejaré. —*Incluso, aunque me echas de tu vida algún día y me escupas que no quieres verme, siempre estaré contigo de una forma u otra. Siempre.*

A modo de respuesta, Valen peregrinó con su boca y nariz el lugar asaltado por su furia, como si con ese gesto le pidiera disculpas y curara las heridas y marcas.

Valen llevó una de sus manos hasta su rodilla y fue subiendo y acariciando, pausadamente, el muslo de Alejandra a través de la tela de los *leggings*. La joven dejó de respirar, atrapada en el torbellino erótico que comenzaba a desatarse en su interior.

—Val... —gimió.

Él se apretó más contra su figura y Alejandra perdió toda la capacidad racional. Cerró los ojos e intentó recordar cómo se respiraba. Oh, cielos, un bulto grande y duro como una piedra le hacía presión en los muslos. ¿Val estaba excitado?

Sintió pánico. Las palabras hirientes escuchadas en el pasado aparecieron en tropel en su mente. Lejos de empujar y apartar a Valen, se agarró a sus hombros y se estrechó, acuciante, más contra el cuerpo duro y fuerte. Solo él conseguía bloquear su cerebro y espantar a sus fantasmas.

Él era su amigo y nunca tomaría nada de ella sin su consentimiento...

Aunque tuvo serias dudas cuando la mano indagadora de Valen se deslizó hasta casi cubrir uno de sus pechos por encima de la ligera tela de la camisa. Muchas más, cuando friccionó con el pulgar el pezón y lo dejó condenadamente erecto y sensible. Ale hundió los talones en el colchón para no arquearse y tuvo que morderse el labio inferior para no gemir. —

Alejandra... —murmuró Val, con los labios aún sobre la piel de su garganta. La sensación de su boca y el roce áspero de su barba incipiente eran tan agradables en su cuello que, involuntariamente, lo había arqueado para darle mayor facilidad.

¡Oh, demonios! ¡¿Qué estaba haciendo?!, se preguntaba Alejandra en algún lugar entre la neblina de su mente, horrorizada.

Valen se separó solo lo justo para poder contemplar el hermoso rostro de su amiga lleno de deseo, pero lo que encontró fue una mirada vidriosa y una expresión vacilante. Sus músculos se contrajeron y la ira consigo mismo bulló en esa tempestad salvaje que se podía advertir en sus ojos.

Convencido de que estaba tomando de su pequeña más de lo que ella le había ofrecido, se apartó.

Empezaba a liberarla de su peso cuando Ale lo agarró del antebrazo para detenerlo y llevarlo de vuelta a su regazo.

—Ale, no...

Ella le tomó el rostro entre sus pequeñas manos y lo miró a los ojos. —

¡No, déjame...! —Se ruborizó por completo—. Te quiero, Val.

Él la observó detenidamente sin desvelar en absoluto sus pensamientos.

Tal vez debería haberle dicho que también la quería, que era muy importante en su vida, pero se juró a sí mismo que jamás pronunciaría esas palabras. ¿Qué derecho tenía a hacerlo? Ninguno.

Ale debería odiarlo, enfadarse con él. Pero sin embargo, solo veía en las profundidades marrones de sus ojos, esos que tanto le gustaba admirar: complicidad y afecto verdadero. Nunca antes alguien le había hecho ese regalo.

Seguramente, fue su falta de reacción lo que hizo que Alejandra lo buscara, entrelazando las manos en su nuca, atrayéndolo de regreso junto a su calor.

—Déjame sentirte así, abrazándome.

—Pequeña insensata —la regañó él, serio. Rodó sobre su cuerpo con ella hasta colocarla prácticamente a horcajadas en sus caderas.

La vio sonrojarse mucho más, percibió la rigidez y el temblor de su cuerpo. Podría ser sexualmente inexperta, pero no estúpida, y era evidente que reconocía la parte endurecida como el demonio sobre la que estaba casi sentada.

Valen atrapó sus manos y la recorrió con la mirada. Cuando sus ojos se quedaron clavados en los pezones erizados que se reflejaban bajo la tela de su camisa, reprimió un gemido. Su polla le exigía tomarla. Allí mismo, en ese

momento. Despojarla de esos malditos *leggings* y falda, ponerla a gatas y montarla desde atrás como un salvaje. Pero sabía que no podía. ¿Cómo iba a follarse de esa forma a Alejandra? ¡No le debería ni estar permitido desearla! Su mandíbula se tensó.

—¿Quieres que te suelte y bajar de mis caderas?

Ella sacudió la cabeza mientras su mirada encontraba la hermética expresión de él. Por lo visto, con tal de mitigar sus penas estaba dispuesta a ignorar la crudeza de la lujuria que desencadenaba en él.

—Ni siquiera eres consciente de lo que puedes provocar en un hombre — pronunció Valen, con voz ronca. Permaneció callado. Cuando volvió a hablar, su voz fluctuaba entre la esperanza y la censura—. Acércate, Alejandra, y demuéstreme lo segura que te sientes en mis brazos. Muéstreme que aún merezco que te quedes a mi lado... Que me quieres.

Inclinándose obediente, la joven depositó un dulce beso en su áspera mejilla, y sin apartar los suaves labios de su piel y, evitando unir sus bocas, continuó avanzando por cada centímetro de su rostro, colmándolo de atenciones.

—Eso es, chiquita, demuéstreme que eres mía. —*Solo mía*, gruñó Valen—. Solo mía. —La polla le palpitaba dolorosa. La jodida necesidad de follársela lo estaba matando.

Pero lejos de apartarla, instintivamente, llevó las manos a los muslos de su amiga para retenerla por si intentaba privarlo del fantástico regalo de sus besos y de su cuerpo reposando encima del suyo.

Cuando de niño recibía insultos, odio, sátiros castigos, o su padre lo golpeaba o lo mataba de hambre, nunca nadie lo consoló. Jamás hubo alguien que curara sus heridas. Sin embargo, y aunque había tenido que esperardemasiado tiempo, larecompensa atodos esos añosdecrudo agravio la tenía en ese preciso instante sanando, con sincera e innegable veneración, las heridas aún sin suturar de su pasado.

—Val —susurró Alejandra mientras erguía la cabeza para mirarlo. Un rubor de timidez coloreaba sus pómulos.

—Dime, cariño, ¿qué sucede? —Para inyectarle valentía, él empezó a deslizar una mano por toda su columna vertebral repetidas veces.

Alejandra apoyó los brazos sobre los trabajados pectorales de Valen y descansó la barbilla entre sus manos enlazadas.

—Tengo hambre.

Esa inesperada petición contribuyó a que un amago de débil sonrisa pugnara por salir de la boca de Valen.

—Así que tienes hambre. —Enarcó una ceja—. ¿Mucha?

Observó cómo Alejandra sacaba la punta de la lengua y se humedecía los labios. Valen se removió incómodo bajo su peso. Aquel gesto había sumado mucha más torturara a su ya adolorida polla.

—Sí, mucha —confirmó ella, asintiendo.

Él rió entre dientes.

—Pues, en ese caso, se me ocurren unas cuantas cosas que podrías comer ahora mismo y sin movernos de esta cama.

A Alejandra casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Eres un libidinoso insoportable! —dijo, aguantándose la risa y atrapando una almohada para golpearlo. Él, divertido, detuvo el ataque y la inmovilizó, reteniendo sus pequeñas manos a su espalda con una enorme de las suyas.

—Así que prefieres las dietas blandas, ¿eh, chiquita?

—¡Oh, Val! —exclamó ella, con su risa cantarina. A modo de tierno soborno, Alejandra le besó la nariz—. ¿Qué tal si preparamos algo para comer? ¡Pero comida de verdad! La semana pasada aprendí a hacer unas pizzas de atún realmente deliciosas.

Él le dedicó media sonrisa y ella no pudo evitar sentir cierto revoloteo en el estómago.

—Ah, así que se trata de eso. Creo que ya voy comprendiendo el porqué de ese interés tuyo por conocer mi cocina. No se debe a que tengas hambre.

—Ah, ¿no? —inquirió Ale, nerviosa—. ¿Entonces de qué se trata, según tú?

Valen le liberó las manos a la joven y ascendió con las suyas por la suave curva de su espalda.

—Se trata de que quieres conocer los servicios de emergencia de Londres...

—¡Val! —lo censuró, intentando parecer seria. Fracasó—. Para tú información, he mejorado mucho como chef... Ahora solo quemo la comida una vez a la semana... o dos. —Al ver cómo su amigo enarcaba una ceja, escéptico, añadió—: ¡Vale, puede que quizás más veces!

Valen estalló en una carcajada.

—Ahora, en marcha. Puede que me vengan bien tus instrucciones. — Alejandra, juguetona, tomó su mano y lo jaló para que se incorporara con ella de la cama. Pero él, con pasmosa facilidad, la retuvo. Deseaba permanecer un rato más con Ale entre sus brazos.

Un fiero ramalazo de posesividad lo recorrió. La quería así cada día, acomodada entre sus brazos, tal y como en ese instante, con la única diferencia de que la deseaba completamente desnuda, solo para él.

—Así que el día que no te oriento no sabes qué hacer —se burló Valen mientras acariciaba con el dorso de la mano el rostro que tanto conocía y adoraba.

—¿Es que acaso lo dudabas? —rió ella, sumando a la caricia de Val una tierna fricción de su naricilla con la de él. Sus miradas se encontraron—. Nunca, nunca sabré qué hacer sin ti.

CAPÍTULO 10

En el aeropuerto de Londres-Heathrow, el de mayor tráfico del mundo, Alejandra revisaba su documentación por si acaso la hubiese perdido en algún momento del día. —Podrías quedarte... conmigo —comentó Valen a su lado.

Ale levantó la vista hacia su amigo. Tenía una expresión tranquila. Duro e implacable, jamás ponía la otra mejilla, y mucho menos pedía nunca nada a nadie.

Antes de salir de la mansión Lemacks, ambos habían disfrutado de una ducha rápida, pero en solitario. Valen, con el pelo aún algo mojado y rebelde, vestía un elegante e informal traje gris sin corbata. Ella, en cambio y a regañadientes, el bonito vestido invernal de color azul, perfecto para sus botas de tubo negras, que él le había regalado junto a una preciosa y delicada chaqueta negra. Alejandra notó fuego en sus mejillas al recordar cómo también le había entregado con el resto de la ropa un conjunto de lencería de color celeste. Sencillo pero con encaje.

Al ver que tardaba en responder, Valen aclaró:

— Idaira y tú. Mi avión privado os puede llevar de regreso a España cuando os aburráis de Londres.

Ale contuvo la respiración. La necesidad de aceptar el ofrecimiento de su amigo crepitaba en su interior, y a punto estuvo de ceder. Afortunadamente no lo hizo.

Pero sabía que tenía que hablar, que tenía que decir algo, lo que fuera.

—Me encantaría, Val, y ojalá pudiera...

Él le colocó un mechón suelto del recogido detrás de la oreja y le acarició la mandíbula con el pulgar.

—Entonces hazlo. Quédate conmigo, Ale. Al menos por esta noche. —Su voz era como el terciopelo, un susurro lleno de seducción y sexualidad que la hizo perderse en sus ojos grises.

Aturdida, sintiendo un inquietante latido de deseo entre los muslos, se humedeció los labios.

—No puedo. Lo siento, lo siento mucho, de verdad. Pero tengo un negocio que atender —*Y una deuda que pagar*, añadió para sus adentros con pesar.

Valen dejó caer la mano que la acariciaba y esbozó una sonrisa, seca y un poco burlona.

—Haz lo que quieras, entonces. Da igual.

El miedo estaba siempre alerta, agazapado, esperando para atacar de nuevo a Alejandra en cualquier momento y situación, y cuando él pronunció las últimas palabras lo vio en los ojos de la joven. Y se odió por ello.

La atrajo contra su fuerte cuerpo, abrazándola.

—Prométeme, chiquita, que no te divertirás mucho sin mí. Necesitas extrañarme o me enfadaré mucho contigo.

La joven casi se rió; pero el sonido se quedó atrapado en su garganta cuando él se separó y bajó la mirada a sus labios. A Alejandra se le aceleró el pulso. No comprendía todas aquellas sensaciones que Valen despertaba dentro de ella. Sensaciones que la atemorizaban.

—Señor... —los cortó Gael, el jefe de seguridad de su amigo—. Lamento interrumpir, pero necesito hablar con usted.

A desgana, Valen se alejó unos metros de su amiga para escuchar el tono confidencial de su guardaespaldas.

—Señor, se trata del asunto que me encargó con urgencia. Tengo al candidato perfecto, y pensé que antes de llegar a ningún acuerdo le gustaría intercambiar algunas palabras con él.

Valen apretó la mandíbula, provocando que le palpitara un músculo en la mejilla.

—No solo quiero intercambiar unas pocas palabras con él, quiero hablar personalmente con ese hombre esta misma noche. No toleraré el mismo comportamiento que su antecesor. ¿Entendido?

Su jefe de seguridad asintió.

—Lo conozco, y le puedo garantizar, señor, que no le defraudaré.

—No quiero garantías, exijo hechos —gruñó Valen—. O’Coneill ha quebrantado el contrato, mis órdenes más directas. Si en estos momentos ese malnacido sigue respirando es porque ella está conmigo y no desprotegida. Ese hijo de perra solo debía cerciorarse de su seguridad y de protegerla, como si fuese su maldita sombra, manteniéndose al margen. Entonces, ¿cómo diablos ha abandonado el país esta misma mañana y a mí no se me había notificado nada? —Valen apretó los labios en una mueca severa—. Asegúrate de subrayarle al nuevo que jamás perdono u olvido una insubordinación.

En algunos aspectos, Valen había sido educado para reaccionar como un hombre de las cavernas.

Gael volvió a asentir y se retiró. Él regresó junto a Alejandra. Entrelazó sus dedos con los de ella y la besó en la frente.

—Enseguida estoy de nuevo contigo, cariño. Serán solo cinco minutos.

Ella, graciosa, se palmeó el inexistente reloj de su muñeca.

—Comenzaré a cronometrarte.

Él sonrió abiertamente mientras salía de la estancia.

En una de las salas VIP del aeropuerto, cortesía del todopoderoso señor Lemacks, Alejandra se dejó caer sobre un cómodo asiento. Estaba agotada. Si por ella fuera jamás se separaría de Valen. La única realidad era que cada uno tenía su vida hecha en otro país, y ese detalle, tristemente, los separaba.

¿Cuándo volverían a verse de nuevo?

Normalmente, solían verse todos los fines de semana, pero en esa ocasión tendrían que despedirse por más tiempo del habitual. Val tenía negocios importantes que atender en Nueva York, y por mucho que quisiera, un vuelo desde la ciudad de los rascacielos no lo pondría en un abrir y cerrar de ojos en España.

Suspiró con desánimo. Aún no se había marchado y ya lo echabade menos.

Alejandra dio un respingo en su asiento cuando Idaira entró a la sala sin preocuparse en tocar ni saludar. Caminaba con aire ausente, tenía la cabeza agachada, con la mirada puesta en su móvil.

La joven entrecerró los ojos, sospechosa. Su cuñada parecía más feliz que un niño con zapatos nuevos.

¡Por favor, que no estuviera tramando ninguna de las tuyas!, rogó.

Para asegurarse, se levantó del sillón y se acercó. Debía comprobar qué era lo que la tenía de tan buen humor.

—¿Puedes compartir el chiste conmigo, cuñadita?

Con un escueto asentimiento, Idaira le enseñó la imagen que mostraba la pantalla de su móvil.

—Estoy haciendo feliz a mis contactos de Facebook.

Ale giró la cabeza en actitud indagatoria para entender a qué se refería.

—Tengo un grupo en Facebook, «Los Celópatas Rompebragas». ¡Y ni te imaginas el revuelo y la de piropos lascivos que ha recibido y en muy pocos minutos la última foto que he subido!

Alejandra examinó mejor la imagen.

¿Por una fotografía donde se abusaba del zoom para analizar mejor los centímetros de calidad que podía esconder un hombre bajo su pantalón?

De acuerdo, apoyaba los *me gusta*, porque la visión que tenía en la pantalla lograba hipnotizar incluso a alguien tan asexual como ella.

Solo que...

Valen estaba de regreso. Tras abrir la puerta y echar un rápido vistazo a Ale, como si temiera que se hubiese evaporado, respiró con alivio. Dejando la puerta medio entreabierta continuó en el pasillo dando instrucciones a Gael.

Alejandra frunció el ceño. Desorientada, escudriñó con la mirada a Valen. Lo recorrió de arriba abajo y con perplejidad se dio cuenta de que el nuevo ídolo de masas en la red social de su cuñada era... ¡Su amigo!

—¡Idaira Melian! —Su tono y el dirigirse a la esposa de su hermano por su nombre al completo no dejaban lugar a dudas de que estaba cabreada. La agarró por un brazo y la condujo a un rincón de la sala donde Val desde el exterior no pudiera verlas—. ¡Cómo diantres se te ocurre poner fotos de la entrepierna de Val en *Facebook*! ¡Por el amor de Dios!

—¡¿Qué?! ¡Solo estoy haciendo una buena obra! —se excusó Ida—. No todos pueden disfrutar de ese ejemplar en vivo y en directo... ¡Tú eres una de las pocas afortunadas, así que no seas tan egoísta, cuñis!

—¡Ida! —Hacía su mejor esfuerzo por continuar sin alzar la voz, lo que era una verdadera frustración—. Hasta el momento tenía mis serias dudas, pero... ¡Estás loca de remate!

—¡Gracias! —dijo la otra mujer sonriendo. Más que ofendida parecía que le habían brindado la mayor de las alabanzas.

—¡No es un halago, Ida! —Intentó capturar el iPhone, pero su cuñada lo apartó de su alcance—. ¡Ida, dame ese móvil!

—De eso nada, cuñis. Aún tengo que hacerle al bombón una foto de otro de sus grandes talentos.

Alejandra detuvo su ataque. —¿Y ese sería... ?

—Qué va a ser, Ale. ¡Su estupendo culo!

—¡No te atreverás!

—Ah, ¿no? ¿Apostamos a que lo haré?

—¡Por supuesto que lo harás! ¡De eso no me cabe la menor duda! ¡Pero yo no lo permitiré!

Con disimulada apariencia, empezaron una disputa entre forcejeos por el teléfono. Una, totalmente complacida, como si aquello se trataradeunamera diversión para pasar el rato de larga espera, y la otra, en cambio, completamente enojada.

—¡Ida! —La aludida apenas podía articular palabra, estaba más preocupada por no ahogarse de la risa—. ¡Suelta ese maldito teléfono! — ¿Quién va ganando la pelea?

Esa voz...

Alejandra se sobresaltó. Al alzar la vista se encontró a Val. Parecía muy entretenido contemplando una riña de gatas. Con las manos ocultas en sus bolsillos y con aire de relajación, solo le faltaba echarse en una tumbona. — ¡Valen, dile a Ale que no sea cría! —comenzó Idaira.

—¿Que yo soy cría? ¡Pero mira quién fue hablar! La que tiene un grupo de Facebook llamado «Los Celópatas Rompebra...» —Súbitamente, Ale se quedó pálida.

¡Oh, oh, aquello se complicaba atrocemente! ¡Y todo por culpa de la demente con la que se había casado su hermano!

—Adelante, cuñis. ¿Los Celópatas Rompe, qué? —la hostigó Idairía, aguantándose las ganas de romper a reír.

A Alejandra le ardían las mejillas.

—¿Brazos? —La joven juró por lo bajo. ¡No debería haber sonado como una condenada pregunta!

La carcajada de su cuñada no se hizo esperar. ¡Maldita loca!

—Los Celópatas Rompebrazos. Esa es buena, Ale.

Su cuñada, muy cuca, se aseguró de utilizar a su amigo como salvavidas, colocándose muy pegadita a él, para así disuadirla de un nuevo intento por despojarla del iPhone. ¡Un iPhone que en esos momentos sería en la red de redes el gran ídolo, por su utilidad!

Mortificada, Ale cruzó los brazos por delante del pecho y fulminó con la mirada a su cuñada.

Idaira forzó una risita.

—Uy, creo que será mejor que llame a mi cari —anunció, mientras jaloneaba un poco a Valen hacia un lado para contarle algo confidencial—. Ni caso, bombón. Creo que no le vendría mal que de una vez por todas la hicieras una mujer... Ya sabes, mujer...

—¡Ida! ¡Te estoy escuchando, por amor de Dios! —Alejandra echaba chispas por los ojos—. Sí quieres que no me entere de tus supuestas murmuraciones, la próxima vez... ¡retírate un poquito más!

La aludida, que no se dio por enterada, siguió alegando con Valen en un tono confidencial... Aunque la megafonía de un campo de fútbol sería más discreta que ella.

—Tranquilo, debe ser que le ha bajado el periodo. Ya sabes...

—¡Idaira! —replicó Ale de nuevo, entrecerrando los párpados. De repente sonrió sin más—. Sabes, cuñadita... Le rogaré y le insistiré a mi hermanito

para que no te acompañe a ver ese musical de *La Sirenita* que tanto te mueres por ver. —Su cara reflejaba perspicacia, pero también ese brillo de travesura—. Creo que hasta me lo agradecerá, sinceramente.

—¿Qué?! —Idaira la miró con los ojos abiertos como platos—. ¿No serás capaz? —Cuando vio a su cuñada alzar sus elegantes y alineadas cejas negras, se apresuró a decir—: ¡Vale, creo que he captado el mensaje! Pero permíteme decirte, cuñis, ¡que eso ha sido un golpe bajo! Llamaré ahora mismo a mi cari. —Hizo un simpático mohín—. Y no le dejaré que me cuelgue hasta que me prometa que no hará caso a la hermana pequeña con muchas ansias de venganza que tiene.

Una vez solos, la boca de Valen se curvó en una sonrisa maliciosa.

—Eres toda una perversa mujer. —Se acercó a ella y la empujó a sus brazos, el dolor de necesitarla fue como un golpe físico en el estómago. Inclino la cabeza para susurrarle al oído—. Me gustaría retarte algún día. Te puedo asegurar que no soy tan fácil de derrotar como tu cuñada.

Los brazos de ella se envolvieron alrededor de la cintura.

—Creo que podré contigo. No se me da nada mal eso de abatir presumidos.

—No, no se te da nada mal —corroboró él. Las manos le acariciaron la espalda lentamente—. Aún me duelen los oídos de la bronca que me echaste por primera vez, hace, precisamente hoy, un año. —Diría que lo siento, pero... ¡te la merecías!

De fondo, oyeron el aviso para los retardados que viajaban a España. Debían subir enseguida al avión.

Valen, negándose aún a dejarla marchar, la sostuvo más apretada, sabiendo cuánta desesperadamente la iba a echar de menos en cuanto tomara ese maldito vuelo.

Su olor suave y delicioso lo inundó. Por millonésima vez volvió a preguntarse cómo se vería Alejandra cubierta con la lencería de encaje celeste que él le había comprado. Valen sintió la erección creciendo con rigidez detrás de la cremallera de los pantalones, caliente y dura. Si no tenía una mujer esa misma noche, se volvería loco. Debía extinguir el fuego que Alejandra encendía cada vez que la tocaba.

Besando su frente se apartó. La joven evitaba mirarlo directamente a los ojos. Aunque intentaba ser discreto, jamás se le había pasado por alto cómo sus preciosos ojos se anegaban en lágrimas con cada despedida. No importaba que al siguiente fin de semana volvieran a verse, Alejandra siempre lloraba en sigilo sus partidas.

Cuando Valen la veía en ese estado, le costaba dolor, sudor y esfuerzo resistir la tentación de tomarla y no separarse de ella nunca más.

Sin soltarla de la mano y cargando su mochila, la acompañó a la terminal de embarque.

—Te llamaré en cuanto llegue —le prometió Ale, dándole dos rápidos besos en las mejillas y alejándose apresurada.

La expresión de Valen se tornó tranquila y fría. Siempre se mostraba igual de calmado e impasible. Solo Alejandra conseguía alterar sus cimientos.

Antes de que desapareciera del todo de su campo de visión, la vio atender una llamada y empalidecer. Sin darse cuenta de lo que hacía, caminaba en dirección a su amiga.

—¡Valen! —Idaira, apresurada, se plantó ante él, cortándole el paso—. No me podía ir sin despedirme, bombón. —Poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla—: Gracias por cuidar de mi nena. Ahora... ¡Sí que me voy o perderé...!

Él la detuvo, agarrándola por el brazo.

—Idaira... —Le costaba pedir favores, pero por su amiga haría cualquier cosa—. Necesito que vigiles de cerca a Ale por mí. ¿Lo harás? Me preocupa.

—¿Alejandra? —preguntó la joven, frunciendo el ceño—. ¿Qué le ocurre?

—Solo te diré que no permitas que se vea a solas con nadie. Sobre todo con Rayco Curbelo, ¿entendido?

Idaira puso los ojos en blanco. Seguramente, ya escuchaba campanadas y marchas nupciales entre su cuñada y él. —No me digas, bombón, que estás celoso... Haciendo oídos sordos, exigió: —Prométemelo... Yo me encargaré del resto.

—Sí, de acuerdo, te lo prometo —accedió finalmente la mujer, rodando los ojos de nuevo. Llevó una mano a su corazón, y juró, divertida—: Me cercioraré de que nadie toque a tu nena. De que llegue pura y casta a tus brazos. Le pondré un sello en la frente que diga: «¡Cuidado, propiedad de Valen Lemacks! ¡Prohibido tocar, bastardos!».

Valen permanecía como una estatua de bronce, anclado en el mismo sitio, al margen del gentío, cuando su leal jefe de seguridad se aproximó a él.

—Henman, ya lo está esperando.

Valen le dio unas leves palmadas en el hombro, pensando que si Gael hubierapodido pasadesapercibido sinquelo reconocieran, sería a él a quién mandarían a proteger lo más importante en su vida: Alejandra.

CAPÍTULO 11

Una semana más tarde...

Alejandra se tensó aún más. Las palabras llegaban a sus oídos a borbotones y apenas podía digerirlas. Permaneció inmóvil por un momento, y luego se levantó y se apartó del escritorio. De Rayco Curbelo.

— No entiendo adónde quieres ir a parar. —Luchó por controlar el temblor de su voz.

—Es sencillo —dijo el hombre, reclinándose en su asiento, soberbio. La observaba como un gato miraría a un diminuto ratón—. No puedo seguir dándote ciertos privilegios. Ya sabes, lo de respetar el acuerdo que alcancé con tu hermanita en su día. Necesito que cubras por completo e inmediatamente la deuda que Celia contrajo conmigo.

Deseando aprovecharse de un momento de vulnerabilidad, Rayco se incorporó y caminó hacia la joven. Cuando le intentó rozar la mejilla, ella se sacudió.

—Una deuda que es ahora tuya, Alejandra —le recalcó, irritado por el repudió que parecía ejercer sobre la joven.

Alejandra sentía una dolorosa opresión en el pecho, un enorme nudo le atenazaba la garganta.

—Pepero... yo no tengo todo ese dinero —balbució—. Al menos no aún.

—He tenido mucha paciencia —aseguró él—. Pero el negocio necesita urgentemente ese dinero de vuelta en las arcas.

—Necesito algo más de tiempo para reunir lo que me falta. Quizás unas semanas...

—¿Y qué me dices de ese magnate inglés que te visita a menudo? —la cortó, seco—. Supongo que si has sido una buena chica con él, habrá sido generoso contigo a lo largo de estos meses.

De repente, Alejandra le dio una bofetada que lo pilló por sorpresa.

—¡No te atrevas a enlodar con tus sucias palabras mi relación con él! ¡Y además, es mi maldito problema, no el suyo!

Rayco se acarició la zona golpeada. La contempló fijamente unos segundos, con los ojos brillantes y llenos de ira, y luego se abalanzó sobre ella.

—¡Maldita mosquita muerta! ¡Por fin has sacado las uñas!

—¡Suéltame si no quieres que comience a gritar! —le escupió ella, batiéndose entre sus manos.

Instantáneamente, con desprecio, él la liberó.

—Está bien, zorrita, tu ganas.

Caminó hasta su escritorio, sacó un cigarro de una cajetilla, lo encendió y dio algunas caladas. Pasaron unos segundos en silencio antes de que volviera a posar su mirada encolerizada y lasciva de nuevo en la joven, quien a pesar de vestir recatada con unos vaqueros, ceñida camisa blanca de algodón y una delgada y corta chaqueta de vestir verde, se sintió desnuda.

—Pero volviendo al tema de nuestra amigable reunión; tienes con que pagarme, ¿sí o no? La respuesta es sencilla, ¿no crees?

Ella respiró hondo mientras notaba que apretaba los dientes con tanta fuerza que empezaba a dolerle la mandíbula.

—Ya te lo he dicho, ¡no! Que necesito solo algo más de...

—¿Tiempo? —bufó Rayco, burlándose. Apagó el cigarro en un cenicero y avanzó hasta Alejandra. Alargó una mano y acarició su rostro—. Tal vez... si fueras servicial conmigo, podría perdonarte una generosa parte del dinero que me adeudas.

Aturdida, como si despertara de un trance, Ale parpadeó repetidas veces. Aquello no podía estar sucediendo realmente, debía de tratarse de una mala pesadilla.

—¿Servicial? —repitió, ladeando la cabeza para librarse del toque de aquel canalla.

Rayco resopló, aparentemente hastiado por su ingenuidad. Sin rodeos y sin ningún tipo de pudor, aclaró:

—Dejarte follar. ¿Necesitas quiete lo delectee también? Te quiero entre mis sábanas. Que te abras de piernas cada vez que se me pegue la gana.

La joven, horrorizada, dio un salto hacia atrás para apartarse de él. Jamás permitiría que ese bastardo le pusiera una mano encima de ese modo. Ni él, ni ningún otro.

—Lo siento, pero te has equivocado conmigo. ¡Yo no soy una prostituta a la que puedas comprar! —le espetó. Después, se quedó tiesa como un palo, como si temiera que fueran a arrojarla a los tiburones.

Rayco estalló en carcajadas.

—¿En serio? Porque yo creo que todas las mujeres tenéis un maldito precio.

—¡Yo no! —gritó ella.

No esperó para que ese sinvergüenza viera las lágrimas creciendo en sus ojos, cayendo por sus mejillas. Agarró su bolso y huyó de aquel pequeño despacho, casi a la carrera. De camino a la salida había dejado a más de un empleado de

la inmobiliaria boquiabierto.

Cuando alcanzó la calle, desierta de gente y actividad a esas horas del mediodía, sin aliento, se pasó las manos por el cabello suelto y contuvo una amarga y llorosa risa.

¡No debería haber mentido a Idaira para acudir sola a esa maldita reunión! Pero, ¿qué otros cosas podría haber hecho? ¿Confesarle toda la verdad? ¿Cómo Celia le había anudado una losa a la pierna y empujado al precipicio más cercano?

—¿Adónde diablos crees que vas, zorra?! —Rayco la había perseguido y la tenía agarrada de un brazo—. ¡Tú y yo aún no hemos terminado de hablar!

—¡Yo creo que sí! ¡Así que quítame tus sucias manos de encima! —bramó Alejandra, haciendo lo posible por escapar. El miedo oscurecía sus ojos.

—¡No seas ridícula, además de mojigata! ¡Seguro que no eres tan puritana con tu nuevo amiguito...!

—¡Deja de meter a Val en todo este asqueroso asunto! —le advirtió ella con la voz ardiendo de rabia—. ¡Él no te debe nada!

Los dedos de Rayco se clavaron más en su antebrazo. Gimió de dolor.

—¡Lo defiendes como una gata salvaje! ¡Y todavía te atreves a negar que te acuestas con él! ¡Que eres su ramera de turno!

—¡Alguien tan malpensado y retorcido como tú jamás entendería nuestra amistad! —gruñó ella en respuesta.

—¿Amistad? —rió el hombre.

La presión de su mano fue mucho más cruel y Alejandra se retorció de dolor. Estaba convencida de que pasadas unas horas le quedarían unos bonitos cardenales.

—¡Un simple amigo no te mira con la posesividad con la que lo hace ese imbécil! —continuó Rayco—. ¡Como si fueras de su puta propiedad! ¡El muy hijo de perra parece desear arrancar con sus propias manos la cabeza de todo aquel que se te acerca!

—¡Pues entonces deberías comenzar a preocuparte por esa cabeza hueca que tienes! —le chilló Ale, encarándolo y odiándolo con cada célula de su cuerpo.

—¡Maldita mujerzuela...! —rugió él, alzando una mano para abofetearla.

—¿Está bien, señorita? —preguntó una voz masculina, con un ligero acento.

Al mirar por encima del hombro de Rayco, Alejandra descubrió un hombre de aproximadamente treinta y cinco años de edad, alto, fornido, con salvajes ojos azules y de cabello moreno y corto. Cubierto por vaqueros, cazadora de cuero negra y botas de motorista, contemplaba la escena con semblante inquietante, como si estuviera a punto de saltar sobre el abusón que la sujetaba y molerlo a

golpes.

Cuando Curbelo decidió girarse y enfrentarse al recién llegado, la duda recorrió sus rasgos. El hombre que había aparecido como salido de la nada parecía amenazador, un verdugo que estuviera arbolando un hacha sobre su cabeza. E instintivamente soltó a la joven.

Alejandra puso distancia entre ellos y apretó las manos formando puños. — Sí... lo estoy. El señor Curbelo y yo no tenemos nada más que discutir por hoy.

—Me alegra saberlo —dijo su inesperado salvador, sin apartar los ojos de Rayco—. Porque creo que sé de alguien que no se lo pensará dos veces antes de dar el primer golpe. Con mucho gusto lo haría yo. —Torció la boca en una sonrisa siniestra— Pero aprecio mi vida lo suficiente como para no hacerlo. Además, no está bien eso de quitarle la diversión al más sucio hijo de perra que he tenido la suerte de conocer jamás.

—En serio, no me digas —exclamó Rayco, cínico—. Pues ese sucio hijo de perra debería no dejar sueltas por ahí a sus zorras.

Súbitamente, el recién llegado gruñó, y ciego de ira se lanzó como un devastador huracán hacia Curbelo.

—¡Nooo! —Alejandra se interpuso en su camino, aterrada, plantando las manos en el pecho masculino—. Por favor, no cometa el error de caer en sus provocaciones.

El hombre contempló con detenimiento el rostro afligido y suplicante de la joven. Esa mujer significaba mucho para su jefe. Un jefe que se lo haría pagar muy caro si le robaba el placer de ejercitar los músculos en el rostro del idiota que tenía a escasos metros de distancia, se recordó a sí mismo.

—Lárgate —le escupió finalmente—. ¡Fuera de mi vista si no quieres que comience a romper todos y cada uno de esos huesos de sabandija que tienes!

El aludido esbozó una sonrisa cruel y caminó hacia ellos. Se detuvo a la altura de una Alejandra que seguía tensa, como si un desprendimiento de tierra la hubiera engullido y le hubiese arrebatado todo el aire de los pulmones.

—Cuidado con lo que haces —siseó el otro, entre dientes, su cuerpo totalmente en alerta, preparado para comenzar a pelear.

Ignorándolo, Rayco clavó la mirada en el perfil de la joven, que seguía aferrando la camisa del gigante que, sutilmente, la custodiaba con su cuerpo.

—Te doy una semana para que pienses en mi... propuesta. Si decides que no, atente a las consecuencias. —Se daba media vuelta cuando recordó—: Ah, y por cierto, deberías no olvidar que para ese amiguito inglés que tienes no eres

más que una de las tantas prostitutas que calientan su cama. ¿Acaso piensas realmente que alguien como él se comprometería o casaría con alguien tan insignificante como tú, zorrita? Bájate de esa nube, estúpida.

Se apartó de ellos y siguió caminando.

—Cabrón arrogante —murmuró el otro hombre con una mueca de furia.

—Déjelo, no merece la pena ensuciarse las manos por alguien como él.

Ale apartó las manos del alto y fuerte desconocido y se frotó el antebrazo para calmar el músculo adolorido.

—¿Cómo se encuentra? ¿Le ha hecho daño? De cualquier tipo... — preguntó, examinándola de arriba abajo con ojo clínico, como si le resultara embarazoso poner sonidos a sus dudas—. Señorita, ¿ese malnacido se sobrepasó de algún otro modo...? Ya me entiende. Alejandra abrió los ojos de forma desmesurada.

—¡Nooo!

Pero cuando recordó en qué consistía la generosa propuesta de Rayco Curbelo, cerró la boca y apretó los dientes, esforzándose por no llorar. La adrenalina iba evaporándose, y en su lugar dejaba solo la desolación y amargura.

—Sí, ya lo veo. —Era obvio que no se tragaba su penosa actuación.

De forma inesperada, las frenéticas palpitaciones en las sienas de Alejandra aumentaron. La joven, en un intento por sofocar los temblores que la sacudían, masajeó la zona torturada, y olvidándose de que estaba acompañada, caminó casi a trompicones hacia un banco a no mucha distancia de ellos.

Cuando sintió que unas manos grandes la sujetaban, posiblemente, temiendo que se desmayara de un momento a otro, estuvo a punto de gritar y patear.

—¿Puedo acompañarla a casa? —se ofreció el extraño, ayudándola a sentarse antes de que lo hiciera él—. Seguro que debe de estar preocupados.

A pesar del suplicio, logró dedicarle una convulsa y tierna sonrisa.

—¿No cree que soy mayorcita para tener toque de queda? Me ofende, señor.

El aludido extendió una mano hasta ella y le devolvió la sonrisa. —

Llámame Davis. Tuteémonos.

—Está bien, Dave... Davis —se corrigió a sí misma, estrechando su mano—. Y gracias por el ofrecimiento, pero no creo que sea buena idea. ¿Nunca te enseñaron de pequeño eso de que jamás aceptes la desinteresada generosidad de los desconocidos?

El hombre rió.

—Creo que ese día no asistí a clase. Pero hagamos una cosa. —Se sacó su

celular del bolsillo de sus vaqueros y la miró con unos ojos azules electrizantes, como si esperara que le dictara un número—. ¿Por qué no llamas a alguien para que te venga a recoger? No creo que sea buena idea que permanezcas sola por la calle. Tienes pinta de que en cualquier momento perderás el sentido.

Ese comentario le arrancó a Alejandra una sonrisa interior. Debería estar ya más que acostumbrada a que le dijeran cosas como esa.

Abrazándose el estómago, escruñó con la vista los alrededores, abstraída. Solo quería llegar lo más rápido posible a casa, darse un largo baño y pensar en alguna solución, en qué podía hacer para no perderlo todo.

—De acuerdo —accedió finalmente ella, suspirando. Dio a Davis las gracias por brindarle su teléfono y sacó el suyo del bolso que llevaba—. Llamaré a mi cuñada.

Mientras la acompañaba en la espera, conversando, Davis fue encajando, pieza por pieza, el ensortijado rompecabezas.

El señor Lemacks lo había contratado desde hacía una semana para vigilar y cuidar, de cerca y sin ser visto, salvo por fuerza mayor, como era el caso en esos momentos, a la muchacha que tenía sentada justo a su lado.

Su buen amigo Gael, quien llevaba trabajando para el magnate conocido por su dureza y frialdad desde hacía algunos años, le había dado de él las mejores referencias a su jefe. Por lo visto, al empresario, con fama de implacable y de carecer de corazón, solo le habían bastado unas horas de descuido por parte de su antecesor para echarlo como aun perro de su puesto y descargar toda su ira sobre el infeliz.

—Asegúrate de que la señorita Acosta esté bien. Quiero discreción, que no sepa de su existencia... Salvo que se vea obligado a intervenir.

Si a Davis le quedaba alguna duda sobre qué o de quién debía proteger a la joven, salió de todas ellas cuando el señor Lemacks, añadió:

—Sí sucediera algo así, haz lo que tengas que hacer para mantenerla al margen, protegida, fuera de cualquier... peligro. Del resto, del problema, me ocuparé yo personalmente, ¿entiendes lo que quiero decir?

Oh, sí. Sí que había captado el mensaje perfectamente, el significado de aquellas palabras.

Aquella joven, Alejandra, no era una más de las tantas mujeres que llenaban portadas y portadas con su nombre siempre de la mano. Con ella sí que parecía implicarse. Era bien sabido que todas y cada una de esas compañías solo disfrutaban junto al magnate inglés de relaciones meramente sexuales, y

además, durante un ridículo periodo de tiempo. Luego, solo obtenían de él su indiferencia absoluta.

—Ah, y una cosa más. Recuerde que la señorita Acosta es... intocable — le había recalcado el señor Lemacks—. Si le llegara a suceder algo... —Su voz se tornó tan afilada como la hoja de un cuchillo—. Si le ocurriera algo porque ha descuidado su seguridad como el anterior inútil, aténgase a las consecuencias. Igual que todo aquel bastardo suicida que se atreva a hacerle daño.

Davis rió para sus adentros. El tal Curbelo pronto sería pasto de los tiburones... O, más bien, del tiburón más hambriento de todos.

Valen Lemacks entraría en cólera en cuanto le informara del incidente que acaba de presenciar.

Davis ladeó la cabeza hacia la muchacha. Parecía joven. En realidad, muy joven para los veintisiete años de edad que tenía. Era esbelta y de voluminosas curvas, toda una mujer, pero su rostro, en cambio, lucía más juvenil e inocente.

Viéndola, daba la impresión de que cualquier hombre o, para ser exactos, Valen Lemacks, podría romperla por entero en una sola noche de pasión. Y es que los rumores que rodeaban al empresario inglés resultaban cuanto menos escandalosos. Su vida sexual, si de algo no gozaba, era de la convencionalidad.

Trascurridos varios minutos, frente a ellos apareció una acelerada mujer.

—¡Nena!

Davis notó cómo su pupila se tensaba, nerviosa. En alerta, estudió velozmente la joven que corría hacia ellos. Más que una marcha de rescate y fuga parecía estar a punto de subirse a un cuadrilátero y comenzar a repartir golpes.

—¡Oh, Alejandra, me tenías tan preocupada! —Se fundió en un fraternal abrazo con su cuñada—. Muchachita desconsiderada, ¡no vuelvas a darme estos sustos! ¡Ni te imaginas las horas de angustia que he pasado!

—Lo siento mucho, Ida, no volverá a pasar —sollozó Ale, estrechándose más desesperada en los brazos de su hermana política, como si necesitara consuelo—. Te lo prometo.

—Oh, nena, estaba tan preocupada. Últimamente has vuelto a... —La apretó con mayor fuerza—. Da igual, no importa. —Separándose, acarició sus mejillas, como una madre a una hija—. Demomento, solo deberías tratar de descansar y de recuperarte.

La aludida, enjugándose las lágrimas enclaustradas en sus ojos y sorbiendo

por la nariz, asintió.

Davis supuso por las palabras de la rubia mujer que la favorita y objeto de deseo del señor Lemacks, al parecer, no estaba atravesando un buen momento de salud.

Una auténtica lástima, pensó. Pero aún debilitada y todo nadie podía discutir el hechizo que ejercía en las personas y lo apetecible que podía llegar a resultar. Alejandra llegó hasta él y le tendió la mano.

—Ha sido un verdadero placer, Dave... eh, Davis. — Sonrojada, agregó— : Y gracias de nuevo por... todo.

—De nada. Cuídate y hazle caso a la rubia de bote...

—¡Eh, te he oído! —refunfuñó la otra, aunque no parecía molesta—. Me llamo Idaira. I-D-A-I-RA... —deletreó. Por último le guiñó un ojo y sonrió ampliamente—. Pero como es obvio que sabes apreciar mi buena sabiduría, ¡te perdono!

Aquello hizo que ambos rieran por lo bajo.

—Bueno, pues hazle caso a Idaira. —Bajando el tono y mirándola a los ojos, le aconsejó—: Si tienes algún problema, confía en ella.

Por un minuto, la chica se quedó paralizada, pensativa, hasta que por fin enfrentó de nuevo su mirada con la de él.

—Lo haré —aseguró.

Viéndola alejarse consucunada, estaba convencido de que lo haría. El peso que llevaba a sus espaldas era demasiada carga y necesitaba contar con alguien.

Davis resopló de manera audible. La noche se acercaba y ya comenzaba a engalanar con su oscuridad muchos de los lugares que lo rodeaban.

En pleno diciembre, mientras en muchos sitios del mundo congelaba y la gente apenas se atrevía a poner un solo pie en la calle, allí, en la isla, todo era completamente distinto. Los lugareños y turistas gozaban de un ambiente primaveral, lo que invitaba a que la vida nocturna fuera una continuación del día y no llegara a su fin jamás.

Davis Henman sacó de nuevo de entre sus vaqueros su teléfono de última generación. No podía demorar más esa llamada. Solo necesitó un simple *clic* antes de que, enseguida, descolgaran al otro lado de la línea.

—Señor Lemacks...

CAPÍTULO 12

En uno de los clubes más discretos y selectos de Nueva York, donde se podía comprar y satisfacer todos y cada uno de los caprichos más inconfesables del ser humano, Valen Lemacks apretaba con furia su móvil mientras permanecía apartado del espectáculo vicioso del lugar, donde no solo se gozaba del alcohol y otras sustancias, sino también de la mejor música, siempre acompañada de mujeres despampanantes semidesnudas bailando en vertiginosas tarimas.

Nadie delosallí presentes parecía ver fuera delugar la desinhibiciónsexual que exhibía el club por todas partes.

Allí era habitual, y se hacía frente a todos, cualquier práctica sexual... Y existían dos clases declientes: los que no dudaban en sumarse a las bacanales o en tener sexo con alguien en cualquier rincón del local, o los que, como él, si querían follar ese día se retiraban a la privacidad de una de las suites. A veces con una sola acompañante, y otras, en cambio, con más de una.

—¡Maldita sea! —La impaciencia se reflejaba en su rostro, acerando su mirada y afilando sus facciones— ¡Necesito tomar ese avión!

—Entiendo, señor, pero volar tal y como se pondrán las cosas sería un suicidio. Los últimos partes meteorológicos informan...

—¡Los partes meteorológicos y usted pueden irse al diablo! —siguió él, colérico, y antes de dar por concluida la conversación, advirtió—: La próximavezquevolvamosahablar,espero, porsupropio bien, quemetenga mejores noticias.

Se avecinaba un fuerte temporal que afectaría al tráfico aéreo, y muy pocas compañías se arriesgaban a volar. Las pocas que lo hacían no tenían como destino ni Londres ni España. Ni siquiera su jet privado estaría lo suficientemente listo y preparado para presentarse en la ciudad de los rascacielos en pocas horas.

Llevándose una fuerte bebida a la boca, se reprochó mentalmente haber decido dar descanso en el último momento a su tripulación esos días. Sí no lo hubiese hecho, habría viajado en su avión y esa noche tendría un dolor de cabeza menos.

En cuanto se acabó la copa, permaneció sentado unos minutos más, abstraído, en medio de la visión pornográfica que allí sucedía.

Frente a él, contempló de manera indiferente a una chica a cuatro patas haciéndole una felación a un hombre mientras otro la penetraba por detrás. Al instante, uno de los varios curiosos que rodeaban la escena, mirando o masturbándose, se sumó a la fiesta. Ahora la joven era perforada por dos miembros. Tres si contaba el que tenía metido en la boca. Pero esa no era ni de lejos la escena más fuerte que tenía ante sus ojos.

Frecuentar lugares como ese servía para recordarse quién era realmente. Alguien muy poco digno.

A la temprana edad de catorce años y hasta que abandonó a los dieciocho el que se suponía que era su hogar, se había convertido en toda una leyenda. Cuando su padre organizaba sus constantes celebraciones en la mansión familiar, a las que Valen nunca estaba invitado, muchas de sus invitadas terminaban en cualquier escondida habitación abriéndose de piernas para él.

Pronto, lo que debería haber sido el sueño de cualquier adolescente, se convirtió para él en un simple trance. No recordaba, o más bien no quería recordar, las innumerables ocasiones en las que en esos eventos, mientras se encerraba en su dormitorio o deambulaba por zonas de la casa que se mantenían ajenas al alboroto de las personas, bebía y coqueteaba con algunas sustancias para olvidar la miseria de su mundo y en qué se había convertido.

El alcohol hacía que no pensara con claridad en ese tiempo; y el resto, las drogas, daban el empujón final hacia un abismo del que no tendría retorno una vez que tocara fondo.

A sus treinta y tres años recién cumplidos, Valen seguía sin conocer lo que era hacer el amor. Sus experiencias se limitaban al puro y duro sexo, donde la lujuria y el alivio sexual eran lo que predominaba en el encuentro. Nunca las emociones ni los sentimientos.

Si era sincero consigo mismo, había aprendido a no plantearse cosas como esas hacía muchísimo tiempo... Hasta ese último año. Alguien había trastocado su vida. Para siempre.

Su pequeña y dulce Alejandra.

Se había preguntado en numerosas ocasiones cómo sería hacer el amor con ella. Sí, hacerle el amor, porque no se podía imaginar tomándola de otra forma.

Reclinándose en su asiento, hizo una mueca de desaprobación. Eso jamás podría suceder. Teniendo en cuenta su pasado, incluso su presente, no era merecedor de ella, y mucho menos de tomar su virginidad. Pero claro, tampoco soportaba la idea de que se entregara a otro. Y mucho menos aún

podía imaginarse una vida sin ella.

La simple idea de no tenerla hizo que una fuerza desconocida lo golpeará en el pecho, dejándolo sin aliento.

Exhaló todo el aire de sus pulmones mientras se restregaba ligeramente los ojos. Ale era su punto débil, y eso lo hacía conocer por primera vez el miedo. Si muchos de sus enemigos o contrincantes supieran esa verdad, no dudarían en usarla en su contra.

Juró que si eso pasaba podían darse por muertos, al igual que todos aquellos que quisieran dañarla. De momento, ya conocía el nombre del infeliz que había comprado las primeras papeletas.

Había pasado de distraer su eterna soledad, la que solo tenía absolución cuando estaba con Ale, a sentir que la rabia y la impotencia lo consumían en menos de una hora.

No llevaba mucho rato en ese club cuando recibió una llamada de Davis Henman. Si lo que le había contado el guardaespaldas lo dejó endemoniadamente hecho una furia, la charla que tuvo a continuación con Idaira le había hecho verlo todo de color rojo.

Como no deseaba permanecer ni un minuto más en ese sitio, se encaminó en dirección a la salida, no sin antes declinar el ofrecimiento de varias mujeres, que con tal de estar en sus brazos una sola noche venderían su alma al mismísimo Lucifer.

Necesitaba llegar lo antes posible a su hotel. Tenía una conversación pendiente con alguien y aquel no era el lugar para llevarla a cabo, donde la corrupción, degeneración e inmoralidad estaban a la orden del día.

Se encargaría de cuidar a Alejandra de ahí en adelante, pero tendría que obligarse a marcar ciertos límites. Jamás permitiría que su perversa inmoralidad y su maldito castigo la alcanzaran. Aunque eso hiciera, quizás, que Ale se alejara definitivamente de él... Por más cerca que estuvieran.

Llevó el celular a su oreja. En cuanto reconoció la voz femenina, ordenó:

—Bianca, quiero que tengas todo listo en menos de una semana.

Alejandra perdió la cuenta de las vueltas que había dado en la cama sin poder pegar ojo.

De nuevo.

Aunque las fuerzas le fallaban y el cansancio la agotaba, no lograba descansar. En la penumbra de su dormitorio recreó una y mil veces lo sucedido con Rayco, intentando hallar una posible solución.

Pero no la había.

En breve lo perdería todo, porque ni muerta cedería al chantaje de Rayco.

Ale notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, que resbalaban por sus mejillas.

Era de madrugada y en pocas horas amanecería. Fuera, comenzaron a escucharse fuegos artificiales causados por los últimos rezagados de esa noche. Las Navidades daban los últimos coletazos hasta el próximo año.

Cambiando de postura en la cama, Alejandra deseó estar envuelta en los brazos cálidos y seguros de Valen. Calculó rápidamente la diferencia horaria con Nueva York, preguntándose si sería buena idea o no llamarlo.

—Te necesito, Val —hipó entre sollozos—. No sabes cuánto.

Tenía algunas llamadas perdidas de su amigo, pero con todo el dolor de su alma lo había evitado. No quería que la sintiera derrumbada...

Unos pasos por el corredor la sobresaltaron, pero enseguida comprendió de quién se trataba.

Idaira.

Por fin había reunido el coraje suficiente para confesarle a su cuñada la extorsión a la que llevaba sometiendo a Rayco Curbelo durante meses. Ni siquiera sabía cómo había logrado tranquilizar a la esposa de hermano, porque tras escucharla, su única obsesión fue salir corriendo en busca de Curbelo y prenderle fuego a él y a su negocio juntos.

Alejandra sintió un escalofrío. Su *secreto* ya no era tan secreto.

Cuando entreabrieron la puerta de su dormitorio fingió que dormía. Oyó cómo Idaira suspiraba con alivio. Seguramente, su cuñada temía las consecuencias que todo aquel asunto de la deuda pudieran generar de nuevo a su precaria salud.

Después de esperar unos minutos y de cerciorarse de que estaba de nuevo sola en la habitación, aprovechó para levantarse de la removida cama y dar unos pasos, no sin esfuerzo, hacia la puerta.

No había avanzado mucho cuando pudo oír la voz de Idaira, casi en cuchicheos, hablando con alguien.

Deteniéndose y manteniéndose fuera de la sala de estar, escondida entre las sombras, Alejandra esperó para averiguar qué estaba ocurriendo. —Ajá, lo comprendo, pero no creo que sea buena idea... Lo sé, lo sé... ¿Tan importante es?... Mira, he entrado hace un momento a su dormitorio y estaba durmiendo, teniendo en cuenta que le vuelve a costar conciliar el sueño y descansa muy mal, no pretenderás que la despierte, ¿verdad?... ¿Qué es eso tan urgente? ¿No puede esperar hasta mañana?...

Ale frunció el ceño. Su cuñada en pleno coloquio sin su habitual ristra de disparates.

Sorprendente.

—¿Cómo?! ¿Me estás hablando en serio? —exclamó Idaira mordiéndose el puño y haciendo ruiditos raros.

Blanqueando los ojos, Alejandra quiso sonreír, pero no le quedaban ánimos ni humor.

Súbitamente, la voz de Idaira pasó de la emoción al enfado.

—¿Qué?! ¡No me lo puedo creer! Estarás bromeando, ¿verdad, bombón?

Ale ahogó una exclamación de asombro y sus ojos se agrandaron.

¿Val?

¿Idaira hablaba con Val?

—¡No creo que a Alejandra le haga mucha gracia tú decisión!... ¡Todo es muy precipitado, sí... pero las cosas no tienen por qué ser así...! —Su cuñada hablaba cada vez más deprisa, lo que dificultaba que Ale pudiera escuchar con absoluta nitidez la discusión—. Bien, pues cuando le informes a mi nena que has elegido a otra mujer, le rogaré... ¡No, le suplicaré, que te dé una buena patada en donde más te duele! Y si no lo hace ella, ¡lo haré yo!

A la joven se le había helado la sangre.

¿Val había encontrado a alguien?

Ese posible descubrimiento le había golpeado el corazón con saña, tanta, que desorientada tuvo que sujetarse a la pared del corredor para no desplomarse como una muñeca rota.

—¡Si no fuera porque mi *cuñis* me odiaría por toda la eternidad — continuaba Idaira—, el día de la boda echaría veneno en tu copa! Pero será más divertido ver cómo Ale no te lo perdona... ¡Ni yo! —Y como una auténtica mujer despechada, enfatizó con cierto regocijo—. Estoy segurísima, bombón, que no tener el indulto de mi nena te fastidiará más que una muerte instantánea.

Eludiendo la vena psicópata que le había salido a su cuñada en los últimos minutos, Ale se esforzó por respirar y por arrancarse el puñal invisible que le oprimía el pecho.

Val se casaba...

Cuando un sollozo estuvo a punto de escapar de sus labios, horrorizada, se llevó las manos a la boca para acallar su desconsuelo y regresó a su habitación. Una vez dentro, empezó a quitarse la ropa, percatándose de la humedad de su camisa.

Lloraba.

Lloraba incontrolablemente, a mares.

Tenía ganas de chillar, de golpear lo que fuera... Tenía ganas, sobretodo, de llorar sin enmudecer el sonido de su dolor y que no la descubrieran. Pero no podía.

Apoyando la espalda contra la puerta, fue dejándose caer poco a poco, como si se tratara de una escena a cámara lenta. Cuando se sentó y sintió en sus piernas desnudas el frío suelo, dobló las rodillas contra el pecho, hundió el rostro entre ellas y lloró en silencio. Lloró como nunca antes lo había hecho.

Valen Lemacks miró con impaciencia el reloj. Debían de ser las cinco de la madrugada para Alejandra.

Como una fiera enjaulada, paseaba frenético de un lado a otro en la lujosa suite de uno de los hoteles más exclusivos de Nueva York. A esas alturas, entre su cabello desgreñado, su camisa negra completamente desabrochada y sus pantalones de vestir negros enmarcados por unos grandes pies descalzos, debía dar la impresión de trastornado o de estar a punto de cometer un homicidio.

No poder hacer absolutamente nada más que esperar al día siguiente lo tenía fuera de sí.

Caminaba hacia el mueble bar de la sala de estar para servirse otro trago, cuando oyó su celular sonar. Eran pasadas las doce de la noche, pero recibir llamadas a esas horas no tenía nada de extraño para él. Mucho menos aún en un día como ese, donde había puesto a mucha gente a trabajar sin descanso.

Sin molestarse siquiera en mirar el número en la pantalla, contestó. Pero nadie respondió al otro lado de la línea.

Malhumorado como estaba, lo último que quería era que le hicieran perder su tiempo, y harto, tronó:

—Sí no piensa contestar, ¡¿para qué demonios llama?! Hágase, y sobre todo, hágame un favor, ¡no vuelva a marcar este número, maldita sea!

Estuvo a punto de colgar cuando un casi inaudible sollozo atrajo su atención. Solo existía una persona en el mundo a la que conocía mejor que a sí mismo.

Arrugó el entrecejo, clavando sus largos dedos en el móvil.

—¿Alejandra? —Tenía que ser ella— ¿Eres tú, chiquita?

Escuchar el sonido de un gímoteo le causó a Valen un devastador y agonizante tormento. Tormento, porque los separara todo un océano, por no estar junto a Ale para consolarla, abrirla con su abrazo y acunarla, prometiéndole que él se encargaría de resolver todo y que no tendría de qué preocuparse.

Visualizó la imagen del autor de toda esa situación: Rayco Curbelo.

¡Maldito cabrón!

Ya podía empezar a esconderse debajo de las piedras como la miserable rata que era. Él jamás dejaría pasar todo aquel asunto sin más.

Pero ya habría tiempo para eso. Ahora su amiga lo necesitaba. —

Contéstame, pequeña. Dime que eres tú, cariño. —Su voz era controlada para no asustarla. Pero ella seguía sin responder—. Por favor...

Alejandra, no me hagas esto. Necesito escuchar tu dulce voz, saber que estás conmigo. No me cuelgues... no me dejes.

—Val... yo... —Apenas podía hablar, esforzándose para que no oyera su llanto—. Es-estoy contigo. Siempre lo he estado y siempre lo estaré.

Conociéndola, si no podía pronunciar una frase entera sin mostrar que estaba mal, algo la debía de estar matando por dentro. Siempre de una manera u otra había sido una guerrera. Y él no permitiría que eso cambiara si la hacía sentirse mejor.

Caminó hacia el dormitorio con el móvil pegado a la oreja.

—Shhh —la acalló—. No hables si no quieres... Pero déjame acompañarte.

—Me... me gusta oír tu voz... Val —respondió ella, sorprendidamente entre hipo de sollozos—. Me hace sentir sesegura... querida. Nunca nadie me había hecho sentir igual.

A Valen le gustó que se abriera a él de esa forma, sin importarle que notara su debilidad.

—Me alegra oírte decir eso, porque no pienso dejar de hablarte hasta que te duermas. —Se recostó, aún con la ropa, en la enorme cama sin deshacerla—. Dime una cosa, chiquita... ¿No deberías estar durmiendo? ¿Qué haces aún despierta a estas horas?

Alejandra se acomodó de costado en la cama mientras hacía toda una hazaña por mantener el teléfono en su sitio y tirar de las sábanas. El dolor que la recorría por dentro pareció mitigar levemente al escuchar a su amigo.

Sabía que no debería haber llamado a Valen. Mucho menos, cuando había descubierto que alguien especial ocupaba y ocuparía su vida. Val y ella tenían demasiada complicidad e intimidad como para que su futura esposa lo entendiera y aceptara.... Ella, en la misma situación que su prometida, tampoco lo haría.

Ese razonamiento provocó que la vista se le inundara de nuevas lágrimas, pero cerró los ojos con fuerza.

Tarde o temprano tendría que cortar cosas como esa: hablar con él sin importar la hora. Pero esa noche no. Lo necesitaba de la misma manera que un

barco perdido necesita en medio de la negrura del mar al faro que ilumina su camino de vuelta a casa. Y Valen era para ella ese resplandor que la guiaba.

—No-no podía dormir —tartamudeaba con la voz entrecortada—. Aunque cre-creo que me vendría bien. —Sí, eso sería perfecto. Y despertarse mañana muy tarde y encontrarse con que todo ese día había sido una terrible pesadilla. Despiadado en los negocios y reverenciado por muchos, Valen Lemacks nunca ofrecía concesiones. Emocionalmente se mantenía encerrado en sí mismo, solitario e inaccesible. Por eso, muchos aseguraban que tenía el corazón de piedra... Probablemente estarían en lo cierto, solo que hasta el más duro de los corazones podía llegar a fundirse algún día.

Valen se llevó una mano a los ojos e hizo presión sobre sus párpados cerrados. Parecía exhausto, pero hacía todo lo posible por mantenerse sereno ante aquella adversidad.

En su mente se agolparon las miles de veces en las que, sobre todo en las noches, ambos, acostados en sus camas, pasaban horas conversando y leyendo citas de libros que compartían.

En todas y cada una de las residencias que Valen tenía repartidas por el mundo, se podían encontrar los títulos literarios que su amiga más amaba. Él se había ocupado de que no faltaran. De igual manera, en sus viajes siempre había espacio en sus maletas para algunos de ellos... Y para el práctico y mejor Android del mercado.

Sí, debía ser uno de los pocos hombres en este planeta que, en apenas un año, había devorado y conocido todo un amplio repertorio de novelas románticas.

Con una súbita idea, se estiró un poco en la cama y alcanzó uno de los libros que tenía repartidos por una de las mesas de noche.

La princesa prometida, de William Goldman.

Valen lo llevaba en todos sus viajes a cuestas. Era la novela favorita de Alejandra cuando era niña, al igual que la película basada en el *bestseller* y protagonizada por los actores *Cary Elwes* y *Robin Wright Penn*.

—Chiquita, ¿estás en la cama? —Quiso saber mientras colocaba las almohadas a su espalda, contra el cabecero, para adoptar una postura más cómoda. —Sí... lo estoy —musitó ella, frágil.

—Bien. —Abrió el libro directamente por la página cincuenta y uno. Saltándose toda la introducción del autor, directamente hacia donde comenzaba la historia—. Ahora cierra los ojos y relájate, ¿de acuerdo?

La oyó suspirar. Aceptando obedientemente su invitación.

Entonces Valen, en un impecable español y en tono acariciador, comenzó la

lectura, sin descuidar en ningún momento el sonido que le llegaba desde el otro lado de la línea.

Alejandra, de manera sorpresiva, se vio rápidamente envuelta entre el duermevela. El murmullo de la voz de Valen como eco de fondo la meció, arropándola con calidez, cayendo rendida bajo su encantador efecto.

Con las mejillas algo húmedas por las lágrimas derramadas y en una posición fetal, por primera vez en esa semana pudo descansar.

Valen detuvo la lectura y se regocijó en la respiración acompasada y regular que escuchaba de Ale.

Su pequeña al fin dormía.

Valen se recostó mejor sobre la cama. A pesar de que el dormitorio de la suite estaba apenas tenuemente iluminado por una lamparilla de cristal de zafiro, dejó caer el antebrazo sobre su vista para atraer mucho más la oscuridad.

El teléfono permaneció cerca de su oído en todo momento. Como si se tratara del único medio que pudiera traerle cada noche la mejor canción de cuna para llevarlo a encontrar la paz que necesitaba. Una dulce letra que se entremezclaba con los suaves suspiros y leves gemidos de Alejandra. *Duerme, mi dulce chiquita. Yo seguiré aquí cuando despiertes.*

CAPÍTULO 13

La altísima figura que ocupaba con su simple presencia cada recoveco de la pequeña salita de aquella casa era el epítome del refinamiento. De la buena educación y de la buena alcurnia.

Vestía un traje acorde con una camisa tipo polo desabrochada en su parte superior, donde se dejaba entrever otra camiseta de cuello V. Un look casual en tonos oscuros.

—Quiero verla.

Ensonbrecido por una barba de dos días, el semblante de Valen Lemacks era estoico, pero no así las emociones que cobijaban su corazón. Por primera vez en mucho tiempo, demasiado, reflejaba dolor en sus ojos grises.

A su lado, Idaira, que seguía aún bastante cabreada con él, resopló, convencida de que, por mucho que dijera, no lograría persuadirlo de su idea.

—Está bien. Pero te advierto que después de la visita del doctorase quedó dormida. Supongo que la inyección surtió efecto.

Aquella nueva revelación provocó en Valen un tic nervioso en su cuadrara y masculina mandíbula.

—¿Qué tipo de medicamento le dieron? —Sonó acusador.

La mujer se plantó ante él y, gesticulando indignada con su dedo índice, le reconvino:

—Jamás pondría a mi nena en peligro. Alicia, la doctora, es de mi entera confianza, y si consideró correcto sedarla, estoy segura de que sería por su bienestar.

Su insondable mirada se clavó en Idaira en términos poco halagüeños.

Esa expresión aseguró a la mujer enseguida de que nadaba en un pantano atestado de caimanes, y que sería mejor no provocarlos si no quería terminar devorada por uno de ellos.

—Bueno, aclararás las cosas... —reaccionó con una risita tonta para disipar el clima de tensión—. Acompáñame.

Ambos caminaron en silencio y se detuvieron ante una de las puertas. Idaira la abrió. Reconocía el dormitorio, había estado allí algunas veces durante sus visitas a la isla. Todo completamente inocente.

Estaba tenuemente alumbrado, pero aun así podía ver a la perfección a Alejandra en la cama. A medio arropar, entre nubes de sábanas blancas, era la

viva imagen de la inocencia, pero también de la perdición.
Su perdición.

La idea hizo que una fuerza desconocida lo golpeara en el pecho, dejándolo sin aliento.

—Valen. —El cuchicheo de Idaira le ayudó a no salir corriendo hasta su amiga —. Son las ocho de la mañana y tengo que ir un momento a casa, prometo regresar en...

—No te preocupes —la interrumpió él sin apartar los ojos de Ale—. Yo me quedaré con ella. Tómame el tiempo que creas oportuno.

La mujer hizo una mueca, como si sopesarasi aquello era un buenao mala idea; el dejar a su querida y virginal cuñada durante algunas horas y a solas con alguien como él. Seguramente, sospechaba que si accedía, habría suficiente espacio para aprovecharseo inducira Alejandra a hacer algo para lo que, quizás, no estaba preparada.

Aún.

Las nadascabelladas conjeturasde Idairale resultaríanincluso divertidas si no fuera porque no encontraría sosiego hasta resolver ciertos asuntos.

Finalmente, la mujer aceptó con un escueto asentimiento de cabeza.

—Alicia me comentó que muy posiblemente el efecto de la inyección le duraría hasta el mediodía. Estaré de vuelta para entonces...

—Perfecto —aseguró Valen en un tono furibundo—, porque tengo pendiente una pequeña visita a la que no faltaría por nada del mundo.

Las premoniciones de Idaira como adivina debían estar en pleno auge, porque entendió enseguida el significado de su última frase.

Con un brillo que clamaba represalias y de total beneplácito, dejando a un lado su mosqueó, le pidió:

—Dale recuerdos de mi parte también, bombón.

Le dedicó a su aliada una sonrisa desbordante de intenciones oscuras.

—Será todo un placer, créeme.

Una vez dicho esto, la mujer le dedicó un afectuoso apretón en los hombros antes de traspasar la puerta para irse. Pero antes de desaparecer, en medio del umbral, volteó para mirar a su cuñada y con ojos vidriosos, farfullar:

—Valen, me alegro mucho de que estés aquí... por Ale. Sobre lo que hablamos hace dos noches, quiero que sepas que... —Suspiró, resignada—. Seguramente lo pasaremos muy mal por aquí... pero lo superaremos. Además, estoy plenamente convencida de que mi nena aceptará tú decisión, es así de noble.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró él—. Posiblemente, me odiará cuando lo sepa. No soy mejor que otros, sino todo lo contrario.

Idaira rió.

—¡Oh, sí, sí que te odiará cuando descubra quién se está pavoneando en el que debería ser su lugar! Pero de momento, eres el único hombre al que ha permitido acercarse lo suficiente a ella como para confiar en él, así que... ¡Disfruta de su compañía mientras puedas! —Le lanzó un beso con satírica diversión—. Mi cuñadita, cuando quiere, tiene un carácter de mil demonios, y aunque tolere todo este asunto porque no le quede más remedio y porque te adora, al final... ¡Nadie te libraré de su enfado cuando conozca la noticia! — Con sumo cuidado atravesó la puerta para no hacer ruido—: Cuídala... Por cierto, esto solo es una tregua. No lo olvides — enfatizó con acritud antes de desaparecer.

Solo al fin, hizo lo que deseó desde el primer instante que entró en aquel dormitorio: estar lo más cerca posible de Ale. A su lado. Sin nadie, excepto ellos dos.

Dormía acurrucada como una niña. Con las manos abrazadas a escasa distancia de la boca. Toda una imagen candorosa.

Prohibida.

Se quitó la chaqueta y sentándose en el borde la cama la observo detenidamente, sin perder detalle. Parecía tan delicada y frágil, como si una simple brisa invernal pudiera desquebrajarla por completo.

No obstante, no era capaz de controlar su propia respuesta física y su mano terminó, casi sin darse cuenta, en una de las mejillas de su amiga, donde se dedicó a acariciarla.

Se tensó cuando la vio moverse entre sueños para cambiar de posición. Acostándose ahora con la espalda apoya en el colchón, lo que hacía que quedara completamente expuesta a su escrutinio. Donde, con una sencilla camisa blanca de tirantes y con la tenue luz que la alcanzaba, podía descubrir la forma de sus pechos desnudos y el delicioso dibujo de sus pezones, que en ese preciso instante estaban erectos.

Valen hizo una mueca de incomodidad. Esa visión lo dejó condenadamente duro, como una piedra. Tensándole la bragueta. —Val... — murmuró la joven, débilmente y sin despertarse.

LavozdeAlejandrapareció alcanzarlo desde muy lejos. Aunque ese lapsus de paz quedó espoleado cuando descubrió en su piel, mucho más pálida de lo habitual, unos hematomas.

La furia ensombreció su rostro. Él preferiría caminar descalzo entre lavas del infierno a verla sufrir cualquier tipo de daño.

Recorrió con sus dedos la zona donde al parecer la doctora la inyectó, apreciando el pequeño pinchazo rodeado del morado que le había dejado. Pasó su inspección al otro antebrazo, donde deslizó su mano por unos notables cardenales. A esos ya no les encontraba una explicación inmediata, aunque tenía sus sospechas. Sabía reconocer las heridas que dejaban unos dedos aprisionados con fiereza en una piel demasiada nívea y frágil.

Soltando una sarta de blasfemias por lo bajo, y antes de dejarse arrastrar por el veneno del odio, retiró las sábanas que cubrían a la joven. Quería verificar con sus propios ojos que no tenía más marcas como aquellas y, con detenimiento, inspeccionó cada centímetro de su cuerpo.

La mujer que más deseaba, que más le hacía hervir la sangre con solo tenerla cerca, estaba completamente a su merced, cubierta solo por una camisa y un *culotte* decolormarfil. Rogó para que su pusilánime autocontrol no terminara por abandonarlo justo en esos momentos, cuando más lo necesitaba.

Sin embargo, su indisciplinada mano peregrinó por las piernas desnudas de su amiga. Un dolor insoportable se instaló en su entrepierna, su polla palpitó ansiosa, desesperada por clavarse en el sexo de la joven.

Peligrosamente, subió sus caricias por el interior de sus muslos, deteniéndose justo antes de encaminarse a su perdición. Si traspasaba ciertos límites, no podía asegurar que saldría de aquella habitación sin follársela.

Cuando en medio de su exploración, Ale gimió y de forma leve se arqueó a su encuentro, aprobando entre sueños lo que estaba recibiendo de él, un aullido animal se retorció en su pecho al pensar en tomarla. El sudor humedeció su frente, y su erección era un demonio martirizador pulsando entre sus muslos.

—Val, por favor —musitó la joven, sin despertarse.

Subiéndole un poco la camiseta, Valen colocó su mano en la leveredondez de su vientre, trazando círculos, como un relajante masaje. Sin romper el contacto, se inclinó para susurrarle al oído: —Shhh... ¿Te gusta lo que te hago, chiquita? Ella suspiró, aparentemente complacida.

Mientras seguía acariciándola, atento a la reacción de su cuerpo, no pudo resistir por mucho más tiempo la tentación.

No cuando Alejandra parecía acogerlo con gusto. No cuando su rostro le garantizaba la mayor de las dulzuras. Mucho menos, cuando sus tersas piernas le prometían enredarse en sus caderas, al igual que sus pequeñas manos le aseguraban sanar las heridas del pasado.

Como la atracción que ejerce la luna en las mareas, el toque de Valen traspasó los límites que se había autoimpuesto.

—¿Me sientes, cariño? —susurró él, rozando con los dedos el sexo de la joven, quien al sentirlo gimió, ladeando la cabeza a un lado en un claro gesto de placer y tormento, necesitando que la aliviara. El gris de sus ojos se oscureció, el color arremolinándose como nubes de tormenta listas para explotar.

Se moría por sentir atrapadas entre sus labios las puntas de sus pezones, y antes de que pudiera arrepentirse, agachó la cabeza y, por encima de la fina tela de su camisa, los besó. Receptiva, ella volvió a jadear y él creyó que abriría los ojos en cualquier momento. Pero no lo hizo.

—Eres preciosa, Alejandra —musitó con voz ronca, enterrando el rostro en el arco perfecto de su cuello. La lamió y besó. Su sabor era delicioso, adictivo. Suspirando y con un movimiento de cabeza, Ale buscó su boca, como si le rogara en silencio que la besara.

Valen cubrió cada centímetro de su rostro, indagando con sus besos cada detalle, pero con mucha voluntad, se contuvo de besarla en la boca. Algo estúpido, teniendo en cuenta lo que estaba haciendo justo en esos instantes, pero esperaba que algún día unieran sus labios y lenguas guiados por ella y su ternura. Solo le podría ceder eso, porque llegados a otro punto, y con el efecto que conseguía provocar en su cuerpo, dudaba mucho que en una relación carnal, sexual, pudiese ser suave y comedido.

Por encima de la odiosa tela, repasó con la mano los senos de su amiga. Se deleitó con su tamaño y excitación. Sin apartar en ningún momento los labios de su piel, siguió descendiendo con su tacto. Cuando alcanzó el *culotte* dudó unos segundos.

Valen notaba que la polla le iba a estallar. Dura, gruesa y cada vez más grande. Nunca en su vida había sentido tanto dolor físico por desear a una mujer.

Entre jadeos besó, como solía hacer con frecuencia, la frente de Ale.

—Me gustaría tanto tenerte, hacerte mía, Alejandra. Que te entregaras a mí justo en este momento...

Deslizó su mano y por encima de la braga acarició su intimidad, descubriendo, para su vanidoso regocijo, que estaba húmeda.

Gruñó.

—Cariño, estás completamente lista para mí.

—Val —murmuró Ale sin despertar de su aletargo con la respiración agitada. Pero lo que más le gustó fue ver cómo su cuerpo lo buscó, pegándose mucho

más a él.

Sin apartar las caricias del sexo de Ale y prácticamente echado sobre ella, donde su espectacular erección pugnaba por liberarse del pantalón y colarse entre sus muslos, lamió el lóbulo de su oreja, y con un tono vencido, casi suplicante por la agonía, le susurró:

—¿Me dejarías hacerte el amor, chiquita?

Como respuesta, Alejandra jadeó, echando la cabeza hacia atrás y arqueando su cuerpo, como si no aguantara más y rogara porque él aplacara su fuego. Sus manos hurgaban a tientas para sujetarlo a su lado y que no se fuera.

¿Estaría despierta?

No, no podía ser.

La maldita droga la mantendría sumida en un adormecimiento hasta el mediodía.

Se olvidó de todo pensamiento coherente cuando, frotándose contra él, pronunció casi entre sollozos, lo que tanto ansiaba obtener: —Ámame, Val... y hazme tuya. Solo tuya.

Valen cerró los ojos y el rictus de sus labios se tornó rígido. Ni siquiera las mujeres más experimentadas habían desencadenado en él tal reacción. Nunca le habían hecho sentir que estaba a punto de tocar el cielo. Y Alejandra, con el sexo más inocente que había llegado a tener en su vida, sin siquiera estar desnudos, lo había logrado. Eso, y otras muchas sensaciones que jamás había disfrutado con anterioridad.

Y no lo pudo soportar más.

Soltando una imprecación, llevó una mano codiciosa a la cinturilla del *culotte* para bajárselo, y dejó caer también su cabeza entre los pechos de Ale, como si buscara la absolución por lo que estaba a punto de hacer.

—Te haré el amor, chiquita, y en medio de tu primera vez te despertarás. — Tiró un poco de la ropa interior—. Y cuando lo hagas, volverás a aceptarme... Y sin apartar esta vez tus ojos de los míos, volveré a hacerte de nuevo el amor...

Cuando se separó lo justo para quitarle las dos únicas prendas que le quedaban puestas, echó un vistazo rápido al rostro de Alejandra. Totalmente expuesta a su hambrienta voluntad, tenía las mejillas sonrosadas y una expresión anhelante. Pero lo que de verdad captó su atención fue la inocencia que reflejaba, donde más que una mujer de veintisiete años, parecía alguien demasiado joven, pueril.

Valen ladeó la cabeza, soltando entre dientes una retahíla de juramentos. ¿Qué

diablos estaba a punto de hacer? ¿Realmente iba a tomar a Alejandra mientras ella continuaba en medio de la inconsciencia?

Se levantó de la cama casi de un salto, como si el lecho estuviera en el mismísimo corazón de un volcán en erupción. Con el cuerpo temblando de deseo, se frotó el rostro con las manos para lograr despejarse y calmar ese estado febril que lo consumía por la necesidad.

¡Maldita sea!

Ale era lo único puro que la vida había puesto en su camino y él... Y él había estado a punto de abusar de ella.

Tragando saliva cerró los puños. El esfuerzo por resistirse a poseerla le estaba costando toda su entereza. La lujuria que ejercía en él le había puesto el miembro increíblemente duro y la pasión que sentía le retorció las entrañas.

Valen la observó con una expresión sombría. Alejandra se había acurrucado, abrazándose, como si sintiera frío tras quedarse sola en la cama. Él se acercó y con sumo cuidado la cubrió de nuevo con la colcha, retirándose enseguida para no caer en la tentación de terminar saciando su deseo.

Consideró que si hubiese podido ver en su mirada la aprobación de lo que pretendía hacer con ella, ahora mismo estaría enterrado en su interior, penetrándola hasta el fondo, mientras la besaba y acariciaba sin descanso. Aunque de su boca hubiese salido una negativa, la habría tomado de todas formas si sus ojos le hubieran confirmado lo contrario. Esos luceros almendrados eran las puertas de la verdad y nunca le mentían.

Tenía que darse una ducha fría. Una muy larga ducha fría. El terrible dolor que sentía en la polla y los testículos se estaba cebando con él.

¡Maldita puta droga!

Rugió en silencio mientras salía del dormitorio directo al baño. Pensando, que si no fuera por el dichoso somnífero, tal vez, en ese preciso instante estaría encontrando el alivio meciéndose, entrando y saliendo, encima de Alejandra.

CAPÍTULO 14

Después de dos largas y estranguladoras horas para su libido, Valen Lemacks se encontraba aún en el dormitorio de Alejandra, revisando unos correos.

Había necesitado más de una ducha helada, recurrir al trabajo y poner cierta distancia entre él y Alejandra, quien tentadora, continuaba durmiendo en su cama. Su expresión era ahora relajada, sosegada, como si intuyera que alguien guardaba su sueño.

En el rincón de la recámara más alejado de la cama, Valen apenas apartaba la visión de su celular. No podía permitirse perder el muy poco autocontrol que lo mantenía cuerdo. Tan solo alzaba la vista hacia la joven cuando la escuchaba moverse entre las sábanas o desde sus labios salía a duras penas algún gemido o suspiro.

De repente, los ojos azul grisáceos de Valen se tornaron álgidos. El rictus de sus labios se dibujó gélido mientras leía uno de los e-mails.

Los abogados encargados de esclarecer el contrato que había firmado su amiga con Rayco Curbelo le desvelaban unos datos que no coincidían con las cifras que él manejaba.

Ale estaba haciendo frente a un préstamo por encima de las cantidades acordadas. El tal Rayco, favoreciéndose de que su pequeña no gozaba de asesoramiento judicial, no había desaprovechado la oportunidad de coaccionarla con sucias artimañas, con el único propósito de convertirla en su amante. Nadie podía negar a esas alturas que ese era el verdadero objetivo de ese hombre. Sabía perfectamente que no podría hacerse cargo por mucho tiempo de esa exagerada cantidad.

Pero ese hijo de perra debía estar escupiendo fuego. Ni con amenazas había conseguido su auténtica finalidad en toda aquella repugnante intriga. Y él se encargaría de refrescarle la memoria, de recordarle las condiciones del convenio con auténtico placer.

Todo ese asunto de la estafa quedó en un segundo plano cuando Alejandra dejó escapar de sus labios un diminuto quejido de dolor. Como un resorte, se lanzó hacia ella. Sentándose sobre el colchón la examinó, intentando descubrir la causa de su lamento. —Shhhh... estoy aquí contigo, chiquita.

Se acomodó en la cama junto a ella. Cuando Alejandra lo sintió, buscó entre

sueñosu contacto, acurrucándose contra él, apoyando la cabeza contra su pecho y echando una pierna, peligrosamente, sobre una de las suyas.

¡Por un demonio!

Como no quería apartarla, dedujo que le esperaba de nuevo una auténtica tortura a su entrepierna, al menos, hasta que Idaira apareciera.

Sin resistir la tentación de recorrer con su mano cada centímetro de la piel que su amiga tenía descubierta, desnuda, como un ciego leyó y grabó cada detalle. Rozó con mucho cuidado los hematomas para no hacerle daño, acarició alguna que otra marca, y trazó conesmero las ojerasque remarcaban sus hermosos ojos.

Aunque el destino lo hubiese eximido de sus culpas y pusiera en su camino a Ale, le aterrorizaba pensar que algún día ella descubriera qué clase de persona era en la actualidad, o peor aún, que descubriera quién había sido en el pasado. Alguien definitivamente nefasto, nocivo, un cáncer letal.

El frío azotaba la campiña italiana. Era un duro final de invierno y solo los insensatos saldrían al fresco sin llevar encima, como mínimo, algo bien abrigado. Y, por lo visto, el joven Valen a sus diecisiete años de edad lo era.

Sentado en uno de los muros que ocupan una espaciosa terraza, prácticamente con todo su cuerpo inclinado más al vacío que al resguardo de una superficie sólida, Valen tan solo llevaba puestos unos pantalones.

La nieve que caía en forma de cuentagotas sobre el lugar hacía que su piel y cabello adquiriera ese aire de recién duchado.

A sus espaldas, dentro de la mansión, se alcanzaba a escuchar el retumbar de la fiesta, que se encontraba en pleno auge en ese preciso momento. Una celebración que llevaba horas sin parar, y de la que él se había retirado hacía media hora para buscar a su mejor amiga: la soledad.

Cuando alguien abrió la puerta corredera tras él, el sonido de lo que ocurría en el interior del hogar fue más nítido, claro.

Volteó para echar un vistazo a la persona que interrumpía su aislamiento.

Lo primero que contempló por las amplias cristaleras fue el desmadre de esa reunión de jóvenes.

Orgías y drogas.

Unos críos de entre dieciséis y veintitantos años que follaban ante todos sin importarles con quién y cuántas veces. Lo que esnifan o fumaban los mantenía en un estado de euforia permanente. Tal vez, muchos ni siquiera eran conscientes de lo que hacían. En cambio, otros sí.

Precisamente, el objetivo de esas fiestas era poder disfrutar, libremente, de

perversiones y vicios con las muchas jóvenes que, tomadas y drogadas como estaban, no oponían resistencia alguna a la hora de cumplir las fantasías o peticiones más depravadas.

Fue su hermano el que apareció por el umbral. No estaba muy por la labor de congelarse en el exterior, pero al ver que Valen clavó de nuevo la vista en la oscuridad, a lo que se podía adivinar de una noche sin luna en los campos que rodeaban la zona, el muchacho no tuvo más remedio que moverse para hablar con él. Pero no sin antes colocarse una chaqueta.

Tiritando, protestó:

—¡Joder! ¿Qué coño estás haciendo en este congelador cuando podrías estar dentro y muy calentito? ¡Maldición, tengo las pelotas adormecidas con este frío!

Valen continuó inmóvil, absorto, con la mirada perdida. Pero a nadie le sorprendía esa conducta. Nunca solía relacionarse con los demás, a no ser que fuera por mera necesidad física. El resto del tiempo, era un solitario.

Su hermano, que seguía en medio de una retahíla de blasfemias, encendió lo que sería de todo menos un simple cigarrillo.

—Creo que tendré que hacer nuevos contactos —comentó, dando una calada al pitillo—. Desde que el cabronazo de Angelo decidió dejarnos en la estacada, la mierda que nos venden no es de primerísima calidad como la que nos suministraba él... —Soltando el humo se echó a reír, como si hubiese recordado el mejor de los chistes—. Cree que puede abandonar todo esto para salvar su alma. Porque ha encontrado a una estúpida chica por la que quiere cambiar.

Sin ni siquiera molestarse en mirar a la cara a su medio hermano, con total parsimonia, Valen aseguró:

—Angelo actúa de manera inteligente. —Su aliento se condesaba al hablar—. Dudo mucho que tú puedas entender algo así...

Fue cuestión de segundos que el aludido, ofendido por aquellas palabras, dirigiera un puñetazo hacia Valen, pero este fue más veloz y atrapó la muñeca con fuerza. Fue entonces cuando, al fin, fijó sus ojos amenazadores en el que, por desgracia, era su familiar.

—Yo que tú ni lo intentarías —replicó con acritud, dedicándole una buena dosis de dolor a la mano que aferraba.

Aquello fue más que suficiente para disuadir al joven de que volviera a intentar un nuevo ataque. Enfrentarse a él era como tirarse de una altura vertiginosa sin llevar sobre los hombros un paracaídas. Pelear con alguien

al que parecía darle exactamente igual vivir o morir, o si le causaban más o menos daño, nunca era favorable para el contrincante.

Harto de esa pequeña reunión familiar, Valen se apeó de donde se hallaba sentado y se encaminó hacia las cristaleras. Pero su hermano, al parecer, tenía más necesidades que decir.

—No me digas que mi intratable hermanito muere por una historia cursi de amor como la de Angelo —apuntilló, mofándose—. Dudo mucho que exista alguna niñita inmaculada en algún lugar de este puñetero mundo esperándote para abrirse de piernas y que te la folles...

Al escucharlo, Valen se detuvo de inmediato, pero siguió dándole la espalda. Sus delgados músculos se habían tensado, imperceptiblemente, mientras apretaba a ambos costados de su cuerpo los puños.

Mientras, el lacerante discurso de su hermano prosiguió:

—Sí encuentras a una, aunque lo dudo mucho, avísame. Tú solo serías para ella una condenada maldición. —Soltó una carcajada—. De todas formas, en el caso de que hubiera por ahí pululando una santa... Si lo es, con la última persona que estaría sería con alguien como tú.

Notó cómo su hermano le golpeaba con deliberación con el hombro al pasar por su lado para entrar de nuevo a la fiesta.

—Estás de mierda hasta arriba. —Señaló lo que pasaba en el interior de la estancia, donde el sexo y las ilegalidades estaban por todas partes—. Angelo huyó por miedo a que su novia descubriera con qué se entretenía... Dime, ¿tú qué harías? ¿La sumarías a las celebraciones? ¿La compartirías? No, espera, podéis tener incluso hasta bebés... Solo espero que no corra la misma suerte que tu mami —inquirió por último, cruelmente.

Los ojos grises de Valen contemplaron a su hermano como heraldos helados que presagiaban muerte. Pero se contuvo. Sí el maldito no estuviera drogado hasta las cejas, no dejaría de él ni los pedazos. —Quizás la conviertas en una muy buena puta al menos... Creo recordar que se te da bien eso. —Y después de hacer alusión a un secreto, el muchacho traspasó el umbral para unirse de nuevo a la juerga.

Quiso rebatir esa acusación, pero en el fondo, él era el primero que se culpaba de lo acontecido esa vez.

Siguiendo el ejemplo de su hermano, entró de nuevo a la bacanal que había abandonado instantes antes para buscar el arropo de la noche.

No pensaba quedarse en esa degenerada estampa, pero en cuanto puso un pie en el salón dos jovencitas completamente desnudas se tiraron a sus

brazos, o más bien a meterle mano. Mientras se dejaba hacer, dudando si permanecer o marcharse del lugar, en medio de aquella escena encontró entre tanto enredo de cuerpos a su hermano follándose a una tía con muy poca gentileza contra la pared. Y entonces pensó que él no quería ser como ese bastardo, como todas esas personas...

Pero de repente, notó que unas manos abrían la cremallera de su pantalón. La rabia y el dolor acudieron a él como latigazos justicieros. Recordándole que no podía tapar la verdad con un dedo. Todos tenían razón, él no era mejor que ninguno de los allí presentes.

Apoyando las manos en los hombros de una de las chicas que lo colmaban de atenciones, la invitó a postrarse de rodillas ante él para que le hiciera una felación, mientras que sus expertas manos y boca llevaban al clímax a la otra muchacha. En minutos, una nueva joven se sumó golosa a la mamada.

Y así transcurrió esa noche. Tirándose a esas tres adolescentes por todos y cada uno de sus agujeros. Y después, como siempre había sucedido, llegaron más fiestas y más decadencia para su mísera existencia.

Por lo menos hasta que...

Valen Lemacks retornó junto con su pequeña. Acarició su pelo castaño oscuro mientras su semblante se permitió, por primera vez, no ocultar la letanía de secretos que escondía bajo máscara.

Su hermano se equivocó.

Sí que existía alguien.

Y la tenía en esos precisos instantes, ovillada, pegada a él, arropándose con su calidez.

Dejando caer su rostro sobre el cabello de Ale, buscó en silencio consuelo. Sin separarse, coló una mano bajo la camisa de su amiga buscando su vientre, donde se dedicó a frotarlo con adoración. Como el más amoroso de los futuros papás al saber que la mujer que quiere lleva dentro el fruto de su amor.

Otra experiencia más que Valen había descartado por completo que ocurriese en su vida.

Aquel recuerdo lo estaba trastornando, sus acciones parecían reflejar a todas luces que anhelaba tener todo aquello que juró que no querría jamás... Tal vez, era el efecto que ejercía la amistad, el cariño y el deseo que sentía por Alejandra, porque solo ansiaba disfrutar de cosas como esas con ella.

Alejandra le insufló una bocanada de paz cuando la sintió restregarse entre ronroneos contra él, como si de una gatita mimosa se tratara, lo que le arrancó

a Valen una risa. Verla zalamera era maravilloso, pero también, una condena para su miembro al tener que conformarse, simplemente, con duchas congeladas.

Dejando asomar su sonrisa de pillo, recorrió con el pulgar los labios esquivos de su amiga mientras pasaban los minutos. Quería disfrutar, de forma inocente esa vez, de ella antes de que llegara Idaira.

Solo un cuarto de hora más tarde, oyó cómo alguien cerraba la puerta de la entrada.

Inclinándose, besó a Ale en la comisura de los labios, demorándose a consciencia.

—Duerme, cariño, estaré de vuelta en unas horas. —Acarició con la nariz su mejilla—. Ni te imaginas, chiquita, lo especial que eres para mí... No volveré a consentir, bajo ninguna circunstancia, que alguien te ponga un solo dedo encima —prometió, posesivo.

Sin demasiadas ganas, se levantó de la cama. Sintiendo un enorme vacío y deseando estar acostado de nuevo junto a Alejandra, tomó su chaqueta para salir del dormitorio a regañadientes.

A diferencia de cuando abandonaba una habitación después de tirarse a algunade sus aventuras, en esta ocasión perdióla cuentadel númerodeveces que se paró a contemplar a Alejandra antes de retirarse.

Probablemente, demasiadas. Pero ni aun así, al parecer, serían suficientes .

CAPÍTULO 15

Como un ciclón que anuncia destrucción a su paso, Valen Lemacks se abrió camino entre dos de las empleadas de aquella inmobiliaria. Estaba allí solo con una idea, y no pensaba perder ni un segundo con monólogos de buena educación y de mejores caras.

—Rayco Curbelo. ¿Cuál es el despacho de ese malnacido?

Las mujeres lo miraron boquiabiertas. Ese efecto que ejercía sobre muchas féminas podía en ocasiones hasta hastiarlo, pero en otras, como en esa, le servía para obtener lo que quería sin mucho esfuerzo.

—Eh, el señor Curbelo se encuentra en su oficina. Está al final del pasillo —contestó una de las mujeres, hipnotizada ante su presencia.

No necesitó mucho más. En cuanto supo lo que deseaba, reanudó su paso en tromba en dirección al fondo del pasillo, haciendo oídos sordos a las advertencias a sus espaldas.

—¡Señor, permítanos anunciarlo antes! ¡Señor!

Cuando entró al pequeño despacho y vio a Curbelo al otro lado del escritorio, no se lo pensó dos veces antes de irse a por él. La mismísima reencarnación de la muerte parecía reflejarse en sus ojos.

—¿Qué coño...?

Fue lo único que logró decir Rayco con una expresión perpleja, pero sobre todo, amedrantada, antes de que Lemacks lo tomara por las solapas de su camisa y lo levantara fácilmente del asiento.

—¡Maldito hijo de puta! —le escupió en el rostro, atizándole a continuación un fuerte puñetazo que le acertó de pleno en toda la cara.

—¡Se ha vuelto loco...! —dijo el hombre llevándose una mano temblona al labio partido.

En el umbral de la puerta, una de las mujeres gritó horrorizada por el espectáculo.

—¡Fuera! —bramó Valen con un semblante verdaderamente sádico—. ¡He dicho que fuera de aquí!

Temerosa, la muchacha obedeció y salió corriendo, dejándolos a solas de nuevo.

Ni siquiera ver cómo comenzaba a sangrar Curbelo le sirvió a Valen para aplacar un poco su furia. Volvió a asestarle un brutal golpe, pero esta vez en el

estómago, lo que valió para que el miserable se doblara de dolor entre toseos, asimilando que no tenía ninguna oportunidad ante la violencia de aquel ángel maligno.

—¡Levanta! —Le dio una patada—. ¡Ahora estás con un hombre en igualdad de condiciones, no con una muchachita asustada! —Se agachó y le agarró con saña del cabello como pudo—. Dime, cabrón de mierda, ¿no tienes para mí ningún cobarde trato para que no te envíe directo al hospital, o es que has perdido la valentía por los pantalones mojados?

Curbelo, comprendiendo entonces el porqué del inesperado ataque de esa bestia, que le prometía con la mirada que no se iría hasta hacérselo pagar muy caro. Con el sabor de la sangre en su boca, le espetó:

—Esa zorrita con cara de niña buena debe follarte muy bien. Cuéntame, en una escala del uno al diez, ¿qué nota le pondrías a las mamadas que te hace?

Esas palabras alejaron a Valen del único resquicio de cordura que le quedaba. Apretando los dientes, le dedicó al hombre todo un nuevo repertorio de salvajes golpes en el estómago y rostro, dejándolo al borde la inconsciencia.

Agarrándolo, le aplastó la mejilla contra la superficie del escritorio, inmovilizándolo.

—Si folla bien o mal... ¡ese no es tu puto problema! ¡Ni tú, ni ningún otro bastardo lo comprobaréis nunca! ¡Tampoco os acercaréis jamás a mi mujer!

Probablemente, no tenía ningún derecho de reclamar a su amiga como solo y exclusivamente suya, pero aun así lo hizo. Dejando claro que él era y sería el único hombre en su cama. Y en su vida.

Se inclinó para hablarle al oído.

—¿Y sabes por qué, repugnante escoria? ¡Porque esa mujer es absolutamente solo mía! —Alzó lo justo la cabeza de Rayco para volver a estrellarla contra el escritorio, sin ningún ápice de remordimiento—. ¡No me gusta que las ratas inmundas como tú miren siquiera lo que es mío, que saliven con la idea de tocarla, de acariciarla! ¡Alejandra es mía, miserable gusano, y eso es algo que al parecer has olvidado! —Encorvándose de nuevo, volvió a hablar al infeliz en un tono engañosamente sereno—. ¿Necesito grabártelo en la cabeza para que lo recuerdes de aquí en adelante?

El agonizante hombre, que apenas podía abrir los párpados por la hinchazón, balbució lo que se entendería como un «no». Posiblemente, rogando para que su tortura finalizara.

—El único hombre que Alejandra ha conocido y conocerá enterrado entre sus suaves muslos soy yo, Curbelo, así que métete eso en esa puta cabeza de idiota

que tienes. ¿Entendido?

—Sí... te ju-juro... que lo he en-entendido —farfullaba el bastardo con la cara inflamada—. No... no me go-golpees más... te lo suplico.

—Así me gusta. —Lo jaloneó por el cabello, haciéndolo jadear de dolor—. Pero, por si acaso, creo que debería recordarte la lección. Odiaría que la olvidaras en cuanto saliera por esa puerta...

—Por favor.... no... —gimió y lloriqueó la nenaza.

Pero Valen Lemacks no escuchaba, veía todo rojo mientras la cólera, caliente y letal, y apenas controlada, surgía por su cuerpo.

Después de pasarse algunos minutos más rompiéndole a Curbelo los escasos huesos que le pudiesen quedar sanos, tuvo que aplacar con desgana su ira, recordándose que si cometía una locura, Ale viviría culpándose de lo sucedido hasta el último de sus días. Y él no permitiría eso.

Al gusano cobarde, después de su visita, dudaba que le quedasen ganas de seguir acosando a su pequeña. Y si lo hacía, él volvería y teñiría las paredes con su sangre.

Valen dejó caer al suelo al despojo humano, que parecía estar a punto de expirar su último aliento, cubierto totalmente de sangre e irreconocible por la segunda paliza que le acababa de propinar. Si algo había aprendido para subsistir en este mundo era a luchar. Y con el paso de los años, a saber diferenciar la delgada línea entre la vida y la muerte.

El malnacido tardaría muchos meses en recuperarse del todo, pero no moriría. Con una mueca de asco, Valen se arregló las mangas manchadas desu traje con completa parsimonia frente al herido.

Sacó del interior de su chaqueta una de sus tarjetas y se la tiró al bulto sangriento que yacía en el piso medio inconsciente.

—Mis abogados se pondrán en contacto contigo y llegaréis a un acuerdo. La deuda de Alejandra es a partir de este momento mía.

Suspirando, miró a su alrededor, como si observar los resultados de su acción fuera como estar plantado una verdadera joya de alto valor. —Mis abogados resolverán también este... desperfecto —apuntó, llevándose las manos a los bolsillos con impasibilidad—. No creo que quieras llegar a los tribunales por esta nadería, ¿verdad? No cuando tu mujer podría descubrir con la clase de canalla con quien está casada.

Entre carraspeos, y temiendo quizás que volviera a atacarlo, Rayco hizo un sobreesfuerzo para asentir.

Valen sonrió, pero el triunfo y la alegría no le llegaron a los ojos.

—Veo que al fin nos vamos entiendo. —Se puso de cuclillas al lado del cuerpo roto por el dolor de aquel bastardo, lo abofeteó levemente para cerciorarse que reaccionara y lo escuchara bien—. Habrás comprendido que con lo mío nadie se mete, ¿cierto?

Cuando recibió otro nuevo asentimiento de cabeza, se dirigió a la puerta con absoluta pachorra, y antes de salir señaló:

—Le diré a tus empleadas que llamen a un médico o a un veterinario. Aunque, si me permites el consejo —Se detuvo—, creo que antes deberían llamar a mantenimiento. —Con un gesto de repulsión examinó la oficina de arriba abajo—. Esta oficina está hecha un asco. Espero que sepan hacer bien su trabajo y eliminen las manchas de sangre que decoran tu suelo y muebles; si no, siempre tendrás un recordatorio de quién es Valen Lemacks.

Cerró con un portazo y dejó tras de sí su particular venganza. La primera de todas las que le tenía reservadas al imbécil que había osado meterse con lo que era suyo.

CAPÍTULO 16

Las nubes, de sobrecogedoras sombras, correteaban impacientes, sentenciando al fulgente cielo azul a un destierro momentáneo. El ambiente estaba cargado y presagiaba un fuerte chaparrón.

A distancia, Valen Lemack, quien tras ejercitar esa mañana sus puños con Rayco se había dado una rápida ducha y puesto un nuevo atuendo informal completamente negro de pantalones y camisa de vestir, se encontraba oculto, rodeado por la vivacidad de las flores que acicalaban el patio exterior que poseía la casa de Alejandra y que tanto amaba ella, pensando que la dicha y el paraíso imperecedero también traerían de la mano la peor de las condenas. Solo le quedaba rogar para que, si alguien debía ser castigado, fuera él.

Un relámpago iluminó el cielo cada vez más apagado.

—*I'm singing in the rain...* —A su vera, Idaira canturreaba la famosa canción de Gene Kelly, entremezclándola con su particular versión—. La tormenta descargará en breve sobre nosotros... *Just singing in the rain...* Y si no nos resguardamos bajo techo os obligaré a cantar conmigo bajo la lluvia... *I'm happy again...* Así que, bombón, mueve tu lindo trasero o llamaré al 112 para que te detengan por celópata acosador.

Era obvio que aún continuaba maldiciéndolo.

Tratando de ignorarla, ambos enfilaron hacia su amiga. Valen sabía que después de esa conversación con Ale, tal vez la relación entre ellos se desmoronara, pero no pensaba demorarla por más tiempo.

Alejandra estaba semi-recostada en un poyo canario, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas dobladas, lo que le permitía hacer de esa postura un improvisado atril para sostener el periódico que mantenía entre las manos. Pero lo que más le sorprendió a Valen fue verla con una corta y delgadísima camiseta blanca de botones, que para lo friolera que podía llegar a ser y teniendo en cuenta el descenso de las temperaturas, aquella prenda sería para ella como ir sin nada. Se fijó que completaba el vestuario un simple pero fino y ajustado pantalón negro. Sus pies estaban descalzos.

Concentrada en lo que estaba leyendo, la joven no se había percatado de que tenía compañía, lo que le sirvió a Valen para contemplarla con sumo esmero. Estaba lindísima, y ni siquiera su debilitamiento lograba abolir sus dulces rasgos. No pudo evitar torcer el gesto en una pequeña sonrisa. Y siempre con

esa expresión suya tan dulce e inaccesible.

Se habría quedado unos minutos más observándola en secreto, emborrachándose simplemente con su presencia, pero Idaira no dio tregua y fue la primera en hablar:

—¡Cuñis, deja de leer y mira quién ha arrastrado su hermoso trasero hasta aquí! ¡Sí, el *Tutankamón* de las nenas!

La aludida dio un respingo y alzó la cabeza del periódico. Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—Val —musitó, esquivando la mirada taciturna que su amigo tenía clavada en ella—. ¿Qué estás haciendo aquí...? Pensé que seguirías en Nueva York.

A diferencia de lo que sucedía normalmente cada vez que volvían a reencontrarse después de varios días separados, esa vez algo había cambiado. Posiblemente él también lo notó, porque se quedó petrificado donde estaba.

Idaira, posiblemente dándose cuenta de la tensión que flotaba en el ambiente, con un tono amigable, quiso ayudar:

—Bombón, cuñis... creo que tenéis bastantes cosas de las hablar. — Dibujó un mohín de desencanto—. Sí, lo sé, ¡en privado! —Sus ojos, de un marrón verdoso, se iluminaron con un fulgor criminal al observar de soslayo a Valen—. ¡Celópata traidor de Sirenitas rancias y teñidas!

Con la frente crispada en un ceño profundo, Valen taladró con su mirada gris a la mujer que en los últimos días, al parecer, le había declarado la guerra.

Pero ninguna mirada ni advertencia conseguían jamás cerrarle la boca.

—Solo espero que corra la sangre. Ríos de sangre —subrayó—. Y que mi cuñis afile sus uñas en tu bonito rostro.... Es que si te las afilara en la espalda te podrías confundir y terminar empal...

—Oh, Ida, ¿es que no conoces la vergüenza? —la reprendió Ale.

—Pues no —admitió la mujer, alzando los hombros y contemplándose el esmalte fucsia de las uñas—. ¿Vergüenza? ¿Qué es eso?

Un rastro vacilante asomó en los ojos de su cuñada.

—Val debe estar agotado por el largo viaje, y lo último que necesita es que lo enzarces en pequeñas guerras jeroglíficas y descripciones... eróticas. — Se esforzó en sonreírles a los dos—. Más tarde, cuando haya descansado, podrás seguir jugando a los acertijos con él, si quieres.

Idaira los contempló pasando de uno a otro, repetidas veces. Resoplando, con mirada enajenada, comentó:

—¿Sabéis...? Todo lo que hagas en la vida será insignificante, pero es muy importante que lo hagas, porque... nadie más lo hará.

Tanto Alejandra como Valen observaron a la mujer, sorprendidos, al escucharla recitar algo de uno de los grandes teóricos que modificaron la política e ideología en el siglo XX.

—¿Desde cuándo te ha dado por leer a Gandhi? —bufó Val.

Idaira arrugó el entrecejo como si le hablaran en una lengua totalmente desconocida para ella.

—¿A quién? ¿A Gandhi?

—La frase —señaló Ale, clamando al cielo.

—La frase... —repitió su cuñada. Negando con la cabeza y riéndose. Al fin, parecía comprender a qué se referían—. ¡Ah, nooo! La escuché en el cine. — Cuando ambos pusieron cara de circunstancia, aclaró—: En la película: *Remember me. Recuérdame...* Ale suspiró.

—Saldría en la película, Ida, pero es de...

—¡Tyler Hawkins! El personaje que interpreta el paliducho, Robert Pattinson.

—De pronto, arrancó con todo un recital del film. Inclusive, se molestó hasta en poner voz masculina, tirando más a estreñida que al tono atormentado que se suponía debía tener el personaje que imitaba—: Michael... Caroline me preguntó qué te diría si supiera que puedes oírme... Le dije que eso siempre lo había sabido. Te quiero... Dios, cuánto te echo de menos. Y te perdono... — Lloró teatralmente sin soltar una sola lágrima, y cuando corroboró que su público seguía helado, sin inmutarse, puso los ojos en blanco y volvió a la normalidad—. Desde luego, mucho leer libros los dos, y al final confundís el guion de una película con el tal Gandhi.

Dios mío.

Al escuchar tal barbaridad, Alejandra, ayudada por el periódico, se abanicó sin saber exactamente qué decir. Tampoco Val andaba mucho mejor. Debía estarse preguntando cómo demonios había acabado allí, en medio de aquella conversación tan disparatada.

Para su desgracia, Idaira siempre tenía una explicación o excusa para absolutamente todo, aunque no se las pidieran.

—Lo que pasa es que a Alejandrita le van más películas en las que podrías morir de un infarto o del aburrimiento... O sea, de miedo. Y a mí, sin embargo, me van más los dramones... Supongo, bombón —Se encogió de hombros—, que tú debes ser como mi cari. Tus preferidas deben ser esas en donde los diálogos se limitan a simples monosílabos... — Carraspeando, para brindar una nueva interpretación, gimió—: ¡Oh, sí!

¡Me gusta, sí! ¡No pares... metem...!

—¡Ida! —la censuró su cuñada, horrorizada.

Valen observó cómo su amiga le ardían las mejillas. Cuando se sonrosaba estaba encantadora.

Idaira le enseñó la lengua.

—¡Eres un gazmoña agua fiestas! Ahora sí que os dejo. Jonay me prometió que me acompañaría a elegir los regalos de Reyes, y ya sabes cómo es tú hermano para estas cosas... ¡Insufrible! Te prometo, cuñis, que impediré que mi cari vuelva a regalarte el seis de enero una novela juvenil o infantil. — Tiró de Val para chismorrearle—. Los hermanos mayores pueden ser tu peor... pesadilla. Un enemigo cruel y letal —enfaticó, fulminándolo con la mirada—. Sí alguien, no sé, digamos, un celópata, por ejemplo, les hiciera daño a sus pequeñas hermanitas, porque nunca aceptan que las niñas se hacen mayores y tienen tetas, los castra...

—¡Adiós, Ida! —la despidió Alejandra, chispeando irritación con la mirada—. Jonay debe estar subiendo por las paredes, preguntándose por qué te demoras tanto.

Valen, anclado al suelo como una perfecta estatua de bronce, recordó cómo había advertido a todos que Rayco Curbelo era suyo, que él sería quien ajustaría, personalmente, las cuentas con él.

El hermano mayor de Ale, Jonay, después de descubrir qué clase de amigo tenía, ciego de rabia, había salido dispuesto a darle su merecido a la rata de Curbelo, pero Idaira, no sin mucho esfuerzo y suplicas, había logrado detenerlo, cumpliendo de este modo su petición.

Solos al fin, Valen no dudó en acercarse. Alejandra, sin decir nada, apartó sus piernas un poco, invitándolo a sentarse a su lado.

Era extraño. Allí sentados y en silencio, sin tocarse y casi sin atreverse a mirarse el uno al otro a los ojos, parecían dos desconocidos, cuando en realidad siempre dieron la impresión de tener algo más que una bonita amistad, por la intimidad con la que se trataban.

Pero fue Ale quien habló primero, prácticamente en un murmullo.

—Lo sé todo, Val...

¿Qué era lo que sabía exactamente? Valen maldijo por lo bajo. No podía ser que la lengua floja de Idaira le hubiese contado todo. —Sé que quieres casarte... —continuó, entrecortándosele la voz.

Val ladeó la cabeza, y cuando Ale sintió su mirada, bajó la vista, avergonzada.

—Quería ser yo quien te lo dijera. Que no te enteraras por medio de otras personas. Explicarte mis razones.

—Así que es... cierto. —Se obligó a mirarlo a la cara, las lágrimas que se negaba a derramar le nublaban la visión—. Lo del matrimonio.

Valen simplemente asintió débilmente con la cabeza.

Ella se agarró por la cintura. Un dolor profundo e intenso la atravesó. No podía respirar. No podía pensar.

Cerró los ojos con fuerza, y aquello solo sirvió para que se le escaparan las lágrimas que había intentado ocultar. Sintió un repentino consuelo cuando unos labios suaves y amorosos secaron el recorrido húmedo que dejaban a su paso.

Era Val.

Y la estaba consolando.

—Ven aquí, chiquita —dijo él, atrayéndola a sus brazos—, y llora. Lloro todo lo que quieras, porque yo siempre enjugaré tus lágrimas.

Alejandra, vencida, lo rodeó con los brazos y prácticamente se le echó encima. Valen la aupó un poco y ahuecando su trasero con las manos la colocó frente a él, sentándola sobre sus piernas. A horcajadas.

La joven, tan abatida como estaba, de lo último que se percataría sería del bulto que, seguramente, hacía presión en el mismo centro de su feminidad. Sin embargo, a él le estaba costando todo un esfuerzo mantener a raya su autocontrol. Como la vez pasada.

Valen la abrigó mucho más con su calor cuando la sintió congelada, tiritando. Maldecía el no llevar una chaqueta encima para ofrecérsela.

Sospechó el motivo por el cual Ale se fustigaba con el frío. La sensación gélida en su piel podría hacer que su mente no vagara una y otra vez en el peor de sus dilemas. Conocía de primera mano ese tipo de sádica solución. Pero a él nunca le funcionó.

Ni siquiera mereció eso, por lo visto.

Permanecieron entrelazados durante un largo rato más, y luego, inspirando hondo, Alejandra juntó su frente con la de él.

—No cambiaría nunca el haberte conocido. —Frotó su nariz tiernamente con la de su mejor amigo y con apenas un hilo de voz, sollozó—: Te quiero, Val. Y eso nunca cambiará... suceda lo que suceda. Recuérdalo siempre.

Las mejores palabras que había escuchado a lo largo de su vida se las había dedicado siempre la mujer que en esos momentos tenía en su regazo.

Valen la apretó más contra él y besó su frente.

—Aunque no debería, no sabes cuánto me gusta oírte decir eso; que me quieres.

Ale tomó una bocanada de aire para insuflarse valor, y besó a Valen en la

comisura de los labios.

—Pero eso no importa, lo que yo sienta. Creo que lo mejor es que no nos volvamos a ver.

Cuidándose de no mirarlo a los ojos, comenzó a apartarse, pero Valen no lo permitió. Aferrándola de la muñeca la forzó a quedarse donde estaba. Sobre él.

La miró echando chispas por los ojos mientras intentaba adivinar el turbulento torbellino de sus emociones.

—Siento decirte que eso no podrá ser. Soy lo suficientemente egoísta como para no permitir que te vayas de mi lado jamás.

La joven lo miró con sus grandes ojos castaños agrandados.

—Pe-pero eso no podrá ser.

Las facciones de Valen se afilaron con severidad.

—Por supuesto que podrá ser, y así será. También, aunque un poco tarde, estoy al corriente de los problemas que has tenido por aquí. Quiero que sepas que no permitiré que algo así vuelva a sucederte. Esta misma semana viajarás a Londres conmigo.

—¿Viajar a Londres? ¿Para qué? —Ale negó con la cabeza sin entender nada —. Yo sola me metí en este enredo y no es justo que arrastre a nadie más conmigo. Soy joven y puedo empezar de nuevo. —Señaló lo que leía instantes antes de que su cuñada y él irrumpieran—. He estado mirando las ofertas de trabajo...

Valen atrapó el periódico y ojeó lo que estaba subrayado.

Arqueó una ceja, más que de incredulidad de puro enojo.

Empezó a nombrar algunas de las ofertas de trabajo que ella había anotado.

—Limpiadora, cajera, reponedora, cuidados a mayores...

—¿Hay algo de malo en esos empleos, o qué? —Se envaró la joven mientras se enjugaba los últimos vestigios de su flaqueza—. Son trabajos muy dignos, Val, y yo no tengo una carrera universitaria. ¡Ni siquiera pude terminar el bachillerato, por Dios!

Lo que a Valen siempre le pareció una injusticia. Por un motivo u otro, Ale no pudo seguir con sus estudios. En cambio, su hermana tuvo todas las oportunidades. Pero ni aun así, con una licenciatura bajo el brazo, Celia lograba eclipsar su inteligencia. No tendría estudios superiores, pero siempre se preocupó en formarse de algún modo por su cuenta.

—Yo no he dicho lo contrario. —Y era cierto. Él no había estado siempre tras un impecable y costoso escritorio—. Solo que conmigo no tendrás que

preocuparte de esas cosas. —Tengo una deuda...

—Ya no —aseguró él.

La revelación hizo que la joven abriera de forma desmesurada sus enormes ojos de nuevo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no le debes a ese cretino absolutamente nada. —Recorrió con la mirada el lugar—. Todo esto seguirá siendo tuyo. Como debe ser.

Alejandra se debatía entre el enfado y la gratitud. Contrariada, no pudo evitar ladear la cabeza y, de manera cobarde, no enfrentar el escrutinio de su amigo. Pero Val apartó tras sus orejas los mechones que caían sueltos por el recogido mal hecho que llevaba.

Ella sintió que le ardían las mejillas. Había olvidado el aspecto lamentable que debía tener.

—Me ha molestado, y ni te imaginas cuanto, que no acudieras a mí desde un principio. Cuando sabías perfectamente que yo tenía y pondría todos los medios posibles para ayudarte.

Valen posó bajo su barbilla dos dedos y la obligó a encararlo. Su mirada la taladró, y ella se estremeció. Se removió inquieta, pero enseguida él la atrajo más hacia su pecho. De repente, la asustó lo íntimo de la postura.

Podría definirse como un calco perfecto de una pareja haciendo el amor. Mientras uno permanecía sentado, la otra mitad se abría y se exponía por completo ante el amante, subida a horcajadas frente a su compañero.

Lo peor llegó cuando sintió entre las piernas la dureza del miembro de su amigo.

Comenzó a respirar entrecortadamente y, como era ya costumbre, su rostro la traicionó una vez más. Percibió cómo el calor subía por sus mejillas.

Un desconocido ramalazo de deseo la atravesó, recorriendo toda su espina dorsal y aterrizando justo en su vagina, dejándola mojada. Y por primera vez en su vida, se planteó cómo sería entregarse a alguien.

A Valen.

¡Jesús!

¿Por qué narices había visto esos videos pornográficos que Ida le había pasado? Si no lograba despejar su mente, terminaría rogándole a Val que la tomara de todas las maneras posibles allí mismo.

—¿Alejandra?

Se sobresaltó cuando la voz masculina la trajo de vuelta.

—¿Qué? —Tragó saliva con dificultad, tratando de recordar de qué hablaban.

Lo hizo—. Mmm... Yo, simplemente, no quería que pensaras que me estaba aprovechando de ti.

Valen alzó las cejas.

—¿Aprovechando? Debes estar bromeando —Pero al notarla acalorada y nerviosa, olvidó por completo la réplica que tenía en los labios. La abrazó más fuerte contra sus músculos, y percibió cómo los pezones erectos de Ale se clavaron, indecentes, en su pecho.

El gris de los ojos de Valen se oscureció, preguntándose si aquel efecto en el delicioso cuerpo de su amiga era obra del frío o de la excitación.

Fue la testarudez de ella quién lo distrajo. Solo un poco.

—En ese caso, te pagaré hasta el último euro. —Su voz sonaba atropellada, como si aclarado todo, tuviera luz verde para echar a correr.

Lejos de él—. De otra forma, no podré aceptar tu préstamo.

Valen sonó amenazador.

—No te estoy ofreciendo un préstamo, Ale, esa cantidad es tuya y no necesitas devolvérmela.

La muchacha, negando con la cabeza, replicó:

—No, quizás no le deba ahora nada a Curbelo, pero sí a ti...

Valen atrapó su cara entre las manos y la contempló sin reflejar en realidad nada en absoluto. Acarició su rostro con los pulgares como si sopesara algo entre toque y toque y cuando, al parecer, tomó una resolución, acercó su boca al oído de la chica, y susurró:

—Entonces, el problema está en que quieres saldar tu deuda conmigo. ¿Se trata de eso, cierto?

—Sí, claro... por supuesto —balbució, apoyándose, inconsciente, más contra él.

Valen enterró una mano en su cabello, echándole ligeramente la cabeza hacia atrás. De esa forma tuvo un mejor acceso a parte de su cuello, donde se entretuvo rozando con sus labios y nariz esa piel tan sensible.

—¿Estás realmente segura, chiquita? —insistió. —Sí...

lo estoy —gimió ella, cerrando los ojos.

Valen deslizó la otra mano por su espalda hasta llegar a su trasero. Apretándolo con suavidad, ciñó el sexo de Ale contra su miembro condenadamente duro.

Si pensaba detener aquel juego, lo vio todo negro cuando su pequeña empezó a jadear y gemir. Sintió cómo sus manos se hundían en su pelo, masajeándolo, y cómo los temblores, junto con la respiración acelerada, hacían verdaderos

estragos en su cuerpo inexperto.

La podía tomar en ese preciso instante y, a diferencia de la pasada noche, ella estaría más que dispuesta a entregarse. Reconocía muy bien la excitación femenina, el deseo, y Alejandra estaba completamente rendida. Quería estar con él.

Pero aquel no era el lugar ideal para su primera relación sexual.

Del cielo caían las primeras y pequeñas gotas, que servían como teloneras para el gran chaparrón que descargaría sobre ellos en breve. Podría considerarse romántico poseerla allí mismo, con la lluvia empapando sus cuerpos desnudos mientras enseñaba a Ale a cabalgarlo, pero la precaria salud de su amiga solo conseguiría que el día siguiente ingresara en un hospital, trayéndole como recuerdo de su primera vez, como mínimo, una neumonía.

Y él la deseaba con locura, sí, pero jamás la pondría en peligro de ese modo tan irresponsable.

A regañadientes detuvo el sutil vaivén de sus cuerpos.

—Será mejor que entremos... —El brillo malicioso de sus ojos no dejó lugar a dudas del tipo de propósito que aguardaba—. Si realmente deseas continuar con esto, búscame, estaré en la sala. Si por el contrario quieres parar aquí...

—Depositó un tierno beso en la frente de Alejandra—. Pero si quieres que paremos aquí y ahora, será mejor que vayas directamente a tu dormitorio y descansas. —*Y, sobre todo, te encierres bajo llave.*

La muchacha se hallaba tan confundida que no era capaz ni de reaccionar. Le costaba todo un esfuerzo descifrar lo que le exponían.

¿Qué le sucedía? Nunca se había comportado así antes. Pero los placeres que Val había despertado en ella la subyugaban, dominándola poderosamente.

Cuando asimiló lo último que le había comentado su amigo, y cómo su cuerpo traidor se había frotado, impúdico, contra el de él, se ruborizó de la cabeza a los pies.

Aquel descubrimiento la amilanó tanto que pasó por completo de la lujuria a la resistencia, rezando por apaliar de algún tonto modo su desfachatez.

Sonrosada, y llena de pánico por malinterpretar la indirecta que creía haber escuchado, preguntó:

—¿Es así como pretendes que te pague? Metiéndome en tu cama.

—No, tú no me debes nada —respondió él con desaprobación—. En cuanto a lo otro... Solo depende de ti.

Pensativa, se mordió levemente el labio inferior. El cuerpo masculino se tensó

bajo ella cuando la vio hacer ese gesto.

—¿Y lo de ir a Londres? ¿Se trata de trabajo?

—No, te equivocas. —Con mucho cuidado Valen se levantó del asiento con Ale en brazos y la mantuvo ahí, como si pesara igual que plumas—. Simplemente se trata de que te quiero cerca de mí. Verte y tenerte prácticamente todos los días, no solo los fines de semana.

La joven precisó parpadear un par de veces antes de digerir lo que acababa de oír.

—Pero eso es como ser...

—No te voy a negar que por mi reputación verían en ti a mi nueva amante. — La apeó de sus brazos, ayudándola a ponerse de pie, frente a él—. Pero yo me encargaré de que eso no suceda.

¿Qué? ¿Y su futura esposa? ¿Val de verdad pretendía que viviera a expensas de él? Un nudo en la garganta le dificultó tragar saliva mientras fijaba la vista en sus pies descalzos.

—El matrimonio... —le recordó bisbiseando sin alzar la cabeza para rebasar el uno noventa de Val y mirarlo a los ojos—. ¿Acaso te has olvidado de él?

—No, no lo he hecho. El matrimonio es la mejor de las soluciones — declaró él, encogiéndose de hombros—. Yo nunca sería un buen marido, pero tú y yo podemos estar juntos. Mucho más que ahora. —Extendiendo la mano, acarició la mejilla de la joven—. Quizás no solo como... amigos.

Por primera vez desde que se conocían, Alejandra rompió el contacto, apartándose de su alcance y abrazándose como si necesitara consuelo.

La lluvia fue su mejor cómplice. Descargando cada vez con mayor furia contribuyó para encubrir algunas de las lágrimas que no pudo controlar al rechazar a Val.

—Si tu flamante idea es convertirme en una mantenida y tenerme a tu disposición las veinticuatro horas, los siete días de la semana, por el sencillo motivo de ser *tu amiga*... —escupió con desprecio—. ¡Será mejor que te vayas quitando esa idea de la cabeza! —Y desafiándolo con la mirada, anunció—: Lo siento, pero no pienso mudarme a Londres contigo.

Cada vez más bañados por la lluvia que caía sobre ellos sin tregua, Valen contempló a la envalentonada mujer con una expresión atractiva e impávida al mismo tiempo. Tenía que admitir que verla totalmente empapada solo conseguía que su libido creciera enormemente por momentos. Algo que le hubiese resultado inverosímil viendo la grave hecatombe que había causado ya a su cuerpo con anterioridad.

De manera solemne, no vaciló en dejarle bien claro la decisión tomada. Un parecer que no pensaba reconsiderar bajo ninguna circunstancia.

—No es una opción, Ale, ni siquiera te estoy pidiendo permiso. Es un hecho.

—¡Es una orden! —le recriminó la muchacha—. ¡Me estás dando una maldita orden como si yo fuera de tu propiedad!

Sin apartar la vista del regalo que le estaba ofreciendo aquel aguacero sobre la piel de Alejandra, soltó, inflexible:

—Tómalo como quieras, pero te vendrás conmigo estés de acuerdo o no. Bajo ninguna circunstancia aceptaré que antepongas esa rebeldía que tienes a la lógica...

—¡De qué lógica me estás hablando! ¡Tú has decidido por mí y ahora esperas que obedezca sin rechistar!

Un trueno sonó a lo lejos, recordando que el día no estaba para una charla al aire libre.

—Puedes gritar, patalear, pero la decisión está tomada. Ahora, entra en casa.

—Cuando hizo ademán de marcharse para buscar refugio en el interior del hogar de su amiga, se detuvo para advertirle lo que pasaría si no lo seguía de inmediato—. Como no entres en casa en menos de cinco minutos saldré aquí fuera, te desnudaré, te pondré sobre mis rodillas y zurraré ese lindo trasero que tienes hasta que aprendas a obedecerme, ¿queda claro?

Fue lo único que necesitó para que Alejandra se envarara definitivamente con él. Elevando la barbilla y formando un piquito irresistible al apretar los labios, clavó su mirada indignada en el hombre que la trataba como una cría.

—¿Y qué hará cuando la mano se le canse y no haya conseguido que me rinda a sus pies, señor Lemacks?! ¿Me atará?! ¿Sacará el látigo?!

Los ojos de Valen no dudaron en mostrarle claros indicios de que si fuera necesario le daría en esos precisos instantes las nalgadas que le había prometido. Como si se tratase de una mocosa malcriada.

Mirándola, alzó una ceja.

—No sabía que te fueran esos juegos, chiquita, pero si te gustan, creo que algo podré hacer para complacerte... —Frotándose la mandíbula, rió con burla—. Será divertido.

Probablemente, si continuaba provocándola solo lograría que se le tirara encima y no precisamente de manera amorosa. Debía admitir que esa característica retadora lo encendía por completo... Fantasmando cómo amansar a su pequeña fiera en la intimidad. Ale era muy dulce, pero ese ferviente amor con el que defendía sus ideas, lo llevaba a la conclusión de que

por muy inexperta que fuera, en la cama sería una apasionada y ardiente amante...

Su polla se agitó dolorida por la necesidad de calmarse dentro de esa chiquilla contestataria. Si no tenía sexo con ella enseguida, iba a necesitar algo más que duchas frías.

Inhalando con exasperación, hizo un movimiento de cabeza en dirección a la vivienda y dándole la espalda se encaminó, ordenándole de nuevo:

—Entra en casa...

Ale no se dejó apabullar, y como una niña en plena pataleta y en un tono airado contraatacó:

—¡Iré directamente a mi habitación, así que vete al diablo!

Valen se paró y encaró su mirada. Con una media sonrisa de pirata arqueó una de sus cejas. A continuación, prosiguió su camino, dejándola allí sola. Bajo la lluvia.

¡El muy engreído y petulante no creía que fuera a cumplir aquella amenaza!

La joven, molesta, suspiró, cerrando los ojos y apretando los puños. Echó la cabeza hacia atrás y permitió que las gotas caídas del cielo bañaran su rostro y despejaran las tinieblas de sus pensamientos

CAPÍTULO 17

Miles de conjeturas saturaron sin piedad la agotada mente de Alejandra, y no pudiéndolo soportar más, con manos convulsas oprimió con verdadera demencia sus oídos, como si pudiese silenciar con esa acción el caos de su cabeza.

Chorreando agua de lluvia por todas partes, contempló su vivienda. Esa que Valen, de alguna manera, había comprado de nuevo para ella...

Con un dolor en el pecho que la atenazaba y que iba en aumento se obligó a correr, salpicando con cada una de las zancadas todo a su paso.

Cuando traspasó la puerta, intentó no vacilar e irse directamente a su dormitorio pero, para su consternación, se encontró en medio del umbral que llevaba, definitivamente, a su perdición. ¡La sala!

Torció el gesto condenando sudescarriada obra. Pero su autocensura quedó en un segundo plano cuando su campo de visión entró en contacto con la figura altísima de Valen.

Quedó paralizada. Sintió que se le secaba la boca, entonces la humedeció.

De espaldas a ella, Val se quitaba la camisa, dejando al descubierto una espalda ancha con unos músculos bien definidos sin ser exagerados. Sencillamente, perfectos. Su piel no podía considerarse morena en absoluto, pero no llegaba tampoco a ser tan blanquecina como la de ella.

Tomó una toalla seca y empezó a secarse la piel húmeda por la lluvia, pasando desde su cintura estrecha hasta llegar al cabello, el cual alborotó. Con cada movimiento, sus articulaciones se contraían y estiraban, ofreciéndole un inmejorable espectáculo.

Cuando lo vio llevar las manos al pantalón, abrió los ojos con incredulidad. ¿No pensaría despelotarse allí mimo, verdad? Y sobre todo, ante... ¡ella!

Tragó saliva con mucha dificultad y se apremió para salir de allí de inmediato, antes de que fuera demasiado tarde y su amigo la pillara curioseando.

Pensó que su huida saldría según lo previsto, pero se equivocó, porque de repente escuchó la voz de Valen dirigiéndose a ella.

—Creí que habías dicho que irías directamente a tu dormitorio. — Alejandra tuvo la impresión de que parecía esforzarse por no romper a reír—. ¿Debo suponer que has cambiado de idea?

Luchando por serenarse, Alejandra intentó salir de su estupor. Con expresión

dubitativa se dio la vuelta para enfrentar a su amigo.

Cuando lo contempló de frente rezó porque su cara no reflejara en esos momentos lo alelada que la dejó la visión.

¡Por todos los cielos!

Ese hombre era un auténtico regalo divino caído desde el cielo. Si de verdad existían los ángeles desterrados, expulsados a morar esta tierra, entonces Valen debía ser uno de ellos.

Valen clavó la vista con completa impudicia en la joven, que estaba deleitosamente bañada por el aguacero que repiqueteaba en el exterior.

Esbozó una sonrisa.

Su pequeña, por mucho que no quisiera reconocerlo, estaba allí porque quería estar con él... Solo quedaba ver de qué manera. Con un breve gesto de cabeza la invitó a acercarse:

—Estás empapada —dijo mirándola fijamente con sonrisa oscura, provocativa—. Ven aquí, chiquita. Tienes que quitarte esa ropa.

Ale lo miró horrorizada, agrandando los ojos.

—¿Qué?!Creo que estoy grandecita para poder secarme sola. ¡No soy una niña, Val!

—De acuerdo. No eres ninguna niña —acepto Valen, encogiéndose de hombros—. Pero para afianzar tus palabras, tal vez, te gustaría hacerme una demostración. —Sus grisáceos ojos la examinaron incitantes—. Desnúdate, Ale.

Alejandra retrocedió un paso, incapaz de hilvanar bien sus pensamientos. Val disfrutaba muchas veces picándola, pero ese día parecía querer llevar las cosas más lejos.

—Ya basta, Val. No sé a qué demonios estás jugando conmigo hoy.

La simple idea de desvestirse bajo el atento escrutinio de su amigo había provocado que un cosquilleo se despertara en su vientre.

Los rasgos del rostro de Val parecían controlar una risa, y Alejandra tuvo la sensación de que se tronchaba por dentro. Al parecer, creyendo que ella nunca tendría el suficiente valor para atreverse a cumplir su reto. Y aquello terminó por herir su orgullo.

¿Quería que se desnudara con él como espectador? Pues bien, ¡eso haría! Si después no le gustaba lo que veía, ¡era su problema!

Se aproximó indecisa a su amigo, el rubor subiendo ya por sus mejillas a causa de lo que pretendía hacer. Para no tentar a su repentina valentía, se quedó a unos cuatro metros de distancia de Val.

Las manos de Alejandra vacilaron temblorosas cuando apretujó apenas, con los dedos, la parte inferior de la camiseta mientras elevaba tímidamente la vista hacia el hombre que la observaba expectante, entrecerrando los ojos con escéptica diversión.

Decidió que lo mejor para no echarse atrás sería quitarse la ropa sin mirarlo directamente a los ojos. Concentrándose solo en el movimiento de sus manos, llevó sus dedos inseguros al primer botón, sobre el canalillo.

Lastimosamente, esa acción también trajo consigo el primer recordatorio de por qué había desechado, desde hacía mucho tiempo, cualquier posible confraternidad que traspasara ciertos límites.

Y aunque no quiso arredrarse, esa incertidumbre la golpeó de lleno. Ya no tenía la certeza de estar haciendo lo correcto.

Valen contempló a la joven, atento para ver si finalmente tiraba por tierra esa especie de conservadurismo que parecía imponer por encima de todo. Quizás para no tener ningún tipo de debilidad normal en una chica de su edad.

Cuando la vio posar las manos en uno de los botones, Valen se enderezó con sumo interés, preparado para recrearse con la escena que tendría lugar ante él. No quería perderse ni un solo detalle.

Alzó un lado de la comisura de sus labios, mostrando una media sonrisa.

Al parecer, la recompensa que recibiría en esa ocasión por irritarla superaría con creces a todas las demás, auguró triunfal.

Uno a uno, Ale fue desabotonando los botones con dedos titubeantes, pero en ningún momento lo miró a la cara, y eso lo incomodó. Quería ver su expresión mientras se desnudaba solo y únicamente para él.

Entendió que nunca había actuado así delante de un hombre y que debía estar nerviosa. —Ale, chiquita... mírame a los ojos.

Y ella, dubitativa, obedeció. Su rostro estaba plenamente ruborizado y aferraba con fuerza los extremos de la camisa desabrochada para no enseñar lo que escondía debajo de la tela. Pero lo que verdaderamente decepcionó a Valen fue adivinar en la tierna mirada de su pequeña un miedo casi palpable, agónico.

No dudaba del cariño que Alejandra juraba profesarle, pero era evidente que no estaba preparada para aquello. Eso, o simplemente, él no era la persona con la que esperaba descubrir su sexualidad.

Lo enfureció pensar en que otro hombre pudiese disfrutar de la dulzura y de la pasión de Ale. Que fuera otro el que colmara su cuerpo de atenciones y la viera estremecerse de placer entre sus brazos...

Apretó la mandíbula y los puños caídos a ambos costados con tanta fuerza que sus rasgos se ensombrecieron, tensando perceptiblemente sus músculos. Adoptando un aire compungido optó por lo más inteligente si no quería terminar haciendo algo que, por lo visto, ella no deseaba. Tal vez debería comenzar dándole las gracias al mismísimo demonio por haberse detenido la noche anterior justo a tiempo, antes de... follársela contra su voluntad. Porque hoy no estaba dormida y daba la impresión de hallarse aterrada.

—Será mejor que subas al dormitorio —dijo moderado, pero aun así sonó también seco—. Puedes darte un baño caliente. Mientras, yo prepararé algo para comer. —Y sin más rodeos, se encaminó a la cocina, que quedaba justo en la habitación contigua.

Cuando Alejandra oyó que su amigo de alguna manera se deshacía de ella, la rechazaba, sintió que le arrancaban el corazón. Reencontrándose con los temores de su niñez, no pudo librarse de evocar algunos recuerdos. Había sido repudiada durante años.

Recreó su imagen de adolescente, sentada en un aula vacía haciendo unas tareas. Fuera, en el patio del recinto, se oía el jolgorio de los demás muchachos del colegio mientras disfrutaban de su media hora de descanso.

De repente, una compañera de clase interrumpió su retiro y paseó con indiferencia ante ella, como si no existiera. Le dolió especialmente esa situación, porque precisamente esa chica, durante algún tiempo, había sido su mejor amiga.

Alguien vociferó en el exterior y la recién llegada se asomó por la ventana. Escuchó que le preguntaban si se encontraba sola en el salón, la joven la miró de reojo con una mezcla de burla y rencor, y contestó: —No, no estoy sola, pero como si lo estuviera. —Dejando bien claro que Ale era igual a nadie.

Sus ojos, al igual que ese día, se anegaron en lágrimas. Aunque había forjado una barrera para que no la hirieran nunca más, la pena que la avasallaba dentro consumía las escasas fuerzas que le quedaban a esas alturas. La simple idea de que Val la considerase anormal como sus compañeros de estudios le causaba un dolor extrañamente inusitado, mucho mayor y desgarrador que el que vivió durante años fuera del cariño de su familia. Y había llegado a pensar que algo así sería imposible.

Temiendo desmoronarse, Alejandra se rodeó con brazos desesperados la cintura. El pasado la asaltaba justo en esos instantes y no tenía clemencia.

Solo existía alguien en este mundo capaz de aliviar sus heridas, y rogó para

que, al menos él, no como el resto de personas en aquel entonces, sí tuviera misericordia con ella.

Con voz quebrada pronunció el nombre de su particular ángel de la guarda.

—Val. —Su voz era tan inaudible que creyó que no la oiría—. Por favor...

Val. No me apartes también de tu lado... —Y en su mente resonaron dos últimas palabras—. *Como ellos.*

CAPÍTULO 18

Las súplicas de Alejandra, esta vez, sí fueron escuchadas, porque Valen Lemacks en cuanto advirtió el dolor en la voz en su amiga, acudió en apenas un santiamén a su lado, dejando tirado todo por la cocina.

Ella era lo más venerado para él, siempre lo había sido, y prefería ser azotado hasta derramar la última gota de su sangre que verla sufrir.

Cuando atravesó en carrera la puerta y la vio, un puñal invisible le atravesó las entrañas. Parecía un cachorro atemorizado por su suerte tras ser abandonado en un arcén de la carretera. Su rostro era la viva imagen del sufrimiento.

Soltó una retahíla de insultos a los que no puso voz. Sin previo aviso, la atrajo contra su pecho fuerte y la aupó como si fuera una niña.

Alejandra enrolló con sus piernas las caderas de Valen, haciéndole consciente de los temblores que la turbaban, y enterrando el rostro en el hueco de su hombro, lloró.

—Shh, cariño, no llores. —La mecía como si temiera que fuera a romperse—. Soy yo el que no quiere alejarse de tu lado nunca... Cuando, en realidad, sería lo más acertado.

—¡No, no es cierto! —Rebatió ella con vehemencia, apretándose más contra él, como si quisiera evitar a toda costa que la arrancaran de su protección—. Por favor, quédate conmigo. Aprendí a vivir sin anhelar el afecto del resto de personas, pero contigo... Contigo simplemente no podría. Yo... —Ale regó con sus labios humedecidos el recorrido que la llevaría directamente a la boca de Valen, y además, descendió una mano hasta la cintura del pantalón de su amigo—. Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas. Absolutamente... todo.

Cuando Valen notó cómo la pequeña mano de Alejandra buscaba la cremallera, se tensó.

Se le estaba ofreciendo. Le estaba dando pleno consentimiento para hacer con ella lo que quisiera. Comenzando por follársela allí mismo, en ese preciso instante.

La camisa que Ale se había afanado en mantener unida por ambos extremos permanecía abierta ahora, y sus pieles entraban en contacto. El sujetador era la única maldita prenda que lo mantenía desunido de corroborar, al fin, lo

extremadamente sedosos que debían sentirse los generosos senos de su amiga aplastados contra sus fornidos pectorales. Gruñó.

La conciencia y la lujuria le hacían trizas hasta el punto de que allí estaba él; silenciosamente, torturándose, sosteniendo entre sus brazos a la última mujer del mundo con la que su sucia mente no debería fantasear y su hambrienta polla soñar.

Valen dio unos pasos y sentó a Alejandra en el borde de una escribanía que se encontraba en el salón. Inmóvil, la joven no hizo ningún intento por ocultarle la visión de su busto desnudo oprimido en el sujetador. Luego, como si fuese de su entera propiedad, él le separó las piernas y se posicionó entre ellas.

Para eludir que sus sexos entraran en contacto, Valen se inclinó, dejando caer sus brazos extendidos a ambos lados del cuerpo de la joven. Apoyando las palmas de las manos contra la superficie de madera hizo de aquella acción una cárcel improvisada.

—No sabes lo que estás diciendo, Ale. Lo que me estás ofreciendo. Estás cometiendo un terrible error al arriesgarte y ponerte de esa forma bajo mi dominio... A mi entera disposición.

Sus ojos se perdieron unos segundos en la pecaminosa boca de la chica, y cuando subió más la vista, aquellos ojos almendrados parecieron robarle el alma que creía no tenía.

Negó. Se acercó más pero sin tocarla. Sus bocas secas por el insatisfecho deseo casi rozándose.

—Ale, en estos momentos necesitas que te cuiden y te traten con dulzura, delicadeza, y yo... Yo simplemente no soy así. Yo no hago el amor, chiquita. Nunca. Y tú no estás preparada... aún, para algo más... fuerte... que simple sexo convencional.

Los ojos de Alejandra se cristalizaron, sabiendo que cualquier intento por disuadirlo iba a resultar fallido.

Le había suplicado a Val que no la abandonara. Para ello, incluso, se había atrevido a insinuársele como una prostituta se insinuaría a su posible cliente.

Bajó la mirada y estrujó con nerviosismo los dedos en el filo del escritorio.

—Chiquita, no me hagas esto. No soporto verte triste... Me destroza — confesó él, elevando su mentón con el índice y colisionando la prueba irrefutable de su excitación contra la de ella. Alejandra agrandó los ojos y ahogó una exclamación al sentirlo—. No se trata de que no lo desee, solo se trata de que si llego contigo al punto de retorno, no me detendré, y tomaré de todo lo que me apetezca aunque hayas cambiado de opinión.

Los supuestos consejos de Val sonaban más como toda una vetada amenaza. La respiración de Ale se había disparado imaginando las posibles represalias pero, sobre todo, por el bulto grande, tan tieso como una roca, que sentía presionando contra su más íntimo portal.

—No me haría mucha gracia detenerme o llegar de algún modo a... forzarte — siguió él. Percatándose de su alteración, bajó la vista hacia donde sus pechos, agitados, subían y bajaban de forma descarada, y la sostuvo allí mientras continuaba hablando—. Tómalo como una advertencia. —No hace falta...

Alejandra cerró la boca, dejando su frase a medias. Visualizó las diferencias que existían entre las mujeres con las que se acostaba su mejor amigo y ella. Si Val parecía mostrar cierto interés, posiblemente, sería por lastima o insano morbo. Toda una oportunidad para ratificar su hábil destreza y larga experiencia.

—Supongo que no soy como las demás.

—No, no lo eres. Nunca serías como ellas —admitió él, ascendiendo la mirada de su busto a sus ojos. Ese hombre era como una especie de depredador sexual y ni siquiera se molestaba en disimularlo.

Valen no acostumbraba a exteriorizar sus emociones, y posiblemente por eso enterró su rostro en el cuello de Ale.

—Eres mucho más importante en mi vida que un simple polvo de una noche, y la simple idea de ser tu primer amante... —*Y el único*, creyó oírlo musitar sin apartar el tenue roce de los labios de su piel—, me resulta muy atractiva.

Un escalofrío la hizo estremecerse y tragar saliva ruidosamente.

—Entonces...

—Entonces... —la cortó él, con voz ronca, besando su oreja—, si llegara el día en que me desees tanto como yo te deseo en estos instantes a ti... ni Dios, ni todos los santos del cielo a los que podrías encomendarte, te salvarían de que cumplieras también en mi cama. Pero todo será a su debido tiempo. —Seductor, continuó inhalando el aroma del cuello de Ale—. Pero ahora, ya que te muestras tan servicial y colaboradora, supongo, que serás obediente y vendrás conmigo a Londres sin tener ningún tipo de berrinche. —La barba incipiente de su amigo le cosquilleaba la tez mientras serpenteaba el camino hasta llegar de nuevo a su lóbulo izquierdo. Lo lamió antes de susurrar—: ¿Qué me dices, pequeña? ¿Accederás por las buenas o tendré que cargarte al hombro y llevarte por las malas?

Un hormigueo se adueñó del cuerpo de Alejandra, y a punto estuvo de extender sus brazos adoloridos hacia el torso desnudo de Valen, pero reaccionó justo a

tiempo de cometer semejante insensatez.

—Insistes en lo de Londres...

Debía decirle lo que pensaba. Por más que quisiera a ese hombre a su lado, no podía dejar de reprobar su flamante idea.

Al notarse cada vez más pusilánime, optó por soltarlo todo de golpe.

—Val, no quiero separarme de ti, pero no es correcto que me pidas algo así cuando pronto de casarás... con otra. ¡Eso en mi mundo no es plato de buen gusto! Aunque nuestra relación siga siendo la misma... —Tomando aire, pronunció otra de sus grandes preocupaciones—. Si hiciera lo que me pides, solo verían en mí a la amante con la que engañas a tu esposa. ¡A tu fulana!

Los músculos de los brazos de Valen se tensaron y su pecho se volvió de hierro.

Interrumpiendo las caricias de sus labios sobre la piel de la joven, la miró a la cara y enarcó una ceja.

—Me agrada oír que al menos en algo estamos de acuerdo. —Irguiendo su alta figura, Valen llevó los dedos al recogido en el pelo de Alejandra y se dedicó a soltarlo—. Mía, no de los demás. Recuérдалo siempre, chiquita.

Y en cuento a lo del matrimonio, ¿quién te ha dicho que me caso con otra?

El desconcierto de Ale se puso de manifiesto.

—Tú lo dijiste —le recordó suspicaz—. Bueno, yo escuché la otra noche a Ida y no estaba muy contenta, que digamos.

—Idaira se encuentra en plena campaña de confabulación porque no soporta a Natalia, que desde Londres se está ocupando de lo concerniente al matrimonio. — Aunque la expresión de los ojos grisáceos era divertida, en el fondo flameaba una llamita—. En realidad, solo del papeleo. Pero para tu cuñada, Natalia es persona *non grata*, por eso no aprueba que maneje ni un solo detalle de ese día.

—Ida te aprecia, pero no entiendo por qué se molestaría. Al fin y al cabo, es tu... boda. —Bajó las pestañas para ocultar su mirada y no mostrar ni un atisbo de sus verdaderas emociones—. Ella siempre esperó que tú y yo... bueno... termináramos juntos.

Valen sonrió ante esa confidencia y la expresión en sus ojos se entibió.

—Es evidente que te perdiste la mejor parte de la conversación telefónica. Porque, si no lo hubieras hecho, ahora sabrías que...—Posó las manos en las caderas de Ale, sobresaltándola aún mucho más—. Con la única mujer que me casaría es contigo, Alejandra.

Deslizó las manos hasta las nalgas de la joven y las ahuecó. Luego, de

improviso, la empujó hacia él, totalmente abierta de piernas. Una arremetida inesperada que hizo fusionar sus sexos cuando chocaron.

Ella jadeó. Sin poder evitarlo, su clítoris empezó a palpar con una dolorosa necesidad que la hizo enrojecer.

Horrorizada, se obligó a pensar en otra cosa. —¿Y no hay un signo de interrogación? ¿Ni un “por favor”?

—Ni interrogaciones ni permisos, no los necesito para tomar lo que es mío —respondió él, con total templanza.

De repente, friccionó, su cada vez más abultado miembro contra la entrepierna de Ale, quien de inmediato se quedó rígida.

—¡Val! —chilló la joven. Intentó huir de su lado, pero él la retuvo sin esfuerzo alguno en la misma postura.

El corazón de Alejandra palpitaba con violencia, como si llevara dentro miles de mariposas enjauladas que con vigor aleteaban para ser liberadas.

—Escúchame, Ale —quiso tranquilizarla Val—. Ambos sabemos lo que pensamos del matrimonio, ¿cierto? Y yo quiero vigilarte de cerca...

—¿Vigilarme? —agitó las largas pestañas, como si creyera no estar escuchando bien.

—Somos muy buenos amigos, nos llevamos bien y nos gusta pasar tiempo juntos, así que no veo nada descabellado un arreglo...

—Casarnos por conveniencia —vaticinó ella, aún incrédula—. ¡Vaya, el sueño de cualquier mujer!

Los ojos de Valen chispearon coléricos, pero también llenos de impaciencia.

—No empieces con tus reticencias, Ale, porque esa boda se realizará, o si no...

—O si no, ¿qué? —lo encaró, hostil—. Vuelvo a repetirte, Val, ¡que yo no soy de tu propiedad! ¡Ni un objeto sin voz ni voto al que puedas manejar a tu maldito antojo!

—Hace un instante tan solo, rogabas porserlo —apuntilló su amigo, concinismo. Alargó una mano hacia una de las tiras del sostén y se dedicó a jugar con ella, poniéndola mucho más nerviosa—. Suplicabas porque te hiciera mía. Te podría haber poseído contra la pared, sobre el sofá o encima de esta misma mesa, me habrías dejado incluso poseerte en el suelo.

Alejandra se tragó la furiosa replica que tenía en la punta de la lengua. La telaraña de enredos que albergaba su mente, y sobre todo su corazón, no le permitían descifrar con claridad lo que significaba para ella realmente su amigo.

Pero, ¿qué conocía ella del amor? Absolutamente nada.

Se le cerró la garganta y casi sin aliento trató de justificarse.

—Hace un momento no me encontraba bien, no sabía lo que decía... Lo que hacía...

La expresión del rostro de Valen no fue muy alentadora.

—Lo sé, y precisamente si en estos momentos sigues conservando tu preciosa virginidad es porque lo entendí así.

¡Engreído!, se dijo la joven, más furiosa consigo misma que con él.

El trastorno bipolar que parecía sufrir debía ir en aumento. Era la única excusa que hallaba para explicar cómo había pasado de querer retozar en los brazos de su amigo a querer abofetearlo.

Los labios de Valen se curvaron en una amplia sonrisa.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —masculló ella, frunciendo el ceño.

Un brillo en su mirada gris le aseguró que la advertencia iba muy en serio.

—Que si vas a continuar quitándote tú solita la ropa o, por el contrario, prefieres que lo haga yo.

Alejandra, amedrentada, con actitud frenética intentó separarse. Pero a Val no le fue difícil controlarla.

—Alto, chiquita, porque no saldrás de esta habitación hasta que yo te lo diga.

— Y apretándola más hacia él, señaló—: En unos días serás mi mujer ante los ojos de todos, ¿no crees que deberías comenzar a superar ciertos retraimientos conmigo?

—¡No, no lo creo, no tendría por qué! —le espetó ella, llorando de rabia, golpeándole el pecho con los puños—. ¡Y tampoco seríamos una pareja de verdad! ¿No es esa tu fabulosa idea?! ¡Un maldito matrimonio de conveniencia!

La expresión de su amigo era tan sobrecogedora, que Ale solo pudo encogerse de congoja y dejar caer los brazos.

—No, no somos pareja, ¿y qué con eso? —Con un gesto tranquilo pero inflexible, deslizó la camisa entreabierta de la muchacha por los hombros, dejándola a medio camino, por los codos. Ella contuvo el aliento—. Pero la convivencia entre dos personas que comparten el mismo espacio puede llevarles a situaciones un tanto... fortuitas. —Para recalcar a qué se refería, depositó una hilera de fugaces besos por la piel que acaba de desabrigar—. Y por mucho matrimonio de conveniencia que tengamos, no quiero que la que va a ser mi esposa sienta recato o miedo en mi presencia si sucediera algo así.

Paralizada, los sentidos de Alejandra dieron una vez más la bienvenida a las caricias de Val. Ella quería resistirse, pero no estaba segura de ganar la batalla.

Pero aun así, luchó por presentar oposición.

—La-la casa es muy grande —tartamudeó, mientras su amigo seguía mimando con sus labios la zona entre el cuello y los hombros—. No creo que ocurra tal... cosa. —Y tras decir su no muy convencida afirmación, notó cómo su cuerpo vibró cuando Valen, sin apartar la boca de su piel, rió, escéptico ante aquella conjetura.

—Si prefieres pensar eso... —Trasladando sus atenciones al lóbulo de su oreja derecha, lo mordisqueó y lamió antes de volver a descender por su cuello—. Eres deliciosa, chiquita, condenadamente deliciosa. Tu fragancia suave y natural me enloquece —confesó, con voz ronca. Ella gimió y sus manos se apoyaron en sus fornidos hombros, temiendo desmayarse. Ese hombre lo sabía todo acerca de las mujeres, y no sucumbir a su experta seducción le estaba costando un verdadero sacrificio—Mmm... ¿Lo haces tú, o lo hago yo?

Algo se encendía dentro de la joven, y tuvo que parpadear varias veces para sofocar la chispa de deseo que se abría paso en su interior.

—¿Hahacer el qué...? —Desnudarte.

A Alejandra se le detuvo el corazón y la habitación pareció dar vueltas a su alrededor. Fue incapaz de pronunciar palabra.

Valen, al verla enmudecer y sin reaccionar, se encogió de hombros.

—De acuerdo, como quieras.

Tiró de la camiseta, sacándosela por completo en apenas un santiamén. Cuando empezó a abrirla la cremallera del pantalón, Ale trató de detenerlo, sujetándole las manos, pero él era demasiado fuerte y rápido.

—¡Nooo! —gritó.

De inmediato, Valen la alzó en brazos, como antes. —Shhh... no seas tontita, no hay nada malo en lo que estamos haciendo. —Y mientras la acunaba, Alejandra reparó en la calidez de su compañía, en lo amoroso de sus dedos al acariciarle el cabello. Y aquello la reconfortó.

Exhalando un largo suspiro de derrota, finalmente se dejó resguardar en los arrumacos de su amigo. Y apoyando la cabeza en su hombro, decidió que pasara lo que pasase no opondría más resistencia.

Valen la apartó un poco de su abrazo para hacer que lo mirase a los ojos. No había miedo ni rebeldía, ni siquiera rechazo, solo la mirada de una joven que,

en silencio, pedía ser consolada, querida, y no despreciada.

Mientras besaba la frente de su pequeña juró en silencio que él sería el encargado de ofrecerle ese alivio. De enseñarle que era demasiado hermosa como para avergonzarse de su cuerpo, y que con él jamás tendría que esconderse.

Cuando la colocó de nuevo sobre la escribanía, la contempló unos segundos. Estaba preciosa, dulce y sonrosada. Y también, y al fin durante esa tarde, accesible de verdad. Al parecer, había logrado amansar a la pequeña fiera.

Llevando las manos a los pantalones de Ale, hizo lo posible por quitárselos e ignorar el condenado pinchazo que tenía en su miembro. Como solía suceder siempre en la cercanía de esa mujer, su polla parecía tener vida propia.

Cuando la tuvo simplemente enropainterior, con un sencillo conjunto delencería de algodón blanco, hizo una pausa para examinarla, evitando por todos los medios fijar la vista entre sus muslos. Mejor no poner a prueba el escaso autocontrol que lo acompañaba. Alejandra había bajado los párpados y todo su cuerpo estaba en guardia, en alerta, como si esperara oír en algún momento algún tipo de desdén por su parte.

Agarrando su barbilla, la hizo elevar la vista para así poder mirarla a los ojos. —Eres perfecta, chiquita, y nadie puede afirmar lo contrario.

Con una expresión suave que disipaba la tensión de su gesto, deslizó las manos por la espalda de Alejandra, quien dio un respingo al notarlas.

—No pasa nada, pequeña —la tranquilizó él, acariciando toda su espina dorsal, forjando una especie de argucia para finalmente terminar con el plan establecido. Con lo que buscaba exactamente. El cierre del sujetador.

Con pasmosa destreza se lo desabrochó mientras perdía su mirada en la de ella.

—Solo quería tenerte así. —Y sin apartar la vista de esos ojos marrones llenos de incertidumbres y de miles de preguntas, retiró con delicadeza la prenda—. Solo así —murmuró.

Solo la cubría ya una braguita en forma de diminuto short, y Valen sintió bullir la lujuria en su interior como una bestia hambrienta. Estaba a punto de perder la razón y follársela sobre la mesa sin ningún tipo de compasión ni sutilezas.

Apartándose un poco y mordándose la lengua hasta saborear su propia sangre, Valen se recreó en la figura femenina. Reconoció con la mirada las formas y curvas que siempre había apreciado con curiosidad envueltas entre ropas.

Su piel pálida, tersa, tenía algunas señas de minúsculos cardenales o manchas pero, sin embargo, seguía siendo la visión más erótica que hubiese tenido

jamás frente a él.

Apretó los puños para detener sus salvajes instintos cuando clavó la vista en los pechos. Eran bastante generosos, pero sin ser desmesurados. Valen pensó también, morboso, que eran perfectos, que sus enormes manos los cubrirían por completo sin problemas. La fantasía aumentó al percatarse, además, de los deliciosos botones que tenía como pezones, que para mayor padecer de su libido, estaban erguidos, en punta, esperando ser chupados, lamidos y mordidos... Solo y únicamente por él.

El terrible palpar de su polla lo tenía al límite, clamando por un alivio inmediato. Pero masoquista, peregrinó con la mirada hacia las caderas, para continuar y perderse por último en su intimidad, en donde, gracias a la lluvia, la braguita que llevaba se ceñía recelosa a su sexo. A su sexo rasurado.

Valen cerró los ojos e inhaló hondamente. Su mandíbula permanecía tensa.

Al abrirlos, buscó el rostro de su amiga. No había hecho nada por taparse, aunque era evidente que le costaba exponer su desnudez. El rubor de sus mejillas la delataba.

¡Por todos los infiernos, estaba condenado!

Ansió experimentar la sensación de tener su cuerpo desnudo en contacto con el suyo.

—Ven conmigo, chiquita —dijo, tomándola en brazos y apretándola contra él. Recorrió la línea de su cuello con la lengua y la agarró del trasero.

Alejandra gimió. Temblando, buscó refugio, acurrucándose más en su pecho.

¿Cómo demonios había terminado alguien tan inocente en sus manos?, pensó Valen. Sobre todo, cuando su imaginación divagaba en realizar con ella las más depravadas acciones.

Abrazándola con mayor fuerza mientras apoyaba la barbilla sobre la cabeza de Ale, cerró los ojos para disfrutar plenamente de tenerla así. Dispuesta y solo para él.

Cuando la sintió removerse para envolverse más a su cuerpo duro y excitado, sus deliciosos senos se frotaron contra su ancho pecho, acariciándolo. Aquel gesto fue como otra patada directa a su inflamada entrepierna.

¡Mierda!

—¿Val? —masculló la joven, con el rostro oculto y sin apartarse de la seguridad de su cuerpo.

—Dime, cariño —la animó él, besándola por encima de la cabeza—. Te escucho.

Ella alzó el rostro y buscó su mirada, nerviosa. Sus bocas volvieron a estar

tentadoramente cerca.

—Es sobre lo del... matrimonio. Tal vez, la idea no sea tan descabellada, después de todo.

Con una sonrisa torcida y en un tono socarrón, Valen expuso:

—Aunque no lo aprobaras, igualmente te convertirías en unos días en mi esposa. Pero es estupendo oírte decir eso, Ale. Imagínate lo que pensaría tu familia si me ve entrándote el día de la ceremonia a hombros mientras pataleas y me gritas encima.

—¡Eres todo un hombre de las cavernas! —lo regañó cariñosa.

Soltando una sonora carcajada, Valen la estrechó hasta dejarla casi sin aliento. Después, y de forma efusiva, hizo ademán por lanzarla al aire.

—¡Val! —Alejandra, entre risas, se apresuró a aferrarse a él, rodeándole las caderas con sus piernas para evitar que la zarandeara de arriba abajo.

Encantado de acogerla de esa forma de nuevo sobre su cuerpo y satisfecho al verla relajada y desinhibida con su desnudez entre sus brazos, Valen paseó las manos por las nalgas de su amiga y las dejó allí, deleitándose con su armonioso tamaño.

Juntó su frente con la de ella y sus alientos se entremezclaron.

—Me reafirmo: las recompensas siempre son inmensamente buenas — señaló, refiriéndose a su teoría con Ale—. Demasiado buenas para lo que merezco en realidad.

—Mhmm... ¿De qué recompensas estás hablando, Val? —quiso saber ella, arrugando el entrecejo.

—De ti, cariño. Tú eres mi mayor recompensa.

Dejándola totalmente perpleja, ruboriza y muda, Alejandra se inclinó y simplemente frotó, dulcemente, su nariz con la de él. Solo ella tenía la capacidad de fundirlo en cuestión de segundos con gestos así de tiernos e inofensivos. Unas cándidas carantoñas que lo hacían despertar del entumecimiento en el que vivía cuando no gozaba de su compañía.

Ella era sencillamente su cielo. El lugar donde quería permanecer de forma perpetua, y el cual, estaba dispuesto a conservar egoístamente.

Ale había enterrado una mano en el cabello húmedo de su amigo y jugueteaba, suave, con algunos de los mechones mientras estudiaba su mirada. Ese océano gris en plena tempestad.

La amistad entre ellos había llegado inesperada, fortuita, como cuando un huracán irrumpe con fuerza, sin avisar, y decide desestabilizar todo a su paso. Con los meses, había crecido en profundidad, igual que una raíz al

solidificarse con el tiempo, y en la actualidad... Negó para sus adentros.

No sabía cómo desentrañar el barullo de emociones que la aturdí. Un escalofrío la atravesó.

—¿Tienes frío, chiquita? —preguntó él, escrutando con la mirada sus rasgos y abrigándola más con su abrazo asfixiante.

—Solo abrázame así, Val, lo demás no importa. —Intentando ignorar su casi desnudez o el bulto que notaba endurecido cerca de su latiente sexo, hundió el rostro entre el hueco del hombro y cuello de su amigo.

De pronto lo sintió caminar. Irguió la cabeza y miró a su alrededor, sobresaltada.

—¿Adónde vamos?

Valen mostró una sonrisa, luciendo sus dientes blancos y perfectos.

—A tu dormitorio. Solo quiero asegurarme de que entres en calor, preciosa.

A Alejandra le ardían tanto las mejillas que temió prender en llamas.

Intentó bromear.

—Supongo que de ahora en adelante seré toda suya, señor Lemacks.

—Siempre has sido mía. —aseguró él, súbitamente serio—. Eso no ha cambiado y nunca lo hará.

Sorprendida, se lamió los labios reseco y enlazó con sus pequeñas manos el cuello de Valen.

Quizás él tenía razón y ella desde un principio siempre le perteneció. Desde que irrumpió en su vida, arrojándola en medio de la oscuridad, ese resplandor cegador que advertía al final del camino no parecía tan devastador e hiriente de su mano. Y eso tenía que significar algo, imaginó ella.

Cuando traspasaron la puerta de su habitación, Val se detuvo y miró de soslayo la cama antes de posar la mirada en ella. Inclinando la cabeza hasta que sus labios casi se rozaron, susurró con voz ronca:

—No tengo alma ni corazón, Alejandra... Los perdí hace mucho tiempo, demasiado, pero puedo prometerte que cuidaré de ti y que daría hasta mi vida por ello. Es lo mejor que tengo para darte.

Cerrando los ojos, Ale frotó su mejilla con la de él.

Es lo mejor que tengo para darte.

Y ella lo aceptaba.

Funcionara o no aquel enredo, nadie les podía arrebatarse los inolvidables recuerdos que guardaban con recelo en unos corazones malheridos, que volvieron a nacer el día en que una preocupada joven descolgó el teléfono

para enfrentarse a todo un poderoso y altivo hombre de negocios.
Venciendo sus miedos, habían desnudado sus emociones sin ningún tipo de
prevención. Ansiosos por permanecer *conectados*. Siempre... *Enlazados*.

ENLAZADOS

Conectados 2

S.M. Afonso PRÓLOGO

Un sonoro portazo embozó, por unos escasos segundos y de manera cómplice, el ensordecedor crepitar de un aguacero que parecía que jamás cesaría. Olvidándose del amparo que podía ofrecerle una vivienda con aquel diluvio, una figura alta se precipitó al exterior desafiando las inclemencias del tiempo.

Valen Lemacks, cubierto únicamente con un pantalón oscuro, dio la bienvenida a la lluvia que en un santiamén lo mojó por completo. Necesitaba sofocar el crudo fuego que lo hacía arder por dentro cada vez que tenía al objeto de su condenada obsesión cerca.

Hacía verdaderos esfuerzos para poner autocontrol a sus deseos más ávidos, pero las emociones que lo embargaban lo hacían tambalearse en un precipicio de preocupación, temor y sobre todo de pasión insatisfecha. Y por primera vez en su vida sentía vértigo de caer.

A sus espaldas, un nuevo golpe irrumpió en medio del embravecido repiquetear de la lluvia, quedando acallado de inmediato, cuando un trueno bramó indignado; encolerizado por cualquier infame ruido que no viniese de su poderoso eco al estallar.

Ni siquiera tenía que voltearse para saber de quién se trataba, pero cuando lo hizo y la vio, soltó entre dientes unas cuantas imprecaciones.

Escasamente vestida, tan solo con una camisa de color marfil y de unas tallas mayores de la que llevaba realmente, Alejandra se apresuró a atravesar el zaguán de la entrada, corriendo hacia él. En el mismo momento que puso un pie en el patio ajardinado que tanto le encantaba de su hogar, quedó empapada por entero.

«¡Maldición!»

El agua incesante la bañaba y dejaba muy poco a la imaginación. Estaba casi o igual de desnuda que esa misma tarde cuando él la había despojado de la ropa. Cuando estuvo a punto de tomarla en la cocina o cuando más tarde la llevó en brazos hasta su dormitorio...

Ese era el motivo precisamente por el que había acabado allí mismo. Tras dejarla acomodada en su habitación huyó despavorido. Con Alejandra cerca, su dominio resultaba precario.

— ¡Val, espera! —La voz de la joven luchó por sobresalir en mitad de

aquella fragorosa tormenta.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí fuera, Alejandra?! —Le gritó él, con severidad—. ¡Regresa dentro! Quiso censurarla de nuevo, pero los brazos de su pequeña obstinada se cerraron alrededor de su cuello cuando llegó hasta él, abrazándolo con impaciencia, como si no lo hubiese visto en semanas. Y aquel gesto, de alguna manera, lo ablandó.

La estrechó más fuertemente en sus brazos, intentando ignorar la poca ropa que la tapaba y que apenas escondía las formas de sus curvas.

—Eres una imprudente. —Con engañosa tranquilidad, volvió a preguntar—: ¿Qué estás haciendo aquí, chiquita? —Yo... yo simplemente quería estar contigo. —Estoy contigo.

Debía sacarla de allí y ponerla bajo cubierto o enfermaría. Separándose un poco, la tomó de la mano y la apremió a seguirlo.

—Venga. Volvamos dentro.

—¡No, no me has entendido! —Alesedesasió de su amarre y mirándolo a los ojos, dijo:— Quiero estar contigo, pero de verdad. Por completo.

Y dicho esto, Valen observó hipnotizado e incrédulo, como tiraba de la camisa que llevaba y quedaba ante sus ojos totalmente desnuda.

—Valen...

Dejándose caer con sensual lentitud en el suelo, sobre la superficie verde y cuidada que abundaba en esa especie de pasmoso vergel, se recostó en el césped y abriendo ligeramente las piernas lo instó a acompañarla:

—Val... hazme tuya. —Llevó algunos dedos a uno de sus pechos y lo acarició, luego descendió aquel provocador toque hasta su entrepierna—.

Por favor...

La lujuria y el dolor físico por poseerla se intensificaron mientras sus ojos azul grisáceos, revoloteaban por cada centímetro de aquella silueta femenina que lo incitaba a tomarla de la manera más primitiva y con la única comodidad de sus cuerpos *enlazados*.

Alejandra había firmado con esa acción su bendita sentencia.

Cuando se arrodilló junto a ella, se deleitó en el hermoso efecto que creaba la lluvia sobre ese cuerpo inmaculado. Las gotas, las malditas gotas caídas del cielo, parecían ocultar en su inocente danza pretensiones de amante, y aunque le hubiese encantado seguir recreándose con esa magnífica imagen, su ávida excitación no aceptaba más demora.

Llevando las manos a la cremallera de los pantalones, advirtió:

—Reza por mi perdón, Alejandra. Reza para que no te arrepientas de lo que

acabas de ofrecerme, porque por Dios bendito, que no me detendré hasta tomar todo de ti.

Sin ningún tipo de sutileza, ni mucho menos ternura, se colocó encima de la joven y la instó a abrir más las piernas. Imponiéndole su dominio y poder y sin detenerse en preliminares siquiera, colocó su miembro en el portal del sexo femenino.

Los ojos de la mujer se dilataron de horror al comprender lo que pretendía hacer. Era virgen y su cuerpo no podría recibirlo sin sufrir si no estaba preparado previamente para la invasión.

—Val, no... ¿Q-qué estás haciendo?

—Lo que me acabas de pedir, pequeña —respondió él, en un tono truculento mientras la obligaba a doblar un poco una rodilla para aferrarla mejor por el muslo—. ¿Acaso no era esto por lo que has venido a buscarme aquí fuera? No sabes el error que has cometido. Nunca seré bueno para ti Alejandra, nunca. Estoy corrompido. Soy un maldito cáncer.

Y mirando esos enormes ojos de un marrón almendrado, que ingenuos, aún parecían creer en él, la penetró sin miramientos.

Los gritos lastimeros no se hicieron esperar, pero al parecer, no fueron suficientes para frenarlo, ya que continuó clavándose en ella una y otra vez con brutal salvajismo.

En ningún instante unieron sus bocas, ni hubo caricias. La trató como una vulgar prostituta, como si hubiese pagado por adelantado para poder violar y mancillar ese delicado cuerpo de la forma que quisiera. Las veces que quisiera.

—Me haces... daño —Ale lloraba abatida por la pena y el dolor—. Para... por favor...

Lejos de conseguir el acatamiento de aquellas súplicas, logró todo lo contrario, porque las arremetidas de Valen fueron mucho más duras, haciendo que la figura que en un principio se revolvía bajo él con frenesí y lo golpeaba, fuera marchitándose, disminuyendo su resistencia, permitiéndole tomar de ella todo lo que deseara hasta quedar prácticamente inerte y sin moverse, en el mismo momento que él alcanzaba el clímax.

Tras el éxtasis, se topó con la cruda realidad de sus actos y aquello fue como un certero golpe mortal.

Había enloquecido y las consecuencias las tenía ante él.

Alejandra enlodaba el agua de la lluvia a su alrededor de un rojo intenso, con el color de la sangre... y su cuerpo no reaccionaba.

Las lágrimas se agolparon en su garganta luchando por salir. No recordaba haber llorado jamás, pero cuando sacudió con dulce esperanza a su pequeña y sus párpados permanecieron sellados y sus miembros inactivos, sintió que lloraría eternamente.

—Chiquita, despierta...

La abrazó, desconsolado, rogando porque volviera junto a él al menos lo llevara con ella. No le importaba adónde ni cómo, tan solo quería permanecer a su lado.

—Ale, no... Lo siento tanto... —Y el alarido desgarrador que soltó, enlutó el ambiente—. ¡¡Alejandra!!

CAPÍTULO 01

—Val, despierta...

Los ojos grises de Valen se abrieron de forma abrupta y tiró con fiereza del largo cabello de la joven que, acostada junto a él en una mullida hamaca doble, hasta hacía escasos segundos, acariciaba con gesto tierno y preocupado su áspera mandíbula.

Alejandra ahogó un gemido y sus enormes ojos marrones lo miraron desorbitados. Sentía dolor en el cuero cabelludo, pues la mano masculina la retenía por el pelo a pocas pulgadas de su cara.

Una vena latía en la sien de Valen mientras la observaba en silencio. Ella jamás había visto una expresión tan funesta en él. Su miedo era tan palpable... Un miedo real, una amenaza presente, pero sólo para Valen. Entonces deseó abrazarlo, pero él parecía no reconocerla. Otra vez.

— So-soy yo, Val, Alejandra. Has tenido una pesadilla. Solo eso — tartamudeó ella con un sonido apenas perceptible.

«Una pesadilla», repitió una voz en la embotada mente de un Valen aún ausente.

Sin soltar a su presa, recordó la lluvia, la sangre... A Alejandra muerta en sus brazos. No, ella no. Su pequeña no.

Deseaba regresar al mundo real. Por alguna macabra razón, aún seguía atrapado en la pesadilla y quería despertar.

—Val...

«¿Alejandra? ¿Era ella? ¿El armonioso sonido de su voz?».

Desconcertado, parpadeó y aflojó su agarre. Notaba la humedad quemarle detrás de los párpados, su cuerpo estaba rígido y su corazón latía de forma acelerada.

Pero entonces sintió algo inesperado.

Las pesadillas siempre habían formado parte de su rutina diaria, desde que la memoria le alcanzaba las recordaba. Lo que era inesperado era el consuelo de una dulce caricia y la extraña sensación de sosiego que le proporcionaban. Aquel pequeño y tierno gesto había traspasado la gruesa capa de bruma de su memoria, penetrando como un rayo de sol de verano por la ventana. Sometiendo un fragmento de la oscuridad que habitaba en su interior desde su

nacimiento. Una maldición que haría correr a Alejandra de su lado, estaba seguro.

Alejandra.

Su Ale.

Frunciendo el ceño, la examinó. La joven yacía prácticamente echada encima de él, inmóvil, tan pálida como las florecillas que adornaban su sencillo vestido de novia. Con una expresión depura confusión en su rostro, tenía sus pequeñas manos contra su pecho, estrujando la tela negra de su camisa desabotonada, en un intento ineficaz por poner distancia entre ellos. Tal vez, incluso, por no huir de su lado, horrorizada.

Entonces supo por qué.

Los mechones que se anudaban en torno a uno de sus puños lo acusaban.

Odiándoseasí mismo, presionó su cuerpo contra el de ella y sus dedos masajearon el cuero cabelludo que había maltratado. Pudo sentir la temblando. La acercó más a él, quedando ambos en contacto desde el pecho hasta las caderas, disfrutando del calor abrasador de sus pieles y del latido de su virilidad entre ellos.

Valen arrastró la fina gasa blanca del vestido y recorrió con su mano libre el muslo de la joven.

Embelesado, vio cómo se le encendían las mejillas e instintivamente cerraba los párpados y contenía el aliento. Se percató también del pulso acelerado en la base de su cuello y necesitó de toda su fuerza de voluntad para mantener la compostura.

Miró sus labios.

Alejandra, expectante, se mordió el labio inferior; suave y ligeramente carnoso, tenía el mismo matiz que una puesta de sol.

Aquel inocente gesto lo excitó más, si cabe.

¡Por la sangre de Cristo!

¿Es qué quería volverlo loco?

Valen suspiró y bajó los párpados. Echó un rápido vistazo a los voluptuosos senos que se apretaban contra su pecho. Aquellas turgentes montañas, libres de lencería y peligrosamente expuestas por un ancho escote, se agitaban como si hubiera corrido una carrera, o como si hubieran sido partícipes de una excitante maratón sexual.

La sangre rugió en sus venas. La jodida sangre le hinchó el miembro produciéndole un agonizante dolor.

Ahogó un gruñido. Deseaba desnudarla, tocarla más íntimamente, sabotear con

su lengua y boca cada centímetro de su piel... Que el infierno lo tragara, porque deseaba asaltar su virginidad como un corsario asaltaría un jugoso botín. Codicioso y desalmadamente feroz.

Su polla debió pensar que era una buena idea, teniendo en cuenta su maldita reacción ante tales pensamientos.

¡Joder!

Inhaló, llenando los pulmones con su adictiva fragancia. Olía a jazmín. Olía a eterna y cálida primavera.

—¿Val, tete encuentras bien? Quieres contarme...

Con la respiración entrecortada lo vio mirarla con sus ojos de metal. A continuación la soltó y apartándola con suavidad a un lado, se levantó de la hamaca. Sentada, abrazándose las rodillas, Alejandra permaneció helada y en silencio mientras lo observaba mirar el mar y el cielo despejado de principios de enero en la isla.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Es mediodía y almorzaremos con tus padres y hermanos en el restaurante del hotel en menos de dos horas — informó Valen, ásperamente y aun dándole la espalda.

Con el rechazo agarrándole con sus garras las entrañas, Alejandra advirtió el alto muro que Valen volvía a interponer entre ellos. Un dolor profundo se inició dentro de ella.

—Mis padres —repitió.

—Viajaremos a Londres esta misma tarde, ¿lo recuerdas?

Él se dio la vuelta. Con el cabello rubio oscuro desordenado, una incipiente barba de veinticuatro horas, descalzo y vistiendo completamente de negro: un pantalón y camisa desabrochada, parecía un ángel caído. Un demonio disfrazado en el poderoso cuerpo de un irresistible mortal.

Alejandra tragó saliva. Seguía apoyado sobre la balaustrada de la terraza y la observaba con ojos cautelosos... ¿O eran de enfado? Quiso sacudirlo. Su rostro inexpresivo no le ofrecía pista alguna.

No tenía el valor para enfrentar su fría indiferencia, así que en un momento de desesperación, se incorporó de la hamaca.

—Sí, lo recuerdo. —Y dándole la espalda comenzó a retirarse.

Apenas empezó, sintió las manos de Valen sobre sus hombros. Le dio la vuelta para obligarla a que lo mirara.

—¿Adónde vas?

Alejandra levantó el mentón.

—A ducharme. ¿Puedo o también tengo que pedirte permiso para eso?

Valen achicó los ojos. Cada vez que esa pequeña bruja lo desafiaba solo podía pensar en ponerla sobre sus rodillas y colorear sus nalgas de un bonito tono rojo, primero, para a continuación y mientras sollozara, aliviar su escozor clavando su pujante y latiente masculinidad en su escurridiza caverna. Debía controlarse, pensar en frío...

«Como si eso fuera tan jodidamente fácil».

De repente, reparó en la mano que le quemaba en uno de sus pectorales. La contempló. Era la misma elegante mano que había sostenido el día anterior en la iglesia, en una ceremonia íntima que había tenido como únicos invitados a los padres, hermanos y cuñadas de Alejandra. La deslumbrante alianza de oro blanco y diamantes que descansaba en el dedo anular, simbolizaba que desde ayer y para siempre, Ale sería oficialmente y ante los ojos de todo el mundo suya.

Solo suya.

«Mía».

Tras la ceremonia y un breve brindis por los recién casados, se habían ido directamente al Gran Meliá. La suite más cara y lujosa del hotel reconocido como el mejor complejo vacacional de España, sería testigo de su inexistente noche de bodas.

Tumbados en la hamaca doble que acicalaba a la impresionante terraza con vistas al atlántico, en la que aún se encontraban, habían pasado la madrugada comiendo, bebiendo y contándose historias. Historias ridículas, tal vez. Historias que nunca les habían parecido importantes, y que de pronto lo eran. Lo eran porque por primera vez tenían a alguien con quien compartirlas.

¿Cómo iba a soportar aquella tortura diaria? ¿Cómo diablos iba a hacer para sentarse a su lado, tocarla, incluso estrecharla entre sus brazos, y no arrastrarla hacia la cama más próxima y follársela como si estuviese poseído por el demonio?

Un hombre tenía cierto control y el suyo estaba siendo puesto a prueba, incluso ahora, mientras la tenía frente a él, con su larga melena oscura mecida por la suave y cálida brisa marina, sus mejillas, por lo general de un precioso color crema, tintadas de un encantador rubí y sus erectos pezones marcándose a través del tejido de su vestido.

Dividido entre la tentación de tirarla al suelo y reclamarla como suya en la forma en que su cuerpo, cada vez más duro, la demandaba en esos condenados instantes, y la necesidad de protegerla de él, meneó la cabeza de un lado a otro.

—No, por supuesto que no tienes que pedirme permiso. Adelante. Pero no sin antes aclararte algo. —Letomó la barbilla entre las manos para que ella lo mirara—. Con facilidad te podría haber forzado a entregarte a mí esta pasada noche. ¿Quién me lo iba a impedir? Ni siquiera tú habrías podido. Pensando solo en mi propio placer, en satisfacer mi necesidad y sin tener la menor consideración hacia ti, te podía haber montado como un animal salvaje. Me sentí tentado. Realmente tentado. —Valen le acarició la mejilla con el dorso de un dedo con ternura—. Pero te podía haber hecho mucho daño. Así que en medio de tu rabia hacia mí en estos momentos, por lo menos, deja un pequeño espacio para el agradecimiento.

—Hablas como si realmente quisiera acostarme contigo —Ella lo observó frunciendo los labios.

—¿Y no es así, pequeña bruja descarada?

Los ojos de Valen prometían mil y una venganza cuando Alejandra enfrentó su mirada. Solo tenía que mirarlo y sentía que el corazón le bailaba y las entrañas se le encogían, dejándole un vacío en el estómago.

Se pasó la punta de la lengua por los labios resecaos y desvió la mirada.

—No. Nunca he pretendido eso. Nuestra amistad es demasiado importante para mí como para echarla a perder.

Él sonrió, pero su voz sonó fría:

—Ah, chiquita —La observó con conocimiento—, alguien debió decirte alguna vez que «*nunca*» es demasiado tiempo, pero ese anillo que reluce en tu dedo, es un excitante y ardoroso «*siempre*».

Las manos que la sostenían por los brazos, forzándola a mantener un espacio entre ellos, de pronto la apretaron con inesperada urgencia, haciéndola sentir a través de la tela de su vestido, los músculos del torso masculino.

—¡Valen, basta! —exhaló Alejandra con una fuerza que no parecía suya, intentando alejarse de él, contrariada— Sigo enfadada contigo por lo que has hecho. Accedí a esta locura, pero te has pasado. Ese «*siempre*» es solo un juego, una burla a mis creencias, y una justificación a tu egocentrismo.

Valen se inclinó y rozó los labios con los suyos en un engañoso beso, para después de manera provocadora, ponerlos sobre la curva de su cuello y susurrar:

—Tienes suerte, pequeña, de que pactara con el viejo diablo por tu seguridad — Besó su cuello provocándole un estremecimiento—, pero él establece las reglas, dispone en la mesa de un tablero—Sopló suavemente contra la húmeda piel antes besada— y, sobre todo, es un hijo de perra muy tramposo. Como yo.

La abrazó por última vez y la besó en la frente antes de dar media vuelta y alejarse. Antes de irse, soltó:

—Y este es mi juego. Estas son mis normas. Vendí mi alma por ello. Recuérdalo.

La muchacha siguió con la mirada la enorme figura hasta que desapareció de su vista. Sepalpó los labios. Apenas sus labios habían rozado los de Valen, ni siquiera podía considerarse un beso de verdad, pero sentía un hormigueo en el interior y cierto calor en la piel.

Aquel inglés respiraba erotismo. Cada pulgada de él exudaba dominación, control, sexo... Sexo salvaje, primitivo...

Se llevó las manos a las mejillas y se percató del ardor que las cocinaba. Se sentía aturdida, el corazón le latía con fuerza.

«¡Dios Santo!», pensó con la mandíbula desencajada.

¿Qué le había hecho aquel hombre? ¿Cómo diantres se había dejado engatusar y acabado en esa descabellada situación?

¡Nada más y nada menos que en un matrimonio de conveniencia!

CAPÍTULO 02

Dos semanas.

Podía detallar los pormenores de cada uno de esos días. Catorce días con sus veinticuatro horas cada uno. Catorce días en los que había pasado de ser una ermitaña soltera a la esposa de un todopoderoso hombre de negocios.

El aroma del jazmín y la madreselva saturaba sus sentidos, sus recuerdos, la alianza de oro y diamantes pareció, de pronto, más pesada y cortante en su dedo anular.

Ella nunca sería la esposa de verdad de Valen Lemacks, solamente la amiga. La amiga a la que había tenido que rescatar como un perfecto *Boy Scout*.

Rehusándose a entrar a la soledad de la cíclope mansión Lemacks, Alejandra jaló otro macetero y comenzó a trabajar en los injertos de rosales. Se esforzó en mantener sus emociones bajo control.

En aquella fortaleza de ladrillo y cristal, resguardada del resto de la civilización por kilométricas hectáreas de bosque, cualquier persona tenía terminantemente prohibido adentrarse sin la autorización y beneplácito de su amigo. No importaba que Valen se hallara trabajando en la ciudad o que estuviera de viaje en otro continente, sorprendentemente, y como si fuera un omnipresente Dios, siempre acababa enterándose de todo.

«*Jesús, debía tener ojos hasta en el cubo de la basura.*»

Resignada, Alejandra se preguntó también cuánto tiempo pasaría antes de que su recién estrenado esposo se enterara de que por segunda vez en esa semana, había estado a punto de convertir su hogar en el principal y más escabroso suceso del día en los noticiarios.

¡Había estado a punto de hacer arder la casa!

«Sí te sirve de consuelo, diré, que te falta de *chef* lo que te sobra de floricultor. Eres una excelente jardinera. Casi, y solo *casi*, tan buena como un servidor», le había soltado Tony entre risas, mientras la ayudaba a sofocar el principio de incendio que había desatado al mediodía en la cocina.

Anthony Fisher era el amado sobrino de Bianca y Vincent Fisher. El muchacho de dieciocho años cuidaba de los jardines e invernadero de la mansión. Era de constitución atlética, alto y tenía el cabello del color del oro. También poseía los ojos ambarinos más amistosos que Alejandra hubiera visto nunca.

Desde su llegada a tierras inglesas, había sido el joven y no Valen quien le

dedicaba cada día parte de su tiempo, quién parecía preocuparse por su adaptación al nuevo estilo de vida y cultura, por ello, se había granjeado su simpatía y confianza.

Alejandra cabeceó y, distraídamente roció la tierra de la maceta sobre la pequeña mesita de trabajo.

El distanciamiento de Valen en esos catorce días que llevaban de matrimonio la hería profundamente, porque ese *iceberg* de increíbles y duros ojos grises era su mejor amigo. Solo eso. No se trataba de que, como una flor en el desierto necesitaría agua para sobrevivir, ella necesitaba sentirse amada por él. No. Por supuesto que no.

Un sollozo ahogado se quedó a medio camino en la garganta de Alejandra. No iba a llorar. ¡Claro que no lo haría! A esas alturas de la partida debería estar más que acostumbrada a la maldita psicosis maniaca de Valen. En un momento la trataba con indiferencia, y al segundo siguiente estaban abrazados en un mutuo deseo y todo volvía a ser... normal.

Como había sucedido la pasada noche.

En mitad de la madrugada, Valen había interrumpido su sueño para, simplemente hacer con ella lo que tantas otras veces habían compartido estando a miles de kilómetros.

Como en los no tan viejos tiempos, cuando su relación dependía de las idas y venidas del magnate inglés, de las reiteradas llamadas, mensajes y correos que ambos se hacían a diario. Valen y ella habían estado colgados al teléfono hablando durante horas.

Una risita histérica, llorosa, burbujeó en la garganta de la joven.

Echaba tanto de menos a su mejor amigo. Compartir con él esos furtivos y mágicos momentos en los que no existía nada ni nadie, salvo ellos dos.

Se suponía que esa alianza, ese disparatado matrimonio de conveniencia los iba unir más si cabe, entonces, ¿por qué rayos sentía que todo se había ido al garete?

De repente fue consciente de que apretaba con tanta fuerza las manos que le dolían.

¡Virgen Santa!, exclamó, descubriendo las cándidas semillas en la tierra nueva.

¿Cuántas margaritas más tendría que desflorar para adivinar si Val la quería o no?

Molesta consigo misma, Alejandra sacudió sus gastados vaqueros. Respirando hondo y contemplando absorta el hermoso paisaje que rodeaba la mansión,

procuró pensar en otra cosa.

Pero no lo consiguió.

Seguía sintiéndose terriblemente triste. Estaban a mediados de semana y extraña a Valen. Tres días sin él y le parecía que habían transcurrido tres largos y dolorosos años.

¡Por los clavos de Cristo! Se había ido por negocios a Nueva York, ¡no al fin del mundo!

¿Desde cuándo se había hecho co-dependiente de él? ¿De su presencia?

Disgustada, negó, apretándose el pecho.

No, no podía permitirle a Valen ser el eje de su universo. Porque si lo hacía, en el momento que él decidiría abandonarla, como habían hecho todos, a lo largo de su vida, sencillamente, no podría superarlo.

Elestruendo de un lejano rayo la sobresaltó. Levantó la cabeza y observó el ballet de nubes negras que comenzaban a cubrir el cielo. Ensimismada, se frotó los brazos por encima de su gabán beige y volvió a sus recuerdos.

Cuando la separaban de Valen miles de kilómetros, normalmente solo disfrutaba de su compañía los fines de semana, el resto de días los dedicaba a añorarlo, contando las horas, minutos y segundos que faltaban para que pudieran verse de nuevo. La distancia había sido desoladora para ella, pero él siempre se ocupó de que lo sintiera cerca de un modo u otro. Ahora, por el contrario y pese a que vivían juntos, percibía que se había abierto entre ellos una enorme brecha.

Se estremeció. Quizás esa farsa de matrimonio era sólo el principio del fin.

—Aún sigo fascinado por el cambio —comentó una voz a su espalda. Anthony. Ella se volvió y miró al hombre vestido con vaqueros y sudadera gris, tratando de comprender a que se refería.

—¿A qué cambio te refieres?

Los labios masculinos se curvaron en una enigmática sonrisa mientras contemplaba, tranquilo, el Olimpo de gamas verdes, marrones y de tantos otros matices que custodiaba con recelo aquel precioso e inmenso invernadero.

—De los jardines de la mansión. Hace tan solo unos meses atrás el único vergel que acicalaba los exteriores de este lugar se limitaban a un simple cuidado césped y a unos podados arbustos. Cero plantas. Cero flores. Cero vivacidad y alegría. Era como contemplar a un hermoso y desaprovechado paraíso. Un Edén cadavérico. Cuando toda esta nieve se diluya, quedarás enamorada. Es tan... fantástico. Es incluso más hermoso que este lugar.

Alejandra arrugó la frente, no podía imaginarse ese escenario de ensueño tal y

como lo describía el joven. El invernadero era maravilloso. Un regalo primaveral en la mitad del invierno.

—¿Hablas en serio, Tony? Porque en mi vida había visto unos jardines tan maravillosos y coloridos como estos.

El abrió los ojos con auténtica diversión y con la cabeza hizo un gesto afirmativo.

—¡Te lo juro! Como que fue un servidor y todos y cada uno de los empleados de mi padre quienes, por orden de tu marido, convertimos al triste patito feo en el deslumbrante cisne que tienes ahora ante tus ojos. Trabajamos sin resuello durante los meses de verano.

Pensativa, Alejandra ladeó la cabeza y su mirada impactó directamente con una cubierta de vidrio que se veía a no mucha distancia de ellos.

—¿Y el invernadero, este lugar también? —preguntó, sin apartar la mirada de las lunas de vidrio que dejaban ver cómo el viento soplaba fuera.

Anthony se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—Otro encargo de tu esposo. Se construyó en un tiempo record. No se escatimó en gastos. —Con una sonrisa de disculpa, confesó—: De hecho, el invernadero parecía ser lo más importante para él. Fue la persona más desagradablemente meticulosa y gruñona con la que he tenido el infortunio de trabajar.

—Oh, entiendo.

Alejandra se había quedado consumida por una confusión de emociones. El invernadero parecía otra mansión. Llena de corredores, de estanterías con injertos y pequeños bebés capullos que requerían su atención. Las parcelas estaban arrebozar de hermosas flores primaverales y veraniegas. Era un pequeño solar, una casa de reposo para plantas. Le encanta. ¿Había Valen organizado todo aquel lavado de imagen por ella? ¿Para qué se sintiera como en casa?

La cabeza le dio vueltas y tuvo que sujetarse a la verja que tenía más próxima. Santo Dios, nunca antes nadie demostró tanta disposición por complacerla. No había forma que valiera todo el dinero que calculaba se había gastado Valen en agradarla.

Anthony la miró ceñudo.

—Eh, Ale, ¿te encuentras bien? Te has puesto de repente muy pálida. Se trata de la quemadura de antes, ¿te duele?

Alejandra examinó la quemadura que se había hecho cocinando, deseando que la herida que tenía en su interior fuera tan irrisoria y de fácil sanación como la

que tenía en su muñeca. Lamentablemente para ella no lo era.

Suspirando, forzó una sonrisa e imitó al hombre, metiendo las manos en los bolsillos de su gabán.

—No, estoy bien, no te preocupes. Por suerte, creo que por esta vez sobreviviré.

Eran las cinco de la tarde y el *jet* privado de Valen aterrizaba en el aeropuerto de Londres *Heathrow*. Los motores aún no habían dejado de ronronear cuando cerró el portátil y se incorporó. Sentado en el lujoso compartimento de su avión, había estado trabajando durante las más de siete horas de vuelo que separaban Nueva York de Londres. Como acostumbraba, había recurrido a su medicina más infalible. Con gran calma, había estudiado las interminables columnas de cifras que demostraban, sin ningún tipo de discusión, que sus numerosas empresas por el mundo iban viento en popa.

Solo diez minutos más tarde, caminaba por la terminal del aeropuerto custodiado por su habitual séquito de colaboradores, asesores y personal de seguridad. Todos, elegantemente vestidos.

El ruido del ambiente, la irrefrenable pasarela de gente que iba y venía, el álgido aire londinense de finales de enero que comenzaban a advertir sus fosas nasales, todo, absolutamente todo desapareció en el instante en el que al otro lado de la línea de su celular contestaron.

—Bianca, pásame a mi mujer.

—Lo siento, señor, pero la señora no se encuentra en la mansión en estos momentos.

Valen se tensó imperceptiblemente. Los nudillos de la mano que sostenía el teléfono contra su oreja asomaron blancos.

—¿Cómo qué no se encuentra en la mansión? ¿A dónde ha ido y con quién?

Su ama de llaves contestó casi como pidiendo disculpas.

—Ella salió con Anthony. Hablaban de fertilizantes y abonos que necesitaban para el invernadero. Prometieron que no tardarían más de una hora en regresar.

—¿Y ha transcurrido esa hora?

—Sí, señor, pero...

Valen dejó escapar el aire con un silbido y la mujer automáticamente enmudeció. Se despidió fríamente de ella y empezó a rugir órdenes. Estaba furioso, y para el séquito de personas que lo acompañaban, el día, a partir de ese momento, se convirtió en una pesadilla. Varias cabezas peligraban con rodar.

—*Forest* —Valen miró a su ayudante—. Llama a la empresa y cancela la

reunión de esta tarde. —Pero, señor, la fusión...

Valen le lanzó una mirada fulminante mientras se subía al coche negro de gama alta que lo aguardaba en la salida.

Antes de que el chófer cerrara la puerta del vehículo y quedara clausurado tras los vidrios tintados, se dirigió a su más leal sombra. Gael.

—Davis Morris. Comunícame con él.

Su jefe de seguridad asintió.

—Enseguida, señor.

En la privacidad del auto y durante el trayecto, trató de recuperar la calma que le caracterizaba. Jamás se dejaba superar por las emociones.

En Nueva York había dedicado cada segundo de su tiempo al trabajo, tal y como solía hacer, prácticamente los siete días de la semana... Hasta que una retadora Alejandra irrumpió su solitaria existencia para quedarse. Entonces había hecho con ella cosas tan simples y desconocidas para él como dar largos paseos o ver una película acurrucados en un sofá. Anteriormente a su llegada, cuando algo amenazaba con perturbar su equilibrio emocional, se sumergía en el trabajo hasta agotar a todo aquel que lo rodeara.

Y eso era precisamente lo que había estado haciendo desde que regresara a su país como un hombre casado. Trabajar, trabajar y trabajar. Porque Alejandra, su dulce y testaruda mujer, se había convertido en un arma de doble filo.

Valen torció el gesto y con fastidio, pensó, que debería estar encantado con el contrato millonario que había firmado el día anterior en Nueva York y no como si viniera de un funeral. A diferencia del resto de implicados en el acuerdo, él lo había festejado en la intimidad de su suite. Solo. Con un teléfono pegado a su oído y la risueña voz de Alejandra al otro lado del aparato.

Dios, solo había estado fuera tres días y la había extrañado tanto que había hecho lo imposible por acelerar las negociaciones y regresar a Londres cuanto antes. ¿Y para qué? Valen sintió la rabia atravesarle como una descarga de adrenalina. Para encontrarse con que Alejandra, su mujer, andaba por ahí con otro hombre y totalmente desprotegida.

Absorto en su pesadumbre, Valen ladeó la cabeza y contempló el exterior que pasaba velozmente ante sus ojos. En el reflejo a través del cristal, un destello amenazador iluminó su mirada.

Se aseguraría de que Alejandra comenzara a respetar sus normas. Porque desobedecerlo, podía resultar extremadamente peligroso para ella

CAPÍTULO 03

Valen rugió de rabia. ¡Estaba tan enfurecido! Con Alejandra. Consigo mismo. Con el mundo entero. ¡Con un demonio! Que se abrieran los malditos infiernos si esa pequeña fugitiva se quedaba sin un buen correctivo en cuanto apareciera.

Hacia media hora que había llegado a casa, e ignorando los saludos y estudiada cortesía de sus empleados en la mansión, había caminado, dando grandes zancadas, directamente a su despacho. Si algún pobre diablo hubiese insistido en importunarlo en esos momentos, lo habría lamentado terriblemente.

Se bebió de un solo trago el segundo *whisky* que se tomaba en apenas cinco minutos y se sentó en el sillón tras su pulcro escritorio. La chaqueta de su traje de tres piezas y la corbata yacían olvidadas en algún rincón de la estancia. Su camisa immaculada estaba recogida a la altura de los codos y los primeros botones del cuello desabrochados. Su elegante chaleco, pantalón y zapatos parecían ser lo único intacto de su caro atuendo.

Contempló la bolsa que tenía sobre el escritorio y que se había traído de su corto viaje. En una de las tiendas más elegantes de la Quinta Avenida, en *New York*, de forma insólita se había detenido frente a una vitrina cuando un vestido color celeste llamó su atención. Sintiendo ridículamente fuera de lugar, había cruzado las puertas del establecimiento y pedido a una de las dependientas el sexy modelo femenino.

Anhelaba vérselo puesto a Alejandra. Pero lo que más ansiaba era quitárselo. Esa imagen de él desnudándola lentamente, con otra de sábanas arrugadas, cuerpos sudorosos y placer desbordante, lo habían empujado al interior de la selecta tienda y comprarlo.

Sintió cierta tensión en la ingle. El deseo, como ese día en la avenida neoyorquina, le asaltó. Su intensidad lo aturdió durante unos segundos, hasta que unas voces lo hicieron levantarse del escritorio y acercarse al ventanal de su despacho. Metió una mano en el bolsillo del pantalón y esbozó una sonrisa demoledora.

La pequeña fugitiva, al fin estaba en la madriguera del lobo feroz.

Alejandra caminó por el corredor que conducía al gran despacho. Sus tacones castañeaban en el suelo de mármol, e irritada y con los nervios de

punta, se dobló sobre sí misma, haciendo malabares para quitarse los odiosos zapatos. Con aquellos dos hijos de Satanás en una mano, atravesó el resto de pasillo hasta posar su mano en el pomo de la puerta.

Cerró los ojos, recordando, como tras pasar una agradable tarde en la empresa de jardinería del papá de Anthony, llegaba a casa y Bianca le comunicaba que el señor estaba de regreso. El corazón le había brincado de alegría e incredulidad, pensando que, quizás, solo quizás, queriendo impresionarla Valen hubiera acortado su viaje. Se acordó, también, como ansiosa por verlo y abrazarlo deseó correr a su encuentro, pero la ama de llaves la detuvo. En su lugar, le había entregado una bolsa con un precioso vestido y lencería.

Debía sustituir su aburrida ropa por aquella indumentaria tan atrevida. «Simplemente son órdenes del señor», le respondió la mujer, rehusándose a darle más información cuando le preguntó qué demonios estaba sucediendo y el porqué

de tanto misterio.

¿Simplemente son órdenes del señor? ¡Y un cuerno!

Puede que le resultara difícil penetrar el duro caparazón que blindaba el interior

de Valen, pero no así su retorcida mente.

Estaba molesto con ella. Lo sabía. Su sexto sentido pestañeaba como el amarillo de un semáforo cuando estaba a punto de ponerse en rojo.

Alejandra abrió los ojos y mientras volvía a ponerse a los dos hijos de Satanás en los pies repasó por última vez su figura con una mueca. El vestido, sin mangas y con un pronunciado escote en forma de corazón, tenía una falda que le parecía demasiado corta. Estaba convencida que si se sentaba y en un descuido movía las piernas como no debería, sus braguitas asomarían.

Inhaló.

Esto no sería fácil.

Se escudó en una fuerza y coraje que estaba a años luz de sentir. Porque ella, Alejandra Acosta, ahora Lemacks, ni cubierta con el más sexy modelito, ni maquilla ni peinada de la manera más natural y profesional por la experta Bianca, sería una mujer atractiva, solo razonablemente bonita... Si la miraba alguien medio ciego o narcotizado.

Forzando otro aliento dentro de sus pulmones, antes de que su engañosa valentía se fuera por la alcantarilla de la cobardía, tocó con los nudillos la puerta y entró.

Valen estaba sentado tras su escritorio, con la cabeza inclinada sobre unos documentos que parecían absolverlo por completo; teniendo en cuenta que no había levantado la vista para saludarla o dirigirse a ella.

Alejandra tragó saliva. Aquello no podía empezar peor.

¡Maldita fuera su suerte!

Lo contempló más atentamente. Él se veía tan apuesto que hizo que le doliera el

corazón con sólo mirarlo. Si un hombre había sido bendecido con una cara y físico perfectos, ese era, sin lugar a dudas, Valen Lemacks.

—Val... Te hacía aún en *Nueva York* —comenzó diciendo, tentativa.

—¿Te ha desilusionado verme antes de tiempo?

Alejandra abrió los ojos de par en par al escuchar su acusadora pregunta. — No, por supuesto que no. Solo que no esperaba verte de vuelta tan... tan pronto.

—Me imagino que no. Cierra la puerta.

Ella obedeció, estremecida por su seco tono de voz. Cuando por fin se dignó a mirarla, examinó su figura de arriba abajo, deteniéndose más de la cuenta en la montaña de su busto y en sus muslos. Sus ojos tenían tal calor, que Alejandra sintió que comenzaba a transpirar y que las rodillas le fallaban.

Con una tímida risita, porseguridad, se encorvó y se quitó los zapatos, dejándolos en el piso alfombrado.

—Odio llevar tacones que atentan contra mi integridad física.

—Podríashaber venido aquí sin ellos. En realidad, podríashaber venido sin nada, completamente desnuda.

Alejandra no pudo reunir el coraje suficiente para mirarlo a la cara y comprobar si estaba hablando en serio o no. El rubor de su rostro debía haberse convertido en un destello rojo como el fuego porque las mejillas le ardían.

¡Por santa Teresa de Jesús!

Valen siguió mirándola, fijamente, con la espalda y todo supeso recostados sobre el asiento de cuero, jugando con la pluma que sostenía su mano derecha.

Siempre le había cautivado de Alejandra la naturalidad y sencillez que la caracterizaba, y verla descalza, con la seda celeste resbalando bajo su cuerpo y resaltando los atributos que, con frecuencia, se encarga de esconder, hicieron que las alarmas sonaban en un rincón de su cabeza.

Sus muelas se habían apretado con fuerza cuando la observó doblarse sobre sí misma para sacarse las sandalias de tacón. El succulento plano que le había

ofrecido de sus moldeables pechos y del principio de sus glúteos había sido más que suficiente. El endemoniado fragor que le corría por las venas le quemaba como la lava de un volcán a punto de estallar. Su cuerpo se sentía pesado y la polla le latía. Uneco de agonía volaba a toda velocidad por su alma. Mierda, apenas podía pensar con claridad. Hasta su enfado había disminuido, porque en lo único que podía pensar era en joderla. En hundirse tan profundamente dentro de su coño que no supiera donde terminaba ella y comenzaba él.

Después de un largo silencio, Valen se irguió en toda su altura. Caminó y se colocó de espaldas a Alejandra. Le puso una mano en la cintura y tiró de ella, ciñéndola a su poderoso cuerpo.

—Los invitados... cuándo llegarán.

El aliento de Valen cayó a lo largo de su cuello.

—Jamás te expondría vestida de esta forma ante la mirada hambrienta de otros hombres. No me gusta exhibir lo que considero solo mío. Lo que solo yo puedo admirar y tocar.

Con la otra mano, le recorrió el vientre hasta alcanzar la suave curva de uno de sus senos. Lo sopesó. Alejandra gemió, estremeciéndose de placer cuando la pesada y dura longitud de su miembro presionó la parte inferior de su columna. Él se inclinó cerca del oído de la joven, su voz baja y mezclada con ira.

—Te ofrecí la posibilidad de escoger el camino más accesible y concurrido, pero era demasiado simple y fácil para ti, ¿verdad, cariño?

La pequeña arpía estaba tan nerviosa como un ratón fuera de su escondrijo.

—No sé de qué me hablas, Val. No sé qué hice ahora para disgustarte tanto.

—No sabes de qué te estoy hablando... —repitió él. Los dedos largos se abrieron paso en el largo cabello, soltándolo, mimándolo—. Quizás, el joven Fisher pueda explicármelo mucho mejor mañana, mientras prescindo de sus servicios en la mansión.

La respiración de Alejandra se detuvo en la garganta.

—¡No puedes hacer eso! Él no es responsable de nada. Me disculparé, lo siento, pero por favor, no lo despidas.

Ella sintió como colocaban su cabello en una cola de caballo. Segundos después, reprimió un jadeo de dolor cuando su cabeza fue jalada hacia atrás, sin delicadeza. La boca de Valen aún pegada a su oreja. Sus dientes rechinando.

—No quiero tus disculpas. Mucho menos quiero oírte suplicar un indulto hacia

otro hombre. Lo único que deseo de ti en estos momentos es tu palabra de que no volverás a exponer tu vida y la mía como lo has hecho esta tarde. No puedes salir con nadie sin mi permiso y autorización y, mucho menos, sin mi protección.

La joven entreabrió los labios, pero ninguna palabra salió de su boca.

¿Qué no podía exponer su vida ni la de ella como lo había hecho esa tarde?

¿De que rayos estaba hablando! Ella simplemente había ido con Tony a un comercio, ¿no a un conflicto bélico!

¿Qué no podía salir con nadie sin su permiso y autorización?

¿Que se había creído! Él era su mejor amigo, su marido sobre el papel, ¿no su propietario!

La mano grande y varonil que la mantenía sujeta por la cintura se sintió más íntima por debajo de su ombligo, y sin dejar que ella le rehuyera, lamió delicadamente su garganta, esparciendo con su lengua el inicio de un fuego líquido que empezaba a abrazarla.

—A partir de mañana no saldrás a ninguna parte sin un guardaespaldas convertido en tu sombra.

—¿Qué has dicho?

Grandes ojos castaños se encontraron con los suyos cuando levantó la cabeza del cuello. La pequeña boca de Alejandra se abrió con incredulidad. Valen también podía ver sus pezones duros, tan claros como un día despejado, a través de su vestido. Su corazón estaba acelerado, podía percibir el frenético aleteo pulsando bajo su tacto.

Arañó un minuto más, deleitándose con aquella fantástica imagen.

No era tan espectacular como muchas de las mujeres con las que se había acostado, aunque sí muy bonita. Era hermosa. Dulce. Contemplando su bello rostro, nariz recta, cejas arqueadas y labios carmesíes, cualquier hombre consangüíneo en las venas se excitaría. Y había fuego en aquellos ojos marrones de espesas pestañas, estaba seguro. Un fuego que él tarde o temprano descubriría y avivaría mucho más.

Aquel pensamiento lo trastornó y se apartó de ella. Caminó hacia el ventanal y, sin prestar interés a la oscuridad en el exterior, trató de razonar, de mantener el control. Sin embargo, no pudo hacerlo. Sólo podía pensar en desnudar y follar duro a su mejor amiga, para finalmente acabar corriéndose dentro de ella y marcarla.

Valen luchó por mantener sus pensamientos limpios.

Nada sexo.

Nada de joder su deliciosa boca; que se la chupara y comiera hasta que lo tuviera al borde del abismo. Nada tampoco de arrinconarla contra la pared, bajarle las braguitas y cogerle ese bonito y reservado coño que tenía. No, nada de eso. Mucho menos golpearle las nalgas mientras le abría el culo con su rabiosa polla...

Maldición, iría a un lugar mucho peor que el puto infierno por tener tales pensamientos, gruñó en silencio, girándose.

Alejandra permanecía de pie en el centro de la estancia, luciendo completamente perdida. La observó lamerse los labios, inconsciente de cuán erótica era esa visión para él.

La pequeña bruja descarada ardería pronto en la hoguera de su cama. Se merecía ser follada de la peor y más salvaje de las maneras por no ponerle las cosas fáciles.

Cuando volvió la vista hacia él, Alejandra observó agitada que éste tenía la mirada fija en sus pechos. Era casi como si la tocara; una suave caricia que pasaba sobre su cuerpo como una pluma.

—Quiero que hablemos sobre ese disparate de llevar guardaespaldas.

—¿Piensas dejar a un hombre sin empleo?

—¡Eso es chantaje emocional! —La joven advirtió que se le enrojecía de cólera el rostro mientras él la examinaba con divertida insolencia.

—Llámalo como quieras, pero de ti depende que Anthony Fisher tenga cada mes ingresada en su cuenta una más que generosa suma de dinero. Pagó extraordinariamente bien cuando se tratase de cuidar y proteger lo que considero mío.

Ella tuvo un deseo demente de reírse.

—Dios mío, eres un dictador. ¡Y esto no se va a quedar así!

Él arqueó una ceja.

—¿Es eso lo que piensas?

—¡Sí!

La mirada de él se endureció, pero después sonrió. Alejandra tuvo que contenerse para no tragar saliva ante la transformación de su rostro al sonreír.

Valen estudió su rostro hermoso de grandes ojos y los labios temblorosos que lo tentaban más allá de la razón. Quería tanto chupar la dulzura de ellos.

Sin embargo, no lo haría.

De momento.

Se desprendió del chaleco y a continuación del cinturón; el cual mantuvo en una de sus manos.

Ella se quedó petrificada, llena de pánico y confusión. —¿Qué... qué pretendes hacer con ese cinturón?

Sus caros zapatos resonaron cuando se movió a través del despacho. Cuando sintió que la acorralaba, Alejandra reaccionó. No pudo ni siquiera alcanzar la puerta.

—Eres muy rápida. Pero no lo suficiente para mí —gruñó él, pasándole un brazo por la cintura para sofocar sus intentos de fuga—. ¡Deja de retorcerse si no quieres que te arroje al sofá y te arrebate algo más que tu preciosa virginidad!

Automáticamente Alejandra dejó de resistirse. ¡Por santa Eulalia! Valen no podía estar hablando en serio. Los latidos de su corazón se aceleraron.

—Te lo advertí, Alejandra. La mañana siguiente a nuestra ceremonia, te advertí que la vida es una partida y hay que apostar de acuerdo a las reglas del juego... — El cálido aliento aleteó en su oreja, estremeciéndola—. De mi juego. ¿Y qué has hecho tú? Alzar y mirar las malditas cartas cuando creías que nadie te estaba observando.

La asió mejor de su agarre y la elevó del piso.

—¡Bájame inmediatamente, Valen Lemacks!

—Pequeña tramposa, juro que aprenderás a asumir las consecuencias de tus impulsivas acciones.

CAPÍTULO 04

— ¿Eres sadomasoquista?

Valen curvó desdeñosamente los labios.

—No. Pero, quizás, si un domador de gatitas rabiosas.

—¡Qué suerte la mía!

Alejandra trató de moverse, pero fue inútil. Valen la había inmovilizado en una de las sillas de su despacho, había atado sus tobillos con el cinturón y sus muñecas en el respaldo con la corbata. Él había desplazado su confortante sillón al otro lado del escritorio para sentarse frente a ella. Con las rodillas rozando las suyas, la vigilaba a pocos palmos de distancia y tenía los ojos puestos en...

Frunciendo el ceño, bajó la vista, siguiendo la dirección de su mirada gris. Se horrorizó.

Estaba enseñando demasiada carne. En medio de la lucha por desatarse, se le había subido la cortísima falda y el escote se había abierto tanto que los pechos estaban a punto de salirsele.

Alejandra sacudió la cabeza, ruborizada. Valen continuó admirando sus curvas, dando unos golpecitos con los dedos sobre el escritorio.

¡La estaba sacando de quicio a posta! ¡Lo sabía!

De pronto, el silencio inundó la habitación y él inclinó su cuerpo hacia adelante. Sus rostros a escasos centímetros.

—Ahora sé una buena chica y repite conmigo: No debo alejarme de la mansión y mucho menos salir con nadie sin la autorización y protección de mi esposo.

Ella lo miró boquiabierta.

—¡No pienso decir eso!

Enderezándose, Valen se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Trescuartode hora más tarde, Alejandra se removía inquieta en su asiento, sintiendo la tensión en sus nalgas, debido a sus, hasta entonces, inútiles esfuerzos por liberarse de los amarres a los que Valen la había confinado.

Ella se mordió la lengua, reprimiendo el comentario agudo sobre la actitud del hombre que, a su lado, trabajaba, solo Dios sabía en qué, sin descanso e ignorándola.

¡Maldito *WorkAholi*c empedernido!

Alejandra suspiró y dejó de tratar de liberarse por su propia cuenta. Las réplicas, quejas y lamentos no funcionaban con el señor Indiferencia, por lo tanto, si quería escapar de su particular cautiverio, tendría que cambiar de estrategia.

—¿Val?

Él ni siquiera se molestó en levantar los ojos de los papeles para contestar.

—¿Sabes lo que tienes que hacer, verdad, chiquita?

Alejandra negó con los expresivos ojos llenos de enfado.

—¿No? —Él se reclinó en la silla, observándola dolorosamente—. Está bien, te lo recordaré entonces. Es sencillo. Di: No debo alejarme de la mansión y mucho menos salir con nadie sin la autorización y protección de mi esposo.

—¡Ya te dije que no pienso decir eso!

Valen se encogió de hombros y regresó toda su atención al trabajo.

—Estupendo, cariño. Ahí te quedarás hasta que aprendas a ser una buena y obediente esposa. Yo tengo papeleo que terminar.

Media hora después, en lo único que Valen podía pensar era en cómo se sentiría la suavidad de los labios de Alejandra en los suyos, cómo sería entrar entre sus pálidos muslos abiertos y en cómo se vería el cabello resplandeciente esparcido en su almohada. Se torturaba también recordando la forma en que sus pezones se habían sentido bajo sus dedos cuando, deliberadamente los rozó al atarle las muñecas a la espalda. Los suaves jadeos que la joven había extendido contra su cuello solo habían servido para aumentar su excitación hasta resultar insoportable.

¡Maldita pécora!

—Val...

Él no la estaba mirando. Sus ojos estaban fijos en el documento que leía.

—No te soltaré.

—¡No soy una niña pequeña!

Él levantó la cabeza y apretó las muelas.

—¡Pues te comportas como una!

Alejandra tragó la cadena de malas palabras que quería gritar. Su boca se frunció en una mueca enfurruñada.

—¡Está bien! ¡Tú ganas! Diré tu dichosa frase: No debo alejarme de la maldita mansión y mucho menos salir con nadie sin la autorización y protección de mí... Oh, sí, de mí Amo y Señor. ¿Contento? Él la estudió un momento, pensativo.

¡Maldito, estaba segura que se estaría tronchando por dentro de la risa!

—Yo no dije eso exactamente, pero te lo daré por válido porque lo de Amo y Señor ha sonado muy convincente y halagador de esa boquita respondona que tienes.

Pero contradictorio a sus palabras, guardó silencio y la observó un minuto más. Un brillo iluminó sus pupilas. Entonces se inclinó, entremezcló sus alientos y recorrió sus muslos. Rígida, Alejandra se fijó en sus manos. Eran grandes, fuertes. De repente sintió un calor que le subía por dentro, coloreándole las mejillas, cuando los dedos de Valen se detuvieron a ridículos centímetros de sus bragas.

—Sé que en estos momentos te sientes frustrada y enojada conmigo, pero debes saber que las lecciones que no traen con ellas algo de dolor no valen la pena. Después de todo nadie puede ganar algo sin haber sacrificado algo a cambio.

Ella lo miró directamente a los ojos. Tragó con dificultad.

—¿Y no es acaso la misericordia una lección que se debe aprender, igual o más que un castigo?

Él sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. Le apartó de la cara un mechón de cabello con suavidad, rozándole la mejilla con los nudillos y provocándole un leve estremecimiento en la piel.

—Lamentablemente, cariño, no hay suficiente tiempo para aprenderlo todo en la vida.

Veinte minutos más tarde, Valen la contemplaba en silencio mientras se tomaba un café. Parecía relajado. Pero ella se dio cuenta que la actitud despreocupada disimulaba una fuerza imponente y una decisión inquebrantable que la preocupó más que el fuego de sus ojos de acero.

—Eres un manipulador y un mentiroso. ¡Eres tú quien debería estar atado por tramposo, no yo! Prometiste soltarme si pronunciaba tus votos sectarios. ¡Y lo hice!

—Solo hago lo que juzgo mejor para ti, cariño.

Alejandra se mordió el labio. ¡Ella no era ningún ave rapaz posada sobre el hombro de su amo! Hizo una mueca reparando en su equivocada deducción. Oh, sí, sí que lo era. Era como un halcón. Al principio se mostraría impaciente por recuperar su libertad, pero el amo lo manejaría con bondad hasta dominarlo. ¡Lo mismo que hacía Valen con ella!

Dulce Virgen Santa, si no ponía remedio la domesticaría completamente.

Suspiró.

—Val, se me están durmiendo las piernas y tengo sed y hambre.

Él la miró fijamente. Su semblante, como solía ocurrir habitualmente no mostraba emoción alguna, sino más bien indiferencia. Era como mirar hacia el fondo de un pozo lóbrego y profundo. Vacío.

—Hace quince minutos no quisiste comer nada. De hecho, me dijiste, literalmente, que podía comerme mi cena y la tuya, y que ojalá me atragantara con ellas.

—No hablaba en serio.

Alejandra cerró los ojos. Mientras tomaba profundas respiraciones su pecho oprimido subía y bajaba. Valen fijó la vista en la tela tensada de su busto. Igual de tensa que la erección que luchaba contra sus pantalones.

Descendió la mirada hasta el lugar en donde la tela celeste de sus braguitas asomaba tímidamente. Quiso rugir como un animal mientras se imaginaba deslizándose la mano a través de su gimoteante carne y a sus largos dedos moviéndose despacio en su clítoris. La torturaría con caricias hasta sentir la crema de su excitación empapándole las yemas, y más tarde, cuando sustituyera sus mañosos dedos por su pesado y grueso miembro, se deleitaría con su chillido de dolor.

Tendría que convencerla pronto de que la suya podía ser una perfecta y placentera asociación sin el sentimiento del amor de por medio, porque si ella se rehusaba a cruzar la línea que separaba la amistad del sexo, él simplemente la forzaría como el bárbaro que era.

—¿Val?

Intercambió una mirada furtiva con su amiga y algo se sacudió dentro de él. ¿Por qué? ¿Por qué tenía aquel efecto demoledor en él? ¿Cómo era posible, después de años de autocontrol, que Alejandra lo alterara a tal punto como para pensar en abusar de ella?

—¿Me soltarás? —La joven contuvo la respiración como si estuviera esperando el veredicto de un tribunal—. Por favor.

Valen pensó en cómo le gustaría escuchar aquel «por favor» estando en una cama con ella.

Algún día.

Inhaló una larga y honda bocanada de aire para despejar su mente. La sobresaltó al arrodillarse. Sin pronunciar palabra desató sus tobillos. En una lenta caricia, subió las manos por sus piernas, cuando alcanzó la cara interna de sus muslos y rozó con los dedos la prueba incriminatoria de su deseo por él, Alejandra lanzó un gemido.

—Val...

—Espera, cielo... —susurró él casi sin voz—. Espera...

Sin levantarse aún, comenzó a soltarle las muñecas. Mientras lo hacía, los labios de Alejandra rozaron el cuello masculino. Tuvo que apretar los dientes para reprimir el impulso de lamerlo y besarlo.

Excarcelada al fin, ella lo miró a los ojos. Ambos tenían el corazón acelerado y respiraban con dificultad.

Valen alzó una mano y le apartó un mechón de la cara.

— Quien procede injustamente es más desgraciado que la víctima de su injusticia.

Ella tuvo unas ganas terribles de llorar. Tragó en seco para no hacerlo. — Espero que te sientas muy desgraciado entonces, Valen Lemacks. Él se irguió en toda su estatura, la tensión perlando sus fuertes músculos. —Mejor, en vez de desgraciado, miserable.

—Pues en ese caso, espero que te sientas muy miserable entonces, Valen Cavernícola Lemacks.

De repente, Alejandra se sintió mal, avergonzada, y todas las palabras que tenía en la boca se esfumaron. Había creído atisbar en el rostro masculino por un fugaz segundo el dolor.

Sintiendo un calor incómodo en el área de su corazón, se levantó como un resorte de la silla. Mareada, él la agarró antes de que se cayera y ella aprovechó para cerrar los brazos alrededor de su cintura. Necesita sentir su calor.

—No importa que me enfade contigo, que te llame cavernícola, arrogante, prepotente, snob...

—Tienes una extraña forma de apelar a mi perdón.

—No estoy tratando de apelar a tu perdón, Val.

Él la estrechó más fuerte contra sí, con una mano posesiva en el principio de una de sus nalgas.

—¿Entonces, qué tratas de decirme?

Ella tragó saliva para deshacerse del nudo de inseguridad de su garganta. Luego, posó los labios en el pectoral izquierdo de su esposo, por encima de la ropa, y lo besó:

—Que te quiero, Val. Tal y como eres. Con tus defectos y tus sombras. Te quiero

CAPÍTULO 05

— Respóndeme a lo siguiente, Valen Controlador Lemacks —preguntó una encolerizada Alejandra, irrumpiendo en el despacho presidencial de *Lemack's Corporation*—. ¿Cuándo tenga ganas de ir al servicio, Gael también me acompañará y me bajará las bragas?

Valen hablaba por teléfono en ruso, y su perfil quedaba recortado contra la luz. Con un traje gris oscuro hecho a medida, estaba espectacular. En cuanto la vio aparecer, colgó y fijó sus ojos de brillo metálico en ella.

— El único hombre que te bajará las bragas seré yo. Ella se sonrojó intensamente. Se cruzó de brazos y alzó el mentón. —Como si yo te fuera a dejar.

Hubo un instante de silencio, luego, Valen se puso de pie y rodeó el escritorio en

grandes zancadas. La atrajo hacia él con posesividad.

Las manos grandes la acariciaban lentamente los costados del cuerpo hasta posarse en la protuberancia de sus senos, deslizando los pulgares por debajo mientras que con la rodilla se insinuaba entre las piernas de ella. La joven contuvo la respiración y no hizo movimiento alguno para impedirselo. Él siempre sería un depredador y ella la presa.

El aliento cálido le sopló la oreja cuando él se inclinó.
—Quítate las braguitas.

A Alejandra se le detuvo el corazón. Ahogó un grito cuando Valen presionó la carne de sus glúteos para atraerla más contra su cuerpo. Sintió los tensos músculos de sus brazos y la inconfundible prueba de su excitación.

— ¿Prefieres que lo haga yo? Porque eso es lo que sucederá como no comiences a bajarte las bragas en menos de un minuto. Tú decides.

Consternada, Alejandra comprobó cómo sus palabras erguían sus pezones bajo la tela de su vestido y como los muslos se le ponían tensos.

¡Nunca!

Entonces recordó la noche anterior. Sin ella poder impedirlo, él la había atado a una de las sillas de su despacho en la mansión por cerca de dos horas. Podía, incluso, haber hecho con ella lo que quisiera.

La joven se humedeció los labios repentinamente resecos. Lo observó con detenimiento, procurando aplacar sus temores, y advirtió una mirada de feroz

advertencia en sus ojos.

Supo, con seguridad, que Valen cumpliría su amenaza de un modo u otro. ¡Madre del cielo!

Totalmente abochornada y maldiciéndolo en silencio, se alzó el vestido lo menos posible y se deshizo de la lencería. Valen le arrebató de las manos la prenda.

Arqueó una ceja.

—¿Encaje negro? ¿Dónde quedó la lencería de algodón blanco? ¿O se trata, acaso, de que pretendías darme una sorpresa?

—¡Devuélvemelas! —Ella tendió la mano hacia él para que le diera la prenda, pero Valen le dedicó una media sonrisa y se la guardó en el bolsillo.

Se sentó en el borde del enorme escritorio y la empujó a sus brazos; sus manos le recorrieron los muslos por debajo de la falda. Cuando subieron y acariciaron el contorno de sus nalgas desnudas, se demoraron lo suficiente como para hacerla sentir nerviosa.

Cerró los párpados un instante y procuró no pensar en el bulto, duro como una piedra, que podía percibir cuando se pegaba demasiado al cuerpo varonil.

—Bien, ahora sé una buena chica y cuéntame si, a parte de maullar y enseñarme las uñas como una gatita, has venido a verme porque no podías soportar por más tiempo mi ausencia —Entrecerró los ojos—. ¿O se trata de qué esa mente conspiradora tuya trama algo?

Alejandra posó la mirada en el rostro masculino. Había algo en su expresión que le decía que nadie en su sano juicio osaría poner, ni quiera a prueba, la paciencia de su marido.

Pero, sin embargo, allí estaba ella. A punto de liberar a un impetuoso toro de su encierro y correr delante de él con una enorme bandera roja en el culo. ¡Y mierda! A ella ni siquiera le gustaban los *Sanfermines*.

—El señor Fisher, el papá de Tony, me habló ayer de una vacante en su empresa de jardinería. Puede que la acepte.

La joven se encogió ante la tensión que se había creado entre ellos. Enmudeció un jadeó cuando los dedos de Valen se clavaron en la piel que masajeban. La mirada de sus ojos se endureció de tal forma, que la asustó, aunque su voz era suave como la seda.

—¿Tony? ¿Desde cuándo tanta familiaridad con ese muchachito? —Él es... agradable. Un buen chico.

—Es un mocoso con un alarmante instinto suicida.

Ella jugó con su corbata, incapaz de mirarlo a la cara.

—No seas desagradable, Valen Lemacks. Tú lo has dicho. Es solo un muchacho. Por amor de Dios, tiene solo dieciocho años.

—Y tiene ojos y una polla entre las piernas.

Alejandra alzó la cabeza de repente. La incredulidad ardía en su rostro. —

Pienso que ves fantasmas donde no los hay, pero en cualquier caso, no hay nada

de lo que debas preocuparte. Confía en mí.

—Confío en ti, pero no así en los demás. —Le acunó el trasero con una mano para acercarla más hacia sí y ella se frotó violenta e involuntariamente contra su erección—. ¿Y qué disparate es ese de qué el señor Fisher te ha ofrecido un puesto en su empresa de jardinería? — Rozándole la oreja con la aspereza de su barba, le murmuró aloído—: Parece queya se te hizo costumbre contrariarme, ¿no es cierto, pequeña arpía venenosa?

—No. Yo solamente quiero colaborar con los gastos de la casa. No ser una mantenida.

Pretendía calmarle, pero sintió miedo al oírle reír.

—¿Realmente piensas qué tenemos problemas económicos?

Ella decidió emplear la diplomacia cuando contestó:

—No, pero no es justo que me aproveche de ti. De tu generosidad.

—Tú no te aprovecharías ni del peor de tus enemigos. Si de verdad pensara que me debes algo, te montaría cada noche por horas a modo de cobro.

Sonrojada por la crudeza de sus palabras, la vio debatirse mentalmente, dudar, y aquello lo molestó.

Valen apretó la mandíbula y maldijo su terquedad. Sin embargo, sentía cierta admiración, pues nunca había conocido a una mujer que lo desafiara tanto. Que lo quisiera más que a su cartera y la posición privilegiada que podía ofrecerle.

—Hagamos una cosa, ¿por qué no retomas los estudios?

El miedo y el dolor oscurecieron los hermosos ojos marrones de Alejandra. Se tambaleó, como si fuera a caer desmayada. Él la sujetó por la cintura y ella se aferró a sus anchos hombros para mantenerse en pie.

Movió los labios para responder, pero no logró articular palabra.

Jurando entre dientes, la tomó de la barbilla, obligándola a que lo mirara.

— Eh, Ale, mírame. No te estoy recriminando nada en absoluto y mucho menos me avergonzaría de ti jamás, solo quiero que cumplas tus sueños. Sé por Idaira que eras una excelente estudiante antes de que decidieras dejar el instituto.

Cuando la vio tragar saliva, presa de una gran inquietud, sus ojos grises se

quedaron fijos contemplando su boca.

Tentadora.

Sin apartar la mirada de sus labios, Valen pensó que estaría más que dispuesto a enseñarle algo más que las materias estudiantiles. Quería iniciarla en el arte de la seducción y en el placer, instruirla en cualquier ejercicio que implicara tenerla debajo o encima de él, completamente abierta de piernas.

Le acarició la mejilla.

—Yo te ayudaría con ellos, estudiaría contigo. Sería tu tutor sí eso es lo que quieres.

Alejandra deseaba dejar de temblar.

Sus años de estudiante habían sido un auténtico infierno. Nadie, que no hubiese pasado por lo mismo, podía entender la sensación de pánico que la invadía cada mañana, cuando al despertar, comprendía, que un día más sufriría el injustificable rencor de algunos; los comentarios y cuchicheos malintencionados de muchos otros y la total indiferencia del resto. Las lágrimas le quemaron detrás de los párpados. Nadie que no hubiese pasado por lo mismo podía entender la terrible sensación de regresar a casa pensando en que pondría fin a su silencioso calvario o de cuánto lloraría cada noche por no conseguirlo.

Había leído en algún sitio que no existía mejor forma de venganza que sonreír a quienes te hirieron, haciéndoles ver que, por más que lo intentaron, no lograron destruir tu vida.

Pero no era cierto.

Ella lo había hecho. Había sonreído y había tratado de superarlo, y había fracasado. Llevaba fracasando más de diez años.

—Chiquita, ¿te encuentras bien?

Cuando la voz de Valen la hizo volver en sí, vio que él la observaba. Estaba muy serio y le asustó pensar que, inconscientemente, hubiera estado llorando.

Con rapidez, pestañeó repetidamente y sorbió por la nariz. Forzó una mueca que pretendía ser una sonrisa. —Yo... yo me lo pensaré, ¿de acuerdo?

Valen la tomó de la nuca y la trajo hacia sí, aplastando su frente contra la suya.

—Esos imbéciles que no supieron ver la maravillosa mujer eres, no merecen que derrames ninguna de tus lágrimas. Y, recuerda, que después de un día nublado, el sol aparece para terminar con todas las tristezas.

Ella pensó que el único sol que lograba eclipsar sus tristezas era él.

Lo agarró con fuerza de las solapas de su traje.

—No es fácil nadar contra la corriente, Val. No es sencillo deshacerse de las

vivencias que, para bien o para mal, marcaron tu vida para siempre.

—Lo sé, chiquita, lo sé. Pero ahora me tienes a mí. Yo nunca permitiría que nadie volviera a lastimarte. Lo sabes, ¿verdad?

Alejandra asintió.

—Escucha bien lo que voy a decirte, cariño. Tarde o temprano la justicia nos alcanza a todos. Porque la vida siempre se encarga de devolvernos con creces todo aquello cuanto hemos cosechado.

Ante tan tierno gesto, Alejandra lo envolvió por la cintura con los brazos y descansó la cabeza en su hombro. Él apoyó la mejilla contra el sedoso cabello y aspiró hondamente su esencia. Sus manos la apretaron. Una en su cintura, la otra en el muslo. Su cuerpo pulsaba, duro y atormentando, su miembro vibrando, deseoso por encontrar alivio. Hijo de puta, pensó.

—Hagamos algo. Matricúlate en lo que te apetezca y estudia desde casa.

—¿Puedo hacer eso?

—Claro, pequeña, y no solo eso, podrás hacer y conseguir cualquier cosa que te propongas. No lo olvides nunca.

«*Necesito follar*», pensó Valen, sabiendo que nunca encontraría satisfacción plena en el cuerpo de otra mujer que no fuera el de su mujer.

Pero él no era un hombre fácil en el sexo. Su sexualidad era complicada de manejar. Era intensamente dominante y sometía a sus amantes de forma ruda y poco convencional.

Observó el tierno perfil de Alejandra mientras esta escribía en su escritorio. Estaba ensuegazo, sentada sobresuspiernas. Rogó para que terminara de rellenar los papeles y saliera de su despacho, tan intacta como había llegado esa mañana a la empresa.

Algo jodidamente difícil cuando su pequeño y cálido cuerpo lo estaba trastornando. Cuando sabía que debajo de aquel sencillo vestido granate no llevaba nada.

Un gemido se retorció en su pecho al pensar en tomarla.

¡No!

—¡Listo! A tiempo de regresar a casa y ayudar a Tony...—Enmudeció de repente. Valen le había dejado bien claro que su confraternidad con el jardinero lo irritaba de sobremanera y ella no quería poner al joven en un aprieto con su marido—. A Anthony.

Él la retuvo en sus piernas. Su voz profundamente masculina.

—No tan deprisa.

Ella tragó saliva. La estaba mirando con una ceja levantada y un gesto irónico

dibujado en la comisura de la boca.

Se sacó algo del bolsillo.

—Tus braguitas. Póntelas. No me gusta que andes por ahí sin ellas.

Suplicando para que sus mejillas no estuvieran ardiendo, Alejandra le quitó la prenda de la mano y se levantó de un salto.

—¡Eres un desvergonzado! —silbó, mientras se las ponía, bajo la atenta mirada masculina.

—Eres tú, chiquita, quien no lleva ropa interior, no yo.

CAPÍTULO 06

Con la mente en blanco, Alejandra caminó por los espaciosos pasillos de la empresa Lemacks, custodiada en todo momento por Gael; su recién ordenado ángel guardián. En un gesto inconsciente, apretó la mano más fuertemente a la asilla del bolso que colgaba de su hombro. Sentía el alma caer a los pies.

Volver a estudiar. Valen le había sugerido que retomara los estudios.

«*Si él supiera...* » Pensó reprimiendo el impulso de rodear sus propios brazos para intentar alcanzar su estado de confort.

Valen no sabía lo que le había dicho. Él no tenía ni idea. Sacudiendo la cabeza, observó el monitor del ascensor mientras esperaban que las puertas se abrieran. Si Valen supiera que para ella sería más fácil tirarse de una altura de 3.500 pies sin paracaídas que volver a pisar un aula, quizás, no le hubiese propuesto tal desatino.

En su cabeza se formó inesperadamente la imagen de una Alejandra adolescente. Se vio de nuevo sola, encerrada en los servicios del colegio mientras fuera sus compañeros disfrutaban de su media hora de recreo. No importaba que pasaran los años, el dolor que había experimentado al ser humillada y aislada del resto como si fuese algo dañino, permanecía allí, bajo candado en alguna secreta puerta de su interior.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó Gael con preocupación—. Se ha puesto muy pálida de repente.

Alejandra contempló al inmenso *gorila* trajeado que tenía a su lado. Vaciló un momento mientras llenaba de dulce y limpio oxígeno sus pulmones. Luego asintió e hizo una mueca que intentó ser una sonrisa.

—Estoy perfectamente, no te preocupes.

Con la expresión perdida y vacía, Alejandra volvió a llamar al ascensor casi con desesperación. Sin darse cuenta, comenzó a hiperventilar y se concentró en el centellear de los números en el monitor intentando autocontrolarse.

¡Jesús! Quería regresar cuanto antes a casa y encerrarse para que nadie leyera en sus ojos el pánico y el dolor, el miedo. Porque estando sola, nadie podía alcanzarla con palabras o gestos hirientes. Nadie podía hacerla sentir peor de lo que en el pasado ya se había sentido.

Y ella no estaba dispuesta a ser de nuevo esa muchacha patética a la que miraban con desdén y a la que nadie quería.

Nunca más.

Exhaló con alivio cuando, benditamente, las puertas del ascensor se abrieron al fin.

Alejandra abrió mucho los ojos. No podía estar viendo bien... ¿o sí?

—¿Davis?

—Señora Lemacks. Un gusto que volvamos a coincidir.

—Coincidir... —repitió Alejandra, estrechando la mirada con un agente del FBI

— . ¿Realmente se trata de un encuentro casual o se trata de qué trabaja para el señor Lemacks? —El hombre se quedó repentinamente callado, como evaluando la situación para saber hasta qué punto podría ser sincero con la mujer de su jefe—. En la isla... Estabas ahí porque Valen te contrató para vigilarme, ¿no es cierto?

—Para protegerla, señora —La corrigió él—. Cuidé de usted.

Alejandra arrugó el ceño mientras pensaba en cuál era la maldita diferencia cuando se trataba del controlador más grande del universo. Acaso quería saber cada movimiento que hacía para ¿interferir? ¿Tan inútil e insignificante la creía como para no poder tomar sus propias decisiones y salir de sus propios problemas?

Negó.

—¿Señora?

No podía pensar en ello, no era justo. Valen lo único que quería era protegerla, era leer en sus ojos que no sentía miedo, que no había problema alguno. Él nunca la había acorralado, ni había interferido en sus asuntos... Salvo cuando Davis había saltado como un lobo para defenderla de las fauces de una bestia. De Rayco Curbelo.

A Davis no le gustó nada el cambio de expresión de la mujer. Sabía que debajo de las capas dóciles de las personas, se escondían siempre los caracteres más fuertes y obstinados.

—Llámeme Alejandra —contra todo pronóstico observó una media sonrisa improvisada en los labios femeninos, lo cual le sorprendió.

—¿Disculpe?

—Ya que vas a ser, probablemente una de mis sombras, me gustaría dejar los títulos aparte —Se giró para mirar a Gael—. Eso también va para ti, Gael. A partir de ahora, soy Alejandra para los dos.

Ambos hombres asintieron y Davis se despidió de ella con un movimiento de cabeza, pues sabía que para él siempre sería la señora Lemack, igual que para Gael. Conocían a Valen Lemack lo suficiente como para saber que no podían

saltarse las formalidades o les costaría la cabeza.

Ella hizo lo mismo y luego se giró para observar

—¿Se encuentra bien, señora... Alejandra? —preguntó Gael, fijándose en el brillo perlado de la frente de la mujer—. ¿Necesita algo?

—Saber porque el ascensor demora de nuevo tanto —susurró. La charla con Davis había hecho que dos ejecutivos ocuparan su lugar en el ascensor minutos antes.

—Espere, le traeré un vaso con agua.

Alejandra se vio sola delante de la puerta de metal que se rehusaba a abrirse y a dejarla entrar. Las luces tintineantes de los pisos volvieron a descender. Alguien había ocupado de nuevo el ascensor.

Por el reflejo del acero de la caja metálica vio una melena pelirroja acercarse hacia donde estaba ella con una acompañante. Igual de bella, pero rubia.

—Estoy completamente segura que Oscar de la Renta se debe estar revolcando en su tumba al ver lo que esa mujer llama moda —murmuró la amiga de la Sirenita lo suficientemente fuerte para que ella escuchara.

—¿Es que no viste lo aburrida que resulta con esos colores de viuda y ese aspecto de colegiala? —Rió Natalia, alias la Sirenita—. Dios, *Versace* preferiría sacarse los ojos con pinzas antes de observarla de nuevo de pies a cabeza. Pero no te preocupes, querida, estoy segura que una mujercita insípida como esa, no puede y nunca podrá satisfacer a un hombre como Valen Lemack.

—Dicen que las mujeres tranquilas son unas fieras en la cama.

—¿Y tú crees que doña sosa Lemack haga algo más que el misionero, cuando ni siquiera tiene el valor para mirar a su competencia a la cara?

Alejandra tragó saliva mientras las arcadas se intensificaban y su estómago daba una vuelta más, anunciándole que pronto se vaciaría. Su cuerpo comenzó a temblar mientras escuchaba a las mujeres, y el deseo de correr hacia las oficinas de Valen para refugiarse entre sus brazos brotó como un manantial en su pensamiento. Cerró los ojos momentáneamente para respirar lo más hondo que le permitieran sus pulmones.

Su cuerpo temblaba, pero esta vez no era de pánico, aunque aquellas palabras habían calado muy profundo en su mente. Gael llegó pronto con un vaso con agua que le entregó.

—Señora Alejandra —murmuró agarrándola de un brazo—. ¿Quiere sentarse? ¿Llamo al señor Lemack inmediatamente?

Ella negó rotundamente.

—Gracias Gael, pero no, el ascensor esta por subir. Solo estoy un poco

cansada.

Bebió del contenido del vaso y luego se lo devolvió. Alejandra pensó en dejar pasar el momento tal y como si no hubiera sucedido, pero su estómago seguía dando vueltas y el bichito de la valentía la hacía encontrar el camino en medio del estupor.

Inhaló con fuerza mientras escuchaba la voz de Valen en su mente:

«La mejor defensa, chiquita, es golpear primero...»

Se lo había dicho en alguna de sus tertulias nocturnas y ahora entendía que solo la estaba preparando para momentos como esos.

Pese al dolor que las palabras malintencionadas causaban a su debilitada autoestima, no dejaría que esas dos víboras ponzoñosas ganaran, así que se giró hacia ellas y caminó algunos pasos bajo el atento cuidado de Gael.

—Siento interrumpir su insana conversación —dijo Alejandra observando a las dos mujeres con dulzura. La Sirenita podrida la miró con el porte de una reina. Altiva, altanera y pretenciosa, mientras la otra mujer tenía una actitud más de adolescente atrapada—, pero el próximo curso al que mi marido las inscribirá a ambas, será a uno de clase y elegancia. Veremos allí —dijo levantando un dedo a la altura de sus ojos con lo que esperaba fuera seguridad— si la mona que se viste de seda también aprende modales.

El timbre del ascensor nunca fue más oportuno que en ese momento. Gael sonrió de lado al ver las expresiones ofendidas de las mujeres mientras su señora caminaba hacia él derecha y con la vista en alto.

CAPÍTULO 07

En el invernadero, a gatas, Alejandra llevaba más de un cuarto de hora tratando de arrancar de unos tiestos unos crecientes rosales que plantaría más tarde en una amplia jardinera al lado de la puerta. Las lágrimas surcaban por sus mejillas y la pequeña pala de lámina rectangular con la que recortaba la tierra alrededor del cepellón de las flores empezaba a difuminarse ante sus ojos.

¡Condenada inepta!

Extraer una flor sin causarle el más mínimo daño en el proceso, algo que había hecho millones de ocasiones con destreza, nunca antes le había resultado una tarea tan difícil.

Pero maldita fuera, si su torpeza no tenía rostro y nombre de mujer. Las palabras escuchadas ese mediodía en *Lemack's Corporation* le martilleaban la cabeza y le arrebataban el aire de los pulmones. Que Dios se compadeciera de ella, porque en esos momentos estaba más convencida que nunca, que jamás lograría deshacerse de las viejas heridas. De las murmuraciones y risas que dolían

más que cualquier golpe físico.

Jadeó, dando un respingo cuando de repente descubrió frente a ella unos caros zapatos. Casi a ciegas, ascendió la mirada por largas piernas enfundadas en un fino pantalón gris. Siguió por el torso únicamente cubierto por una camisa de vestir immaculada. Sus pulsaciones incrementaron cuando alcanzó la porción de piel que los primeros botones desabrochados permitían ver o cuando llegó a la cuadrada mandíbula, sombreada por una incipiente barba.

«Valen.» Tragó en seco.

No debería estar ahí. Solía llegar a casa al atardecer y era media tarde... Pestañeando contempló más allá del vergel y flores que los invadían, como la oscuridad comenzaba a dibujarse a través de la cúpula geodésica del invernadero.

¿Anochecía? ¿Cuántas horas llevaba allí, absorta en el trabajo y en sus traumas? Hizo un mohín. ¡Bien, ahora ni siquiera sabía calcular las horas! Se quitó los guantes y limpió las manos en las mallas negras. La camiseta blanca

estaba hecha jirones en algunas partes y sus converse blanquinegras

parecían ser lo único medianamente decente de su atuendo. Se mordió un labio con fuerza, luchando para no sollozar. Su aspecto debía ser horrible.

¡Otro *Touchdown* para su mermada autoestima ese día!

A ese ritmo, antes de la medianoche, no solo ganaría el partido de los deprimentes, sino el campeonato nacional.

Con disimulo se enjuagó cualquier rastro de lágrimas. Se puso lentamente de pie, dejando caer la pala.

—Se me ha ido el santo al cielo y no me di cuenta de lo tarde que era.

Valen recogió la pala del suelo y la mantuvo apretada en una de sus manos con una de las suyas.

—Homero dijo una vez que ni el hombre más bravo puede luchar más allá de lo que le permiten sus fuerzas. Ahora imagínate si ese hombre bravo es inesperadamente sorprendido y atacado por un enemigo armado. Sin nada con lo que defenderse, probablemente morirá. La vida es maravillosa si no se le tiene miedo, pero en tu caso, Alejandra, estaría dichoso de que le temieras.

Él estudió atentamente su afligida expresión. Había estado llorando. Sus llamativos ojos estaban enrojecidos y sus largas pestañas y mejillas húmedas. El cuerpo entero de Valen se puso rígido. Sentía que se hundía en un remolino negro al imaginarse los monstruos del pasado que debían estar atormentando a su pequeña. Él también tenía los suyos y conocía al dedillo como actuaban. Aquellos hijos de perra aguardaban bajo la superficie, listos para devorar a su víctima a la menor oportunidad.

Los dedos de Valen abrieron un camino a lo largo de su cuello, como si se propusiera hacerla entender la importancia de su promesa:

—Cualquier cosa que quieras, te lo juro Alejandra, la tendrás. Pero tienes que contarme que te ocurre. Sincerarte conmigo.

Los ojos de la joven se anegaron de lágrimas al escucharlo.

La asió fuertemente del antebrazo para acogerla en sus brazos.

—Chiquita, no. —Valen sentía algo romperse en su pecho—. No llores.

Hubo un momento de silencio. Fuera, se escuchaba el canto de los grillos, de la brisa que agitaba a los árboles...

Sintió que Valen liberaba su cabello del recogido y deslizaba los dedos por sus largos mechones. Después, su boca le rozó una mejilla.

—Un día irrumpiste en mi solitaria existencia bella e incomprendida, y yo te acepté con esa mirada perdida.

—¿Por qué?

Con la otra mano le rozó la barbilla, acariciando la sedosa piel.

—Porque la tristeza es el único sentimiento que todo el mundo tiene en común y conoce. Porque cuando te veo apagada haces que algo duela en mi pecho. Si duele es buena señal.

Un espasmo de emoción lo sacudió y ella sintió que sus dedos temblaban. La contempló por largo tiempo a los ojos.

Trató de no mirarlo, pero le alzó más la barbilla, obligándola a someterse a esa inspección insistente.

—Puede que no esté seguro de muchas cosas en mi vida, cariño, pero tú no eres una de ellas.

Ansiado creer que despertaba su amor, a pesar de que un dolor agudo que se le clavaba en las costillas le decía que se engañaba a sí misma, unió las manos en su nuca, se puso de puntillas y lo besó en la comisura de los labios. Él ladeó el rostro y sus bocas se unieron. Sintió la suavidad de sus labios encima de los suyos que temblaban.

—¿Te han besado alguna vez?

Ella negó tímidamente.

La sangre italiana de Valen, tan maldita como la de su padre, despertó en ese momento. «Mía». Generaciones de machos alfa habían anhelado a lo largo de los siglos encontrar a alguien como Alejandra. Torció el gesto con sarcasmo. Sonaba irónico que alguien, justamente como él, obtuviera tan preciado regalo y no otros.

La lamió de forma seductora, juguetona.

—Dicen que lo bueno de los años es que curan las heridas, y lo malo de los besos es que crean adicción. Así que si te beso ahora, no habrá vuelta atrás. Si te beso ahora, como pretendo hacerlo, te besaré cuando quiera, como quiera y dónde quiera. —La instó a dejarlo entrar. Ella gimió entreabriendo la boca y Valen aprovechó para hacer fuerza con la lengua y abrirla, deslizándola adentro hasta encontrar la suya.

«Un beso de Valen. Su primer y único beso de verdad.» Alejandra suspiró dulcemente y sus ojos se cerraron.

Valen profundizó el beso y la aplastó más contra su cuerpo. Sus cuerpos se tocaron, cintura contracintura, y ella sintió la fuerza del miembro contra su vientre. Exclamó, suave y entrecortadamente.

El deseo aumentó y él empezó a buscarla con hambre incontrolable. Metió las manos por debajo de la camisa, masajeándole la carne acalorada.

—Val... —jadeó, sofocada.

Con un gruñido, Valen zancadilleó a la joven y la tumbó en el suelo,

procurando no dañarla. Alejandra contempló a Valen y la respiración le oprimió la garganta por la intensidad con que él le devolvía la mirada.

—No puedes hacerte ni la más mínima idea de cuantas veces he soñado con acariciar el momento de la entrega total —confesó, al tiempo que una mano comenzaba a deslizarle las mallas por los muslos hasta las rodillas.

Alejandra le había puesto una mano encima de la suya, tratando de apartarlo, pero fue inútil.

—No... —Su yo interior le decía que se rindiera, porque lo deseaba tanto como él a ella.

—Sí, maldita sea, sí. Soy tu esposo y tú mi mujer. Puedes luchar contra esto todo lo que quieras, pero no ganarás.

Acalló sus protestas besándola de nuevo. Ella se retorció contra su boca cuando él le abrió las piernas, pasando una mano afiebrada por esas formas temblorosas. Se las arregló para subirle la camisa y le sacó por encima de las copas del sujetador los senos.

Valen se apartó y se quedó absorto contemplando sus rosados pezones. Le rozó las puntas erectas con los pulgares.

—Dime que estas dos preciosidades son mías.

Al no obtener respuesta, tiró de los dos pequeños botones oscuros, luego, ahuecó y masajeó los llenos montículos mientras ella gemía y sentía cómo se estremecía por el placer de su contacto.

—Dilo, Alejandra. Dime que tus pechos, tu boca y tu coño virgen me pertenecen. Que toda tú eres mía.

Ella observó su mirada fiera, el sudor que comenzaba a perlar su piel y los músculos rígidos y tensos de su cara. Se sentía atrapada entre el suelo y el cuerpo caliente de su amigo. Tuvo que hacer un esfuerzo para no pensar en las cientos de alas que parecían desplegarse y agitarse en su interior.

Pero, entonces, su mente le mostró una serie de imágenes, llenándola de miedo y ansiedad.

Valen se iría, la abandonaría. Como todos.

Pensar en qué él no la quisiera, la atormentaba con una persistencia casi enfermiza, pero pensar en su marcha, en no volver a verlo jamás, era aterrador y muy doloroso.

Cerró los párpados y esperó.

Tenía que dejarlo actuar. ¡Virgen santa! Le entregaría no solo su cuerpo, sino también su mente, alma y corazón si con ello conseguía que permaneciera a su lado por siempre.

—Vuelve conmigo, chiquita. —Valen empezó a besarle el cuello y dibujó un sendero de la mandíbula hacia sus senos. Alejandra abrió los ojos e inhaló temblorosa—. Deja de luchar. Tu cuerpo dice sí, aun cuando tu mente combate contra tu inclinación. Has permanecido alejada del sexo y de la lujuria de cualquier malnacido hasta ahora, pero yo no soy cualquier hombre. Yo soy tu mejor amigo, tu esposo, y creo que tengo el derecho de ser el hombre que te inicie y se encargue de enseñarte a dar y recibir placer.

—No puedo imaginarme en los brazos de nadie más que no seas tú, Val. No podría.

Él se separó y la miró directamente, serio.

—Bien, veo que nos vamos entendiendo y que pensamos justamente lo mismo.

La joven asintió.

Sólo estaba preparada a medias cuando, de repente, la mano masculina que hasta entonces se había conformado con acariciar inocentemente sus muslos, se instalaba en su sexo. Su primera reacción fue luchar por apartarlo y cerrar las piernas.

Una sonrisa sin sentido del humor curvó los labios de Valen.

—¿Me prohíbes tocar lo que acabas de jurar que solo me entregarías a mí? — Él la examinó despacio y se detuvo en las dos generosas montañas que tenía por senos. Se abrió la camisa—. Pégate a mí, vamos, pequeña. Quiero sentir tu pecho moldeándose contra el mío, y las puntas de tus pezones agujerándome la piel.

Cegada, ella hizo lo que le pedía y él aprovechó para reclamar nuevamente su boca. El beso dolió; esa era la intención. Ella sentía la rabia en él.

Instintivamente, sus caderas se mecieron contra el tallo duro y grueso que parecía poner en un serio aprieto la cremallera del pantalón del hombre. No podía evitarlo. La intimidante masculinidad de Valen la hacía muy consciente de su propia feminidad, de la necesidad de sentirlo empujando dentro de ella.

Un gemido estrangulado salió de su garganta cuando los largos dedos masculinos se movieron por su clítoris. Aunque forcejeaba, ella arqueaba el cuerpo debajo de él mientras la estimulaba con destreza. Pronto notó como la espesa crema de sus jugos internos la empapaba. En el instante que uno de aquellos hábiles demonios luchó por internarse profundamente dentro de su vagina, no pudo detener el gritito de sorpresa e incomodidad.

El sudor goteó la frente de Valen y bajó por su espalda. La vagina de Alejandra, tan asombrosamente estrecha, estrangulaba su dedo convulsivamente. Su polla se sacudió, derramando una pequeña gota cuando

pensó en lo difícil que le resultaría acoger cada centímetro de su dura y enorme carne en su ceñido canal.

Que Dios lo ayudase, porque la idea de hacerla gritar y llorar, no solo de placer, era demasiado tentadora.

Se quedó rígido como una vara cuando rozó la barrera de su virginidad.

Cuando una visión surgió en su mente, de manera casi lunática, examinó a la mujer, pero sus ojos eran negros y lloroso. Paseó la mirada hacia la cintura y más abajo.

«La sangre manchaba sus muslos trigueños y torneados.»

En la zona del jardín más escondida y a la luz de la luna, Valen despertó escupiendo su propia sangre. Luchó por levantarse, pero no pudo. A duras penas lograba mantenerse consciente.

Escuchó unos sollozos y pestañeó para aclarar su visión desenfocada. ¡No!

No lo había conseguido. No había podido evitar el infeliz desenlace. Se sintió mareado, con las náuseas apretándole las entrañas. A no mucha distancia de él, descubrió los muslos desnudos y abiertos de la chica bajo el velludo trasero de su padre.

Aunque apenas contaba con doce años edad supo inmediatamente lo que allí estaba sucediendo. Su padre, un maniático que hablaba en nombre de Dios, abusaba de la muchacha de servicio. La joven, que no tenía más de dieciocho años de edad, llevaba menos de un mes trabajando en la mansión y hasta ese entonces, había sido la criatura más pura e inocente que él jamás hubiera conocido.

«Hasta esta noche», repitió Valen, apretando los puños con rabia mientras observaba con impotencia y repulsión la sangre que manchaba los muslos de la chica cuando Marzio se incorporó, arreglándose la ropa.

—Deja de lloriquear, zorra. El que yo fuera el primero es un honor que deberías comenzar agradecer —escupió su padre a la joven que yacía rota en el césped en un mar de lágrimas.

En la mente de Valen se entremezclaban las visiones del pasado con el presente. Era Alejandra quién sollozaba y permanecía inmovilizada por un cuerpo que la duplicaba en tamaño. Era ella a quien sometían y desgarraban algo más que la membrana de una virgo.

Apretando los dientes; contempló a la mujer semidesnuda que tenía debajo de él. La visión era maravillosa. Tenía los párpados cerrados, las largas pestañas húmedas y la piel encendida. Sus bellos e hinchados labios tenían un

bermellón tan profundo que parecerían morados. Frunció el ceño al reparar en las marcas que presentaba Alejandra en los pezones y en el cuello.

Como si se tratase de la más fina porcelana, las recorrió con las yemas. Eran marcas notorias.

«Demasiado», se dijo.

Las huellas de sus mordiscos y de sus caricias desatentas lo inundaron de cólera. Pero también de excitación.

Y ese era justamente el gran jodido problema.

No concebía el sexo sin una buena dosis de dolor. Pero mientras a lo largo de los años había aprendido a contralar ese instinto primitivo, con Alejandra sentía que estaba lejos de conseguirlo.

Tragando la bilis de su garganta, sacó los dedos de la pequeña y palpitante entrada femenina. Aún podía ver la pesadilla en su mente. Un edén del terror. El dolor, la rabia y la risotada de un loco. ¡Por Cristo que lo vería por el resto de sus días!

—Nadie debería crecer tan rápido. —dijo con voz ronca mientras se levanta y le daba la espalda—. La inocencia es una virtud que no debería serle arrebatada a nadie. Nunca.

Se abotonó la camisa, luchando contra el latigazo de los recuerdos que eran tan brutales como la fusta o el cinturón que solía usar su padre contra sus jóvenes miembros. Detrás de él pudo oír a Alejandra arreglarse la ropa. Aunque no lloraba de forma audible, sabía que lo estaba haciendo.

Valen murmuró algo tan bajo que ella no pudo descifrarlo, pero se parecía bastante a estar cabreado. Cuando finalmente se giró y la enfrentó, él le dirigió una oscura mirada.

—Largo. Vete de aquí mientras puedas. Tomaste la decisión de reservarte en un mundo corrompido por la lujuria y por lo fácil. Y, maldita sea, si no estoy a un suspiro de estropearlo todo y follarte hasta que no puedas moverte en una semana.

—Val...

Él le lanzó una mirada fría, severa.

—¿Acaso es eso lo que deseas en tu primera vez, por lo que has esperado tanto, Alejandra?

Un brillo de lágrimas afloró en los grandes ojos marrones.

La boca de Valen se torció con un gesto de amargura y de pena. Cabrón.

—Vete —murmuró—. Hazlo antes de que sea demasiado tarde y lo lamentamos los dos.

Visiblemente afectada, ella se llevó una mano a la boca y retrocedió. Solo unos segundos más después corría hacia la salida del invernadero.

Valen aspiró con fuerza y profundamente antes de golpear con ira un tiesto. ¡Hijo de puta! La vasija de barro se agrietó y terminó rota en el piso. Igual de rota que él.

CAPÍTULO 08

Una semana más tarde, tras su desafortunado último encuentro en el invernadero y con un ausentado Valen, Alejandra volvía a respirar con alivio al comprobar que las cosas entre ellos parecían haber vuelto a la normalidad.

En el fondo, eran muy parecidos. Preferían fingir que nada había ocurrido antes que enfrentarse a sus sentimientos y asumir que algo había cambiado para siempre.

—Siguiente pregunta, Val — le dijo Alejandra con entusiasmo mientras pinchaba con el tenedor un poco de fruta para llevársela a la boca. Adoraba desayunar con Valen. Eso la hacía muy feliz.

—Te veo muy animada esta mañana —Valen no sonreía, pero tenía una expresión divertida en su rostro. Bebió un poco del café negro y observó el listado de preguntas—. Veamos, atenta.

—Sí, sí...

—¿Cuál es la tercera parte de la mitad de la tangente del radio de un cubo invertido?

—¡Valen! —rió Alejandra y le apuntó con el tenedor—. ¡Eso no me tomarán en el examen!

—De acuerdo, pero si quisieras ser física de la NASA lo tendrías que aprender —Valen se robó un emparedado del plato de Alejandra y le dio una gran mordida—. ¿Quién descubrió América?

—Américo Vespucio.

—Correcto. *Who is the biggest genocide in the history?* —preguntó usando el inglés para que Alejandra se fuera fogueando en el uso de la lengua británica.

—Mmm... — Alejandra quería tener la capacidad de Valen para cambiar de un idioma a otro como si fuera un interruptor de luz. Pensó un momento en la pregunta y en la respuesta—. *I think there are much, but I will say Adolf Hitler.*

—*Many. I think there are many...* —Ella asintió paseando sus curiosos ojos de izquierda a derecha.

—De acuerdo —Sonrió dándole un pequeño mordisco al emparedado.

—¿Si combinas rojo y verde el color que obtienes es un color primario?

—No

—Bien. Ya que hablamos de colores. ¿De qué color es la lencería que llevas

bajo el vestido?

Valen observó que Alejandra pensó la pregunta y luego sus mejillas se encendieron de un potente bermellón.

—¡Valen Lemacks!

—Aguafiestas —Valen levantó la mirada—. Haz progresado mucho en solo una semana.

—Me alegro que lo consideres así.

—He visto todos tus esfuerzos —Valen se llevó un bocado de la fruta picada a la boca. Alejandra lo observó y siguió el movimiento de su boca—. Y creo que deberías tomarte un día de descanso. Por ejemplo, hoy.

La sonrisa de Alejandra comenzó a marchitarse.

—Eso sería una gran idea, pero tú trabajarás y yo, estoy aquí en casa, dejándome las pestañas en los libros.

—Es cierto.

Alejandra lo observó masticar y no pudo evitar recordar lo increíble que había sido besarlo. Aún podía sentir las succiones y lamidas en sus pezones, la áspera barba sobre sus pechos o como sus caderas se apretaban contra las de ella. Nunca olvidaría la extraña y excitante sensación de sus largos dedos dentro de ella o como su duro y abultado miembro parecía querer perforarla a través las capas de tela que los separaba.

Valen le devolvió la mirada mientras ella intentaba controlar sus alborotados sentidos y componer una apariencia tranquila.

—Hace tiempo que no te oigo hablar de tu loca cuñada. ¿Os mantenéis en contacto?

Ale asintió, pero una nube gris pasó por su iris.

—A veces... Últimamente no hemos hablado demasiado.

—Debe pensar que estarás muy ocupada —A la joven le llevó unos segundos comprender la connotación sexual que tenía aquello.

—¡Valen! —Se quejó ella, pero lo que iba agregar no progresó, porque Bianca apareció por la terraza dónde estaban desayunando.

—Bianca por favor, trae los *croissant*.

—Sí, señor.

Valen se levantó de la silla y caminó un poco hacia baranda de la terraza. Las vistas al jardín eran magníficas.

—Ven y mira esto, Alejandra.

—¿Qué? —preguntó ella acercándose. Valen aprovechó para colocar la palma de su mano sobre su cadera. Alejandra siguió la vista de su amigo, pero no

logró distinguir nada insólito—. Val, no veo nada...

—Oh, creía haber visto... Nada, olvídalo. ¿Ale, cuánto extrañas a tu cuñada?

—Muchís...

Cuando Alejandra se giró para observar a Valen y a quien encontró sentada en una de las sillas de la mesa del desayuno fue a Idaira.

—¡Ida! —La mirada de la muchacha se iluminó bajo el significativo oteo de Valen. Corrió hacia la mujer que se levantó y la abrazó.

—Oh, cuñis. ¡Te he extrañado!

—Y yo, Ida, y yo... Pero, cómo... Cuándo...

—El bombón tiene mucho que ver con esta sorpresa —sonrió Idaira. —¿Val?

—Sí, invité a tu cuñada a pasar unos días con nosotros. Sabía que la extrañabas —le explicó.

—¡Gracias, Val!

Alejandra corrió, y se lanzó sobre él, abrazándolo y colgándose de su cuello. ¡Estaba feliz! Valen rodeó la cintura de la mujer que tenía el peso de una pluma.

—De nada, cariño.

—Ya, cuñis —le dijo Idaira jalando de ella—. Deja a tu marido tranquilo, que seguro que te tiene a trabajos forzados desde que se casaron.

Los tres volvieron a sentarse alrededor de la mesa y mientras Ida y Alejandra conversaban, Valen decidió que lo mejor era tomarse tranquilo lo que le quedaba del café.

—¡Es cierto, casi lo olvido! ¡Os he traído regalos!

—No te hubieras molestado, Idaira —le dijo Valen, mientras la mujer le ignoraba y entraba en busca de los presentes. El hombre frunció el ceño, de lo que sea que estaba buscando.

—Este es especial para mi querida cuñadita —le dijo sacando una caja roja con un moño platinado muy mal envuelto—. No me tengas en cuenta el envoltorio, Ale, no soy dada a las manualidades —Alejandra sonrió y cogió el paquete—. Y este es para mí celópata favorito.

Valen tuvo temor de abrir el paquete, pero logró guardar las apariencias. No entendía cómo, pero Idaira, la cuñada de su esposa, le ponía los pelos de punta con tanta cháchara sin sentido.

—Gracias.

Alejandra se apresuró a abrir el regalo. Ella lo vio, pero no quiso mostrarlo y Valen comprendió que Idaira había hecho de las suyas una vez más.

—Muéstrame —exigió él.

—Nno... —Le encantaba cuando Alejandra perdía la palidez natural de su piel para hacerle competencia a los semáforos en señal de alto.

—Ay, cuñis, pero muéstrale —metió su cuchara Ida—. A él también le va a encantar.

Ruborizándose aún más si era posible, sacó un atrevido conjunto de lencería en completa transparencia de color piel. Alejandra supo que nunca se pondría aquella prenda que la haría sentirse como si estuviera totalmente desnuda.

—¡No me lo agradezcas, bombón!

La mujer observó la atenta y ardiente mirada de Valen. Sus ojos grises eran lujuria líquida que aún en la distancia la tocaban y la hacían vibrar.

—¡Esto no es decente, Ida!

—Nadie dijo que tenías que serlo con tu esposo.

Ella bufó.

Valen encontraba muy entretenida la situación. Cogió su propio obsequio y lo abrió. Lo primero que encontró fue un control. Observó a Idaira y ella le guiñó un ojo.

—Siempre quise comprarme uno de esos. Gracias.

Su curiosa mujercita levantó la cabeza para ver el interior de la caja y no vio nada más que un reloj y un tipo control de auto.

—¿Qué es? —preguntó frunciendo el ceño.

—Es un rastreador —explicó Valen con calma, aun cuando la joven abrió los ojos descomunalmente y la mandíbula se le cayó—. Este reloj va en tu muñeca, la ajusto con un código interno que sincronizo con este pequeño, pero útil control... —El rostro de Alejandra iba cambiando de la incertidumbre al pánico—. Cada vez que te alejes de un perímetro que yo configuraré, este aparatito sonará.

Idaira no podía más de la risa al ver a su cuñada completamente escandalizada con el dichoso artefacto. ¡Valen Lemacks tenía sentido del humor!

—¿Es... —Ida no pudo más y soltó la carcajada tan potente que Valen pensó que tendría que cambiar los vitrales por un material anti-sonoro—. ¡Oh, Valen Lemacks, eres horrible!

—Y tú muy crédula, cariño —dijo él jalándola de la barbilla para dejarle caer un corto beso que convenciera a la esposa del hermano de su esposa que el suyo era un matrimonio de verdad.

—¡Siempre lo dije, se ven tan adorables juntos! —canturreó Ida—. Y es por eso, tortolitos, que les he traído otro regalo —La mujer dejó sobre la mesa una gran caja de condones de colores y sabores. Alejandra quiso morirse en ese

momento—. Este es un desafío. Si acabáis la caja de preservativos antes de una semana, obtendréis un premio aún mucho mayor.

—No quiero preguntar —murmuró Alejandra, repentinamente cohibida ante la desfachatez de la mujer que consideraba su hermana.

—El premio, y si usan bien este artefacto, será el gozar de una semana increíble de sexo y no tener una boca más a los nueve meses. ¿Qué te parece, Valen?

El hombre, que gustaba mucho de meterse con su mejor y única amiga en sus ratos libres, se volvió hacia ella y le dijo:

—¿Será que la idea es que practiques cómo ponerlos, cariño?

—¿Practicar? —preguntó Idaira—. Y yo que pensaba que a estas alturas del partido sería toda una experta. ¿Qué tipo de marido eres, bombón, que no ilustras a tu audaz esposita?

—¡Ida, por favor! —gritoneó Alejandra para que la mujer se callara.

—Soy del tipo de marido que invierte su tiempo enseñando a mi mujer cosas mejores que esas, Idaira —Le dijo Valen dirigiendo su mirada de acero penetrante hacia la mujer. —Ufff... —dijo la aludida abanicándose con la mano— Eso deja mucho a la imaginación, ¿no crees, cuñis?

Alejandra observó ceñuda a Valen, pero él le guiñó un ojo.

—Los señores: Bennett y Nichols han llegado, señor.

—Gracias, Bianca. En un momento me reuniré con ellos en el estudio. —Sí, señor.

—Me encantaría quedarme, pero el deber me llama —Se levantó y antes de irse las observó—. Diviértanse.

Alejandra sonrió

CAPÍTULO 09

— Las damas primero —dijo Valen sosteniendo la puerta de la limusina para que tanto Alejandra como Idaira pudieran entrar y ponerse cómodas.

Esa mañana en particular parecían bastante alegres con la idea de pasear juntas por la ciudad y muy secretamente Valen sabía que la cuñada de su esposa estaba más que contenta con poder gastar dinero de su cuenta corriente. Claro, a Alejandra no le había hecho mucha gracia cuando, durante el desayuno, le había dado la tarjeta de crédito y le había dicho lo que quería que comprara con ella. Sabía que su querida esposa odiaba ir de compras con la misma intensidad con la que a Idaira se le iluminaban los ojos por una *platinum*.

—¿Estás seguro bombón que no quieres que compremos nada más? —preguntó inocentemente Idaira una vez estuvieron los tres dentro de la limusina. El lujoso vehículo blindado podía resistir, incluso, un ataque con misiles.

—Val, no es necesario que...

—No, no y no... —interrumpió la otra mujer—. Es necesario que compremos cosas para ese dichoso evento al que tienes que acompañar a tu maridito. ¡Por la santa brillantina de los ochenta! Ahora eres la esposa de Valen “bombón” Lemacks, tienes que ir acorde a tu nueva posición. Además, nunca me había subido antes a un auto como este. ¡Qué elegante!

Alejandra negó con vehemencia ante la clara demencia senil de su cuñada y se volvió hacia Valen que aparentaba no prestar demasiada importancia al soliloquio de la bulliciosa mujer que jugaba con los controles de las lunas polarizadas.

—¿Estarás ocupado todo el día? —preguntó ella en un aliento.

—¿Eso es una invitación, preciosa? —preguntó llevando un mano hacia el rostro de la mujer y acariciando sus suaves y pálidas mejillas—. Porque si es así, estoy dispuesto a cambiar mi horario entero por ti.

Alejandra se ruborizó ante la ardiente mirada que Valen posó en sus labios. Ella no pudo evitar humedecérselos y el hombre sintió el segundo agujonazo de deseo de la mañana.

—¡No, no, no, y de nuevo no! —dijo Idaira interrumpiendo—. Podrás cambiar lo que quieras, bombón, pero yo no estoy dispuesta a compartir a mi cuñis, por

muy bueno que estés. No. ¡La tienes para tus perversos planes y llenarla de bebés el resto de tus días!

—¡Oh, Idaira! —se quejó Alejandra abrumada por la boca floja de su cuñada. —¿Acaso no es cierto? —bufó la mujer cruzándose de brazos—. Seguro que las noches les cunden mucho. ¡Jesús, ya me los puedo imaginar! Cuñis, acabarás impedida de cintura para abajo si no paran un poco. Además, el látex no es eterno y puede causar irritación.

—No te preocupes, Idaira, tus preservativos agujereados están a buen recaudo. Alejandra y yo preferimos la ausencia de barreras entre nosotros. — Oh... — Alejandra observó cómo su cuñada se sonrojaba ligeramente por las palabras de su marido y comenzó a buscarle un significado más allá del evidente—. De todas maneras, bombón, hoy Ale es mía, así que nada de arrastrar a tu mujer de nuevo a la horizontal.

Valen soltó un pequeña risita complaciente y Alejandra supo que su cuñada había perdido de nuevo la partida.

—No hay problema, Idaira, no necesito *la horizontal*. Digamos que soy adaptable.

Su hermana política, que le siguió el juego, soltó una carcajada tan fuerte que Alejandra pensó que se iba a atragantar.

—¡Es bueno saberlo! —Rió—. Con ese régimen alimenticio, pronto tendremos pequeños Lemacks correteando por la casa. ¡Qué bonitos serán!

Alejandra se volvió para observar a su cuñada parlotear mientras pensaba en que si ellos fueran un matrimonio de verdad cabría la posibilidad de que en un futuro no muy lejano, ella pudiera sentir crecer dentro suyo un hijo de Valen. ¿Qué se sentiría? No sería cualquier bebé, sino el hijo del hombre que más admiraba y adoraba del mundo. ¿Sería niño? ¿O, tal vez, una niña? ¿Tendría los ojos de su padre o su enfermiza palidez? Sin quererlo sonrió.

—Es que es cierto, y no me mires de esa manera cuñis, porque ambos son muy bellos juntos y los niños tendrían que salir completamente encantadores, para comérselos.

—Idaira —La cortó Valen, tajante—, creo que te estás adelantando demasiado a los hechos. No hemos pensado en ser padres.

Un bebé.

Un hijo o hija. Una mitad de Alejandra y de él.

Valen sacudió la cabeza mentalmente intentando alejar de un solo golpe aquel pensamiento. Bajo ningún concepto él permitiría que alguien dañara a su pequeña de esa manera. Su bestia interna se removió recordándole que él

había sido el responsable de la muerte de su madre. Si él no hubiera nacido, su madre seguiría viva, por lo que no iba a condenar a Alejandra a algo así. Su semilla era lo suficientemente nociva para marchitar la más fuerte de las flores del jardín. Y no iba a poner a su dulce mujer a tiro.

—¡Tonterías! Imaginaros esa gran casa que tenéis llena de risas y travesuras. Parecería un hogar y no solo un museo viviente.

Una niña. Tendría que ser una niña con los ojos de su madre. Una delicada y perfecta rosa blanca en medio de un matorral. Una niña que les perteneciera a ambos, pero que no... Valen cabeceó.

¿En qué mierdas estaba pensando?

No habría hijos. Nunca.

—Eso tendremos que verlo con el tiempo... —¡Pero es que quiero sobrinos!

—Dicen por ahí que el sentimiento es más gratificante cuando eres la madre y no la tía, Idaira —continuó Valen duramente, llamando la atención de ambas mujeres.

—Eso es lógico, bombón aguafiestas, pero, pronto mi bebé necesitará un primito con quién jugar.

—¿Ida? —preguntó Alejandra anonadada mientras la mujer se llevaba una mano al vientre y le indicaba con los dedos el número dos.

—¿Dos meses? —preguntó el hombre, como si no pudiese creer que alguien como esa alocada mujer fuera a ser madre. Idaira asintió—. Bueno, supongo que enhorabuena.

—Gracias, mi entusiasmado bombón, pero parece que mi muñeca se ha quedado pasmada. ¿Alejandra?

La aludida sacudió la cabeza, y la observó con una luz muy dulce en los ojos.

—¡Oh, Ida, es una maravillosa noticia! ¡Muchísimas felicidades! ¿Pero cómo? ¿Cuándo... ? —Alejandra cayó en lo absurdo de sus preguntas—. No, no me refiero a eso. Sino a cómo lo tomó mi hermano.

—Está contentísimo con la idea de ser papá.

—Qué bueno.

—Pero compartida mi dicha, no nos desviemos del tema inicial. Hoy compraremos algo muy bonito para ti, cuñis —dijo Ida—. Y para ti también, bombón.

—Mi encantadora mujercita se ve hermosa con cualquier ropa, Idaira, pero la prefiero en su traje de Eva.

Alejandra soltó una risita angustiada, mientras su cuñada volvía a retomar el ritmo de la conversación.

—Desnuda y dispuesta —Rió.

—Totalmente. —asintió Valen. Le gustaba jugar con la vergüenza de su amiga —. Soy un hombre con sanos apetitos, cariño, es normal.

—¡Val!

Idaira rió.

—¡Alejandra te ruborizas aún como una virgen! Parece que necesitas más instrucción.

—Estamos en el plan de siete días para la perfección. Ya sabes, como esos pasos de autoayuda.

—¡Valen Lemacks! —dijo Alejandra simulando estar enfadada por el ritmo de la conversación.

—Señor, hemos llegado a las oficinas —dijo el conductor interrumpiendo el jocoso momento.

—Bueno, señoras, tengo que ir a producir. Llámame si necesitas algo y cómprate algo bonito para esta noche. Bonito y rápido de quitar.

Valen salió de la limusina y arrastró con él a Alejandra para tener un minuto a solas con ella. La joven gimió cuando él jaló de ella para besarla tan apasionadamente que la mujer sintió que si no obtenía pronto aire, sus capacidades mentales se iban a ver seriamente carbonizadas por el intenso calor. Le apretó la cintura y acarició la curva que llevaba hacia su trasero respingón.

—Te estás pasando, Val, ¿qué crees que estás haciendo? —murmuró quedamente.

Él posó los labios en su oído y su aliento y voz ronca la estremecieron.

—Estoy demostrándole a esa disparatada cuñada que tienes, que el nuestro es un matrimonio auténtico. Estamos recién casados y se supone que estaríamos cogiendo sin parar e inaugurando habitaciones.

—No participaré en esto —susurró.

Él se apartó de repente de ella y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Perfecto, entonces buena suerte con la insana curiosidad de esa loca y con el arsenal de preguntas al que te someterá si ve o sospecha que algo no encaja en nuestra relación.

Alejandra bufó y Valen le besó la punta de la nariz.

—No me compraré nada porque no pienso devolverte la camisa que te robé —le dijo lo suficientemente alto para no parecer un susurro, sacándole la lengua con insolencia—. A pasado a ser parte de mis posesiones.

Valen hizo una mueca irónica mientras volvía abrirle la puerta de la limusina. Antes de que pudiera subir, la atrapó de nuevo en sus brazos.

—Así que la gatita resultó ser posesiva —Idaira que lo escuchó soltó una risita—. Tengo que irme a trabajar, así que sé una buena niña y despídete de tu abnegado marido como es debido.

Alejandra sonrió maliciosa y alegremente.

—Pórtate bien y no le gruñas a las personas, amor. —Le rodeó el cuello y lo besó, dándole un ligero puñetazo que Valen logró esquivar apenas.

—No prometo nada, cariño —dijo con la mirada encendida y luego le acercó los labios a la oreja—: Prometo que pagarás por esto cuando llegue a casa. —Alejandra se estremeció—. Bien, señoras, que tengan un hermoso día.

—Odio ir de compras —dijo Alejandra, haciendo un mohín y tocando el brazo de su cuñada para ver si se apiadaba de ella y ponía pronto fin a su tortura.

Idaira puso los ojos en blanco.

—Por suerte, eres de las pocas *anti-fashion* que aún circulan por este planeta. Tres horas de compras y lo único que has comprado son unas bragas de abuela y un vestidito con el que, por cierto, creo haber visto el pasado mes a mi vecinita de cinco años. ¿Acaso el bombón celópata es un enfermo pederasta?

—Eso no ha tenido ninguna gracia, Ida —La amonestó Alejandra. Tan rápido como sintió el beso reconciliador de su cuñada en la mejilla, su malestar se volatilizó.

—Lo sé, lo sé, cascarrabias, yo simplemente bromeaba. Tu maridito, bajo esa capa de frío y sexy glacial, es un buen hombre. Estoy convencida de ello. De lo contrario, ya te habría subido al primer avión de vuelta a Canarias.

Ambas mujeres salían del gigantesco centro comercial *Canada Square*, en *Canary Wharf*. Más de doscientas tiendas, con marcas asequibles, así como de diseño, las habían circundado toda la mañana allá por dónde caminaron.

—Y, ahora, adormecida con tanta epidemia inducida, ¿vas a contarme cuánto le mide a... ?

—¿Crees qué le gustaría? —Alejandra se había detenido delante de un escaparate.

Frunciendo el ceño, Idaira dirigió la mirada hacia el lugar del vidrio que le señalaban. Se encogió de hombros.

—Pienso que el frío glacial se derretiría mucho más si vistieras para él un conjunto de lencería de *Victoria's Cógeme-duro Secret*, pero esto también puede servir. Solo debes decirle, cuando te dé las gracias, que te lo pague esta noche en especies.

—¡Idaira!

En la calle, ajena a la acelerada marcha de los transeúntes, el ruido del tráfico y, sobre todo, ajena a su presencia, su bonito objetivo esperaba. Su acompañante había entrado de nuevo al centro comercial. Tal vez, se habían olvidado de algo.

La vio echar una ojeada a su alrededor, frotándose los brazos; la ligera y corta chaqueta vaquera que llevaba parecía insuficiente para el día frío y gris que hacía. Aunque la primavera estaba a las puertas, la nieve aún no se había esfumado de gran parte del país.

Midgard, tan invisible y silencioso como una sombra, acertó distancias y la estudió con atención. Ella era un tierno bocadito de piel pálida, mejillas sonrosadas y cuerpo curvilíneo. Su vestimenta o la raya a un lado de su pelo castaño, sujetado con una horquilla en forma de mariposa, la hacían parecer increíblemente más joven e inocente.

Cuando un señor se le acercó y preguntó algo, ella pareció ponerse nerviosa y aferró el bolso como una cuerda de salvamento.

Midgard observó también la reacción instantánea del gorila enorme que hasta ese momento, se había mantenido, casualmente a una distancia prudente su objetivo, leyendo un periódico. Otro hombre, vestido de traje y aparentemente distraído, parecía completamente ajeno a la joven.

Nada más lejos de la realidad.

Él sabía a ciencia cierta que eran dos adiestrados halcones. En el momento que su señora corriera el más mínimo peligro, desplegarían sus alas y saltarían sobre su presa.

Dos de los perros guardianes de Valen Lemacks.

Midgard sonrió y se preguntó si serían tan buenos y rápidos como él con un arma.

—Apuesto cien euros a que debe tener unas buenas tetas debajo de toda esa ropa.

Él sonrió.

—¿Y cómo lo averiguarás, Romeo?

Miró a la joven correr apresurada y cruzar la vía. Frunciendo ceño, la descubrió avanzar, cautelosa, hacia un mugriento... ¿can? El animal, completamente perdido y en el que nadie parecía haber reparado, salvo ella, en un inicio se mostró temeroso, pero rápidamente pareció quedar embrujado por la dulce hechicera.

Midgard acarició el mentón.

Sabía exactamente lo que estaba mal.

Valen Lemacks no era merecedor de una mujer así.

Él la utilizaría. Valen utilizaría su dulzura e inocencia como bálsamo para su maltrecha alma. La rompería con unas manos endurecidas por los años que había pasado luchando por sobrevivir en el infierno.

Rió suavemente de manera profunda, sin humor, con una presión en el pecho que aumentaba a cada momento. Curioso. Lo habían bautizado Midgard en la unidad porque, como el hijo de Loki, Midgard, no sentía y se movía y actuaba como una serpiente. Efectiva y mortal.

—¿Sí?

—Señor Lemacks, disculpe que lo moleste, pero su esposa ha venido a verlo.

Valen sacudió la cabeza pensando el motivo por el cual Alejandra hubiese ido a su oficina sin avisarle. Seguramente sería un tema de vida o muerte.

—Mi esposa jamás es una molestia, ¿le queda claro?

—Por supuesto, señor.

—Bien. Dígale que pase.

Valen se levantó de su asiento y la mirada se le iluminó cuando vio, asomándose por la puerta abierta, el volado del vestido de disco y botones que se había puesto Alejandra esa mañana.

—¡Val! —Al verlo, la joven sonrió y corrió a abrazarse a él.

—Parece que mi bella mujercita me ha estado extrañando —Ella asintió y él la ayudó a quitarse la ceñida chaqueta vaquera que llevaba—. ¿Haz almorzado ya?

—Sí, con Ida, y la verdad es que estoy aquí por algo especial —dijo ella y Valen levantó las cejas interesado.

—Soy todo oídos —le dijo jalándola de un brazo para que le acompañara a sentarse en el sillón presidencial de cuero.

Valen lo ocupó y Alejandra apoyó una cadera en el escritorio de caoba.

—Oh, espera —La mujer rebuscó en su bolso y de allí sacó una pequeña cajita oscura y se la extendió—. Esto es para ti. Espero que te guste.

La mirada de Valen cambió. Frunció el ceño ligeramente y luego aceptó la caja, pensando si se le había olvidado alguna fecha importante. No era su aniversario de bodas. Definitivamente tampoco su cumpleaños. ¿Un regalo sin ningún motivo aparente? Nunca nadie había hecho algo así por él.

—¿Por qué? —preguntó observándola con inquisitiva mirada.

—Porque lo vi, me acordé de ti y decidí comprarlo —Sonrió, nerviosa—. ¿Hay algo de malo en querer que mi esposo lleve algo mío siempre con él?

Valen no estaba acostumbrado a aquellos detalles, pero le complacía comprobar cómo Alejandra sentía, al igual que él, la imperiosa necesidad de marcar territorio. Se apresuró a abrir la rustica caja para sentir el aroma al cuero repujado en una esclava de finas tiras negras *enlazadas* en una trenza y alguna que otra argolla de metal *esposada* a figura de .

—Sé que no es mucho, pero...

La expresión del hombre cambió al comprender que Alejandra, su Ale, su esposa y mejor amiga, le estaba haciendo un obsequio desinteresado, en un momento poco importante. Vio en el rostro de la mujer que ella esperaba que le dijera si le había gustado o no.

Valen la cogió de la pequeña cintura y jaló de ella para besarla y agradecerle el tenerlo siempre presente. A él le gustaba mucho el saber que era el dueño íntegro de cada uno de sus pensamientos. La besó con ardor mientras atraía su cuerpo menudo para ayudarla a sentarse a horcajadas sobre él.

—Abre la boca ligeramente y relaja los labios —Le dijo y cuando ella lo hizo, el hombre le poseyó la boca con tal fuerza, con tal rudeza que la joven sintió que sus labios latían bajo el delicioso yugo al que estaban siendo sometidos.

Alejandra se entregó al nuevo beso desesperado mientras las manos de él le impedían tocarlo como quería. Valen se alejó de ella.

—En el invernadero ni esta mañana, me... me habías besado así —Se llevó las yemas de los dedos a los labios que aún latían como un corazón vivo y acelerado, parecido al que bombeaba descontrolado dentro de su pecho.

—Es el beso de un amante. Mereces ser besada de todas las formas posibles — Le acarició el cabello—. Un amante deseoso de tocar cada parte de tu cuerpo, de agonizar con cada gemido o suspiro de placer, porque con ellos me alientas, me alimentas.

Valen deslizó un mano por debajo del vestido de Alejandra y recorrió sus piernas cubiertas por medias, mientras sentía cómo su efervescente deseo se iba manifestando en la dureza de mármol que llevaba consigo debajo de sus carísimos pantalones. Subió sus palmas, pensando en el momento en que por fin pudiera ver, oler y enterrar su boca en su parte más privada para enseñarle también el beso más íntimo de un amante.

Se excitó solo de pensar en tener el río de miel de Alejandra en su lengua, como el licor de los dioses. Acarició sus tobillos, sus pantorrillas, jugueteó con la rótula de su rodilla cubierta por la media y siguió explorando hacia el calor que parecía gritar su nombre.

Cuando llegó a la cara interna de sus muslos la obligó a separarlos. Lo mejor

de que ella estuviera sentada a horcajadas sobre su regazo era la accesibilidad a cada musculo de la parte inferior de su cuerpo. No sabía qué era lo que más le gustaba, si rozar sus muslos o apretar la redondez de su trasero.

Mientras él se recreaba como un infante en un parque de diversiones con cada parte expuesta de su cuerpo y descubría otras. Alejandra se mordió el labio inferior mientras rebuscaba en sus bolsillos para encontrar el *smartfone*.

Él aprovechó para mordisquear el lóbulo de la tierna oreja femenina.

—Si sigues irrumpiendo así en mi oficina —susurró para solamente ella escuchara la ronquera y pesadez de su voz—, voy a olvidar dónde estamos y a empujar tan profundo dentro de ti que vamos a obsesionarnos el uno por el otro, chiquita.

Alejandra rió, contenta, porque sabía que la euforia por contarle lo que le había pasado, le había dado el valor suficiente para sorprenderlo gratamente. No podía decir que había llegado con tranquilidad, sino por el contrario había irrumpido a trote en la oficina solo para encontrarse con la pared incendiada del deseo de su esposo.

—Espera, Val, un segundo —le dijo cuando el hombre estampó un reguero de besos porsu cuello haciendo que sintieracosquillas—. Tengo que mostrarte algo...

—Si no tiene que ver con alguna coqueta lencería que hayas visto en las vidrieras o —La interrumpió, y comenzó a desabrocharle los botones delanteros del vestido—, que ya tengas puesta debajo de este vestido, no me interesa.

Valen la observó contrariada y tardó unos segundos en procesar lo que estaba ocurriendo en su despacho, lo que había dicho y, lo que inevitablemente ocurriría sino ponía freno deunavezportodas. Maldición. En aquellos momentos, lo último en lo que estaba pensando era en resguardar y mantener intacta la virginidad de su amiga.

Verla sentada en su regazo, con la parte inferior del vestido enredado en sus caderas y la superior desabrochada, revelando el encaje de sus perfectos pechos, estuvo a punto de hacerlo eyacular.

—No, no tiene que ver con ropa interior —Rió Alejandra. Buscó entre las millones de fotos que tenía en la copia de seguridad de su móvil. Valen observó el rápido movimiento de sus dedos—. Se trata de... Ay, ¿dónde está? Al ver una fotografía de una pose sexual del *kamasutra*, Alejandra tragó saliva con fuerza y se puso nerviosa, intentando cambiar la imagen en efecto para que el hombre no se diera cuenta, pero lo que no comprendió es que nada,

absolutamente nada, se le pasaba a Valen Lemacks.

—¿Así que quieres investigar sobre la pose del perrito del *kamasutra*? — preguntó socarrón—. Bueno, muñeca, nunca podré negarte nada si irrumpes en mi oficina así para pedirme sexo duro.

—¡No es eso! —Las mejillas de Alejandra no tardaron en colorearse de bermellón al darse cuenta que cualquiera que fuera su intento por ocultarlo, él siempre parecía estar uno o dos pasos por delante.

—¿Entonces? —preguntó acariciando su trasero y la parte baja de su espalda. En ese preciso momento, la joven encontró lo que estaba buscando dentro del teléfono.

—¡Aquí está! Se trata de él —Le dijo sonriendo y mostrándole la fotografía que había tomado.

Él no ocultó su asombro.

—¿Un Bóxer?

—Sí. Puede que su físico fuerte y musculoso impresione, pero los Bóxer derrochando celeridad y afecto. Sontambién una de las razas más fieles con sus amos. Le encantan los juegos y no se les agota la paciencia. Además de ser muy lindo, míralo, Val —Le señaló la fotografía—. Mira su carita triste. Ellos suelen ser muy sanos, y salvo las medicaciones normales para los cachorros y las vacunas anuales no son una raza muy enfermiza, por lo que por ese lado no dan muchos problemas. Son unos compañeros maravillosos...

Valen apretó los labios y así como iba quitando las manos del tentador y jugoso cuerpo de su esposa, así también su humor iba cambiando poco a poco. Su deseo fue siendo desplazado por una aguda mente que le anticipaba cuál sería el siguiente paso de su mujer.

—Sí, sí, y también se emplean con fines terapéuticos dada la alegría que aportan al ser humano. Sí, lo sé. Conozco perfectamente las maravillas que dicen de ellos —Frunció el ceño—. Pero, ¿y qué, con eso? —Quiero adoptarlo. Que... que lo adoptemos juntos.

—No —dijo tajante, con la mirada penetrante y dura. —Pero pensé que te gustaban los perros. Tuviste uno... Valen la hizo levantarse de su posición sobre su regazo.

—Vístete.

—Pero, Valen. Tuviste un perrito antes, lo quisiste. ¿Por qué no quieres tener otro si te gustan los animales? ¿Qué es lo que hace que no quieras aceptarlo? Él nos necesita.

—Alejandra, basta.

—¿Por qué?

Valen golpeó sobre la madera del escritorio.

—Es algo que no te incumbe, y que por tu propio bien no deberías saber. Así es que, sé una buena esposa, déjalo estar y regresa a casa.

En un tenso silencio, la joven se arregló la ropa. Tenía ganas de llorar pero luchó para no hacerlo. Sabía que por más que intentara hablar con él, se había cerrado en sí mismo, dejando fuera a todo el mundo. Cuando estuvo decentemente vestida, se dio media vuelta y caminó hacia la puerta. —Espero que tenga una buena tarde, señor Lemacks.

Y antes de que la puerta se cerrara tras de sí y pusiera un muro seguro de por medio, lo oyó maldecir.

CAPÍTULO 12

Valen rodó en la cama y se tumbó de espaldas al colchón, totalmente desnudo y desabrigado. La noche había caído, pesada y oscura, pero en el cielo se podían ver algunas estrellas. Los ventanales que comunicaban el interior con el exterior estaban completamente abiertos y la suave brisa invernal mecía la gasa de las cortinas a su alrededor.

Frío.

Necesitaba que la sangre se le helara tanto como el corazón.

Todo permanecía en silencio. Su respiración, tranquila, profunda y rítmica era el

único sonido que podía distinguir en medio de aquella trampa mortal. *¡Qué suerte la suya!*, pensó con cinismo.

Valen respiró profundamente, fortificando el aliento mientras se pasaba el antebrazo por los ojos.

Después de que Alejandra abandonara la empresa esa tarde, con la expresión más triste y enfurecida que él le recordaba, había andado de un lado a otro, gruñendo cuando hablaba con alguien y convirtiendo en un auténtico infierno el trabajar junto a él. Cuando había llegado a casa, justo a tiempo para la cena, la pequeña mentirosa había alegado no tener hambre y un ficticio dolor de cabeza. Había ordenado a Bianca que le subiera una bandeja con comida. A su regreso, la había interrogado como si estuviera en un jodido tribunal.

Pequeña terca del demonio.

Quizás se hubiese precipitado con su decisión. Pero, diablos, si no acoger al dichoso perro la hacía infeliz, él mismo iría a buscarlo y se lo traería a casa. A ese saco pulgoso y a todos los sacos pulgosos que quisiera. Joder, le montaría un puto albergue canino si eso la hacía inmensamente dichosa.

Apartando el brazo echó un vistazo breve, cauteloso, hacia la puerta que debería estar vetada para él.

¿Dormiría?

Cerró los ojos con fuerza, debatiéndose entre morir congelado o cruzar el umbral y poner la cabeza entre los muslos de Alejandra, mostrándole cómo se sentiría su boca contra su carne más delicada.

Ese solo sería el principio.

Dedicaría la misma atención a todos y cada uno de los rincones de su cuerpo. No habría vestigio de piel, marca o lunar que él no tocaría, mordería, lamería y besaría. La pondría tan caliente y húmeda que suplicaría por tener su polla dentro de ella.

Jadeó al imaginar cuan de estrecha y dulce sería. Las paredes de su vagina estrangularían su verga, la empaparían con el néctar de su deseo mientras él la penetraba, fuerte y duro, una y otra vez. La haría gritar y llorar de placer y dolor, rogar por más. Sería tan escandalosa, que el sonido retumbaría por toda la mansión y todo el mundo sabría lo animal que podía llegar a ser.

Cerró los ojos, atormentado. Su polla, completamente erguida y pesada contra su vientre, parecía enojada. Envolvió una mano en la ardiente y endurecida vara y comenzó a bombear con urgencia.

Dios, cuánto deseaba que Alejandra se la chupara en esos momentos, sentir su boca caliente a su alrededor. La pondría de rodillas y follaría su pequeña y respondona boquita. Se la metería profundamente, casi hasta las amígdalas mientras ella luchaba por tomarlo. *Infiernos, sí.*

Dos fuertes empujones... Uno...

Jadeante, sintió el espeso chorro de su semen verterse sobre su musculado abdomen.

Apretó los dientes y ahorcó su miembro cruelmente con los dedos, buscando el dolor, peleando con la necesidad de levantarse de la cama, atravesar el espacio que lo separaba de su mujer y llevar a cabo sus más oscuras fantasías con ella.

Maldijo con voz áspera mientras su cuerpo se seguía sintiendo tenso y rígido. La furia, absoluta y aplastante aumentando por momentos.

Con un demonio. Ella era suya, y podía demostrárselo cuando quisiera.

Negó.

¡No, joder!

Valen saltó fuera de la cama como un resorte y fue al baño. Estaba furioso y cansado. Mientras se limpiaba pensó que si pudiese volver atrás y matar al monstruo que lo convirtió en la basura que era, lo haría sin dudar.

No sabía qué hacer, y aquello lo llenaba de ira y frustración. Porque él, Valen Lemacks, lo controlaba absolutamente todo.

Los recuerdos lo asaltaron, de repente, burlándose de esa creencia.

El pequeño Valen se sentía como si le estuvieran cocinando la piel a fuego lento mientras yacía, en el suelo del bosque. Un rayo de sol se coló a través del follaje y lo cegó unos segundos. La última paliza de su padre había sido

más salvaje que las anteriores. Aún tenía las huellas brutales de la correa y puños grabadas en su larguirucho cuerpo.

—Algún día nos largaremos de este lugar, amigo —Palmeó la cabeza de Sombra mientras este, tras comer, reposaba la comida echado a su lado, sobre su cuaderno de dibujo y el carbonzillo—. ¿Qué te parecería Grecia? Podríamos acercarnos a la región de Tesalia y visitar los seis monasterios que aún sobreviven... “Y allí donde tal vez solo Dios vivía, pasaron a vivir también los hombres.” —recitó. A pesar de su corta edad, era un pequeño erudito que dedicaba la mayor parte de las horas del día a leer—. Podríamos visitar también, Patmos, la curiosa isla del Egeo. Cuentan de ella que un día el cielo se abrió y se pudo oír la voz del mismo Dios. —El perro ladró y gimoteó—. ¿Demasiado cerca? Entonces viajaremos a Francia, y te llevaré a ver las Catacumbas de París o la tumba del agua en la pequeña aldea de Arles-Sur-Tech. —Dos nuevos ladridos lo hicieron fruncir el ceño—. ¿No? ¿Y España? ¿Qué te parece España? Sería un buen destino. Me gustaría ver el Escorial de Felipe II.

No supo cuántas horas pasó allí, tirado junto a Sombra, haciendo planes de un futuro que aún veía lejano, pero lo que si supo fue que cuando se secó las lágrimas que humedecieron sus mejillas aquel día, juró que sería la última vez que sentiría aquella quemazón líquida detrás de los párpados.

Nunca más.

Y así había sido.

No recordaba haber vuelto a llorar desde entonces. No recordaba haber sentido la imperiosa necesidad de hacerlo.

Nunca.

De vuelta en la habitación, Valen se restregó la cara con desesperación. Temblando como lo haría un adicto cuando le faltaba su dosis. Él conocía bien esa sensación horrible.

La única necesidad que sentía era por Alejandra. La necesitaba tan maldita y jodidamente cerca para sobrevivir, como en el pasado había necesitado las drogas y el alcohol para no sentir.

Sacó de la cómoda unos bóxer limpios y se los puso, guardando su todavía algo dura polla dentro de ellos. Caminó hacia la puerta que comunicaba las dos recámaras y se detuvo con la mano congelada en el pomo.

Si no podía follársela, al menos, acunaría su cuerpo contra el suyo toda la noche. Se metería a hurtadillas en su dormitorio mientras dormía y la desnudaría. Se deslizaría silenciosamente bajo las mantas y la abrazaría,

ciñéndola acaloradamente a él. Procurando no despertarla, incluso, podría besarla, acariciarla...

Gimió ante la idea y abrió la puerta. El corazón se le paralizó. *¿Qué demonios...?*

CAPÍTULO 13

— Tranquilo, pequeñín —escuchó Valen la voz de Alejandra, cuando abrió sin ruido la puerta de la habitación que estaba a media luz. Entró y cerró la puerta—. Ven bonito, no tengas miedo. Mamá no te hará daño. Eres una cosita hermosa y adorable.

— Y tú una cosita bastante desobediente y testaruda —La ruda voz de Valen hizo que Alejandra diera un respingo y dejara caer la manta gruesa que estaba arreglando en el suelo.

— ¡Valen! —La culpa estaba dibujada en su mirada mientras se giraba e intentaba esconder lo que estaba haciendo a sus espaldas—. No... no te oí entrar.

— Eso veo —Entrecerró los ojos, lo necesario para poder mirarla y observar al pequeño perro blanco de ojo parchado en marrón.

El perro se intimidó y comenzó a retroceder hasta perderse en la oscuridad de debajo del escritorio. Por lo que podía observar, su pequeña mujercita había desobedecido seriamente la orden que le había dado esa misma mañana. A la izquierda del escritorio que ella utilizaba como estudio, había todo lo necesario para que el perro estuviera bien. Valen levantó una ceja con la mirada penetrante dirigida hacia Alejandra. —Ah... Val... —intentó calmarle. —Son las tres de la madrugada —dijo mirando el reloj colgado en la pared—. La hora bruja. Y, al parecer, es la hora en la que mi pequeña y tramposa bruja sale de la cama a cometer fechorías.

—No he cometido ninguna fechoría —Valen arrugó el entrecejo—, al menos ninguna que no tenga un buen y práctico fundamento.

—Aclárame una duda, preciosa, ¿esa cuñada tuya, Idaira, nunca tehadicho qué le pasa a la princesa por firmar un pacto con el mal? —preguntó caminando hacia ella y rodeándola para observar la improvisada cama que había hecho en el piso. Asumió que pretendía pasar la noche con el animal— ¿No sabes cuál es el castigo por ofrecer el alma? Te quemarás, chiquita. Arderás si sigues desafiándome.

—Te equivocas totalmente —le dijo Alejandra temerosa, pero levantando un poco la barbilla para encararlo—. Aún no le he entregado al diablo mi alma.

—Pero si tu corazón, ¿o me equivoco? —Ella cerró la boca—. Fuiste lo suficientemente ingenua como para pactar con él. Atarte a él. A través de ese

acuerdo, ambas partes se comprometieron a respetar una especie de contrato jurídico. El maligno abastecería de riquezas y de poderes a la bruja, quien a cambio prometía completa y absoluta sumisión.

—Entonces algo está mal en ese acuerdo, si la bruja no quiere ni su poder ni su riqueza.

Valen hizo una mueca mientras se cruzaba de brazos y observaba a su alrededor con cierta mofa. Le acarició el contorno del rostro con un dedo para terminar paseando la yema sobre el tierno labio.

—Eres demasiado inocente y buena para saber todo lo que el apellido Lemacks implica. Todo lo que arrastra y todo el agonizante poder que está en tus manos. —Pero yo no...

—Es inherente, cariño. Así como, aparentemente, es igual de innato tu desdén a recibir y cumplir la voluntad de tu esposo. ¿Qué hace ese animal aquí?

Alejandra le vio moverse por la estancia, inspeccionando cada cosa que estaba en el suelo.

—Tener un perrito en casa es bueno por el tema de seguridad, compañía. Son tiernos, cariñosos, poco pretenciosos y humildes...—Valen acomodó algunos almohadones en media luna antes sus ojos. Para recostarse de medio lado apoyando uno de los codos en las mantas y enterrando también el talón entre los pliegues arrugados.

—Ah, el estado de perplejidad por culpabilidad es el *buffet* del hombre cuerdo.

—Eso no es justo, Val...

El hombre dejó de escucharla mientras pensaba en aquel amigo que había sido su compañero en el estado de soledad que todo el mundo había mantenido con él en su triste infancia. *Sombra*. Le había puesto así al chucho porque por más que había intentado que este se alejara y volviera a su casa o simplemente dejara de seguirle, el animal había seguido allí, persistente, como si supiera lo mucho que necesitaba a un amigo en el oscuro hoyo en el que estaba sumergido.

Recordaba el cariño que había sentido por la mascota. Era una de las pocas cosas en su vida que, aunque por un breve espacio de tiempo, había valido la pena conocer. Le había entregado más afecto que cualquier otro ser humano y, por primera vez, había tenido a alguien de verdad a su lado. Afectuoso. Fiel. Pero todo lo bueno tiene un final, y el dolor mientras más fuerte, más efectivo es. Apegarse a las cosas que tarde o temprano partirán o te arrebatarán, no era una buena idea. Él había aprendido la lección cuando su maldito padre dejó

morir a su único amigo.

Valen parpadeó y sintió como si acabara de salir de una especie de trance. Se movió, colocando ambas manos detrás de su cuello, observando el techo blanco. La nostalgia lo había embargado, logrando que su semblante cambiase. *¿Estaría bien?*, se preguntó Alejandra al ver que Valen parecía no estar escuchándola. Su dura expresión le decía que algo estaba pasando por la mente del hombre.

Instintivamente dio un paso hacia él. Pero la voz severa que escuchó la sobresaltó y la detuvo.

—Ven, acércate.

¡Y un cuerno!, pensó ella, reculando.

—Pu-puedo oírte perfectamente desde aquí. La acústica de esta sala es magnífica.

—No se trata de que puedas oírme perfectamente, sino de lo que voy hacer contigo.

—Y puedo saber de antemano que es eso que piensas hacer conmigo. *¿Conversar, tal vez?*

—Para comenzar, traerte arrastras hasta este nidito de amor que has improvisado para los dos cómo no estés aquí en menos de un minuto. Y créeme, no te gustarán mis formas.

—Val... yo...

—Dicen que en la desobediencia reside la virtud del ser humano. *¿Te arrepientes? De desobedecerme.* —No... *¡Es decir, sí! Un poco... Solo.*

—Te recuerdo, preciosa, que estás tratando de aminorar mi enfado, así que te aconsejo que vuelvas a intentarlo.

—De acuerdo. Lo que quise decir es que lamento que te disguste todo este asunto y lo veas como una insolencia por mi parte, puesto que esta es tu casa, pero entiéndeme, Patch deambulaba por la calle. Está enfermo. Desnutrido. — La voz se le quebró de pronto—: No tuve corazón para dejarlo ahí.

—Ese corazón tuyo será tu perdición. —La regañó, abstraído, con la vista aún clavada en el cielo raso de la habitación. Valen hizo una pausa, y como si necesitara cambiar de tema, preguntó—: *¿Lo has llamado Patch?*

Ella asintió.

—*¿Te has fijado en la mancha que tiene en el ojo? Es la única mancha en todo su pelaje albino* —Valen observó cómo la mirada soñadora de la pequeña bruja iba al lateral derecho, debajo de su escritorio, allí, donde el chucho de ojos tristes les observaba temeroso.

—Ven y acuéstate aquí, conmigo, Alejandra. Esta noche aprenderás a lidiar con un macho cabrío.

La mujer pareció dudar. No sabía lo que su esposo tenía en mente, y era terriblemente mala para leerle los pensamientos. Se mordió el labio inferior, buscando la manera de hacerle comprender que no podía, no tenía corazón para volver a dejar a Patch en la calle. Caminó hacia él y se arrodilló sobre las mantas. Iba a necesitar toda la ayuda que pudiera brindarle hasta el último de los santos. ¡Urgente!. Miraba al techo, rogando por un milagro, cuando la gruesa y rasposa voz de su marido la trajo de nuevo al terrenal espacio del estudio.

—Acércate más, vamos —La jaló y ella terminó sentada en su regazo, a horcajadas. El hombre colocó las manos en las caderas femeninas y suspiró como en estado de tranquilidad—. Nadie debería ignorar su instinto.

—¿Lo ves? —dijo ella sonriendo y observando un poco a Patch—. Eso mismo pensé yo cuando lo vi y mi instinto me dijo: Alejandra, esa cosita de ojitos tan lindos suplica porque lo lleves a casa. Mira qué ternura, será una dosis de miel fresca para el ogrito de nariz arriscada que tienes por espo...

Valen levantó una ceja mientras una de sus manos le daba una palmada en el trasero.

—¡Val! —Rió ella, al recibir el infantil correctivo.

—Algo recuerdo sobre cómo domesticar a una esposa indomable —Le observó sonrojarse cuando levantó las caderas e hizo que su dolorosa erección se friccionara sensualmente contra el vértice de sus muslos separados —. Paso número uno, agarrar con firmeza...

Alejandra soltó un pequeño quejido cuando Valen afianzó su agarre y la encajó perfectamente, tanto, que ella comenzó a sentir como los tersos labios internos eran raspados por sus propias bragas dada la firmeza con la que él la atacaba,

—¡Valen Lemacks! —intentó regañar, pero más sonó como una súplica.

—¿Y ese instinto tuyo, chiquita —Transportó sus manos a los globos de sus nalgas y la hizo balancearse hacia adelante y hacia atrás—, te dice también cómo contentar a un marido furioso?

—No...

—¿En serio? Tal vez pueda darte una idea de por dónde comenzar, cariño.

Valen curvó los labios en una mueca irregular mientras sus manos volvían a emprender viaje hacia el norte, a la tierra montañosa de sus senos. Se deshizo de un tirón de la sudadera que llevaba encima. No llevaba sujetador. Ella trató de cubrirse pero él la inmovilizó, sujetándola fieramente las manos a los costados—. ¡Quédate quieta! Aún te queda el *short*, pero si vuelves a intentar

ocultarme tus bonitos pechos, también desaparecerán.

Alejandra sintió mareada, el calor recorriendo su piel como una descarga eléctrica.

¡Qué maldita manía de desnudarla a tirones!

Valen chasqueó la lengua cuando se deshizo de la coleta que aprisionaba su bella cabellera. Hundió los dedos allí para atraerla más y besarla con fuerza, con determinación y con esa dosis de lujuria que solo un hombre experimentado sabía inyectar en el cuerpo de una mujer.

Alejandra gimió y se pegó más a él.

—No entiendo por qué no quieres que Patch se quede en casa. Es tan lindo...

—Deslizó una mano por el trabado torso masculino. Él sintió que la piel le ardía bajo su inocente toque—. Él podría ser mi protector... — Alejandra.

Ella dejó escapar un ruidito de impotencia.

—Mira, puedes hacer conmigo lo que quieras esta noche, pero quedémonos con Patch, por favor.

—¿Una noche? ¿No crees que el chucho merece un mayor esfuerzo por tu parte?

—Que te parece por un periodo de un mes.

Valen no pudo evitar bufar y abofetear de nuevo su nalga derecha.

—Porque debería aceptar un trato tan poco beneficioso para mí sí — Rodó entre sus dedos uno de los tentadores pezones rosados y lo apretó hasta que la muchacha se contorsionó soltando un grito. Él le sopló la punta irritada de la montaña—, como ves, puedo obtener lo que quiera, y en el momento que yo quiera.

Alejandra se quedó sin palabras porque sabía que tenía razón. Lo único que impedía siempre que ella dejara de ser virgen, era él, nadie más que él.

—Eso no...

—¿Vas a negarlo, pequeña mentirosa? —Ella negó, sabiendo que era innecesario hacerlo. Valen asintió—. Ahora, ¿por qué en vez de tratar de convencerme con palabras no lo haces con la táctica que usaste en mi oficina?

Ella pensó un momento.

—Qué te parece esto. Haré la limpieza en casa por un mes.

—Para eso tenemos personal, muñequita, así que prueba con otra cosa más... seductora —Valen consultó el reloj de la pared—. Pero piensa rápido, pequeña, el tiempo se te agota.

—De acuerdo, me pondré el segundo regalo de Ida y...

—Me gusta cómo suena eso. Adelante, tienes toda mi atención —Le dijo

paseando sus palmas por la curva de su espalda.

—Y... —Alejandra pensó que podía hacer con un conjunto de lencería de encaje y transparencias—...y...

Valen la cogió de la mano y puso su palma sobre su abdomen.

—Salvo que quieras hacerme un *show* privado, te sugiero que comiences justo aquí —Colocó su mano sobre la furiosa erección que empujaba contra su mano.

—Val...

—¿No querías convencerme antes de esta manera? Ahora te estoy dando la oportunidad de hacerlo.

—Val, Patch va a... vernos.

—Dios mío, mujer —Valen negó, tirando de ella para que se recostara en las mantas y él quedar encima, entre sus piernas.

Para que la inocencia del animal quedara a buen recaudo, jaló una manta y los tapó. La habitación, escasamente iluminada, hacía que se vieran algunos rasgos y otros se camuflaran. Valen se bajó el pantalón de deporteylosbóxer lo justo para liberar su miembro. Alejandra jadeó, podía sentir la desnuda longitud, fuerte y dura, contra su vientre. Él atrapó su pequeña mano y la condujo hacia su intimidante erección. Ella intentó rodear aquella barra de ardiente acero, pero su grosor se lo impidió.

Ella retiró un poco la mano al sentirlo latir yestremecerse cuando las yemas de sus dedos tocaron la sensible piel del glande inflamado.

—Val... —susurró la joven entre acobardada y curiosa con la nueva experiencia— Yo nunca...

—Lo sé, cariño, nunca has tocado a un hombre íntimamente antes — completó él, regocijándose en ese hecho y recorriendo su rostro con los dedos. Ella asintió temerosa.

—No quiero hacerte daño.

Valen tragó. Nunca nadie había querido evitar hacerle daño. Nadie había velado por él nunca, y que Alejandra lo hiciera hacía que un cálido sentimiento floreciera en su pecho.

—No lo harás, preciosa —Ella apartó un poco la mano—. Quiero que uses esa deliciosa boquita tuya para decirme exactamente lo que quieres hacer. ¿Deseas tocarme?

Millones de ideas pasaban por la cabeza de Valen en ese momento. Sentía que la oscura necesidad de poseerla lo presionaba, le consumía los sentidos. Estaba dolorosamente duro, y sus testículos estaban tensos por la necesidad de

sentir una liberación.

—Enséñame —dijo ella finalmente. Valen tuvo que contenerse para no correrse en ese mismo momento. ¿Qué la enseñara? Infiernos, él sería el encargado le enseñarle absolutamente todo, quisiera ella o no, porque no habría otros hombres.

Cuando Alejandra sintió la palpitante y húmeda cabeza de la polla del hombre, los miedos quedaron atrás y la curiosidad ocupó su lugar. Toqueteó primero solo con las yemas, impulsada como un caballo salvaje. Su sutil toque provocó más palpitaciones en su miembro.

Indagadora, ella fue bajando y rodeando la dura erección. Sintió bajo su tacto las venas tirantes y rugosas. Siguió descendiendo y con sus dedos también rodó la piel de su prepucio. Alejandra miró a los ojos a su marido. Su respiración irregular era la única señal que le decía que seguía allí, con ella, porque guardaba tanto silencio que ella se preguntó, angustiada, si estaría haciendo algo realmente mal. Como no podía verlo bajo la manta, siguió bajando para tener una proporción exacta de... Se ruborizó con intensidad.

¡Jesucristo! ¿Era tan grande?

Cuanto notó que los músculos de Valen se contraían y de su garganta salía un sonido gutural, quitó automáticamente la mano, pensando que le había hecho daño. —Lo siento, yo...

—No. —Valen apoyó la frente en la de ella—. No me has hecho daño, más bien deteniéndote lo haces...

La mujer volvió a acercar su mano y con más confianza le tomó esta vez.

—Eso es, chiquita... —La boca masculina cubrió los anhelantes y hambrientos labios femeninos, al tiempo que Alejandra lanzaba un gemido agónico—. Bien, ya tocaste una polla. Mi polla. La única que tocarás. Así que puedes tachar eso de tu lista —Alejandra sonrió ruborizada—. Siguiente paso. Cúbreme con tus manos, porque voy a empujar dentro de ellas mi polla.

Él la instruyó sobre cómo rodear su miembro con ambas manos. Cuando él comenzó a bombear dentro de ellas con fuerza sobre su abdomen, Alejandra quiso ver lo que estaba pasando. Movié la cabeza e intentó levantar las mantas.

—Pequeña curiosa, mírame a mí —Le cubrió los labios con los suyos y se permitió saciar en su boca el deseo que lo consumía por un instante—. Mírame y siente como lleno tus manos —rugió, deslizando los labios por la barbilla y la mejilla de la joven hasta acabar finalmente en su oído y prometer—: De esa misma manera te llenaré cuando te folle. Así como abro tus delicados deditos,

igualmente penetraré en tu dulce coño.

Ella jadeó por sus palabras, por sentirlo duro y prepotente entre sus manos y estómago.

Le separó mejor las piernas y le deslizó la mano entre los muslos. La metió debajo del *short* negro y la encontró húmeda, resbaladiza como la miel.

—Que llorosa estás... —le dijo, pasando los dedos por los pliegues empapados—. Maravillosamente mojada. Te gusta que te diga lo que haré, ¿verdad pequeña? Te excita que te hable sucio. Y estás deseosa porque haga exactamente lo que dije que te haría. Porque quieres y necesitas tenerme dentro.

—Valen...

—Dime cuánto necesitas mi polla dentro de ti, Alejandra.

Ella gimió. Aquello era demasiado turbador. La joven jamás había hecho nada así, nunca había oído palabras como las que susurraba aquel hombre mientras la tocaba.

—No...

—Mentirosa.

Valen la penetró dura y profundamente con un dedo. Ella gimoteó y retorció por la incómoda sensación de tener un invasor en su interior.

—Val...

Él le lamió la sensible piel de debajo de la oreja, arañándola con los dientes.

—Dilo.

—No.

—Dilo, cariño —murmuró, torturándola con sus caricias. La joven clavó los talones en el suelo y su trasero se elevó unas pulgadas—. Que hermosa visión, cariño. Ya puedo imaginarme las sedosas paredes de tu vagina presionándome entero, albergándome y prometiéndome el paraíso, mientras estrujas mi polla con este coñito prieto que tienes. Apretado y resbaladizo.

Alejandra gimió. —

Oh, Val...

—Y tú mesentirás, preciosa. Sentirás como te marco a fuego con mi deseo, como dilato hasta el recoveco más secreto de tu cuerpo para albergarme solamente a mí. —Por favor... Val...

—¿Quieres esto, pequeña bruja? —Le dijo mientras restregaba la punta de su polla en la inmaculada raja de su sexo. La tela empapada de su *short* hacía que la barrera fuera casi imperceptible.

Él quería follarla con fuerza, con rabia. No sería un amante tierno. Quería

deshacerse por unas horas de las pesadillas que lo atormentaban cada noche, llevar a cabo los sueños oscuros y sexuales que había tenido con esa bruja de increíbles ojos castaños, satisfacer aquel inquietante deseo que sentía por ella. Pero cuando capturó la mirada de la joven, él supo que jamás olvidaría aquella expresión de hambre en su cara. Como tampoco olvidaría nunca la expresión de indecisión y de temor que leyó en su rostro.

Maldiciendo por haber perdido el control, Valen se acomodó la ropa y liberó a Alejandra de su peso. Se sentó unos instantes para recuperarse.

Cinco segundos más y la estaría penetrando, duro y fuerte, enterrándose en ella con rápidos y agresivos envites hasta que Alejandra se sintiera cómo atravesada por una hoja de espada. Cinco segundos más y habría echado a perder su amistad. Estaba convencido de que ella no sabría separar el amor del sexo, y él debía asegurarse primero que lo hiciera. —Valen... —Ella jadeó mientras se arrodillaba y cubría su cuerpo con la manta, mientras sus ojos acristalados y atónitos conectaban con los suyos.

Durante un par de segundos, su expresión permaneció tan inalterable como de costumbre; pero después, se levantó y se dirigió a la puerta, diciendo:

—Creo que me has convencido. Haz sido muy convincente. Así que, enhorabuena, Patch es ahora un Lemacks.

CAPÍTULO 14

—Retírate, Bianca, quiero estar con mi mujer. A solas.

Alejandra alzó la cabeza de golpe y se cubrió con el vestido, sorprendida de encontrarse parado en la puerta a Valen.

¿Cuándo había entrado?

—Enseguida, señor —La mujer obedeció y bajó el rostro, arrebolada, evitando ponerse en evidencia sobre lo que pensaba que sucedería en cuanto abandonara el dormitorio.

Valen cerró la puerta tras de sí. Había pasado todo el santo día fuera, trabajando, y lo único que quería era pasar unos instantes a solas con su mujer, antes de acudir a la maldita cena benéfica de esa noche. Desde lo ocurrido la pasada noche en el estudio de Alejandra, no podía desprender de su mente la imagen de la pequeña curiosa experimentando con su miembro. Había sido tan condenadamente tierna y complaciente, que aún la sangre le hervía con el recuerdo.

Resbaló la mirada de arriba abajo por el cuerpo de su esposa con tal intensidad y descaro, que provocó que la joven apretara con más fuerza la tela contra su pecho y las mejillas se le azoraran de timidez. El conjunto de lencería color turquesa, era demasiado sexy. El encaje, corsé y medias no hacían más que resaltar y evidencian la incitante figura que poseía.

Valen curvó los labios en una perversa sonrisa.

El gesto y la postura de Alejandra le recordaban a los de un ratoncillo cuando se sabe rodeado por un gato.

Empezó a deshacerse de la chaqueta de su impecable traje negro y de la corbata gris que llevaba. Su pelo, como habitualmente, lucía en un descuidado orden. Rebelde como él.

Caminó hacia a ella.

—¿Te gusta el vestido? —Sus manos atraparon el trozo de tela tras el que se escondía la y lo arrojaron a la cama, procurando no arrugarlo.

—Sí, mucho. —Alejandra, en un gesto desesperado y sintiéndose terriblemente vulnerable, intentó recogerlo de nuevo de la cama—. Y será mejor que comience a ponérmelo o llegaremos tarde a la cena.

Valen le apresó las muñecas y sometió cada centímetro de su figura al análisis de su libidinosa mirada. Con el corazón bombeándole frenético, Alejandra lo

contempló con sus enormes y expresivos ojos agrandados.

—¿Qué sucede? ¿Se trata del vestido? No... no era para mí. Por supuesto que es para ti, y me muero por vértelo puesto. Pero más tarde. Ahora...

—¿Ahora qué?

Alejandra se humedeció los labios y la mirada de Valen se fijó en el leve movimiento. Como en trance, descendió su boca hasta la de ella, dura y resuelta, dañando la vulnerabilidad de sus labios, forzándolos a abrirse. Sus dedos se cerraron sobre sus caderas primero y luego sobre sus prietas nalgas, atrayéndola más contra sus músculos de hormigón y la prueba inequívoca de su excitación. La respiración súbitamente acelerada, pequeños gemidos de placer ahogados en su garganta mientras Valen seguía besándola.

Presas de la misma ciega pasión que Valen había desatado en ella la noche anterior, con dedos inseguros, desató algunos botones más de su camisa. Se maravilló con su amplio toroso y trazó con algunos dedos la suave línea de vello que iba desde su estómago y que desaparecía más allá de la cinturilla de sus pantalones. Le encantó comprobar cómo él se tensaba y se ponía duro como una roca bajo su toque.

Despacio, y jurando entre dientes, Valen le aferró las muñecas e interrumpió el beso. Él estudió su rostro acalorado y su expresión arrobada. —Se supone que debes ser tú quien nos salves a ambos de quemarnos. — Soltando sus muñecas, cerró una mano sobre su pelo; ella se vio obligada a mirarlo a los ojos—. Si vuelves hacer algo así, pequeña bruja, te follaré tan duro y por tanto tiempo que, el fuego del infierno se sentirá paradisiaco en comparación con el fuego que instalaré entre tus muslos.

El corazón de Alejandra comenzó a latir con más fuerza y no pudo evitar que una oleada de malestar naciera en su interior. Trató de ignorarlo y calmarse; trató de maldecirlo por sus crueles modos, pero no era fácil. No cuando no podía sino pensar que, quizás, quisiera quemarse con él. Sí Valen estaba en el infierno el cielo carecía de interés para ella...

¡Madre de Dios!

—Tengo algo para ti. —Él la obligó a enfrentarse al enorme espejo del tocador.

Alejandra estaba perdida en sus pensamientos cuando Valen, tras buscar algo en su chaqueta, estuvo de regreso a su lado. La confusión se apoderó de la joven. El cuerpo masculino que se pegaba a su espalda la estaba incendiando viva.

Se estremeció al sentir las manos de Valen acariciando sus hombros y

subiendo por su garganta. Cerró los párpados y contuvo el aliento.

—Tu piel es demasiado delicada y se resiente con facilidad.

Bruscamente sus ojos se abrieron cuando sintió un frío metal en su clavícula.

—Di-iamantes —tartamudeó ella, horrorizada, observando el resplandeciente collar que colgaba de su cuello.

Él sonrió y la envolvió en sus brazos, apoyando la barbilla en su cabeza y atrapando su mirada a través del espejo.

—Alejandra, debes ser la única mujer de este planeta a la que le ponen un hermoso collar de diamantes y tiene cara de llevar enroscada en el cuello una boa constrictora.

Ella se enojó contra sus palabras, con la vergüenza golpeando su rostro.

—No le encuentro la gracia. Además, sabes de sobra que no me gustan...

La sonrisa de Valen murió al instante.

—¿El qué, las joyas? —interrogó él, arqueando las cejas y separándose de ella. Sin el calor de su cuerpo, arrojándola, sintió frío y se abrazó el estómago

—. ¿O se trata, acaso, de qué detestas pensar que le debes algo alguien?

¿Incluso a mí, Ale? —Después de un breve y tenso silencio, apretando la mandíbula y puños, murmuró—: Yo no soy Rayco Curbelo.

No, probablemente él sería alguien mucho peor que esa rata de Curbelo, pero Alejandra, demomento, no lo sabía,yeso eralo único queleimportaba. No soportaría perderla.

Sacudiendo la cabeza y visiblemente afectada por su comportamiento, la joven se giró y se arrojó a sus brazos. Se amarró a él como si tratase de su tabla de salvación.

—¡No, no lo eres! ¡Nunca serías como ese canalla! —Colocándose de puntillas frotó la nariz en su cuello y lo besó—. Discúlpame, no fue mi intención molestarte. Aprecio mucho el hermoso gesto que has tenido conmigo.

Valen sacó a relucir una sonrisa malvada y volvió a poner las manos sobre sus hombros y luego las deslizó sobre su cuerpo hasta llegar a su cintura; fue una lenta y gradual exploración durante la cual Alejandra no se atrevió a respirar. Cuando rodó a continuación las caderas contra las de ella, dando un respingo, ella intentó echarse hacia atrás, pero él la retuvo en sus brazos.

—Estate quieta —Le advirtió Valen con los labios acariciando el lóbulo de su oreja—. Todavía no he acabado contigo. —Val... no.

Haciendo oídos sordos a sus protestas, él le echó ligeramente la cabeza hacia atrás e inclinando el rostro, le acarició con la lengua la mejilla, avanzando lentamente hasta la curva de su cuello mientras con su mano libre comenzaba a

desatarle los cordeles del corsé.

Estoy pensando qué, quizás, solo para que te sintieras un poco mejor, podrías darme algo a cambio.

Cuando el corsé cayó al suelo la hizo ponerse de nuevo frente al espejo, él de vuelta contra su espalda. La protuberancia que tenía tras la cremallera de sus finos pantalones se le clavaba en la parte inferior de su columna. — ¿Qué... qué estás haciendo? ¡No!

Él le sujetó los brazos en los costados cuando intentó escabullirse.

—¡Quieta!

Inmóvil, en la cárcel de sus brazos, contempló su desnudez a través del reflejo. Sus pupilas se dilataron. Su voz, ronca y seria.

—No te muevas. Tranquila. Solo escucha a tu cuerpo en vez de a tu mente.

Ella empezó a temblar incontrolablemente cuando le acunó los senos con sus dos grandes manos. La voz de Valen le llegaba desde la distancia, suave y tranquilizadora, aunque no podía entender lo que decía.

—No me equivoqué. Ni los diamantes ni la joyamás cara del mundopodría competir con el esplendor y la seda de tu piel. —Él enredó una mano en el cabello de la joven y tiró hacia atrás de ella. Sus labios rozando los suyos— . Eres hermosa, chiquita. Toda tú lo eres. Pequeña y menuda para un hombre como yo. Y eso me excita. Me excita pensar como encajaré mi cuerpo al tuyo sin romperte. Cómo demonios haré para caber dentro de ti.

Renunciando solo a uno de los dos sensibles montículos que masajeaba, violó su boca mientras su mano libre viajaba hacia su ombligo... y más abajo. Incapaz de resistirse, coló algunos de sus dedos dentro de las braguitas y la acarició íntima y superficialmente. Ella gimió y sus caderas se ajustaron al ritmo de su toque, pidiendo más, más fuerte.

Y eso fue todo lo que necesitó Valen.

Con un sonido gutural escapando de su garganta y con un solo pensamiento racional, la aferró por las caderas y separó sus labios de los de ella.

—Mi querida niña. Algunas veces el modo más rápido de llegar al paraíso es deteniéndose a tiempo.

La obligó a doblarse y la empujó gentilmente hacia delante, hasta que las palmas de sus manos se apoyaron en el tocador. Ella se tensó cuando notó su rodilla abriéndose camino entre sus muslos.

—Separa las piernas.

—Val, no...

El miedo desencajó el rostro de Alejandra al notar como quedaba expuesta

una parte importante de sus nalgas o como el miembro de Valen parecía querer penetrarla, aun teniendo una prenda de por medio.

¿Acaso pretendía tomarla por... detrás? ¡Oh, madre de Dios!

Había escuchado y leído lo suficiente para saber que algo así sería doloroso. ¡Y más para alguien virgen como ella!

El pánico renovó sus fuerzas y peleó por incorporarse. No pudo.

Sollozó. —No lo hagas, Val... Por favor, no lo hagas.

Élcernió más su intimidante cuerpo más sobre ella. Su aliento le cosquilleó el oído:

—No me temas. Nunca lo hagas. Porque llegará el día que seas mía en todo el sentido de la palabra, de mi exclusiva propiedad. Pero ahora, sin embargo...

De repente, Alejandra sintió como el delicioso peso de su marido no la aplastaba como antes. Lista para tratar de egerirse, pegó un grito cuando notó un inesperado pinchazo de excitante dolor en una de sus nalgas. —Me... me has mordido —tartamudeó.

—No, yo simplemente he marcado lo que es mío.

Se tambaleó un poco cuando él la ayudó a enderezarse. Lo empujó de su camino y se apresuró a recoger del suelo el corsé. Apretó la erótica prenda contra su pecho y lo fulminó con la mirada.

—¡Eres un cavernícola! ¡Un troglodita! Y, dime, ¿qué se supone debo hacer ahora? ¿Ir sin bragas y alzarme la falda del vestido para que todos vean tu marca de propiedad?

Valen se acercó y le tomó la barbilla a pesar de que ella se resistió. Ahogó un jadeo. Sabía que lo había provocado.

—Ni se te ocurra ir la cena de esta noche sin ropa interior. Cuando estemos solos tú y yo, entonces, ahí podrás andar semi cubierta o completamente desnuda, si es lo que deseas... O yo te lo pida.

—¿Pedir? —le escupió ella—. Esa palabra no figura en tu vocabulario, Val.

—Tienes razón. Yo solo exijo y tomo lo que quiero, sin permiso y sin dar explicaciones.

Le arrebató el corsé de entre los dedos y ella soltó un gritito cuando sus pálidos senos con rosados botones quedaron al descubierto de nuevo. La empujó a la cama y se colocó encima. Acopló a su cuerpo al de ella y la mantuvo inmóvil mientras encajaba sus labios en una de sus aureolas. Alejandra ahogó un jadeo cuando la chupó y mordisqueó.

Pero recuerda siempre esto, chiquita: solo exijo y tomo lo que quiero, lo que

realmente me importa.

Cuando dio por finalizado aquel placentero castigo, la besó en la boca de forma breve y feroz y la soltó. Se incorporó de la cama y observó divertido como se cubría el busto con los brazos.

Era tan raro verlo sonreír... Al menos no tan amplia y abiertamente. Y era arrebatador.

— Saldremos en una hora. Muero porque todos sepan que eres mía. Que solo serás mía y de nadie más. Quiero que ningún hombre pueda negarlo siquiera.

Sin darle opción a la réplica, él le dio la espalda y fue hacia la puerta.

Temblando aún de la cabeza a los pies, Alejandra gateó hasta sentarse en el borde de la cama. Recogió de nuevo del piso el encaje turquesa y comenzó a ponérselo, notando el dolor de sus dedos por el agarre frenético que hacían contra la tela. Con un suspiro entrecortado, se tocó el cabello revuelto antes de reparar en la millonaria joya que brillaba aún en su cuello. La acarició con una mueca de disgusto.

Le extrañaba que no le hubiera regalado una plaquita que dijera: «¡Tócala y te mataré! —Valen Lemacks.»

CAPÍTULO 15

Alejandra descendió de la limusina. Sintióse como una princesa de cuento de hadas, subió por unos escalones de mármol al lujoso hotel del brazo de un Valen de esmoquin. Él sería su particular príncipe encantado de esa noche.

Una magnífica puerta de madera oscura con herrajes de bronce y plata se abrió ante ellos como si hubiera recibido una orden muda. Con una ahogada exclamación, la joven contempló brevemente las paredes pintadas de color durazno y las altas ventanas.

— Buenas noches, señor Lemacks. Nos honra con su presencia —Una pelirroja elegantemente vestida se les acercó con una sonrisa muy femenina y elocuente—. Ahora, si es tan amable...

— Ahora, si *son* tan amables, señor y señora... —La corrigió Valen, con esa calma amenazante que tanto lo caracterizaba.

La sonrisa de la rubia se desvaneció.

—Discúlpeme, señores, y acompáñenme.

La emperifollada mujer, que Alejandra supuso sería la recepcionista del evento, los guió a través de una galería. En pocos segundos un gran salón con alfombras orientales cubriendo el mármol del suelo y candelabros de cristal de *Murano* colgando de un techo que parecía haber sido pintado por *Tiépolo*, les dio la bienvenida.

—Como podéis comprobar, la mayoría de los invitados ya han llegado — Antes de retirarse, se dirigió a Valen, insinuante—. Si necesitan cualquier cosa, señor, mi nombre es Holly.

Alejandra trató de ignorar la punzada de celos que la asaltó y echó un rápido vistazo al nutrido número de personas que conversaban, unos con otros, como los consumados mundanos de la alta sociedad que debían ser. Agradeció secretamente a su esposo que supervisara cada detalle de su aspecto, pues la etiqueta para ese acto benéfico era de gala y ella poco o nada entendía de modas y protocolos.

—¿Impresionada? —Le preguntó Valen, distraído. El brazo que se cerraba en torno a su cintura se hizo más posesivo.

La realidad era más compleja. Estaba asustada. Aquel lugar era algo fuera de su ambiente. Valen era un hombre que pertenecía a un mundo de riqueza,

influencias y lujos, completamente extraño y desconocido para ella, y tenía miedo de moverse dentro de esa órbita.

—Yo no diría eso, exactamente.

—¿Y qué dirías entonces?

—¿Honestamente?

Él asintió y ella tragó en seco.

—Está bien. La gente alardea de su poder, actúa como si el lujo y la comodidad fueran lo más importante en la vida.

—¿Y no lo es?

—Creo que una persona que vive preocupada por sus riquezas, es en realidad muy pobre.

—Anota. Filosofía. Aristóteles escribió: que la riqueza consisten mucho más en el disfrute que en la posesión —Una vez más la mirada meditabunda de Valen la recorrió lentamente, demorándose en su escote lo suficiente como para ponerla nerviosa—. Eso, cariño, llevado a la vida diaria sería: a mí me gusta poseer lo que más tarde disfrutaré en la privacidad de una habitación.

Ella, desdeñando su provocación blanqueó los ojos.

—Espere profesor a que saque el cuaderno y el bolígrafo de debajo de la falda.

Una hora después, la subasta para recaudar fondos parecía transcurrir con total normalidad y parecía ser todo un éxito. El salón estaba repleto de lo último en moda. Las mujeres eran elegantes y sofisticadas. Los hombres, la mayoría en esmóquines, eran todos corteses y acicalados. Las conversaciones, pronunciadas en un sinfín de distintos idiomas, sonaban ingeniosas e inteligentes.

Alejandra exhaló con dificultad. No podía competir con la mayoría de las féminas que se contoneaban por el gran salón agitando pestañas y destilando erotismo, pero tampoco estaba dispuesta a acobardarse.

Volvió la cabeza para mirar de perfil a su marido.

Valen charlaba en esos momentos de negocios con varios hombres. Uno de ellos se había presentado como Angelo Zammicheli. El italiano, aproximadamente de la misma edad de su marido, debía medir más de metro noventa y era levemente más corpulento que él. Parecía un modelo, desde los esculpidos pómulos a la clásica y arrogante nariz, el mentón cuadrado o los generosos y sensuales labios. Su cabello era negro como el azabache y sus ojos brillaban como el jade. El hombre debió darse cuenta que lo espiaba a hurtadillas, porque una sombra de sonrisa suavizó la dura línea de su boca

cuando la descubrió in fraganti. Roja, hasta la raíz del cabello, Alejandra sintió como su mirada recorría su vestido turquesa, deteniéndose más de la cuenta en su busto. Pese a su innegable atractivo y la desbordante serenidad que desprendía, había algo en él que no la terminaba de convencer. Era como contemplar a un feroz *Bull Terrier* peleando por sobrevivir. Implacable e imparable.

Valen debió percibir su ceñudo escrutinio, porque de inmediato, sin cortar su debate, encerró un brazo en su cintura y la ciñó más asfixiantemente a él. Ella guardó silencio mientras el corazón le latía con fuerza.

En una táctica desesperada, examinó al gentío que los rodeaba. Cualquier cosa que la ayudara a distraer a su traidor cuerpo sería bienvenida.

Enseguida comprendió que el remedio había resultado más ineficaz que la cura.

Morenas y rubias, altas y bajas, casadas y solteras, miraban a Valen y a Angelo Zammicheli como si fueran un bastón de dulce regaliz que quisieran chupar. A ella, sin embargo, la contemplaban como si fuera una cucaracha a la que debían exterminar de la faz de la tierra.

Estupendo. Ella, como siempre, haciendo amigos.

—Alejandra, ha sido un verdadero placer —dijo Angelo en español, su voz profunda, masculina y tranquila. Se había detenido de pronto justo frente a ella. Tomó su mano y se llevó el dorso de esta a los labios.

Ella tragó, retirando la mano como si se quemara.

—Igualmente, señor Zammicheli. Quizás volvamos a coincidir.

Hundiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, el hombre curvó la boca en una sonrisa que detendría el tráfico. Aquel sujeto era perturbadoramente seductor.

—No creo en la suerte ni en la casualidad. Por otro lado, llámame Angelo. Tuteémonos, por favor.

A su lado, el buen humor de Valen parecía haber desaparecido, reemplazado por una clara advertencia al italiano: *quita tus zarpas de lo que es mío si no quieres lamentarlo*.

Angelo ensanchó su sonrisa, sus dientes blancos intermitentes en ese rostro moreno y arrogante.

—Relájate, socio. La mujer de otro, si nos gusta, tiene una ventaja: que ya es de otro. Y si no nos gusta, esa ventaja parece mucho más clara —Dio un apretón de manos a Valen y le comentó antes de alejarse—: Pasaré una larga temporada por aquí, así que tenemos mucho de lo que conversar.

Todo en el gran salón parecía seguir transcurriendo con normalidad. El sonido de cifras desorbitantes y de pujas bailaban en sus oídos.

Alejandra reparó en como una rubia, cubierta en un caro vestido color malva y subida a unos tacones de vértigo, no apartaba los ojos de Valen. Tuvo la desagradable sospecha de que debía conocerlo muy bien. ¿Tal vez, íntima y físicamente mejor que ella?

En ese momento se dio cuenta de que Valen la miraba con fijeza y comprendió que tenía que decir algo. Para su consternación, su lengua actuó más rápido que su mente.

—Parece conocerte.... ¿Se trata de una amiga?

Él esbozo lo más parecido a una sonrisa y la abrazó con fuerza. Ella apoyó la cara contra su cuello y él la acarició y besó en la frente, ante la cara de incredulidad de la mujer y de muchos otros invitados que los espían en esos instantes.

— No es mi amiga, y tampoco tienes motivos para estar celosa. Sigues siendo mi chica favorita.

Alejandra echó la cabeza hacia atrás. Había una ligera diversión en su voz y se sintió ofendida.

—¡Yo no estoy celosa!

¡Por supuesto que no estaba celosa! Ella simplemente quería arrancarle a esa gata descarada los ojos con las uñas. ¿Era eso estar celosa? ¡Por supuesto que no!

CAPÍTULO 16

—Pero que ven mis ojos.

Alejandra casi se ahoga con un pedazo de salmón ahumado. Bebió un sorbo de la copa que sostenía una de sus manos.

Detrás de Valen apareció una mujer esbelta y muy bonita, de unos cincuenta o sesenta años, de rasgos bien definidos, con el cabello castaño recogido en la parte superior de la cabeza y un bellissimo channel en blanco y negro con escote canoa.

—Shannon Bonham...

—Así que esta es la joven de la que todos hablan.

Valen reaccionó inmediatamente e hizo las presentaciones.

A Alejandra le agradó de inmediato.

—¡Oh, Valen! —Rió la mujer después de unos minutos de amena y alegre conversación—. Creo que es la primera vez, desde que nos conocemos, que te veo sonreír de verdad. Sólo por eso estoy segura que Alejandra debe ser alguien muy especial y que nos entenderemos a las mil maravillas.

Alejandra sonrió. Realmente le gustaba Shannon Bonham.

La exquisita dama la abrazó de un brazo y confesó:

—Valen considera que este tipo de eventos son... ¿Cómo suele decirme él? Oh, sí. Un escaparate. Como contemplar una subasta llena de cortesanas jóvenes y de cierta edad; hermosas y seguras de lo que valen, y a un puñado de marchantes más preocupados en exhibir el grosor de sus carteras que en apoyar una buena causa.

Cuando se quedaron a solas, lo miro perspicaz.

—¿Me has traído aquí para exponerme como una adquisición?

Hubo burla en la suave risa que él emitió. A modo de recordatorio, deslizó disimuladamente una de sus grandes manos hacia la nalga que le había mordido y se la ahuecó. Luego le murmuró al oído:

—Te he traído aquí para que todos vean que no estás en circulación. Para que sepan que me perteneces.

Ella se puso lívida y dio un paso atrás.

—Pues siento decirte que harás un ridículo espantoso. No creo que muchos envidien tu lugar en estos momentos o comiencen a hacerte propuestas deshonestas en cuanto a mi persona —Con la magnificencia de una reina

levantó la barbilla—. Ahora, si me disculpas, buscaré el tocador de señoras. Sentada sobre el sellado retrete del servicio, Alejandra maldijo la media que se le había zafado del ligero. Fuera del cubículo, las paredes estaban revestidas de espejos envejecidos y de piezas *vintage* en los diferentes muebles. Resopló. Había, incluso, sillones tapizados y una consola con flores perfumadas y caramelos.

¡Aquello sí que era todo un alarde de sofisticación!

Alejandra oyó derepentetacones, voces y risas. Levantó unaceja. No tardó mucho en entender cuál era el tema favorito de discusión esa noche.

Se llevó las manos a la cara, sintiendo el estómago revuelto. No podía creer que volviera a sentirse atrapada como en el pasado.

—¿Habéis visto del brazo de quién se ha ido el guapísimo Angelo Zammicheli?

—De la bruja asaltacunas Shannon Bonham. Nadie sabe con exactitud qué relación los une, pero ella podría ser su madre por edad.

—Angelo Zammicheli es tan misterioso y atractivo como Valen Lemacks.

Suspiros audibles llenaron la estancia.

—Valen Lemacks... No sé qué se hará pero cada vez lo encuentro más irresistible. ¡Ese hombre es divino, lo mires por donde lo mires!

—Confieso que me ha sorprendido verlo aquí esta noche. Creo que no es un secreto para nadie que es alérgico a estos actos...

—A estos actos y a cualquier acontecimiento que tenga de etiqueta a la *creme de la creme* de la alta sociedad. Eso explica con la clase de mujercita que se ha casado. ¡Sigo sin poder dar crédito! ¡Valen Lemacks, casado!

—He escuchado que es una simple campesina que se encontró en algún pueblucho de España. No entiendo porque tiene esa cara de mosca muerta. Debería estar exultante por tener a un animal en la cama.

—No ha de ser porque el marido no cumpla. Quizás el problema lo tenga ella. ¿Qué sé yo?

—¿Pensáis que sea una frígida? Valen la echara muy pronto si es así. Lo que ese hombre necesita es una mujer con experiencia y no alguien tan insignificante como ella.

Risas y más risas.

—Eso es cierto. ¿Acaso no visteis los patéticos esfuerzos de Sidonie por llamar su atención? ¡La ignoró completamente! Es como si nadie, salvo esa aldeana existiera.

—No es nada más que una Cenicienta con suerte. Y como a Cenicienta, el

tiempo se le agotará.

—¿Por qué otra cosa Valen se casaría con ella si no es por lástima? Algún entuerto debe haber en medio, porque dudo mucho que sea por amor o pasión.

—¿La habrá dejado embarazada y por eso se ha casado con ella?

—Tal vez, Valen iba puestísimo de alcohol y abusó de *sor*... ¿Cómo se llama?

—Alejandra. *Sor* Alejandra.

Todas estallaron en carcajadas.

Alejandra lamentó en esos momentos que su inglés mejorara cada día a pasos agigantados. De no hacerlo, se habría ahorrado entender muchas de las cosas que aquellas hienas escupían por la boca. Decidió que sería ahora o nunca. Debía salir de allí y acabar con el careo en ese gallinero.

Armándose de valor, salió del cubículo, dejándolas a todas coloradas y mudas. Estiró los labios y les dedicó una falsa sonrisa mientras se lavaba las manos y les hacía ver que nada de lo que pudieran decirle podía afectarle.

Tal vez fueron solo unos segundos, pero a ella esa interpretación le pareció eterna.

Cuando abandonó los aseos, un hombre le obstaculizó el paso. Era alto, por lo menos de un metro ochenta y cinco, calculó Alejandra, pero de ninguna forma desproporcionado, puesto que tenía hombros y pecho amplios, y aunque usaba esmoquin los músculos se adivinaban debajo de la tela. Su cabello era de un castaño oscuro, casi negro, y estaba peinado hacia atrás; sus ojos tenían el color de las avellanas. Sonreía.

—La señora Lemacks.

La joven lo miró perpleja. Desconcertantemente, el desconocido hablaba en castellano, con un ligero acento que no ocultaba su sarcasmo.

—¿No... nos conocemos? —farfulló, insegura de cómo debería reaccionar.

—No, en absoluto. Aunque confieso que tenía muchas ganas de conocer a la esposa de Valen.

—Entonces es a él a quién conoce.

Pudo ver un destello casi imperceptible de humor en los ojos del extraño.

—Algo así.

Durante un momento largo, Alejandra se obligó a sostenerle la mirada. Los ojos de él se deslizaron hacia abajo, con una insolencia lenta y deliberada. Lostirantes delgados acentuaban sus hombros redondos y el generoso escote de su vestido, visto desde su alto tamaño apenas si ocultaban sus senos.

Alejandra se sonrojó e instintivamente retrocedió. En seguida las manos del hombre estaban bajo sus brazos, obligándola a volver a su sitio, frente a él. El

rubor abandonó sus mejillas y dio paso a la extrema palidez.

—Le pido que me suelte, por favor.

Los dedos del extraño se cenaron con fuerza sobre sus brazos y cuando ella intentó apartarse de nuevo, él torció los labios.

—Te has puesto muy pálida de repente. Solo trato de evitar que te desmayes y te golpees la cabeza contra el duro piso de mármol. Si ocurriera algo así, Valen jamás me lo perdonaría.

—Aparta tus manos de mi mujer.

Ella se quedó inmóvil y el hombre soltó una carcajada.

—Ah, Valen, estoy sorprendido. Nunca imaginé que pasarías algúndía por una vicaría. Parece una criatura tan frágil e inocente que tengo la impresión de que un solo sople de viento se la puede llevar.

—Fuera de mi vista, Damiano. Lárgate antes de que me hagas perder los estribos.

—Tú, como siempre, tan amigable —bufó el individuo—. ¿Recuerdas lo que solía decirnos el viejo Flavio? La vida se divide en tres tiempos: en presente, pasado y futuro. De éstos, el presente es brevísimo; el futuro, dudoso; el pasado, cierto.

El hombre los miró frío y especulativo una última vez, se dio media vuelta y se dirigió de nuevo al gran salón y desapareció.

Valen casi llevaba arrastras a Alejandra por una salida secreta del hotel. Ella intentó liberarse, pero los brazos de él la oprimieron con más fuerza.

—¿Qué sucede? ¿Adónde vamos?

—Regresamos a casa. No soporto estar en este maldito lugar ni un minuto más. Como si él la hubiera bañado con agua helada, la joven estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Detente. ¡Por el amor de Dios, Val, llevo unos malditos tacones! ¡Camina más despacio, porque ni soy un carrito con ruedas ni un perrito *chiguagua* al que jalas de una correa!

Él gruñó y de repente se detuvo. Encorvándose sobre sí mismo le arrancó los zapatos, dejándola descalza.

—Problema solucionado.

Alejandra abrió la boca para protestar pero antes de formular ni una sola palabra, él se deshizo de su chaqueta, se la pasó por los hombros y la tomó en brazos. Siguió por el corredor que conducía a la parte trasera del edificio.

—Ahí fuera hiela. No quiero que te resfríes.

—¿Y qué pasa contigo?

—La limusina nos está esperando al final de la escalinata, creo que podré sobrevivir.

Alejandra sacudió con desesperación la cabeza en un esfuerzo por aclarar sus pensamientos y escuchó campanas de alarma.

—¿Se trata de ese hombre? Parecía conocerte.

El poder y la ira que fluían de él la asustaron.

—Por tu propio bien, mantente tan lejos de Damiano Li Volsi como te sea posible. No quiero que te hable, tampoco que te mire. ¡Mucho menos que te toque!

Alejandra intentó hablar, pero sentía como si tuviera la boca llena con ceniza. Los ojos se le anegaron en lágrimas. Se apoyó mejor contra el cuerpo masculino y cerró los párpados, al tiempo que el familiar aroma de su esposo la reconfortaba... Cuando el aire frío comenzó a acariciarle la piel y a entumecerla, abrazó con más fiereza a Valen. Quería brindarle su calor corporal.

Lo último que reconoció Alejandra antes de caer somnolienta, fue que estaban junto a la limusina. Y con ella, sus sueños de princesa de cuento de hadas, como Cenicienta, habían concluido a media noche. Con la indeseada y catastrófica última campanada.

Quería verla.

Alejandra temblaba de nervios como una niña la víspera de Navidad. No había podido quitarse esa sensación de exaltación desde que recibiera esa misma mañana un *whatsApp*. Desde un número desconocido, la citaba y le rogaba que no contara a nadie de sus planes. Ni siquiera a su esposo.

Miró la hora en su móvil y rogó para que no se demorara. El humeante chocolate que había pedido como consumición alocupar unadelaspequeñas mesas en una cafetería, empezaba a enfriarse.

Había tenido que elaborar todo un plan de despiste junto a una refunfuña Idaira para poder escabullirse del *Spa* en el que, supuestamente pasarían las próximas dos horas. Si no estaba de regreso pronto, la sombra que le pisaba constantemente los talones se daría cuenta que, la mujer a la que daban masajes, faciales y cuidados restaurativos para la piel, no era más que un suplantador.

No deseaba poner en un serio aprieto a Harvey, el guardaespaldas que sustituía esa semana a Gael y Davis, que estaban fuera del país asistiendo sólo Dios sabía a qué secreta encomienda de su marido. Si Valen se enteraba de que Idaira y ella habían podido burlar la seguridad del nuevo escolta, se lo

haría pagar muy caro. A ambos. Afortunadamente para ellos, Valen, quien solía viajar con frecuencia, llevaba dos días fuera, en Rusia. Sus negocios en uno de los países con las mayores reservas de recursos energéticos y minerales del mundo aún sin explotar, lo mantendría ocupado hasta el fin de semana.

Suspirando, envolvió las manos en la caliente porcelana. Le temblaban los dedos.

Sabía que su mejor amigo era un maldito *WorkAholi*c sin remedio ni cura, pero, sin embargo, su drogodependencia al trabajo había aumentado considerablemente desde que una alianza de matrimonio descansaba en el dedo anular de su mano derecha.

Las piernas de Alejandra temblaron bajo la mesa.

¿Era ella el motivo por el que pasaba ahora más tiempo que nunca enfrascado en números y operaciones financieras?

Recordó la reciente cena benéfica y su infortunado broche final con la aparición de Damiano Li Volsi. ¿Quién era ese hombre y por qué le había molestado tanto encontrarlos hablando? Ni quiera con Anthony había tenido una reacción tan feroz.

Alejandra se sobresaltó un poco cuando la campanilla de la cafetería sonó. Estaban concentrada en sus pensamientos que había olvidado por un breve instante que hacía en ese lugar. Pero en cuanto la puerta se cerró, nada fue más importante para ella en esos momentos que su cita de esa tarde.

—Celia —dijo con el corazón latiéndole le alegría cuando abrazó a su hermana después de tanto tiempo. No importaba que no llevara su sangre o que nunca hubieran sido las mejores amigas, siempre formaría parte de su familia. De su vida.

Afortunadamente para ella, la lluvia parecía haber remitido en el exterior. Alejandra asió una mano firmemente a la correa del bolso y se ajustó el cuello de su precioso abrigo negro de volantes mientras sus botas de tubo comenzaban a sortear charcos. Tenía por delante un pequeño paseo de diez minutos de vuelta al *Spa*.

Como si la estuvieran esperando, acechando, cuando llevaba menos de tres minutos de recorrido, un objeto punzante, puntiagudo, en uno de sus costados hizo que diera un respingo. Cuando sintió el contacto de un desconocido sujetándola de un brazo y obligándola a continuar andando junto a él, la sangre se le heló.

— No te detengas y sigue caminando, ricura —le advirtió en un precario español y con un marcado acento. ¿Cómo era posible? ¿Lo conocía?—. Si

gritas o pides ayuda no me llevará más de dos segundos degollarte. A ti y a cualquier idiota que decida hacerse el héroe, ¿entendiste?

Un sudor frío comenzó a bañarle la espalda.

¿Abusaría de ella y luego la asesinaría?

Aquel espantoso pensamiento la estremeció. Las rodillas le flaquearon y el individuo la asió con más dureza y le repitió:

—Sigue caminando con normalidad y mantén esos enormes ojos que tienes clavados en el suelo. Si alertas a alguien, recuerda, morirá. Ambos lo harán. Valen parecía una torre gigante junto a Alejandra, aguardando su descanso, atento a cada uno de sus narcotizados movimientos y sonidos. No le bastaba con sentarse en una silla a su lado. En absoluto. Tenía que estar cerca de ella y tocarla.

Con la palma le tomó la mejilla, su pulgar deslizando sobre su cuello. Las palabras de la doctora instaladas en su memoria.

«Su esposa presenta múltiples contusiones y laceraciones. Un politraumatismo. Un traumatismo craneocefálico importante, con posible hematoma cerebral o hematoma sub-dural. Presenta también herida con objeto punzo-penetrante localizada en el hipogastrio, en la zona del abdomen...»

Silencio. Un largo y desgarrador silencio.

Fuera, en el pasillo, la actividad de los enfermeros parecía haber mermado hacía más de media hora.

Valen agradeció aquella calma. Llevaba más de veinticuatro horas sin descansar, con horas de vuelo acumuladas y un *Jef Lag* del demonio. Estar sin dormir y sin alimentarse, era la menor de sus preocupaciones en esos momentos. En cuanto le informaron de lo sucedido la noche anterior, nada había sido más urgente que regresar a Inglaterra de inmediato. Valen volvió a examinar con atención cada cardenal y corte que la piel desabrigada de Alejandra dejaba al descubierto. No la miró de manera lasciva, como hacía normalmente. Le recorrió los hematomas con los dedos, pasando por los bordes de los oscuros moretones.

La sien derecha de Valen palpó. Las imágenes cambiaban dentro de su mente como una terrorífica proyección cinematográfica: Alejandra siendo cobardemente atacada, golpeada y marcada. Una Alejandra asustada, sufriendo lo indecible. Los abusivos gusanos huyendo mientras su pequeña, se desangraba en el suelo sucio...

Irá. Venganza. Ambos atrayéndose como un imán. Ambos esperando por

la señal de salida.

Una semilla de pánico germinó en sus adentros mientras continuaba contemplando a Alejandra en la cama de una clínica. Ella representaba todo contra lo que había luchado, todo lo que tanto odiaba sentir, y, sin embargo, no podía imaginar nunca volver a una vida sin ella. Antes de ella, no había estado viviendo.

Inmóvil, paralizado, la mano de Valen siguió sobre el cuerpo de su esposa. La tocaba con amabilidad, con conocimiento. Inclino la cabeza y le beso los párpados, mejillas, nariz y labios.

Si esos desgraciados hubiesen...

Pudo sentir la tensión que se apoderó de él, la ira que le aprisionó los huesos. La penumbra de la habitación a esas últimas horas de la tarde lo ayudó a ocultar su vergüenza.

Vergüenza por no haber sabido proteger a su posesión más preciada. A la mujer que era suya. Solo suya.

Valen detuvo sus caricias y dio un paso atrás, como si, de repente, alguien lo hubiese apuñalado en el pecho. En su mente, fragmentos de recuerdos horribles no lo dejaban en paz. El dolor, la humillación, el asco y la deshonra acudieron en estampida a él.

Aquello era insoportable.

Se pasó ambas manos por la cara, sus ojos luchando contra la quemadura de las lágrimas.

No, Alejandra se repondría pronto y ese aterrador episodio sería un lejano recuerdo para ella.

Pero no para él.

Porque él nunca olvidaba, nunca perdonaba. Las tragedias eran lecciones que debía aprender, pero sobre todo, recordar.

Tan desesperadamente necesitaba sentirla de nuevo, que se recostó en la cama con ella. La respiración parecía haberse detenido en su pecho cuando pegó más su cuerpo al femenino, con cuidado de no presionar sus costillas rotas. Enterró la nariz en su cabello, tratando de capturar su esencia, de que el escozor de sus ojos desapareciera.

—Perdóname, chiquita.

Alejandra trató de abrir los párpados. No podía. Aún no. Los sentía demasiado pesados. Demasiado sellados. El dolor...

Temblores terribles sacudieron su cuerpo. ¿Podía vomitar estando aún atrapada en la narcosis del sueño? La joven creyó firmemente que sí, pues la

nauseas trepaban por estómago y trazaban un camino directo a su garganta.
Aire. Necesitaba aire.

Respiró profundamente, una, dos veces, deseosa de llenar sus pulmones con un nuevo y fresco soplo de vida. Cada inhalación se sentía como un asfixiante incendio en sus entrañas. Trató de ordenar a sus pies y manos que se movieran para escapar de aquel fuego. Sus esfuerzos fueron inútiles. Unos hilos invisibles la mantenían encadenada a la cama. Jaló de ellos con más fuerza.

—Alejandra, chiquita, regresa conmigo... *Esa voz... Ese sonido suave y persuasivo...*

Unos dedos se apretaron al alrededor de los suyos. Aquel contacto le resultó extrañamente reconfortante.

Solo un instante.

Porque el dolor... El terrible dolor parecía no querer abandonarla jamás. Se clavaba con seña a través de su carne y huesos y era insoportable.

Me duele. ¡Me duele mucho!

Entonces, para su sorpresa, notó en su mejilla la caricia más suave y delicada que hubiese sentido nunca.

—Sé que te duele, cariño, pero yo estoy aquí y voy a cuidar de ti. —A ella le pareció oír una maraña de nuevas voces y que su favorita, la que la abrazaba en medio de la oscuridad, soltaba una palabrota—. Céntrate en mi voz, mi ángel, escúchame solo a mí. No te vayas a ninguna otra parte, ¿me oyes? Regresa conmigo, por favor, Alejandra.

De repente, unos labios besaron su frente, haciendo que fuera más consciente de ese tierno gesto que del dolor que la retorció.

Entonces, en medio de esa tregua, trató de recordar dónde estaba y por qué, encajar la pieza que faltaba en el *puzzle*.

Ella había recibido una llamada de... De su hermana. Sí, Celia la había llamado y habían quedado en una cafetería. ¡Lo recordaba! Bien. Habían conversado por más de un cuarto de hora y luego... Luego había querido regresar de inmediato al *Spa* y un sujeto... Que habían sido más tarde dos... Alejandra se estremeció, un gélido sudor le surcó la piel y se le metió hasta los huesos. Sintió miedo. Miedo real. Nunca había tenido miedo de morir. Aquellos dos individuos la habían arrastrado del cabello hacia un apartado rincón en un callejón, la habían golpeado e insultado. Ella había luchado con todas sus fuerzas, sus uñas y dientes podían testificar ese hecho. Pero ellos la habían golpeado más duramente, habían sacado una navaja y cortado parte de su ropa para a continuación... El corazón se le detuvo y los ojos se le

inundaron de lágrimas.

¡No!

Una contracción y distensión repetida, brusca y violenta de sus músculos hizo que su cuerpo se convulsionara, incontrolable. Percibió el olor metálico de la sangre. La suya, sin duda. Escuchó nuevamente un tropel de voces, atropellándose unas a otras. «¡No, puede tratarse de un ataque epiléptico!» Buscó su preferida, con desesperación buscó la voz que sostenía su mano en la negrura, pero no podía distinguirla. Alguien lloraba y gritaba. *¿Ella?* Comenzó a sentirse mareada, como si la oscuridad en la que se encontraba prisionera fuera un enorme y hondo agujero por el caía. De pronto, todo acabó.

Las largas y tupidas pestañas de Alejandra se separaron, y allí estaba él, medio de su cuerpo recostado en la cama con ella y el otro medio fuera. Un brazo pasaba, posesivo, justo por debajo de su busto, encarcelándola, como si tratara por todos los medios que no se fuera a ninguna otra parte, lejos de él.

Quiso sonreír pero un desconcertante malestar no se lo permitió. Quiso tocarlo, acariciarlo, besarlo, pero cuando estiró la mano izquierda para hacerlo, una punzada de dolor se lo impidió. Descubrió la vía intravenosa en el dorso de su mano. *¿Qué diantres...?* Ceñuda, examinó la aguja y el catéter que se inserta en la vena y la bolsa que colgaba de un tripie por encima de su cabeza.

Tragó saliva, notando sequedad en la garganta, su respiración todavía superficial y dificultosa. Desorientada, sus ojos rebotaron un poco por la habitación, pero velozmente regresaron al hombre que dormía a su lado.

Val, musitó.

Alejandra sabía que podría deshacerse con facilidad de la suave prisión que el brazo de Valen ejercía sobre su torso, liberar su mano derecha y deslizar los dedos por el rostro masculino, pero no quería despertarlo. Su cara parecía devastada por algo comparable al dolor, podía notar también el cansancio en cada línea de sus rasgos. Suspirando, lo estudió más detenidamente. Tenía el cabello desordenado y su barba de varios días asomaba incipiente. Sus hombros anchos, el pecho musculoso, su cintura y caderas estrechas, estaban cubiertas por un pantalón y camisa de botones. Todo negro. *Como una hermosa y peligrosa criatura*, pensó ella, completa y absolutamente cautivada con la visión.

Casualmente acostado allí, junto a ella, era tan tranquilizador... O lo estaba siendo hasta que las lagunas de su mente empezaron a aclararse. El colchón crujió.

—Alejandra... — La voz de Valen fue solo un lejano eco.

Ella tenía los ojos fuertemente cerrados y hundía los dedos en el colchón, agarrándose tensamente, las lágrimas caían por sus mejillas. Los recuerdos eran fácilmente evocados, y el miedo le arrebató su coraje antes de que pudiera reunir alguno.

Jaló de cables y mantas, tratando de levantarse, pero unas manos firmes la sujetaron a la cama.

—Haz que se vayan, Val, por favor. ¡Haz que se vayan!

Mientras se sacudía, la bilis trepó por su garganta y ella luchó por no devolver, pero el oxígeno era como si estuviera fuera de su alcance, sus pulmones ardían y su estómago estaba agitado.

Entonces no pudo soportarlo por más tiempo, se echó a un lado y vomitó en el piso.

Valen sostenía el cabello de Alejandra mientras le susurraba palabras de consuelo. Cuando su estómago, al parecer, quedó completamente vacío, la ayudó a beber un pequeño sorbo de agua y luego la atrajo contra él. Sus brazos se cerraron alrededor de ella. Temblaba.

Valen le acarició la espalda, dándole un respiro a ambos antes de llamar a un enfermero. Alejandra estaba tan tiesa como una tabla.

Solo un instante después, ella se separó un poco y lo miró fijamente, sus dedos aferrados a las solapas de su camisa.

—Si es difícil para ti, no tienes por qué contarme. No por ahora. — murmuró él, con el rostro rígido y apartándole el flequillo de la frente pegajosa. Tenía un aspecto espantoso y a él le seguía pareciendo la mujer más deseable que hubiese visto jamás.

Ella cabeceó.

—No, quiero hacerlo. Necesito hacerlo —Su corazón casi se detuvo y luego empezó a latir con fuerza en el pecho cuando siguió hablando—: Al principio pensé que me... Que ellos me... —No pudo detener el flujo de más lágrimas al igual que no podía detenerse el viento—. Me golpearon una y otra vez. Yo-o traté de defenderme, de pelear, pero eran demasiado fuertes y eran dos. Me cubrí con los brazos la cara, pero ellos siguieron dándome patadas y golpes en el suelo. Entonces sacaron una navaja... *¿Violación?*

Aquel espantoso pensamiento hizo que Valen cerrara los ojos solo un instante, sintiendo su dolor dentro de él antes de que ella incluso hablara. Esto cortaba como el cristal.

Alejandra se había reservado virgen, absoluta y completamente intacta para el

amor. La primera vez que estuviera con un hombre no podía ser de esa manera tan atroz.

Los médicos habían descartado una posible agresión sexual, pero, sin embargo...

—¿Abusaron de ti? ¿Lo hicieron? —Una cólera pura y sin restricciones invadió su cuerpo como si fuera veneno líquido.

Alejandra abrió los ojos de par en par. Negó.

—No, no lo hicieron. Pasó todo muy deprisa. Cu-uando me arrastraron lejos de la gente... pensé que lo harían, realmente, pe-ero solo me golpearon y golpearon hasta cansarse... —Agachó la cabeza y sus dedos temblorosos rozaron su vientre, el apósito que la fina tela dejaba entrever debajo y que ocultaba una marca que Valen odiaba con todas fuerzas. Una lágrima se le escapó, arrastrándose hacia abajo por su mejilla—. Estuve consciente todo el tiempo, incluso, cuando uno de ellos me tapó la boca y el otro comenzó a... a cortar... A grabarme una... —Ella enmudeció pero él no necesito más detalles, sabía a lo que se refería. De la maldita “V” que tenía en el abdomen. Le habían perforado la piel como si fuera ganado—. Antes de huir dijeron algo. Hablaban de que nunca se debe burlar al destino, que él siempre te observa, susurrándote con su frío aliento en el oído lo que te ocurrirá si lo haces. Y hablaban de otra mujer. —Ella le clavó los dedos en el brazo—. Cre-o que puede haber otra víctima en alguna parte ¿Y si sigue desaparecida y nadie la busca? ¿Y si la mata... ?

La mano de Valen se apoderó de la suya; sus dedos fuertes y cálidos se cerraron sobre ella, manteniéndola cautiva.

—No hay otras víctimas, cariño. Cálmate.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? No puedes saberlo.

—Investigaré si me prometes tranquilizarte.

Alejandra asintió.

Culpable, sentenció él mientras repasaba las palabras de los agresores. Aquella advertencia era un recordatorio. Alejandra debería estar fuera de su alcance. Siempre debió haberlo estado. Pero él había hecho todo lo contrario. La primera oleada de culpabilidad lo congeló. Cuando llegó una segunda, apretó los dientes hasta que sus muelas crujieron.

Había saltado sobre Harvey como un auténtico energúmeno y hecho sentir muy miserable a Idaira, pero él era el único responsable de todo aquel caos, de lo ocurrido a la persona más importante de su vida. Se prometió que no solo haría correr la sangre de los dos imbéciles que habían usado el precioso

cuerpo de su pequeña como saco de boxeo, sino la del cabrón que les había ordenado hacerlo.

Eran hombres muertos.

Todos.

Valen le ahucó la cara entre sus palmas y presionó su frente contra la de ella. Las manos de Alejandra sostenían sus brazos como si se aferraran a una balsa salvavidas. Sabía que podía volver a romperse de un momento a otro.

—Mírame, chiquita. Mírame sólo a mí. No mires a esas dos ratas en tu mente. No los mires porque ellos no pueden alcanzarte. Nunca más. Lo juro.

Alejandra asintió nuevamente y se dejó caer en su mirada gris, su único refugio. El mundo a su alrededor se desvaneció hasta que sólo existió ese hombre y sus ojos increíbles.

CAPÍTULO 19

Cuatro días más tarde...

— Espero, socio, que para cuando llegemos a ver a tu mamá quites ese hocico de mustio, o pensará que no cuidó de ti en su ausencia.

El perro le lamió la mano y siguió caminando alegremente a su lado, rozándole las piernas. Valen hizo una mueca y sujetó mejor la correa. Conformese acercaban a la habitación en la clínica, Patch parecía más y más entusiasmado. El extraordinario olfato canino, indudablemente le anticipaba a quién visitarían.

Detrás de Valen iba Gael. Davis, junto a dos hombres más, custodiaba a su esposa día y noche, como tres fieles perros guardianes.

El guardaespaldas lo saludó e informó quién visitado a su mujer durante su breve ausencia. Mathew y su esposa Nicole, el suicida de Anthony y la distinguida señora Bonham.

—¿Y ahora?

—El señor Zammicheli.

Una retahíla de blasfemias amenazaron con salir de su boca. Todos parecían temerle y a él le gustaba que fuera así. El miedo desprendía respeto. Pero, sin embargo, Angelo Zammicheli era harina de otro costal. Como él. Quizás, por eso se entendían bien, siempre y cuando mantuviera apartadas sus sucias garras de Alejandra.

Alejandra desenvolvió el regalo de Angelo. Ceñuda, examinó el extraño objeto que sostenían sus manos.

—Es un Bastón Tambo Extensible...

—¿Y sirve para?

—Como método de autodefensa. Verás, el bastón está compuesto por tres largueros de acero que al introducirse uno tras otro reducen su tamaño, lo que permite que lo puedas llevar siempre contigo a cualquier parte.

—Oh.

Él le explicó, mostrándole cómo se usaba. Sus dedos cálidos se cerraron sobre los suyos helados y ella rompió rápidamente el contacto. Encogiéndose, apretó más las mantas contra el pecho.

Los labios de Angelo se curvaron con diversión y sus ojos, normalmente de un verde profundo, destellaron con algo oscuro y peligroso en ellos. — Valen

debió pensar que, en ocasiones, un escolta no basta para proteger lo que uno tanto ama.

Alejandra abrió la boca en una tentadora "O", dispuesta a defender a Harvey a su esposo, pero, de pronto, un estrepito captó su atención. Los ojos se le humedecieron al instante cuando Patch irrumpió, exaltado. El perro apoyó las patas delanteras en los hierros de la cama, reclamando atención. Ella se estiró para acariciarlo con la más radiante sonrisa.

—¡Oh, mi pequeñín, te he extrañado mucho!

Bicho con suerte.

Angelo se despidió de Alejandra y abandonó la habitación, llevándose consigo algo que interesaría mucho a Valen. Sabía que lo encontraría nada más poner un pie fuera de aquellas cuatro paredes. A un hombre consumido por la culpa, ahogado en su propia miseria.

Ah, cuanto se parecían, pensó torciendo una sonrisa.

Ambos se habían pasado la vida tratando de cambiar al hombre que parecían estar destinados a ser. Se habían esforzado en mantener el control y burlar el destino. Pero dos mujeres, dos ángeles, los habían dejado con el culo al aire. Les habían puesto precio a sus cabezas, porque ellas, esas dos zorras deliciosas, eran debilidades que nunca debieron permitirse.

Un cuarto de hora más tarde, en la azotea de la clínica, los pies de Valen coqueteaban temerariamente en el filo del parapeto.

Una flor de acato. Una maldita y abominable flor de acanto.

Un llamada de alerta relampagueó dentro de él y el corazón empezó a latirle demasiado rápido.

Miró el horizonte gris primero y luego al abismo bajo él. Todo era hormigón, cristal y acero a su alrededor. El ruido de los coches era un eco lejano y el movimiento del tráfico estaba consiguiendo sacarlo de quicio.

Extraño. Siempre había sentido cierta placidez retando a la muerte. Un simple empujón y caería al vacío.

— La valentía más grande del ser humano es mantenerse de pie, aun cuando se esté cayendo a pedazos. —Angelo lo acompañó en el borde, con su habitual expresión cínica—. Dime, Valen, ¿cuán de grande y dolorosa será la caída?

—¿Quién?

El bastardo sonrió ampliamente. Parecía estar encantado con la perspectiva de salir de caza.

—Un lloroso repartidor que debe estarse cambiando de pantalones. Al parecer, una mujer pasó por la floristería está mañana y pagó en efectivo.

Los datos que ofreció, totalmente falsos. ¿Pero te extraña? Me sorprende que tengas que preguntar si quiera quién.

Desquiciado, la vena del cuello de Valen palpitó como el tic de su mandíbula. Leyó lo que ponía la tarjeta. Otra vez.

El somnífero máspreciado para un cuerpo destartalado es la calidez etérea de un almuerzo, y el servil acanto en su delicadeza se vuelve una invitación perfecta.

Él había estado ahí, en la clínica, cerca, peligrosamente cerca de su pequeña.

Valen podía sentir la emoción vertiéndose en su interior como un malintencionado monstruo, robándole su capacidad de respirar, de pensar, de hacer otra cosa que no fuera quedarse congelado con aquella peligrosa serpiente enroscándose por sus manos.

Porque sabía perfectamente lo que significaba aquella maldita y jodida flor.

Valen era el tercero en empujar dentro de la chica, pero sin lugar a dudas, no sería el último en hacerlo esa noche. Con sus piernas, la mantenía atrapada debajo de su peso y se cernía sobre ella con un fuerte agarre en sus muñecas. La joven gemía pero no articulaba palabra alguna, sus ojos estaban tan perdidos, brillantes y enrojecidos como los de la mayoría en ese pequeño apartamento.

Drogas.

Alcohol.

Valen aceleró el ritmo bombeando más fuerte, más profundo, sin importarle las miradas dilatadas, que poco o nada tenían que ver solo con el sexo. Todas ellas de varones de entre dieciséis y veintiún años.

Sintió sus pelotas tensarse, listas para la erupción de su simiente. Finalmente se quedó sin aliento mientras olas de calor lo invadían y lo hacían correrse.

Aspirando aire para llenar sus doloridos pulmones, Valen se incorporó y se quitó el condón y se subió los pantalones.

Angelo, con una sonrisa diabólica, ocupó su posición. Acarició a la muchacha y luego jaló de ella hacia él, empujando su polla contra su coño caliente y húmedo.

Luca, otro de los muchachos, se acercó por un lateral, acariciándose la polla.

—Abre la boca, princesa.

Obediente, la joven le lamió el glande y luego se lo tragó entero.

—Oh, sí, nena. Eso está genial. —Rió—. Eres muy guarra para ser una

buena chica.

Ella sumergía y sacaba el miembro, follándolo con su boca del mismo rudo modo que Angelo follaba su coño. Su cabeza se balanceaba al compás de la mamada y de las manos que la jaloneaban por el cabello negro. Ahogándose, trató de apartarse, pero el cretino gruñó y la atrajo hacia delante, hasta que sus labios volvieron a rodear la verga tensa.

Lo chupó duro y un líquido caliente pronto escurrió por las comisuras de su boca. La abofetearon e hicieron tragárselo todo.

Aislado de la bacanal de drogas y sexo, Valen fumaba, ansioso. Lejos de encontrar una relajación post orgasmo, se sentía como si lo estuvieran encadenando de pies y manos y lo arrojaban a la carretera, esperando que un pesado convoy le pasara por encima. Una y otra vez. Pisar fondo, solo era cuestión de tiempo.

Los sonidos del sofá chocando contra la pared con cada embestida lo hicieron levantar la mirada.

Ahora era Damiano quien estaba instalado entre las piernas de chica. El canalla número cinco de esa noche, pensó dando una calada al porro que sus dedos sujetaban.

Los golpes de carne contra carne, jadeos y gemidos parecían que no se detendrían nunca, y se hicieron insoportables en sus oídos.

Desesperado por distraerse, contempló los hematomas y cicatrices que tenía cerca de las venas en los brazos, pinchazos en partes accesibles a sus manos...

De repente, fue consciente de cómo su consumo de estupefacientes había aumentado desconcertantemente en los últimos meses.

Él siempre había controlado. Porque había una enorme diferencia entre un consumidor y un drogadicto. El primero consumía de forma ocasional, mientras que el segundo, lo hacía habitualmente.

Como él, ahora.

Se paseó los dedos por el cabello, desaliñando más su aspecto. Aquella maldita porquería estaba en su organismo día sí y día también.

¡Maldición, estaba de mierda hasta arriba!

Los ojos de Damiano se encontraron con los de Valen. Una mueca malvada se dibujó en sus labios antes de enterrarse en la joven con violencia. La chica gritó y se retorció de dolor.

—¡Cierra la maldita boca, puta! —Le ladró mientras cerraba una mano en la delgada garganta. La boca de la muchacha se abrió exigiendo oxígeno,

pero él, lejos de liberarla, la aplastó la tráquea con más fuerza.

Los ojos de Valen se volvieron salvajes y dio un paso al frente. Un firme agarre lo detuvo.

—No, déjalo —Le advirtió Angelo—. Cuando despierte sentirá un fuerte dolor entre las piernas y una resaca del demonio, pero seguirá respirando. Ese enorme hijo de perra puede ser un sádico, pero no es idiota. Una vez hubo acabado, Damiano se enderezó y acomodó el pantalón.

—Zorra inútil. Ni siquiera eras virgen —dijo entre dientes, mientras escenificaba el gran número final del espectáculo. Una flor de acanto voló hacia la figura desnuda y desmadejada de la chica.

Un gesto grotesco. Una burla que algunos de los muchachos hacían a la leyenda que situaba a Calímaco, uno de los grandes arquitectos de la antigüedad, en la tumba de una virgen inopinadamente fallecida pocos días antes de su boda. Quedó tan gratamente sorprendido por la original forma de las hojas y raíces que un acanto creaba entorno al sepulcro, que levantó nuevas columnas en Corinto.

Los cabrones sentían una enfermiza obsesión por meterse entre las bragas de santas, jóvenes de apariencia inocente, cándida, preferiblemente vírgenes, y convertirlas en las mayores golfas del colegio.

Cuando ponían bajo la mira a alguna buena muchacha de reputación intachable, se iniciaba el juego del cazador. Un escabroso juego que concluía cuando una flor de acanto caía sobre el cuerpo usado, vejado e intoxicado de la chica. Su tiempo de excitante novedad acababa tan rápido como moriría una de aquellas bonitas flores sin raíz.

Valen arrugó la tarjeta y flor en sus manos, con tanta fuerza, que sus nudillos se pusieron blancos. Después las lanzó al vacío.

La ira y el temor hervían violentamente en su interior. Necesitaba sacar a Alejandra de la clínica. No se sentaría confiadamente a esperar a que convirtieran a su mujer en la próxima presa de un vergonzoso juego.

Un juego del que él había formado parte.

El aire salió de sus pulmones. Cerró los ojos un instante.

Él había sido un adolescente tan embriagado en su propia decadencia y dolor que había cometido muchos errores. Unos errores tan atroces e imperdonables que, ni el tribunal más benévolo del mundo lo declararía inocente.

—¿Cuál es el plan? Lo de jugar al intachable ciudadano comienza a aburrirme en exceso.

Valen ladeó la cabeza. Angelo le sostuvo la mirada. Sus ojos verdes ardían

como fuegos del infierno. Había conocimiento en ellos.

—¿Los quieres vivos o muertos?

—Vivos.

El rostro de Angelo se iluminó con perverso regocijo.

Sí, porque Angelo Zammicheli seguía siendo la misma clase de demonio de hacía quince años.

Como él.

CAPÍTULO 20

Alejandra, no sin mucho esfuerzo y con la colaboración de Bridget, su enfermera personal, había logrado arrastrarse hacia el borde la cama. Debía tener mucha precaución, siendo muy optimista, durante una semana más. Nada de hacer esfuerzos extras si no quería que se le soltara algún punto de la herida o sus costillas rotas no soldaran debidamente.

Pero ya iba siendo hora de que comenzara a realizar las actividades cotidianas con las que podría lidiar. Estaba terriblemente aburrida de permanecer confinada en el dormitorio las veinticuatro horas del día y mucho más cansada aún, de no salir de la cama.

— Con cuidado —LaanimabaBridget,vigilando susmovimientos—. Sitúa las manos al borde el colchón y haz fuerza con los brazos, no con el vientre, para incorporarte.

Pese al maltrecho estado físico y anímico en el que hallaba suspendida Alejandra desde la agresión, pudo brindarle una apagada sonrisa a la *Mary Poppins* de las enfermeras. Tenía cuarenta y ocho años y era todo amor y profesionalidad.

— Sospecho que esto comienza a parecerse cada vez más a una recuperación postparto, ¿no le parece?

La mujer se echó a reír.

—¡Válgame Dios, señora! El día que decida ser mamá y traiga al mundo al príncipe o princesa de este hogar, ese día, querida mía, esta recuperación le parecerá un mero entrenamiento.

De repente Alejandra se sintió mareada.

—¿Un hijo? —¿De Valen y ella?

—Sí, ya sabe, esos pequeños monstruitos ruidosos y encantadores que colman de felicidad a un matrimonio.

Un movimiento en la puerta entreabierta distrajo súbitamente a Alejandra mientras la mujer a su lado continuaba vendiéndole las maravillas de formar una familia y llenar la tranquila mansión Lemacks en un lugar lleno de risas y juegos infantiles.

—Val —musitó.

De pie, franqueando la puerta con su uno noventa de altura, se alzaba su esposo. Lucía su habitual ropa elegante exceptuando la chaqueta y corbata.

Parecía fatigado, como si de pronto, sus treinta y tres años se hubieran convertido en cien largos y hastiados años. Cada vez más pálido bajo la piel ligeramente bronceada, su rostro revelaba el conflicto de sentimientos que lo estaban consumiendo. Tenía los párpados entrecerrados, y examinaba atentamente el rostro de Alejandra, buscando, quizás, su consentimiento para quedarse.

Cuando lo encontró en la mirada conmovida de la joven, sin apartar sus ojos de los de ella, con una voz que no era más que un susurro mortífero, dijo lentamente a la enfermera:

—Retírese.

—Pero señor, me disponía a ayudar a su esposa a bañarse y a...

Valen no le permitió acabar la frase.

—Yo me ocuparé de asistir a mi esposa. Puede retirarse.

La enfermera bajó el rostro, echó a andar hacia la puerta y cerró, dejándolos a solas.

Él la miró durante unos segundos. Su expresión era hermética, pero seguía buscando algo dentro de ella. Alejandra podía sentirlo. ¿Pero el qué? ¿Dolor? ¿Debilidad? O, quizás, ¿recriminación?

Valen se acercó y se arrodilló frente ella. Sentada frente a él, lo observó con atención. Había preocupación en sus ojos grises, también cansancio. Mucho cansancio. ¿Cuánto hacía que no dormía? Descendió la mirada y descubrió que tenía el puño completamente apretado. Sus tendones casi gritaban de dolor.

—Suave como el pétalo de una flor.

Un dedo de él se deslizó sobre una de sus mejillas y ella se encogió de miedo. Durante un momento terrible no se movió.

Como si ella lo hubiese golpeado, Valen endureció el cuerpo, y se retiró, alejando la mano. Alejandra estrujó más las sábanas contra su estómago.

Desde lo del ataque, le costaba tolerar que la tocaran, cualquier contacto. Los médicos lo habían llamado «estrés post traumático.»

Valen apretó la mandíbula, los dientes... Trataba de recuperar el autocontrol, buscó ese entumecimiento con el que solía sentirse tan cómodo... Antes de que la conociera a ella; la resplandeciente luz al final del túnel oscuro de su vida. Pero, sin embargo, ahora, esa preciosa luz no era más que un debilitado destello.

Y él era el responsable.

Jamás se perdonaría por semejante temeridad, por arrastrar junto a él a Alejandra a la más profunda y desolada oscuridad.

Valen se puso de pie, distrayéndola.

— ¿Lista para darnos esa ducha?

Con los ojos muy grandes y sonrojada, Alejandra balbuceó. —¿Contigo? ¿Juntos... tú y yo?

—No puedes moverte sola por la habitación, mucho menos aún, pararte por más de un minuto en un sitio sin un soporte constante. Quiero supervisar que no te caerás. Que estarás bien.

Extendió sus manos y ella, insegura, las tomó, lo que le permitió levantarse de la cama. La joven se mordió el labio por la tirantez de la herida en el vientre y por los músculos dolientes y agarrotados. Sentía las piernas como dos masas gelatinosas.

—No me sueltes, por favor.

Con una expresión amarga, de culpabilidad, él se inclinó con cuidado y lentamente para no asustarla, rozó sus labios con los suyos.

—Nunca más te dejaré caer, cariño. Nunca más.

Alejandra fue vagamente consciente de ser conducida al cuarto de baño, de que le desabotonaran la camisa blanca que llevaba —una camisa de su esposo— y la deslizaran por sus hombros. Segundos después, las sencillas bragas de algodón desaparecieron también.

Sintiéndose extrañamente mareada y con el picor de las lágrimas detrás de los párpados, cerró los ojos y se estrechó más a Valen para ocultar parte de su desnudez. Su aspecto debía ser espantoso. Contrajo los dedos de los pies. La alfombra era suave bajo sus pies descalzos.

— ¿Tienes frío, chiquita? —preguntó un ceñudo Valen mientras le acariciaba el cuello con los labios, sus manos actuaron de forma natural y le acunaron las nalgas.

Tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para no sentarla sobre el lavabo, separarle las piernas y comer directamente del mismo núcleo de su feminidad. Dios, debía dejar de pensar también lo bien que se sentiría guiar la punta de su polla a su caliente apertura y deslizarse dentro de ella.

Con un entrecortado suspiro, Alejandra negó, preocupándose en que él viera el gesto. No podía hablar sin romperse.

Trató de concentrarse en el sonido del agua al caer. No quería pensar que estaba completamente desnuda ante un hombre. Ante Valen. No quería recordar; que su cuerpo y mente aún conservaban las magulladuras, hematomas e hinchazones del ataque...

De pronto, sintió una abrumadora necesidad de sumergir su cuerpo en agua y

borrar todo recuerdo de aquel día. Pero cuando un aliento abrasador le quemó la piel y unas tiernas manos mimaron su carne ultrajada, la sensatez la condujo a permanecer en su sitio y a no hacer una estupidez.

Valen le cubrió con un apósito la cicatriz del vientre para no mojarla. Algo muy parecido al dolor oscureció sus ojos.

Pensó en los largos e insoportables meses que había esperado para poder tocarla algún día, para poder poseerla, incansable, como si el maldito mañana no existiera. En el instante en que se conocieron, supo que solo ella podía aliviar su alma horrible y ennegrecida. Si él fuera un hombre mejor, entonces podría merecerla. Si él fuera un hombre mejor, entonces removería cielo y tierra para hacerla increíblemente feliz.

Pero el problema era que no lo era.

De repente, Valen sintió los labios de Alejandra en su garganta. Suaves, dulces. Cada músculo de su cuerpo se tensó. Bañarse con ella sería pura tortura.

Sin liberarla de la jaula de sus brazos, entró con ella a la ducha. Inmediatamente el agua caliente los empapó de la cabeza a los pies. —Tu... tu ropa se estropeará —farfulló ella, arrugando la frente.

La visión de Valen, chorreando, con la ropa adherida a su cuerpo como una segunda piel y el bulto inflamado de sus pantalones, hicieron que a la joven se le encogiera el estómago en protesta por la intimidad a la que él la estaba sometiendo.

Como única respuesta, él apoyó delicadamente su espalda contra la pared de azulejos. Se separó solo lo justo de ella y comenzó a deshacerse de las prendas mojadas, marcando abdominales con cada gesto.

Angustiada, ella parpadeó rápidamente y sacudió la cabeza. ¿Había malinterpretado sus palabras?

—Pu-uedes esperar fuera, si me encontrara de pronto mal, no te llevaría más de un segundo abalanzarte sobre mí... Quiero decir, venir en mi ayuda.

Pero Valen, haciendo oídos sordos a su garganta, se quitó hasta la última de las prendas. Alejandra jadeó. El pulso se le había acelerado y el fuego se propagaba por sus venas.

¡Jesús!

Era la primera vez que contemplaba a Valen, gloriosamente desnudo. Su cuerpo, parecía esculpido en piedra. Era fascinante, como el de un dios pagano: hermoso y amenazador. Prohibido y tentador.

El rostro le ardió de vergüenza y el corazón se le desbocó, cuando fijó la

mirada en la asombrosa longitud y grosor de su miembro y en la punta morada como una ciruela de su glande. No había forma de que aquella intimidante verga cupiera dentro de ella sin desgarrarla. ¡Virgen santa, y ni siquiera sabía si estaba erguida en todo su tamaño!

En medio de su nerviosa exploración, la joven reparó en las extrañas y macilentas líneas que cubrían sus muslos. Había muchas y Alejandra sospechó que en su día debieron ser espantosas.

¿Qué le había ocurrido?

Pestañeó confusa, sorprendida, deseando extender la mano y acariciarlas, besarlas con sus labios, calmar el dolor que alguna vez pudo padecer.

—¿Te asusta lo que ves?

Ella volvió a mirarlo a los ojos. Sabía a lo que se refería. Sintió el calor en las mejillas.

—No. Solo que... salvo imágenes o películas, nunca antes había tenido delante a un hombre... Ya sabes, desnudo.

La atrajo con cuidado de vuelta a sus brazos. Ambos gimieron cuando sus pieles se encontraron bajo el chorro del agua caliente. Cuando la erección tesa, dura y ardiente de Valen empujó contra el estómago de Alejandra, esta dio un respingo y trató de apartarse sin éxito.

—Has acariciado y tenido entre tus pequeñas manos mi polla. ¿Cuál es el problema? —Valen le puso las manos sobre los hombros y frunció el ceño cuando ella se tensó. Sus labios acariciaron un costado de su cuello—. No temas, cariño. No voy a hacerte daño.

Él no tenía que decírselo. Muy en el fondo ella lo sabía, pero, sin embargo, últimamente, hasta el más mínimo contacto físico la atemorizaba.

Dispuesta a superar su trauma, apretó los brazos alrededor de él y sus pezones empujaron en su pecho, duros como perlas. Suspiró al notar los latidos de su corazón. Eran fuertes y sólidos, como él.

El agua resbalaba por sus cuerpos, y él comenzó a lavarle el cabello con suma delicadeza, desenredando con los dedos algunos mechones rebeldes. Poco después, tomó el gel de baño y empezó a enjabonarle el cuerpo. Alejandra se apoyaba en él y tenía los ojos cerrados.

Cielos, era preciosa.

Cuando se arrodilló, ella quiso alejarlo, pero él la inmovilizó.

—Quedamos en que me obedecerías y dejarías que me ocupara de ti. Ahora, se una buena chica y separa las piernas para mí.

Roja como la grana, Alejandra accedió. No podía hacer otra cosa. Cuando

sintió las manos que la tocaban, primero en la cara interna de los muslos y más tarde en su sexo, su mente vagó a la fátidica tarde. Cerró los ojos con fuerza, intentando contener el asco que la asaltó, el temblor que la invadió.

Valen se irguió y la examinó. Parecía tan abochornada, tan vulnerable... Tan hermosa.

Le cubrió los pechos. Se los masajeó y acarició y se excitó todavía más al comprobar lo duras que estaban sus puntas.

—Necesito que te quedes quieta. —Ella no dejaba de moverse contra él, provocando que su polla doliera como un demonio—. No me tientes y me limitaré a bañarte solamente.

Los ojos de la joven se agrandaron un momento y luego asintió. Valen paseó una mano por la graciosa redondez del estómago femenino, aborreciendo el apósito que obstaculizaba su camino y que le recordaba, burlón, el tajo en forma de “V” que mancilla la piel pálida de su pequeña. Dios, en otras circunstancias, el macho posesivo que se apoderaba de él cuando se trataba de Alejandra, sonreiría, satisfecho, al ver grabado en ella la señal inequívoca de que era suya. Pero aquella la maldita “V” no era más que el recordatorio de que se estaba tambaleando al filo de la navaja, y que debería alejarla a la fuerza.

Entonces, Valen pasó una mano por detrás de la mujer y cerró el grifo de la ducha. Había querido tomárselo con calma pero, si lo hacía, antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, se encontraría dentro de ella, marcándola, demostrándole al jodido destino que, pasara lo que pasase, Alejandra sería solo suya.

Después de salir de la ducha, los secó a ambos; a ella con sumo cuidado, para llevarla más tarde, de regreso al dormitorio. Tras ponerse unos bóxer y un pantalón de lino, Valen le puso a Alejandra otra de sus camisas y luego la acostó en la cama. Un momento después se subió detrás de ella y la abrazó.

Su amargura fue convirtiéndose en adormecimiento mientras sentía a su pequeña dormir con aparente tranquilidad en sus brazos. Miraba el día desvanecerse a través del ventanal. Los minutos pasaron lejos en el reloj al lado de la cama. Y Valen la mantuvo cerca y cálida, su fuerza recordándole que no estaba sola.

—Los muertos nunca hablan. Permanecen en silencio por siempre —La voz de Angelo era siniestra, tranquila y mortal. Tan mortal como los dos limpios y certeros disparos que había descargado contra el par de infelices que yacían muertos en el sucio suelo del almacén.

Valen todavía estaba sobre sus manos y rodillas cuando levantó la mirada, sus penetrantes ojos grises cortando directamente a través de su ira. —Aún no había acabado con ellos. ¡Esos hijos de perra eran míos!

Una leve sonrisa se levantó en los labios de Angelo. Había una demoniaca frialdad en su mirada que solo mostraba cuando se quitaba su disfraz de ser civilizado.

—Después de lo ocurrido aquí, esta noche... —comentó, dando vueltas a alrededor de los cadáveres, admirando su obra—. Habría sido un auténtico milagro que sobrevivieran. Y si lo hacían, no sería sin usar pañales y engullir los alimentos con un sorbete por el resto de sus deprimentes vidas. Yo simplemente me he apiadado de ellos y les he concedido un billete de primera clase al infierno del que nunca debieron salir.

La mandíbula de Valen se contrajo como si sus dientes se estuvieran fijando, pero no explotó como Angelo esperó. *¡Sucio bastardo!*

Otra leve sonrisa tiró de sus los labios. Con el arma aún en su mano, se inclinó para ayudar a Valen a levantarse. La humedad que palparon sus dedos a través de su camisa negra, le dijeron que sangraba.

—Así que te han cortado en pedacitos —bufó Angelo—. Jugar con ese par de parásitos con navajas totalmente desarmado. Me parece que alguien ha sido demasiado engreído y muy imprudente.

—Que te den por el culo —rugió Valen, mientras, sujetándose las costillas heridas, se esforzaba por ponerse de pie. Siseó y se tambaleó ante el dolor.

—Llamaré a Dex. Esa cuchillada en el costado no tiene muy buena pinta y, supongo, que lo de visitar un hospital queda descartado.

Rechazando el soporte que Angelo le ofrecía con su cuerpo, Valen fulminó con los ojos de un loco a los dos despejos humanos a los que había hecho pedazos sin ninguna otra arma que su ira.

Con el sudor entremezclándose con su sangre, esperó alivio. Esperó sentirse completo. Pero no sintió nada. Absolutamente nada.

De repente, el momento de placer que había experimentado con cada golpe asestado, desapareció. Dejando atrás la vergüenza, el asco y el dolor. El dolor por Ale. *Su Alejandra*. El dolor por lo que debería haber sido, pero nunca sería. Así que, empujando a un lado a Angelo, se dirigió a la salida del almacén.

—No te preocupes, yo recogeré la basura por los dos.

Valen ni siquiera se molestó en voltearse. Sabía que el cabrón estaría sonriendo con suficiencia.

Siempre lo hacía.

Arrogante hijo de puta, gruñó entre dientes, probando el sabor metálico de su propia sangre, recordando cómo ambos habían resurgido de las cloacas.

Nadie podía entender la crueldad y el odio mejor que ellos. Nunca nadie podría comprender, como el repulsivo aroma de la destrucción, de la corrupción, había hecho posible la extraña conexión que tenían.

Valen tembló, la furia seguía consumiéndolo, la adrenalina bullía en sus venas y hacía que su eterna oscuridad se volviese de un matiz rojo intenso.

Angelo y él se habían observado en el mismo espejo cada maldita mañana de cada maldito día.

Nunca nadie viviría lo suficiente si volvía a golpearlos, humillarnos e insultarlos.

Nunca nadie viviría lo suficiente si intentaba separarlos de lo único que amaban.

En el caso de Angelo Zammicheli había sido Geovana.

En el suyo, Alejandra.

Valen salió de la ducha y se anudó una toalla negra en las caderas mientras reparaba en la ropa desgarrada y sucia que había esparcida por el piso.

Su ropa.

Pasando de largo, se colocó frente al enorme espejo del baño. El aspecto desaliñado que presentaba cuando llegó a su lujoso ático no parecía haber mejorado. Tampoco lo habían hecho los moretones y marcas de su cara.

Pero cada uno de aquellos signos valía la pena.

La sociedad tenía desde anoche dos granos menos en el culo de los que preocuparse.

Las violentas imágenes impactaron de repente en su mente. Aún se regodeaba en la gratificante sensación que experimentó durante la lucha, cuando rompió uno a uno los huesos de los dos criminales. Nadie los echaría de menos. Las víctimas que habían tenido que ver, impotentes, como esos dos malnacidos caminaban impunes por el mundo, habían obtenido finalmente su revancha.

Valen bajó la vista hacia sus manos y las liberó de los dos puños que las oprimían.

Sangre.

Se había manchado las manos de sangre de nuevo y, por primera vez, no se arrepentía.

Volvió a contemplar su reflejo en el espejo. Se sentía como si fuera perdiendo cada día más y más el control, algo que nunca o casi nunca se permitía.

Cabeceó, tratando de no pensar qué hacía en su ático de la ciudad y no en su mansión...

Junto a ella.

Con su Alejandra.

Había resistido toda una vida, exiliado de la gente, de las emociones. Pero ahora, sin embargo, el aislamiento no le resultaba tan atractivo, estaba harto de él.

Y la responsable no era otra que la pequeña maga que tenía por esposa.

Alejandra siempre había sido una mujer excepcional. Valiente y sensible, ella era un punto de luz en su mundo de sombras. En la oscuridad de su alma. Ella lo hacía estremecer incluso con la más efímera de las caricias. Ella sonreía y su gélido interior se transformaba en el más cálido de los veranos. Ella, inverosímilmente había provocado que quisiera amar y ser amado.

—¡Ella, ella, ella... ! —explotó, estampado un puño en la dura cerámica del lavabo. La adrenalina, aún acumulada, fluía por todo su cuerpo.

Con fiereza, se quitó la toalla y entró en el dormitorio. Cogió unos bóxer limpios y unos pantalones negros y comenzó a ponérselos, una camisa, también negra, siguió a continuación. No se la abrochó, dejando a la vista su torso de hormigón. Su piel seguía húmeda y su cabello mojado y despeinado.

Tras abandonar el almacén en las afueras de la ciudad, nada más cruzar la puerta de su ático pensó en emborracharse hasta perder la razón. Pero alguien como él, acostumbrado a tolerar el alcohol y sustancias, igual o más dañinas que la bebida, necesitaría algo más potente que el *vodka*, el *Everclear* o *whisky* con el que contaba el mueble bar.

En ese momento, no obstante, se sintió tentado de bebérselo todo para olvidar. Necesitaba algo que le entumeciera, que le quitara el dolor, que le alejara de la realidad...

No. Sacudió la cabeza. Si se alejaba de la realidad, el caos que solía desatar cuando, ingenuamente pensaba que podía ser un hombre normal, sería más devastador.

Tenía que recordar.

Recordarlo todo.

Tenía que recordar que su madre murió por traerlo al mundo. Que su padre, roto por la pérdida, le había hecho desear cada día y a base de palizas, ocupar el lugar de la mujer que le dio la vida. Debía recordar también la prostituta colocada hasta las cejas que había sido o el maleante perdido al que todos temían o detestaban.

Ese era el verdadero Valen Lemacks. El puto, el yonqui, el mortífero tumor que aniquilaba todo a su paso. El demonio que debía meterse en la cabeza de una maldita vez por todas, que si quería salvar a Alejandra de un destino peor del que ya había tenido, tendría que reconstruir de nuevo los muros que los separaban y que él, estúpida e imprudentemente había echado abajo.

Apretó furioso los puños. Las horas transcurrían, pero él continuaba sintiéndose tan inestable como un cóctel molotov.

Esa mujer era su debilidad. Una debilidad que nunca debería haberse permitido y una tentación en la que no debía volver a pensar.

A Valen le dio un fuerte latido el corazón contra el pecho. Torciendo el gesto, se masajeó el pectoral izquierdo. *¡Puto sentimentalismo de mierda!*

Susplegariasparecieronserescuchadascuando alguien llamó a la puerta. *Bendito fuera Satanás*. Su visita de esa noche al fin había llegado. El exorcista que expulsaría a los espíritus malignos, al menos, por unas horas, ya estaba allí.

—Hola, cariño, soy Janice.

Valen tenía los nudillos raspados y arañazos y cortes en sus aristocráticos rasgos, y, sin embargo, los labios rojos de la ramera, de no más de treinta años, se abrieron para revelar dientes blancos cuando sonrió con coquetería. Era evidente que lo que veía le gustaba.

Con un gesto despectivo, desechando cualquier posible y absurda presentación, se echó a un lado para dejarla pasar. Los aterciopelados zapatos de tacón alto con adornos de pedrería resonaron en el piso de reluciente mármol.

Cuando se reunió con la esbelta morena de ojos pardos en la sala, esta se quitaba el largo abrigo, dejándolo caer al sofá. Un seductor vestido negro, ceñido en la cintura y que revelaba una vista atractiva de escote y un montón de piernas largas y bien torneadas, hizo aparición. Tenía la nariz respingona, carnosos labios y un ondulado cabello acariciando sus hombros.

Decepcionado con la primera impresión, Valen apretó la mandíbula y observó con detenimiento a la mujer, esperando encontrar alguna similitud... Con ella.

Maldijo para sus adentros y maldijo también a *madame Dumont*.

No era exactamente lo que había solicitado para esa noche. No tenía el cabello de un precioso color castaño-rojizo, ni los ojos de un marrón suave. Debía pasar del uno sesenta y cinco de altura y, en su opinión, estaba demasiado delgada. Ni siquiera sus abultados senos parecían ser naturales.

Ignorando los intentos de la joven por empezar con alguna breve y trivial conversación, Valen atravesó en grandes y furiosas zancadas el salón y se

dirigió al dormitorio. Segundos después apareció con una bolsa en las manos y la arrojó al sillón.

—Quítate la ropa y ponte esto.

Laprotituta sacó el contenido del bolso y examinó el sencillo vestido devolantes blanco con diminutas flores celestes y la modesta lencería de algodón del mismo color.

Confusa, parpadeó.

—¿Quiere que vista esto?

Él metió las manos en los bolsillos. Su tono torvo desalentó cualquier contradicción.

—No solo eso, también quiero que te desmaquilles, te descalces y te ates el cabello en un recogido desordenado.

Comprendiendo lo que se deseaba de ella esa noche, la ramera comenzó a bajarse la cremallera del vestido. Una pícara sonrisa curvó sus labios.

—Como una buena y virginal chica. ¿Es eso lo que le pone? ¿Acostarse con santurronas?

Los ojos grises de Valen se volvieron de hielo.

—Simplemente hazlo.

CAPÍTULO 23

De espaldas al colchón y con la mirada perdida en el cielo raso del dormitorio, Alejandra supo que esa noche tampoco dormiría. El insomnio siempre sería su más leal amigo. A diferencia de Valen en los últimos días, cuando algo la preocupaba o agobiaba, acudía fielmente a la cita. Junto a ella. No se apartaba, dejando una pared tangible entre ellos.

Un nuevo mensaje entró en su bandeja de *WhatsApp*. A tientas, extendió una mano hacia la mesa de noche para coger su celular.

Hizo una mueca al ver de quién se trataba. Celia.

Mientras decidía si contestar o no, consultó la hora en la pantalla.

La una y cuarto de la madrugada y Valen seguía fuera. Era evidente que esa noche tampoco dormiría en casa. Hacía más veinticuatro horas que no tenía noticias de él y nadie sabía, o evitaban, informarla sobre su paradero.

Cabeceó, desterrando tales pensamientos. Volvió a centrar su atención en la pantalla y frunció el ceño. Sería infantil de su parte seguir ignorando a su hermana después de buscarla por tanto tiempo, incluso, aunque eso significara tener que serpentear las intrigas que lanzaba contra Valen.

Lo está haciendo de nuevo. Primero a mí. Ahora a ti.

¿Qué tratas de decirme? Habla, sin rodeos.

Hablo de Valen.

¿Realmente piensas que lo ocurrido fue fruto del azar?

¿Qué estabas en el lugar equivocado, en el peor momento? No, hermana, no. Sé de lo que hablo, créeme.

Con una presión en el pecho que aumentaba a cada segundo, Alejandra tecleó: Valen es un hombre poderoso.

Es normal que despierte envidias y cultive enemigos. Y yo soy su esposa, Celia. Para bien o para mal, muchos verán en mí el objetivo perfecto para lastimarlo.

No puedo contarte. Aún no.

Pero confía en mí. Debes alejarte de él.

Como yo hice en su día.

Hermanita, si ese hombre me encuentra, no solo yo estaré perdida... ¿Me entiendes, verdad?

¿Por qué insistes con eso? Valen no es esa clase de monstruo que describes.

¿Entonces qué es, Ale?

¿Un devoto y perfecto marido? Tan devoto y perfecto que prefiere pasar las noches en su ático de la ciudad con fulanas y no en casa con su convaleciente mujercita?

Lágrimas calientes resbalaron por su rostro y murieron en la almohada. Tenía un nudo en el estómago y en el corazón.

Es tarde, Celia. Será mejor que dejemos esta conversación ...para otro momento.

Ale, lo siento, no quise herirte con mis palabras. Intenta comprenderme. Me preocupas.

Soy una mujer adulta. Y aunque te parezca increíble, Celia, puedo cuidar de mí misma. SOLA. Lo he hecho todos estos años.

Cuando tú ni nadie estaban nunca para mí , concluyó mentalmente, mientras se despedía y regresaba el móvil a la mesa de noche.

Alejandra se cubrió los ojos con el brazo, la cabeza comenzaba a latirle. Tenía la boca seca y algo parecía roto dentro de ella.

Sabía que Celia podía estar confabulando.

Sí, eso es. ¡Mentía!

Oh, santa virgen María, tenía que estar mintiendo.

De pronto, Alejandra volvía a sentirse como cuando estaba en el colegio y los ojos se le llenaron de lágrimas. Más estúpidas lágrimas que se esforzó en espantar.

¿A quién pretendía engañar?

La verdad era que se sentía humillada y abandonada por Valen. El hombre que, aunque fuera por apariencias, debería fingir que le importaba lo suficiente como para no dormir, solo Dios sabía en qué otra cama y con quién, mientras ambos permanecían en el mismo Estado.

Se dijo que solo hablaba la rabia y el dolor que había acumulado en los últimos veinte años. Valenno podía ser como todas esas personas a las que abrió las puertas y que salieron con la misma facilidad con la que entraron.

Como Celia.

Y como toda esa gente que nunca miro atrás. Que jamás la vio.

Pero, ¿por qué iba a interesarles? Ella siempre fue gris, insípida. La rarita que prefería los libros a la ropa. La rarita a la que aburrían las charlas sobre chicos y que odiaba los deportes en equipo. La idiota sentimental que no concebía el sexo sin amor.

Ella solo y simplemente fue: una inadapta. Por no ser como los demás. Por

ser un pequeño y libre gorrión en medio de un helado y desolado ártico.

Resopló.

Oficialmente no dormiría esa noche.

Las venenosas especulaciones de Celia habían hecho eficazmente su trabajo.

Alejandra se estremeció al imaginarse a otra mujer satisfaciendo las necesidades de Valen. La repugnancia la inundó y una punzada de dolor la atravesó.

Se repitió con ferocidad que ellos no tenían un matrimonio auténtico y que tampoco eran amantes. Había sido muy ingenua si alguna vez soñó con lo contrario. Si Valen la deseó en algún momento, había sido solo fugazmente. Ni siquiera había tenido que llegar con ella hasta el final para recordar que el mar estaba lleno de deslumbrantes y exóticos peces de colores, no solo de comunes y descoloridas sardinas.

No podía celar algo que no existía. Tendría que sentirse aliviada de que no recurriese a ella, de que fuese a por otras mujeres... Entonces, ¿por qué un pinchazo agudo de traición la atravesaba en esos momentos?

Cabeceó. Se negaba a que le afectara el hecho de que Valen tuviese amantes. ¡Esas robacelópatas y él podían irse al diablo!

Con rabia, se secó la humedad de la cara y tiró de la colcha. Tiritó de frío y se dio cuenta que, por primera vez en mucho tiempo, no la cubría una de las camisas de Valen. Una delgada camiseta blanca y un short en tono coral habían usurpado su lugar.

Respiró hondo y se arrastró hacia el borde de la cama.

Sentada, sus labios formaron una tensa línea y sus muelas rechinaron. Le dolían aún todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, y la desagradable tirantez en la zona baja de su vientre, no solo fue un recordatorio de lo sucedido, sino, también, una advertencia. Si quería levantarse tendría que llamar a Bridget.

Pero ella no quería compañía. No quería testigos mientras se despeñaba por el barranco de los penosos.

Sí, por el barranco de los penosos, flojos, pusilánimes, ¡no de los celosos!

Porque ella, Alejandra Lemacks, ¡no estaba celosa!

Parpadeó rápidamente. Cristo, saberse patéticamente dependiente de alguien que se alejaba cada día más y más apestaba.

Quizás iba siendo hora de hacer las maletas y regresar a España. Tenía un techo en el que quedarse y un negocio que podría reemprender... ¿Y todo gracias a quién?

¡Sí, bingo! ¡A Valen Maldito Lemacks!

El caballero inglés de brillante armadura, había saldado su deuda con el sinvergüenza de Rayco Curbelo. La casa de sus padres y su pequeña empresa de jardinería habían vuelto a sus manos.

Cerrando los ojos, soltó un largo y trabajoso respiro. Ella no quería hacer esto. Demasiados años sola, protegiéndose de las personas, la habían dejado emocionalmente quebrada. Había aprendido hacía mucho tiempo que no tenía caso tratar de llegar a la gente. Había, incluso, comenzado a sospechar que nunca nadie podría ser lo suficientemente importante, lo suficientemente especial, como para desear...

¡Nada!

Parpadeó para no echarse a llorar. De nuevo. Aquello no debería afectarle.

¡Rayos, por supuesto que no!

Intentando no dejarse llevar por la presión que sentía en el pecho, poco convencida y muy enojada consigo misma, se irguió bruscamente de la cama.

Aquel apresurado movimiento fue más de lo que pudo manejar.

Alejandra perdió el equilibrio. Se dio con las rodillas contra el piso de mármol, lastimándose las palmas de las manos e hiriéndose el estómago al chocar contra la mesa noche. El dolor explotó a través de ella al sentir como la carne se le abría por debajo del ombligo. Un grito de dolor se le escapó.

Paralizada, incapaz de ponerse de pie por sí sola, se sujetó la herida. La sangre, instantáneamente impregnó su ropa y machó su mano.

Los sollozos de Alejandra se transformaron en llanto.

Y, de pronto, se sintió más sola de lo que se hubiese sentido jamás.

CAPÍTULO 24

— ¿Cómo demonios ha sucedido esto? —ladró Valen. La vena de su cuello palpitaba, exactamente igual que el tic de su mandíbula—. ¡Respondan, maldita sea!

Vincent, Bianca y Bridget estaban congelados y lo miraban, pero no a los ojos. Nunca nadie lo hacía cuando su humor era semejante al de una olla a presión a punto de estallar.

Hacía menos de una hora que había salido, en medio de la madrugada y como alma que lleva el diablo, de su ático. Desde que llegara a la mansión, varios empleados se escabulleron a su paso, comportándose como si no le hubieran visto. Probablemente sí que le habían visto, pero todo el personal conocía de su mal carácter, e intentaban escapar de ser la diana de su ira. — Señor... Lo lamento mucho... —Comenzó la enfermera, con el llanto y el miedo impregnando su voz.

Jurando por lo bajo, Valen no le dejó terminar la frase. Dio media vuelta y echó a andar hacia la alcoba de su esposa. Se acercó a la puerta, abrió, y allí estaba ella, yaciendo, tesa como una estatua, en medio de la enorme cama que él, meses atrás había seleccionado personalmente para ella. De hecho, cada detalle del dormitorio, por muy insignificante que este pudiera ser, había sido supervisado de antemano por él. Incluso, mucho antes de que se casaran. Siempre supo que sería solo cuestión de tiempo que su mejor amiga acabara instalada en la mansión y convirtiera, con su mera presencia, aquella fría fortaleza en un hogar cálido y acogedor.

En el hogar que él nunca tuvo.

—Señor Lemacks, justo a tiempo.

Las palabras que pronunciaba la doctora Kelley eran como un latoso murmullo a

su alrededor. Solo podía escuchar y sentir el indescriptible dolor que lo dominó de la cabeza a los pies cuando contempló, paralizado, a su pequeño ángel. Estaba acostada de espaldas al colchón y tenía la mejilla colocada en una almohada suave. Se fijó en la camisa blanca alzada que insinuaba la base descubierta de sus senos, y en sus diminutos short rosas retirados que enseñaban parte importante de su liso pubis. Aquella debía ser una de las imágenes más eróticas que hubiese visto jamás y, sin embargo, no podía sino

fulminar con la mirada las manchas de sangre que tenían las prendas y la zona desfigurada, en la que destacaba una llamativa y culpable “V”, y que la charlatana doctora limpiaba con agua estéril.

Como un autómata, Valen cruzó el espacio que lo separaba de la cama y se sentó en uno de los laterales, dentro del campo de visión de Alejandra. Le apartó tiernamente el flequillo de la frente y le ahuecó a continuación la mejilla. Estaba pálida como un fantasma y sus párpados se levantaron a medio camino, solo brevemente para después sellarlos. Por un instante le pareció ver un dolor más allá de lo meramente físico.

Valen se encogió ante la sensación de aislamiento. Su pequeña había erigido entre ellos nuevas e impenetrables barreras. Bien. Aquello era lo correcto. No obstante, eso no impidió que una parte ajena a él doliese.

Jurando en silencio, ordenó a su cerebro dominar la situación. Tomó una de las pequeñas manos entre una de las suyas y trató de ignorar el hecho de que ella no le devolviera el cariñoso apretón. Seguía igual de fría y distante con él. De pronto sintió como si alguien le hubiera dado en el estómago con un martillo pesado.

No le importó.

Se lo merecía.

Se merecía toda su indignación y desprecio.

Muy en el fondo de su cadavérico corazón, alguna vez pensó estúpidamente que

podría tenerla. Sin consecuencias. Sin que su pasado interviniera y la dañara. Se rió mental y amargamente ante el pensamiento.

Nadie nunca podría ser feliz con él sin tener consecuencias.

Ni siquiera por un fugaz periodo de tiempo.

No, éste era su destino. No tenía sentido oponerse a él.

De repente, fue consciente de lo que sostenía la doctora ahora entre sus manos. Resoplando de furia, se volvió hacia la mujer con un gruñido, asustándola. — ¿Qué se supone que piensas hacer con ese hilo y aguja?

—Se le han soltado algunos de los puntos, así que debo coser de nuevo. — Entonces aplíquele un gel o crema o bien una inyección antes de comenzar a suturar.

—Alejandra, ¿necesitas algún anestésico?

La aludida negó con la cabeza y los ojos grises de Valen ardieron. —Me importa bien poco si mi mujer jura que puede soportar que le atreviesen con una aguja la piel, yo soy su marido y lo creo necesario. Haga lo que le

pido.

Como única respuesta, una impasible Alejandra ladeó la cara, negándole la completa visión de su rostro. La doctora Kelley asintió a regañadientes.

Ellas eran sumamente inteligentes. Nadie cuerdo lo contrariaría.

—De inmediato, señor.

Solo dos minutos después, Valen continuaba aferrando la pequeña mano de su mujer y observaba con rencor la aguja que cosía la herida abierta. Aunque la zona estaba anestesiada, Alejandra respingaba con cada puntada y tirón del hilo de sutura.

Con el fuego filtrándose por sus ojos grises y las ventanas de su nariz llameando, deseó, en aquellos momentos más que nunca, verla canturrear y ensuciarse en los jardines o en el invernadero que había mandado a construir para que no se mojara y congelara en invierno, mientras él la regañaba por quedarse hasta tarde.

Su mirada rastrelló en la tentadora porción de carne que su camisa alzada mostraba. Sus pechos parecían jadear con cada respiración.

Cerrando los ojos, se torturó con una imagen de los dos felices y enamorados. De los dos desnudos y haciendo el amor. Cada día del resto de sus vidas. Cada hora, minuto y segundo de sus condenadas existencias. Porque estarían condenados si sus más secretos anhelos se convertían en una realidad. De eso no le cabía la menor duda.

CAPÍTULO 25

Alejandra se mostraba tan silenciosa, tan distante, que Valen comenzaba a sentir un extraño peso en el estómago. De soslayo, mientras conducía, podía verla con la espalda y cabeza completamente recostadas contra el respaldo del asiento del coche. Tenía el rostro ladeado hacia la ventanilla y parecía dormir. Pero él sabía que no lo hacía. El brillo de sus ojos mientras, al parecer, escudriñaba de vez en cuando el cielo a través de los cristales la delataba. Valen echó una rápida ojeada. La luna se había escondido como un tímido niño bajo un velo de nubes y la noche era suave y oscura.

Deteniéndose en un semáforo, pensó en lo hermosa que estaba. Mucho más hermosa de lo que había advertido esa misma tarde. Se había puesto un vestido de tirantes y de gasa blanca que le caía hasta los tobillos, abrigándose únicamente con una chaqueta vaquera. Un vestuario poco usual para la época y baja temperatura. Valen se preguntó si se estaba autotorturando o simplemente comenzaba a estar tan física y emocional muerta como él.

Valen agarró más fuertemente el volante. Los nudillos se le volvieron blancos.

Imposible. Porque Alejandra poseía algo de lo que él siempre había carecido: un alma pura y buena.

Volvió a sentir esa misma sacudida en su interior, el mismo reguero de pólvora, la misma tormenta que lo atravesaba cada vez que pensaba en su pequeña.

Estaba demasiado cansado para seguir huyendo de ella. Quizás, solo debía ponerle su armadura. Desnudarse para poder protegerla. Tal y como él había aprendido a hacer hacía quince años atrás, cuando resurgió de sus cenizas y un nuevo Valen renació.

El semáforo empezó a parpadear del rojo al amarillo y del amarillo al verde. Entonces, contra todo pronóstico, aceleró y cambió de dirección. A una dirección que había marcado un antes y un después en su vida.

A su lado, Alejandra, completamente abstraída, miraba el iluminado de las calles pasar rápidamente ante sus ojos. Inhaló bruscamente, casi en trance, recordando lo protegida que se había sentido esa misma tarde, cuando Valen sujetó su mano mientras la doctora Kelley cortaba y retiraba los puntos. Sabía que era una ingenua, pero no pudo evitar que la esperanza floreciera dentro de

ella. Esa era su bendición y, al mismo tiempo, su maldición.

Toda una fatalidad, se dijo.

Porque esa misma esperanza haría que mañana, cuando Valen regresara a la fría y correcta actitud de la última semana, tras su humillante episodio con los puntos en plena madrugada, los pedazos que quedaban agrietados dentro de ella acabarían por romperse definitivamente.

—¿Sientes dolor?

Alejandra estaba tan absorta en sus pensamientos, que tardó un momento en darse cuenta de que Valen le hablaba.

—No —mintió ella en voz baja, mirándolo de reojo. La piel aún algo enrojecida e inflamada de su vientre contaba otra versión.

Un músculo latió en la mandíbula de Valen. Una, dos veces... Alejandra se estremeció. Por lo visto, no estaba muy convencido con la respuesta.

Minutos más tarde, Valen tuvo el *Cadillac Escalade*. Alejandra frunció el ceño. Aquel barrio de clase obrera estaba mucho de la privilegiada y restringida zona que conducía a la mansión Lemacks.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Exorciza nuestros demonios —contestó él, impassible, bajando del todo terreno negro metalizado.

Le pareció increíble lo rápido que se movía, antes de que ella pudiera reaccionar, él ya le abría la puerta y la ayudaba a salir del vehículo. La brisa helada le traspasó la piel y le llegó hasta el tuétano de los huesos. Se abrazó a sí misma con los brazos para calentarse. Solo un instante. Porque, sin decir palabra, Valen la tomó en sus brazos y caminó hacia uno de los edificios. El bloque no contaba con un ascensor, pero a él no pareció importarle subir ocho plantas por las escaleras con ella a cuestas.

Asentada de nuevo sobre sus pies, Alejandra no podía verle bien la cara a Valen. Era apenas una sombra allí dentro mientras se movía. Entonces oyó el suave *clic* de un interruptor y la luz bañó el lugar. Parpadeó para aclimatar la visión.

Estaban en un apartamento. Desde la entrada se accedía directamente al pequeño saloncito, que compartía espacio con una cocina aún más pequeña. El único dormitorio y baño del piso se hallaba en uno de los fondos. No pasillos. No terrazas. Todo se reducía a tres habitaciones en apenas unos cuantos metros cuadrados.

El ruido que hizo Valen a su espalda al levantar la persiana de madera la sobresaltó e hizo girar rápidamente. Con el pulso aun corriendo una maratón,

examinó el exterior a través de la estrecha ventana. Gigantes de hormigón, tejados descoloridos y antenas de televisión la saludaron al otro lado.

El silencio los envolvió. Valen sacó del refrigerador unos refrescos y limpió las latas antes de entregarle una.

—Por encontrarme —dijo él alzando su lata a modo de brindis. El cuerpo de Alejandra se puso rígido ante la penetrante mirada masculina—. Supongo que si no te pierdes, existe la posibilidad de que jamás nadie te encuentre.

Alejandra giró la cabeza y lo imitó, dando un largo trago a su bebida. Estaba cada vez más nerviosa. ¿Era cinismo lo que brotaba en su tono o rencor por sí mismo... por ella?

Tragó saliva, incapaz de mirarlo aún a la cara.

—¿Este apartamento es tuyo?

—El alquiler de este lugar fue lo primero que pude permitirme con mi primer gran sueldo. Lo conservo desde entonces. Para no olvidar.

Confusa, aquella confesión la hizo enfrentarlo. Valen estaba perezosa y sensualmente apoyado en la barra que dividía la sala en dos áreas y la observaba de forma inquisitiva, jugando con el anillo de la lata. Iba sin americana, y como solía suceder a menudo, totalmente de oscuro. Llevaba la camisa un poco abierta y por el cuello podía entrever una franja de deliciosa piel. A Alejandra se le puso un nudo en la garganta.

—No siempre fui un Lemacks, Alejandra —continuó él—. Mentiría si te dijera que no nací en el seno de una influyente y acomodada familia, pero nunca tuve nada, en realidad. Cuando llegué a este país... —Un momento, ¿llegaste?

—Solo mi madre era inglesa.

Alejandra se mordió el interior de la mejilla. ¿Cómo desconocía ese dato, su verdadera nacionalidad? Se suponía eran amigos. Ella le había confiado hasta su más denigrante pasado. ¿Y qué había hecho él?

Dejó la lata en la encimera de madera laminada antes de que se le resbalara de las manos. Se sentía como si se estuviera ahogando con cada respiración.

Esperó callada, ansiosa por conocer más de la enigmática historia de su vida, pero él simplemente avanzó hacia ella de aquella forma silenciosa tan característica. Cuando puso una mano en su nuca, bajo su melena y la atrajo a él, ella sintió todo el poder de su virilidad y cerró los ojos, creyendo firmemente que su corazón estaba condenadamente cerca de salir disparado de su pecho.

¡Pero mira a quien tenemos aquí! A la perrita de Lemacks.

Alejandra abrió abruptamente los ojos, y su mente trabajó velozmente para decir algo, lo que fuera, y no pensar en la agresión que había sufrido hacía más

de dos semanas.

—¿La extrañas? A tu madre.

Valen inclinó la cabeza, estudiándola con curiosidad. Ella se sentía como un conejito asustado. Parecía muy afectada, y él trató de no dejar que esa emoción que veía en su mirada le afectase.

Rodeó mejor en sus manos el pálido cuello femenino. Después elevó el rostro de Alejandra, manteniéndolo a la luz y analizando los ojos de tupidas pestañas, las delicadas facciones enmarcadas por espeso cabello castaño y el delicioso manjar que tenía por boca. Reprimió el impulso de besarla y descendió la mirada al escote de su vestido. Sus pezones parecían haber alcanzado su punto álgido bajo la delgada tela. Podía verlos claramente definidos, duros puntos aumentando su apetito por ella.

La polla se le puso más dura que un roble seco bajo el pantalón. Con un simple movimiento de muñeca, él podría levantarle falda, sentarla en la barra, colocarse entre sus piernas y clavarse en ella profundamente hasta que sus pelotas chocaran contra su carne y le impidieran seguir avanzando.

Nadie podía impedirselo. Porque Alejandra era suya. Su posesión... Y esa bruja no tenía ni idea de cuan desesperadamente la deseaba.

—Val, ¿te encuentras bien?

Él devolvió la mirada a los ojos enormes y preocupados de Alejandra. — Nunca la conocí porque murió. No se puede amar a quien no conoces —le dijo con un tono como el que debía de usar para los negocios.

—¿Dices eso porque lo crees de verdad o solo estás tratando de autoconvencerte?

—¿Importa realmente si es un motivo o el otro?

—¿Existe el infierno o el cielo? ¿Existe Dios o el diablo? ¿Hay vida después de la muerte? Yo no lo sé, Val, pero me gustaría tener las respuestas.

Una extraña calma, como la que precede a una catástrofe que se avecina, los envolvió unos instantes. Luego Valen se acercó al oído de la joven, y con el caliente aliento le susurró socarronamente:

—Lo único que debes saber es que mato todo lo que amo.

Los ojos de ella se oscurecieron, sus mejillas sonrojándose de cólera.

—Y por eso soy una superviviente, porque no me amas. ¿Es eso lo que tratas de decirme? ¿O me estás diciendo qué vas a matarme para intentarlo al menos? ¿Vas a responder o también es un tema tabú, un nivel más de oscuridad en el rompecabezas de tu vida?

Los dedos de Valen recorrieron el cuello donde se apreciaba un leve temblor.

Cadenas muy delgadas separaban la ternura de la violencia. La vida de la muerte.

Sus músculos se tensaron, endureciéndose cuando ella le miró desde aquellos inocentes ojos. Como si hubiera visto algo en él que la advirtiera, involuntariamente se contorneó. Las caderas presionaron más cerca y el estómago femenino amortiguó la rabiosa dureza detrás de la tela de sus pantalones.

Cadenas muy delgadas separaban la pasión compartida de la violación, gruñó la bestia que cohabitaba con él.

No había nada que odiase más que ese sentimiento se elevara dentro de él. Irá. Dolor. La necesidad de follar, de oír los gritos, no solo de placer sino de dolor. *De mucho dolor.* Pero no quería a cualquier mujer. Era a Alejandra a quien deseaba.

Él la soltó y se apartó de ella, sabiendo que si no lo hacía, la lastimaría. Regresó a la seguridad detrás de la isleta laminada mientras los músculos de su mandíbula pulsaron furiosamente.

—La verdad no es siempre la que queremos escuchar, Alejandra.

—La verdad, por muy dolorosa que sea, siempre es el camino adecuado. — La joven desplazó nerviosamente los ojos a sus manos. Sentía el estómago atado en nudos—. ¿Cre-crees que podrías enamorarte algún día?

El silencio llenó la estancia por unos angustiosos instantes.

—No. Eso jamás sucederá. A estas alturas deberías saberlo, pequeña soñadora.

A ella se le cayó el alma a los pies. Se mordió el labio y se abrazó el estómago. Luchaba contra las lágrimas, contra el dolor cegador que sentía.

Dios, aquello realmente dolía.

Desesperada, sus ojos se movieron de acá para allá rápidamente. Quería evadirse de la realidad, esconderse del maldito canalla que acababa de clavarle un puñal en el pecho. Solo cuando estuvo segura de poder hablar sin romperse, cabeceó y confesó, estúpidamente:

—Cuando me duermo pienso en ti. Cuando me levanto también pienso en ti. Cada vez que como, estoy contenta o me siento triste, es en ti en quien pienso... Entonces no me hagas daño, Val. No hagas aflorar en mi falsas esperanzas. Porque te quiero. Y eso nunca cambiará.

Valen colocó las manos en la encimera, agarrando el borde hasta que pudo ver sus dedos palidecer con la fuerza que ejercía.

Estaba furioso por el peligro en que se encontraría Alejandra por amarlo,

furioso por lo que sentía y no sabía reconocer. Estaba furioso por desearla de una forma tan intensa y enferma cómo en el pasado había deseado diariamente su dosis...

Negó con la cabeza.

—La vida es muy corta para entregar a alguien el corazón. Yo solo quiero ser tu realidad y que tú seas la mía. Ale, tú y yo nos entendemos perfectamente... Como buenos amigos. Y estoy seguro de que también encajaríamos igual de bien en la... intimidad.

Alejandra sabía a lo que se refería. Hablaba de un presente. Y de una amistad... con sexo.

¿Podría ella aceptar sus condiciones?

Las lágrimas escocieron en sus ojos. Aquella era una pregunta de la cual aún desconocía la respuesta.

Horas después, sólo se escuchaba el rumor de un lápiz recorriendo la hoja de un bloc. Sonidos breves y secos de la mano de Valen. Hacía años que no dibujaba, pero el boceto que sostenía en sus rodillas era perfecto.

La punta del cigarrillo que tenía entre los labios refulgía con cada calada y era el único punto de luz roja en medio de la tenue iluminación. A Valen le gustaban las sombras, quizás, porque no veía nada más que oscuridad frente a él.

Pensó en las incontables madrugadas que en el pasado, como en esos momentos, había pasado recostado en el alféizar de esa ventana y no en la cama.

Demasiadas, concluyó.

Demasiadas noches había sustituido el insomnio por el sueño. El frío por el calor.

Levantó la cabeza y comparó el retrato con su modelo.

Cabellos oscuros esparcidos por la almohada. Un apetitoso ángel entre un mar de nubes de sábanas y mantas blancas. Tan blancas como la gasa del vestido que había trepado por una de sus piernas y la mostraba impúdicamente. Tan blanca y suave como la piel que el sugerente escote dejaba al aire, en donde unos senos medianos parecían luchar por saltar libres.

Sintió que su cuerpo reaccionaba.

Deseaba a Alejandra.

¿Cómo no iba a hacerlo si aún no la había poseído completamente? Pero lo haría.

Sabía que algún día la haría gritar y sangrar: ansiosa o aterrorizada. No

importaba.

Valen se pasó los dedos por el pelo y retiró la mirada de ella.

Soy un puto monstruo.

Alejandra debería estar en un lugar seguro y no en ese piso con él. Junto a un hombre que la observaba como si quisiera devorarla lenta y muy dolorosamente. Ella merecía algo más de lo que él podía ofrecerle. Merecía un hombre que supiera amar.

Valen emitió un gruñido de frustración y arrojó al vacío el cigarro.

Nunca antes había deseado con tanta fuerza ser alguien normal. Un hombre normal.

Pero no lo era.

Entonces recordó la estupidez que había estado a punto de cometer esa misma noche. Había llevado a Alejandra a ese apartamento con el único propósito de... ¿De qué? ¿De qué se sintiera conmovida por la nefasta historia de su vida? ¿De qué sintiera tanta lástima por él que pudiera indultarlo si acaba abusando de ella?

Afortunadamente se había mordido la lengua justo a tiempo.

No obstante, tenía que pensar qué iba a hacer con su matrimonio. No le gustaban las relaciones amorosas, y sabía que no se le darían bien. A pesar de que Alejandra tenía la capacidad de regenerar uno a uno los pedazos rotos de su alma, sabía que el monstruo seguía ahí, aguardando. Hasta entonces había logrado contenerlo, pero eso no significaba que algún día no llegara a liberarse. Y preferiría morir antes que hacerle un daño irreparable.

Tal vez, debería dejarla libre, divorciarse para que pudiera rehacer su vida.

¿Junto algún otro cabrón?

Sintió una gota de sudor bajando por su espalda. La cólera llenó el entorno, el aire se espesó con la tensión, con la rabia.

Antes preferiría morir que verla partir o en brazos de otro.

No podría resistir una vida sin ella. Sin su cariño incondicional y su ciega entrega. Era como si su vida dependiera de esa mujer.

Mía. Ella es mía. Nadie más que yo puede poseerla. Tocarla...

Regresó sus felinos ojos a la bella durmiente.

No recordaba haber deseado tanto a una mujer y le temblaba el cuerpo por intentar contenerse. Para no saltar del alféizar y abalanzarse sobre ella y montarla como el animal que era.

Pero tendría que esperar. Paciente y dolorosamente, tendría que esperar y tomar decisiones que cambiarían todo para siempre.

CAPÍTULO 26

Primero te ignoran, luego se ríen de ti, más tarde luchan contigo... ¿Y finalmente ganas tú?

Alejandra negó y se abrazó a sí misma, helada por los recuerdos. ¿Qué diablos había ganado ella? ¿Vivir como una ermitaña, temerosa de la gente y del daño que pudieran causarle?

Una simple palabra, un breve gesto, podía doler tanto o más que un golpe. Y ella había escuchado y visto lo suficiente como para convertir, incluso a la persona más fuerte, en un ser apagado y depresivo.

Un bulto tapó la garganta de Alejandra. Trató de tragar, de no sentirse enferma. No pudo. La humedad comenzó a bañar su rostro.

Patético. Ella era patética y débil. Nadie podía tener tanto miedo a cuatro paredes y a un grupo de alumnos.

Nadie salvo ella.

Ni en sus sueños más optimistas había pensado que volvería a pisar un aula. Se había preparado vía distancia, estudiado a diario, sola o con Valen, y había llegado el gran y terrorífico día. Si quería acabar el instituto, debía presentarse, personalmente a los exámenes.

Se hundió en la cama, mirando a través del ventanal de su dormitorio como la primavera comenzaba a colorear los jardines y el campo más allá de la mansión. Una vista hermosa y alegre para un estado de ánimo tan gris como el de ella esa tarde.

Por otro lado, Valen se había pasado la última semana trabajando, sin resuello, prácticamente día y noche. Nada extraño. Le había preguntado si necesitaba ayuda para estudiar, pero estar cerca de él físicamente y tan lejos a la vez, era insoportable. Hasta su contacto más leve le hacía sentirse tan vulnerable como si hubiera perdido una capa de piel, y por eso ella siempre lo rechazaba.

La puerta del dormitorio se abrió de pronto.

Alejandra contuvo el aliento y continuó, abstraída, contemplando el exterior. No necesitaba ladear la cabeza para saber de quién se trataba. *Valen*. Había sentido su presencia incluso antes de que cruzara el umbral y la encontrara tan ridículamente deshecha.

Sin embargo, no sintió vergüenza alguna. Nadie podía entenderla mejor que él. No importaba lo molestos o distanciados que estuvieran, Valen siempre la

escucharía, sin juicios precipitados ni risas que laceraban los oídos.

—Val, tú tan temprano... —murmuró. Se enjuagó las lágrimas. Cuando se encontró con los ojos grises de Valen volvió a sentir la misma sacudida en su interior, el mismo reguero de pólvora, la misma tormenta que la invadía cada vez que él la miraba.

Se veía sumamente bien cuando prescindía, en su intachable y refinado vestuario, de la chaqueta y corbata, como en esos momentos. A Alejandra se le paró el corazón. Era increíblemente atractivo, sensual, grande, dolorosamente perfecto e irradiaba masculinidad por cada poro de su cuerpo.

—Decidí tomarme la tarde libre —argumentó, aproximándose a ella—. ¿Lista para tu gran día? —Él la insto a levantarse de la cama y se sentó, ocupando su lugar. Luego, la sentó a ella en su regazo.

Alejandra se aferró como un koala a su cuerpo y apoyó la cabeza en su hombro. Quería consuelo, sólo un poco de consuelo. Había pasado tanto tiempo desde que Valen y ella compartieran cualquier gesto cómplice o cariñoso. Lo había echado terriblemente de menos.

—¿Qué sucede, chiquita? Háblame —la conminó él, con voz queda.

Los pensamientos de Alejandra eran un caos de confusión cuando Valen inclinó la cabeza y empezó a besar la parte superior de su cabeza. Ella se estremeció en lo más profundo, y se movió para darle acceso a su cara. Abrió los labios instintivamente anhelando un beso. Que nunca llegó.

Valen la estrechó más contra él. No quería admitir cuánto y hasta qué punto la había extrañado. Desde la horrible agresión nada había vuelto a ser igual entre ellos.

Los fines de semana eran los más difíciles para Valen, con una Alejandra las veinticuatro horas del día a escasos metros de él. Mientras él se encerraba en su despacho, trabajando sin descanso, ella dedicaba horas al invernadero que construyó con el único propósito de cuidarla y hacerla feliz. Cuando el cansancio al fin los vencía a ambos, se duchaban, cenaban entre simples monosílabos, y se iban a dormir. Separados y más distanciados que el día anterior.

No pudo evitar sentir una punzada en el pecho. Dolor. Había sentido más dolor en todas esas semanas que en toda su vida. Era como si una herida estuviese abierta constantemente, sin lograr cicatrizar.

—Alejandra, mírame. —La cálida presión de su boca en la frente fue tan delicada como el roce de una mariposa y provocó en ella un melancólico suspiro mientras hacía lo que le pedía—. Sé lo difícil que es para ti todo esto,

por eso estoy aquí, contigo. Pasar por un abuso y acoso escolar debió ser horrible para ti. Eras muy joven. Una niña. Pero hoy es un buen día para comenzar a mirar hacia adelante.

La joven alzó una mano y la deslizó por el frente de la camisa de Valen, como si necesitara tocarlo para corroborar que estaba allí de verdad, junto a ella.

Él sintió que la piel le ardía bajo su mano.

—Han pasado muchos años... Y me sigo preguntando muchos días por qué a mí.

Hubo una pausa. El rostro de él, habitualmente impassible, se transformó en amargo.

—Los cobardes no necesitan un por qué para hacer las cosas. Ellos simplemente asumen que porque alguien es amable o bueno, es débil. Y, paradójicamente, para ser una buena persona se necesita mucha fuerza y carácter. Y tu posees esa fuerza y carácter, cariño.

—¿Seguirás por casa cuando regrese?

—No. —Ella pareció decepcionada. Entonces él rápidamente aclaró—: No, porque iré contigo.

La cara de Alejandra se iluminó con una chispa de emoción.

—¿Lo harás?

¿Qué si lo haría? Diablos, por ella incluso mataría.

Los ojos grises de él estudiaron su rostro rodeado de espeso cabello castaño y su deliciosa boca.

Para no caer en la tentación de besarla, bajó la vista... Y enseguida se dio cuenta de su error.

Valen tomó aliento, incapaz de apartar la mirada de los pechos de la mujer, por mucho que lo intentara. En un intento de distracción, acarició su alianza de casada con los dedos. Le gustaba comprobar que la joya, pese a todo, seguía en su dedo anular.

—Por ti iría al mismo infierno y volvería. No lo dudes nunca, preciosa. — Dándole una cariñosa palmadita en el muslo la urgió a levantarse de su regazo —. Ahora en marcha o llegaremos tarde.

Alejandra cogió la chaqueta del sillón. Él estuvo tras ella de inmediato, arrebatándole la prenda y ayudándola a ponérsela.

La joven sintió sus cálidas manos sobre los hombros y su fuerte y duro cuerpo apretado a su espalda. Deseó no tener que irse, apoyarse en él y que la abrazara durante horas. Tonterías. Tenía un examen al que asistir.

—Afortunadamente no vas a una escuela para chefs. Ella se

giró y lo miró.

—¿Qué?

—Explotar el salón de clase, mi pequeña pirómana, no estará en tu lista de prioridades hoy.

Y por primera vez y después de mucho tiempo, la vio reír de verdad.

CAPÍTULO 27

Valen apoyó la espalda y cabeza contra el pecho de Alejandra. Sentada en el capó del *Cadillac Escalade*, ella aprovechó para abrazar su cintura con las piernas y jugar con los mechones de su cabello. Sabía que Valen no solía sentir frío y lo había demostrado al entregarle la chaqueta de su traje para resguardarla. Enterró el rostro entre el hueco de su hombro y cuello para envolverse en su potente aroma. Le encantaba el olor a él, ese que se quedaba impregnado en su ropa, en su piel. Suspiró de placer.

Estaba helando, pero no se atrevía a decirle nada porque no quería que aquello terminara nunca. Había pasado mucho tiempo desde que esa sensación de complicidad los envolviera. Le extrañaba. Extrañaba la seguridad que sentía solo en los brazos de su amigo. Extrañaba la desesperación con la que esperaba el fin de semana para verle. Le rodeó con más fuerza, descansando la barbilla en su hombro.

Valen exhaló el aire de sus pulmones, dejándose consentir por la mujer, por su amiga. Necesitaba esos momentos con ella, los había echado demasiado de menos. Extrañaba sentirse tan cómodo con ella que no le interesara el paso del tiempo. Había decidido mostrarle su rincón favorito del bosque con la finalidad de que compartieran un secreto. Había sentido la necesidad patente en su pecho de mostrarse a ella de alguna manera. Ella había pasado tanto por él, había dado tanto de sí que debía retribuirle con algo y sabía que Alejandra no recibiría un regalo caro con mucha alegría, sino que por el contrario, le miraría como a una serpiente de cascabel.

Quería regalarle algo especial.

—¿Cómo diste con este sitio?

—Compré la mansión por culpa de este lugar —explicó él—. No me importaba

si la casa parecía una sinagoga o era una choza con esterillas.

Solo quería la propiedad para conservar la tranquila belleza de este claro. Alejandra suspiró, deleitándose con cada detalle que los rodeaba. —Es hermoso. Me gusta mucho la paz que se puede palpar en el ambiente, el

silencio y la facilidad con la que sueñas. Es como si no pasara el tiempo. Valen se removió y ella se acurrucó más en él.

El hombre estaba de acuerdo con todo lo que había dicho la joven. Le gustaba

ese sitio exactamente por eso, porque podía pensar y preguntarse si en algún momento su sueño más profundo podría volverse realidad sin ser peligroso.

—Se puede considerar como un refugio atemporal. Escuchó la risa de Alejandra.

— Gracias por mostrarme tu refugio secreto, Val. Yo nunca tuve uno, aun cuando de pequeña era lo que más quería en el mundo. Un lugar que fuera solo mío, en el que me sintiera segura.

Él quería regalarle el mundo a Alejandra. Quería ser esa protección, esa seguridad. ¡Pero cómo podía aspirar a eso si hacía solo unas semanas la habían golpeado por su culpa!

Pese a esa tortura que lo perseguiría hasta su muerte, quería cumplir cada uno de sus deseos, desde los más dulces hasta los más perversos, y si fuera otro hombre, uno bueno, pelearía por ganársela haciendo lo correcto o la dejaría marchar. Pero ahora que la tenía, no podía siquiera pensar en la solución de dejarla partir. Eso no estaba dentro de sus planes. Quisiera ella o no, le pertenecía en cuerpo y alma. Ella era una prisionera en la oscuridad en la que habitaba y estaba sentenciada a ser la Perséfone de su vida. Así que lo único que le quedaba era mostrarle esa parte de él mismo que a veces dudaba que existiera.

Porque él, no solo quería ser el dueño de sus sueños, quería cumplirlos todos y hacer que siguiera soñando. Que fuera la mujer más feliz del mundo.

—¿Cuál es tu sueño, preciosa? —preguntó de pronto.

—Cuando era niña —comentó Alejandra mirando hacia los hermosos matorrales de florecillas moradas, mientras dejaba que su mente recordara—, solía pensar que estudiaría periodismo o arquitectura y que a los dieciocho o diecinueve años conocería a un buen chico, nos enamoraríamos y a los veintiuno tendríamos nuestro primer hijo. Una niñita.

—Hasta el más mínimo detalle.

Ella soltó una risita.

—Supongo que cuando se es un crío de no más de doce años, uno piensa que con veinte años es todo un adulto y con treinta demasiado mayor. Pero un buen día despiertas de ese sueño y te das cuenta que los sueños, los deseos; no siempre se hacen realidad —Suspiró—. Es como cuando te dicen que si te portas muy pero muy bien, esa navidad recibirás regalos; pero tu padre o madre cae enfermo y tu sueño cambia abruptamente. Solo deseas que mejore, que se reponga cuanto antes, pero termina muriendo.

—Señora Lemacks, ese es un pensamiento muy tétrico para alguien como usted

—La regañó Valen haciendo círculos sobre los gemelos enfundado en vaqueros de la mujer.

—¿Qué tiene de tétrico la realidad? Todo el mundo te dice que luches por tus sueños, por alcanzarlos, que por muy lejos que estén nunca debes dejar de perseguirlos, porque la constancia, la perseverancia, al final, siempre obtiene sus frutos... —Ella negó—. Pero no es cierto, Val. Nada de eso es cierto.

—Es cierto en la medida en la que trabajes por ellos, cariño.

Alejandra negó de nuevo.

— ¿Nunca has deseado algo realmente con todas tus fuerzas y has visto cómo se te escurría de los dedos?

A ella sí. Ella quería con todas sus fuerzas, había trabajado y rezado para que él la quisiera, para que la convirtiera en una esposa de verdad, para sentirse amada y aceptada, pero no había resultado. Por mucho que hubiera trabajado por ello incansablemente.

Esperó la respuesta de Valen mirando el cielo y cómo iba poco a poco asumiendo un azul más profundo. Un oscuro manto de experiencia.

—Sí. Una única cosa —comentó pensativo.

A ti, completó mentalmente.

—¿Y lo conseguiste?—preguntó ella.

—Solo a medias.

Alejandra se sorprendió ante esa respuesta. Se removió y Valen ladeó la cabeza para observarla. La mirada de la mujer era curiosa y él quiso sonreír. Ese era un rasgo tan característico suyo, que le gustó volver a verlo luego de tantas semanas de indiscutible tristeza.

—Entonces —Le dijo clavando su mirada en aquella tormenta gris—, si tienes la mitad del camino hecho, recorrelaotramitad. Estoyconvencida de que lo lograrás. No eres un hombre cobarde como para dejarlo así.

—No es tan simple, Alejandra. No puedes robarte un ángel del cielo y no tener consecuencias.

Alejandra alargó una mano hacia el cielo y encerró entre sus dedos una estrella del firmamento.

—Algunos sueños son tan lejanos como bajar las estrellas con una escalera, Val. Son sueños maravillosos, pero poco realistas. No me has dicho el tuyo, pero no creo que sea tan difícil. Has dicho que tienes la mitad del camino recorrido — Sonrió—. Yo que tú empezaría acelerar el paso para alcanzarlo pronto.

Valen besó la mano que había “atrapado” la estrella. Primero le besó el

lateral, luego giró su muñeca y le plantó otro ósculo en la mitad de la palma y los dedos. Después le cerró la mano y la instó a que lo encerrara mejor entre sus piernas y brazos.

—Eres una gota de agua en el pantano, chiquita —Le susurró. —Prométeme que lucharás por tu sueño, por tu deseo, Val. Yo te ayudaré a conseguirlo, sea lo que sea.

Y eso es precisamente lo que me asusta, conseguirlo, pensó él, perdiéndose en el calor del abrazo de su más secreto y bello anhelo

CAPÍTULO 28

— ¡Vaya! Nunca pensé que poniendo las flores de esa manera crecieran mejor. ¡Eres sorprendente, Alejandra!

—En casa solía llevar mi propio huerto —Se encogió de hombros—. Una afición que tengo desde muy niña.

—Sí, las flores le dan otro timbre a esta casa. Antes parecía un mausoleo de mármol y piedra caliza. Ahora, parece más un hogar de verdad.

Alejandra asintió. Mientras seguía disfrutando de ensuciarse las manos con el abono y la tierra del glorioso jardín de la enorme mansión que se había vuelto su casa. Casa, no hogar. Aquel estéril lugar requería de mucho trabajo para que fuera un verdadero hogar. Valen le había dicho que podía hacer las modificaciones que quisiera, pero no se sentía capaz. Era como vivir un tiempo prestado que tarde o temprano tendría que devolver.

—A lo largo de toda la historia del hombre, Tony, esas plantas han sido las causantes de que la medicina prosperara —instruyó—. No es importante sólo tener flores, sino también esas potentes hierbas que puede que salven tu vida, si las dejas —La mirada de Alejandra se dulcificó como siempre que hablaba de aquella magia verde que era fuente creadora de vida y armonía.

Anthony la observó embelesado. La filosofía de la vida se hacía una fábula en los labios de Alejandra. Comprendía con mucha exactitud los misterios más profundos del ser humano.

—¿Siempre te ha gustado la jardinería?

Alejandra asintió.

—Me relaja y si con ello puedo dar vida, bienvenido sea. ¿No te parece?

—¿Dónde has estado todos estos años Alejandra? Creo que por fin he encontrado a la mujer de mi vida.

—Pues siento desilusionarte, pero la mujer de tu vida está casada conmigo. Es mi mujer.

Tanto Alejandra como Anthony saltaron al escuchar aquellas duras palabras que Valen escupía con furia. El muchacho se apresuró a apartarse de la mujer, mientras ella se levantaba del suelo y limpiaba la suciedad de sus manos en el overol de mezclilla que llevaba encima.

Valen vio que Alejandra se ruborizaba y Anthony se volvía pálido como el mármol. El muchacho dio varios pasos atrás cuando Valen posó su mirada en

él con censurada curiosidad. Con la mirada le dejó absolutamente claro a aquel empleado su rol y lugar en la mansión. No le permitiría tomarse tantas confianzas con la señora de la casa.

¡Porque con un maldito demonio, eso era exactamente lo que Alejandra era!

El corazón de la joven dio un vuelco doloroso en su pecho mientras con la mirada perdida intentaba enfocar su atención en su marido. *¿Val estaba de vuelta?* Caminó hacia él reponiéndose de la sorpresa, pero aún no estaba lista para un segundo asalto, cuando entró en el radio de los brazos extendidos de Valen y este tiró de ella para apoderarse de su cintura e imposibilitarle cualquier movimiento por más pequeño que fuera.

—¿Qué tal el día, cariño? ¿Me has extrañado? —preguntó él.

Alejandra no tenía una respuesta aparente, más bien, se sentía como si la hubiese encontrado robando. ¿Qué estaba pasando? No quería ni siquiera pensar en la posibilidad de...

—No... no te esperaba tan pronto —dijo cuando logró articular palabra. Tragó saliva y luego sonrió. Consciente de que era una alegría que su esposo, su amigo, se hubiera tomado la molestia de regresar temprano para cenar juntos—. ¡Pero me alegra mucho que estés en casa!

Alejandra alzó la cabeza para poder ver a un Valen que la observaba con dureza y que intercambiaba miradas ácidas con el pobre jardinero. *¡Oh, dulce virgen María!* Él ciñó más su delgada cintura a su cuerpo logrando que cada músculo entrara en contacto con su fornido y duro cuerpo. Irradiaba tal calor que Alejandra pensó que iba a comenzar a quemarse, o quizás estaba haciendo combustión espontánea como los planetas al autodestruirse.

—¿Es que te piensas quedar ahí parado el resto de la tarde? —gruñó Valen al muchacho—. No te pago para ver una función, sino para trabajar. Así que si ya has acabado por hoy, puedes retirarte.

—Valen... —Le advirtió ella entre dientes, sorprendida ante la grosería que acababa de hacer Valen. Había arremetido como un toro de Lidia contra el pobre muchacho. Alejandra frunció el ceño y trató de apartarse de él, pero los brazos de hierro se lo impidieron.

—Lamento mi intromisión. Con su permiso, señor Lemacks —Hizo un saludo con la cabeza antes de terminar de esculpir su epitafio—. Alejandra...

—Señora. Se-ño-ra Lemacks.

—Sí, señor, lo siento. Señora, que tengan una buena tarde.

—Eso no lo dude. Mi esposa y yo pasaremos una muy buena tarde y mejor noche —gruñó Valen mientras hundía la cabeza en el cuello femenino como si

la fuera a besar.

Apartándose de su marido, Alejandra caminó hacia el barandal, ciñéndose el cuerpo fuertemente con los brazos, completamente perdida y enfadada por lo que acababa de pasar.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó con los ojos saltarines como chispas incandescentes.

—¿El qué? —cuestionó Valen completamente tranquilo pero con la furia cocinándose por debajo. La joven ya conocía ese temporal, fría y dura fachada con un cráter hirviendo dentro.

—¿El qué? —repitió ella comenzando a perder la paciencia—. ¡Vamos Valen! Sólo te faltó decirle al pobre chico que pusiera a calentar el hierro con el escudo de la familia Lemacks porque cuando estuviera al rojo vivo me pondrías la marca familiar en el trasero. —Valen no pudo evitar mover las cejas como si le gustase la idea—. ¡¿Encima vas a reírte?! ¡No soy ganado, Valen Lemacks!

—No, no eres ganado, pero eres mi esposa —Le dijo el hombre cogiéndola del brazo para que dejara de avanzar, pues le iba a dejar con la palabra en la boca—. Que te quede claro, Alejandra. Eres mi esposa y nadie siquiera mira con deseo lo que es mío, así que si el jardinero no quiere perder su trabajo es mejor que comprenda los límites de tratar con la señora de la casa.

—Escribe en mi frente: “*Propiedad de Valen Obsesivo Lemacks*”, porque te aseguro, Valen, que estás viendo malditos fantasmas donde no los hay. Solamente estábamos conversando sobre plantas —Le espetó, realmente enfadada y dolida por la actitud del hombre—. ¡Plantas!

—Eso no fue lo que yo oí. Ese muchachito se te estaba insinuando y eso no lo voy a tolerar bajo ninguna circunstancia. Ni siquiera que te llame por tu nombre.

—No me gusta que me traten de usted —se defendió ella—. En todo caso, la culpable soy yo, porque yo le dije que podía llamarme por mi nombre de pila, así que no te desquites con él por algo que yo le pedí.

—Ya le enseñaré yo cómo tiene que comportarse delante de una mujer casada.

—¡Valen Lemacks no me estás escuchando! —Le dijo furiosa y con las lágrimas asomándose al borde de sus ojos—. ¡Deja de comportarte como un troglodita y entiende lo que te estoy diciendo!

—¡Me importa un cuerno, Alejandra! Tú eres mi mujer y él no puede sobrepasar ciertos límites. Tú eres la señora de la casa, no una sirvienta con la que pueda propasarse.

De pronto, Alejandra empezó a sentirse mal, el suelo cubierto de baldosas parecía moverse bajo sus pies y el aire le resultaba insuficiente. Dios, tenía que huir de allí de inmediato. Tenía que huir de él.

—¿Te estás oyendo, Val? ¡Por el amor de Dios! Suenas como uno de esos cerdos clasistas que tanto desprecias. ¡Ahora escúchame bien! —Le replicó bufando—. Quiero pensar que solo es tu enfado el que habla. — Valen iba a refutar, pero ella siguió levantando una mano—. Porque permíteme recordarte que según tu prisma: yo también soy solo una sirvienta. Porque me he dedicado toda la vida y he pagado mis facturas con el mismo oficio de ese “muchachito”, al que tanto desprecias. ¡Y basta ya no quiero discutir más! — Le dijo ella dándose la vuelta y aventurándose por el camino hacia las puertas francesas que conducían al interior.

—Alejandra, estamos hablando.

—No, estás hablando tú solo porque no quieres escuchar, y estoy cansada de esta conversación. Quizás podamos continuar cuando te hayas disculpado con Tony.

—¡Alejandra Lemacks!

—¡Voy a tomar una ducha, capitán! ¡Espero que para eso si tenga permiso, oh, gran coronel mala cara!

Nada más entrar en el dormitorio, Alejandra se dirigió al baño. A la velocidad de un rayo, se deshizo de la ropa y se duchó. Le habría gustado quedarse horas bajo el chorro de agua caliente, entremezclando sus lágrimas con la lluvia artificial que enrojeció su piel demasiado nívea, pero aquel sería el primer lugar en el que Valen la buscaría si quería seguir gruñéndole. Y no estaba dispuesta a discutir con él completamente desnuda.

Después de ponerse la ropa interior, se colocó unos vaqueros, una camiseta gris y se calzó unas *converse*. Inhaló una honda bocanada de aire y lo expulsó por la boca antes de arreglarse el cabello en una cola de caballo mientras meditaba qué hacer.

Quería estar sola.

Necesitaba estar sola.

Porque de lo contrario, la herida sangrante que tenía en esos momentos en el interior se convertiría en una peligrosa hemorragia, difícil de cortar.

Sin darle muchas más vueltas a su súbita idea, sobre si era la mejor solución o la mayor de todas las estupideces, agarró una cazadora y mochila y salió a hurtadillas del dormitorio. Solo un instante después, se subía a la camioneta de Anthony Fisher, sorprendiéndolo. El chico tenía el motor prendido y estaba a

punto de salir de la mansión.

—¿Puedo ir contigo? —Le preguntó ella, con la vista clavada en el parabrisas, sin atreverse a mirarlo a la cara.

Anthony rió divertido.

—¡Diablos, sí! Puede que me ponga mañana mismo de patitas en la calle...

—No, no lo hará. Yo no se lo permitiré.

Antes de que pudiera arrepentirse, Alejandra tiró del cinturón de seguridad.

—Bien, entonces salgamos de aquí antes de que noten mi ausencia en la mansión

CAPÍTULO 29

Alejandra llevaba más de dos horas deambulando junto Anthony Fisher en pleno centro de Londres. La deliciosa zona comercial, por la que paseaban sin rumbo establecido, estaba repleta de espectáculos callejeros, restaurantes, cafeterías y de tiendas de todo tipo, con especialidad en moda y artesanía.

Habían comido unos *sandwiches* y bebido unos refrescos. Habían charlado animadamente y reído.

Había estado tan concentrada, acariciando infantilmente su acto de rebeldía que, de repente, el bulevar de ensueño en el que se hallaba parada, observando a un extrovertido Anthony sumarse a una exhibición de mimo, pareció transformarse en una estampa bien distinta a esa última hora de la tarde.

Se quedó momentáneamente clavada sobre el asfalto. La garganta se le contrajo.

El sonido de unas botas hizo que se le pusiera el vello de punta. Levantó la cabeza. Dos desconocidos habían doblado la esquina y se acercaban por la acera a ella. Eran corpulentos y parecían amenazantes.

Sintió arcadas que amenazaron con disparar la bilis por su boca.

La joven miró hacia su amigo. Anthony seguía enfrascado en su interpretación y no reparó en su angustia. Paranoica, Alejandra dio un paso atrás antes de girar sobre sus talones y comenzar a caminar. Había muchos transeúntes y aceleró el paso, entremezclándose con la gente.

El miedo fluía por sus venas y las rodillas le temblaban. Era brutalmente conscientedeque tenía detrás de ella adosextraños, que bien podrían secuestrarla... Golpearla.

Como aquel día.

Y como aquel día, no habría testigos ni salvadores.

Solo podía huir si quería que no la atraparan. De nuevo.

Un cuarto de hora más tarde, Alejandra estaba sin aliento y jadeando. Se sentía como si hubiera escalado el Everest. La paz de la tarde, una vez tan apacible, ahora se sentía ominosa.

Buscó con la mirada a los dos sujetos que la habían hecho revivir la pesadilla de la agresión. No había ni rastro de ellos. Pero tampoco lo había de Anthony.

¿Y ahora qué, maldita lumbreras?, se reprochó, apartando a un lado el flequillo de su frente. Los dedos le temblaban.

Sacó de su mochila el móvil que había tenido que apagar por las repetitivas llamadas y mensajes, y escribió rápidamente a Anthony un *WhatsApp*. Tenía que saber que está bien.

Respiró aliviada cuando recibió una respuesta.

No sabía con exactitud en qué parte de la ciudad se encontraba ahora. Aunque había mucha gente a su alrededor, su inglés, aunque había mejorado bastante, continuaba siendo algo deficiente en ocasiones. En su cartera solo había un billete de veinte euros y algunas monedas.

Bravo, Alejandra. ¡No vales nada como fugitiva!

Tecléo una descripción detallada del lugar en dónde se encontraba y envió al chico.

Mientras esperaba a Anthony, tomó una inhalación profunda por la nariz. No debería haberse ido de la mansión sin avisar. El trauma de la golpiza seguía tan grabado en su mente como lo estaba el corte en forma de “V” en su piel. El estómago se le revolvió e instintivamente se llevó la mano al abdomen.

Su teléfono sonó una vez. Dos. Tres veces.

Ya podía sentir el hacha Lemacks enarbolada sobre su cabeza.

Valen la mataría... Muy lentamente. Se aseguraría de que pagara caro por su desobediencia. Oh, sí, estaba completamente convencida de que lo haría y que disfrutaría con ello.

Se ajustó la mochila al hombro y contestó otro de los mensajes de Anthony, quién aseguraba verla ya a la distancia.

Alejandra repasaba con la mirada la gente, buscándolo, cuando un coche se detuvo en la calzada cerca de ella. Se quedó petrificada.

Valen.

Alejandra supo que era él sin necesidad de girarse y alzar la cabeza. El desconcertante escalofrío que le recorrió la espalda y el loco palpitante de su corazón, le revelaban que Valen estaba allí.

Rogó para que Anthony apreciara suficientemente su vida como para escapar mientras aún pudiera.

Se giró lentamente. Incluso en aquellos instantes, cuando se dirigía a ella preso de la furia, escrutándola con sus brillantes ojos grises y el rubio cabello revuelto por la brisa, Alejandra sentía la tentación de tirarse al suelo, hacerse un ovillo, y si el todopoderoso se compadecía de ella, desaparecer.

Oh, santo Dios.

Cuando Valen la tomó del brazo y se cernió sobre ella, tragó saliva para desvanecer el nudo que tenía en la garganta. Él no estaba simplemente enfadado, ¡sino colérico!

—Cómo diablos puedes ser tan irresponsable —dijo entre dientes. Ella se encogió—. ¡Ni siquiera puedes hacerte la más mínima idea del infierno que me has hecho pasar por horas!

—Val... yo...

Un jadeo de dolor escapó de los labios femeninos cuando los dedos que le apresaban el brazo se clavaron en su piel a través de la ropa. El severo y atractivo semblante de Valen no reflejaba ni la más mínima calidez.

—Te aconsejo que no lo hagas. No es muy buena idea que sigas poniendo a prueba mi humor por hoy. —Jaló de ella hacia la carretera. Un *Volvo* negro estaba aparcado a un lado. ¿Cuántos juguetes de cuatro ruedas poseía?

Él abrió la puerta del vehículo.

—Sube al coche.

Alejandra entró, repitiéndose mentalmente que no lloraría. ¡No! Suficientemente malo era ya sentirse como una niña traviesa a la que hubiera descubierto en alguna diablura. En realidad, la situación no podía ser más idéntica a la de una cría indisciplinada a la que sus padres pretendían castigar. No obstante, dudaba mucho que Valen Cavernícola Lemacks tuviera en mente dejarla sin ver televisión durante una semana.

Cuando él ocupó su lugar al volante, se inclinó hacia ella. Alejandra contuvo el aliento, deseando que la abrazara, que la besara y le prometiera que todo volvería a estar bien entre ellos. Pero él no lo hizo. En su lugar le abrochó el cinturón de seguridad. Su rostro seguía siendo una máscara de pura ira.

Respiró hondo y se obligó a mantener la calma. Pero la fachada duró unos dos segundos. Fijó la vista en la ventanilla. No veía nada, solo sentía las lágrimas escapando de sus ojos.

CAPÍTULO 30

En el camino de vuelta a casa, Alejandra esperó el ataque verbal de Valen, pero éste nunca llegó. El silencio, sin embargo, dolía y era mucho más aterrador que cualquier insulto. Pero él seguía sin decir nada, conduciendo como si tuvieran al mismo Satanás pisándole los talones.

A Alejandra se le llenaron los ojos de más lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Con desesperación, luchó por no volver a llorar, porque su llanto solo conseguiría poner más furioso a Valen.

Finalmente, cuando no pudo más con aquel angustioso silencio, lo rompió. —No quería preocuparte, yo solo necesitaba...

Enmudeció y se le aceleró el pulso al ver, de repente, en la expresión masculina

algo voraz y oscuro mientras, sin apartar los ojos de la carretera, sonrió con cinismo.

— ¿Necesitabas qué, Ale? ¿Alejarte? ¿Huir de mí? ¿O solo pretendías darme una lección? Porque si es esto último, déjame aclararte, cariño, que fallaste en tu intento.

— Lamento haberme ido sin avisar.

Su mueca cínica se hizo más cruel.

—No, chiquita, ahora no lo lamentas, pero me aseguraré de que lo hagas en cuanto llegemos a casa.

Alejandra se quedó inmóvil, muda, sin saber qué responder. Intentó contener las lágrimas de rabia, pero supo que había fracasado cuando sintió la humedad por sus mejillas.

— Te aconsejo que guardes algunas lágrimas para luego, cariño, las vas a necesitar —dijo Valen, despectivo—. Quiero que me supliques. Quiero ver esos enormes y preciosos ojos que tienes llorando, pero de verdad, mientras me encargo de enseñarte de una maldita vez por todas a obedecer y a comportarte como una adulta.

Alejandra se enjuagó la humedad de sus mejillas de un manotazo y sorbió por la nariz. Cuando volvió lentamente la cara hacia él, no había tranquila dignidad en su rostro. No, la pura furia femenina reinaba en él.

— ¿Y por qué esperar a llegar casa, oh, divina providencia? Podrías empezar a impartir tu disciplina y tu toque de amito aquí mismo. ¡En este

preciso instante! ¡Estoy ansiosa por ver cómo lo intentas y como me conviertes en toda una mujer!

Los músculos de Valen se tensaron, dio un volantazo y detuvo el coche a un lado de la carretera. Alejandra gritó y lo miró con ojos desmesurados, lista para protestar. Pero el brillo intermitente en la mirada de su amigo no presagiaba nada bueno.

—Baja del coche. ¡Ahora! —Le ordenó, haciendo él lo propio.

Presa del pánico, la joven miró a través de los cristales a su alrededor. ¿Qué pretendía hacer? Comenzaba a anochecer y estaban parados en medio de la nada, de la floresta y privada pista que conducía a la mansión Lemacks.

Un nuevo chillido escapó de sus labios cuando Valen abrió la puerta a su lado y la sacó casi en volandas del interior del *Volvo*.

Blanca como la nieve, Alejandra no dejaba de temblar mientras él la arrastraba con fuerza. —Val... ¡Esto no tiene ninguna gracia! —No es mi intención que la tenga.

Con un rápido movimiento, le sujetó ambas muñecas detrás de la espalda con una de las suyas y la apretó contra el capó del coche. Jadeó. Un lateral de su rostro y la parte superior de su cuerpo quedaron aplastados contra la metálica superficie y la inmensa figura de Valen.

—¿Qué... qué estás haciendo? —balbució ella, mientras luchaba por desasirse, como un gato al que quisieran meter en un saco.

—Se llama recibir tu merecido, Alejandra.

Valen necesitaba sostenerla. Sentir su suavidad y su calor contra él, sentir que volvía a mantenerla segura, protegida. Era todo lo que podía permitirse a sí mismo por ahora.

Dando un paso atrás, le desabrochó con la mano libre los vaqueros y los deslizó hasta traspasar las rodillas.

—No lo hagas, Val...

—Comenzaremos por el principio, preciosa. Lección número uno para ser toda una mujer... —Arrastró junto a los vaqueros el *culotte* blanco de diminutas margaritas celestes—. Las flores y haditas no son sensuales. La seda y el encaje, sí —mintió. Maldita fuera, si él no se corría cada vez que la veía con uno de aquellos gazmoños conjuntos de lencería de algodón.

Al retorcerse contra su torso, Valen le liberó las muñecas y la aprisionó con su enorme tamaño. Apretó su erección contra los glúteos desnudos. Silenció un gemido. Se sentía tan bien. Pero sabía que se sentiría aún mucho mejor cuando la follara duro y rápido hasta que estuviera dolorida.

A diferencia de él, Alejandra temblaba y sorbía como si estuviera llorando. Sus manos oprimidas en sendos puños contra el gélido capó.

—Te lo ruego, para...

Él escuchó el dolor, la persistente suplica en su voz, pero no se detuvo. Sabía que con cada pecado vendría el castigo. Y él ya había cometido demasiados pecados como para que las consecuencias de uno más lo amedrentaran.

Valen gruñó mientras se obligaba a no pensar en nada. En no sentir nada. No podía permitir que la ira como la impotencia o el miedo que lo habían asolado durante horas esa tarde, lo dominaran en esos momentos. No cuando la pequeña duende hacía que todo su flujo sanguíneo se concentrara solo y únicamente en su maldita polla.

Aunque, quería devorarla, vivir en ella durante días...

Sus dedos se movieron entre sus muslos, acariciándole el goteado núcleo. Alejandra dio un respingo. Sus inútiles intentos por zafarse solo conseguían que se frotara más deliciosamente contra él.

Valen murmuró cada obscenidad que se le vino a la mente. Si no ponía pronto remedio, iba a tener un dolor de pelotas de por vida.

—Lección número dos...—Coló un muslo entre sus piernas. Ante su resistencia, le advirtió—: Separa las piernas Alejandra. Ella gimoteó.

—Nono puedes hacerme esto, Val. Por favor... Aquí no... Así no. —Supongo que prefieres que lo hago yo.

Con habilidad y sin esfuerzo, la abrió todo lo que los vaqueros olvidados centímetros por debajo de las rodillas le permitieron. Curvando una mano, le palmeó dos veces una de las nalgas, luego le masajeó la carne enrojecida. Mientras ella sollozaba, él solo podía pensar en joderle el culo.

¡Cabrón despreciable!

Se inclinó para depositar un beso en la parte trasera de su cuello. *No llores, cariño.*

—Lección número dos. Es fundamental saber que tu marido sólo quiere lo mejor para ti —Incapaz de contenerse, cubrió y siguió acariciando el clítoris de Alejandra. Ella jadeaba y se contorsionaba—. Porque sé lo que hago. Lo que te gusta... —Recorrió los pliegues secretos y los frotó. Una mueca de complacencia dibujó sus labios cuando la encontró más mojada. El miembro de Valen se sacudió y se instaló entre sus glúteos, como si la maldita cosa tuviera mente propia y quisiera hacer un agujero a sus pantalones y empujar dentro de ella. Esto era un error, pero su polla la quería tanto como él su alma y corazón—. Así que sé una buena chica y obedece ciegamente. Lección

número tres...

—¡Eres un canalla, suéltame! —rugió ella con furia.

—Lección número tres —repitió él—. Toda adulta es lo suficientemente mujer para compartir y satisfacer a su marido en una cama. Ahora respóndeme a la siguiente duda, chiquita: ¿Qué follará primero mi polla? ¿Este hermoso culito o este apretado coñito? —¡Dudo que algo de eso suceda cuando te dé una patada en la entre...!

—Cuidado pequeña con esa lengua afilada. —Valen había enredado una mano en su coleta. Largo y ligeramente ondulado, el cabello de Alejandra sería el asa perfecta para asirse mientras le follaba profundamente la boca, abriéndose paso centímetro a centímetro en ella.

Sin soltarla, se apartó solo un poco de la piel que le hervía la sangre. Pero cuando contempló el cuerpo menudo que inmovilizaba sin esfuerzo, la ropa abandonada en las pantorrillas y el redondeado y respingón trasero que lo incitaba a profanar el immaculado agujero, una nueva ristra de blasfemias bailaron en la punta de su lengua.

Más oscuro, más crispado, más peligroso, sacudió la cabeza.

—Eres mía Alejandra, sólo mía. Yo soy tu dueño y nadie nunca jamás podrá jurar lo contrario. Lo que has hecho esta tarde ha sido peligroso e irresponsable. No vuelvas a provocar mi ira. No tientes al monstruo que adormita bajo la serena superficie, porque si lo haces, no te gustará lo que verás. Lo que haré contigo.

Alejandra apenas oía a Valen a través de sus sollozos. Sintió cierto confort cuando la mano del hombre apareció en su mejilla expuesta para retirarse suavemente las lágrimas.

—No lo entiendes, ¿verdad, chiquita? No entiendes que si llegara a sucederte algo me confinarías de nuevo a la más absoluta oscuridad. Me matarías. Contigo puedo sentir en mi interior lo poco bueno que queda dentro de mí. El saberte segura, feliz, es mi vida... —Respirando entrecortadamente, como si estuviera corriendo una maratón, inclinó la cabeza y llevó los labios a su cuello, luego, los acercó con suavidad a su oído—: Por favor, Alejandra, no me dejes morir, porque sin ti, no siento nada. Volvería a estar muerto.

Con el corazón palpitándole desenfrenadamente, el estómago atado en nudos de optimismo, de sueños y de posibles desilusiones, Alejandra no tuvo tiempo para analizar las palabras de Valen. Unas manos fuertes la ayudaron a enderezarse. En esa ocasión no se resistió, estaba tan mansa como una dócil gatita tras el severo escarmiento de su amo. La cara le ardía y sus mejillas de

porcelana estaban húmedas por las lágrimas. Valen la colocó frente a él y limpio la humedad con besos tiernos mientras le volvía a subir las braguitas y los vaqueros. Él se quedó largo rato, acariciándole también el pelo con adoración. Por fin, los sollozos fueron cesando.

—Te odio. Te odio con todas mis fuerzas, Valen Cavernícola Lemacks —dijo ella graciosamente, gimoteando, acurrucándose más contra su cuerpo.

Valen esbozó una sonrisa torcida y la rodeó con los brazos por la cintura. Ella se agarró a sus fuertes hombros y deslizó las manos hasta su cuello, acercándose, haciendo que sus cuerpos se rozaran. Era siempre tan dulce y generosa, que estaba convencido de que si él fuera un ser humano mejor, Alejandra podría sanarlo.

—No, chiquita, tú no me odias, y ese es precisamente nuestro gran jodido problema. Sí realmente me odiaras, yo podría pensarme el dejarte marchar...

— *¡Mentiroso!* —. Pero no mientras tus ojos me sigan diciendo que me quieres y tu cuerpo continúe estremeciéndose en mis brazos.

Con manos sabias y poderosas, él la sujetó de las caderas, sin dejar de mirarla a los ojos, y la apretó contra su intacta erección. A Alejandra la inundó una oleada de deseo.

Sus pezones estaban duros y sensibilizados contra las copas del sujetador. Entre las piernas, le latía un pulso húmedo y caliente.

—¿Me quieres, pequeña?

Bajando los párpados y con el corazón acelerado, Alejandra se sintió de pronto como presa en una jaula de tiburones.

¿Qué si lo quería? ¡Por supuesto que lo quería!

Mortificada, se sonrojó cuando sus ojos se encontraron. Sus labios se habían arqueado un poco, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Alejandra tragó saliva y puso distancia entre sus cuerpos.

Sin exponer ni un segundo más su vulnerabilidad, asintió para no hablar. Sentirse cegada por las lágrimas ya era lo bastante embarazoso.

Quiso refugiarse en el interior del coche, pero Valen la agarró de una muñeca, impidiéndole alejarse. Levantó la cabeza y se quedó inmóvil, petrificada como un pájaro atrapado.

—No, quiero oírlo de tu boca, Ale. ¿Me quieres?

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Alejandra, pero logró que su voz sonara firme cuando contestó:

—Sí, Val, te quiero.

CAPÍTULO 31

Valen guió a Angelo Zammicheli hacia una terraza cubierta de la mansión. Sofás blancos de matas metálicas, una mesa de vidrio en el centro, con una botella de brandy, vasos, una pitillera y mecheros de plata, acicalaban el lugar.

Despojados de las chaquetas y corbatas, el anfitrión comenzó a servir las bebidas. —¿Cuál de tus dos nuevas adquisiciones festejamos? ¿La inmobiliaria o la de enormes e impresionantes ojos castaños? —La boca del italiano se torció con cinismo—. En la vida hay que probarlo todo, pero no engancharse a nada, ¿lo recuerdas? Era nuestro credo.

Con una mueca burlona más amplificadas, los dedos largos y morenos de Angelo colocaron uno de los cigarrillos entre sus sensuales labios y lo encendieron. Se percató de cómo los nudillos de Valen palidecían bajo la presión que ejercían sobre el encendedor cuando tomó también otro de los cigarrillos. Sin embargo, sus facciones permanecieron serenas.

Ambos hombres se acomodaron en los sillones y Valen, encogiéndose de hombros, contestó:

—Dicen que si las malas personas tuvieran auténtica consciencia de sí mismas, la vergüenza les invadiría.

Meditabundo, Angelo tomó un trago de su brandy y luego aspiró una bocanada de humo.

—Pero tú y yo no tenemos consciencia, ¿no es cierto? Nos dijeron que éramos escoria italiana tantas veces que llegamos a creérselo. Pero miramos ahora, quince años después, vistiendo ropa cara, comiendo en los restaurantes más selectos, desplazándonos en primera clase o en *jet* privados, liderando imperios astronómicos, fornicando con rameritas de primera categoría.

Dando otra larga calada al cigarrillo, pensó en cómo Valen y él habían tenido que aprender muy pronto y a base de golpes, que en esta vida había que esforzarse y forjarse cierta reputación de tiburones en el mundo de los negocios para ganar dinero. Mucho dinero. Por suerte para ellos, habían tenido el toque de Midas. Como el rey legendario, convertían en oro todo lo que tocaban.

—El que en un arte ha llegado a maestro puede prescindir de las reglas y de la maldita consciencia —concluyó Angelo, satisfecho.

Valen sacudió el cigarrillo con una violencia que esparció la ceniza sobre el

hermoso suelo de piedra mientras gruñía:

—Puede ser, pero recuerda, que no hay maestro que no pueda volver a ser discípulo ni consciencia que directa o indirectamente no juzgue.

—¡El matrimonio te ha convertido en un romántico!

Con indolencia, Valen miró hacia la cristalera que cubría prácticamente toda una pared. Parecía examinar el exterior, pero Angelo sabía que las nubes plomizas o la lluvia pertinaz, no acaparaban su interés, sino los recuerdos que durante años lo tenían prisionero...

Como a él.

Porque, aunque los barrotes de ambas prisiones fueran invisibles, resultaban más resistentes que si fueran de acero forjado.

—¿Puedo saber que planeas hacer con la propiedad de Italia?

Valen se volvió a encarar su mirada, aparentemente tranquilo. Sin embargo, tenía la mandíbula y hombros tensos.

—Nada. Solo deseo demoler todo lo que ahí hay.

Angelo alzó las cejas.

—¿Edificar algo partiendo cero, totalmente nuevo?

—No, simplemente quiero ese lugar desértico. Sin nada. Los labios de Angelo curvaron en un otra sonrisa cínica.

—Extravagancias de multimillonario, supongo. A algunos les da por adquirir clubes deportivos y a otros impresionantes casas flotantes que reconfortan el tamaño de su pequeño ego. Supongo que derribar algo que se ha ganado en una partida de póquer es la menor de las excentricidades.

Alejandra caminaba por el largo pasillo repitiéndose como mantra el motivo que la había empujado a ser servicial y noble con el capitán cavernícola que tenía por esposo.

Ah, sí, la venganza. La dulce y merecida venganza.

Desde hacía dos días, tras su pequeña incursión como fugitiva, Valen solo la miraba como si quisiera ejercitar su mano en su trasero.

Había tenido que suplicar un indulto para Anthony Fisher, y sorprendentemente lo había conseguido con demasiada facilidad.

Extraño.

Pero ahora querían pensar en lo que podía estar tramando la maquiavélica mente de Valen para Anthony y ella. Debía presentarse en la guarida del lobo, y debía hacerlo porque Angelo Zammicheli y él habían estado trabajando todo el día, encerrados en el despacho y era hora de que comieran algo. Ajustó la bandeja con canapés y dos copas mientras se decía a sí misma que prefería

darles papilla de zanahoria a hambrientas pirañas amazónicas antes de tocar esa maldita puerta.

Pero tenía que tocar y obligó a su mente a volver a la realidad porque por mucho que lo pensara, la perilla no se convertiría en una anaconda asesina, ni le mostraría las fauces para comérsela.

Tocó una vez. Tocó dos. No iba a tocar una tercera cuando...

—Que encantadora sorpresa, Alejandra —La voz de Angelo la recibió detrás de la puerta. Le hablaba en español y su ligero acento resultaba seductor. Ella vio cómo se apresuraba a recogerle la bandeja que dormía en sus manos y se apartaba a un lado para que pudiera entrar al despacho.

—Gracias, señor Zammicheli.

—Angelo. Llámame Angelo, por favor. Tuteémonos.

—De acuerdo. Gracias... Angelo —Ella barrió con la mirada el estudio mientras se jaloneaba la vaporosa falda larga de gasa color turquesa que se había puesto—. Vine a traerles...

—Sí, ya veo —Sonrió el hombre mirándola apreciativamente—. Seguro que me dirás que estoy explotando a tu dulcemaridito y que por eso decidiste que es tiempo de hacer una pausa. Acompáñame, estamos en la terraza.

—Claro.

Alejandra sonrió y negó, pues Valen no necesitaba ser rescatado por nadie.

—Esto está muy rico —La felicitó el italiano mientras se llevaba otro canapé de pollo y pimentón a la boca. Descorchó la botella de vino que trajo—. Esto merece una buena copa de vino, ¿no crees? Un brindis por el extraordinario talento que tienes.

La mujer se sonrojó ante el evidente halago. Observó de izquierda a derecha para ver dónde rayos estaba Valen y por qué se mantenía tan silencioso, pero no le encontró allí. Se giró hacia Angelo.

—¿Y Valen?

—Está contestando una llamada fuera —informó, pasándole una copa. Angelo dio vueltas al licor en su copa y olió el delicioso veneno blanco.

—Ya veo —contestó ella, fijándose en cada felino movimiento del cuerpo de Angelo. Jesús. Era un hombre atractivo y modélico, controlado y accesible. No como Valen.

—Bebe —ordenó con tan suave timbre que más pareció una petición, pero Alejandra estaba segura que no lo era. Valen y él eran iguales. Cazadores.

Aunque ella prefería cualquier bebida sin alcohol, no quiso tentar su suerte, apreció el aroma del vino y luego dio un pequeño sorbo. —Delicioso aroma,

¿verdad? —preguntó sonriendo en un perfecto castellano, mientras sus ojos esmeraldas no perdían detalle de cada uno de sus gestos.

Ella asintió

—Sabe a vainilla y miel —arrugó el ceño.

—Eso es porque su crianza fue en roble, *mio bello angelo* —instruyó—. Las mejores cosas del mundo requieren su tiempo de maduración.

La mirada de Angelo le produjo un escalofrío a Alejandra y ella prefirió cambiar de tema.

—¿Valen y tú se conocen desde hace mucho? —preguntó acercándose a la bandeja y colocando cada canapé en el lugar en el que debía estar. Agradecía que Angelo no hubiera cogido los que tenían en vez de pimienta un gran y picante rocoto. Respiró aliviada.

—Hace muchos años —Sintió la voz de Angelo muy cerca de ella. Alejandra se giró y salió un poco de su radar.

—Entonces me imagino que sabrás cómo fue de adolescente.

Angelo rió asintiendo.

—Aprecio demasiado mi rostro y mi vida, *cara*.

Ella sonrió sabiendo de primera mano que Valen le golpearía si decía algo que no debería.

—A todo esto, acabo de recordar... —dijo él, colocando su copaylade ellasobre la mesa y sacando del bolsillo de su chaqueta una pequeña cajita de terciopelo—. Esto es para ti.

Alejandra se sorprendió y lo observó con un poco de desconfianza. ¿Por qué tendría que regalarle algo? Al ver que ella lo miraba pidiendo explicaciones, Angelo jaló de su mano y le puso la cajita encima.

—Antes de que puedas decir nada, simplemente ábrela.

Con un nudo en la garganta, Alejandra hizo lo que le pidió y observó la pequeña lágrima de ojo blanco que había visto la mañana que salió de compras con Idaira y encontró a Patch. Pese a que no era una apasionada de las joyas, le había llamado la atención en la vitrina por la magnífica floritura a mano con la que estaba hecha.

Frunció el ceño, preguntándose cuán de caprichosa podía ser la casualidad.

—Angelo, yo no puedo... —dijo cerrando la caja e intentando devolvérsela.

—No digas que no —murmuró él—. No fui invitado a tu boda con Valen, así que tómallo como el regalo que os debía. Ahora, date la vuelta y permíteme ponértelo, Alejandra.

Ella se mordió el labio ligeramente. Si volvía a negarse, él podría tomárselo

como un desprecio y lo último que quería era ofenderlo. A regañadientes se puso de espaldas a él y jaló de su cabello a un lado para facilitarle el acceso. Mientras le colocaba el colgante, Angelo le acarició el pulso que latía en su garganta con la yema de uno de sus dedos, y probó también la dulce textura de su piel, satisfaciendo de esa forma su curiosidad. Sí, era tersa, dulce, suave. Alejandra se movió, incómoda. La idea de que alguien que no fuera Valen la tocara, la disgustaba.

Acarició y dejó y su cabello dónde debía estar.

—Shannon es una extraordinaria psicóloga, pero difícilmente podrá ayudarte a superar lo sucedido si faltas a sus terapias —Le comentó, cambiando de repente el hilo de la charla.

—¿Es eso cierto, Alejandra? —La joven se tensó y saltó hacia otro lado, cuando escuchó la voz grave de Valen. Su mirada estaba fría y curtida por el enfado. Se acercó a ella con la advertencia tatuada en los tormentosos ojos grises que se clavarondirectamente en la lágrima que jugabaconel cuello rebajado delamaldita rebeca blanca que no le tapaba del todo el estómago—. Alejandra, te hice una pregunta.

—Les traje canapés —murmuró ella para evitar responder—. Le dije a Bianca que sirviera pronto la cena, pero mientras tanto pueden... —¿Ese colgante es nuevo? —preguntó Valen.

—Sí —respondió ella.

—Se lo regalé yo — inquirió Angelo y Valen lo observó con ira—. Tu esposa es encantadora.

—Mi mujer —gruñó Valen, mientras plantaba su helada mirada en otro cabrón que, al parecer, apreciaba muy poco su vida.

Angelo sonrió divertido.

—Esposa o amante, te felicito, porque es una *bella donna*.

Alejandra deseó no encontrarse allí. Iba a salir, cuando una mano le rodeó la cintura desnuda y le enterró las yemas de los dedos, marcándola. Jadeó cuando sintió la palma deslizarse sensualmente por la curva de su trasero.

—Val...

Se removió, sintiéndose de pronto como un trofeo en medio de dos apostadores consagrados. No sabía si enfadarse por ello, o cortar el momento de intensidad. Y si se decantaba por lo segundo, cómo hacerlo sin que se notase demasiado.

Pero no tuvo que hacer nada, porque Angelo les pasó a ambos una copa del *chardonnay*, mientras se llevaba otra brocheta de su plato a la boca. —

Mmm... *Delizioso*.

Valen no pudo evitar levantar una ceja mientras tomaba un trago de su copa y degustaba una de las brochetas. Cogió otra que estaba rebosante de salsa y los pimientos brillaban rojos e intensos. Se la llevó a la boca y comió no solo pollo, sino también... Pero ¿qué carajo era aquello?

Valen masticó, un picante amalgama de productos nocivos irritaron su garganta. Observó con atención al espléndido Angelo que parecía un niño comiendo una golosina.

Solo si quieres mandar al hospital al comensal, pensó Valen, pero no le dio el gusto a la mujer y volvió a llevarse otro pedazo de la brocheta a la boca, mientras miraba con atención a la sonriente Alejandra que le desafiaba con la mirada.

Él la observó por debajo del ceño fruncido y le prometió con la mirada la venganza que haría efectiva cuando menos lo esperara, ¡porque aquella maldita bruja había alterado solo su comida!

—Estoy comenzando a pensar que debería contratarte como cocinera, Alejandra —comentó Angelo, acompañando el canapé con un sorbo de vino.

—Oh, gracias, Angelo —dijo ella con la sonrisa ensanchada al límite—. Supongo que utilizar el delantal de mi dulce esposo me inspira. Ahora, si me disculpáis, iré a ver cómo va la cena.

Angelo rió con tal fuerza que él prometió doble venganza. Ambos hombres la vieron retirarse y Valen deseó ir tras ella para apretar ese tentador cuerpo contra la pared y decirle que no se atreviera a estar semidesnuda cuando habían otros hombres en la casa, así como para recordarle qué pasaba cada vez que intentaba desafiarle.

—Cariño —murmuró el hombre, mientras Alejandra se giraba ligeramente con aquella expresión de no matar una mosca.

Oh, pequeña arpía, prometo que esto lo pagarás profundamente.

Valen se llevó la otra brocheta empapada con un potente picante a la boca antes de decir:

—Ve con cuidado con las clases de cocina, cariño...te puedes quemar — Observó satisfecho cómo la sonrisa de su esposa murió en los labios—. Nena, yo que tu pensaría alguna delicia dulce, para rebajar este... crepitante e intenso manjar. Quiero algo muy, muy dulce... algo que indulte hasta el más cándido convicto.

Alejandra se piró más roja y culpable que nunca pero antes de cerrar la puerta, escuchó una risa de conocimiento de Angelo, la cual le decía que él había

comprendido lo que Valen no intentó camuflar.

CAPÍTULO 32

Abstraída en el colapso de galaxias que tenía dentro de la cabeza, Alejandra sintió el peso de lo que había hecho sobre los hombros. ¡Jesucristo! Valen se las cobraría, le haría pagar con creces cada una de las brochetas que incendiaron su garganta.

El corazón bombardeaba con tanta violencia en su pecho que llegaba a dolerle. Qué tonta e infantil había sido. ¡Tonta, tonta, tonta! ¿Es que no aprendía que Valen siempre ganaba?

Ella volvió a asentir, mientras repasaba en su mente la escena anterior. ¡Por Dios! Casi se vuela un dedo con el cuchillo al cortar los últimos champiñones para la crema. Comida que esta vez no pensaba alterar. Ya había visto la promesa de venganza brillar en los tormentosos y fieros ojos de su marido. No quería ni saber cuál sería su plan de castigo. Porque lo habría. De eso estaba segura.

Nada en el mundo evitaría que Valen Lemacks la hiciera lamentar su trastada, pero debía de reconocer que se lo había pasado a lo grande viéndole blanquear los ojos por no poder ponerla en sus rodillas y zurrarla.

— ¿Señora Alejandra, se encuentra bien? —preguntó Bianca colocándole una mano en el hombro—. Está un poco pálida —Ella asintió—. Disculpe que insista, señora, pero no se ve nada bien.

Alejandra cogió con más fuerza el cuchillo para que no se le fuera a resbalar de la palma de la mano. Le sonrió quedamente mientras intentaba estacionar la nave espacial de sus ideas.

— Estoy bien, Bianca, es solo que cuando les llevé los canapés a mi esposo y al señor Zammicheli, bebí unos sorbos de vino y no estoy acostumbrada a tomar.

—Pese a la belleza de su envoltorio, ese hombre me causa escalofríos.

—¿Se refiere a Angelo Zammicheli? —interrogó Alejandra con sus grandes ojos abiertos como platos.

La mujer asintió y Vincent, su marido, le lanzó una mirada de advertencia para que no se fuera de lengua sobre ese tema.

—Pero no se preocupe, señora Alejandra, el señor Lemacks jamás la pondría en peligro en su propia casa. El cuida lo que es...

—Bianca... —le dijo Vincent para que se callara de una buena vez.

—¿Qué quieres decir con eso, Bianca? —preguntó Alejandra curiosa mientras echaba lo picado en la olla.

—Nada, señora —interrumpió Vincent de pronto—. Mi mujer, que a veces dice cosas sin sentido. El señor Angelo es un caballero y jamás haría nada. Es igual que el señor Lemacks.

Alejandra se quedó pensativa y comenzó a darle vueltas a todo lo que conocía de Angelo Zammicheli y el porqué de pronto las palabras de los esposos habían hecho que se preguntara si no era solo una fría cortesía lo que el hombre mostraba.

No pudo calcular el tiempo que pasó, pero si sintió las fuertes pisadas de Valen. Cuando el hombre apareció en la cocina, Alejandra se encomendó a todos los santos del cielo. Recordando las pautas que previamente había maquinado, comenzó a servir la sopa en la bella vajilla de plata.

—Señor Lemacks —saludó Bianca—. En un cuarto de hora estaré sirviendo la cena.

—Bien —dijo rudamente—, pero no vengo por eso —Observó a cada uno de los integrantes de la familia Fisher—. Los quiero a todos fuera.

Impactados por las fuertes palabras de su jefe, cada uno dejó los mandiles y comenzó a desfilas hacia la puerta de salida. Alejandra incluida. Ella esperaba, rogaba que a su marido de pronto se le hubiera ocurrido que necesitaba la cocina para tomar un poco de leche y galletas y que nadie dijera que era un blandengue. Sí...eso... —¿A dónde crees que vas tú?

—Dijiste que querías a todos fuera, Val —susurró mirándole con tal candidez que Valen apretó la mandíbula.

—Ellos. Fuera. Tú te quedas exactamente dónde estás —dijo mirándola de pies a cabeza. Alejandra suspiró mientras colocaba la mejor expresión de no saber absolutamente nada. De no comprender qué estaba pasando, pero el nerviosismo de su lengua, que no dejaba de humedecer su labio inferior le dijo a Valen que no era tan inocente como pretendía aparentar y que debajo de aquella calma clamaba un volcán a punto de estallar.

—Veo, querida mía —comenzó Valen, apoyándose en el mostrador y sacando una cuchara para probar la crema de champiñones que hervía en la roja placa. Tan roja como su ira—, que te gusta adulterar vilmente los alimentos de las personas, especialmente si soy yo la persona en cuestión.

Alejandra abrió los ojos y la boca, luego, teatralmente, se llevó una mano al corazón.

—Pero de qué me estás hablando, esposo mío —preguntó

—No lo sé, dímelo tú, pequeña embustera —La mirada del hombre se intensificó y mientras avanzaba hacia ella comprendió aquella sensación de que alguien acaparaba el espacio a su alrededor de la que tanto leía en sus novelas. Él se acercó a ella amenazadoramente—. Así que dime, querida, ¿algo que confesar? Te estoy dando una oportunidad en un millón, te aconsejo que no la desaproveches.

Alejandra abrió la boca con tal inocencia que era imposible no creerle.

—No tengo absolutamente nada que confesar —Bajó la mirada y se entristeció lentamente, como si se sintiera decepcionada, pero Valen sabía la verdad. Se sentía aterrorizada—. Al menos Angelo es más caballeroso porque no se está quejando. No soy buena cocinera, lo sabes.

—Intentas matarme con cada succulento brebaje que decidas cocinar, ¿verdad, chiquita? —preguntó—. Te estoy ofreciendo en estos momentos la mejor vía, Alejandra. La confesión. No volveré a hacerlo, así que confiesa o te irá peor.

—¿Es una amenaza, Valen Lemacks? —Ella negó queriendo dar a entender que no entendía nada, pero la pequeña llama de competitividad que iluminó sus resplandecientes iris le dijo al hombre una cosa completamente diferente, era culpable. Y estaba orgullosa de lo que había hecho.

—¿Crees que estoy jugando a saber quién tiene la punta roja del palito, Alejandra? — Los orificios nasales de Valen se abrían como los de un toro a punto de investir en la mitad del coliseo taurino—. Déjame decirte que no es un juego, no es un simulacro, ni nada que se le parezca. Confiesa.

Ella negó.

—No tengo nada que decir al respecto —Levantó su arrogante y mentiroso mentón para desviar su atención a la franja de piel que dejaba la rebeca blanca sobre el pequeño y endemoniado *top*. Alejandra se armó de valor y se giró para seguir trabajando en los alimentos sin darle ninguna importancia al hombre que bullía y exudaba enfado por cada poro de su cuerpo.

Antes que ella pudiera siquiera pensar en la siguiente cosa que picaría, Valen tenía ambas manos sobre sus puños y la jalaba hacia la isla del centro de la cocina. Ella no fue consciente de lo que su marido hacía hasta que sintió el frío mármol debajo de su estómago desnudo.

—¡Valen Lemacks!

—Me has mentido —sentenció con la voz tan dura como el acero y fría como el gélido viento del norte que aún invadía la pradera—. Has osado a desafiarme, pequeña fulera. Y eso tiene un precio.

Alejandra sintió el cálido aliento de Valen en su oído, mientras el peso de su

gran cuerpo aplastaba su pecho. Las piernas masculinas hicieron que ella abriera ligeramente las propias. Sus manos estaban libres por la sacudida así que no perdió el tiempo e intentó levantarse, defenderse de alguna manera.

— ¡Eres una abusivo! —le espetó.

—Un abusivo... —siseó Valen intentó comprender aquel significado que había sido borrado de su diccionario hacía muchas décadas atrás.

Soltó levemente su agarre y la enfurecida gata que erizaba el cuerpo con furia logró alejarlo un poco y respiró pesadamente, decidiendo con rapidez su acción inmediata. Alejandra intentó escapar con la misma astucia con la que consiguió deshacerse de él y en un intento de que no volviera a tocarla le arañó a la altura del cuello. Embravecido por aquella afrenta, la atrapó entre la encimera y su musculoso cuerpo, apretándola y haciendo que sintiera la dureza de sus músculos y de aquella parte de su cuerpo que más la necesitaba. Valen bufaba furioso mientras estaba completamente seguro que aquella charlatana mujer no iría a ningún jodido lugar sin su maldito consentimiento. ¡Ya estaba harto! No aguantaría más juegucitos de gato y ratón, y le dejaría marcado a fuego su nombre en cada célula viva de su cuerpo.

Alejandra soltó un jadeo mientras colocaba las manos en el frío mármol y sus pechos se balanceaban a escasos centímetros de la superficie. Sintió el duro azote en su trasero de la mano del hombre.

—¡Valen!

—¿Creías que no habían consecuencias, chiquita? —preguntó entre dientes, apretándose duramente contra sus nalgas. Restregando su erección contra el desnivel de las bragas en el medio de los globos musculares. Aquella acción en vez de apaciguarlo, logró calentarlo más—. Me parece que mereces un jodido castigo ejemplar. Como el tenerte desnuda y dispuesta, deseosa, para que recuerdes quién es tu marido. Porque parece que se te ha olvidado.

—Mi marido, no mi dueño —replicó ella comenzando a enfadarse por la actitud agresiva del hombre. Valen recorrió con las manos las sensuales piernas femeninas llevándose hacia arriba la vaporosa gasa de la falda turquesa. A continuación, amarró la tela a su espalda y le abofeteó con dureza uno de los cachetes del trasero por segunda vez—. Tu marido, tu dueño, tu todo. Porque tú eres solamente mía, Alejandra Lemacks. Y no me gusta que me desafíes.

—Pero yo estaba... —Alejandra intentó explicarse, mientras sintió que le jalaban la rebeca blanca y el sujetador—. ¿Qué... qué pretendes hacer?

Seguramente Bianca y Vincent se habían largado del pasadizo, porque si no,

estaba segura que irían en su ayuda. Mierda. ¿A quién pretendía engañar? ¡Por supuesto que no irían a rescatarla de las garras de ese neandertal!

—Lo que debí hacer antes con esto —dijo él, mientras escuchaba como el ligero tejido de las dos prendas se iba rompiendo en sus fuertes manos.

—Esa es mi...

—Era tu ropa —Siguió rompiendo la tela y deshaciéndose de las demás prendas.

Alejandra se retorció mientras el hombre seguía toqueteándola de hito en hito. Aprovechándose de su incapacidad para moverse, para defenderse. Sus manos acunaron los tiernos montículos que se zarandeaban y se bamboleaban tentadores, deliciosos... con esos succulentos pezones que parecían la cereza de la natilla. Quería tenerlos en su boca, chuparlos, morderlos. Hacerlos rodar entre sus dientes mientras la escuchaba gemir. Se sintió crecer en los pantalones, embistió y se friccionó contra ella. Alejandra jadeó, desesperada.

—Me gusta tenerte así —le confesó él. Le bajó las braguitas de algodón blanco y posicionó su larga y gruesa erección en la raja que dividía su trasero. Apretó los pechos femeninos mientras empujaba. Ella gimió cuando le pellizco un pezón y contoneó las caderas hacia él—. Eso es, pequeña. Deseosa y dispuesta.

—Valen... —gimió guturalmente Alejandra, intentando que le dejara las manos libres, quería tocarlo y escapar a la vez. Pero el hombre jaló de ella, levantándola del mesón. La joven, rápidamente trató de ocultar su desnudez, pero él se lo impidió.

Ella deseaba cubrir aquella herida que llevaba en el vientre. Quería que la falda turquesa que estaba anudada a su cintura cayera y le cubriera. Valen la observó con los ojos grises ardiendo de algo más que de coraje. Dios, bendito. Temeraria, había bailado delante del todo con un capote rojo y el animal ahora proclamaba venganza.

Valen la colocó delante del refrigerador de acero que pixelaba con manchas de luces y colores los cuerpos de ambos. Él completamente vestido y mucho más grande que la delicada rosa semi desnuda que era Alejandra. Le deslizó más bragas por los muslos y le junto ambas muñecas en la espalda con una sola de sus grandes manos.

Al sentir que la ataba sin ningún tipo de contemplación por estrangular las vías sanguíneas de sus muñecas, Alejandra se removió, logrando golpearle de lleno en el pecho. Valen ni siquiera se dio por enterado de que la pequeña charlatana estaba intentando zafarse de su agarre.

—Recapitulemos, preciosa —murmuró, recorriendo con su mano libre la carretera de su estrecha cintura—. ¿Algo que tengas que decir? —preguntó con una dulzura que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda a la mujer—. Mira qué bonita se ve tu piel blanca debajo de mi mano. Imagina el encantador tono rosado que tendrá...

Alejandra levantó el rostro cuando un duro azote le golpeó directamente en el desnudo pubis. Áspero. Fuerte. Lujurioso. Se puso rígida entre sus brazos, mientras él continuaba castigando a su cuerpo con aquellas rítmicas y calientes pulsaciones que iban desde su pubis hasta su cerebro, mareándola, embriagándola.

—Val... —Se quejó en un duro gemido, mientras él le hacía abrir una vez más las piernas y procuraba no solo castigar su precioso pubis, sino también hacer que su clitoris vibrara cual campana de la necesidad de ser tocado, poseído.

Valen gruñó. Aquel tierno botón estaba duro, hinchado y sonrojado. El dispuesto manjar de los dioses se cocinaba entre los pliegues de su sexo húmedo, cremoso. El deseo le golpeó con tal voltaje que necesitó de todo su autocontrol para no obligarla a inclinarse un poco y penetrarla hasta el fondo, hasta romperla.

—Esto te excita, ¿verdad, Alejandra? —indagó aun cuando ya sabía la respuesta—. Te gusta mi toque duro. Te gusta llevarme hasta el límite para que te domine, para que te domestique... Dime.

Alejandra completamente avergonzada y más roja que una amapola, asintió. Movi6 los hombros para ver si por obra del espíritu santo podía liberarse, pero parecía que Valen tenía todo más que controlado.

—Quiero que lo digas sin usar ninguno de tus artilugios de bruja.

—Sí —dijo ella secamente, volteándole el rostro para evitar que sus ojos se encontraran con los de él en el reflejo.

—Parece que vamos progresando. Es bueno ceder, gatita. —Valen de pronto la soltó y ella se fue un poco hacia atrás, porque ya no tenía el muro de su pecho para apoyarse. Él la sujetó y sentó en la isla. Le quitó finalmente las bragas.

Alejandra se sintió ridícula, sentada y expectante. Desesperada se bajó la maldita tela de la falda y se juntó las dos mitades rotas de la rebeca y el sujetador como pudo para cubrir sus pechos. Estaba sintiendo demasiado: miedo, deseo, ansiedad, enfado... demasiado de todo.

—¿Qué... va a pasar ahora?

—¿Quieres saber lo que pasará ahora? —preguntó él, burlón y oscuro mientras cogía uno de los platos previamente servidos y se guardaba algo en

los bolsillos de su pantalón. Luego se acomodó frente a ella—. Pues pasará que serás una buena y servicial esposa y me darás de comer... sin tratar de intoxicarme esta vez.

Los ojos de la joven relampaguearon divertidos ante el recordatorio de su trastada.

—Pequeña arpía traviesa —Le dijo Valen agarrándole el mentón. De un solo mordisco le capturó el labio inferior.

Lo mordió con fuerza hasta que la sintió quejarse y luego empujó con su lengua, simulando la posesión que tanto ansiaba su cuerpo. Su polla saltó furiosa debajo de sus pantalones cual boxeador luego de la campanada que da inicio al *round*.

Alejandra disfrutó del torturador beso y del dolor que incendió cada célula de su cuerpo cuando él la volvió a besar. Una, otra, y otra vez. Por primera vez y tras la agresión, se sentía enfebrécida y quería que no dejara de hacerlo. Pero cuando notó como él le apartaba las manos de los senos y comenzó a deshacerse de sus prendas, dejándola completamente desnuda, ya no le pareció tan buena idea y se retorció como una fiera.

Valen dejó de besarla y de emborracharla con el sabor de su boca, la textura de su lengua y con aquel tóxico aroma tan característico de él, y la capturó.

—¡Quieta!

Obligó a una sollozante Alejandra a recostarse en la encimera y la inmovilizó con su fuerza. Ella giró la cabeza a un lado y se negó a mirarlo.

—Abre las piernas, cariño —ordenó, haciendo el trabajo por ella—. Hoy serás mi paisaje y cada vez que coma de la crema que has preparado, tú pensarás y desearás que mi lengua no recorra la cuchara, sino que trace una carretera en tu húmedo sexo, desde tu apretada raja hasta el vibrante y bonito capullo.

Alejandra gimió con fuerza mientras en su pequeña cabeza se recreaban una y otra vez sus palabras, logrando que la humedad de su sexo se volviera chorreante y la necesidad de ser tocada la asfixiara.

—Abre más las piernas —volvió a ordenar con la mirada clavada entre sus piernas—. Me gusta ver cómo tu cuerpo se prepara solo para mí. Tan húmeda, tan resbaladiza...

Estaba completamente perdida en sus pensamientos y en las fantasías que Valen había instalado en su mente, que no fue consciente de nada... Solo...

—Oh, Dios mío, no... —gimió cuando sintió la rugosa lengua masculina lamer el centro de su femineidad. Para que no pudiera zafarse, él le había colocado

las piernas por encima de sus hombros y apresado las manos contra la fría superficie de la isla. Desde su posición, ella solo podía ver su cabellera mientras tenía la cara enterrada en su entrepierna.

Valen bebió de la joven hasta hartarse de su sabor, hasta que cada papila gustativa de su lengua estaba envenenada y ebria con su dulce néctar. Cuando Alejandra gimoteó lista para el orgasmo más fuerte que hubiera tenido en toda su vida, Valen simplemente se retiró y dejó de tocarla.

—Oh, no, bruja insolente —gruñó, sacando algo del bolsillo de su pantalón un ají colorado. Solo Dios sabía lo que planeaba ese hombre—. No tienes permitido correrme, Alejandra. No sentirás el dulce orgasmo... —¿Y con eso pagaré por lo que crees que te he hecho?

—¿Crear, pequeña? —Rió cínico, sin un ápice de comicidad—. Estoy completamente seguro de lo que hiciste. Y esta es parte de mi venganza.

—¿Y cuál es la otra parte de tu venganza? —preguntó nerviosa, cerrando los ojos—. ¿Acaso no te has divertido ya lo suficiente?

Valen le lanzó la sonrisa diabólica que solo el favorito de los hijos de Lucifer podría siquiera aspirar.

—¿Y por qué las prisas, cariño? Creo que debo asegurarme antes de que aprendas muy bien esta lección... culinaria.

Confundidos y curiosos, los vivarachos ojos de Alejandra no podían dejar de seguir el movimiento de aquellas hábiles manos que la hacían tocar el cielo.

—Toma nota, aprendiz —Valen hizo una mueca—. El ají no se desvena para que cuando lo pase por tus tiernos y abiertos pezones te encienda más —Hizo exactamente lo que le había dicho y metió el duro botón en el orificio lleno de semillas del vegetal. In facto sintió el ardor y la picazón de la guindilla colorada escocer en su cuerpo.

—¡Esto arde mucho, Valen! —Se quejó ella, removiéndose e intentando que el hombre no pudiera cumplir con lo que veía en su mirada. Él le abriría más las piernas y... —Oh, Jesús, Valen no...

Pero era demasiado tarde, él ya tenía una mano acunando su sexo y con la otra, paseaba la punta del veneno rojo para atormentarle el bombeante clítoris.

Alejandra sintió que entraba en combustión espontánea, mientras sentía el infierno picante en aquellas tres zonas erógenas de su cuerpo. La iba a matar. Alejandra tironeó para ver si el agarre había cedido un poco y sí, lo hizo. La gasa previamente rasgada terminó de romperse, liberándole las manos en el momento preciso.

La mujer comenzó a manotear y a golpear a Valen para que este se alejara de

ella, pues la picazón era demasiado para dejarlo pasar.

Valen sintió el momento exacto en que una de sus uñas le marcó la piel del cuello.

—Así que la gatita tenía un truco bajo la manga... —gruñó inmovilizándola sin esfuerzo alguno—. Me has hecho daño, pequeña fiera, y por lo visto hay un hilito de sangre, ¿qué harás al respecto?

—¿Llamar al 911 por una ambulancia? —preguntó ella con los ojos fieros y el escozor prodigándosele por el cuerpo.

—Lo lamerás con esa lengua viperina que tienes —Valen le puso el cuello a la altura de su boca y con un pequeño sacudón, le ordenó que hiciera exactamente lo que le había dicho.

Alejandra no pensaba darle ese punto con tanta facilidad. Se acercó a él y en vez de lamer, le mordió y succionó... tan fuerte que le dejó instantáneamente un moretón.

Valen lanzó una carcajada fría al aire y se quitó.

—Así que te gusta marcar a las personas, ¿verdad pequeña? Yo te voy a enseñar lo que es marcar a alguien.

Seguidamente bajó la cabeza a la altura de su cuello y le succionó tan fuerte la piel que una mancha lila comenzó a formarse. Luego bajó a sus pezones y los mordió mientras repetía el procedimiento. Repitió el efecto en su estómago, en su muslo derecho y en su clítoris.

—¡Eso duele!

—Tú comenzaste a jugar con cariñitos bruscos —Le informó, Valen—. Eso es para que aprendas. Pero no te preocupes, preciosa, porque seguirás tomando notas. Nota dos —Hurgó de nuevo en su bolsillo hasta sacar un condimento—. El azafrán en polvo logra avivar los sabores explosivos — recitó mientras espolvoreaba aquel molido y potente afrodisiaco en los pezones y su clítoris —. Así se prepara una buena merienda. Tú eres el mejor canapé que comeré en mi vida...

Valen comenzó a estimular a Alejandra con los dedos sobre el dulce botón, mientras fundía sus labios con los femeninos. La quería caliente, dispuesta, deseosa, desesperada...

Cuando estuvo a punto de correrse, Valen quitó la mano y simplemente le besó la frente negándose a continuar con aquella tortura. Ya estaba lo suficientemente duro como para ser considerado el mástil de una embarcación. Si él tenía que sufrir aquello, no se lo pondría tan fácil a aquella condenada mujer.

—La cena nos espera... ¿verdad, chefcita? —preguntó burlón—. Irás arriba y te pondrás algo bonito mientras le digo a Bianca que sirva la cena para los tres.

Valen se acercó al pasillo para percatarse que no hubiera nadie merodeando por allí. Alejandra se levantó, acomodó la falda turquesa como un vestido y se acercó a él blanqueando los ojos.

—Espero que te quemes con la cena —dijo haciéndose la dolida.

—Tu amor me conmueve, querida —Le respondió antes de darle un palmazo en el trasero—. Ahora sé buena niña y haz lo que te digo. Diez minutos.

CAPÍTULO 33

¡Por el amor a Cristo Bendito que en la cruz murió!

Alejandra lanzó el primer portazo de su vida mientras se apresuraba a quitarse la bonita blusa floreada que se había puesto para la cena. Dios. Sentía que se incendiaba y las aureolas de los pezones estaban siendo flameadas directamente con un soplete de cocina. Salió del sujetador y sintió cierto alivio cuando sus palmas heladas acunaron los globos mamarios.

Suspiró.

La cena había sido una completa tortura con la mirada llena de conocimiento de Valen que le recordaba lo que habían estado haciendo en la cocina. Decidió que lo mejor era controlarse y no darle importancia porque mientras más lo hacía, las imágenes saltaban una tras otra en su mente; recordándole el tacto de su piel, sus juegos, su sabor, su enfado...

Comenzó a revisarse los pechos y a frotarse circularmente en la altura de los pezones. Se acercó al espejo de cuerpo entero y notó que no solo estaban erectos, sino que las puntas se habían rajado causándole dolor. El ají. ¡Por santa Eulalia! Era cierto, Valen había... Solo pensarlo hizo que la muchacha adquiriera un tono rosáceo más intenso que el del acaloramiento que sentía. Quizá se había intoxicado con las venas del ají... Sí. Eso explicaría el incendio que sentía en los senos y no solo allí, sino también en sus zonas bajas.

El movimiento hacia delante de su cadera casi la hizo soltar un gemido, pues sentía su clítoris en carne viva, inflamado, torturado... Al inicio se dijo que era por el deseo insatisfecho, pero cuando cada movimiento, por pequeño que este fuera, la hacía jadear, comenzó a preocuparse y a intentar que nadie se diera cuenta de lo que le estaba pasando. Tomó la crema de champiñones y luego se apresuró a terminar el plato de camarones. Pero con cada mordida, con cada trago de vino quería salir corriendo y gritando que se estaba incendiando por dentro.

¡Había tenido que soportar la risa irónica de Valen mientras observaba su incomodidad!

¡El muy cabrón!

Alejandra se deshizo del resto de la ropa, lanzando las bragas al suelo. Deseó abanicarse allí abajo. Todo el cuerpo le vibraba y cada uno de sus poros le

rogara por una caricia. Se mordió el labio inferior cuando al juntar las piernas se rozó internamente.

Miró de un lado al otro, tal cual como había hecho en la cena antes de disculparse y correr escaleras arriba. No había nadie. ¡Dios, sí!

Se pasó una mano por el rostro y la palma fue a su cuello. Luego bajó a sus pechos y apretó sus pezones que volvían a ponerse duros. Restregó sus uñas con suavidad contra la superficie rugosa de la aureola sonrojada y sintió placer. Mientras con la otra mano hacía exactamente lo mismo, la primera tocaba su estómago, su vientre... cerró los ojos para no ver las líneas marrones que comenzaban a formarse allí donde antes había estado la herida.

Y bajó la mano más...

—Mmm... —gimió cuando sus dedos tocaron el endurecido botón. Su respiración se hizo tortuosa mientras no solo movía su mano, sino también sus caderas se iban hacia adelante—. Ah... sí.

Jadeó mientras apretaba un pezón y sentía el placer intensificado por mil recorrer por su cuerpo, haciéndolo entrar en combustión espontánea.

Alejandra se mordió el labio inferior para sofocar un gemido, mientras sus ojos se abrían y miraba unos ojos grises que la observaban a través del reflejo del espejo. Ella abrió la boca sorprendida. ¡Había sido atrapada! Alejandra no había sentido la puerta que conectaba ambas habitaciones abrirse, pero allí, en medio de ambas estaba la figura innegable de su marido.

—No, no —La voz rugosa, pesada y sexy de Valen la inmovilizó en el lugar y logró ponerla de color bermellón—. ¿Sabes lo deliciosa que te vez tocándote de esa manera? Estoy duro de solo verte.

—Val... yo...

—Tú... —preguntó él, deshaciéndose de los botones de las muñecas de la camisa y enrollando la tela sobre sus brazos, mientras Alejandra corrió a por la fina bata para cubrir su entera desnudez—. Tú dejaste a nuestro invitado en la mesa porque te dieron ganas de follar.

Alejandra cerró los ojos más avergonzada de lo que había estado nunca a sus veintisiete años

—¿A qué estás jugando, Val? —dijo enfadada por la invasión a su privacidad—. Hace varias semanas me dejaste muy claro que no querías nada conmigo. Nada, salvo una amistad. Que no iba a suceder nada entre nosotros y ahora...

—Nunca dije que no quisiera follarte —Su dureza la sorprendió—. Jamás dije que no quisiera acostarme contigo. Quiero ser tu primer hombre, tu único amante —Ella lo observó contrariada—. Pero cuando llegue el momento,

chiquita. ¿Me prometes que lo seré?

Alejandra lo pensó un momento más, digiriendo todo lo que le decía aquella frase. Un futuro... Un futuro juntos. Él y ella. Asintió de manera automática.

Valen se acercó a ella y la colocó frente al espejo. Él se instaló a su espalda y le abrió la bata.

—¿Lo habías hecho antes? ¿Te habías tocado con anterioridad buscando tu propio placer? —Alejandra asintió, completamente avergonzada de que él supiera algo tan íntimo. Él levantó una ceja mientras se la imaginaba sola, tocándose. Aquello lo volvía loco de deseo. Tragó saliva, recordando el sabor de su esencia—. ¿En quién pensabas mientras recorrías con las yemas de tus dedos tu sedoso hogar?

—En ti.

Valen se tensó ante la clara respuesta. Paseó sus manos por la cintura femenina hasta llegar al nudo.

—Dime, preciosa, ¿lograste el orgasmo? —Ella negó—. ¿No? Ya veo. — Le cogió una de sus delgadas manos y se llevó a la boca el dedo corazón para humedecerlo, luego la hizo poner la yema sobre su clítoris, abriendo sus labios vaginales con un experto movimiento. La hizo masajear exactamente lo que ella necesitaba—. Tienes que hacerlo así. Juega contigo misma. Circular, delado, controlar tu propia fuerza para que el clímax sea explosivo. No te apresures... —Alejandra jadeó y se contorsionó—. Esa es justamente la reacción que necesitas evocar. Eso, cariño... Disfrútalo.

La mujer dejó que su cuerpo cayera sobre el pecho masculino, mientras Valen la masturbaba con su propia mano, y con la otra le rebuscaba un tierno pezón.

—Creo que estoy a punto de... de... —

—Solo un poco más, cariño, y lo tienes. Un poco más y podrás correrte — murmuraba él. Mientras le mordía el cuello, apretaba una de sus aureolas y la empujaba al orgasmo más duro que nunca antes hubiese experimentado.

Ella se arqueó para luego usarlo de cama.

—Oh, pequeña, eso ha sido delicioso —La tomó en brazos y llevó a la cama. Se sentó en el borde y la puso a ella en su regazo—. ¿Qué tal va ese incendio?

—Yo... no... —Valen vio la expresión de confusión en la cara de Alejandra y pensó que aquella tontita no tenía ni idea de lo que la había llevado a desear placer con tal necesidad.

—Azafrán, camarones, vino y la ensalada de espárragos, resuelve tu pregunta.

—¿Y eso qué tiene que ver? —curioseó bostezando, pero sintiendo de nuevo que el ardor comenzaba a formarse en su interior. ¡Otra vez no!

—Has escuchado el término *afrodisiaco*, ¿verdad, chiquita? —Rió irónicamente mientras le colocaba un mechón detrás de la oreja. Alejandra asintió—. Todos y cada uno de ellos lo son. Parece que elegiste tu propio veneno.

—No sabía —bufó ella mientras intentaba cubrir su desnudez.

Valen entrelazó sus manos con las de la mujer para detenerla.

—Haymuchascosas que no sabes, Alejandra. —De la mesa de noche, sacó una crema antimicótica—. Veamos, muéstrame tus lindos pezones para atenderlos como es debido.

Le abrió la bata y comenzó a esparcir la crema sobre sus agrietados pezones. Su fresco toque la hizo suspirar. Era la combinación perfecta entre lo frío y el calor de las manos, de los dedos masculinos.

Suspiró de nuevo, apreciando el cariñoso gesto.

—¿Por qué subiste? —preguntó ella, intentando averiguar que lo había llevado a aparecer en el umbral de la puerta.

—Porque fue bastante evidente para mí, durante la cena, que te pasaba algo. No eres de las que se dan por vencidas tan fácilmente. Y la cena — Valen besó su cuello—, era una oportunidad perfecta para que intentaras hacer que pagara lo de la cocina. Cuando no lo hiciste, me preocupé. Luego te escuché suspirar quedamente, jadear...

—Hum... —Ella se acercó un poco más a él, sintiendo que su cuerpo cobraba vida de nuevo. Pensó seriamente en que Valen la volvía ninfómana, hambrienta por su toque—. Extrañaba jugar contigo de esa manera — confesó mientras dejaba que él besara cada parte de su cuello—. Hum... Me gusta mucho.

Las manos masculinas la hicieron sentarse a horcajadas.

—Y a mí, cariño. Es una de las cosas que mejor se nos dan, ¿no crees? Pero hay algo de lo que también quiero que hablemos.

—¿De qué se trata? —preguntó temerosa de que le dijera que su comportamiento no era aceptable. No quería...

—Angelo dijo que no has ido a la terapia con Shannon, ¿por qué?

Alejandra soltó el aliento que no sabía que estaba conteniendo, pero se sintió extrañamente aliviada que esa fuera su preocupación.

—Mi anemia por fin parece haber encontrado un buen equilibrio. Nada de tratamientos con hierro intravenoso, ninguna recaída u hospitalización. Por primera vez me sentía alguien... normal. Y ahora otra terapia... — Cabeceó—. Siento que doy vueltas y vueltas como un hámster en una rueda, que no avanzo —Se encogió de hombros. Las manos del hombre en sus pechos la

estaban distraendo.

—Necesitas esa terapia, cariño. Te conozco lo suficientemente bien para saber que no lo has superado. ¿Me prometes que irás a partir de ahora con regularidad?

Ella lo pensó un poco.

—No lo sé.

—Ayudarán, lo prometo.

—De acuerdo. No faltaré.

Alejandra sonrió tímidamente, moviéndose encima de él. El centro de su húmeda femineidad quedó contra la dura bala de cañón en la que se había convertido su polla. Estaba perdido. Tocarla era un deleite, tener acceso directo a cada parte de su cuerpo y tener que controlarse lo estaba matando.

Valen contuvo el aliento, cuando la mujer comenzó a jugar con su cabellera. Se presionó contra ella, haciendo que sus caderas se restregaran duramente contra su erecto y bien dispuesto miembro.

—Me gusta cada parte de tu cuerpo. Todo —Le dijo, aupándola un poco para poder engullir un endurecido pezón y chupar. Mordió con suavidad y mamó del seno de la joven hasta que ella gimió con fuerza y los fluidos vaginales comenzaron a mancharle la ropa cada vez que la rozaban.

Ella detuvo sus caderas. Con un movimiento pélvico, Valen la estimuló a continuar. La mujer se sintió irritada por el contacto de la tela, pero el placer era tan maravilloso, la sensación de unión y de que por fin Valen parecía dispuesto a hacerla suya, la animaron a seguir con sus sensuales movimientos circulares. Movimientos que Valen le había enseñado con anterioridad.

Valen buscó con su mano su clítoris. Alejandra le cogió la cara entre sus manos y le besó. Imitándolo, le mordió ligeramente el labio, y el hombre reaccionó a aquello empujando con su lengua en su boca, simulando cómo penetraría su cuerpo.

Era demasiado para un hombre normal. Valen había pasado días, semanas, meses, deseando tocar, catar, devorar aquel bonito cuerpo que solo él había tenido el privilegio de disfrutar. No sabía cuántas veces se había encontrado a si mismo fantaseando sobre cómo sería tenerla debajo de él, con las piernas alrededor de sus caderas y dispuesta a aceptarlo en su caliente coño.

Y él no era un santo y aquel castigo era demasiado.

Valen le dio la vuelta, recostando la espalda femenina en el mullido colchón. Se quitó la camisa, desabrochó el pantalón

—Tan mojada, tan dispuesta, tan hermosa...Tócame —le dijo mientras se

instalaba entre sus piernas.

Alejandra recorrió con la yema de sus dedos su musculoso pecho. Incluso le arañó cuando una fuerte embestida la hizo ser consciente de que el hombre no se había deshecho de sus bóxer.

—Val... tu ropa —protestó ella, abriendo más las piernas para él. Solo para él.

—Eso es, preciosa —le dijo en un jadeo, mientras se cernía encima de ella y la hacía sentir la prueba inequívoca de su deseo, de su frustración por ella—, abre las piernas para mí, deja que te roce, que te tome...

Valen enceguecido, embriagado e increíblemente cachondo por aquella mujer, dejó atrás todas las malditas sombras, todos los motivos quedaron sepultados en su mente cuando la vorágine de deseo le golpeó con tal fuerza que no vio más allá de su deseo de marcarla como suya. Se bajó los bóxer y con una mano llevó la cabeza de su colosalmente dura polla hacia los sedosos labios vaginales de Alejandra, tanteando su apretada raja, mientras la devoraba en un beso maestro.

Se restregó contra aquel húmedo hogar, escuchándola gemir en sus labios. Le gustaban los sensuales sonidos que la joven hacía, que su cuerpo elaboraba, pero aun así dejó de besarla para mirarla directamente a los ojos. Estaba listo para penetrarla, para acabar con su maldita tortura y hacerla tan suya como siempre había soñado. Jugó con su clítoris para que la penetración no fuera un evento traumático para ella.

—Eres todo cuanto he querido —Le confesó, con su glándula abriéndose paso en la apretada cavidad. Solo la cabeza de su polla, hasta que se acostumbrara al grosor, luego la penetraría tan fuerte que esperaba no romperla en dos.

Se movió suave y sensual: adentro, afuera; adentro de nuevo, afuera... Estaba seguro que eso la ayudaría y era un bálsamo para el infernal deseo que lo había tomado prisionero. ¡A la mierda todo! Esa noche sería suya. Justo en el momento en que llegó a esa resolución y estaba a punto de hundirse ella, escuchó la voz queda de su ángel:

—Te amo, Val.

Y se congeló.

No.

¡No podía ser!

Alejandra no podía amarlo. El amor era un veneno que no estaba dispuesto a probar, porque todo lo que él amaba o quienes lo amaban terminaban fríos en un ataúd. No quería que justamente ella tuviera ese mismo final. No se lo iba a permitir. Siguió sus pequeñas y superficiales estocadas, pero algo en él había

cambiado. Ya no era un demonio presa de la lujuria, sino más bien un frío hielo polar. Alejandra estaba tan ensimismada en sentir, que no se percató del cambio operado en él.

¡Eso le pasaba por creer que las cosas podrían cambiar! Era un estúpido. Jamás debió tocarla de esa manera, no debió permitir que las cosas se les fueran de las manos. Nunca más. Debía cuidarla, protegerla... Mierda. Ni siquiera había pensado en ponerse un puto condón y estaba seguro, como que era un maldito hijo de Satanás, que ella no tomaba medidas anticonceptivas. ¿En qué diablos estaba pensando?

Ella jadeó frustrada cuando no sintió la penetración completa de Valen, la que confirmaría que ya era completamente suya. En su lugar, solo vio como él se apartaba.

—Val, ¿sucede algo? ¿No... no quieres estar conmigo? —Cabizbaja, se sentó en medio de la cama y tiró de las sábanas para taparse.

—Te deseo como nunca antes he deseado a ninguna otra mujer. Pero no es buena idea que te quite esta noche la virginidad.

Apretó la mandíbula. ¿En serio, idiota? Después de lo que acaban de compartir quitarle la virginidad era solo pura burocracia.

—Debes entender, Alejandra, que el amor no puede entrar en esta ecuación. Nunca. Quítate de la cabeza esa maldita idea romántica del amor que tienes, porque no existe. Al menos, no para mí. Yo no amo. Jamás caeré en esa trampa. Cuando quieras echar un polvo sin sentimentalismos de por medio, sabes dónde encontrarme. Hasta entonces, manténtus bonitas piernas cerradas.

Sin esperar respuesta, él salió de la habitación dando un portazo. Llorosa y humillada, Alejandra se acurró en la cama y abrazó a una de las almohadas. La sensación de pérdida la consumía como una llama consume a una vela.

CAPÍTULO 34

Alejandra pensó que jamás se acostumbraría al gélido clima de gran parte de la vieja Europa Occidental. Había pasado de convivir los doce meses del año en una templada y eterna primavera en las islas Canarias, a lidiar con la temperatura glacial de Inglaterra y ahora también con el frío de Italia.

Roma.

Alejandra se entretuvo mirando las gotas de lluvia por la ventanilla del coche de gama alta.

Aquella era una gran ciudad. Se preguntó si podría visitar el Vaticano y tirar una moneda a la Fontana de Trevi, tal y como mandaba la tradición.

Cuando el auto elegante y los dos cuatro por cuatro que lo custodiaban comenzaron a alejarse cada vez más de la vida ruidosa y metropolitana de la ciudad, la joven suspiro.

Nada de Vaticano y de tirar monedas a la Fontana de Trevi.

Sintiéndose brincar cada diez segundos sobre el asiento, por la inestabilidad de la carretera, Alejandra contempló boquiabierta la belleza de las colinas y de los valles y bosques romanos. Pese al mal tiempo que hacía, la llegada de la primera era un hecho innegable.

—¿Estamos cerca de Ostia Antica? —preguntó, de repente, sin apartar la vista de la ventana tintada. A su lado, Valen iba impecablemente vestido en un traje oscuro de tres piezas—. Heleído que pueden contemplarse los restos de dieciocho templos dedicados al dios persa Mitra, una sinagoga judía y una basílica cristiana.

—Aunque Ostia Antica está relativamente bien conservada, si la comparamos con Pompeya o Herculano es un lugar aburrido y mal conservado. ¿Deseas visitarla?

Alejandra lo miró de reojo. Se quedó sin aliento, deleitándose en su sensual boca y en su sexy perfil. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y la mirada fija en un dossier que descansaba sobre sus muslos. Ella se mordió el labio, recordando los extraños estigmas que adornaban esa parte de su cuerpo. ¿Cómo se los había hecho?

Todas las alarmas que poseían su cuerpo y su mente le advirtieron que estaba pisando arenas movedizas. Lo sucedido hacía dos noches con Valen en su dormitorio le seguía torturando como una piedra en el zapato. Ella, armada

con la embriagada inhibición que le dio la pasión, le había ofrecido su amor. ¿Y para qué? Para nada, porque él había reaccionado como si le hubieran sentenciado a morir en una cámara de gas.

Alejandra pensó mareada en cómo estaba la situación entre ellos en esos momentos.

Desde que tomara a primera hora de la mañana un *jet* privado junto a Valen y Patch, como venía siendo costumbre en su marido en los últimos tiempos, la había tratado con fría cortesía e ignorado, deliberadamente. Durante el vuelo de aproximadamente tres horas, se había dedicado a trabajar, tal y como hacía en esos instantes.

Tragó saliva audiblemente y contestó después de una tensa pausa.

—Quizás. Estaría bien abstraerme un poco de los libros y conocer de primera mano la historia.

Valen asintió y siguió a la suyo. Alejandra acarició distraídamente a Patch, que dormía en su regazo. Se dijo así misma que su corazón estaba sano, en perfectas condiciones, que el dolor que sentía en ese tonto y soñado músculo no existía, que era simplemente producto de su imaginación. Y si existía y no era solamente un resto ridículo de sus fantasías románticas, tendría que ignorarlo.

Enderezó los hombros y habló con claridad:

—¿Puedo saber a qué se debe este precipitado viaje?

—Tengo asuntos que resolver personalmente. No me llevarán más de uno o dos días.

—¿Y por uno o dos días has decidido alquilar una casa a las afueras? ¿No te sería más cómodo que nos hospedáramos en un hotel?

En lugar de responder a su sencilla pregunta, Valen se dirigió al conductor:

—Tome el siguiente desvío a la derecha. Las lluvias torrenciales pueden haber hecho intransitable este último tramo de la carretera. Es inseguro.

Alejandra respiró hondo y regresó toda su atención al lluvioso exterior.

Gracias por contestar, mi amor. La próxima vez que trate de mantener una conversación contigo, ¡hablaré con un bloque de hielo!

Como niña en una fábrica de chocolates, Alejandra recorría, atenta a cada detalle, el vestíbulo rectangular en la planta superior.

Aunque nunca había estado en ellas, personalmente, conocía algunas de las propiedades que Valen tenía esparcidas por diferentes puntos de la geografía mundial. Un ático en pleno pulmón de Nueva York, un segundo en Miami y un tercero en Dubai. Poseía varias villas. La Riviera Francesa, California... Tragó saliva. También era el flamante propietario de una isla ubicada en el

Mar Egeo.

Virgensanta, ¿ahora también Italia? ¿Quémás sorpresasle tenía reservadas el hombre que en los últimos días se comportaba con ella como si nunca hubieran compartido besos y caricias, ni miedos ni confianzas?

Contemplando ceñuda unos oleos en la pared, se preguntó por qué Valen había adquirido esa propiedad para simplemente demolerla, erradicarla de la faz de la tierra. En principio pensó que planeaba levantar algún complejo turístico, pero, al parecer, no era más que un capricho. Había comprado un espacio para dejarlo desértico. Como un latigazo a la espalda de un esclavo.

A sus pies, Patch ladró y gruñó a alguien, dándole un susto de muerte.

Con el pulso acelerado y los ojos abiertos como platos, en una carrera irrefrenable, buscó al posible intruso mientras se acuclillaba y trataba de calmar al animal.

—Tranquilo, pequeñín, no hay nadie.

Siguiendo la mirada del erizado Patch, contempló las puertas dobles del fondo. El sector vetado.

«Solo usaremos un área de la casa —le había dicho Valen, indicando una de las puertas—. El resto, permanecerá completamente sellada como hasta ahora.»

Alejandra se estremeció y se preguntó si haría tanto frío por el exceso de mármol, porque fuera había comenzado a llover a cantaros y el tiempo era infernal o porque Valen, con su prohibición, había hecho aflorar su miedo a lo inexplicable.

Retorciéndose las manos negó.

¡Basta!

De ahora en adelante, ¡nada de *Cuarto Milenio!*

—Vamos, hermoso, busquemos a papá —animó con una acaricia a un hiperactivo Patch—. Apuesto una caja de galletas a que estará trabajando o ladrando por teléfono a alguno de sus asalariados.

Solo un instante después, Alejandra comprobó, inconcebiblemente, que su pronóstico erró.

La biblioteca que se abría ante ella estaba revestida con paneles de madera y tenía una enorme chimenea de mármol y una alfombra con suaves tonos cremas. Un enorme escritorio estaba colocado frente a un gigantesco ventanal que ocultaba el crepúsculo del exterior con pesadas cortinas.

Y allí estaba él, de pie en mitad de la habitación, haciendo, absolutamente... nada. Nada, salvo fumar y beber.

Patch debió olerse la tempestad que se avecinaba porque, inteligentemente salió disparado por el mismo lugar por el que acababan de entrar.

¡Hijo cobarde!

Alejandra se abrazó la cintura. De pronto sintió que tiritaba.

—¿Puedo saber qué celebramos?

De soslayo, Valen la inspeccionó mientras llenaba el vaso vacío. —Estás temblando... ¿Tienes frío, chiquita? —Su voz, ofensivamente cínica—. ¿Es por eso por lo que estás aquí en vez de descansando tras el viaje? ¿Por qué necesitas que te enciendan, que te calienten?

—Ese alguien, desde luego, no serás tú. Al menos, no en el estado en el que te encuentras.

Ante la regañina vacilante de Alejandra, él se volvió bruscamente, el rostro duro y los ojos burlones.

Pese a su desaliñada apariencia, lucía espléndido enfundado en un pantalón y chaleco oscuro y una camisa blanca recogida hasta los codos. Su cabello revuelto y la capa de barba crecida en el mentón solo contribuían a crear aún más el aura de peligro que irradiaba en oleadas su presencia.

—Eso suponía. —Él arrastró una mirada caliente, lujuriosa sobre su cuerpo mientras daba una larga calada. Cuando exhaló el humo, figuras fantasmagóricas danzaron sobre su cabeza—. De todas formas, pequeña, me veo en la tesitura de comunicarte y recordarte que, o toleras y recibes lo que tienes en casa, o tendrás que congelarte.

Ella cruzó el espacio que los separaba y le arrebató el vaso, después el cigarrillo de entre los dedos y lo apagó en un cenicero colocado sobre el escritorio.

—No creo que sea una buena idea que sigas bebiendo y fumando de esa manera. No has probado bocado desde este mediodía, tu estómago está vacío.

Él se echó a reír.

—¡Por Dios, mujer! ¿Estoy escuchando la aburrida reprobación de una madre o la de una esposa?

Alejandra retrocedió ante la dureza del tono, y sintió que palidecía. Con los ojos muy grandes, ofendida, balbuceó:

—En realidad, no soy ni una cosa ni la otra.

—Justamente. Ni eres mi madre y, mucho menos mi esposa —corroboró Valen moviendo la cabeza con una expresión en los ojos que heló la sangre de la muchacha—. La primera está muerta, y la segunda, si lo fueras, en estos momentos estarías abierta de piernas y mi polla estaría marcándote a fuego

por dentro con cada rabiosa embestida.

Alejandra pensó que iba a desmayarse. Por si acaso, se agarró al respaldo de una de las sillas. El corazón le latía con violencia, y su cuerpo se convirtió en yeso, tan duro y rígido como el suelo de diseño romboidal en blanco y negro, mientras lo miraba.

No podía estar oyendo todo eso realmente; no podía estar oyendo a la persona que más quería hablarle con tanto desafecto, como si buscara lastimarla, alejarla de él mediante frases cargadas de hiriente sarcasmo. Por un momento pensó en abofetearlo y gritarle lo cretino y arrogante que era, que era él quien la había echado de su cama porque no soportaba oírle decir que lo amaba, pero unos tímidos golpecitos en la puerta la rescataron de entrar en estado de histeria.

Carlotta, una de las dos empleadas a cargo de la mansión, fue su particular heroína.

—Señor, he acondicionado la alcoba principal...

—No. Mi esposa y yo nos instalaremos en una de las habitaciones de invitados. La más apartada precisamente de esa alcoba.

—Pero señor, el espacio sería más reducido y las comodidades... —He dicho que nos instalaremos en una de las habitaciones de invitados. —La miró entrecerrando los ojos—. ¿Existe algún problema con eso?

Las regordetas mejillas de la mujer de mediana edad enrojecieron. Agachó la cabeza, negando.

—En absoluto, señor. Disculpe mi insistencia.

Alejandra curvó el labio mientras observaba salir a la abochornada asistente. Aunque la tirante charla transcurrió en lo que suponía un perfecto italiano, no le resultó difícil traducir, dada la similitud lingüística del idioma con el castellano.

Fulminó con la mirada al hombre que estaba de pie frente al mueble bar, de espaldas a ella, sirviéndose otra copa. Irritada, la joven se preguntó cuántos tragos llevaría ya o si pensaba cocinarse el hígado antes de que finalizara la noche.

—La mujer solo trataba de ser amable.

La voz de Alejandra irrumpió a través de la niebla. Valen se volvió y se dirigió al asiento detrás del escritorio. La contempló un instante en silencio mientras se llevaba el vaso a los labios. Se fijó en el vestido blanco, largo hasta los tobillos, que era incapaz de ocultar el cuerpo femenino que más lo había excitado en la vida. Sabía también, que todas sus curvas eran

completamente naturales. Maldita sea. Él incluso las había tocado, besado y acariciado.

Se sorprendió calculando mentalmente cuántas veces había tenido los generosos pechos de Alejandra en las manos mientras la iba cubriendo de besos desde el cuello hasta ellos.

Muy pocas, pensó.

Su polla protestó, dándole la razón, y en su mandíbula se tensó un músculo.

Desde temprana edad se había protegido contra las debilidades que podían suponer las personas. Y eso era lo que había hecho: mantener a los demás a distancia y prometerse que nunca se permitiría ser tan vulnerable como para volver a la fosa de la que había resurgido años atrás.

Pero, sin embargo, en aquel momento, no era el pasado lo que le hacía fruncir el ceño, sino el presente. El presente y una bonita esposa que lo miraba apretando los labios y los puños con firmeza, desafiándole.

—¿Compartiremos recámara?

Él se fijó en sus mejillas encendidas.

—Si debemos pernoctar una noche en este condenado sitio, sí, dormiremos juntos.

—No necesito que un hombre me arrope o me abrace para dormir.

El puño de Valen descendió sobre la mesa con violencia, sacudiendo papeles y cristales.

—¡Pero yo no soy cualquier hombre! —él gritó, levantándose como una fiera rabiosa—. ¡Yo soy tu marido, el hombre al que pertenecerás por siempre! — El deseo, la maldita urgencia por poseerla, le pisaba los talones y lo sumía en un estado de absoluta irritación.

Alejandra dio un paso atrás, para alejarse de su ira.

Con expresión fatigada, se volvió a dejar caer en su asiento. Se pasó la mano por el rostro.

—Está bien. Lo siento, cariño, no quise gritarte de esa forma. No te preocupes, comeré algo.

La vio parpadear y apretar los dientes con fuerza. Cuando simplemente asintió, él se sintió como un miserable gusano. Era evidente que no podía hablar sin revelar el llanto que se afanaba en ocultar.

Cuando ella se retiró y se quedó solo, un escalofrío bajó por su columna vertebral. Recostó la espalda en el sillón y cerró los ojos, recordándose:

—Existe sólo una cantidad de golpes que un perro puede recibir antes de volverse violento, incontrolable.

CAPÍTULO 35

Valen descendió perezosamente los escalones de madera. Las tablas viejas y gastadas crujieron bajo su peso. Una botella de *vodka* colgabadesuslargos y delgados dedos. Su aspecto era lamentable. Como el de cualquier alcohólico que se sienta en la barra de un maloliente bar esperando continuar con su vida despreciable.

Echó una evaluativa mirada a su alrededor mientras alzaba la botella y se la llevaba a los labios, después se secó la boca con el dorso de la mano.

Sucio borracho, pensó.

Aunque el lugar estaba en la más absoluta penumbra conocía a la perfección cada rincón y cada recoveco. Había pasado por incontables castigos encerrado en aquella maldita tumba.

Valen trató de bloquear los recuerdos. Pero no pudo. Aquellas dantescas vivencias retornaban a su memoria como espectros vengativos. Apretó los dientes, luchando contra las terroríficas visiones que vagaban por su mente. Sus fosas nasales aún podían oler la sangre. Aún podía paladear también el amargo sabor de las lágrimas a través de sus recuerdos mientras la agonía desgarraba su alma.

— Nunca menosprecies la corrección de tu padre, hijo, pues no hay esperanza sin castigo —decía Marzio mientras lo empujaba al interior de una cárcel que conocía bastante bien.

Valen apoyó las palmas de las manos en el pedregoso suelo y volvió lentamente la cabeza. Su padre abandonaba el subterráneo y se aseguraba de que no pudiese escapar.

Una vez solo, trato de erguirse. No pudo. Le dolían todos los huesos del cuerpo. Marzio le había golpeado con saña hasta verlo sangrar. Luego lo había arrastrado por la mansión hasta finalmente arrojarlo como un bulto de estiércol a ese sótano.

Luchó nuevamente por levantarse, pero las rodillas se doblaron bajo su peso y cayó de bruces contra el piso. La temperatura glacial y el hedor ni siquiera le afectaban. Demasiados castigos entre esas oscuras paredes cómo para no aclimatarse a las adversidades del lugar.

Como pudo, se arrancó la camiseta manchada que llevaba y se cubrió los pies. Las plantas de sus pies estaban al rojo vivo y serían un succulento festín

para las ratas que lo asechaban. Con un gesto de dolor cerró los párpados mientras permaneció estirado en el suelo con el único abrigo de sus brazos.

Aquello se había convertido en una prueba de resistencia entre su padre y él. Aunque su cuerpo estaba roto, su mente se había convertido en una barra de hierro. No había gritado de dolor. Nunca lo hacía.

Valen sacudió la cabeza, sintiendo que un frío sudor envolvía su cuerpo. Apoyó la espalda en la húmeda pared y se arrastró por ella hasta quedar sentado en el polvoriento suelo.

Marzio había sido un podrido engendro del mal. Una repugnante criatura que se alimentaba del sufrimiento y de las perversiones, que eran pesadillas hechas realidad.

Se cubrió los ojos contra el brazo.

Pensar en el pasado lo ponía enfermo. Los recuerdos de aquellos episodios le perseguirían por el resto de sus días. Estaba convencido de ello. Pero él era un hombre que había visitado en tantas ocasiones el infierno, que se conocía de memoria el camino de vuelta.

Un suave correteó frente a él captó su atención.

Roedores, supuso.

Inclinó la cabeza y dio otro largo trago de *vodka*. Rió como un jodido demente.

—¿O eres tú, querido padre? ¿Acaso eres tan hijo de puta que ni las llamas del infierno son suficientes para ti?

Luchó con el agitado malestar de su estómago. El fantasma del bastardo siempre amenazaría con robarle cada cosa que amara. Por eso nunca había querido nada. A nadie...

¡Mientes!, rebatió la voz del músculo que creía muerto en su pecho.

A trompicones se levantó. Mirando al techo de piedra gritó:

—¿La ves, padre?! ¡¿Puedes ver al ángel que duerme en mi cama?! ¡Ella es la maldita prueba de que no pudiste conmigo! —Con un feroz gruñido, estrelló la botella que tenía entre los dedos contra un muro—. ¡Ella es la maldita prueba de que aún no estoy muerto!

Él caminó por encima del vidrio roto de la botella. Las duras suelas de sus zapatos hicieron triza los fragmentos de cristal.

Supasado lo obsesionaba, tanto o igual que Alejandra. Corría por sus venas como una droga y no podía exorcizarlo por más que quisiera. Que Dios lo ayudara, porque sabía que estaba atrapado por sus propios demonios y que sería inevitable el daño irreparable que, sin duda, causaría a su pequeña.

Un cuarto de hora más tarde, Valen se mojaba la cara con agua en el baño. Uno de los tantos y putos baños que tenía aquella maldita construcción.

Se miró al espejo e hizo una mueca al ver su aspecto.

La barba sombreaba su mandíbula, el cabello estaba mojado e indómito, el chaleco yacía en alguna parte del piso, la camisa blanca a medio abotonar mostraba descaradamente una cantidad indecente de piel ligeramente bronceada, y los pantalones de vestir que enfundaban sus piernas musculosas habían perdido la pulcritud de esa mañana.

Se pasó las manos por el rostro, extenuado.

Toda la vida había sabido lo que era. Hijo de quien era.

Después de huir de aquella prisión de lujo y del malnacido que tuvo por padre a los dieciocho años, deambuló de un país a otro, hasta aterrizar finalmente en Inglaterra. El territorio que tomaba su nombre de los anglos, uno de los pueblos germánicos que se establecieron en el lugar durante los siglos V y VI, había visto nacer a su madre. Por lo tanto, la sangre inglesa corría tanto por sus venas como la italiana.

Pero allí tampoco había hallado la paz que de niño alguna vez soñó con Sombra que encontrarían.

Valen respiró hondo. Se sentía como si alguien le estuviera clavando un puñal en el pecho y arrastrara la hoja hasta su vientre.

A ciegas, caminó en grandes zancadas de regresó a la biblioteca. No necesitaba café. Necesitaba más alcohol. Una gran cantidad que le nublara la mente o con mucha suerte, hiciera perder el sentido. La botella de whisky se congeló en la mano de Valen. Eso evitaría que subiera las escaleras y reclamara a su esposa.

Sí, nada lo calmaría más en esos instantes que inclinar a su pequeña y empujar su polla directamente en su culo. Alejandra era una cosita dulce que disfrutaría follando duro.

Y estaba a escasos metros de distancia. Unos escalones, un par de pasos, dar la vuelta a una manija y podría estar con ella. Sumergido en ella.

Recordó las veces en las que Alejandra lo había mirado con deseo. Las ocasiones en las que había estado a un suspiro de poseerla completamente.

Sí, ella le daría la bienvenida a su polla. Estaba seguro.

Y ese conocimiento lo estaba matando.

A Valen le asqueaban los tipos que se servían de chantajes para meter a una mujer en su cama. Él nunca había tenido que recurrir a la coacción o utilizarla fuerzabruta para tener bien dispuesta a una zorra entre sus sabanas. Su fortuna,

su fama y al parecer, su innegable atractivo, lo convertían en uno de los hombres más deseados del mundo. Y a pesar de ello, en esos momentos solo pensaba en...

La irritación de Valen se levantó como un caldero a punto de derramarse al hervir. Tragándose una palabrota, salió de la habitación, incapaz de seguir negándose lo que podía tener. Lo que le pertenecía por derecho y ley.

Ella lo invitaría a su cuerpo. Tendría que hacerlo. Por las buenas o por las malas. Pero lo haría.

CAPÍTULO 36

—¡Se acabaron los juegos! ¡Devuélveme la zapatilla!

Alejandra había salido precipitadamente del dormitorio al corredor, envuelta en una bata corta de satén. Aún tenía el cabello y la piel húmedos por el baño que había interrumpido, para salir corriendo detrás de Patch.

Se paró en seco cerca del rellano que dividía en la planta superior un sector de la mansión con otra.

Contempló el pasillo largo y en penumbra por el que se aventuró el perro. Un escalofrío le barrió la espina dorsal. El árbol del pecado. La zona de la casa que Valen le había prohibido, determinadamente pisar.

—Patch, regresa. No me hagas esto, bonito —rogó al animal. Segundos después la desobediente mascota desapareció, justo, en la boca del lobo.

¡Genial, Valen Malhumorado Lemacks se pondría como un energúmeno!

Sintiendo un nudo en el estómago, comenzó a caminar por el vetado corredor. Los pies descalzos se le enfriaron a pesar de la espesa alfombra y la frenética maratón de sus pulsaciones resultaba cada vez más insoportable.

Cuando una puerta ligeramente abiertallamó su atención, sospechando que el perro pudiera haberse colado por ella, se aproximó y asomó la cabeza.

—Pa-atch, ¿estás aquí?

Impulsada, como por brazos invisibles, Alejandra cruzó el umbral y se quedó boquiabierta.

El dormitorio que tenía delante era enorme y parecía sacado de una vieja fotografía en blanco y negro. Calculó que debía ser mayor que el que compartía con Valen o cualquier otro que tuviese la mansión. Soltó una exclamación al ver la cama de estilo Imperio que coronaba el centro de la recámara. Impresionaba con sus cortinajes de seda y su intrincada talla.

De pronto, un relámpago, que iluminó con un fugaz destello la estancia e hizo tiritar la lámpara de araña que colgaba del techo, la sobresaltó de tal manera, que pensó que el corazón le saltaría del pecho.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Por el tono de su voz, Alejandra supo que Valen estaba extremadamente enojado con ella.

¡Madre del cielo! ¿Es qué no salía de un lío y ya se estaba metiendo otro mucho peor?

La joven no dijo nada, simplemente lo miró con los ojos muy abiertos. Pese a

la penumbra que los rodeaba, ella podía adivinar la tensión amenazante y colérica en los músculos del hombre que giraba y estudiaba cada centímetro del dormitorio.

De repente, ella se sintió como si estuviera sobre un caballo salvaje, uno al que no podía controlar.

¡Que Dios la ayudara!

— *Nos dice San Agustín, para consolarnos, que el demonio es un gran perro encadenado, que acosa, que mete mucho ruido, pero que solamente muerde a quienes se le acercan demasiado* —El siniestro hombre cubierto de negro recitó el Sermón del Santo Cura de Ars mientras aseguraba la atadura de los tobillos y muñecas de Valen a la cama. Completamente desnudo, apretó las muelas e intercambió una mirada de odio con su padre. Al bastardo hijo de perra parecía gustarle verlo sangrar y que lo usaran como puta.

— *Pronto, muchacho, "el príncipe de este mundo" será lanzado fuera de tu cuerpo.*

La afilada hoja que sostenía aquel "salvador" de mierda comenzó a deslizarse por la ya lacerada carne de sus muslos. Aquel ritual no era el primero al que lo sometían, y desde luego, tampoco sería el último.

Valen pestañeó una, dos veces, de vuelta a la realidad. Tenía la piel de gallina y los pulmones le ardían por la velocidad de sus respiraciones cortas. Podría haber pasado el tiempo, los años, pero la suite principal, la recámara que había sido de Marzio y que había utilizado en más de una ocasión para expulsar el mal que lo dominaba, estaba exactamente igual a como la recordaba.

Conteniendo el aliento, Valen cerró los párpados un instante. Sus puños eran bolas de furia.

Ojalá el cabrón se estuviera pudriendo en el infierno. En el mismo infierno en el que él, sin duda, acabaría.

El estómago se le apretó con una intensidad dolorosa y, súbitamente abrió los ojos. Su mirada grisácea y desbordante de locura, colisionó directamente en la única persona que tenía el don de aligerar y acrecentar los demonios de su pasado. Valen concentró en ella y toda la habitación desapareció.

—Creía haber sido lo suficientemente claro cuando te advertí que no pisaras esta área de la mansión. Entonces, ahora, respóndeme. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Nerviosa, Alejandra se mojó los labios con la punta de la lengua y se anudó

mejor el lazo de la bata. La iluminación débil del dormitorio sólo servía para aumentarla impresión de frialdad y arrogancia de Valen, a pesar de la belleza de su cara y de los impresionantes atributos de su cuerpo fibroso.

Entre balbuceos, trató de justificarse:

—Se trata de Patch... Echó a correr y... —Ella se frotó las manos, visiblemente afectada—. Fuera está cayendo un aguacero y no sé dónde puede estar en estos momentos.

Un nuevo estruendo del cielo lluvioso la hizo contraerse de miedo. Pensando en el animal, en que pudiera haber salido al exterior, enfiló hacia la puerta.

—¡Debemos buscar a Patch!

Alejandra estranguló un jadeo cuando él la agarró bruscamente del brazo y detuvo su avance. Atónita, alzó la vista. Jesús, ¿qué planeaba hacerle? La expresión extraña en esos ojos implacables la inquietaba.

—El perro estará bien. Ha sobrevivido en la calle, así que dudo mucho que unos cuantos relámpagos y un poco de agua lo asusten.

Valen la recorrió de arriba abajo con la mirada. Estaba descalza y era evidente que no llevaba nada debajo de la bata. Las curvas de sus pechos, así como los pezones erizados, se distinguían claramente bajo el satén mojado. Sus cabellos húmedos caían en una sedosa y ondulada cortina sobre los hombros.

Valen sintió cómo la polla le ardía y sus pelotas se ponían rígidas.

Dios, maldita mujer, quería lamerla por todas partes.

Con un empollón la atrajo a sus brazos. Le acarició primero la espalda y las costillas, y a continuación se deslizó hacia sus nalgas. Deliberadamente, apretó la prueba de su excitación contra su vientre. Los enormes ojos de Alejandra se hicieron imposiblemente más grandes.

—¿Tan insoportable te resulta mi contacto?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Entonces es temor lo que sientes.

Toda la atención de Alejandra estaba puesta en él. El corazón de Valen se encogió al leer la tristeza en sus ojos castaños.

—El único temor que puedo tener es verte caer cuando te estoy ofreciendo mi mano. —Ella apoyó suavemente las palmas contra su pecho y buscó el latido de su órgano más importante—. Acéptala, Val. Una vez que te precipites y toques fondo, es muy duro y difícil salir de nuevo a la superficie, completamente indemne.

Valen se inclinó hacia ella, siniestro.

—¿Estás tratando de salvarme? ¿De sanarme? ¿En serio, Alejandra?

Al igual que un pájaro asustado frente a un gato, la muchacha se encogió hacia atrás.

—No. Lamentablemente no puedo hacer nada si tú no te dejas.

Valen apretó los dientes.

Él no sabía cómo enfrentarse a las emociones. Nunca se había preocupado en aprender a manejarlas, puesto que jamás necesitó encararse con ellas. Pero ahora, sin embargo, la hechicera de enormes ojos que tenía por esposa, lo ponía a prueba. Le extendía, desinteresadamente la mano que nunca nadie le había ofrecido.

Dulce ingenua.

No más debilidades, se dijo. Él había ido a por ella con una única y egoísta intención.

Un polvo.

Si no podía lidiar con sus sentimientos y emociones, entonces pondría remedio a toda aquella locura de la única y efectiva forma que conocía.

Sexo.

Sexo sin amor. Algo mera y puramente físico.

Él podría tirarla a la cama, ponerla a gatas y empujar cada centímetro de su agonizante erección dentro del hogar que llenaría con su simiente. Porque que el infierno se congelara si no la rebosaba con su corrida y se enterraba en ella hasta las pelotas.

Alejandra oyó el gruñido antes de darse cuenta que venía de lo más profundo del pecho masculino. Su respuesta solo había empeorado las cosas.

—Si realmente deseas ayudar a un pobre diablo, yo te mostraré cómo hacerlo.

La mano de Valen halló la cinta atada a la cintura. Ella supo cuál era su intención e instintivamente le cubrió la mano con las suyas, tratando de mantener cerrada la bata que era todo lo que llevaba.

—No, por favor... —Alejandra trató de retorcerse. Contuvo el aliento cuando él enredó su cabello en un puño y tiró de su cabeza hacia atrás. Los labios le lamieron la mejilla. De pronto, el cuerpo de la joven se apretó y tembló.

—Sí. Quiero verte desnuda, contemplar lo que, gustosamente o no me entregarás solo a mí. —Le soltó el nudo y empujó la prenda por los hombros hasta caer al piso.

Las mejillas de Alejandra se calentaron y él fue consciente de la inocencia que brillaba desde sus profundidades marrones, pero no importaba. La deseaba y había tomado su decisión.

No podía recordar en toda la vida haber deseado algo así.

Deslizó la mano por su hombro y le tomó un pecho con la palma de la mano. Ella se estremeció adorablemente. Le repasó el pezón con el pulgar y el botón brotó. Perfecta. Ella era perfecta. A él se le endureció más la polla. El deseo le estaba quemando las venas.

Movió la mano hacia abajo, por su vientre marcado y ligeramente redondeado, siguió más y más abajo, estirando los dedos... Ella gimió cuando él frotó la piel sensible de su sexo.

Parasuconsternación, suscaderas empezaron amecerse. Algo se enrollaba debajo de su vientre, dolor, fuego líquido, necesidad...

—Bésame cómo te enseñé —Le exigió él, lamiendo y mordisqueando sus labios, sin detener el dulce tormento entre sus muslos.

Alejandra intentó apartarle la mano, empleó todas sus energías en tratar de mantenerse impasible a su toque, pero él la sujetó más fuertemente por el cabello detrás de la oreja para inmovilizarla. Ella jadeo de dolor y entreabrió los labios, dándole con ese gesto la bienvenida al néctar de su boca. Él se adueñó y arrasó todo a su paso. Mientras la besaba con voracidad y su lengua la agredía sin compasión, la joven pudo distinguir el fuerte sabor a alcohol y tabaco.

Cuando le permitió tomar aliento, preguntó:

—¿Me quieres? Me... me refiero a si realmente quieres estar conmigo o simplemente soy algo que tienes a mano esta noche para pasar la borrachera.

El pulso se le aceleró al verlo soltar una carcajada cargada de cinismo.

—¿Piensas qué estoy ebrio? Ojalá lo estuviera. La memoria es débil cuando es el alcohol quien gobierna cada célula de tu cuerpo. Y, en cuanto a lo otro... Soy tu esposo.

—Esa no es una respuesta a mi pregunta.

Su irónica mueca se amplió.

—Así que la pequeña romántica solo se abrirá de piernas si se la follan con ridículos sentimentalismos. —Le mordió con suavidad un hombro y luego hizo lo mismo con el lóbulo de su oreja, en donde con voz ronca, ironizó—: Con tal de joderte esta noche, seré todo lo que quieras, cariño.

—¡Eres detestable! ¡Un patán de mala calaña!

Esta vez ella no se quedó mansamente en sus brazos. Se sacudió y balanceó el brazo que, habría sido un buen golpe a la mandíbula de Valen si este no le hubiese agarrado las muñecas.

—Dios, eres una fiera —Rió. Luego, la empujó de espaldas a la cama—. Pero

yo me encargaré de amansarte y de hacerte ronronear debajo de mí. — ¡Vete al cuerno, Valen Lemacks! —Alejandra jaló rápidamente de las sábanas para cubrirse. Las manos se retorcían en la tela y la mirada rebotaba de un sitio a otro.

Con el aliento atascado, examinó el cuerpo de Valen de los pies a la cabeza, y cuando reparó en el brillo peligroso de sus ojos, supo que algo desagradable fermentaba dentro de él. Definitivamente, debería escapar como alma que lleva el diablo de allí. De él. Sin embargo, en todo en lo que podía pensar era en tomarlo en sus brazos y alejar su dolor.

¡Seré idiota!

Él cerró con fuerza los ojos y su respiración se volvió irregular. Sus pelotas estaban apretadas y se sentían muy pesadas con su semen. ¡Maldita sea! Hasta la última gota sería para ella.

Miró el cuerpo agazapado y desnudo de la joven y sus pupilas se dilataron con lujuria. Acarició su dura polla bajo el pantalón.

—Ponte a gatas sobre el colchón. De espaldas a mí.

—No, así no Val... —Había descendió la mirada, hacía la tienda de campaña que se elevaba altiva en los pantalones de su marido. Sintió los latidos de su corazón en el cráneo y oídos, sospechando lo que padecería si él se sepultaba en ella sin miramientos.

—¿Así no, cómo? Ponte a gatas, Alejandra, no tengo mucha paciencia —masculló él, amenazador—. Al menos, no esta noche.

Los labios de Alejandra temblaban como si estuviera refrenando alguna emoción fuerte. El orgullo, obviamente ganó porque levantó la barbilla.

—Si piensas que tratarme como un trozo de carne servirá para acallar los fantasmas que te persiguen esta noche, de acuerdo, úsame como quieras. Yo sé que no eres el canalla arrogante que te empeñas en mostrarme.

—Entonces me demuestras que no me conoces ni una mierda —le arrojó Valen en respuesta. Tenía ganas de quemar todo. Algo sucio tenía agarrado a sus tripas—. Porque si lo hicieras realmente, sabrías que no estoy representando ningún papel y que soy algo muchísimo peor que el canalla arrogante que piensas que interpreto.

Las lágrimas empezaron a nublar los ojos de la joven. Era peor de lo que pensaba. No importaba que no la quisiera. Que ni siquiera le gustara. Él se había enterrado en una fosa y se negaba a salir, aun cuando el musculo de su pecho continuaba latiendo.

—No, Val... Sincérate conmigo y cuéntame que te ocurre. Quizás pueda

ayudarte...

—Repites mucho que quieres ayudarme pero yo sigo viendo tus piernas igual de cerradas —Él se veía ligeramente cruel, pero ella podía escuchar la necesidad detrás de sus palabras—. Haz lo que te dije. Ponte a cuatro en la cama y entonces tendrás tu buena obra del día conmigo.

Esta era su última oportunidad para sanar a ese hombre roto y testarudo. Dios, le entregaría gustosamente su cuerpo en esos momentos si con eso lo hacía sentir mejor. Si no podía impedirle ahogarse en su propio sufrimiento, entonces ella se hundiría con él. El dolor sería más llevadero si le sostenía la mano en medio de las profundidades revueltas de su pasado.

Luchando contra la vergüenza, se posicionó en el lecho tal y como él le ordenó. Estaba asustada por lo que intuía sucedería.

En lo profundo de su mente consumida por el alcohol, una migaja de sentido común le preguntaba a gritos a Valen, aporreando su conciencia, qué puñetas estaba haciendo. Todo eso se desvaneció en el mismo instante en que ella le dio la espalda, se puso a gatas y le presentó su trasero. Los ojos le llamearon. Dios, él era digno hijo de su putísimo padre, pero que el mundo se derrumbara bajo sus pies si no iba a disfrutar cada segundo de esto.

Con la vista clavada en la figura de su esposa notó como una bola de fuego le subía por dentro. No podía dejar de admirar las caderas bien redondeadas y sus gráciles formas.

Sus dedos viajaron al botón y cremallera de sus pantalones y su miembro se abalanzó. Grande y gloriosamente erguido.

Se acarició brevemente y luego dio un paso atrás. Se quitó zapatos, calcetines y camisa y salió de su pantalón y bóxer. Todo acabó esparcido por el piso antes de arrodillarse en la cama, atrayendo a la temblorosa muchacha hacia él.

—¿Sigues queriendo salvar el alma de un moribundo, mi hermosa santa?

Alejandra se tensó cuando sintió su cuerpo sobre el suyo. Era como tener una pared de carne caliente y músculos encima.

—Tú no estás moribundo, Val.

En el momento que percibió la dureza encendida entre sus nalgas, involuntariamente se congeló, espantada.

Él le retiró la melena a un lado y le besó nuca y hombros mientras le acariciaba brazos y piernas y le masajeaba la espalda durante un buen rato. Las puntas de sus dedos dibujaron el camino ascendente a través de su columna hasta las suaves redondeces de sus nalgas. Despacio, con meticulosidad, como un auténtico experto.

Valen acunó los pechos succulentos, manoseándole los pezones hasta que ella gimió.

Sumido en la neblina de la pasión, recordó que no tenía un preservativo. Jamás mantenía relaciones sin protección. Pero, sin embargo, con Alejandra no quería ponerse un puto condón. Deseaba tomarla sin barreras de por medio, clavarse profundo en ella hasta oírla gritar. No, mejor aún. Hasta hacerla suplicar y llorar.

Alejandra se estremeció cuando Valen la obligó a separar las piernas con su rodilla y le hizo sentir más su virilidad.

—¿Has cambiado de idea, chiquita? —se burló él, mientras con los dedos frotaba e inspeccionaba los pliegues húmedos. Cuando friccionó el glande por los labios vaginales de Alejandra, pensó que no podría ponerse más duro.

Todo su cuerpo estaba tieso, completamente consciente de lo que estaba a punto de hacer. Sin embargo, vaciló. Dios, ¿realmente podría hacerlo aquello a su ángel? ¿A su Ale?

Podía sentir lo mojada que estaba. Alejandra podría considerarlo un cabrón, pero, de todos modos, lo deseaba.

—Dámelo todo, Alejandra, sin sentimentalismos ni romances, y obtendrás de mí cualquier cosa que desees. Dame lo que tantos años has guardado con recelo hasta que te encontré... Ella negó.

—No, no es cierto. Tú no me encontraste a mí, fui yo quién te encontró a ti. ¿Lo recuerdas? Entonces te prometí un día que siempre iba a estar contigo en las malas y en las buenas y aunque no te lo recuerde con frecuencia la promesa sigue guardada. ¿Y sabes por qué, Val? Porque nadie había causado ningún efecto en mí... Hasta que conocí a una sola persona y lo cambió todo. Esa persona eres tú, Valen Lemacks. Y lo que quiero contigo, no lo quiero con nadie más...

Valen cerró los ojos contra el dolor ardiente de sus palabras, pero volvió a abrirlos casi enseguida. Aferró el cuerpo de su mujer más posesivamente, deseando fusionarlo con el suyo. Pero hasta que no percibió el olor salado de las lágrimas y los espasmos del pequeño bulto que tenía acorralado con el poder de su abusiva fuerza bruta, no se dio cuenta de que Alejandra estaba llorando, silenciosamente.

Del mismo modo silencioso que él lloró en ese mismo dormitorio y en esa misma cama.

La hoja afilada y manchada de sangre serpenteó por su miembro. El dolor

vino a su cabeza y fue más insoportable cuando sintió como su pene involuntariamente se inflamaba. La respiración del pedófilo de mierda que se creía la supremacía del bien se hizo irregular. Su padre, el cabrón miserable, se mantenía al margen pero a una distancia más que privilegiada para no poderse ni un solo detalle.

— El mundo, el demonio y la carne, representan los tres enemigos del alma. Recuérdalo siempre, hijo.

Una repugnante mano le envolvió la polla. La estranguló con tanta fuerza que Valen sintió náuseas. La tortura continuó hasta que supo que estaba cerca. Un rugido asqueroso y una acuchillada profunda en la cara interna de uno de sus muslos le avisaron que el calvario había llegado a su fin. Solo hasta la próxima ocasión.

Cuando lo desataron, solo tuvo tiempo de girar la cabeza para vaciar el estómago, ensuciando las sábanas. Quedaron tan sucias como lo estaba él.

Valen sintió que se le nublaba la vista y parpadeó. Sentía una angustiada presión en el pecho y temblaba. Sencillamente, no podía continuar con aquello.

Estaba a un paso de violar la única cosa buena y pura que le había ofrecido la vida. De ensuciarla de la misma repulsiva manera que lo habían hecho con él.

La mandíbula se le contrajo con el esfuerzo de controlarse y su puño se apretó involuntariamente.

Él solo quería dejar atrás el pasado de una maldita vez por todas. Reemplazar el asqueroso toque de sus vivencias con el limpio de Alejandra, y despertar cada día envuelto en sus brazos y sentirse a salvo.

Él solo quería no volver a recordar.

Pero aquello eran solo anhelos. Unos estúpidos anhelos que tendría que encerrar en lo más profundo de su alma. Porque él, simplemente, no podía olvidar.

Luchó contra la sensación de asfixia que le causaba saber que nunca sería un hombre normal y liberó a Alejandra de su peso, saltando de la cama como si esta estuviera en llamas.

—Nunca debí traerte a este lugar —murmuró. Se frotó los ojos, secos por la falta de sueño y enrojecidos por el alcohol y la ira—. ¡Nunca debí traerte a este maldito lugar, joder! —rugió, de repente, fuera de sí. Su bramido se entremezcló con el clamor de un relámpago al reventar.

Se puso los pantalones y le lanzó la bata a Alejandra.

—Fuera de aquí. ¡Sal de este dormitorio!

Sin mirarlo a la cara en ningún momento, ella se incorporó y cubrió su desnudez. Aunque lo evitaba, él podía verle la cara enrojecida y bañada por las lágrimas.

Dio un paso hacia la joven pero afortunadamente se detuvo a tiempo.

Una rabia interior por la vulnerabilidad que ella y esas condenadas cuatro paredes estaban generando en él empezó a cobrar forma.

El único modo que tenía de superar la sombra de su padre era compartiendo su falta de sentimientos. Ese enfermo conocimiento fue lo único que le dio ánimos para mantenerse inmóvil y continuar con su fría máscara, mientras observaba como Alejandra abandonaba en silencio la habitación y lo dejaba solo con su amargura y pesadillas.

CAPÍTULO 37

La mañana llegó tan fría y congelada como el día anterior. Dentro de la cama estiró las mantas sobre ella y deseó estar una vez más en su tierra. El sol, la luz, el calor... Su adorada y tranquila vida.

Y solitaria también, se recordó con aquellos incordios pensamientos que parecía no ser capaz de controlar.

Sí, solitaria y oscura. Dios. Jaló de nuevo de las mantas hasta cubrir también su cabeza. No quería pensar en su vida anterior. No quería pensar en nada, porque de hacerlo, su mente la transportaría a la noche anterior y eso era algo con lo que no quería lidiar todavía. No pudo evitar limpiarse las lágrimas que habían comenzado a correr por su rostro.

Lloraba no solo por los recuerdos, sino porque se sentía sobrepasada.

Patch saltó a la cama, como si escuchara los pensamientos que la estaban atormentando y supiera que lo necesitaba.

Sintió las patitas rodeando sus piernas, caminando de lado y pisando sus muslos encogidos de frío. Su cola serpenteaba contenta de izquierda a derecha mientras su helada naricita se abría paso entre las mantas intentando encontrar algo de piel humana. Cuando logró su cometido, Alejandra no pudo evitar reír y el perro levantó más las mantas buscando su rostro.

—Hola, bonito —susurró abrazándole y metiéndolo más en la cama—. ¿Cómo has amanecido?

Patch comenzó a restregarse sobre su dueña y sobre la cama, mientras jadeaba y movía las patas tanto delanteras como traseras en un rítmico movimiento. Estaba feliz. Alejandra bostezó mientras le rascaba la pancita y él se quedaba tranquilo, inmóvil.

Degustó algunos minutos más de aquella paz, incluso intentó volver a dormir pero no lo consiguió. Así que jalando al vago de Patch para que saliera de sobre las mantas, logró levantarse.

—Eres un amiguito con malas influencias —El perro le ladró en respuesta provocando una sonora carcajada—. Vamos, grandulón, voy a bañarme. No hagas destrozos, ¿quieres?

Quince minutos después, Alejandra, ataviada en un par de vaqueros, zapatillas y un abrigado suéter de tejido azul, bajaba por las escaleras con Patch pisándole los talones. Se dirigían a la cocina para robar algo de comida y

luego encerrarse en la biblioteca a estudiar.

¿Huyendo, Alejandra?

No. Sí. Bueno, tal vez un poco. Y es que no se sentía especialmente valiente esa mañana, y golpear la puerta del despacho endónde sabía que Valen había hecho su fortaleza, no era una de las cosas que le apetecieran hacer. Prefería no interponerse en lo más mínimo en su camino. Por lo menos hasta...

—¿Le sirvo el desayuno, señora?

—Sí, gracias.

—¿Lo llevo al comedor?

—¡No! —Se apresuró a decir—. Es decir, lo tomaré aquí mismo. No... no quiero importunar.

La mujer sonrió.

—Veo que es usted tan madrugadora como el señor.

Alejandra no tenía ni idea de la hora que sería. Levantó la mirada hacia el reloj que colgaba en la pared. Siete y cuarto de la mañana. Guau, no sabía que fuera tan temprano. Procuró devolverle la sonrisa a la mujer. ¿Madrugadora ella? Sólo si levantarse a las nueve de la mañana podía considerarse madrugar.

Mientras bebía café y mordisqueaba algunas tostadas, calculó el tiempo que había dormido dando como resultado no más de algunas horas. Un par quizás.

Cuando hubo terminado se puso de pie para recoger y limpiar lo que había usado, pero la cocinera simplemente le dijo que ese era su trabajo.

Minutos después, Patch la seguía emocionado por los pasillos de la gran mansión. Quería saber qué harían esa mañana. Alejandra se sentó detrás de unos muebles que fácilmente podrían ser una reliquia histórica, y miró hacia los grandes ventanales con las cortinas corridas.

El día parecía tan triste como ella, que una vez más había naufragado en sus pensamientos. Patch comprendió que su dueña necesitaba de su compañía así que recostó su cabeza en sus muslos. La mujer le acarició las orejas mientras le escuchaba suspirar.

Toda la noche había llovido torrencialmente. Arrebujó su nariz en el suéter buscando calor. Agradecía que en ese momento no estuviera lloviendo. Ya de por sí tenía el ánimo en el suelo, no quería tener que arrastrarlo también. Se levantó. Quizás el correr alejara los pensamientos negativos de su mente.

Palmeó el lomo de Patch.

—Vamos fuera, amiguito.

— ¡Y una mierda! —gruñó Valen, lanzando la taza de café contra la pared y

produciendo un estruendoso sonido.

Rodeó su cabeza con las manos mientras las imágenes de la noche anterior se repetían una y otra y otra vez. Mientras las lágrimas de Alejandra hacían un rosario de pecados en su cuello con claras intenciones de estrangularlo. Pese a mostrarle lo monstruo que podía llegar a ser, ella le había demostrado que lo amaba, que estaría con él así tuviera que abandonar su lugar natural en el cielo y dormir entre los cuerpos carbonizados del infierno con él. Pero no podía arrastrarla con su destino.

Necesitaba saber que su maldad estaba encerrada dentro de él, corroyendo solo a él, pero no tocando a Alejandra. No se perdonaría nunca que su oscuridad alcanzara a su chiquita. Había hecho lo que tenía que hacer.

Sacudió la cabeza y se levantó. Necesitaba aire. Necesitaba salir de allí o perdería completamente la cordura. Italia lo transformaba, lo corrompía, giraba la manija de la puerta del armario de su mente, dejando salir todos los demonios que intentaba controlar a diario.

Antes de llegar a la puerta, recordó que aún tenía que ver unos documentos, donde también estaba aquello que por nada del mundo dejaría que Alejandra viera. Se dirigió al salón, no sabía que morbosidad había en comparar la tristeza humana con los días lluviosos, pero por una vez le importó una mierda que alguien pensara que era un cliché andante. Se podían ir todos a la mierda. Solo quería olvidar.

—Señor, le traje otro café.

Valen no respondió, solo caminó hacia el ventanal y descubrió a Alejandra salir con Patch. Llevaba una pelota y comenzó a jugar con el perro. No se veía alegre y llena de vida como siempre, más bien parecía una flor caribeña marchita por el frío ártico en que el intentaba florecer. Quizás sería mejor que la hiciera volver a...

—¡De ninguna jodida manera! —rugió con fuerza, acallando sus pensamientos. La fina porcelana estuvo a punto de escurrírsele de las manos a la mujer cuando dio un respingo, asustada.

Lo observó como si estuviera parada frente al mismo diablo.

—¿Perdone, señor?

—Deje el café en la mesa y retírese —Valen ni siquiera se molestó en volver a mirar a la mujer. Su mirada focalizó de nuevo a la pequeña duende del exterior. Parecía un diminuto fantasma con el suéter tan grande que llevaba.

Cabizbaja... Apesadumbrada...

¿Cómo no iba a estarlo después de lo ocurrido?

¡Ella no era como él!

Ella tenía un tierno corazón. Un alma noble.

Si él hubiera sido el receptáculo de toda la sarta de barbaridades que le había dicho la noche anterior, esta mañana se habría encargado de que lo viera completamente repuesto, como si la maldita noche anterior no hubiera pasado en lo más mínimo. Pero Alejandra no era como él. Ella mostraba sus sentimientos. Reía si era feliz. Lloraba si algo le dolía.

Y allí estaba, abatida y sollozante, mientras él se sentía una auténtica mierda.

Agarró un cuaderno y un lápiz y se sentó en un sofá.

Se llevó la taza a la boca y luego comenzó a dibujar en una de las hojas.

Se odiaba. Ella le odiaba. Excelente, iban por buen camino. O quizás no...

Como si alguien le dijera que era el momento de salir de sus ensoñaciones, levantó la cabeza y su mirada de hielo fue directamente hacia el ventanal para ver el momento exacto en que Alejandra caía. Sus palmas y rodillas golpearon el enlodado y duro suelo, haciéndose daño.

Se levantó como un rayo, lanzando el cuaderno descuidadamente con el resto de papeles

CAPÍTULO 38

El dolor penetró tanto en sus rodillas, muñecas, palmas y tobillos como si hubiera caído sobre una cama de agujas puntiagudas, se incrustaba como espinas en cada parte de su cuerpo. Soltó un quejido, mientras el lodo manchaba su ropa, su rostro, y la cerradura dónde guardaba su desnutrido pasado se astillaba, devolviéndola a una soleada mañana en la que Celia y ella habían quedado para jugar un partido de balón mano con los adolescentes de la cuadra.

A sus once años Celia era la reina de la fiesta, y ella, un año mayor, no llegaba a cuajar completamente en el ambiente que su hermana había creado.

Habían comenzado el juego bien, pero Celia no la había elegido. Celia ni siquiera había hecho el intento de escogerla. Se había limitado a que su círculo de amigas estuviera en su grupo y que los niños más populares le rodearan. Se dijo a sí misma que su hermana siempre jugaba a ganador y lamentablemente ella no era demasiado diestra en ningún deporte.

¿Demasiado diestra?

Eso era decir mucho. Ella era un desastre en las actividades físicas, salvo en jardinería. Sonrió. Amaba las plantas. Eran tan...

—Hey tú, topo —gritoneó la capitana del otro equipo que no estaba contenta en lo más mínimo de quedarse con ella—. ¿Vienes o necesitas tarjeta de invitación?

Alejandra asintió, se arregló la coleta del cabello y comenzó a avanzar mientras escuchaba a su grupo.

—No entiendo porque Celia insiste en traerla. Es tan torpe.

—No puede hacer nada —comentó un chico—. Es salir con su hermana o no salir. Así que se la tiene que aguantar.

Las risas llegaron pronto haciendo que Alejandra se sintiera terriblemente mal. Se colocó en la posición que le tocaba. El juego ni siquiera había comenzado y ella ya estaba lo suficientemente decaída como para sentir la necesidad de regresar a casa y esconderse de todos. No podía hacerse de la vista gorda, porque era cierto lo que aquellas chicas habían dicho. Su madre había utilizado el condicional con Celia porque ella siempre regresaba tarde, así que la única manera que tenía de salir era llevándola para que la

hiciera volver a tiempo.

—¡Oye, topo, cuidado! —Un rubicundo adolescente de catorce años pasó a toda velocidad por su lado izquierdo empujándola hacia adelante.

Alejandra se sintió caer y estiró las manos para no golpearse el rostro, pero sus manos y rodillas se llevaron la peor parte. Soltó un gemido de dolor, mientras caía al suelo, manchándose de lodo.

—¡¡Así no podemos terminar el juego!! —gritó la capitana del equipo de Alejandra mientras ella estaba en el suelo y todos la observaban sin ninguna calidez en la mirada—. ¡Celia, pido cambio! ¡Quédate con tu hermana y me das a una de tus peores jugadoras!

—Cualquiera es mejor que Alejandrita.

—¡Dios mío, es tan inútil! —La castaña se paró delante de la mirada llorosa de Ale que intentaba incorporarse—. ¿Hay alguna cosa que hagas bien, en la que no eres una idiota? ¡Qué frustrante!

Nadie parecía importarle si ella estaba bien o no. Lo único que les importaba era que la hermana de su abeja reina no era más que una inadaptada. Celia se acercó a su hermana cruzada de brazos.

—Estás arruinando mi reputación, Alejandra —comentó muy disgustada con la voz tan chillona que le llegaron a doler los tímpanos—. Será mejor que te sientes allí —dijo señalando una banca—. Desde allí puedes mirar y cuando sea hora de irnos, me avisas.

Luego se dio media vuelta. Ella y su séquito se fueron hacia otra estancia del parque, una alejada de ella y de su incompetencia.

— ¿Estás bien, chiquita? —La fuerte y grave voz de preocupación de Valen penetró en la niebla de llanto y recuerdos que se había agolpado a ella.

Cuando volvió en sí, lo primero que observó fue sus manos. Estaban ensangrentadas con pequeños cortes. Le dolían los tobillos, rodillas y muñecas de tal manera que pensó que no podría ponerse en pie por si sola — ¿Alejandra? ¿Me estás escuchando?

—Val... —murmuró encogiéndose. Miró perdida a su rededor, como si no recordara dónde estaba.

El parque. La casa de Londres. Italia.... No, estaba en Italia.

El rosario de maldiciones y blasfemias que Valen soltó al ver la sangre saliendo de las heridas y rasguños hubieran asustado a la más valiente de las mujeres, pero Alejandra tenía su propio infierno interno por el cual pasar.

Sacudiendo la cabeza y con el conocimiento de aquella batalla interna, Valen simplemente la levantó en brazos, giró sobre sus talones con la fina garúa

sobre su cabeza y enfiló a casa con la cabeza de ella enterrada en su pecho.

—Patch, adentro —ordenó el hombre y el perro dejó de buscar la pelota y corrió hacia él.

Atravesó la puerta como un rayo con el inquieto can trotando a su lado, parecía estar igual de preocupado que él por las sangrantes heridas de su dueña.

—¡Signora Brusi!

Valen dejó a la temerosa y humedecida Alejandra sobre el sillón de la sala. Ella aún se miraba las manos sin comprender.

—Alejandra, mírame —demandó Valen. La agarró de los brazos y comenzó a sacudirla con suavidad—. Alejandra, reacciona.

—¡Por Jesucristo bendito! ¿Pero qué le pasó a la señora? —El ama de llaves llegaba a la sala para saber lo que el señor de la casa necesitaba.

—Traiga unade mis camisas limpias, unas toallas y el botiquín de primeros auxilios una. ¡Muévase, rápido!

Alejandra observó a Valen alargar la mano y desabotonar el broche de sus pantalones vaqueros. Tironeó con fuerza hacia abajo, deshaciéndose del duro material y dejando las esbeltas piernas de su esposa a su vista y disposición. Se arrodilló, le quitó con delicadeza las zapatillas, las medias y las perneras del mismo material.

Frunció el ceño y apretó la mandíbula al ver sobre la lustrosa y blanca piel de sus rodillas el arte abstracto y dolorido que habían hecho un montón de piedras puntiagudas al incrustársele. Sacudió la cabeza y se apresuró a quitarle el suéter.

Cuando Alejandra sintió frío intentó abrazar su desnudez con los brazos, pero Valen la detuvo.

—Tienes las manos lastimadas, te mancharás de sangre —La joven levantó la mirada hacia el hombre. Parecía preocupado, reservado y... Le vio quitarse la camisa para pasarla por sus hombros—. Tienes frío.

El masculino aroma de Valen le golpeó directamente los sentidos solo para hacerle recordar el hacha de Democles que tenía pendiente en su cabeza. Suspiró y aceptó el calor que aún guardaba la prenda. Valen lanzó una maldición al preguntarse dónde demonios estaba la maldita mujer que había mandado a traer el jodido botiquín.

Alejandra sintió el toque de las yemas de los dedos de la mano masculina sobre su lastimado tobillo. Lo movió ligeramente para saber si era algo grave. Le tocó la piel con... ¿ternura?

No. No era ternura. Más bien parecía preocupante cortesía. Realmente quería saber si estaba bien, no había nada oculto en sus ojos ni en sus caricias. Luego de comprobar que esa zona no estaba demasiado dañada, subió la mirada por sus piernas hasta las rodillas, dónde se detuvo y un duro gesto cruzó su rostro.

—Señor, aquí está...,

—¡Ya era hora! —gruñó él aceptando las cosas y haciendo que la mujer se retirara—. Por cierto, llévese a Patch y seque al pobre animal.

Bajo la atenta mirada de Alejandra, Valen se movió rápido. Eficiente y eficazmente. Sin perder el tiempo.

Joder. Tenía que hacerlo todo lo más rápido posible porque no quería que su cerebro se percatara que estaba tocando de nuevo el cuerpo de su mujer. Aquella delicada rosa que la noche anterior había estado a un paso de ... Era un maldito. Debía mantener esos pensamientos alejados. Tenía un alborque hacer y la haría.

Alejandra le observó mientras se ponía descuidadamente la camisa blanca traída por la ama de llaves para, inmediatamente a continuación comenzar a limpiarle las heridas de las manos y también de las rodillas. Pasó una húmeda toalla por las manchas de barro y por cada rastro de sangre que encontraba. Con una segunda toalla le secó cabello lo mejor que pudo y las mejillas sonrojadas. El mismo se limpió las manos con la tela manchada de líneas rojas y volvió a dejarla en las manos de Alejandra. Luego se concentró en sacar cosas del botiquín para ocuparse de los feos cortes de sus rodillas y palmas.

Con paciencia y suma suavidad, extrajo cada pequeña piedra, limpió y curó. Estuvo algunos minutos más para asegurarse que el trabajo estaba completamente perfecto. Por último, agachó la cabeza y besó una de sus rodillas.

—Lo siento tanto —murmuró y la mujer dirigió su rostro alicaído y vulnerable hacia él—. Por todo.

Alejandra intentó hacer que su cerebro despertase para comprender aquellas simples pero significativas palabras. Valen Lemacks no era un hombre que se disculpara. Nunca.

—¿Lo sientes?

Él asintió.

—Fueron los recuerdos, el alcohol, yo mismo intentando ocultar mis fantasmas. —Por primera vez, Alejandra sentía que su marido intentaba abrirse un poco con ella—. Nunca pienses que... —Se llevó las grandes manos al cabello—. Soy un monstruo, lo sé. Alejandra nunca quise hacerte

daño, no fue esa la intención.

—Valen, no —dijo ella intentando alejarse para que no la tocara, pensando que volvería a intentar lo de la noche anterior. Lo deseaba, sí. Valen le había enseñado cómo desea una mujer a un hombre, pero no podía volver a pasar por lo mismo. Se había sentido tan rota, tan usada—. ¿Realmente te hubieras detenido en algún momento?

Valen no estaba seguro sobre qué debía responder. Quería creer que llegado el momento se hubiera detenido por su propia mano. Que fueron sus lágrimas de desesperación, sus uñas enterradas en las sábanas o la desesperanza en su voz, lo que impidieron que la violara... Pero en el fondo sabía que nada de eso hubiera frenado al monstruo que había en él. Sólo un recuerdo, una pesadilla había evitado la tragedia.

—Lo hice, ¿no? —dijo a la defensiva, pensando que no tenía excusa alguna.

Alejandra aceptó aquella respuesta con la resignación con la que un reo acepta la condena muerte en el banquillo de los acusados.

—Qui-quiero el divorcio —La voz se fue apagando como si le faltara combustible, ganas e ímpetu. Aduras penas llegó a los oídos del hombre que automáticamente se dedicó a maldecirse por una vez más lograr que sus preciosos y gigantescos ojos se pusieran llorosos.

A Valen le dolió aquellas tres malditas palabras. No. Ella no podía estar hablando en serio.

—Ale...

—No, espera, escúchame primero. Quiero que volvamos a ser los amigos que éramos —El corazón en el pecho de la mujer bombardeaba tan deprisa que llegaba a dolerle. Sus lágrimas corrían por sus mejillas—. Desde que nos casamos, siento que algo se ha ido rompiendo cada día entre tú y yo, y no somos capaces de avanzar, Val. Quizás... —¿Quizás, qué?

—No lo sé... Quizás la solución está en vernos cada fin de semana, como solíamos hacer antes, mantenernos alejados y respetar así la privacidad de cada uno.

Valen la abrazó por la cintura y recostó la frente en su vientre. Sentía que se hundía en un remolino negro. Podía imaginarse los monstruos que lo aguardaban bajo la superficie, listos para devorarlo.

—¿Crees que deberíamos hacer eso? —preguntó él con inquietante calma.

Hubo una pausa mientras ella lo acunaba como una madre a su hijo.

—He estado pensando en todo y parece que no encajamos tan bien como cuando éramos solamente amigos. Hay muchas puertas cerradas entre

nosotros...

—¿Estás segura que no encajamos? —Siguió interrogando él, recordando la maravillosa sensación de tenerla entre sus brazos, el aroma de su cuerpo immaculado al terminar una ducha, sus besos y la sonrisa llena de vida cuando miraba al pequeño chuchito que tenían por... hijo. Alejandra asintió.

—¿Realmente piensas qué podremos volver a tratarnos como simples amigos a distancia, esperando desesperadamente cada viernes para que el timbre suene o para que alguno vea la silueta del otro y añore lo que tenemos ahora? Valen sabía la respuesta. Cada célula de su cuerpo gritaba de la necesidad de calor que aquella mujer había instalado en su interior. Alejandra negó mientras sus ojos le demostraban que ella tampoco quería irse. No quería terminar con aquello, pero pensaba que era la mejor decisión.

—No voy a dejarte ir, Alejandra. No puedo. Esa idiotez de "si amas algo dejarlo ir"...— Negó con la cabeza—. Solo un imbécil dejaría ir algo que ama.

Ella lo miró entre perdida y esperanzada. Era una soberana idiota. Una ilusa sinsentido de auto preservación.

—¿Entonces, por qué? —preguntó, desesperada por saber una respuesta, por encontrar un hilo que le dijera que debía quedarse.

—El pasado es una de las peores lacras que puede tener un ser humano. Te persigue de por vida. No importa donde vayas, cuánto corras o dónde te escondas, él siempre acaba encontrándote... Pasé dos años malviviendo en las calles y pasando, incluso, hambre, antes de que la distinguida Noelle Lemacks se acordara de que tenía un nieto. ¿Y sabes por qué huí de casa? Diría que por las constantes palizas que me daba el malnacido que tuve por padre, por las cuales, prácticamente tuvieron que reconstruirme todos los huesos, pero eso solo fue un grano más en la montaña. Cuando la vida te importa una mierda no se le teme a nada ni nadie. Ni a la misma muerte. Y haces cosas... Cosas espantosas.

—Eso es horrible. Lo siento mucho.

Las lágrimas surcaban por el rostro de la joven, y como si él no pudiera soportar esa visión, abandonó su regazo y se enderezó. Se sentó lo más alejado que pudo de ella.

—No fue culpa tuya, así que no tienes por qué disculparte. No quiero ni necesito tu compasión. Ni la de nadie.

—Entonces dejemos de ahora en adelante que el pasado muerto entierre sus muertos, ¿qué te parece?

Alejandra lo vio adquirir una fría expresión mientras sacaba un cigarro y se lo llevaba a los labios. Presionó y aflojó el encendedor de plata, como si súbitamente recordara que ella llenaría sus pulmones con el hedor de su vicio y no quisiera.

Arrojó el cigarro y mechero de vuelta a la mesa de café.

—Desde que apareciste debí saber que tenía un problema, pero traté de canalizar el sentimiento y convertirlo en pura conexión y fascinación pasajera.

—Sonrió con cinismo y se pasó una mano por el cabello revuelto—. No funcionó.

Alejandra se puso tan blanca como la cal. Él no quería lastimarla porque era su amiga. La apreciaba mucho y verla a diario le ponía feliz, pero no la amaba. Él no podía amar a nadie. En su vocabulario no existía la palabra “amor”. Se lo había dicho.

Y eso era justamente lo que ella pedía.

Con su cuerpo, con sus ojos, con sus labios, con sus sonrisas, siempre le pedía más, pero ella no entendía que él ya le había dado todo lo que podía darle. ¡No había más de Valen Lemacks que entregar! Porque todo lo jodidamente bueno de él, tenía el hombre de aquella hechicera de ojos grandes tatuado a fuego.

Pero vendería su podrida alma al primero que pasara por la vereda si es que él le decía aquello al ángel que lo miraba con adoración.

¡No podía! ¡Nunca lo haría!

Y no lo haría porque era egoísta. Porque si él podía imaginar un mundo en el que Alejandra no estuviera con él, ella tampoco lo haría.

—Val... —La dulce vocecilla penetró en sus pensamientos atrayéndolo a la luz como si fuera una luciérnaga.

Él no respondió, solo salió de allí dando largas zancadas con sus largas piernas. Alejandra pronto escuchó el portazo del despacho. Sacudió la cabeza mientras se llevaba las manos a la cabeza. Dios.

Minutos después, se limpió las lágrimas decidiendo que llorando no solucionaría nada, y mucho menos repararía a aquel hombre tan roto. Caminó por el borde de la mesa de centro para salir de los sillones en forma de “L”.

Su usual torpeza hizo alarde de presencia cuando su rodilla izquierda golpeó de costado los muchos papeles que habían encima de la mesa, logrando que estos volaran a todos lados y a ningún lugar en especial.

Alejandra se escuchó lanzando una maldición. ¡No necesitaba eso en este momento! Enfadada consigo misma comenzó a recoger los papeles y a

apilarlos de nuevo, hasta que algo llamó su atención.

Li Volsi Mining. Ese apellido...

Escuchó la voz de Valen en el vestíbulo hablando con alguien y se apresuró a dejar el dossier en su sitio.

Recogió el cuaderno que aún estaba en el piso y se quedó maravillada observando. Pasó las páginas del cuaderno y con cada nueva aparición su corazón volvía a trabajar en su sístole y diástole constante. Era... Ella dibujada al carboncillo. Mientras pasaba las páginas veía su rostro, sus grandes ojos rebosantes de felicidad, su sonrisa amplia. Ella y Patch jugando en el descalzo de la casa de Londres. Ella completamente dormida sobre el escritorio por estudiar demasiado, pero de todas ellas, se quedaba con aquella en la que estaba sentada al lado del teléfono de su casa en Tenerife. Seguramente así se imaginaba Valen que esperaba cada una de sus llamadas.

Sonrió.

Pero él no estaba en lo cierto, porque no esperaba al lado. Se sentaba frente al teléfono mientras se preguntaba porque no sonaba.

Tamborileando los dedos para matar los eternos minutos que faltaban hasta que el "ring" le devolvía el alma al cuerpo y la sonrisa a la cara.

Quedó enamorada de su arte, y de lo que significaba para un hombre como él usar su tiempo en aquello. Dijera lo que dijera él, alguien que plasmaba con tanto sentimiento algo en una sencilla hoja de papel no podía estar tan vacío por dentro.

Se llevó una mano a la boca y luego terminó en su pecho.

Tal vez tuviera una posibilidad, después de todo.

Si nunca le habían enseñado cómo amar, ella podría hacerlo y, quizás, en un futuro no demasiado lejano, él se daría cuenta de que podría comenzar a trabajar en amarla.

Porque no había solución al mal que padecía. Estaba enamorada de su marido. Estaba terriblemente enamorada de él. Paseó los dedos sobre el dibujo, hasta que llegó a los masculinos rasgos de la letra de Valen.

«Y cuando llego a ella y la abrazo, pienso: "esto va a terminar mal". Pero no por eso la suelto ni dejo de abrazar.»

CAPÍTULO 39

Alejandra cerró la puerta del dormitorio de Valen al salir y apoyó la espalda en ella.

No estaba.

Se había levantado a horas intempestivas para cualquier ser humano con el único propósito de abordar a su marido antes de que se fuera a trabajar.

El primer movimiento en la «Operación seducción» parecía haberse ido al diablo.

Resopló.

¡Genial!

Jamás se había visto en esa situación. Ningún hombre le había interesado tanto como para lanzarse a la piscina de coqueteos y de sutiles insinuaciones. Con una mueca pensó en que no sabría hacerlo sin dejarse en evidencia. Quizás la solución la tenía en su cuñada Idaira. Ella irradiaba sensualidad por naturaleza y sería una excelente consejera.

¡Sí, Ida sería perfecta!

Con el renovado optimismo iluminando sus iris, miró los interminables pasillos que la franqueaban a ambos lados. No por primera vez se preguntó, con ironía, si debería comenzar a utilizar una brújula en la mansión Lemacks. Pasear por el mismo corazón de Londres debía ser más fácil que recorrer de punta a punta ese caserón y no envejecer en el intento.

Súbitamente las vivencias en Italia asaltaron a su mente. No hacía ni veinticuatro horas que habían regresado de Roma, la ciudad que había sido durante siglos el centro político y cultural de la civilización occidental. En ella, Valen le había mostrado su personalidad más dominante, agresiva y oscura. Se estremeció al recordar la noche que había estado a punto de poseerla, sin tener en cuenta sus deseos.

—Buenos días, señora.

Se enderezó, avergonzada con su delatora indumentaria, cuando descubrió a Bianca aproximarse por el corredor que tenía a su izquierda. Cargaba una canasta con sábanas limpias e iba acompañada de su habitual expresión amable.

—Buenos días Bianca.

—¿Desea desayunar o esperará a hacerlo con el señor?

Ella parpadeó por la sorpresa, y pasó un momento antes de que pudiera reunir su comprensión.

—¿El señor sigue en casa?

Alejandra se paró en seco y sus pupilas se dilataron. Rara vez pisaba ese sector de la mansión, pero empezó a replantearse si debería madrugar y visitar con más frecuencia la colosal y moderna sala de musculación con la que contaba la vivienda.

¿El motivo? Un impactante Valen Lemacks.

Por lo visto, dedicaba cada mañana, su primera hora del día a atizar de manera ininterrumpida un saco de boxeo con los puños, únicamente protegidos con sendas vendas, y al ritmo ensordecedor de la banda británica de heavy metal, *Iron Maiden*. La música estaba tan alta que le atronaba la cabeza.

Alejandra alzó la vista al cielo raso, temiendo que los duros golpes de Valen no solo arrancaran la bolsa de arena del techo, sino que este se viniera abajo con ella. Después de cerciorarse de que la sala, por ahora, no se transformaría en una duna del desierto, regresó la mirada al hombre y se le hizo la boca agua. De espaldas a ella, podía advertir el sudor que lamía su columna y que desaparecía bajo el pantalón largo y negro de deporte. Descalzo, no llevaba encima nada más.

Quizás, solo unos *bóxers*, se corrigió rápidamente con la vista clavada en esa parte tan bien estructurada de su anatomía.

Resistió el deseo de morderse el labio inferior en un gesto que revelaría la tensión nerviosa que estaba comenzando a invadirla.

Parecía salvaje y sexy. Dominante y poderoso.

La seguridad en sí mismo exudaba de cada poro de su cuerpo atlético y sudoroso, de la misma forma que la fuerza y el poder parecían flotar a su alrededor como auras invisibles.

Alejandra abrió la boca y tomó aire. Con el corazón desbocado y el cuerpo en tensión, avanzó lentamente hacia el hombre que la estremecía de los pies a la cabeza.

—Val... —Lo llamó, con las mejillas ardiéndole como si hubiera hecho algo malo.

Un suave sonido hizo a Valen mirar por encima del hombro. Transcurrieron varios segundos antes de que la música dejara de sonar.

El corazón de Valen se estrelló contra su garganta, los músculos *allí* se apretaron en una excitación repentina cuando encontró a Alejandra observándolo, aparentemente perturbada y sonrosada.

Cuando repasó su figura voluptuosa, escasamente cubierta, sus ojos grises relampaguearon con lujuria, sus puños se apretaron con fuerza a sus costados y su polla, su jodida polla, comenzó a crecer con rigidez detrás de la tela de su pantalón.

La muy imprudente llevaba puesta una camisa blanca de él, una que le había regalado en uno de sus fines de semana en la isla Canaria cuando la visitaba con regularidad. La prenda le llegaba casi hasta las rodillas y se alzaba abotonada hasta la altura de su busto. Valen sospechaba que debajo de la masculina prenda solo encontraría un sencillo *culotte* de algodón. Sus pies estaban descalzos y su cabello enroscado en un desgredado recogido alto.

La expresión de Valen se endureció al instante. Agarró unatoalla y comenzó a secarse la cara, el torso y los brazos.

—Eres una pequeña arpía manipuladora. ¿Crees realmente que puedes interrumpir mi rutina vestida como vas y esperar luego que sea el caballero que no soy? ¿Qué no haya malditas consecuencias? Lo que estuve a un irrisorio paso de hacerte en Italia debió enseñarte algo.

Vio a la joven tambalearse y se sintió terriblemente culpable por ser tan brusco con ella.

Pero enseguida pensó que era mejor así. Alejandra lo excitaba demasiado, y si él no podía distinguir la línea que separaba lo correcto de un error, entonces, sería ella quien lo hiciera por los dos.

Alejandra miró con anhelo la puerta. Unos pocos pasos y sería libre... Pero no huiría.

¡Por supuesto que no huiría!

¡Y que se la llevaran los demonios si lo hacía!

Ni siquiera supo cómo logró mantenerle la mirada a ese gruñón mañanero. Pero lo consiguió.

¡Touchdown!

—Te busqué en tu dormitorio y no estabas. Pensé que estarías ya de camino a la empresa, pero entonces me crucé con Bianca en el pasillo y medijo dónde podía encontrarte.

Con un tono tenso y áspero, él preguntó:

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Ale? Tengo otras cosas que hacer esta mañana aparte de quedarme aquí, conversando contigo.

La muchacha retrocedió ante la dureza del tono, y sintió que palidecía. Con los ojos muy grandes, replicó, cortante:

—Oh, por supuesto, que desconsideración la mía. El responsable y estricto

director ejecutivo que siempre está ocupado cuidando de los negocios y no tiene tiempo para relacionarse con el resto de la humanidad.

La incredulidad, seguida por una cólera muy viva, movió a Valen a entrecerrar los ojos.

—Soy simplemente lo que un mundo competitivo demanda. Un hombre sin corazón dispuesto a aniquilar de mi camino y de forma despiadada, a cualquier enemigo que me estorbe —La miró como lo haría un pirata al examinar un suculento tesoro—. También estoy dispuesto a masacrar a todos aquellos que avaricien lo que por ley y derecho me pertenece. Es mío.

Incapaz de soportar la actitud malhumorada de Valen, Alejandra bajó los párpados, y estudió el piso, como si fuera la cosa más fascinante que jamás hubiese visto.

—¿Y yo en qué categoría entraría? ¿En la de adversarios a los que debes derrocar o en la de nuevas adquisiciones?

Él acortó la distancia entre ellos y le aferró el brazo. Alejandra levantó la cabeza.

De pronto, Valen llevó las manos a su pelo y lo soltó del amarre. Le deslizó una mano por el cuello y le rodeó el rostro para sujetarla por la barbilla. Sus caricias eran tan delicadas y seductoras que a Alejandra le ardía la piel y le flaqueaban las piernas.

Él agachó la cabeza, colocando sus labios a un beso de los suyos.

—Tú eres mía. Solo mía. Y te lo demostraré.

La joven tragó saliva y trató de resistirse, pero estaba demasiado al límite y se sentía vulnerable.

Cuando Valen trasladó las manos al trasero y la estrechó con más fuerza contra su cuerpo, ella notó su miembro erecto. Sin pensarlo, arqueó la espalda y separó los labios para que la besara.

Blasfemando por lo bajo, Valen dio un paso atrás y, al ver que ella se tambaleaba, la sujetó del brazo.

—¿Qué sucede? —susurró ella, deseando más.

—Sucede que acabas de responder y, de manera entusiasta, a tu pregunta. Por lo tanto, doy por concluido el recreo por hoy.

Alejandra se congeló. Se puso la máscara en su lugar y, sintiéndose como una auténtica idiota, se sacudió de las manos del hombre y dio un paso atrás.

Había sucumbido y caído en su trampa. ¡En su maldita provocación! Pero, ¿por qué se sorprendía? Ella debía ser el único ser humano en la faz de la tierra lo suficientemente tonto como para tropezar en la misma piedra más de

tres veces.

Valen se volvió y cogió una botella de agua. Antes de dar el primer sorbo, le advirtió:

—A no ser que quieras ducharte conmigo, te aconsejo que subas a tu dormitorio, cierras con llave y te cubras. No sigas desafiando mi autocontrol. No es una buena idea, créeme.

Ella lo miró con un gesto de perplejidad, boquiabierta.

—¿Disculpa?

—¿Necesitas ayuda para desvestirte?

—¡Puedo cuidar de mí misma!

—Entonces te sugiero que te pongas en marcha.

El enfado movió a Alejandra. Su «Operación seducción» no había hecho sino arrancar y ya estaba deseando sacudir a ese troglodita en sus manos. ¡Jesucristo, aquel hombre era imposible!

Pero que se la tragaron los infiernos si abandonaba la carrera en el pistoletazo de salida.

Alejandra pidió disculpas mentalmente a Tony por usarlo, una vez más, para su causa. Cruzó los brazos y levantó la barbilla.

—Tony me pidió que lo acompañara a restaurar unos antiguos jardines en un monasterio. Puede que acepte. Es un muchacho encantador, ¿no te parece?

La joven se encogió ante la tensión que se había creado entre ellos. Parecía que el tiempo se hubiera detenido.

Valen clavó los ojos en ella, su expresión lentamente volviéndose helada... Más si cabe.

¡Por santa Teresa de Jesús!

—Lo único que me parece es que ya se te hizo costumbre contrariarme, ¿no es cierto, pequeña arpía venenosa?

Alejandra pegó un gritito cuando, de repente, él la cargó sobre su hombro y comenzó a caminar.

—¡Te has vuelto loco! ¡Bájame ahora mismo o... !

Cuando sintió el impacto de una mano en unas de sus nalgas, jadeó de dolor.

—Eres una bruja imprudente y testaruda, y es muy probable que yo me quemé en el infierno; pero, maldita sea, si permito que te sigas saliendo con la tuya.

De pie, amordazada y con los músculos estirados y en tensión, Alejandra se giró de un lado a otro, esperando encontrar una posición más cómoda, sentía como un calambre comenzaba a iniciarse desde sus pantorrillas.

Tiró de las ataduras de sus muñecas, pero aquello solo parecía conseguir

que el sudor empezara a salpicarle la piel recalentada.

¡Maldito fuera Valen Cavernícola Lemacks!

Alejandra trató de dejar de luchar. Se sentía avergonzada y expuesta, totalmente privada de sus defensas. Valen la había atado a una maquila de musculación, amarrando sus muñecas por encima de su cabeza, y no contento con eso, le había desabrochado algunos botones de la camisa. Las curvas de sus pechos se exhibían más que ocultaban.

¡Y su cuerpo colgaba como si tratara de un jamón ibérico en un supermercado!

La ira llameó a través de ella mientras observaba a su ex amigo, a partir de ese momento, descargar la rabia y frustración en el saco de boxeo, ignorando totalmente su presencia. Alejandra hizo un mohín infantil. ¡Ni siquiera sabía cómo la bendita bolsa de arena aún podía sobrevivir con semejante golpiza!

¡O cómo la ensordecedora música no le reventaba los tímpanos!

Inhaló por la nariz de forma sonora. ¿Por qué Valen le hacía eso? ¿Tan empeñado estaba en ganarse su desprecio?

Haberlo oído hablar sin el menor rastro de emoción en la voz, como si fuera una extraña para él, como si ella y sus sentimientos no significaran nada, había hecho que la incredulidad cayera sobre sus sentidos como una gota de agua helada.

Pero aquello no podía ser posible. No después del modo en que la abrazaba y tocaba. No después de ver entre sus papeles los bocetos que había hecho de ella, tan cargados de sentimiento y belleza.

En algún lugar de su dolor consiguió extraer un salvavidas al que aferrarse para no dejarse ahogar por la derrota.

Porque la partida no había hecho sino comenzar.

Y la «Operación seducción» seguiría adelante.

CAPÍTULO 40

Alejandra, que había estado haciendo experimentos de ciencia en la cocina, sintió el ruido del auto de Valen. Sonrió. ¡Había llegado a casa! Patch entró enloquecido, moviendo la cola y saltando de un lado al otro mientras ladraba como diciéndole: *¡Apresúrate mamá, que papá está en casa!*

— Sí, sí, bonito —Rió—. Ya escuché que papá llegó. Ven, vamos. Patch salió rebotando alegremente, mientras sus torpes patitas le hacían tropezar cada minuto. Apresurada, Alejandra se mojó las manos y se las limpió en el delantal mientras trotaba detrás del can. Cuando abrió la puerta, antes de que ella pudiera detenerlo, el perro salió disparado como si hubiera estado encadenado. El peludo sinvergüenza parecía que no la consideraba un miembro de autoridad, pero no le importaba demasiado, ya que el cambio que había dado era abismal. Era un perro completamente nuevo, lleno de vida, sin miedos y con el hilo de la confianza

afianzándose por el amor que le daban.

—¡Ven aquí, cariño! —Sonrió corriendo detrás del animal.

Alejandra se detuvo en seco cuando vio unos sensuales tacones rojos de gamusa.

Levantó la mirada y el instinto de supervivencia le dijo que mejorara su postura y mirara directamente. Hizo todo eso mientras se devanaba los sesos pensando quién diantres era esa mujer que Valen había traído a casa.

— Hola —saludó cálidamente. Larubia invitada de sinuosas curvas y ropaceñida, la miró como si fuera un pecado que alguien como ella se creyera con la potestad para hablarle siquiera—. Disculpa, pero, como verás —dijo, encogiéndose de hombros—, no esperaba visitas. —Se giró para observar a su marido que estaba ligeramente más atrás que Rapunzel—, Valen no me dijo que traería a nadie a casa. —Ahm... —murmuró la rubia no sabiendo exactamente qué decir.

— Perdona, qué modales los míos —se disculpó—. Soy Alejandra Lemacks, la esposa de Valen —Sonrió mientras estiraba la mano y así obligar a Rapunzel, de todas las formas conocidas, a que le devolviera el saludo. Con un poco de suerte, sus manos aún apestarían a la cebolla que acababa de cortar.

—Mi... — La mujer sacudió la cabeza, perdiendo la templanza unos

segundos cuando su cara manicura contacto con la fría y maloliente mano de ella—... Soy Petronila Willow.

La sonrisa de Alejandra se ensanchó. Se fijó como otra sonrisa, pero irónica, perfilaba los deseables labios de su marido, mientras sus burlones ojos grises la retaban a continuar. Parecía completamente divertido con la escena que se estaba desarrollando en la misma entrada de la mansión. Un brillo plateado de desafío refulgió en sus iris. Ella estaba dispuesta a aceptar el reto, si no fuera por un inoportuno Patch. El animal había levantado sus dos patas delanteras, apoyándolas en la falda negra de tubo de la mujer para olisquearla con curiosidad primero, y como si hubiera tomado una resolución, ladrarle y gruñirle por último.

—¡Patch, no! — Lo amonestó Alejandra—. ¡Abajo!

El perro era un pillo de primera categoría. Esquivó cada uno de sus intentos por atraparlo y siguió ladrando.

—Patch, sentado —gruñó Valen.

A diferencia de cualquier indicación que le daba ella, el animal bajó la cabeza y las orejas mientras obedecía a su amo. Movié la cola como pidiendo perdón por su comportamiento y Alejandra sonrió aliviada.

Miró a su marido con una expresión tan cándida como la del can.

—No le regañes. Está aprendiendo.

—Le mimas y le consientes demasiado —apostilló él con sequedad—. No tiene control.

—No ha tenido una vida fácil, se merece que lo mimen y consientan doblemente —contraatacó ella defendiendo a su hijo peludo.

—Adelante, Petronila —Valen cortó cualquier intento de reconciliación por parte de la joven—. Tenemos mucho trabajo por hacer. Estaremos en mi despacho —Le comunicó, observándola con el ceño fruncido. Atónica, Alejandra los vio dirigirse al interior de la gran mansión.

Alejandra lanzó un suspiro cansado mientras engullía un poco más del helado que se había robado de la nevera de Bianca. No se sentía bien y había optado por dejar en manos de la buena mujer las galletas que intentaba hornear. Seguro que a ella le saldrían mejor, tal y como se sentía hubiera podido quemar la cocina, o hacerla explotar. Estaba enfadada, dolida. No se comprendía ni ella misma. Por eso había decidido coger un pote de helado y sentarse en las escaleras que daban al jardín desde la cocina. Aún no se había declarado la primavera con totalidad, pero ya se podía sentir esas ondas expansivas llenas de abrazante calor, el suficiente para no coger un resfrío.

Patch golpeó sus piernas con la cola.

— ¿Quieres más amiguito? —preguntó, sirviendo otro poco en el cuenco del animal—. Pero esta será la última, o te pondrás malito.

Su ánimo decayó tantos grados como los que eran necesarios para congelar el invierno. Nunca hubiera pensado que Valen la iba a desplazar de esa manera, que no le iba a dar importancia a lo que le estaba diciendo, y menos todavía que se preocupara más de lo que pensara o hiciera una desconocida como Rapunzel antes que por lo de ella.

Llevaba una semana tratando de conquistarlo, de demostrarle que era lo suficientemente mujer para él, pero su «Operación seducción», al parecer, iba de mal en peor. Valen seguía ignorándola y manteniendo las distancias, tanto o más que al principio. ¡Jesús, con el iceberg!

—Hey, hola, Alejandra —La muchacha levantó la mirada para ver a Anthony acercarse con una manguera verde doblada y colgada en su brazo.

—Hola —murmuró tan decaída que el muchacho dejó la manguera en el suelo y se acercó.

—¿Te sientes bien? —preguntó con algunas gotas de preocupación en la voz.

—Claro, de maravilla —El mohín que hizo Alejandra no podría ser considerado una sonrisa ni para una persona que tuviera algún problema visual.

—¿Qué hacéis aquí tan solos Patch y tú? —preguntó el muchacho mientras le rascaba la oreja izquierda al perro y este jadeaba agradecido.

—Patch y yo planeamos una venganza mientras comemos helado, ¿quieres? —ofreció—. Está haciendo calor y si has terminado...

—Sí, he terminado. Ya sembré las nuevas flores que han llegado. —Una carcajada irrumpió de su garganta de repente—. Así que una venganza, eh. Realmente las reconciliaciones con tu marido deben ser muy buenas.

Alejandra se ruborizó con violencia.

¿Qué sus reconciliaciones eran buenas? Definirlas como «buenas» sería quedarse corto, ironizó ella divertida. Él solamente la ataba o le daba cachetes en las nalgas como si fuera una niña pequeña.

Sonriendo con los dientes apretados, le preguntó de nuevo:

—¿Te sirvo?

La mujer pudo ver la indecisión del muchacho. Observó de izquierda a derecha, seguramente buscando al dragón Lemacks, pero lo cierto es que él estaba demasiado ocupado con la Rapunzel de largas piernas como para darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

—¿Por qué no? —dijo mientras se sentaba en el escalón a su lado y ella le servía una contundente porción y se la pasaba—. Gracias.

Estuvieron comiendo helado y charlando por algunos minutos. Alejandra comenzó a acariciar a Patch, mientras este lamía los restos de su cuenco.

— ¿Puedo preguntarte algo, Ale? —El joven se rascó el cuero cabelludo.

—Por supuesto, adelante. —Tu eres una chica...

—Eso parece —Ella rió y él se sumó a su risa.

—El caso es que estoy saliendo con alguien.

—¿En serio? —preguntó Alejandra, alegrándose con sinceridad por el chico

—. ¿Quién es la afortunada?

—Una compañera. Ella se llama Hillary. Y bueno, pronto será su cumpleaños y no tengo idea de lo que puedo regalarle, ¿podrías ayudarme?

En ese instante, un movimiento a pocos metros de donde ellos estaban, captó completamente la atención de ambos. Parecía que Valen salía con su espectacular amiguita. Alejandra observó, haciéndose a un lado para no perder detalle de la escena que estaba aconteciendo allí. Valen le decía algo a Rapunzel muy pegado...

—Así que es eso lo que te preocupa tanto. Ahora entiendo lo de la venganza

— adivinó Anthony. Divertido, contempló al a perfectar ubi ay diounsilbido quedo

—. De verdad que es de otro mundo —Alejandra rodó los ojos—. Pero no tienes de qué preocuparte. Tu marido sería un tonto si te dejara escapar, y no me parece ningún tonto.

Ambos vieron cómo la rubia y sus tacones rojos de infarto comenzaban a perderse. Probablemente Valen la acompañaría personalmente a su casa o pondría a Frederic, el chófer de la mansión, a su disposición. Alejandra suspiró. Anthony le sonreía en el momento en que Valen levantó la mirada hacia ellos y los descubrió. El muchacho sintió los lacerantes ojos de su jefe como dagas venenosas. —Mejor me...

—Sobre lo que me preguntabas —comentó Alejandra, apresándolo del brazo, como si no se hubiera dado cuenta de que su esposo se aproximaba a pasos agigantados hacia ellos—, creo que depende mucho lo que a ella le guste. Pueden ser: libros, o flores, o quizás una cena.

—Eh... sí, sí —tartamudeó el chico viendo la salida más rápida para desaparecer—. Mira que tarde es ya. Será mejor que...

—Pero eso sí —interrumpió ella, impidiéndole que se alejara—, en mi tierra dicen que nunca debes regalar perfumes —Se encogió de hombros—. Dicen

que cuando se acaba la botella, se acaba el amor. Oh, Hola, Valen — saludó ella con una estirada sonrisa en el rostro.

—Cenaremos en media hora —Una amenaza se filtraba en la ligereza del tono de Valen.

—Justo estaba invitando a Tony a cenar esta noche con nosotros.

El aludido sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal y por amor a la supervivencia de su especie, se zafó de la mujer que lo conduciría irremediabilmente a la horca si no lo evitaba y caminó varios pasos lejos de Valen. El hombre parecía estar a punto de erupción y, lógicamente, él no quería estar en esa estela de destrucción de la que era capaz su jefe.

—No puedo, señora Lemacks —dijo con suavidad—. Pero muchas gracias por la invitación...

—Oh, de eso nada, Tony. Insisto —A Alejandra no le gustaba meter en problemas al joven, pero Valen Todopoderoso Lemacks se merecía una cucharada de su propia medicina. Si ella se había tenido que tragar a Rapunzel, él tendría que hacer lo mismo con Anthony—. A Valen no le importa, ¿verdad?

—El chico te ha dicho que no quiere. Déjale tranquilo.

Ella ignoró deliberadamente al ogro de la mansión y miró al muchacho haciendo un mohín.

—Tony, aún tenemos que hablar de ese regalo y sobre todo no acepto una negativa por respuesta.

AnthonyFishersacudió lacabezasabiendo enelembrollo queseestaba metiendo cuando asintió. Valen lo fulminó con la mirada, lo observó cómo prometiéndole una dolorosa y lenta muerte. El joven se encogió. Que Dios lo ayudara.

CAPÍTULO 41

— Por allá por Somalia la cosa es aún peor —explicaba Valen mientras tomaba un trago de su copa de vino.

Anthony definitivamente no quería saber más sobre los castigos que le infringían a un hombre por robarle la mujer a otro. No entendía porque su jefe lo castigaba de esa forma. Las aberraciones que le había contado con regocijo durante toda la cena lo tenían al borde del vómito.. Estaba de acuerdo con que Alejandra lo había usado, pero la perdonaba por tratarse de ella.

—Valen, ya basta.

—Esto es cultura, mi amor, seguro que a... Tony —ironizó con el diminutivo que ella empleaba— le sirve en su educación —Bianca entró en ese momento con los postres y hubo una pausa mientras servía. Cuando se marchó, Valen sonrió con malicia y empezó a degustar tranquilamente el manjar—. Como iba diciendo antes de que me interrumpieras, cariño, en Somalia aún existe la muerte por lapidación en la cual se apedrea hasta la muerte al infiel, y es prerrogativa del esposo si a la mujer también. Los hombres mueren con los craneos partidos por las piedras en un lentísimo y sumamente doloroso proceso. ¿Te imaginas morir así, Tony?

Alejandra le dirigió una mirada envenenada a su esposo, pero este la esquivó con maestría.

—No-o, señor Lemacks —balbuceó Anthony tragando saliva e ideando alguna manera de salir de aquella tortura.

—A otros simplemente les cortan las pelotas dejándolos eunucos... Y no solo a los adúlteros —comentó el hombre—, sino también a quienes estaban alrededor de sus esposas. Eso lo hacían los Sultanes en el medio oriente. Cultural y posesivamente eran hombres que sabían lo que querían.

Hombres que protegían con sangre lo que consideraban suyo.

—La cena ha estado deliciosa, pero ya va siendo hora de que me retire — Se disculpó Anthony levantándose de la mesa. Estaba igual de blanco que la cal —. Tengo varios trabajos que presentar y no he terminado aún.

Muchas gracias por la invitación, señor y señora Lemacks.

—Estudia mucho, Tony —Valen arrastró las palabras con cinismo mientras observaba al muchacho salir por patas sin ni quiera haber probado el postre.

—¡Eso ha sido muy cruel de tu parte, Valen Lemacks! —Se quejó Alejandra.

Sus ojos echaban chispas de ira.

—Eso le enseñará a no meterse con mujeres ajenas. Ni ahora ni nunca. —Oh, tú cavernícola conspirador... —rumeó ella levantándose de la mesa—. Esto es suficiente por hoy, me voy a descansar. Que tengas buena noche si tu consciencia te lo permite.

Esperó que él discutiera, que la hiciera de algún modo implorar compasión por revelarse, pero él no hizo nada de eso. Solamente se puso de pie y la cogió del brazo para detenerla. No la lastimó, ni siquiera la jaloneó de ninguna manera, simplemente la detuvo.

—Acompáñame, tengo algo que mostrarte.

—¿En serio deseas mi compañía y no otra? No parecías muy interesado en ella esta tarde, cuando tu amiga Petronila acaparaba toda tu atención.

Valen esbozó una sonrisa sombría.

—Tranquila, gatita celosa. Sigues siendo mi chica favorita.

—¡Vete al cuerno!

El rostro de Alejandra había perdido el color y, aparte de una leve temblor, permaneció en silencio, mientras él la jalaba de la muñeca hacia el amplio garaje con el que contaba la mansión. De entre todos los vehículos, el *Cadillac Escalade* fue el elegido. Por lo visto, parecía gustarle mucho, además de ser un transporte seguro e ideal para recorrer los confines de la propiedad. Subieron al auto sin dirigirseniunasolapalabra. Solo segundos después, Valen conducía, adentrándose en el bosque.

¡Dios mío! Alejandra se sentía contrariada. Seguramente, el neandertal que tenía por esposo la haría pagar cada una de las cosas que le había dicho o hecho aquel día. Tragó saliva, preocupada.

De pronto, se sobresaltó cuando Valen estacionó. La ayudó a bajar y ella trató por todos los medios de aguzar su visión. Se encogió cuando sintió que le colocaban por los hombros una chaqueta. *Val*. Agradeció el caballeroso gesto de su amigo, pues el vestido *hippie* y bajo y la delgada rebeca que llevaba, no la abrigan lo suficiente.

¿Qué rayos estaban haciendo en ese lugar? Un sudor frío le perló la espina dorsal. ¿Acaso Valen se había convertido en un psicópata y había escavado una profunda tumba en mitad del bosque para ella?

¡No digas estupideces, Alejandra!

Si de algo estaba segura en la vida era de que, Valen Lemacks la protegería siempre.

—Vamos, y no trates de apartarte de mi lado.

Alejandra no se resistió cuando él la condujo por el terreno iluminado únicamente con la débil luz de la noche. Naturalmente, se apoyó en su poderoso brazo mientras avanzaba por el incierto camino. Luego de algunos pasos se detuvieron y Valen le susurró al oído:

—Este es mi regalo para ti.

Cuando Alejandra contempló una construcción de piedra y madera, visible por las luces encendidas del interior, sacudió la cabeza confusa y se volvió para mirar a su marido con el signo interrogativo grabado en su expresión y voz:

—No comprendo...

—Tú dijiste que nunca habías tenido un lugar para ti, un refugio privado al que solo tú tuvieras acceso. Pues bien, ahora lo tienes. Este es tu refugio, tú secreto. Es todo lo que quieras que sea.

—No es solo mío.

Valen llevó un mechón que se le había soltado del recogido detrás de su oreja.

—No, no lo es. Es nuestro. Es un pequeño lugar perdido en el tiempo para nosotros dos solos, porque yo quiero saber y formar parte de cada uno de tus pequeños o grandes sueños, de tus más profundos deseos y anhelos.

Los ojos de Alejandra dejaron escapar un destello, como una emoción muy fugaz.

Al parecer, le gustaba el regalo, y lo que era más importante aún, que él formara parte de su particular y privado trocito de paraíso.

CAPÍTULO 42

Del otro lado de la línea no se escuchó nada más que un par de juramentos impropios de una señora. A Alejandra le hubiera gustado tener el ánimo para dibujar en sus labios una efímera sonrisa, pero aquella llamaba a Idaira no escondía nada divertido. Necesitaba de sus consejos con urgencia.

—¿Qué el Bombón hizo qué?!

Caminando de un lado a otro de su recámara se obligó a respirar hondo.

Una. Dos veces.

—Val trajo ayer una explosiva rubia casa.

—¿Rubia natural o de bote?

Alejandra miró al cielo raso del dormitorio. Sentía como si Idaira y ella estuvieran

conversando de cosas totalmente diferentes.

—¿Importa acaso eso? Lo único importante es que esta noche tiene una cena de

negocios con Petronila Willow...

La sonora carcajada que amenazó con romperle los tímpanos, la hizo apartar rápidamente el teléfono de su oreja.

—¿Con quién?

—Petronila Willow. Ella es la mujer que trajo ayer Valen a casa. —Pues con ese nombre debe ser horrorosa.

Se detuvo y cerró los ojos un instante.

—No, Ida, tendrías que verla. Tiene unas largas y perfectas piernas, pechos perfectos, medidas perfectas, toda ella es como una sobredosis de perfección.

—De acuerdo, si quieres seguir maldiciendo a la presunta roba maridos y atiborrándote de helado, no insistiré...

—¿Pero? —La interrumpió ella, intentado ver la situación fríamente, como solía

hacer Valen—. Siempre tienes un «pero» o algún extravagante consejo. —Mi «pero», Ale, es que tienes dos opciones. La primera es decirle al *bombón cabeza-de-chorlito* que si se va esta noche, ni siquiera piense en regresar, porque

dormirá en el cojín del perro...

Alejandra tuvo ganas de llorar, mientras pensaba que uno de sus grandes

errores

fue llamar a aquella mujer que se lo tomaba todo a broma. Se sentía desgarrada por

dentro y no encontraba la manera de exteriorizarlo. Hacía tiempo que no se sentía

tan conectada con Valen como antes y deseaba, a toda costa recuperar el tiempo

perdido y avanzar. La cabaña que le había regalado debería haber marcado un antes y un después, pero él no había dado indicios la noche anterior ni esa mañana de

querer que la situación cambiara entre ellos.

Ella miró la pared desolada y con los ojos vacíos.

—No creo que le importara dormir con Patch. Hace varias semanas que... —
¡Pero si ya estás casi totalmente recuperada del infortunio! ¡Eso no es justo!

—Alejandra se sentó en el borde de la cama.

—Necesito tu ayuda urgente, Ida. No sé qué hacer —Las lágrimas le agolpaban

y comenzaron a salir por sus ojos—. Valen se va, siento que lo pierdo. No... no

quiero perderlo.

—Este bombón cree que te romperás como un delicado cristal — Alejandra escuchó a Idaira sisear—. ¡Pues le demostraremos lo equivocado que está!
Abre

bien tus lindos oídos y escucha bien, porque esta es la segunda y mejor opción, cuñis. ¡Y prepárate para que tu marido te folle como nunca en la vida, o me dejo

de llamar Idaira!

—Estoy comenzando a pensar seriamente que llamarte fue un error — dijo Alejandra, sonriendo mientras sorbía por la nariz. Esa era la magia de Idaira. Podía

parecer burda y bastante atorrante en sus comentarios y formas; pero esa mujer lograba sacarle una sonrisa en los peores momentos. No sabía cómo lo lograba,

pero lo hacía y estaba muy agradecida por contar con ella.

—En realidad, debería explicarte cómo dejar eunuco a ese troglodita que tienes

por esposo. ¡Se puso como fiera cuando se enteró que se la jugamos al inútil

guardaespaldas que te puso! Si no hubieras abogado por mí, cuñis, seguramente me habría enviado de vuelta a Canarias en una patera — Suspiró ruidosamente —.

Pero soy una romántica, que le vamos a hacer. — Hubo un breve silencio—. ¿Recuerdas ese bonito *negligé* blanco que te regalé cuando te casaste? —¡No pienso pasearme ante Val con ese trapito! —¡Si es que se le podía considerar trapito a algo tan minúsculo y transparente!

—Veamos, cariño, si quiere tener al Bombón, lo que necesitas es usar tus artimañas femeninas. Así que, quítate todo, abre esa puerta y dile: ¡Venga, matador, que te estoy esperando!

—¡Ida, soy yo! —Rió— No creo que pueda hacer eso sin morirme de vergüenza. —Aburrida. —Bufó su cuñada—. Pero veamos, ¿qué llevas puesto? —Estaba en el invernadero, así que un peto vaquero y largo con una camisa

blanca, una coleta...

—Con eso parecerá que te vas al colegio, no a seducir a tu marido.

Quítate todo y ponte solo el sexy camisón que te regalé.

—¿Con sujetador?

—¿Con sujetador? —repitió como si hablara con una boba—. Queremos que te

folle, no darle trabajo. Quítate todo.

Veinte minutos más tardes, tras una rápida ducha, Alejandra contemplaba su reflejo en el espejo. Tenía la piel blanca, los pechos cremosos y los pezones de color rosa pálido. Su cabello castaño caía en sedosas ondas por sus hombros. Bajó la mirada y tuvo que tragar con fuerza para contener las náuseas que le revolvían el estómago cada vez que la cicatriz en forma de “V” le recordaba uno de los capítulos más espantosos de su vida.

Un leve portazo en el dormitorio anexo al suyo, la hicieron dar un respingo. Sus nervios estaban a flor de piel.

¡Valen ya estaba allí!

Con el corazón latiéndole tan violentamente que pensó que en algún momento le iba a explotar, se puso el maldito tanga y *negligé* a toda prisa y escribió a Idaira por *whatsapp*.

¿Ida, estás?

Sí, aquí estoy.

¿Lista para el sexy espectáculo, cuñis?

Sí, lista... Creo.

Bien, tranquilízate.

Lo primero que debes hacer es entrar y sentarte en la cama. Imitando a Sharon Stone en “Instinto básico” cruzarás las piernas. Cuando el Bombón te vea, te inclinarás un poco hacia adelante. Le dejarás ver tus pechos. Solo un poco.

Okay. ¿Algo más?

De momento, solo eso. Seguiré por aquí, recuerda.

Vale.

Alejandra apenas fue capaz de tragarse el nudo de nerviosismo que se le había formado en la garganta.

Que Dios la ayudara en esto, porque si no lo hacía, jamás tendría el valor de volver a mirar a Valen a la cara.

Cuando dio un paso hizo una mueca al notar la incómoda liga que le torturaba el trasero. ¿Cómo era posible que las mujeres se colocaran una cosa tan ridículamente pequeña? ¡Por Jesucristo! No era una puritana ni tampoco una monja, pero que al diablo le salieran alas y aureola si no era verdad. Regresó a la cómoda. No podía llegar y parecer casual con aquel tanga del demonio. Buscó dentro del cajón y sacó un *culotte* de encaje del mismo blanco que tenía la transparencia que le cubría el cuerpo. Se lo puso y suspiró.

Vamos, Ale, no puede ser tan complicado.

«Entrar. Sentarme en el borde de la cama. Cruzar las piernas. Enseñar los pechos... »

Y antes de que el valor la abandonara, abrió la puerta y entró, precipitadamente a la habitación del hombre que amaba y por el que estaba a punto, quizás, de hacer el ridículo más grande de toda su vida.

Exhaló, y corrió a sentarse en el borde de la cama, tal y como le había dicho que hiciera Idaira.

Es ahora o nunca, es ahora o nunca, es ahora o nunca, rezaba como mantra. Escuchó moverse a Valen en el vestidor. Acalló su resonante corazón y pensó que muchas mujeres en el mundo lograban hacerlo bien y que ella también lo haría.

—Qué demon... —La voz gruesa de Valen la tomó por sorpresa. No esperó que al voltear se encontraría con sus penetrantes aunque sorprendidos ojos grises fijos en ella.

Alejandra intentó poner una expresión sensual en su rostro, pero él solo vio una mueca asustada. Sus ojos recorrieron por entero el cuerpo pequeño pero bien formado de su mujer y tragó saliva. Un férreo tirón sexual atravesó su

cuerpo entero de norte a sur. Exhaló contrariado, pero intentando que sus emociones no salieran a la superficie.

—Te oí entrar... —murmuró ella casi para sí misma y Valen la observó con curiosidad. Parecía un venado espantado por las luces de un vehículo en movimiento— y quise...

Sus ojos fueron a dar al maldito conjunto que estaba logrando que poco a poco fuera endureciéndose cada vez más.

—¿Pasar a saludar vestida de esa manera? —preguntó burlón—. Creía que me habías dicho que no te gustaba el peculiar regalo de tu cuñada.

Alejandra se levantó porque no podía seguir mirando a Valen hacia arriba y no sentirse afectada por la sensualidad que su marido exudaba. Repentinamente estuvo segura que eso no funcionaría y ella no podía a trabajar con rapidez su corroído cerebro.

—Es que tengo calor y decidí ponérmelo —Sonrió de medio lado, abofeteándose internamente. Con un ardor calcinando sus mejillas se levantó de la cama para que tuviera un completo y primer plano de su atuendo—. ¿Te gusta? Le hice algunas modificaciones. Odiaba el tanga del conjunto. Es decir, cualquiera se sentiría mucho más cómo... —¿Te encuentras bien, chiquita? —interrumpió Valen —Sí —*Definitivamente no!*—. ¿Por qué no iba a estarlo? —Porque estás parlotando de forma extraña y tu comportamiento... —Frunciendo el ceño con preocupación. Se acercó a ella y le colocó la palma sobre la frente—. Parece que tienes temperatura, y tus mejillas parecen dos bombillas encendidas. ¿Cuántas veces tengo decirte que no es saludable que te quedes hasta tarde en el invernadero?

Alejandra quiso hacerse un ovillo y desaparecer en esos momentos. ¡El maldito plan se estaba yendo al cubo de la basura! Él la creía enferma por su descarada actitud. Por suerte para sus planes, su dormitorio le parecía que estaba a miles de kilómetros, porque de parecerle cercano, ya hubiera salido corriendo de allí.

—No... Yo solo quería saber si estabas bien —Ensanchó la sonrisa todo lo que pudo—. No te he visto en todo el día y estaba preocupada.

—Tuve bastante trabajo hoy.

Valen le pasó un mechón de cabello detrás de la oreja porque tenía que tocarla, debía siquiera tener la posibilidad de tocarla de manera inocente, pero cometió el error de bajar la vista y observar directamente la cima de sus dulces, turgentes y pálidos pechos. La presión detrás de la cremallera se estaba volviendo insoportable.

Dio un paso atrás. Se sacó la impoluta camisa blanca de dentro de los pantalones y comenzó a desabotonársela lentamente. No llevaba ni zapatos ni calcetines ni la corbata.

—Será mejor que me vaya a la ducha.

Cuando se quedó sola recogió el móvil de la cama y escribió a Idaira.

¡Nada!

¿Nada qué?

¡Qué ni se ha inmutado al verme prácticamente desnuda frente a él! Oh, es un Celópata duro de roer... O tú muy poco convincente en tu papel de Sharon Stone.

A ver, envíame una foto de lo que crees que es una mirada sensual.

¡Era muy fácil para ella decirlo!

Se puso ambas manos en el rostro y se mordió el labio inferior. ¡Ella no estaba hecha para eso! En la repartición de sensualidad, a ella le habían terminado debiendo. ¡Y no era justo!

Intentó calmarse, y probar algunas miradas a la estúpida cámara, del estúpido móvil. Al final, hizo varias capturas, y al no decidirse cuál de todas cumplía con los requisitos estipulados para ser considerado sensual, decidió enviarlas todas. Segundos después, sonaba la respuesta de su cuñada.

¡No me extrañaría que ni se le levante! ¡Pareces más estreñida que sensual! ¡Idaira, ayúdame! ¡No me reprendas!

Está bien, está bien...

Relaja un poco el rostro.

Vamos, Ale, es Valen.

Lo conoces, lo amas y además, ¡YA TE HA FOLLADO!

No es que seas una virgen en su noche de bodas.

... Si Idaira supiera...

Cuando Alejandra levantó la mirada del móvil, la ardiente mirada de Valen casi hace que sus bragas se convirtieran en polvo en ese mismo instante. Se le secó la boca y sus ojos se abrieron sorprendidos. Él camino del baño al vestidor nuevamente resoplando y necesitando estar lejos de aquella mujer. Si Alejandra se había planteado torturarlo, lo estaba consiguiendo. Estaba más duro y rígido que una columna, pero lo peor era que no podía follársela. Los recuerdos aún estaban en su mente y hacían mella, enfriando su entusiasmo.

Salió de nuevo con una toalla limpia y negra en las manos. Al pasar, Alejandra le miró fijamente, batiendo sutilmente las pestañas como si le

hubiera entrado una basurilla en el ojo.

— Ida te envía saludos —Le informó cruzando las piernas y colocando la punta del dedo pulgar en el suelo. La mirada de Valen fue subiendo desde aquellos pequeños dedos, las pantorrillas que quería tener alrededor de la cintura, los firmes muslos... ¡Y el jodido encaje que lograba que el dulce sexo de la bruja jugara a las escondidas con él!

Valen apretó los puños para no saltar sobre ella y enterrarse tan profundamente en su interior que la volviera un anexo de su cuerpo. Joder. Debía controlarse. Ella estaba muy dañada por su culpa y no podía ser tan egoísta. La había visto sufrir y se había prometido que nunca más. Y si eso significaba protegerla de él mismo, lo haría.

—Trasmítele también mis saludos —Él se pasó la mano por la mandíbula y luego, con expresión impertérrita, señaló el baño—. Voy a rasurarme.

Se fue...

FASE 1. Un total y absoluto fracaso. Pasemos a la FASE 2.

De acuerdo. ¿De qué se trata?

Nada complicado.

Solo debes pegarte como lapa a él. Le das un suave y lento beso en la boca, y mientras te restriegas un poco sobre su pecho,

contra su miembro... (Lee bien,

cuñis: MIEMBRO)

le preguntas qué tal fue su día en la empresa

No estoy segura de poder hacer algo así.

¿A quién quieres que se tire esta noche?

Esto era mucho más difícil de lo que se le hubiera podido ocurrir en años. Cada vez estaba más segura que si ella quería ser una chica sensual, tendría que volver a nacer y rogar para que la repartición de genes fuera más uniforme esta vez. Pero no podía caer más bajo. No estaba en las estadísticas que lo hiciera, así que lo que le quedaba era terminar con lo que había comenzado.

Lo haré.

¡Esa es mi chica!

A la bio, a la bao a la bim bom bah. Cuñis, cuñis... Ra ra ra...

Valen estaba pensando en lo que le pasaba a Alejandra, cuando ella irrumpió en el baño. La estudió intrigado, parecía que aquella mujer estaba planeando algo. No había otra razón para que estuviera allí, ondeando sus pechos como un pañuelo rojo ante un toro embravecido. La observó con recelo. El color iba y venía en su rostro.

— ¿Qué tal te fue en la empresa?

— Sin novedades —murmuró él, pasándose la máquina de afeitar sobre la mejilla izquierda. Había elegido deliberadamente las palabras para cortar cualquier intento de interrogatorio. La quería lejos de él y vestida, de preferencia.

¿En serio, Valen? Su jodida consciencia le recordaba que lo que realmente quería era tenerla debajo de él, mientras sentía cómo su dulce y apretado coño lo volvía prisionero de... Quiso golpearse allí mismo. Y sintió los pechos de la pequeña bruja pegados a su espalda. Señor, ten piedad. Porque podía sentir los endurecidos pezones de la mujer a través de la delgada tela.

— Pareces cansado, Val —susurró ella suavemente, realmente preocupada por las ojeras que veía a través del espejo. Con cada respiración, sus senos subían y bajaban, se frotaban y hacía que su resolución fuera una piedra en el zapato.

— Acabo de recordar que tengo que hacer una llamada.

Alejandra observó cómo Valen regresaba a la habitación y buscaba el aparato. Abrió los ojos como platos. Había llegado a pensar tontamente que lo estaba empezando hacer bien.

Puto infierno. Valen lanzó el teléfono móvil lejos de él y se pasó una mano por el frustrado rostro. La pequeña arpía estaba buscando que la jodieran. Que la jodiera tan, pero tan duro que no pudiera sentarse en una semana. Dios, tenía que sacarla de la habitación como si fuera un lugar, porque él no era ningún santo, ni había hecho juramento de castidad.

— Necesito que salgas, tengo que ducharme y ya voy retrasado —dijo Valen cuando regresó. Su voz sonaba dura y su expresión no dejaba lugar a discusión.

Ella sintió las palabras como una dura bofetada y sin ser consciente de lo que hacía, salió del baño. Sintió las piernas de mantequilla y se sentó en el sofá. Quizás debía dejar de intentarlo. Ella no era lo suficientemente atractiva, y quizás Valen encontraba su cuerpo repugnante. Se abrazó a sí misma, porque volvía a sentir ese cruel rechazo...

Ida, él no puede ni verme. Tal vez ya no me encuentra atractiva.

Eso no es cierto, nena.

No te rindas ahora. Es tás cerca. Tengo otra idea.

Ida...

No te des por vencida.

Alejandra suspiró, intentando controlar el pánico que intentaba volver a hacerla prisionera. Luego de tres respiraciones seguidas logró amedrentar el

terror de sentirse rechazada por la persona que más le importaba en el mundo: Valen.

¡Yo puedo!

¡Esa es mi cuñis!

Bien, ¡FASE 3! Agáchate sugestivamente a recoger cualquier cosa del suelo. ¡Y asegúrate de que él te vea!

Con horror, esperaba que en cualquier momento Valen le soltara una diatriba acerca de lo patética que era, lo necesitada que debía estar para estársele ofreciendo como si de una vulgar ramera se tratase. En cambio, él parecía no darse cuenta de sus fallidos y lamentables intentos por seducirlo.

Agarrándose el estómago con una mano, respiró hondo. Lo amas. No te rindas todavía.

Echó un vistazo hacia la puerta del baño. Felizmente estaba abierta. Cuando tuvo la vista de Valen a tiro, se puso de pie y dejó caer el móvil. Se dio la vuelta, mostrándole parte del trasero que las braguitas no cubrían.

El sonido no le pasó desapercibido a Valen, que sacó un poco la cabeza por la puerta mientras se quitaba los pantalones. Y lo que vio lo dejó sin aliento. Alejandra recogía del piso su celular sin doblar las rodillas, dándole una excelente panorámica de los globos redondos e inflados de su trasero. El delicioso trasero que él había tocado, zurrado y que la sola idea de penetrarlo lo hacía perder la cabeza. Sintió que una bestia comenzaba a sacudirse y a rugir en su interior, mientras se podía mucho más firme si era posible.

Maldita bruja, azotó la puerta y se precipitó a la ducha. Abrió el chorro de agua fría.

FASE 4, Ida.

¿La FASE 3 ha fracasado?

¿Estás segura que el Bombón es hetero?

Con un numerito como ese tu hermano me estaría follando contra la primera superficie que encontrara.

¡Ida, no me interesa la vida sexual de mi hermano!

La suya era demasiado deprimente para cualquier ser humano. Alejandra negó, pensando que quizás debería dejarlo que yaciera y retozara en brazos de alguna de las modelos a las que estaba acostumbrado. Pero, aun cuando ella era inexperta había visto que la deseaba. No quería creer que todas las otras veces que la había tocado o besado eran fruto de su imaginación. Tenía que seguir intentándolo. Quería que su marido fuera solamente suyo, fiel, como

ella lo era con él. No quería pensar que estuviera frecuentando a otra mujer cuando podía tener lo que necesitaba en casa. El móvil vibró en sus manos.

¿Qué está haciendo el Bombón de hielo?

Se ha ido a duchar.

¡Esas son excelentes noticias!

FASE 4:

Busca la ropa limpia que se pondrá y llévasela.

Pero...

Abre la puerta, coge la toalla y le dices:

¿Buscabas esto, cariño?

¡No, no, espera! Se me ha ocurrido algo mejor.

Desnúdate y métete en la ducha con él. Eso lo pondrá feliz.

Eso sería demasiado, Ida. ¿Y si me rechaza? Ya ves que mis intentos hasta ahora han sido estrepitosos.

Ya estaba, hasta allí llegaban sus intentos si a la mente maestra de su cuñada no se le ocurría alguna otra idea. Cuando llegó otro mensaje al teléfono móvil.

Está bien.

Veamos la FASE 5:

Entra al baño, dile que te has golpeado el dedito meñique y que crees que te lo has roto. Hazte la víctima y procura que él se acerque a revisarlo.

Dale un besito, sutil, pero muy cerca de los labios, agradeciéndole su preocupación.

¡Leer esa idea le hacía tener fe! Si ya había arruinado todo, quizás, algo tan sencillo como ser torpe resultara. Llevaba más de media hora siendo una seductora muy torpe, así que las probabilidades de triunfar en esta nueva fase eran altas. Sonrió con renovada confianza.

Ok. Eso parece sencillo.

Cabizbajo y con una mano apoyada contra los calados azulejos, Valen sintió el agua fría bañarlo de la cabeza a los pies. Cerró los ojos y recordó la imagen de Alejandra y su sensual trasero... Un juramente escapó de entre sus dientes e instintivamente empezó a acariciar su pene erecto. En su mente, no era su mano la que le proporcionaba placer, sino la tentadora boca de Alejandra. Ella lo lamía y chupaba hasta que su semen caliente le llenaba la garganta. Cuando sus entrañas convulsionaron con un jadeante clímax, Valen dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza. Se recostó contra la pared. Sus párpados se sellaron nuevamente mientras echaba la cabeza hacia atrás. El chorro de agua cristalina le barrió el rostro y los músculos, limpiando los

residuos de su liberación, de su alma por unos breves instantes. Escuchó el sonido de la puerta e intentó ignorar el pulsante deseo que hizo hervir su sangre nuevamente.

—Val... — Alejandra intentó parecer segura de sí misma, pero no contaba con que el piso del baño estuviera mojado y resbalara cayendo al suelo y golpeándose el trasero. Gritó y soltó un alarido de dolor, pues el golpe había hecho que su herida frontal vibrara de dolor.

Se llevó una mano al vientre mientras la puerta corrediza que estaba media cerrada se abría estrepitosamente y un Valen desnudo salió a su encuentro con la expresión preocupada. Ni siquiera se molestó en cubrirse.

Aunque no era la primera vez que lo veía completamente desnudo, seguía teniendo el poder de dejarla sin habla y totalmente hipnotizada. Su forma musculosa y su piel ligeramente bronceada brillaban con la luz suave del baño. Su pene, de veinticinco centímetros de dura carne masculina, saltó hacia adelante.

El corazón de Alejandra dio un vuelco de emoción y alarma. Se preguntó si sería capaz de agarrar la rodilla de Valen y deslizarse por ese musculoso muslo hacia arriba y...

— ¿Te has hecho daño, cariño? ¿Dónde te duele? —preguntó él, despertándola de su ensoñación. Había colocado una mano sobre la suya. La aferró de la cintura para ayudarla a levantarse mientras Alejandra seguía aturdida tanto por el golpe como por la desnudez del hombre. Era impresionante.

—Estoy un poco mareada... —*¡Ni siquiera ser torpe le salía bien, por el amor a Jesús bendito!* Le habían dicho “finge” no “Date el porrazo”, pero al ver a Valen, observaba una preocupación real. Sonrió, pese a que se había asustado, estaba bien, le gustaba sentir cómo la abrazaba intentando defenderla del mundo.

Valen entendió aquel movimiento más cerca como que no estaba bien aún, así que movió el brazo que tenía alrededor de su cintura hacia arriba hasta que rozó sus pechos sin intención. Sus pezones parecían guijarros y sus picos sobresalían de forma prominente y eran una dulce tortura sobre su dorso desnudo y mojado. ¡Por un demonio! Ahora no, él no podía permitir que la lujuria lo venciera. Pero sentir el almizclado perfume del cuerpo de Alejandra lo estaba volviendo loco. Necesitaba una cama. ¡Ahora!

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio. La dejó suavemente en la enorme cama. Las sábanas frías acogieron su piel ardiente y el colchón se

hundió bajo su peso.

— Toda la noche has estado provocándome, pequeña impertinente —Le dijo besando sus labios y bajando la mano por el vientre de la joven hasta que sus dedos encontraron el valle de su monte de venus. Sintió el calor del sexo de Alejandra sobre el encaje y exploró dentro de las braguitas, tocando directamente el capullo de placer que se escondía entre sus piernas. Ella cerró las piernas y lo observó con cierto recelo.

—Val... —murmuró, recordando las formas bruscas y abusivas de él en Italia.

Valen observó el súbito cambio en su mirada y sintió la necesidad de apaciguarla. —No quiero hacerte daño, pequeña —susurró, pegando sus labios a su boca,

mientras el placer iba aumentando. Alejandra quiso imitarlo y movió su mano, intentando tocar la parte pulsante de la anatomía del hombre, pero este le agarró la

mano y la llevó hacia un costado—. No...—La tranquilizó pasándole la lengua por el cuello.

Alejandra gimió y la boca de Valen fue a dar a su oído:

—No me gusta nada que lleves esta ropa por ahí, no es decente —La censuró cuando la encontró más tranquila.

—No «ando por ahí.» Estoy en tu dormitorio. A solas contigo. A modo de respuesta, Valen frotó la palma de su mano contra su sexo. La otra mano de él se trasladó a sus pechos y se deslizó por debajo de su camisa, buscando

sus ya endurecidos pezones. Los pellizcó con fuerza. Mortificada, Alejandra cerró los ojos cuando un clímax sacudió todo su cuerpo hambriento y sensualmente sitiado.

—¡Valen! —gritó presa del éxtasis, mientras los dientes de Valen le mordían un pezón.

Aquella última acción hizo que su cuerpo quedara lánguido. Al ver que ella lo abrazaba, intentando jalar de él, Valen se quedó paralizado y arrancó su mano, su

respiración ahora tan inestable como la de ella.

— Esto no es lo correcto. No para ti.

Sacudiendo la cabeza, maldiciendo el hecho de haber perdido de esa manera la
la
compostura y ahora teniendo que cargar con la erección más grande y
jodidamente
dolorosa de su vida, Valen volvió a la ducha, esperando que esta vez fuera la
última. Necesitaba recordar que ella estaba recuperándose de un horrible
evento.

De dos, si contaba con lo de Italia.

Cuando Alejandra cayó en la cuenta de lo que había pasado, la puerta del baño
estaba cerrada. Por primera vez, Valen había cerrado la puerta del baño dos
veces

el mismo día y para la misma persona: *Ella*. Tenía la transparencia empapada
por

la caída y por el contacto con el ardiente cuerpo de Valen. Quiso llorar. Cogió
el

móvil y leyó lo que Idaira había dejado:

¿Y bien?

Me trajo en sus brazos a la cama. Me le insinué. He hecho todo lo que me
has puesto. Pero Val sigue estando frío conmigo.

No desesperes, cariño, aún nos queda la FASE 6. Pero antes de nada, dime
como están las cosas ahora. Sitúame.

Yo en el dormitorio. Con el camisón empapado y la autoestima por los
suelos. Y Valen de regreso a la ducha.

¡Caramba!

¡Sí que habrá que sacar con urgencia la artillería pesada! Así que atenta,
cuñis. Lee con atención.

Sólo debes sacarte el tirante del negligé.

Cuando Val termine de jugar con su inflamado ego en el baño y salga, jala un
poco de los tirantes y dile que se rompieron. Que te ayude.

Ida, eso no funcionará.

Entonces corre a por una camisa de él.

Cuando salga, comienzas a quitarte el negligé.

Si pregunta, le dices que esta mojado y te puedes resfriar. Asegúrate de que te
vea COMPLETAMENTE desnuda.

Debía deshacerse de ella. Valen salió de la ducha y caminó directamente
hacia el vestidor, sin mirar a la serpiente en forma de ángel que lo instaba a
comer del fruto prohibido. Necesitaba salir de allí antes de que hiciera algo

con lo que llevaba tiempo fantaseando pero que sabía que se arrepentiría después. Cuando salió con los pantalones puestos y abrochándose la camisa, observó a Alejandra completamente desnuda ante sus ojos. Se había quitado el pecaminoso conjuntito, estaba secando su cuerpo y por la camisa suya que estaba en la cama, entendió que iba a cambiarse. Ver su cuerpo dañado por su culpa fue la gota que rebalsó el vaso. Regresó al vestidor, cogió la corbata, los zapatos y calcetines y salió de su habitación sin siquiera decir una sola palabra.

Agarrando su estómago, Alejandra se inclinó y casi se mareo. Se sentía como si le hubieran dado una patada en el estómago. Valen no la había mirado. Valen no le había hablado. Valen... Él se había ido porque no soportaba estar con ella. Las lágrimas hicieron senderos irregulares por sus mejillas. Lo había perdido.

CAPÍTULO 43

Alejandra miraba su vaso de zumo como si fuera un labo de cristal que le brindaría las respuestas que tan desesperadamente buscaba. Cada cierto tiempo, asentía a las preguntas de Bianca o miraba distraída su labor, mientras entraba y salía de la terraza, sirviendo el desayuno esa mañana. Y luego, volvía a fijar la mirada en su vaso.

Las lágrimas se agolpaban tras sus ojos e hizo un bravo esfuerzo por contenerlas. No era el momento. Valen había concluido su llamada en el despacho y se reunía con ella para desayunar.

Ataviado con un traje oscuro de *Armani*, con corbata gris y camisa inmaculada, resultaba tan imponente como guapo. Se sentó en la silla delante de ella, sin dedicarle ni una sola mirada.

Dolida y más convencida que nunca de la decisión que había tomado esa madrugada durante las largas horas de llanto e insomnio, Alejandra se quedó mirándolo, mientras él abría la prensa de esa mañana y Bianca le servía café. Se había afeitado y su cabello lucía algo más... ordenado. El corazón se le subió a la garganta. ¿Estaría una mujer detrás de ese ligero cambio de imagen? ¿Petronila Willow? ¿Era ella el motivo por el cual todos sus intentos de seducción habían fracasado estrepitosamente?

Cerró los ojos contra el dolor ardiente de sus sentimientos, pero volvió a abrirlos casi enseguida. Cuando lo hizo, sorprendió a Valen mirándola con intensidad. Alejandra bajó la cabeza, avergonzada. Sabía lo que estaría pensando: a ella escasamente vestida tratando de provocarlo, excitarlo.

—Anoche no viniste a dormir a tu dormitorio.

— No quise despertarte cuando llegue, así que dormí en una de las habitaciones de invitados.

Valen contempló a la mujer sonrojada que jugaba con la fruta troceada de su plato. Examinó el cabello recogido en una coleta, el rostro sin maquillaje y el contorno de sus pechos contra la delgada tela blanca de la blusa abotonada hasta el cuello que llevaba. Se le secó la boca al ver que tenía los pezones rígidos y erectos. Tan rígidos y erectos como los había tenido la pasada noche. Su mente evocó la expresión suplicante y el cuerpo tembloroso, como un instrumento de cuerda bien afinado, por la necesidad que él había despertado en él. Deseó con tantas fuerzas poner su boca en esos dos montículos de

pequeñas aureolas oscuras y perfectas, como anoche había deseado probar de nuevo el sabor de su sexo.

Valen se las arregló para reprimir la oleada de sangre caliente corriendo por sus venas en busca de un objetivo dispuesto para su polla. Se removió incomodo en su asiento y dejó el periódico en la mesa.

—Tengo que irme —murmuró con voz enronquecida. Se tomó de un trago el resto del café y dejó la taza en el plato antes de levantarse—. Nos vemos esta noche.

—¡Espera, necesito decirte algo!

El frunció el ceño.

—¿Sucede algo?

Ella tragó saliva, apartando la mirada. No podía soportar la sensación de rechazo, la falta de emoción que mostraba él. —No, solo que... Debería volver a Canarias.

—Un viaje de unos días para visitar a tus padres, hermanos y cuñadas, supongo.

—No, quiero quedarme allí. Retomar mi negocio y las riendas de mi vida.

Valen se quedó mirándola fijamente. No movió ni un músculo, quería apretar los puños, y apenas reprimió la necesidad. Estaba loca si de verdad pensaba que lo convencería.

—Nuestra relación no tendría por qué romperse —insistió ella—. Podríamos mantener el contacto y vernos de vez en cuando, como hacíamos antes.

—Ya hemos tenido esta conversación, y creía que había quedado lo suficientemente claro que tu vida y tu sitio están aquí, conmigo, no a miles de kilómetros de mi lado.

—¿No lo entiendes, verdad? —Ella alzó la cabeza. Sus ojos estaban dilatados, él podía percibir las lágrimas a punto de estallar—. No puedo más con esta situación, Val. No puedo. Me sobrepasa, me hace daño. Yo no soy tan fuerte como tú. Yo no sé conectar y desconectar mis emociones cuando se me pegue la gana. No es algo que pueda controlar por mucha fuerza de voluntad que tenga. —Sacudió la cabeza, negando—. Lo he intentado, créeme que lo he intentado, pero no puedo. Lo siento.

Valen dio un paso hacia ella. Podía ver el dolor en sus ojos, lo había escuchado en su voz. Ella lo amaba, pero, ¿y él? Se detuvo, instintivamente. No quería descifrar lo que sentía realmente por esa pequeña muñeca de hermosa porcelana. No quería ni podía. Porque incluso después de lo que había oído, todavía tenía miedo de que si la amaba, desafiaría al destino y se

la arrebataría. Sintió como si le hubieran dado una patada en el pecho. No mataría a otra persona en nombre del amor. No, eso ya no ocurriría más.

Profundamente afectando, Valen se dijo que pensaría en una solución a sus problemas. Si el sol de su eterna medianoche insistía en salir corriendo de su lado, él le daría caza, incluso, podía lastimarla. Era instintivo. Iba incorporado en su corrosivo ADN.

—Hablaemos de ello cuando regrese esta noche. Júrame que no harás nada imprudente y que me esperarás —Alejandra, que evitaba de nuevo mirarlo a la cara, se pasó la punta de la lengua por los labios resecaos, las manos le temblaban tanto que las escondió en el regazo para que él no las viera—. Ale, júramelo o te encerraré bajo llave.

Después de unos tensos segundos de silencio, Alejandra dejó escapar un pesado suspiro y volvió a echarse hacia atrás en su silla.

—Estaré aquí cuando regreses. Lo prometo. Pero te advierto que no me harás cambiar de idea en esta ocasión, como en Italia. La decisión está tomada.

Eso ya lo veremos, se dijo él, siniestramente.

Se acercó a ella y le dio un beso en la frente.

—Bien, pero primero conversaremos. Haz hecho una promesa.

Valen consultó el reloj, tenía prisa por irse. Nunca antes una junta de negocios le había resultado tan soporífera. Recostó mejor la espalda en el asiento de cuero y miró el móvil. Buscó la lista de llamadas y mensajería perdida. No había nada de Alejandra.

Aspiró el aire por la nariz y volvió a dejar el celular en la mesa.

Alejandra lo había amenazado con abandonarlo. Había tenido que escuchar atónito la determinación con la que había expresado sus malditos planes. Él había querido abalanzarse sobre ella, rugirle que no podía hacerle eso y por último, enterrarse entre la unión de sus piernas para marcarla con su esencia. Así todos sabrían a quién pertenecía. Ya no le bastaba que tuviera sólo su apellido o viviera bajo su mismo techo, la tendría entera y de cada forma que se le ocurriera.

Quiso echar la cabeza atrás y aullar de frustración. Tendría que pasar antes de lo previsto a la gran escena final de su función. Sólo esperaba que sus intrigas y su ficticio desinterés por ella, hubieran obrado su cometido. Sabía que la había hecho sufrir, creer que no le importaba tanto como antes, pero si quería subyugarla de modo que la voluntad de él significara más para ella que la deninguna otra persona, convencerla de jugar con sus reglas, unas que no implicaban tontos enamoramientos, el mostrarle lo que estaba perdiendo por

sus sueños románticos haría a Alejandra más vulnerable y accesible a sus egoístas deseos.

El corazón le latió desbocado.

¿Pero qué iba a hacer con ella si su ardid fallaba? ¿Encerrarla y convertirla, de paso, en su esclava sexual? Podía hacer que ocurriera eso. Sí, podía hacerlo. De hecho, quería hacerlo.

Valen cambió de posición en su asiento, la polla comenzaba a vibrarle con necesidad.

¡Hija de puta, ahora no!

Él necesitaba la mente fría y clara y el cuerpo totalmente controlado para encontrar cualquier solución que no implicara un... «Te amo.»

Porque él no la amaba, ¿verdad? Negó. No, por supuesto que no, y se lo repetiría a sumente tantas veces como hiciera falta. Pero no por ello estaba dispuesto a dejar libre a la única cosa en el mundo que realmente podría llamar suya, aunque no tuviera mucho que ofrecerle. Era duro, despiadado y terriblemente cínico con el mundo a su alrededor. Podía ser incluso violento, y lo sería, sabía que lo sería si alguien trataba de interponerse entre Alejandra y él. La destrozaría incluso a ella si insistía en aquella absurda separación. Entonces no habría artimañas de ningún tipo, actuaría con ella como el monstruo implacable que era. Le enseñaría al Valen Lemacks que todos temían.

Si eso lo convertía en un ser despreciable, sería un ser despreciable.

Valen se tensó instintivamente. ¿Por qué sentía irritación? No podía ser su conciencia, ¿o sí?

Imposible.

Porque no tenía.

Como tampoco tenía un corazón. Su dulce Alejandra aún creía que sí. Que equivocada estaba... El amor implicaba ser vulnerable a la pérdida y, con ella, al dolor más espantoso.

En su mandíbula se tensó un músculo.

No pasaría por eso. No con su ángel de enormes ojos acaramelados.

Lo único que tenía que hacer era convencerla de que, si se quedaba de forma voluntaria, todo sería más fácil para ambos. De que, si aceptaba sus normas, él no la dañaría y le enseñaría lo especial que era y los conduciría juntos a las alturas del placer y de la plenitud sexual. Le daría el mejor sexo que ella pudiera imaginar.

No necesitaba gritar que la amaba para saber que le pertenecía, que había sido

creada para él y que sería la única mujer por la que merecería la pena luchar. No necesitaba llenar la casa de rosas, ni comprarle las joyas más caras para que el mundo supiera que esa mujer era suya. ¡Suya!

Inhalando una honda bocanada de aire, cansado, pensó que, el amor, como casi todo en la vida, tenía un inicio y un final, pero que la pertenencia era eterna. En cómo así muriera, su alma retorcida y dañada como estaba, aún buscaría la salvación con la de la pequeña bruja. La buscaría una y mil veces.

Cabeceó, más seguro que nunca de que Alejandra se quedaría. Punto. No había nada más que pensar.

Valen, quien había permaneció en silencio, con la mente en otra parte, por primera vez en esa tarde, prestó atención a los hombres y mujeres sentados en confortables sillones de cuero, repartidos a lo amplio de una mesa rectangular. La sala de reuniones lujosamente decorada, tenía una capacidad para entre ocho y veinte personas, y contaba con aire acondicionado y un equipo técnico de última generación.

Normalmente, era un hombre de negocios frío y calculador, que siempre se lo tomaba todo con espeluznante calma. Pero los asuntos que concernían a Damiano Li Volsi lo sacaban de quicio. El imbécil no había hecho otra cosa a lo largo de los años que intentar boicotearlo, había agotado incontables recursos y esfuerzos, y todo había sido en vano. La presa se comía una y otra vez al cazador.

—La República Democrática del Congo es rica en minerales y produce más diamantes naturales que cualquier otra parte del mundo, pero cuatro de cada diez niños es víctima de trabajo infantil.

—Y Li Volsi Mining no es la excepción.

—Era justo así hasta hace sólo unas semanas. Li Volsi Mining se ha estado balanceando peligrosamente en una delgada cuerda durante los dos últimos años pero, de repente, están limpios. Al menos, aparentemente. Es como si alguien los hubiera puesto en sobre aviso. La OIT ahora mismo tampoco tiene nada.

Su comité ejecutivo continuó discutiendo, hasta que solicitaron su intervención. Nadie movería ni un solo dedo sin su autorización.

—Quizás deberíamos infiltrar a alguien en la empresa, señor. No sólo investigaría discretamente que se cuece entre bambalinas, sino también quién les ha estado pasando información.

Se hizo un breve y tenso silencio. Los once pares de ojos miraban a Valen. Más de uno se aflojó la corbata, nervioso.

—Adelante. *Li Volsi Mining* debe ser historia. Además, quiero la cabeza de ese traidor.

CAPÍTULO 44

Temblando como una hoja de otoño, Alejandra bajó las escaleras que conducían a los jardines. La mansión había sido integrada con la ladera natural y encajaba perfectamente en el paisaje.

Se esforzó en aclimatar su visión a la noche y apretó el móvil en su oreja.

—No te veo. ¿Dónde estás?

—Reúnete conmigo en el invernadero.

—¿Por qué, Val? ¿Ocurre algo?

—Sé una buena chica y solo hazlo. Te prometo que no te raptaré o abusaré de ti.

Al menos no por esta noche.

Estuvo a punto de perder el equilibrio y caer de cabeza. ¡Cómo podía ironizar con algo tan grave! Se estremeció. Por qué ironizaba, ¿o no?

Corrió por el sendero pavimentado, iluminado con farolillos de ensueño. Con un profundo suspiro, Alejandra abrió la puerta del invernadero y entró. Era uno de sus lugares favoritos de la casa. Se quedó momentáneamente petrificada,

reconociendo la canción que sonaba.

Solo para ti, de Camila.

—Baila conmigo —Le dijo Valen a su espalda, sobresaltándola y haciendo que

el corazón se le desbocara. Se giró en el acto. Él, todo de negro, con solo un pantalón hecho a medida, una camisa de botones y unos mocasines *Louis Vuitton*,

se veía regio, como un sexy príncipe de las tinieblas. Le tendió la mano y le quitó

el chal color cobalto con el que combatía el frescor de la noche.

—No soy una buena compañera de baile. Nací con dos pies izquierdos. Valen analizó a la escurridiza ninfa que tenía delante. Era tan bonita, pensó.

Poseía una belleza dulce y serena, sin estridencias. Los mechones rebeldes de su

pelo estaban sujetos por una diminuta orquídea a cada lateral de su cabeza, lo

que le conferían un aspecto mucho más joven de los casi veintiocho años que

estaba a punto de cumplir. Sus fosas nasales se ensancharon de placer al inhalar su fragancia natural. Olía a limpio, a recién duchada. Aún, incluso, podía distinguir la piel enrojecida por el agua caliente. Debajo del vestido de algodón blanco que le caía hasta las sandalias de plataforma de corcho que cubrían sus pequeños pies, no llevaba sujetador. Los testículos latieron con fuerza contra sus muslos. La lujuria había comenzado a torturar y a llenar de sangre su grueso miembro. Un deseo voraz lo impulsó a estrecharla contra sí. Quería emborracharse de ella. Quería follarla, correrse tanto dentro de ella, que vería como su semen se escurría por los pliegues de su sexo y se deslizaba por sus muslos... Gruñó. No. No quería forzar las cosas. Sabía que ahora no era el momento de hacerla suya. Alejandra se rebelaría e insistiría en sus alocados planes de separación. Valen la apretó un poco más. Ella entreabrió los labios, pero ninguna palabra salió de su boca. Su expresión reflejaba su conflicto interno, y Valen entendió que no sabía si rechazarlo o acceder a su petición. —Relájate. Sólo estamos tú y yo aquí. Junto la cabeza a la de ella y le rozó la mejilla contra el pelo, guiándola en el lento movimiento de la música. —Eres todo lo que pedí, lo que mi alma vacía quería sentir... Alejandra cerró los ojos, dispuesta a no llorar. Le encantaba esa canción y había perdido la cuenta de la cantidad de veces que la había escuchado sola o en presencia de Valen. Le recordaba lo que sentía por él. Y él le canturreaba algunas estrofas cerca del oído como si también sintiera lo mismo. Que tonta era por seguir engañándose, por seguir soñando con un futuro para ellos dos más allá de una bella amistad, se dijo, con la tristeza tiñendo cada

célula
de su cuerpo.

Valen la rodeó más y la hizo ser consciente de su erección. Se sentía rodeada, repentinamente caliente y débil. Ese maldito y astuto hombre le hacía perder la cabeza, conseguía que se le nublaran los sentidos.

—Ya no tengo corazón, ni ojos para nadie, solo para ti...

El pecho de Alejandra martilleaba con fuerza. La castigaba, estaba segura. De lo

contrario, no le susurraría a la oreja letras de canciones que estaban hechas solo

para enamorados. Y él no la amaba.

Ella, en cambio...

«Eres el amor de mi vida, el destino lo sabía, y hoy te puso ante mí... »
Parpadeó para deshacerse de la humedad de la visión.

Oh, dulce virgen María, ayúdame.

La mano de Valen actuó como si tuviera voluntad propia y la posó en una de las

nalgas femeninas. Alejandra se puso rígida como un palo y con todos los músculos

en tensión. Intentando tranquilizarla, ascendió la mano rebelde por la espalda, metiéndola bajo sus cabellos para encontrar el punto más sensible de la nuca.

Después, inclinó la cabeza y sus bocas quedaron a pocas pulgadas la una de la otra. —¿Recuerdas qué te dije cuando hablamos por primera vez?

Ella pareció divertida, de pronto.

—Sí, me dijiste que fuera breve porque eras un hombre muy ocupado, y me concediste cinco minutos de tu preciado tiempo. «Aprovéchalos», me advertiste. Valen torció una sonrisa.

—No me refería a esa parte de la conversación exactamente. Te dije que eras crédula...

—Ah, sí, me acuerdo de esa parte. La verdad, fuiste encantador conmigo aquella
mañana.

—Entonces también recordarás que mencioné lo apasionada que podía intuir que

eras. Que cuando algo te importa lo suficiente lo defiendes hasta la última de las

consecuencias, y que nunca te rendirías sin haber ido a la batalla.

Ella negó y respiró hondo.

—Pero las batallas se pierden, y solo los buenos contrincantes aceptan sus derrotas y asumen las consecuencias.

—Sólo los cobardes correrían de vuelta a casa tras haber perdido una batalla. Nada es definitivo, y solo en las derrotas se aprende a ganar una guerra —
contraatacó él, desafiante.

Hubo una pausa. Sonaba otra canción pero hacía rato que ni Valen ni ella se movían.

Alejandra lo miraba con desconcierto, como si no entendiera hacia dónde quería

ir a parar con todo aquello. Valen sabía que la estaba manipulando, que estaba jugando sucio con ella, pero no tenía más opciones. O era eso, o mantenerla en cautiverio en contra de su voluntad.

—No soy una cobarde, Val —murmuró ella con fiereza, cayendo ingenua y tiernamente en su trampa.

Perfecto. Ahí estaba la reacción que buscaba.

Valen volvió a sonreír y su mano enorme se enredó en su cabello y le echó la cabeza hacia atrás.

Él no era suave, pero ella no deseaba cambiar esa parte de él.

—Entonces quédate y combatamos juntos. Construyamos el camino hacia la victoria final, hacia un matrimonio de verdad. Tú no quieres irte, Alejandra. Sé

porque tomas esta decisión y no la comparto ni respeto. ¿Esposos que viven a miles
de kilómetros el uno del otro?

Alejandra reunió todas sus fuerzas para apartarse de él y obligarlo a soltarla.

—¿Importa eso acaso cuando duermen y hacen vidas independientes viviendo, incluso, bajo el mismo techo?

Valen miró en silencio durante unos segundos las emociones que se dibujaron en

la preciosa cara de la pequeña arpía.

Rabia, confusión y, sobre todo, impotencia.

Él le dedicó la más calculada de sus sonrisas.

—Yo no hago vida independiente, si es lo que te preocupa. Ya no. Rápido como el rayo, y antes de que la joven pudiera darse cuenta de cuáles eran sus intenciones, la atrajo de vuelta a sus brazos y la besó. Ella le presionó el pecho,

empujándole mientras un gemido se le escapaba. Exigiendo algún tipo de respuesta, Valen se apretó más contra ella y la obligó a entreabrir la boca. Necesitaba que hiciese algo, cualquier cosa. Sabía tan dulce, tan suave, tan bien...

Las manos de Alejandra se debilitaron en su pecho y se quedó tan quieta como una

piedra. Su lengua jugó con la de ella, interrumpiendo de vez en cuando la invasión

de su boca para succionar y mordisquear sus labios. La agarró de las caderas y

deslizó las manos por su firme trasero para ceñirla más a su cuerpo y así poder

disfrutar de la sensación de sus senos frotándose contra su torso y de su clítoris

tratando de fusionarse contra la gruesa erección que contenían sus pantalones.

Los gemidos incrementaron y Valen gruñó, torturado. Tenía una jodida,

palpitante y dolorosa erección y el pulso de la lujuria ardía como fuego líquido en

sus venas.

La deseaba en esos momentos. Ahora. Quería tenerla en la enorme cama de su dormitorio. Quiero sentirla húmeda y caliente bajo su cuerpo. Pero, ¿qué sucedería

cuando acabase de follarla? Conocía la respuesta. La pequeña testaruda se alejaría

porque no lo escucharía decir que la amaba.

Pero hasta que no probó el sabor salado de sus lágrimas contra sus labios, hasta

que no se apartó para secarlas de sus aterciopeladas mejillas, no había tenido la

suficiente fuerza de voluntad para detenerse.

Ella apoyó la frente contra su pecho y comenzó a sollozar.

—¿Por qué, Val? ¿Por qué me haces esto? Primero haces como si me quisieras entuvida, no solo como amiga, sino como tu mujer. Luego merechazas y me dejas

claro que no quieres nada conmigo, salvo una amistad. ¿Y ahora? ¿Qué quieres de

mí ahora?

A Valen le sorprendió el breve instante de culpa que lo invadió. Lo bloqueó de su sistema.

—Todo, Alejandra. Lo quiero todo de ti.

—Eres un maldito egoísta, ¿lo sabías?

—Lo soy, y creo que nunca te he mentado al respecto. Pero puedo darte a cambio

lo que quieras. Pondré el mundo entero a tus pies, si es lo que deseas. — Cualquier cosa que no involucre a tu corazón, ¿no es cierto?

—¿Y qué es el amor? —bufó Valen. La asió por el pelo, envolviendo la mano en

la espesa nube de ondas castañas—. Un maldito estado que tiene una maldita fecha

de caducidad. Cuanto más se ama a alguien, más cerca se está de perderlo de manera irrevocable. No estoy dispuesto a perderte, Alejandra. Tú y yo podemos

tener algo mejor que eso: un: para siempre. Pero para ello, debes desistir en esa

idea loca de marcharte. No te vayas... —«No me obligues a tomar medidas drásticas contigo.»

A Alejandra le había costado mucho tomar la dolorosa decisión de irse, y, ahora,

Valen la seducía como un Oasis seduciría a un sediento en medio del desierto.

Apenas podía respirar por la combinación de emoción y miedo que palpitaban en

su interior. Se dijo que no podía dejarse llevar, que no podía permitirse tener la

esperanza de que aquello terminara de un modo distinto a como lo había hecho antes.

Él, seguramente viéndola dudar, le cogió con suavidad la barbilla y se la alzó para

que pudiese apreciar mejor su mirada implacable.

—Nunca me ha importado nadie una mierda hasta que te conocí. Todos los años

de disciplina, de control, se fueron en un abrir y cerrar de ojos, y ni siquiera estabas

tratando de seducirme. Eres lo mejor que me ha ocurrido nunca. Todo lo que deseo

y todo lo que desearía. Eso debería ser suficiente para ti, cariño. Nadie nunca ha

conseguido ni conseguirá más de mí. No puedo...

La joven contuvo el aliento, un sollozo hizo que se estremeciera de pies a cabeza. —Mi dulce niña, nunca he querido hacerte daño —Le enjugó las lágrimas

primero—. Sé que te mereces un hombre completo, y yo no lo soy. Hace mucho

tiempo que dejé de serlo. Pero que me condenen si aun sabiendo eso te dejo ir. Nunca, Alejandra. Nunca.

Con un ronco gruñido, él se apoderó nuevamente de su boca. Deslizó un poco los

tirantes del vestido de los hombros y tiró del escote hacia abajo, hasta que sus manos acariciaron la piel sedosa de los senos. Alejandra gimió y sus brazos lo urgieron a acercarse. Valen hundió la lengua en su boca para saborearla a fondo, y

también para que ella lo saboreara a su vez. Su miembro presionaba contra su estómago, grueso y erecto, y cuando arrastró la gasa de la falda hacia arriba y le

palpó la humedad entre sus muslos, sintió un fuego incontenible en las entrañas y

parpadeó al percatarse de que se le aflojaban las rodillas. Por suerte para ella, Valen

la sujetaba con fuerza.

—Dieciocho citas —gimió él, lamiendo y mordiendo tiernamente sus labios.

—¿Qué?

Valen acariciaba la esbaladizacalidez de su sexo a través de las bragas, sintiendo

el jugoso deseo y el balanceo de sus caderas mientras sus dedos jugueteaban con

su clítoris. Su miembro, el maldito hijo de puta, latió pesadamente. Mierda. Sentía

tanta necesidad de follarla...

Pero algún instinto interno le advirtió de que ella se merecía algo mejor que un polvo rápido en el frío piso de un invernadero, algo mejor que convertirla directamente en su amante sin ni siquiera tener una cita de verdad, así que hizo acopio de fuerza y dio por finalizada la diversión, antes de que fuera

demasiado

tarde y se le fuera la situación de las manos.

Le colocó el vestido en su sitio y acunó con las manos su cara. Alejandra tenía los párpados entrecerrados y las pestañas sombreaban sus mejillas. Su rostro enrojecido brillaba de placer y sus labios estaban hinchados por sus hambrientos

besos.

—Dieciocho citas. Una por cada mes desde que nos conocemos. Dieciocho citas

en las que no trataré de meterme entre tus bragas y en las que me dedicaré sólo a

hacerte sentir la mujer más importante y especial del mundo. En donde te demostraré que lo nuestro, con mis reglas, puede funcionar —Con un hondo suspiro, frotó su nariz con la ella—. Esta vez haré las cosas bien contigo, cariño.

¿Qué me dices?

—¿Me lo estás proponiendo en vez de exigiendo? —Rió incrédula—. Cielos, ¿dónde está y qué han hecho con el verdadero Valen Dictador Lemacks? Los seductores labios de Valen se curvaron en una sonrisa de ironía mientras negaba con la cabeza. *Si ella supiera...*

—Así es. Supongo que eso debe significar algo, ¿no crees?

Alejandra se quedó en silencio mientras reflexionaba sobre sus palabras. —¿Y qué ocurrirá cumplidas las dieciocho citas?

—Que seguiré demostrándote lo importante y especial que eres para mí, sólo que

a partir de ese momento te tendré desnuda y completamente dispuesta cada noche

en mi cama. Te tomaré de formas que ni si quiera tu inocente cabecita puede imaginar, pero yo te prepararé y enseñaré a disfrutar con todas y cada una de ellas. Los brillantes ojos grises de Valen la miraban sin pestañear. Alejandra tenía ante

ella una elección crucial: o asumía el riesgo o jugaba sobre seguro. La canción que bailaron volvió a sonar en el invernadero, y entonces lo supo. Él era lo que era y ella también.

«Esto es de verdad, lo puedo sentir... Y sé que mi lugar es junto a ti... » — Diecisiete citas después de esta noche —murmuro ella, poniéndose de puntillas muy despacio. Lo besó en los labios y selló su trato.

CAPITULO 45

Valen se agarró la corbata negra con una mano, mientras se levantaba de la mesa para estrechar la mano del hombre que estaba al otro lado. La conversación había fluido suave y perfecta cual seda, como cuando sus manos buscaban debajo del satén el cuerpo de su esposa. El hombre cerró los ojos, mientras pensaba en la manera en la que sus suaves curvas eran acariciadas por su pijama de satén y sus pesados pechos abrazados por sus manos. Pensó en el calor de su cuerpo, el sabor de su pecaminosamente tentadora boca y en lo que lo hacía sentir cada vez que la tenía pegada a su cuerpo cada noche.

Sonrió de medio lado ante el pensamiento de llegar a casa, tomar a Alejandra entre sus brazos y besarla hasta hacerla perder la consciencia o hasta que su tenaz libido le incendiara la sangre y la acorralase hasta...

— Una sonrisa como esa, señor Lemacks, solo puede indicar que hay una mujer en sus pensamientos.

Valen endureció la mirada y la sonrisa se volvió una mueca. Alejandra era para él como un precioso virus que amenazaba con destrozarse su reputación de hombre duro e implacable.

—Este convenio nos beneficiará a los dos —decretó dándole un último apretón y despidiéndose lo más rápido posible, pues quería llegar a casa.

—Así será.

El hombre observó la hora en el reloj de plata. Sonrió. Estaba con tiempo. Podría pasar por alguna pastelería o floristería, pero no le regalaría rosas. Alejandra no le recordaba a una. Mientras los demás se despedían los unos de los otros, se preguntó por qué estaba pensando en dulces y flores. ¿Desde cuándo se había vuelto tan cursi?

—Buenas tardes, señores —Una melosa y pesada voz femenina que él conocía muy bien dejó a todos los hombres petrificados temporalmente hasta que se giraron—. Hola, Valen.

La bella morena paseó una mano de uñas largas y rosas por el dorso de Valen y este, sin ningún reparo y con frialdad en la mirada, la agarró de la muñeca y apartó sus garras de él.

Se mantuvo impertérrito cuando los hombres comenzaron a preguntarse quién era aquella mujer ataviada en un elegante y sofisticado vestido color perla que le quedaba como guante. Ella sonrió mirándolo con el desafío lanzado en sus

ojos marrones. Pero el hombre no estaba para aceptar los juegos de una arpía como esa. La cogió del brazo y la llevó a rastras por el pasillo hasta la salida. La mujer se fue quejando de su brusquedad y haciendo aspaviento mientras preguntaba a viva voz, porqué la trataba tan mal. Ignorándola, él abrió la puerta del restaurante y salió con ella.

—Tendrás el descaro —gruñó Valen con enfado reprimido. La mujer que no tenía sangre en la cara intentó ceñir su cuerpo al masculino y logró algunos avances, como colocar la mano en su pecho y poner sus labios a escasas pulgadas.

—Cuánta caballerosidad —bufó ella—. Esa no es forma de tratar a una dama.

—Yo no veo a ninguna dama, solo a una alimaña corrupta, Celia.

Una limusina se estacionó frente a la acera, pero Valen la observaba con desprecio.

—Así que me extrañaste. ¿Acaso mi pequeña y mojigata hermanita no te tiene contento en la cama? —Rió—. ¿Sabes una cosa? Siempre pensé que tu mal genio se debía a que aún no habías encontrado a la amazona que supiera domarte —Hizo un gesto inocente con la mano, mientras se mordía sensualmente el labio inferior—. Estoy segura que la poquita cosa de Alejandra no hace más que cabrearte a menudo por su ineptitud sexual.

— Te dije que te callaras —gruñó y haciendo un movimiento magistralmente rápido con una mano abrió la puerta de la limusina y con la otra lanzó a Celia al interior y la siguió.

—Huy, ves —le dijo recomponiéndose en el interior y gateando hacia él con la perversa mirada iluminada y una sonrisa de victoria en los labios—. Yo sabía que me deseabas a mí. Nunca Alejandra podrá ser como yo, pero sé lo que quieres. Y yo te lo voy a dar cuantas veces sea necesario para que el próximo nombre que grite tu boca sea el mío.

—¿Aun no te has cansado de dar lástima, Celia? —le dijo Valen observándola con lástima en la mirada, mientras ella colocaba una de sus manos en sus musculosos muslos. Valen sabía lo que pasaría luego.

La mano de Celia comenzó a subir con una única dirección: su entrepierna.

—Dime que el jugar a la lucha de poderes no te excita —ronroneó, lamiéndose los labios, intentando provocarlo.

—¿Contigo? —preguntó él frunciendo el ceño como si estuviera hastiado. Y lo estaba. Realmente lo estaba. No quería una mujer cualquiera que se tirara en el suelo abierta de piernas para él—. Jamás. No te equivoques, Celia. De las hienas como tú ya estoy bastante aburrido.

No quería a nadie más que a su mujer, desnuda, dispuesta y deseosa de él.

Anhelaba el toque de los dedos de aquella hechicera de grandes ojos castaños, su sabor, el peso de su cuerpo, en ella quería ver cómo los globos de su trasero usualmente pálidos se volvían amapolas bajo su toque.

Pensar en Alejandra tuvo una reacción instantánea. Mierda.

Celia rió y se montó sobre él en un descuido imperdonable.

—Tu amiguito no dice lo mismo que tu boca, ni tus ojos tampoco.

Con coquetería intentó besarlo, pero Valen corrió el rostro, y ella aprovechó el momento para restregarse sobre él.

Vale empujó a la mujer lejos de él.

—Tu descaró no tiene límites, ¿no es cierto? El objeto de todos mis deseos y de mis ambiciones es únicamente Alejandra, Celia. Alejandra — Le dijo como si sufriera de alguna discapacidad mental—. A su lado, tú no tienes nada que hacer.

Celia apretó los dientes y levantó la mano dispuesta a abofetear a Valen, pero él la atrapó antes siquiera de estar cerca de su cometido.

—¿Duelen las verdades, señorita Acosta? —Se mofó él sardónicamente frío mientras la limusina se detenía.

—No —Le escupió ella, arreglándose el cabello —. Porque nadie pensaría que la sosita y paranoica de Alejandra es mejor que yo —Arrugó la nariz en lo que creía ella era un movimiento sexy, pero a Valen más le pareció un ratón olisqueando queso—. ¿La loquita paranoica ya te contó su triste historia con el *bullying*? Es patética. Toda ella lo es. Solo sirve para dar lástima y así conseguir exactamente lo que quiere. No sabes quién es ella, Valen, no tienes la más mínima idea.

Valen apretó la muñeca de Celia. Esta soltó un gritito. Nunca supo cuánta fuerza necesitó para no pegarla. Sólo vio la ira en su rostro cuando su mano se cerró cruelmente sobre su cabello, echándole la cabeza hacia atrás.

—No volveré a advertirte esto, Celia, así que grábatelo muy bien en la memoria. Como vuelvas a hablar mal de Alejandra o a acercarte a ella te arrepentirás — Abrió la puerta para empujarla fuera de su limusina—.

Ahora, lárgate y no me hagas perder más mi tiempo ni el de mi mujer.

La mirada de Celia le lanzó una maldición mientras bajaba del coche.

—Recuerda mis palabras, Lemacks. Alejandra te hará sufrir. Te hará pagar por el dolor de todas las mujeres a las que has usado.

—No es una decisión acertada cabrearme, Celia. No es inteligente, y tú te consideras una mujer inteligente, ¿verdad?

—Te juro que esto lo pagarás Valen Lemacks. Lo juro.

Valen cerró la puerta y le dijo al chofer que lo llevara, por fin, a casa.

Las minúsculas bragas y las delgadísimas medias tenían el mismo color del vestido escarlata que se le pegaba como una segunda piel desde los hombros hasta los tobillos. Había prescindido de un sujetador. El profundo escote en "V", que mostraba los turgentes lados internos de ambos senos y apenas le cubría los pezones hacían impensable usar uno.

Alejandra, frente al tocador, en la zona predestinada como dormitorio en la cabaña que Valen había hecho construir para ella, trato de acomodarse su generoso busto entre la prolongada abertura frontal de su vestido. Tenía la impresión de que con cualquier mínimo movimiento sus pechos saltarían indecentes, libres.

Contemplando su reflejo en el espejo, se retocó con los dedos el cabello recogido a un lateral y examinó que su flequillo permanecía intacto, cubriendo media frente. Mientras, mentalmente trataba de formar las frases que iba a decirle:

«Hazme el amor, Val. Aquí. Ahora. Esta noche.» No.

Respiró hondo y volvió a intentarlo. En esta ocasión, sus mejillas se tiñeron de rubor.

«Fóllame, Val. Quiero sentir la fuerza de tu masculinidad dentro de mí, rompiéndome.»

Sacudió la cabeza, exasperada.

¡No, no y no!

¿Estaba loca?

Puede que Valen no hiciera el amor, pero ella tampoco podía incentivarlo a que la tomara de cualquier despreocupada forma. Aún le quedaban secuelas, traumas que intentaba disfrazar del ataque sufrido por los dos malhechores. Además, suponía que la primera vez de una chica podría ser perturbadora, incluso, dolorosa, y ella no podía permitirse el lujo de defraudarlo. Quería estar a la altura de sus expectativas.

De sus otras amantes, la corrió una malintencionada vocecilla en su mente.

Sintiéndose descubierta, Alejandra observó a través del espejo la ancha cama cubierta con una colcha de satén que tenía a sus espaldas. Un peso en el corazón la asaltó y las piernas le flaquearon.

A trompicones y casi a ciegas retrocedió y se sentó en la suave y cremosa superficie de seda.

Tenía miedo a lo que pudiese suceder esa noche, y al mismo tiempo, temía que no sucediese. Oh, cielos, deja de comportarte como una monja de clausura.

Vas acostarte con el hombre que amas, no a un fusilamiento, se amonestó a sí misma.

La sexualidad abiertamente descarnada de su marido y su propia necesidad por él, de verse consumida por él, debían llenar sus sentidos y no dejar espacio para las dudas o temores.

No. Aquella noche no.

Sí todo salía según lo previsto, esa madrugada, tras la romántica cena que había dispuesto en la cabaña, Valen tendría en su cama a una mujer de verdad y no a una amedrentada virgen. Esa madrugada, la intimidad de besos y caricias compartidos hasta entonces, pasarían a otro nivel. Hasta tenerlo dentro de ella, desgarrando el último vestigio de inocencia que le quedaba.

Se estremeció de excitación con solo pensarlo. Pero también de nerviosismo.

Con dedos temblorosos volvió a torturarse con las fotos que le habían enviado al *WhatsApp* esa misma tarde, desde un número desconocido. Eran fotos de Valen con una mujer a la que no podía reconocer, dada su posición de espaldas al objetivo. ¿Petronila Willow? No, ella era mucho más alta y rubia, esta, en cambio, parecía morena, quizás, castaña. En unas, el cuerpo femenino parecía frotarse con el de su marido. En otras, daba la sensación de susurrarse confidencias al oído. Amplió las últimas. Valen la agarraba de un brazo y parecía arrastrarla al interior de un vehículo. Reconocía el auto. Era el que usaba Frederic cuando Valen no conducía.

Alejandra apagó el celular y se abrazó el estómago. Él le había jurado que no habría otras mujeres, pero aquellas instantáneas a floraban sus más secretos miedos e inseguridades. Las lágrimas le abrasaban detrás de los párpados. El pensar que Valen pudiera tener a una amante, buscando en otra lo que no tenía en casa con ella, le rompía el corazón, y era lo que la había impulsado a ser valiente y a arriesgarlo todo esa noche.

No tiraría la toalla y cedería fácilmente el lugar por el tanto había peleado.

CAPITULO 46

—Alejandra...

Valen soltó un gruñido nada más cruzar el umbral y se quedó paralizado. Al parecer, la cena se iba a enfriar.

El vestido que llevaba puesto Alejandra dejaba al descubierto más de lo que ocultaba; aquella parecía una clara invitación a sexo y, sin embargo, su aspecto no era particularmente seductor; de hecho, le pareció más joven e inocente que nunca. Todo debido a la inseguridad y nerviosismo que podía atisbar en sus ojos.

Valen clavó la vista en su boca primero para luego descender y deleitarse con el amplio escote, que revelaba casi toda la curva de sus senos. Los pezones de Alejandra se pusieron duros, y él se excitó al instante.

Luchó consigo mismo, luchó con su necesidad por ella.

Señor ten piedad.

Alejandra sin pronunciar ni una sola palabra, cruzó la habitación, pasó los brazos alrededor de su cuello y se entregó a él sin dudarlo, apasionadamente.

Valen no tuvo contemplaciones. La agarró por las caderas con las dos manos y frotó su erección contra su cuerpo mientras sus bocas se devoran.

Cuando ella sintió su mano en uno de sus glúteos, encajando su cuerpo al suyo, se dio cuenta del bulto duro e intimidante que se empotraba contra su vientre y dudó. Pero sólo por un momento.

—¿De dónde sacaste este vestido? —Sus grandes manos se posaron en sus muslos y comenzaron a arrastrar la parte inferior de la tela para acariciar su piel suave.

Avergonzada, ella dio un paso a atrás.

—¿No te gusta?

—¿Bromeas? —Rió él—. Me gustarías y excitarías hasta cubierta con una horrenda toga.

—Entonces probemos algo...

Temblando, Alejandra lo empujó hasta una de las sillas ubicadas cerca de la mesa. A continuación, frente a él, completamente enderezada, se soltó el cabello y deslizó las tiras de su vestido por los hombros. Pronto se quedó en braguitas, medias y tacones.

Valen contuvo el aliento al ver la sexy lencería y los pezones rosados

coronando perfectamente las cimas. Sintió como líquido salía de la punta del capullo. Con un demonio, ni siquiera lo había acariciado y estaba a un suspiro de correrse en los pantalones como todo un hormonado adolescente.

Sin perder ni un solo segundo, la joven se puso a horcajadas sobre él y comenzó a abrirle la camisa como si desenvolviera un regalo de Navidad. Cuando vio su cincelado y perfecto torso y la ligera línea de vello que caía desde el ombligo y se perdía más abajo de la cintura de sus pantalones, no pudo resistirse y lo recorrió con las yemas de sus dedos.

La respiración de Valen se le ahogaba en la garganta. Sentir su mano suya casi acaba con él. Puso sentir el hambre creciendo a través de él, poniendo en serio riesgo el delgado velo de su control. Las sensaciones que lo recorrían desde la polla hasta la espina dorsal eran tan intensas, tan increíbles, que apenas podía pensar con claridad.

Maldijo el día y la hora en que se le ocurrió lo de las dieciocho citas, antes de acabar clavado entre sus piernas.

¿Desde cuándo se había vuelto tan ridículamente romántico?

Alejandra estaba consiguiendo escalar su muralla y temía que otros la siguieran. Para no correr riesgos, debía echarla fuera de su fortaleza. Dejarla a ella a las puertas y al resto a miles y miles de kilómetros de distancia.

Sí, eso haría.

Inhalando profundamente, probó el peso de sus pechos, acunándolos en las palmas. Al mismo tiempo, puso sus labios sobre los de ella, la fusión erótica y sensual de los labios y la lengua llenaban su sangre con pura lujuria. Las grandes manos se trasladaron hacia su culo, apretando sus mejillas como melones maduros.

Más, quería más, y contradiciéndose, se encontró calculando el tiempo que llevaba Alejandra tomando la píldora anticonceptiva. Unas dos semanas. Exhaló, decepcionado. Si quería meter su polla en ella sin un maldito preservativo, primero se aseguraría de que no existiera riesgo alguno de embarazo. Estaba incluso dispuesto a realizarse una vasectomía. Nunca sembraría una vida dentro de ella para que nueve meses más tarde se la arrebatara.

Pero cuando ella frotó sus senos contra su torso, restregó su clítoris contra su dureza y perfiló sus labios con la punta de su lengua, tentándolo, Valen escupió una sarta de improperios. La inmovilizó, sujetando sus caderas. La pequeña pécora aprendía deprisa.

Con el dolor del deseo insatisfecho abrasándolo vivo tomó aire y lo soltó

lentamente mientras pegaba su frente a la de ella.

—No puedo cogerte aún sin un puto condón. No es seguro. Y no quiero la barrera del látex entre nosotros cuando lo haga.

—Puedes salirte de mí antes de correrte... —Alejandra se mordió el labio nerviosamente. Oh, rayos, ¿realmente estaba suplicando por sexo? Sacudió la cabeza, amonestándose. Su cara no podía enrojecer más de lo que ya lo estaba, así que no tenía excusa para no continuar con todo aquel derroche de dudosa valentía.

—Ese no es un método anticonceptivo infalible, chiquita. Te sorprendería saber la cantidad de embarazos que suceden con la “marcha atrás”... —Le contradecía él con ternura, observando, ceñudo, como Alejandra se bajaba de su regazo. A Valen le encantaba cómo se movía; le encantaba cómo se veían las hebras castañas balanceándose contra sus pechos desnudos...

Cuando se arrodilló frente a él, todo se fue al diablo. Sobre todo cuando ella le acarició la entrepierna por encima de los pantalones primero, para a continuación desatarle el cinturón.

La verga de Valen palpitó de alegría y anticipación. La maldita hija de puta actuaba como república independiente, se negaba a oír las advertencias de su mente.

—Quiero probarte, Val.

Cuando sus ojos grises impactaron directamente en los de ella y leyeron su silenciosa pregunta, supo que estaba jodido.

—Maldita sea, Alejandra, moriría porque me tomaras en tu boca.

—Entonces quiero hacerlo —dijo ella, con resolución y una tímida sonrisa de triunfo.

Bruja insensata.

Se pasó los dedos por el cabello rubio oscuro para calmarse. Iba arder en la hoguera. Mierda.

Alejandra batalló nuevamente con el botón y cremallera de sus pantalones. Se congeló momentáneamente cuando el pene de Valen saltó fuera de sus ropas orgulloso, largo y grueso. No podía dejar de mirarlo. La fascinaba y aterraba por igual.

Las yemas de sus dedos lo tocaron de forma tentativa.

—No sé si podría... —comentó más para sí misma que para él. Luego se inclinó, abrió la boca y tiró de él para que entrara.

Valen rugió como un animal. Asustada, ella lo liberó y lo miró a la cara con ojos muy abiertos.

—¿Te lastimé? Lo... lo siento. No tengo experiencia en esto.

Él le ahueca la mejilla con la palma.

—No tienes por qué disculparte, cariño, es solo que llevo en una dieta sexual desde hace mucho tiempo. Y, en cuanto a lo otro, me gustas tal y como eres. Con tus tiernas inseguridades y tu falta de experiencia.

—¿Entonces te gusta?

Él se forzó una pequeña sonrisa en lugar de la tonta sonrisa que su boca quería dibujar. Incapaz de ayudarse, él le apartó un mechón de cabello de la cara.

—No solo me gusta, cariño, me vuelve loco. Toda tú me enloqueces, haz lo que haz.

Alejandra enfrentó la mirada de su marido. Un torbellino de poder femenino la atravesó al ver una luz salvaje en los ojos de él, a la vez que éste abría los labios anticipándose.

Valen le había hecho el amor con la lengua y boca en varias ocasiones y ella deseaba proporcionarle el mismo placer. Quería lamerle y besarle de la misma forma que él la había lamido y besado a ella.

—Enséñame, Val —Le pidió, acariciando de arriba y abajo su polla con las manos—. Enséñame a darte placer. Como te gusta.

Valen sentía un profundo placer al saber que aquella era la primera vez que ella complacía a un hombre, que él sería el primero. Otra oleada de posesión se apoderó de él y, entonces, algo mucho más fuerte, lo que le llenó de una profunda satisfacción. Él también sería el último.

Ella bajó la cabeza pero no lo hizo inmediatamente. En su lugar, posó primero su caliente aliento, y luego limpió de la punta una perla de líquido preseminal. Gimió al degustar su sabor.

Cuando la joven hizo ademán por engullirlo torpemente entero, Valen enredó los dedos en su pelo largo y suave y jaló de él.

—Despacio, gatita, tengo cierta afectiva relación con mi polla —alegó divertido—. Lame desde la punta hasta la base.

Obediente, Alejandra exploró la cabeza de su miembro, después rozó con la lengua las grandes venas. Cuando él le mostró cómo debía apretar sus testículos a la vez que los chupaba o cómo debía raspar suavemente con los dientes el glande, ella se aplicó en la lección como la mejor de las alumnas. Cuando notó como los músculos de Valen se tensaban en respuesta y como su respiración se volvía irregular, se sintió sensibilizada e hinchada por la satisfacción y necesidad. Gimió cuando un placer eléctrico y chisporroteante palpó en sus duras pezones y en su lugar entre sus piernas comenzó a pulsar.

Reclinado en la silla, Valen observaba a la pequeña aprendiz dolorosamente. El impulso de montarla, de reventarla y dominarla con su cuerpo era demasiado grande. Se reprimió como pudo y junto su cabello en una cola de caballo que enredó en un puño.

—Relaja la mandíbula y métetela en la boca, cariño. Métetela tan profundo como puedas.

Alejandra se estremeció al percibir la necesidad en su voz. Abrió los labios. Hubo un poco de resistencia pero no cesó en su empeño y pronto sintió la cabeza del glande de Valen golpear con la campanilla de su garganta, lo que le produjo una fuerte sensación de arcadas. Retrocedió y se tapó la boca con una mano mientras tosía.

—Tranquila, no tomes más de lo que puedes manejar. —Valen le cogió la mano e hizo que le tomara—. Esto, pequeña, es tu tope. Maneja hasta aquí. — Cuando por fin pudo engullir algunos centímetros más sin tener náuseas, la cabeza de Valen cayó hacia atrás—. ¡Joder, sí! —Ajustó mejor las manos a su cabello cuando ella empezó a succionarlo hasta la barrera de su puño, al principio con indecisión, pero luego cada vez más rápido, mientras él empujaba la polla fuera y dentro de su boca, marcando el ritmo, guiándola—. Mírame a los ojos, Ale. Quiero ver tu mirada excitada mientras mi verga te llena esa golosa boca que tienes.

Asintiendo, ella cumplió su petición. Tenía la mirada cristalina y el rubor coloreaba sus mejillas. La sangre le hirvió unas décimas más al comprobar lo inmensa que se veía su polla en su boca pequeña.

Instantes después, Valen respiraba con dificultad. Quería enterrar su polla completamente dentro de ella, la sensación de su lengua y boca era tan buena, tan erótica...

Valen trató de aguantar, intentó que el placer continuara. Imposible. Sentía las pelotas y la polla a punto de explotar.

La deseaba tanto que había perdido por completo la cabeza.

Rugiendo, sacó el falo de su boca y la levantó del piso. La sintió estremecerse contra él mientras la empujaba e inclinaba hacia delante, extendiéndola frente a él sobre la mesa mientras con la otra mano empujaba platos, copas y cubiertos.

—¿Es esto lo que quieres, eh, Alejandra? —gruñó. Le jaló las braguitas por las piernas. Ella gimoteó y se arqueó cuando recorrió con la polla su cremosa raja. La sensación de sus labios mojados abrazando cada centímetro externo de su longitud lo enloqueció—. ¿Realmente es esto lo que quieres que ocurra

esta noche entre nosotros? Porque juro por Dios que estoy a un paso de follarte. Y si lo hago, voy a follarte duro y por mucho tiempo y a demostrarte el único tipo de amor que es real.

Ella se puso rígida, ignorando las lágrimas y el pinchazo de tristeza que la asedió. Sabía que se refería al sexo. *Nada de amor*. Al menos, no por parte de él.

Se aferró a la dura superficie de la mesa y asintió, insegura. Eso era lo que ella esperaba, lo que había pedido, sin embargo, la realidad estaba siendo un choque para ella.

Valen apretó los dientes y cabalgó hacia la cima del éxtasis. No la penetró. Se limitó a masturbarse, usando el cuerpo femenino a su antojo. Cuando alcanzó la altura más elevada y vertiginosa, se derramó en sus nalgas, resoplando con fuerza, apretando la mandíbula y tensando las articulaciones para no rugir como un auténtico animal.

Cuando los últimos ecos del orgasmo desaparecieron, le besó una línea desde el omóplato por la espalda, terminando con un pellizco en el trasero. Ella soltó un gritito y él, con cuidado de no aplastarla, se cernió sobre su cuerpo y le dio otro beso en la mejilla húmeda y expuesta, antes de guiar los labios a su oído.

—Si quieres que te folle duro, lo haré. Pero no aquí y ahora.

—¿Por qué? ¿Por qué no soy lo suficientemente buena para ti? ¿Lo suficientemente... mujer? —Sintió como ella se angustiaba preguntándose qué era lo que había hecho mal—. Puedo aprender...

—No, lo que no quiero es que te abras de piernas empujada por algo y no por decisión propia. Solo Dios sabe lo que pasa portu cabecita, Alejandra. Pero déjame recordarte que no me tienes que demostrar nada. Hasta ayer, parecía gustarte lo de hacer cosas juntos en pareja antes de mantener relaciones sexuales. ¿Qué ha cambiado?

Alejandra contuvo el aliento y negó. No le confesaría lo de las fotos. Como si Valen no quisiera atosigarla con un interrogatorio por esa noche, tiró de su melena, echando su cabeza hacia atrás para capturar su boca. Besarle fue como sumergirse en un incendio. El placer barrió a través de sus sentidos y dejó escapar un pequeño gemido. Lo sentía aún duro entre los cachetes de sus glúteos. Cerró los ojos. ¿Cómo podía ser? Aún podía notar su caliente semen chorreando por sus nalgas.

De pronto, él se apartó de Alejandra. Ella siguió donde estaba, no se movió ni abrió los párpados.

Se subió los *bóxer* negros y el pantalón mientras la contemplaba. Era una imagen sumamente erótica, con los tacones y medias y las braguitas bajadas. Aún permanecía inclinada sobre la mesa, con la boca entreabierta y los brazos extendidos frente a ella. Exhibía su desnudez y su corrida manchaba, orgullosa, parte de su piel immaculada.

Mierda. Volvió a sentir una oleada de deseo dentro de él y se frotó la cara con las manos.

Ella se movió entonces y comenzó a incorporarse.

—Espera, cariño —Con una servilleta limpió el simiente de la piel. Después le subió la ropa interior. Ella no lo miró en ningún momento y a él le pareció que estaba algo nerviosa e incómoda—. ¿Estás bien? —le preguntó.

Alejandra lo miró brevemente, antes de apartar la mirada. Se abrazó el pecho con los brazos, súbitamente avergonzada.

—Sí, lo estoy.

Valen alzo una mano y se la puso en la mejilla. Alejandra respiró hondo mientras sentía el contacto de sus labios en los suyos. Fue un beso tierno, lleno de necesidad. El beso de un hombre que había descubierto un tesoro y lo trataba con la más absoluta delicadeza y adoración. Un beso que la desarmó totalmente.

—Ahora ve a la cama y espérame en ella. Recogeré este desastre y prepararé algo nuevo para cenar.

Ella asintió y él la recompensó con un pequeño beso en la punta de la nariz.

Cuando se apartó y la dejó pasar, casi gimió de placer cuando lo envolvió su fragancia. Olía a deliciosa excitación. Olía a sexo. Y lo más importante, olía a él.

Mía.

CAPITULO 47

Alejandra caminaba por los laberínticos pasillos de la biblioteca, seleccionando y ojeando libros de todo tipo. A esas primeras horas de la tarde la mayoría de las personas habían regresado a sus actividades o simplemente descansaban, tras un apresurado o copioso almuerzo.

Todos excepto Gael. Sabía que la vigilaba cerca pero envuelto entre las sombras para dejarle privacidad.

El entrecejo se le arrugó cuando sacó de una de las estanterías un volumen que hablaba de la iniciación en la sexualidad. Pasó algunas páginas y trató de sacar el mejor partido al inglés que cada día hablaba con más fluidez. Se mordió el interior de la mejilla cuando leyó cuán de placentera o dolorosa podía ser la primera vez.

Esa noche tendrían su cita número doce.

¿Mandaría Valen al diablo su promesa y harían finalmente el amor?

Sintió que la unión entre sus muslos palpitaba ante la idea. Se le secó la boca al imaginarse acariciando cada tensa línea del poderoso cuerpo masculino. Sabía que quizás no sería fácil para ella, después de todo, la sexualidad de Valen podía resultar... intimidante. Pero lo amaba y deseaba.

Y eso debería ser suficiente para vencer sus temores de doncella y dar con él el último gran salto en su intimidad... ¿verdad?

—Hola, linda.

Echó un rápido vistazo a la mujer que la saludaba y se ocultaba al otro lado, entre los huecos vacíos que dejaba la estantería.

Era ella.

Su hermana.

Celia.

—Sigue leyendo y haz como si no nos conociéramos.

Alejandra quiso reír. Dudaba mucho que a Gael se le escapara nada. De hecho, casi podía apostar que justo en ese momento estaría informando a Valen de su clandestino encuentro con Celia y que apuntaba la cabeza de esta con un arma.

No obstante, si tenía por otro lado alguna esperanza de salir de ese lugar sin escuchar alguna acusación de su hermana contra su marido, esta se desvaneció cuando después de un breve coloquio de rigor, esta dijo:

—Tu marido no es el hombre que crees, Alejandra —Los ojos de Celia se volvieron cristalinos cuando observó a su hermana—. Yo solo quiero protegerte porque te quiero. Somos hermanas, Ale. Pese a todo, siempre has estado allí para mí y no puedo pensar siquiera en que estés cerca de ese monstruo.

—Valen no es un monstruo, Celia. Es un hombre maravilloso. — Alejandra endureció la mirada. No le gustaba nada que la hubiese asaltado en su tranquila tarde de estudio, con el único propósito de hablarle mal de su marido, de su amigo.

—Estás ciega con él, Alejandra —arremetió la mujer, y entre susurros agregó — . Apuesto a que ni siquiera sabes a lo que se dedica realmente tu marido. ¿Acaso te ha contado delosnegocios que hace? ¿Sabes aqué se dedica su empresa y cuáles son sus segundas fuentes de ingreso?

—Valen tiene varias empresas, es un *holding*.

—¿Y qué hacen esas empresas, Ale? —preguntó Celia apacible, como quien habla a un niño—. Yo te puedo contar de qué van esas empresas, hermana. Yo he trabajado para él antes y después de...

Guardó silencio y bajó la mirada hacia el libro que ya no curioseaba.

—¿De qué, Celia? ¿Después de qué? —pregunta la joven, ansiosa por saber.

—De ser su amante —Alejandra abrió sus grandes ojos con sorpresa. Rápidamente dijo que era supasado, que no podía sentir celos cuando ni siquiera por ese entonces se conocían—. Yo no deseo hacerte daño, eso es lo último que pretendo. Solo quiero que comprendas de una vez por todas quién es Valen Lemacks. ¿O debería decir, Valen Li Volsi?

—¿Li Volsi? Conocí en una subasta benéfica a alguien con ese apellido. —Y recordó también como había leído Li Volsi Mining entre los papeles de Valen, en Italia.

—Damiano, supongo, su medio hermano. ¿No me digas que te ocultóesedetalle? ¿Te dijo alguna vez que por sus venas corre más sangre italiana que inglesa?

A Alejandra le temblaron las rodillas y dio gracias al cielo por sacar fuerza de flaqueza. ¿Por qué Valen le ocultaría algo así? Negó, confiando en que si todo aquello era cierto, él tendría una muy buena explicación.

Celia ladeó la cabeza y la observó como un halcón al otro lado.

—Entiendo que tu marido es un hombre muy atrayente, pero si lo conocieras de verdad, tomarías el siguiente vuelo a Tenerife, o a Timbuktú; pero lejos.

—¿Disfrutas con todo esto, Celia? ¿Malmetiendo en mi matrimonio? —

murmuró ella cabizbaja, molesta. Sus dedos apretaron tan fuerte el libro que se les cortó el flujo sanguíneo.

—¿Crees que haría eso? ¿Crees que regresaría luego de todo lo que pasé con Valen por el simple gusto de fastidiar? —Negó, mientras oprimía los labios—. Si eso es lo que piensas, Ale, creo que no tenemos nada más de que hablar. Que seas feliz en tu matrimonio... Si es que puedes.

—Espera, Celia —dijo ella rápidamente—. No estoy diciendo que seas la mala de la película, no lo tomes así, por favor. Sólo es que, el Valen del que me hablas no se parece absolutamente nada al que yo conozco. —Se mordió el labio, luchando contra la desesperanza que comenzaba a sentir—

. Tal vez lo malinterpretaste...

Celia se quedó y respiró hondo de manera muy audible.

—Ale, respóndeme a lo siguiente. ¿Si tú no fueras mi hermana, se habrían conocido? —Alejandra negó—. Y si te digo que él una vez ya intentó hacerme... desaparecer, ¿a quién crees que acudiría en primera intención? —A... mí —Celia asintió haciendo una mueca.

—Valen no es el hombre que parece, tiene un pasado muy oscuro y no ha salido de ese pérfido mundo. Hermana... —Celia bajó el tono de su voz para revelar un secreto—. Valen contamina Europa con droga.

Alejandra sacudió la cabeza. —No... Lo que dices no puede ser posible. Valen

no haría algo así.

Todos sus negocios son ilícitos y...

—Y tiene un poder incalculable... —Le explicó Celia— Sus empresas principales son de manufactura y transformación. Son tres —dijo mirando alrededor, cerciorándose de que nadie escuchara la conversación, ni siquiera por error—: La primera compra materias primas de países sudamericanos: Perú, Colombia, Bolivia... —Le mostró dos dedos de uñas perfectamente largas y pintadas—. La segunda se encarga de la manufactura de productos terminados con dichos materiales. Y La tercera es la encargada de la comercialización, la cual está directamente relacionada con Italia. Su casa es aterradora allí... parece una cementerio de recuerdos.

Alejandra se quedó estática. ¿Cómo es que Celia sabía de la casa en Italia? ¿También la había llevado allí? ¡Dios!

—Bastante —afirmó ella, entristecida por los recuerdos de aquellos días. Espabiló—. Pero no le veo nada de malo al negocio de Valen.

Celia asintió.

—Es cierto. Hasta ahí, es la historia perfecta del empresario perfecto, pero es que necesita una tapadera para que todo parezca completamente legal y legítimo. Alejandra —Se rascó un lado de la cabeza con nerviosismo y observó de izquierda a derecha. Parecía preocupada—. Yo tampoco lo quise creer al inicio. Valen parece ser el príncipe soñado de la infancia de cualquier mujer, pero no lo es. El hombre es un corrupto, compra a jueces, fiscales y tiene el control de la mitad de este país solo para ser el intocable. Nadie puede meterse con él y su nombre no solo es conocido en las altas esferas, sino también en las bajas, porque todos saben que él no solo transporta materiales para la industrialización, sino también —La palabra salió como un suspiro— droga latinoamericana. —Alejandra contuvo el aliento. Aquello debía ser una mala pesadilla. Por Dios, que tenía que serlo—. La gran industria es solo una tapadera para sus bajos negocios, porque al estado solo le importa que le paguen sus impuestos. Al inicio me pregunté cómo... porqué... —Cabeceó—. Pero luego lo descubrí. Llegó a mis manos la orden de camuflar la droga en uno de los millonarios pedidos hacia Italia. Hacia la empresa que comercializa. Me sentí asqueada de que estuviera relacionado con la mafia italiana. Yo he tenido las pruebas en mis manos tantas veces... Traté de pararlo... —Suspiró, realmente parecía afectada—. Valen confiaba en mí hasta que me... —Tragó saliva—. Hasta que me quedé embarazada. Cuando desaparecí lo hice por mi hijo, para que pudiera nacer. Valen quería que abortara. Pero me revelé y él le dijo a todo el mundo que había cometido desfalco en la empresa —La miró directamente a los ojos—. ¿Realmente crees que un hombre como Valen Lemacks, con ese carácter tan dominante y controlado, podría dejar que una simple mujer de pueblo le robara una fortuna y que no daría parte a la policía para hacérselo pagar?

Mareada y pálida, Alejandra no podía creer lo que oía. Sentía como si le hubieran clavado un puñal en el corazón. ¿Drogas? ¿Un hijo de Celia con el hombre que lo significaba todo para ella? Cerró los ojos y respiró hondo. Pensó en Valen, en cómo la abrazaba cuando dormían, en cómo la besaba cuando despertaba, casi como si... la amara.

Confía en él. Confía en él...

Pruebas. Necesitaba pruebas.

—Y tu bebé, ¿dónde está? ¿Puedo conocerlo?

El dolor pareció deslizarse a través de los ojos oscuros de su hermana.

—Lo perdí, Ale. Ese monstruo me lo arrebató. Mandó a unos malhechores a darme una paliza...

—¿Cómo sabes que fue él quien los contrató? —la interrumpió ella, apelando a cualquier absurda excusa que le permitiera seguir creyendo en su esposo.

—Porque se encargaron de darme su mensaje y de que no lo olvidara jamás.

— Hizo una mueca mientras daba un paso atrás y disimuladamente metía las manos en la cintura de su pantalón y desabotonaba el botón—.

Dios, aún tengo pesadillas... Nunca se debe burlar al destino, porque él siempre te observa, susurrándote con su frío aliento en el oído lo que te ocurrirá si lo haces.

Alejandra se quedó blanca y tan fría como la nieve. Esa frase... Esa maldita frase... Pero cuando las dos mitades de la prenda de su hermana dejaron al descubierto una porción de su vientre, sintió náuseas y se tambaleó.

Ciega por las lágrimas intentó llegar al servicio. Oyó la voz de Celia tras ella. Pero no se detuvo.

Una “V”, tan idéntica a la suya, marcaba la piel de su hermana.

—¿Te encuentras mejor? ¿Necesitas un médico? —La voz de Celia se adentró en la mente enturbiada de Alejandra. Su mano, de repente, cayendo sobre su brazo, sus dedos enterrándose en su piel—. Dios mío, Ale, no estarás embarazada de ese hombre, ¿verdad?

Arrodillada en el inodoro, Alejandra se oyó a sí misma gemir débilmente. Negó, convulsionándose con violencia, envuelta en un sudor frío y con el rostro desencajado por el vómito y el llanto. Sentía que el vestido largo y negro que llevaba empapado, adhiriéndose a su cuerpo como otra piel.

Valen no se sentía atraído por ella. Nunca había tratado de ayudarla. Todo había sido planeado. Quería cobrar venganza contra Celia y ella era el lazarillo que lo conduciría hasta su hermana.

Ahora comprendía mejor que nunca su negativa a amar. No se trataba de que no pudiera o no supiera, se trataba simplemente de que era... *ella*.

Ella siempre había sabido la débil y ridícula criatura que era, entonces, ¿en qué momento estúpido había llegado a pensar que un hombre como Valen podría fijarse en alguien como ella? Probablemente pasar cada día, cada instante a su lado, tocándola y besándola, le habría resultado un suplicio. Pero un suplicio necesario, por lo visto.

Dando rienda suelta a la desolación, encorvó los hombros mientras las entrañas se le retorcieron con nuevas arcadas. Las últimas se transformaron en sollozos.

Por fin, cuando pareció que no le quedaban lágrimas y su estómago quedó tan vacío como lo estaba ella en esos momentos, con movimientos lentos y torpes

se sentó en el piso. Las frías baldosas fueron como un provisional bálsamo en su espalda.

—¿Estás segura?

¿Por qué la torturaba con ese tipo de preguntas? Valen y ella solo habían hecho el amor a medias y en contadas ocasiones.

Cerró los ojos con fuerza, absorbiendo el dolor, la sensación de desesperanza. No había lucha contra la terrible agonía que la consumía. —Sí, estoy segura. No-o estoy embarazada —Un sollozo rasgó su voz, cortando sus palabras. «Es imposible.»

—Bien, me alegra oír eso. No me gustaría verte pasar por el terrible dolor de perder a un hijo.

Sintió que le retiraban de la cara algunos de los mechones que se le habían escapado de su recogido. Gimió, agradecida, cuando un pañuelo húmedo limpio y fresco la tez recalentada y sudorosa de su rostro.

—Entiendo cómo debes sentirte en estos momentos, cielo, pero debes reponerte —Alejandra tragó saliva, sus pestañas revolotearon una y otra vez, aturdida. ¿De verdad podía entender cómo se sentía? ¿Podía entender alguien tan lleno de vida y vitalidad como Celia cómo se sentía un moribundo que se desangraba lenta y dolorosamente tras recibir una brutal puñalada?—. Y debes hacerlo porque tendrás que regresar junto él y fingir para que no sospeche nada. Él sigue buscándome, Ale, y tengo miedo de lo que pueda hacerme.

—Fingir... —repitió, sintiendo que comenzaba a perder la razón. Se abrazó las piernas y hundió el rostro en sus rodillas, meciéndose, flemática, como si pudiera ahuyentar con ese gesto infantil a los demonios. Como si pudiera reparar los pedazos rotos de su corazón con ese errático balanceo—. No creo que pueda hacer e-eso. No-o, no podré.

Celia la agarró de los hombros y sacudió. Alejandra se enderezó, le hacía daño.

—¡Debes hacerlo! De tu buena interpretación dependerá nuestra seguridad. La tuya y la mía, Ale. ¡Métete eso en la cabeza y deja de compadecerte de ti misma!

—No puedo permanecer a su lado, porque yo...—Cuando reunió el coraje suficiente, con un nudo en el vientre, murmuró—. Porque yo lo quería, Cel. Aún lo quiero. Eso no cambiará de la noche a la mañana.

—Pero él nunca te quiso a ti, hermanita. ¡Solo te utilizó!

Alejandra se quedó inmóvil, difiriendo las palabras. El aire abandonó sus pulmones y no pudo recuperar el aliento. Celia le estaba asestando otra

puñalada con ellas y ni siquiera se daba cuenta. Había tocado su parte más vulnerable.

La humedad llenó sus ojos. Parpadeó para retenerla pero fue inútil. Mantuvo los labios apretados mientras las lágrimas se derramaban por su rostro. Otra vez.

Ojalá nunca hubiera hablado con Valen Li Volsi.

CAPITULO 48

Alejandra permaneció inmóvil bajo el chorro de agua caliente en la ducha. Toda la furia que sentía hacia Valen la sentía también consigo misma.

¿Cómo podía haber sido tan ingenua? ¡¿Cómo?!

Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla, entremezclándose con el agua. Se cubrió la boca con la mano. Una segunda lágrima siguió a la primera. Y después otra.

Valen Lemacks había mancillado su cuerpo con caricias y besos que no deseaba, había engañado a sus oídos con palabras que no sentía, le había robado la paz de su mente y le había arrancado y pisoteado el corazón. Por desgracia, ella le había concedido ese poder. Le había entregado tontamente las armas para destruirla.

Y él las había utilizado, todas y cada una de ellas.

Soltó un sollozo y se llevó la otra mano también a la boca, como si así fuese a impedir derrumbarse por completo.

¡Ilusa!

No recordaba haber sentido un dolor tan desgarrador e intenso como el que sentía desde que hablara esa tarde con Celia.

Su humillante adolescencia debería haberle enseñado algo, después de todo, pero con Valen había bajado la guardia. Se había desnudado ante él, se lo había dado todo, y aun así, él nunca la quiso. Solo había sido un juguete en sus manos.

¡Idiota, idiota, idiota!

Pero, ¿acaso aquella no era la maldita historia de siempre?

La gente, en la que alguna vez fue tan estúpida de confiar, había llegado a su vida como un vendaval y la había abandonado cuando ya no le convenía a sus intereses, arruinando su alegría y seguridad.

En cualquier caso, y contradiciendo a su hermana, creía que lo más sensato que podía hacer era coger las maletas y largarse de esa mansión. Se llevaría a Patch con ella, no pensaba dejar a su pequeño a expensas de un hombre tan mezquino y calculador. Descartó volver a su hogar en la isla Canaria o involucrar a su familia si la ayudaba de algún modo. Esas opciones serían las primeras que Valen barajaría si decidiera buscarla.

Alejandra pensó en lo terrible que sería para ella mantenerse alejada de todo

lo que conocía. Tragó saliva de forma compulsiva. Le pareció que tenía los ojos llenos de arena, y sentía la garganta seca de tanto llorar.

Había aprendido a arreglárselas sola, podría volver hacerlo. No necesitaba a nadie. Nunca había tenido un amigo verdadero que respetara la complejidad de su personalidad, alguien con quién desnudar su alma...

Pero había creído neciamente que ese amigo era Valen.

Apretó los labios. Un fardo más al pesado saco de desaciertos en su vida.

Alejandra jaló de una enorme toalla y salió de la cabina. Se la anudó al cuerpo y pasó al dormitorio de Valen.

Habían comenzado a dormir juntos.

Buscó en el vestidor que ponerse, tirando de la ropa sin ningún cuidado, a pesar de lo cara que era. No quería nada que viniera del hombre que acaba de sumir a su alma y corazón en la oscuridad más absoluta y aterradora. ¡No quería nada que viniera del hombre que debía odiar con todas sus fuerzas pero que seguía amando! ¿Cómo podía?

Lágrimas y más lágrimas surcaron sus mejillas. Se hundió en el suelo y se abrazó las piernas, llorando desconsoladamente.

Ladesolación que la invadió fue el sentimiento más desagradable que había experimentado nunca. Cuando mañana Valen saliera hacia la empresa, ella saldría también de su vida. Ese doloroso conocimiento llenó de nuevas lágrimas sus ojos.

Valen entró al dormitorio y cerró la puerta. Alejandra estaba sentada en posición fetal en el piso y elevó el rostro de entre sus rodillas.

Él estudió su rostro afligido y supo que había estado llorando. Celia, sospecho. Gael le había informado del breve encuentro que había tenido su mujer con esa víbora en la biblioteca. Fuera de sí, había hecho el camino de vuelta a casa desde la empresa en un tiempo récord. Creía firmemente que nada bueno podía venir de la hermana adoptiva de su esposa.

Y viéndola en esos momentos como estaba, supo que no se había equivocado.

Celia había vuelto a hacer de las suyas. Esa zorra despreciable disfrutaba atormentado a su pequeño y hermoso regalo.

Dispuesto a consolarla, dio un paso hacia ella.

—Alejandra, cariño...

Ella se levantó del piso y se enderezó completamente desnuda ante él. Valen se detuvo sin aliento. Su pene golpeó el interior de sus pantalones ante el inesperado y excitante gesto de su mujer.

La mirada de ella cayó un momento, avergonzada, luego regresó a capturar sus

ojos. Tenía el mentón alzado orgullosamente y a diferencia de otras tantas veces, no hizo ningún ademán por cubrirse.

Interesante.

Él sonrió cálidamente y comenzó a desprenderse de la chaqueta de su elegante traje de seda gris y de la corbata azul. Se descalzó y se sacó de la cintura la camisa blanca y desabotonó. Alejandra mantuvo la mirada en su cara mientras él caminaba hacia ella y se colocaba a su espalda. La abrazó. Su cuerpo cálido y vibrante le calentaba la sangre.

Celia. Tenía que hablar con ella de Celia, se recordó. Movi6 una mano sobre su est6mago, deslizándola lenta y segura hasta... Celia, se repiti6.

Pero cuando alcanz6 sus pesados pechos y Alejandra se puso de puntillas y se arque6, la parte superior de su trasero le roz6 la bragueta. Con un demonio. ¡Celia podía irse a la mierda por unos minutos!

Baj6 la cabeza y sus labios jugaron en su oreja.

—¿Sabes lo increíblemente sexy e irresistible que te ves, cariño? — susurr6, con voz baja y áspera—. Tus pechos son perfectos, encajan maravillosamente en las palmas de mis manos. ¿Y sabes por qué, chiquita? Porque fueron creados para llenarlas. Toda tú fuiste creada para mí. Nadie, salvo yo, los mecerá y saboreará. Nadie, salvo yo —Sus dedos volvieron a vagar por la piel del abdomen, desplazando más hacia el dolorido centro de la joven. Utilizó un dedo para tantear su apertura—. Tendrá tu pequeño y rosado coño. Tampoco esto... —Él amas6 sus nalgas, un cachete en una de sus grandes manos—. Y ninguna otra persona tendrá esto... —Con un ronco gruñido, le jal6 la cabeza para apoderarse de su boca. No pudo resistirse y hundió la lengua para saborearla a fondo. La oy6 soltar un diminuto gemido y experiment6 una primaria sensación triunfal cuando ella abri6 tentativamente la boca bajo la suya. Le soltó el cabello y busc6 el latido desenfrenado en su pecho—. Ni esto... Porque es mío, Alejandra, y como un pintor haría con su obra más amada, yo jamás pondré a la venta mi posesión más preciada —Le lami6 los labios, se los mordisque6, se los acarici6 tiernamente con la lengua. Una sensación de plenitud lo asalt6: la sensación de haber encontrado algo que se había pasado toda la vida buscando.

Alejandra tenía los párpados cerrados, incapaz de pensar. Se detestaba así misma. Ella debería estarle gritando, abofeteándolo hasta que le doliera la mano, exigiéndole una explicación, y en lugar de eso, correspondía a sus besos y sentía la vagina cada vez más hinchada y húmeda mientras Valen acariciaba

su gimoteante carne, preparándola con los empujes superficiales y lentos de sus dedos. En un movimiento tan antiguo como el tiempo, empezó a frotar los globos de sus nalgas, buscando infructuosamente la dura roca cubierta de seda que tenía empotrada en la base de su columna vertebral. A su lado, ella siempre sería demasiado menuda y diminuta.

Se estaba comportando como una perra en celo. Lo sabía. Pero también sabía que aquellas serían sus últimas horas con él.

Y ella no podía borrar de un manotazo sus sentimientos.

Su amor y deseo por él.

Se convenció diciéndose también, que si quería salir del influjo de ese hombre para siempre, no podía levantar sospechas. Si cometía un simple error y Valen descubría que conocía hasta el más oscuro de sus secretos, podría... ¿Qué haría con ella si se supiera desenmascarado?

La verdad era que no tenía ni idea. Como tampoco tenía idea de cómo controlar la situación en la que se hallaba en esos momentos.

—Sí —susurró Valen con voz ronca cuando sus bocas se separaron para tomar aliento—. Me deseas. No puedes negarlo.

Súbitamente Alejandra se puso rígida y apretó las manos en sus costados para contener el placer prohibido que corría por ella. Abrió los ojos y miró la pared, intentando no llorar o hacer algo igual o más humillante de lo que ya su traidor cuerpo había hecho.

Oh, dulce virgen María, ¿cómo podía siquiera permitir que la tocara? — La cita número doce... —Lo oyó suspirar e inhalar el aroma de su cabello suelto. La liberó y se apartó de ella. La mirada de Valen llameaba de lujuria y de indolente diversión—. Deberías saber a estas alturas que todo juego tiene un precio, preciosa. Más tarde o más temprano los riesgos se pagan. Y, demonios, me aseguraré de que llegado el momento pagues por esta provocación. Vas a gritar mucho y muy alto, Alejandra —Se quitó la camisa y se la pasó—. Póntela antes de que no pueda cumplir la promesa que te hice.

Como si un Tsunami se acercara peligrosamente a las costas y amenazara con arrastrarla a las oscuras profundidades, Alejandra obedeció y ocultó rápidamente su desnudez.

—¿Te he mordido la lengua? —continuó él, aflojándose el cinturón.

Alejandra no podía respirar. Sus amplios hombros se afilaban en un estómago plano y en forma de tableta. Todos sus músculos se ondulaban con cada uno de sus movimientos. Tragó con dificultad al ver el bulto de sus pantalones. La tensión sexual se hizo más densa en la habitación, haciéndola estremecer.

—Tú eliges, cariño, o dejas de mirarme la polla y me cuentas qué tal te ha ido el día, o me aseguraré de que la contemples con tu boca caliente tragándola — El estómago de la joven se sacudió como si fuera gelatina al recordar como lo había hecho la primera y única vez, en la cabaña—. Te gusta ese pensamiento, ¿no es cierto?

A Alejandra le dio un vuelco el corazón. Le temblaban las manos y el resto del cuerpo.

Sí, le gustaba el pensamiento.

Tal vez Celia estaba equivocada, le hubiera juzgado mal... Se abrazó la cintura y se censuró a sí misma. La cicatriz en forma de “V”, las palabras, tan idénticas a las que ella había escuchado de sus agresores, no podían ser una mera coincidencia.

—¿Por qué nunca me dijiste que tenías un hermano? ¿Qué eras italiano, un Li Volsi?

De pie frente ella, Valen la observó silencioso, con un brillo peligroso en los ojos. Su mirada era tan intensa, que ella giró la cabeza, como un testigo con un secreto; angustiada, por lo que él pudiese averiguar.

—¿Quién te dijo eso?

—¿Acaso es mentira?

Vio que se le dilataban las aletas de la nariz mientras inspiraba profundamente, sin decir palabra. Por primera vez miró a Valen y sintió que estaba mirando a un desconocido. Luego se dirigió a la puerta del baño. Se detuvo un instante para murmurar:

—Yo no soy un Li Volsi. Hace mucho que dejé de serlo. Mi pasado es mejor que se quede dónde está. Lejos de ti. Siempre me aseguraré de que sea así y de que mi mierda no te salpique. Siempre. No importa lo que tenga que hacer para conseguirlo. Si está en mi mano, entonces lo haré, sin culpas ni remordimientos. Eso es lo único que puedo decirte.

CAPITULO 49

Se acabó. En cuanto me establezca de nuevo, buscaré un abogado. Quiero el divorcio. No pediré ni exigiré absolutamente nada de ti, con excepción de Patch. Me lo llevo conmigo.

Alejandra.

El puño de Valen destruyó el papel, lanzándolo con rabia e impotencia a la papelera. Su pecho subía y bajaba rápidamente debajo de su elegante camisa blanca y del chaleco oscuro a juego con los pantalones.

Aquella había sido la última vez que se torturaría leyendo la nota que Alejandra había dejado sobre la mesa de noche antes de desaparecer.

Dos días desde su huida y aún seguía sin noticias de su paradero.

No por mucho tiempo más.

Se levantó del sillón gerencial, apretando la mandíbula, y se giró hacia el gran ventanal que ponía el mundo a sus espaldas. Las fosas nasales se le dilataron mientras miraba el atardecer en el horizonte. Abajo, el ruido de los coches quedaba insonorizado, aislando su despecho acústicamente del exterior.

Maldijo en voz baja, de vuelta al escritorio. Se inclinó sobre la mesa, apoyando las palmas en la inerte superficie. Las mangas de la camisa recogidas a la altura de los codos, revelaban la tensión de sus músculos y sus venas salientes. Luchó consigo mismo para controlarse.

Había estado con mujeres que rozaban casi la perfección física; seductoras y muy buenas amantes y, a pesar de todo, la había elegido a... *ella*. Una mujerzuela astuta disfrazada en la piel de una inocente. Alejandra había sido la primera persona que había deseado realmente en toda su vida. Y poco a poco, a lo largo del tiempo que habían pasado juntos, había acabado necesiéndola y deseándola ferozmente. Había llegado a importarle muchísimo. Esa mujer había llenado de vida y luz su existencia, le había dado

una nueva esperanza... Hasta que se dio cuenta de que todo era una mentira. De que, en realidad, ella no era ninguna de esas cosas, sino una arpía hábil y manipuladora.

Su móvil, oculto entre el papeleo de la mesa, sonó. Lo agarró y gruñó:

—¿Sí?

—*Fratello mio*... —Lo saludaron en italiano Damiano Li Volsi.

Valen apretó los dientes y trató de mantener el control de sí mismo, aunque cada vez le costaba más. Nunca había podido soportar el tono burlón de aquel idiota.

—No estoy de humor para escucharte —Le advirtió en inglés, obligando al otro hombre a usar ese idioma con él.

—Pensé que te interesaría saber cómo está tu mujercita.

Valen comenzó a ver todo rojo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Tengo un mensaje de ella para ti. No la busques. Ha terminado de jugar a los espías contigo y ahora está conmigo.

La sangre drenó el rostro de Valen cuando las palabras de Damiano alcanzaron su mente. Cada músculo se le puso rígido. No podía moverse, tenía un dolor agudo muerto en su pecho. Nunca se había sentido así antes. Creía firmemente que no podía existir un sufrimiento peor que el padecido por años bajo el yugo de su padre.

Pero se equivocó.

Se equivocó porque se estaba ahogando en un río del dolor mucho más grande y profundo.

Alejandra lo había traicionado.... ¿*Con su medio hermano*? No, no podía ser. Su chiquita no. Tenía que haber otra explicación, otro motivo...

—Sabes, me gusta mucho la pequeña y casi imperceptible flor que tiene debajo de uno de sus bonitos pechos.

Las venas de Valen palpitaron y se tensaron en su cuello, sus dientes al descubierto.

¡Masacraría a ese despreciable cabrón! ¡Lo haría sangrar! ¡Mucho! ¡Un torrente de su repugnante sangre bañaría sus manos!

—Voy a matarte, hijo de puta —bramó fuera de sí—. No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer, a quién te estás enfrentando.

Una carcajada se oyó al otro lado de la línea. .

—¿Ah, no? Déjame refrescar la memoria. Eres Valen Li Volsi, el hijo primogénito de Marzio Li Volsi. Estoy seguro de que podemos saltarlos su

biografía, la conoces de sobra. Pero continuemos contigo, hermanito. Naciste en Italia, pero por tus venas corre también la escarchada sangre inglesa de una mujer a la que, por cierto, tuviste que matar para poder sobrevivir. Papá nunca te perdono, ¿no es cierto? Disfrutaba golpeándote...

Y yo escuchándolo. Y, aun así, compartimos muchos pasatiempos juntos, como dos buenos hermanos. Fiestas, alcohol, drogas... ¿Recuerdas a cuántas golfas nos cogimos juntos? Puede que cuando me cansé de tu puta te la envíe de vuelta.

El rostro de Valen se contorsionó, mostrando al monstruo que estaba dejando salir.

—El hombre nació en la barbarie, y matar a su semejante era una condición normal de la existencia. ¿Te acuerdas? Marzio nos lo repetía cada mañana de cada maldito día —Sus dientes se oprimieron más y pudo escuchar el crujido de sus molares—. Estás muerto, Damiano Li Volsi. Juro por Dios que eres hombre muerto.

Valen colgó y estalló, rugiendo de frustración. De dolor. Podía ver en su mente a Damiano, sonriéndole triunfal mientras empujaba dentro de Alejandra...

Todo sentimiento, toda esperanza, se esfumó de golpe y la ira, tan violenta como la adrenalina que corría por sus venas en esos momentos se apoderó de él.

Hay mucho dolor aguardándote, pequeña perra.

Con el móvil en la mano, Valen salió del despacho hecho una furia. Los empleados se apartaron de su camino, nerviosos. Ese día, como el anterior, había hecho ver a cada persona cerca de él el maldito infierno.

—¡Gael!

Su jefe de seguridad, su hombre más preparado, una de las pocas personas que sabía por lo que estaba pasando y trabajaba sin resuello para sacar de su escondrijo a la pequeña liebre traidora, lo siguió de regreso al despacho. A solas, Valen le arrojó el teléfono a la mesa y comenzó a ladrarle instrucciones, mientras Gael permanecía en silencio, asintiendo.

Su jefe debería verse roto y devastado y, sin embargo, su expresión, su voz, era espeluznantemente tranquila.

Su serenidad era demasiado inquietante, terrorífica.

Y Gael sintió verdadera lástima por su esposa.

Valen Lemacks sería implacable e inhumano con ella. De eso estaba seguro.

CAPITULO 50

A Valen le dolía el musculo latiente de su pecho y un nudo de lágrimas le comprimía la garganta. Las sombras de la noche lo hacían verse como un penoso y errante espectro. Su ropa elegante, resultaba insuficiente para el frescor que comenzaba a calarle los huesos.

Extendió una mano y atrapó en ella una de las pocas y escasas estrellas que el cielo presentaba.

«¿Nunca has deseado algo realmente con todas tus fuerzas?» Cerró los ojos, sintiendo una opresión en el tórax.

«Sí. A ti.»

En su claro favorito en el bosque, Valen cayó de rodillas, sus piernas se sentían pesadas de repente. De plomo. Trató de enfocar su mirada vidriosa. Era una lucha poder respirar.

Todo se había acabado.

Lo que había surgido entre Alejandra y él era parte del pasado. Se había terminado.

Pero, sin embargo, el conocimiento de ese hecho no aliviaba su rabia ni lo hacía olvidar que, por primera vez en su vida, había querido tener calor. Por una sola vez, había querido tener calidez. Por primera y única vez en su vida, había amado a alguien de verdad.

A Alejandra.

¿Amor?

Se endureció aún más con el pensamiento. No, no se trataba de amor. Todo lo que él conocía era odio, desprecio por sí mismo. Era lo único que lo mantenía caliente. Lo único que lo había levantado cada mañana Siempre que odiara, tendría una razón para vivir.

Pero había sido lo suficientemente idiota como para creer en estúpidos y románticos cuentos de hadas.

Y ahora pagaría las consecuencias. Porque no había peor castigo que vivir de nuevo en la más absoluta oscuridad. Vivir la vida enclaustrado. Solo.

Sí, solo otra vez.

Podía negar su destino todo lo que quisiera, pero al final sabía que ese era su sitio en este mundo.

Por ello, debía volver a meter todo en la caja de pandora, encerrar al gato

libre y salvaje. Pero, sin embargo, sentía que en esa fría prisión ya no había espacio para él, tampoco para todo lo que intentaría encerrar profundamente, otra vez, porque había comenzado a sentir, y que el infierno se congelara con todos los hijos de puta dentro, si no le había gustado ese dulce fuego, ese conocimiento del paraíso... ¿*Paraíso?*

Sus fosas nasales se dilataron con furia, casi podía oír el rechinar de sus dientes.

¡Menudo paraíso de mierda!

Se desanudó de la muñeca la pulsera que Alejandra le había regalado y se la llevó a la nariz. Notó la humedad correr por su rostro mientras recordaba el roce suave de sus manos y la música de su voz...

No pudo moverse, todo su cuerpo estaba deshecho por la agonía. Sentía como si se estuviese muriendo.

Ahora sabía que se había equivocado por completo con ella; era tan fría y calculadora como cualquier otra persona. *Como él*. Ahora sabía, mejor que nunca, que Alejandra había confabulado con Damiano y Celia desde el inicio, desde el mismo día en que descolgó el teléfono y oyó por primera vez la dulce armonía de su voz. Esa arpía solo debía interpretar su mejor papel de damisela en apuros porque, mientras él subsanara sus culpas y jugara al héroe con ella, descuidaría a sus enemigos.

Su mirada enrojecida por el alcohol y las horas de insomnio, impactó, directamente con la construcción de ladrillo y madera que, frente a él, parecía mofarse de su miseria.

Odiaba sentirse traicionado, odiaba ese día espantoso y comenzaba a odiar también aquella maldita cabaña en la que, solo varias noches atrás, Alejandra había estado tan sexy, tan cariñosa y tan deliciosamente complaciente. Lo había hecho tocar el paraíso, lo había hecho sentirse caliente y completo. Incluso alegre. De un modo que nunca antes había experimentado con nadie.

Ella le había susurrado palabras de amor mientras lo abrazaba. Palabras que él nunca antes había escuchado. Le había prometido que no lo abandonaría jamás, que se quedaría con él por siempre...

Pero había sido un sueño. Un burlesco sueño del que acababa de despertar.

De pronto, el aire alrededor de Valen crepitó con ira. Tambaleándose se levantó del suelo.

Desesperado por arrancar de su piel la pulsera que lo denigraba, la lanzó lejos de él con un gruñido.

—¡ ¿Cómo pude ser tan estúpido y creer en ti?! ¡No eras más que una zorra

embaucadora!

Una hora más tarde, la furia seguía extendiéndose a través de Valen, estaba tan lleno de odio que apenas podía respirar. Era odio puro y duro. El mismo odio que lo había hecho empujar con saña la puerta de la cabaña.

Jadeando, contempló los restos de muebles y cristales que se esparcían, rotos, por todos lados.

Demencia.

Sí, aquella sería una buena definición de cómo se encontraba justo en esos momentos. Como un auténtico y jodido demente.

Cerró los puños. Sus nudillos estaban pelados y sus grandes manos presentaban cortes sangrantes.

No le importaba su estado lamentable.

Había perdido los estribos al imaginarse a Damiano y a Alejandra desnudos. Con ese hijo de puta follándosela, deslizándose dentro y fuera del apretado hogar que pensaba que sería por siempre solo suyo.

El rencor y la frustración calcinaron sus entrañas.

¡Malditos fueran!

De un manotazo violento, Valen barrió de la mesa el jarrón de flores que solía arreglar la joven cada mañana. La artesanal porcelana se estampó ruidosamente contra el suelo y se hizo añicos.

En esos momentos solo deseaba cazar a la pequeña ramera y asfixiarla con sus propias manos, obligarla a confesar por qué le había dicho que le quería para después largarse con su hermano... *¿Hermano?*

Valen cerró y abrió la mandíbula mientras una vena le palpitaba en la frente.

Él no tenía un hermano. ¡Nunca lo había tenido!

El resentimiento hirvió acaloradamente en su interior. No se sentaría tranquilamente y permitiría que esos dos Judas salieran impunes. No descansaría hasta encontrarlos, hasta convertir las vidas de ambos en un auténtico infierno.

La vengativa sangre Li Volsi corría por sus venas, por lo tanto, Damiano debería haber sabido que iría tras ellos y que les haría pagar muy caro su afrenta, su burla.

Arrancaría a ese malnacido las extremidades, miembro a miembro. Lenta y muy dolorosamente. Se prometió que lo vería suplicar por su muerte.

A Alejandra...

Valen se detuvo y se quedó mirando al vacío, perdido, como si súbitamente no fuera consciente de nada más que de la punzada de dolor instalada en su

pecho.

Un sentimiento de amargura y confusión lo había desgarrado. Se forzó en desterrar cualquier emoción cándida o de amor que esa bruja hubiese insertado en él.

Nunca nada lo había roto tanto como el engaño de Alejandra. Se había dejado llevar tanto por sus artimañas, por sus falsos sentimientos, que lo había destruido.

Se abrió paso con facilidad entre los escombros, decidiendo si quemar o no aquel maldito sitio. Decidiendo la mejor forma de destruirla a ella. Pero no sin antes divertirse todo lo que quisiera con esa tramposa de cara angelical. Porque, pese al odio que sentía, seguía ansiando poseerla, saborearla. La tomaría en todas las formas posibles, sin consideración alguna, furioso y rápido como un animal. Se encontró acariciando la posibilidad de forzarla, de hacerle tanto daño como ella le había hecho a él.

Disfrutaría viéndola llorar, rogándole compasión.

Pero él no se tendría.

Pronto él le arrebataría lo que le correspondía por derecho, y le importaba una mierda si se la daba libremente o no.

Sí, él se encargaría personalmente de eso. Lo juró

CAPITULO 51

En la planta superior del club Colosseum, Angelo Zammicheli giró a la derecha por un magnífico pasillo. Al final, a la izquierda, estaba el podium, como pequeños balcones privados en la parte trasera de un teatro. En sus reservados, una sencilla presión a un botón hacía que las cortinas de enfrente a los asientos se desplegaran y revelaran una ventana que daba a otra sala. Dentro de ella, varias personas mantenían relaciones sexuales.

Podías unirte a ellas, si querías.

Angelo descendió por la escalera del local que tenía el esplendor de la Roma Imperial. No obstante, por algo se llamaba el Colosseum, como uno de los símbolos más importantes de la época clásica. Se detuvo, examinando el ambiente desenfundado que lo recibió en la primera planta. Una mueca de extraña nostalgia curvó sus labios. Ese sitio era mucho más que un corriente prostíbulo dealto standing. Aquel círculo, había sido creado, entre otras cosas, para preservar la privacidad e identidad de un nutrido número de mujeres y hombres de la siempre crítica y convencional alta sociedad. Aquel anfiteatro del placer había sido construido para alimentar los apetitos más disolutos y escandalosos de unos pocos privilegiados.

Y él era uno de esos privilegiados.

Angelo podía jurar que, por una noche de placeres perversos, muchos de los allí presentes venderían su alma al mismo diablo. Sí, estaba seguro de eso. Podía apostar toda su incalculable fortuna y no la perdería. A fin de cuentas, hubo una época en su vida donde él mismo habría subastado cualquier cosa que poseyera por tener en sus bolsillos unos gramos de crank o cocaína. Por tener en su cama a una buena zorra que soportara sus más oscuras y depravadas exigencias.

Hasta que Geovana lo hizo desear cambiar.

El magnate italiano tomó aire y negó mentalmente. No quería enfrentarse a los recuerdos de la joven en un entorno como en el que se hallaba en esos momentos. No quería pensar en lo solo que estaba. Tampoco, en lo mucho que la echaba de menos.

Miro a su alrededor, buscando a alguien.

Lo encontró.

Angelo flanqueó una tarima en donde las dos mujeres desnudas que se alzaban

encima de la superficie escenificaban una escena lésbica al compás de una erótica melodía. Con desinterés, pasó de largo. Por dondequiera que mirara, el ambiente estaba cargado de deliciosas y excitantes perdiciones.

Cuando llegó a la mesa que ocupaba esa noche Valen Lemacks, metió la mano en un bolsillo de sus caros pantalones y echó un rápido vistazo a su alrededor. Notó como atraía numerosas e incitadoras miradas. Su presencia era tan arrolladora como la del hijo de perra que tenía al lado.

—A veces me pregunto para qué mierdas sirven los reservados en estelugar. Es evidente que con tal de coger follarían donde sea.

Cuando Valen alzó la cabeza de su copa y reparó en su presencia, sus ojos grises, ribeteados de rojo, lo perforaron como un rayo láser mientras su palpable desagrado rodaba por su cuerpo. Aunque llevaba de forma desaliñada un elegante pantalón gris humo, una fina camisa de vestir blanca y unos Forzieri de más de 800 euros como calzado, su aspecto nunca parecía desentonar en ningún lugar. Aquel canalla siempre sería una degradante deidad entre el común de los mortales.

Angeló se fijó también en el cigarrillo enrollado con cannabis que tenía entre los dedos y se llevaba a los labios.

—¿Te diviertes?

Cuando Valen comprendió lo que miraba, se recostó mejor en su asiento y esbozó una cínica sonrisa.

—Un conocido activista del BDSM explicó una vez que los practicantes del sexo convencional, eran como aquel cliente que entra en una heladería italiana de ensueño, repleta de sabores, colores y texturas, con miles de variaciones, y pide al dependiente: «Por favor, uno de vainilla» —Sin apartar los ojos de él, dio otra larga calada y manifestó—: Este lugar está demasiado lejos de considerarse convencional, ¿no crees? Mira a tu alrededor Angelo. Observa en la mesa de apuestas al ludópata que es capaz de hipotecar hasta el último de sus bienes por continuar alimentando su adicción al juego. Contempla al barman que sirve tragos tras la barra. Un cleptómano con una mano muy larga. ¿Y qué me dices de las dos putas a tu derecha? Dudo mucho que lleven la cuanta de cuantas pollas se han comido y se las han cogido esta noche. Ahoradime, ¿piensas realmente que alguien puede aburrirse en un sitio como este?

Ambos se quedaron en silencio, observando las mil y una perversidades que pasaban a su alrededor sin sorprenderles en lo más mínimo.

—Cuando crees que el mundo está completamente a tu disposición, a tus pies,

caes.

—¿Hablas del caso de K. Jhonson o de algo más especial? —preguntó Angelo, sabiendo que Valen nunca dejaría que lo arrinconada.

—Estoy hablando de todos y de nadie. Estoy hablando de ti y de mí — gruñó Valen en respuesta.

—Y de Alejandra, supongo —Le apuntó, maliciosamente.

—Esa maldita mujer conocerá pronto el sabor de la infelicidad. Lamentará el día que se puso en mi camino —dijo entre dientes de forma queda. Bebió de un solo y brutal sorbo el contenido del vaso que recién había dejado el camarero.

—Nadie que no haya conocido la felicidad puede ser infeliz, y Alejandra es tu felicidad. Alejandra es la mujer que te remueve la sangre y hace que ningún pensamiento se vuelva lógico en tu cabeza cuando se trata de ella — Valen se giró para fulminar a Angelo con sus ojos inyectados de ira.

—Ella es la traidora que no solo vendió información confidencial de la empresa a un rival, sino el enemigo que dejé entrar en mi casa, senté en mi mesa y acosté en mi cama. ¿Realmente crees que tendré misericordia?

La expresión de Angelo se endureció al instante.

—Entonces me alegra saber que está lejos de ti. Que no has podido encontrarla.

Valen rió sin humor.

—¿Por qué? ¿Acaso temes lo que pueda hacerle a mi adúltera zorrita?

—Sí, lo temo. Desde que se marchó estás descontrolado, fuera de sí, podrías lastimarla.

—Lastimarla... —repitió con ironía—. Esa es una definición bastante suave para lo que tengo en mente hacer con ella.

Por un instante, Angelo pareció detectar en Valen la misma expresión de sufrimiento que durante los últimos años lo saluda frente al espejo cada mañana; cuando despertaba y no encontraba a Geovana, pero fue rápidamente reemplazada por algo mucho más fuerte. Más salvaje. Cabeceó. Por algo en lo que no debería pensar.

—Escucha bien lo que voy a decirte, porque te juro que así será —La furia parecía dominar a Valen cuando se inclinó sobre la mesa y le juró entre dientes—: No existe lugar en la tierra en donde Alejandra pueda ocultarse, porque no hay piedra que no esté dispuesto a levantar ni muro que no pueda derribar. La encontraré, y cuando lo haga, ni tú ni nadie podrá impedirme que haga con ella lo que se me pegue la gana. Porque es mi mujer. Y es hora de que

entienda ese jodido mensaje. No dejaré ni una parte de su traicionero cuerpo que no pague por sus venenosas decisiones... Juro que lo haré. Por mi vida que lo haré. Porque hay algo que esa pequeña bruja ha olvidado, Angelo, y eso es que estaremos por una eternidad esposados.

ESPOSADOS

Conectados 3

S.M. Afonso PRÓLOGO

La ratoncita había salido de su madriguera y había sido cazada. Y él quería que viera quién era realmente.

Un sádico hijo de puta.

Una criatura de pura maldad.

Un monstruo sediento de venganza.

No existía Dios al que pudiese rezar. Ni infierno que él no estuviera dispuesto a enseñarle.

«Putra traidora.»

Los manos de Valen se deslizaron por los pechos de Alejandra y siguieron el recorrido hasta su garganta de cisne. Ella, desesperada por quitárselo de encima, comenzó a debatirse, luchando y boqueando debajo de él en busca de oxígeno, clavando en el proceso, fuertemente las uñas en sus muñecas.

A Valen no le importó, porque no sentía absolutamente nada. Hacía semanas que el agujero negro en el que siempre convivió se había convertido en un lugar mucho más oscuro. Era como permanecer constantemente tumbado en un potro de tortura. El dolor que había padecido al principio, cuando estiraron al máximo sus miembros, había desaparecido por completo. El mecanismo podía seguir estirando sus articulaciones hasta que no dieran más de sí y acabaran desencajándole hombros y caderas, pero él hacía mucho que había dejado de respirar.

De sentir.

La muerte nunca fue tan reconfortante.

Parpadeó, tratando de ver mejor. Para cuando su visión borrosa se aclaró, descubrió los ojos muy abiertos de Alejandra y un reguero de lágrimas por su rostro tan blanco como la cal.

No eran sus lágrimas sino las de él.

Lleno de rabia, un rugido retumbó desde lo más profundo de su pecho. Respondió a su momento de debilidad estrellando su miembro dentro del núcleo seco de la joven, y sepultando más cruelmente los dedos en su tráquea. Su cabeza cayó mientras se metía en ella con violencia una y otra vez, una y otra vez.

La odiaba y deseaba con la misma cruda intensidad.

Cerró los ojos. Su respiración siseando a través de sus dientes apretados a

medida que una oleada de electricidad amenazaba con incendiarlo. Su cuerpo se tensó. El último de los trechos que lo conducirían hacia la cima del éxtasis estaba peligrosamente cerca.

Pero no podía haber placer sin dolor.

Nunca.

Dejando escapar el único sonido que sus labios habían proferido en todo ese maldito rato, Valen sacó su polla aún dura del interior de su mujer y se arregló el pantalón. Forzó sus piernas a moverse, a que dieran el primer puto paso fuera de la cama para que, cualquier malnacido de los allí presentes con ganas de echarle un polvo esa noche, lo hiciera.

De algún modo lo logró.

El calor le hirvió la sangre cuando un cabrón ocupó el lugar que acababa de abandonar. Sin contemplaciones y, con rudeza, le dio la vuelta a Alejandra y la colocó debajo de él en la cama y la penetró por detrás. Ella chilló en cuanto él la atravesó, pero se quedó en silencio al cabo de un instante; cuando una gruesa polla tuvo la misma eficaz función de un bozal en su boca.

Una joven de aspecto inocente.

Una habitación llena de hijos de puta.

Y una flor de acanto.

Valen dobló los dedos en un puño. Sus dientes se comprimieron tanto que las muelas protestaron. Algo explosionaba como una bomba devastadora dentro de su cavidad torácica.

«¿Celos?»

«¿Ira?»

Miró por última vez a la Alejandra de esa noche. En su mente, todas se llamaban como ella. Con el paso del tiempo se había vuelto más exigente, más exquisito. Ya no le bastaba solo con vestirlas y peinarlas como ella. Quería que tuvieran su misma constitución y altura, su mismo color y corte de cabello y su misma piel de alabastro. Quería ver sus increíbles ojos castaños y su boca de fresa en todos y cada uno de los rostros que seguiría poseyendo y maltratando cada madrugada; hasta que la pequeña y verdadera ratoncita asomara su curioso hocico a la superficie y él pudiera devorarla.

CAPITULO 01

El lugar era una absoluta ruina, resolvió Valen, bajando del deportivo gris. Se reajustó la corbata al cuello de la camisa y tras sus gafas de sol, contempló, por primera vez de tú a tú el terreno que desde hacía unas semanas era suyo.

Algunos de los edificios estaban tan derruidos que eran una auténtica amenaza en forma de monstruos de hormigón. Patios apuntalados, escaleras con grandes grietas, paredes destartadas... Francamente, los inmuebles con los que contaba el solar se hallaban en muy mal estado. Haría falta un plan de revitalización para evitar una catástrofe en aquel lugar.

Y para evitar que numerosos vecinos terminaran en la calle.

Pero él, Valen Lemacks, no era ningún idiota altruista, sino un empresario con un corazón de piedra.

Avanzó con la cabeza en alto hacia el arquitecto e ingeniero que estudiaban unos planos y comenzó a dialogar con ellos, con aire ausente.

La decisión estaba tomada. Lemack's Corporation se favorecía de un contrato que serviría para rehabilitar esa zona londinense con fines puramente comerciales, mientras, decenas de inquilinos se quedarían temporal o permanentemente sin techo.

Un inexorable hecho que debería conmoverlo.

Miró a lo lejos a las personas que vociferaban, fluctuando entre la rabia y la impotencia. Unos lloraban desconsolados. Otros insultaban y procuraban, a base de golpes, recuperar sus hogares. Un cordón policial les obstruía el paso mientras observaban, imposibilitados, como sus pertenencias y recuerdos quedaban reducidos a un montón de bultos en el suelo.

Estaba convencido de que al día siguiente su nombre aparecería en muchos de los diarios del país. Indudablemente, también lo haría en la prensa internacional. Valen trató de sentir algo, cualquier cosa. Piedad o culpa. Pero no sintió absolutamente nada.

Si no fuera por el latido de su pecho, Valen parecería una hermosa y perfecta escultura de Miguel Angelo; con sus esculpidos pómulos la clásica y arrogante nariz, el mentón cuadrado o los sensuales labios. Pero tan frío e inerte como cualquiera de las obras del artista renacentista.

No obstante, en las últimas semanas había algo que faltaba en su interior y que lo hacía verse más cruel, más inhumano. Algo que tenía la capacidad de helar

la sangre cuando lo miraban directamente a los ojos.

Estaba vacío.

Completamente hueco por dentro.

Carecía de un alma.

Y la responsable no era otra que Alejandra Acosta.

Su rabia por ella iba más allá de una simple infidelidad. Ella lo había traicionado con su hermano, su mayorenemigo. Entodoslossentidos. Desde la posición privilegiada que le daba tener su confianza y ser su esposa, había tenido fácil acceso a información que, indudablemente habría podido pasar a Celia o a Damiano, favoreciéndolos desde dentro, cooperando con ellos en la pérdida de un jugoso contrato y entorpeciendo la caída de Li Volsi Mining.

Sí, su engaño tenía más connotaciones que una arriesgada abertura de piernas para otro hombre, lo cual, ya era lo suficientemente malo para él, resolvió Valen con la postura rígida y el semblante lívido de cólera. Imaginarse a Alejandra retozando en los brazos de su hermano lo llenaba de una indescriptible repulsión.

«Hijos de puta.»

En la lejanía, dos hombres aparecieron como de la nada, impactando, instantáneamente en su campo de visión. Vestían tan elegantes como cualquier otro ejecutivo de su corporación, pero su labor distaba mucho de parecerse a la de uno de ellos.

Valen se despidió del arquitecto e ingeniero y cruzó el espacio que los separaba.

Gael y Davis eran los únicos que trabajaban sin resuello para encontrar a su fugitiva mujercita; para el resto del mundo, Alejandra echaba tanto de menos a su familia que pasaba una temporada con ellos en España y su matrimonio iba viento en popa. Nada más lejos de la realidad. El secretismo con el que se llevaba el tema, hacía la búsqueda más lenta. Másdesquiciante. No contaban con personal que les resolvieran los asuntos más elementales, y eso les robaba un tiempo y esfuerzo valioso.

—Señor —Lo saludaron ambos hombres.

—¿Qué novedades hay?

El conciliador Gael miró rápidamente a su compañero, acordando con ese gesto que sería él quien hablara.

—Ya sabe que ni la policía, ni en el aeropuerto ni otras instituciones pueden vulnerar la ley de protección de datos si no tienen autorización de la persona en cuestión. La ley impide que se revele cualquier información a ese respeto,

pero siempre hay... ciertos hilos.

Valen bufó. Los hilos no debían ser otros sino las personas que venderían hasta sus madres al diablo por una bonita cantidad de dinero o porque realmente sabían apreciar sus vidas.

—Ahórrame la parte burocrática y pasemos a lo que me interesa. —Bajo las gafas de sol sus ojos despedían flechas fatídicas—. ¿Damiano Li Volsi ha abandonado el país, sí o no?

Hubo un tenso silencio.

—Al parecer, hay indicios de que ha viajado a Italia, señor. —¿Y mi esposa? Legalmente seguimos casados.

—Cada vez estamos más convencidos de que continúa aquí, en el país.

Valen lanzó sobre ellos una mirada de advertencia que haría palidecer a más de uno.

—Entonces encuéntrela. Se me está agotando la paciencia.

Sin darles la oportunidad de decir algo más, se alejó, de vuelta a su coche. Solo después de que estuvo sentado en el sillón de cuero de su deportivo, y detrás del volante, se quitó las gafas y estudió su reflejo en el retrovisor. Líneas de cansancio surcaban su rostro y su barba, habitualmente de horas o pocos días, se había convertido en una abundante capa de vello que le confería un aspecto más fiero.

Se frotó los párpados cerrados con los dedos.

La falta de sueño y el estrés por no tener respuestas lo hacían sentirse fuera de control, incluso, enfermo. La necesidad de esnifar o inyectarse alguna porquería, era cada día igual de grande que la necesidad de violencia en el sexo.

De un sexo que ni siquiera disfrutaba.

Los recuerdos de la noche anterior viajaron en tropel a su memoria. Las piernas de una puta bien separadas, sus uñas cortándole la piel de las muñecas, sus gritos de dolor resonando más allá de las cuatro paredes de una recámara mientras él estrangulaba su garganta y la rompía por dentro antes de pasársela, como fardo desechable, a otro de los cabrones del club Colosseum. Con cada vejación y presión de sus dedos, había ansiado ver en la ramera a la pequeña zorra que lo perseguía, que flotaba en su mente cada puta hora de cada puto minuto y segundo.

El genio de Valen explotó, denso y potente. El estruendo fue tan ensordecedor que quedó momentáneamente ciego de ira.

Apretó el volante con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

Había sido demasiado condescendiente, demasiado tolerante con Alejandra, e iba siendo hora de que la perra entendiera plenamente la pesadilla en la que se había metido.

«Pequeña tonta.»

Solo una vez que se encontraran nuevamente frente a frente, él destruiría cada revestimiento de ella. La despojaría de sus sueños y voluntad.

Fantasear con su mirada llorosa, con su piel enrojecida y en todas las veces que se vendría dentro de ella; tantas que su apretado coño estaría goteando su semiente a cada momento, lo ponía duro. El hielo de su sangre se transformaba en una lujuria que nunca antes había sentido por ninguna otra mujer.

Negó, tratando de echar su fantasma con ese ridículo gesto. Deseando, desesperadamente, que se convirtiera en una niebla residual para tener unos instantes de paz.

Pero perdió la batalla.

Había perdido esa batalla todos y cada uno de los malditos días transcurridos desde su abandono.

En esos momentos, unos polvos mágicos y una prostituta sonaban como el plan perfecto para culminar ese miserable día. Sabía que, como en el pasado, se estaba balanceando por una delgada cuerda a una altura mortal.

Pero no tenía miedo.

¿Cómo podía hacerlo cuando no le temía a la muerte?

Agarrando la palanca de cambios, encendió el motor del deportivo. Con la bestia rugiendo y sacudiéndose debajo de su asiento, sacó del bolsillo de su chaqueta el móvil y escribió rápidamente un mensaje.

En una hora en mi departamento. Ponte el vestido que elegí para ti.

CAPITULO 02

— Imaginaba que habías llegado —murmuró Shannon Bonham sin volverse a observar al visitante que había irrumpido en la pequeña terraza.

El hombre se acercó y apoyó las manos en la barandilla, mientras observaba en el horizonte a una mujer que se ensuciaba las manos con un trabajo que amaba y que él conocía. La virtud de aquel ser que trabajaba en lo que le gustaba hacía que no importase lo caro o sencillo de su indumentaria, igual siempre se embadurnaría de tierra hasta arriba.

—¿Cómo está ella? —preguntó él.

—¿Prefieres la versión edulcorada o la científicidad desde un punto de vista psicológico?

—Pensaba que Alejandra era tú invitada, no un paciente al que estudiabas.

—Es imposible no hacerlo —Se encogió de hombros—, digamos que es la costumbre —El hombre sonrió—, pero no está muy bien —dijo con sinceridad—. Esta mañana vio una noticia muy perturbadora en el diario y se ha cerrado en ella misma. Luego recibió una llamada pero Deva había irrumpido como caída del cielo.

Angelo Zammicheli guardó silencio y se cruzó de brazos. Observó los ojos de Shannon que se había girado a observarlo.

—¿Has tomado una decisión ya?

—¿A qué te refieres?

—A ella —dijo, señalando con un gesto de cabeza a la mujer que los arbustos del jardín dejaban entrever—. No me malinterpretes. Estoy encantadísima de tenerla por casa, pero me temo que su marido, no pensará lo mismo. Puede que Valen Lemacks trabaje detrás de un escritorio, pero tú y yo sabemos que puede ser tan implacable como cualquiera de tus hombres en medio de una operación encubierta. ¿Cómo está Valen? ¿Qué crees que piense y diga cuándo sepa que Alejandra ha estado escondida aquí todo el tiempo?

Angelo sonrió internamente.

Valen iba a despellejarlo vivo. Sabía que la reacción que él tendría no sería nada pacífica. Él le había mentado deliberadamente, diciéndole que no sabía dónde estaba ella y que por más que buscaba, parecía que la pequeña se había desvanecido como la espuma en el mar. Él mismo haría ver a cualquier miserable el infierno si estuviera en una situación similar.

En su disfraz de respetable empresario, no se esforzaba por cultivar las relaciones que otros se matarían por tener; aborrecía los estándares propios de la riqueza y solía negarse a mantenerlos. Su trabajo en la Unidad Especial no era en absoluto glamuroso, solo requería de grandes camaradas a su lado dispuestos, incluso, a morir en medio de una misión. Lo único en lo que se tenía que preocupar en cada maldita operación era en regresar a casa con vida. Algo sencillo porque, él, era Midgard. Un sicario tan invisible y silencioso como una sombra.

Angelo observó a Alejandra y sintió pena. Por su pasado, por su presente... pero sobre todo por su futuro.

—Valen no está en sus cabales y Alejandra corre un grave peligro. No solo por él, sino también por la secta.

—La muchacha está en peligro desde hace mucho tiempo, Angelo — cabeceó la mujer—. Dudo mucho que el panorama haya cambiado algo.

—Es cierto —reconoció él—. Solo le hemos dado tiempo.

Había aumentado la vigilancia a la bonita española tras el ataque sufrido. Esa era la razón por la que Shannon Bonham, antes incluso de que anoheciera ese día de hacía un mes, había tropezado fingidamente con la joven y su perro, justo en el momento en que salían de una modesta pensión en donde Patch, al parecer, no era bien recibido.

Llevaba años neutralizando organizaciones criminales que se escondían bajo el nombre de congregaciones religiosas o ideológicas. Los discípulos de Magus habían formado una de las sectas más peligrosas de Europa en el siglo XX.

Hombres poderosos de la alta sociedad desfilaban en sus filas, y desactivarla había sido como extirpar un enorme tumor en el culo. Pero como todo quiste mal arrancado había vuelto a crecer y a regenerarse, y Valen Lemacks era uno de sus grandes objetivos.

Él poseía todo lo que necesitaban: poder, dinero, influencias... Y él era el primogénito de Marzio Li Volsi, uno de los ancianos que lideraron en su época el consejo en Italia.

Al parecer, los malditos hijos de perra poseían una vena romántica, pero muy poca paciencia. La negativa de Valen a formar parte de toda esa mierda, había causado más de un disgusto... y más de una satisfacción.

Damiano Li Volsi tendría su oportunidad.

Puede que no fuera el segundo hijo de Marzio Li Volsi.

Pero legítimamente si lo era...

—El otro día que estuvimos merendando juntas, me dijo que había sido una bendición el recibir una oferta de trabajo en ese momento. Dudo mucho que no hayallegado ala conclusióndequelacasualidad, no tuvo nadaquever connuestro afortunado encuentro.

El hombre suspiró, mientras ocupaba una de las sillas debajo de la sombrilla.

—Puede ser, pero eso es exactamente lo que debes ocultar.

—Y lo hice, pero Alejandra no es tan crédula como antes. Algo ha cambiado en ella. Antes me hubiera hablado sin tapujos de Valen, o de su relación — Ella ocupó el otro asiento—. Es como si...

—Como si la oscuridad la hubiera consumido también.

—Yo diría más que eso... —suspiró—. Es como si levantarse cada día fuera para ella una batalla ganada que agradecerle a los dioses de la guerra. Hoy se celebra, pero al caer la noche la batalla se desata de nuevo.

—No estoy tan seguro que ella sepa en el peligro en el que se encuentra. Alejandra jamás uniría el accidente que tuvo con la Orden. Ni siquiera creo que ella sepa lo que significa en la vida de Valen.

—Pero en eso consiste tu trabajo, ¿no? En mantenerla a salvo —Shannon sonrió, pero la sonrisa murió antes de nacer—. Pero me pregunto quién lo salvará a él.

—Eso solo puede hacerlo una persona.

—Ella —adivinó la mujer, dirigiendo una mirada cariñosa a su invitada.

—Sí, ella, Alejandra.

—¡¡¡Papá, has vuelto!!!

Deva Zammicheli se paró en el borde de la puerta que separaba el interior de la mansión con la terraza. La muchacha de dieciséis años de edad sonrió y salió corriendo a su encuentro a abrazarle. Su largo cabello cenizo danzó con cada una de las zancadas que dio su figura grácil.

—¡Oh, papá, me alegra tanto verte! —celebró, mientras lo abrazaba con fuerza.

—Vas a matar a tu padre —rió Shannon—. Un día de estos lo vas a asfixiar.

—¿A dónde va con tanta prisa, mi espía favorita? —preguntó Angelo, cuando la muchacha apoyó el codo en su hombro.

—Iba a ayudar a Alejandra con las lilas que está plantando —sus iris del color del oro se iluminaron—. Ella es realmente buena con la jardinería, y me gustan las historias que suele contar. ¿Algún día me llevarás a conocer Canarias, papá?

—Ya veremos —respondió él, besando a su única hija en la frente—, pero

tienes que tener cuidado, Deva.

—No te preocupes, papi hermoso. La agente especial D está siempre lista. Ella no se enterará que vienes y que secretamente la espías. —Deva...

—¡Además eres el papito más guapo que puede existir en este mundo! — Le regaló un sonoro beso en la mejilla y luego se fue alegremente por donde había llegado.

Shannon Bonham soltó una carcajada, mientras una nueva luz se despertaba en los ojos del hombre.

CAPITULO 03

Valen permanecía en la oscuridad de su ático contemplando la ciudad iluminada por la luna llena. Bajo los acorazados ventanales del salón, la comparsa de sonidos externos quedaba totalmente fuera de su alcance.

Eran las tres de la madrugada y las carreteras, llenas de tráfico, de voces y de irritables ruidos durante el día, parecían haber muerto con el transitar de las horas.

No podía dormir.

Sus pesadillas eran cada vez peores.

Sus recuerdos, insoportables.

Quedarse hasta altas horas de la madrugada en el Colosseum, o en cualquier centro nocturno que le suministrara todo el alcohol que quisiera, y un polvo duro y rápido con una casquivana, se había convertido en su deporte favorito cada noche; conducir más tarde hacia su ático, en una auténtica odisea de vida o muerte.

Muerte.

La muerte sería la única forma en la que dejaría de sentir aquel maldito dolor. O la venganza.

Comenzó a sudar y abrió y cerró los puños varias veces, a medida que la furia y la ansiedad se apoderaban de él.

Sí, la venganza le parecía mucho más atractiva y apetecible que la aburrida muerte.

Una imagen cruzó por su mente. El precioso y pálido rostro de una mujer que lo miraba con desorbitantes ojos castaños, mientras él la estrangulaba al compás de sus furiosas embestidas.

Valen sintió que la habitación comenzaba a dar vueltas, que las paredes se estrechaban y que estaban a punto de engullirlo. Tambaleándose se alejó de los ventanales y encendió todas las luces, se dirigió al mueble bar y, con manos temblorosas, se sirvió un trago de lo primero que pilló. Se lo bebió de un solo trago y llenó, por segunda vez, el vaso, salpicando todo con la inestabilidad de su pulso.

Había deseado con todas fuerzas dejar de pensar en ella. En esas fantasías horribles. Solo por un momento. Pero como solía suceder siempre, esa maldita

zorra seguía deteriorando su cordura e invadiendo cada puto pensamiento de su mente.

Pero era difícil desterrar para siempre de la vida a alguien con quien te olvidabas de todo.

Que lo significaba todo.

—¿Te han besado alguna vez? Ella negó tímidamente.

La sangre italiana de Valen, tan maldita como la de su padre, despertó en ese momento. «Mía». Generaciones de machos alfa habían anhelado a lo largo de los siglos encontrar a alguien como Alejandra. Torció el gesto con sarcasmo. Sonaba irónico que alguien, justamente como él, obtuviera tan preciado regalo y no otros.

La lamíó de forma seductora, juguetona.

—Dicen que lo bueno de los años es que curan las heridas, y lo malo de los besos es que crean adicción. Así que si te beso ahora, no habrá vuelta atrás. Si te beso ahora, como pretendo hacerlo, te besaré cuando quiera, como quiera y dónde quiera. —La instó a dejarlo entrar. Ella gimió entreabriendo la boca y Valen aprovechó para hacer fuerza con la lengua y abrirla, deslizándola adentro hasta encontrar la suya.

«Su primer beso», recordó Valen, sintiendo en su pecho un dolor tan agudo como una acuchillada mortal.

Alejandra podía haberlo engañado en muchas cosas, pero no en su inexperiencia. A sus treinta y tres años edad, él ya había visto y probado de todo como para diferenciar bien entre una inocencia auténtica de una fingida.

Pero Damiano se habría asegurado a esas alturas de acabar lo que él había comenzado...

Con cada músculo tenso, y la sangre hirviéndole de rabia, Valen tragó, de nuevo, el líquido ambarino de su vaso. Fuerte, potente, el nocivo brebaje debería haberle quemado la garganta y estómago, pero la maldita mierda parecía un jarabe para bebés en su contaminado organismo.

Sus largos dedos oprimieron con cólera el cristal, recordando cómo Alejandra había suspirado dulcemente y cerrado los ojos, y como él había aprovechado para profundizar el beso y aplastarla más contra su cuerpo. Sus cuerpos se tocaron, cintura contra cintura, y ella había exclamado suave y entrecortadamente al sentir contra el vientre la fuerza de su miembro.

Entonces el deseo había aumentado, el hambre se había vuelto incontrolable y, él, tras meter las manos por debajo de su camisa y masajearle la carne acalorada, había gruñido como un animal y la había zancadilleado al suelo del

invernadero. Pronto la tuvo debajo de él, mientras lo contemplaba jadeante y sofocada.

— No puedes hacerte ni la más mínima idea de cuantas veces he soñado con acariciar el momento de la entrega total —confesó, al tiempo que una mano comenzaba a deslizarle las mallas por los muslos hasta las rodillas.

Alejandra le había puesto una mano encima de la suya, tratandodeapartarlo, pero fue inútil.

—No...

—Sí, maldita sea, sí. Soy tu esposo y tú mi mujer. Puedes luchar contra esto todo lo que quieras, pero no ganarás.

Y entonces él había acallado sus protestas besándola de nuevo, recordó, con la parte superior de su pecho moviéndose ajetreadamente por la acelerada respiración y con una erección creciendo detrás de su elegante pantalón negro. Recordó, también, como Alejandra se había retorcido contra su boca cuando él le había abierto las piernas, pasando una mano afiebrada por esas formas temblorosas, y como él se las había arreglado, rápidamente, para subirle la camisa ysacar sospechosoporencimadelascopasdel sujetador. Conelsudorcomenzando a perlar su piel y con los músculos de su cara rígidos y tensos, se había quedado absorto contemplando sus rosados pezones, y rozado las puntas erectas con los pulgares.

Le había exigido que le jurara que era suya, que toda ella lo era, mientras la besaba en el cuello y dibujaba un sendero de la mandíbula a sus senos. Le había dicho, incluso, que dejara de luchar. Que su cuerpo le decía sí,auncuando sumente combatía y se resistía.

Y le había advertido que sería él, y no otro, quien la iniciaría en el sexo y quien la enseñaría a dar y a recibir todo el placer que alguna vez pudo imaginar.

Entonces él había tratado de internarse profundamente dentro de su vagina, tras estimularla con destreza y hacer que se humedeciera, y ella no había podido contener un gritito de sorpresa e incomodidad. Él cerró los ojos por un momento, recordando, como la idea de hacerla gritar y llorar, y no solo de placer, había sido demasiado tentadora.Pero cuando descubrió la barreradesu virginidad, el presente y el pasado se habían entremezclado, peligrosamente.

Y todo había acabado.

Él le había ladrado que se largará antes de que fuera demasiado tarde para él. Para ella.

Jadeando, los ojos de Valen se abrieron de golpe. Sus fosas nasales estaban dilatadas con la intensidad de su respiración irregular.

El monstruo del pasado quería volver a salir y estaba perdiendo la batalla para mantenerlo bajo control.

Estiró la mano y su palma encontró el frío yeso de la pared. Con la cabeza inclinada, trató de calmarse, pero solo podía pensar en una única cosa: por Cristo, que no solo no olvidaría a la pequeña perra, sino que no descansaría hasta llevarla con él a las mismas entrañas del infierno.

Valen aprisionaba con tanta ferocidad el vaso en su otra mano, que este, de pronto, se rompió. La sangre empezó a gotear de entre sus dedos, manchando el pulcro piso. Balanceándose, dio un paso atrás.

Estabasufriendo como nunca antes lo había hecho. Ni siquiera el cabrón que tuvo por padre había logrado mellar su fuerza ni voluntad. Pero esa rastrera de dulce mirada, sin embargo, le había arrancado una parte importante de dentro y la había pisoteado bajo sus pies.

Nunca más le permitiría a nadie hacer esa mierda con él.

Nadie volvería a hacerle daño, se prometió.

Una hora más tarde, y después de haberse curado y vendado la herida de la mano, todo permanecía en el más absoluto silencio. Maldiciendo, Valense pasó losdedos por su, últimamente más largo cabello y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación, preguntándose, por qué el maldito tiempo transcurría tan despacio. Como una polilla atraída por la luz, se dirigió de vuelta al mueble bar, pero se quedó petrificado a mitad de camino. El cuerpo se le tensó de pies a cabeza cuando sus ojos impactaron directamente con la pequeña mesa de café. Su mirada se dilató de deseo y las palmas de sus manos se humedecieron.

Retrocedió.

No podía.

Se preguntó entonces por qué malditamente había sobre la madera de la pequeña mesa, todo lo necesario para que el cerebro te volara por la inhalación masiva de cuanta porquería podía existir: Cocaína, Marihuana, Éxtasis, eran los más utilizados, pero también había mezclas con las que la vida se podía convertir en un peligroso juego de azahar.

Valen hizo un esfuerzo para controlarse. Había pasado por mucho, se había tambaleado en el filo del peligro demasiadas veces, y siempre se había mantenido entero. Pero ahora, sin embargo, se hallaba precariamente inestable y necesitaba evadirse. «Olvidarla.»

Perdiendo la fuerza de voluntad, y sintiendo que sus rodillas cedían, se sentó en la alfombra, con el potente banquete de venenos frente a él. Invitándolo, seduciéndolo.

En el pasado no se le había dado mal lo de acercarse al borde del vacío, colgarse por un tiempo en él y luego impulsarse de vuelta a la seguridad.

¿Por qué ahora iba a ser diferente?

Con resolución, Valen jaló de la pequeña plancha de acero, y de una de las diminutas bolsas sacó un polvo blanco. Sus labios se curvaron en una lánguida sonrisa. Un viejo amigo que volvía al redil como oveja negra regresando a casa. Con otras dos planchas de acero ordenó el polvo en una cuidada y uniforme línea horizontal. Dieciséis onzas de narcótico puro. Cuando estuvo todo listo sobre la superficie, Valen se sintió como el cabrón rebelde que había sido de adolescente. El yonqui de mierda que buscaba evadirse de la aciaga realidad que lo rodeaba. Cuando por fin esnifó con un limpio movimiento de muñeca, que solo la práctica podía otorgar, le ardieron las fosas nasales. Pero el ardor fue como el abrazo que le da el padre al hijo pródigo que vuelve luego de un largo y mundano viaje.

Bendito infierno, esa porquería lo volvía filósofo, pensó con cinismo.

CAPITULO 04

Despertó de nuevo a la misma hora que los últimos treinta y un días. Caminó hacia el baño, se aseó y luego, de regreso al dormitorio, como aún era demasiado temprano, ocupó su solitario lugar en el sofá frente a la ventana. Ese lugar que había sido suyo hacía mucho tiempo.

Subió y dobló las piernas sobre el acolchado material y se arrebujó en una manta. Treinta días, con seis horas y veinticinco minutos. El mismo tiempo que llevaba allí escondida, que bombardeaba su cabeza con ideas cada vez más locas y... sin ver a Valen.

Eso era lo que más le dolía, porque incluso casi treinta y un días después, seguía sintiendo una fuerte opresión en el pecho cada vez que le recordaba. En todo ese tiempo no había encontrado ningún sólo momento de paz. Y su alma desfallecía poco a poco con la idea de llevar una vida tan aséptica y funcional como la que tenía ahora.

Llevaba sin dormir hacia muchos días y el cansancio de sus músculos contracturados comenzaba a pasarle factura. Un elevado precio para alguien como ella.

En ningún momento había pensado que sería fácil la decisión que estaba tomando. Muy por el contrario, cuando decidió abandonar la mansión Lemacks, sabía que se estaba echando al lobo Lemacks encima. Pero nunca habría podido medir la intensidad del desgaste físico, mental y sentimental de poner en orden sus entregados pensamientos. Tenía tantísimo pros y contras que la desesperaban.

Aún lo amaba y estaba segura que haría falta más de una sola vida para dejar de hacerlo. Cuando lo conoció jamás pensó en llegar a ser algo más para él que una simple amiga, y luego había sido todo un descubrimiento sociocultural con resonancia universal, cuando pudo rodar su anillo de casada en su dedo anular. Y todo por una llamada telefónica.

Alejandra se abrigó un poco más mientras las ideas salpicaban el parabrisas de su memoria. Valen Lemacks no era un santo, pero era el dueño absoluto de cada parte de su ser.

Sacudió la cabeza viendo el amanecer y pensando cómo es que estaría Valen en ese mismo instante.

Ella lo extrañaba tanto.

Cerró los ojos un momento más, mientras una pequeña lágrima caía por su rostro. Cada día había pensado cosas tan diferentes que ya no sabía qué creer. Celia le había mostrado un Valen que ella no conocía, que le aterraba. Pero también amaba a un hombre que podía ser tierno y considerado, que siempre había estado con ella, protegiéndola, cuidándola y aunque no lo quisiera reconocer, también amándola. Estaba confundida.

Había tenido tanto tiempo para pensar en mil y una posibilidades que no sabía que debía creer. Había pasado por tantos estados anímicos que se sentía seca y cansada. Celia tenía los suficientes fundamentos para que Valen fuera condenado a la horca como el peor de los criminales, pero ella conocía la parte noble que él intentaba ocultar. No podía creer que un hombre así...

¡Eso no era cierto!

Si ella no hubiera creído en lo que Celia le dijo, jamás hubiera abandonado a su marido. Pero había tomado una decisión rápida y luego de tanto tiempo no sabía si había sido la correcta.

Aún tenía dudas.

Y aquello siempre oprimiría su corazón.

No podía evitar amarle porque el amor no era sólo un estado pasajero. El amor,

al menos para ella, era el desprenderse y olvidarse de uno mismo por el bien del otro. Y si él no se hubiera metido con su hermana, ella habría estado dispuesta a entregarle su propia alma al diablo si con ello podía salvar la de Valen.

Ocho y media de la mañana, y Alejandra salió más que disparada para poder estar lista.

Hoy debía realizar algunos trabajos en los jardines traseros de la casa de campo de Shannon Bonham.

Alejandra no tenía planes de regresar a Tenerife porque sabía que era el primer lugar en el que Valen enviaría a Gael o a Davis, así que no podía. Inglaterra tendría que seguir siendo su hogar por algún tiempo. Mientras podía seguir trabajando con la señora Bonham.

Era curioso cómo se había encontrado con ella y cómo, cuándo pensó que debía pensar en buscar un trabajo como camarera, limpiadora o en alguna floristería, ella había aparecido como un ángel salvador enviado por Dios para ayudarla. Le había ofrecido rápidamente un trabajo para que tuviera a cargo el mantenimiento de los jardines de su mansión en las afueras de la ciudad. Los jardines eran un desastre luego de un invierno peculiarmente duro.

Alejandra le había sonreído y había agradecido su buena suerte.

En ese momento no había caído en la cuenta, pero luego, cuando le preguntó cómo sabía que ella podía hacer el trabajo, la mujer se limitó a responder que cuando se conocieron, Valen se le había dicho.

—Buen día, señora —Alejandra contuvo la respiración mientras observaba por el pasillo a la ama de llaves de la casa.

—Buen día...

La mujer pasó de largo y aquello era otra de las cosas que debía considerar. Shannon Bonham no le había dado un trato de empleada; sino, por el contrario, le había dicho que ellas eran amigas y que jamás dejaría que fuera a dormir al área de servicio.

Ella era una invitada hasta que decidiera quedarse, hubiera terminado el trabajo o no. Ahora que lo pensaba bien, parecía que la mujer estaba segura de que Valen daríatardeo temprano con suparadero. No sabíaporqué, pero tenía esa impresión.

¿La señora Bonham le ocultaba algo?

¿Sería ella la que le informaría a su esposo en dónde se alojaba?

Esperaba que no lo hiciera por que no estaba lista para enfrentarse a su implacable marido.

«Nunca vas a estarlo» Se quejó su consciencia.

Ya lo sabía, pero, quería pensar que había acumulado más que buenos momentos y que algo de su consciencia y formas se le habían pegado. Esperaba que fueran las correctas.

Rápidamente, e intentando correr de sus propios pensamientos, Alejandra recorrió el pasillo hasta la terraza.

Allí acompañaba todo los días a la señora Bonham, pero esa mañana no la veía en los alrededores, ni tampoco en la pequeña mesa de desayuno con una encantadora sombrilla y tazas de porcelana, al típico estilo inglés.

Se sentó y rápidamente la servidumbre la atendió.

—Señora, el diario.

—Gracias —murmuró, agradeciendo que su inglés fuera más fluido y comprensible para los demás. Otra cosa que tenía que agradecerle a Valen Lemacks.

Abrió el diario y aquellos ojos grises que la aterraban y que extrañaba en las mismas dimensiones la observaron impertérritos.

Leyó con rapidez el titular y un poco de la noticia.

Se llevó la mano a la boca.

¡Dios mío... !

—Preciosa mañana, aunque algo fría.

Ella levantó la mirada del diario matutino.

—Buenos días, Shannon. —saludó, bastante contratada, mientras se decía así misma que había leído mal y que no podía ser cierto.

Quizás su inglés todavía estaba verde y su comprensión era errática. Se negaba a creer que Valen siguiera dando muestras de lo desalmado que podía llegar a ser.

¡Santo cielo!

—¿Alejandra, sucede algo? —preguntó la señora Bonham. Alejandra negó—. Jesús bendito, te has puesto repentinamente pálida. ¿Te sientes bien?

Alejandra asintió porque el nudo que se había formado en su garganta no la dejaba emitir palabra ni sonido alguno.

—Toma un poco de jugo, eso ayudará. El dulce te estabilizará el cuerpo.

La mujer obedeció y Shannon la observó con amables ojos maternos. Se giró ligeramente y se percató que Alejandra tenía apretado en su puño el diario.

—¿Me permites? —preguntó, señalando el papel.

Alejandra vaciló unos minutos y le extendió el periódico. Se mordió las mejillas internamente, deseando que su anfitriona no le preguntara absolutamente nada. Estaba tan lista para dar explicaciones como la primera vez que había llegado a la casa.

La mujer leyó atentamente y negó con la cabeza.

—Ya entiendo porque tu repentina descompensación. No te preocupes, querida, esto que dicen —murmuró acariciándole una de las manos—, no es cierto.

¿No era cierto?

¿La señora Bonham podía poner las manos en el fuego por Valen? Porque sin duda, ella misma no podría. Y era la esposa, quien se suponía debía ser su calma, tranquilidad y apoyo.

Alejandra suspiró.

—El jardín del exterior oeste está casi listo.

—Gracias, cariño —murmuró la mujer, pero dejó el diario y la observó atentamente—. ¿Por qué te fuiste de casa de tu marido, Alejandra? —Ella se atragantó con el café—. Dudo mucho que Valen te dejara desprovista de todo y a tu suerte, sobre todo luego de lo que pasó. ¿Han discutido, verdad?

¿Discutido?

Alejandra quiso reír. ¿Cómo podía contarle que su marido se había metido en

la cama con su hermana, antes de conocerla, y que había hecho que abortara a su sobrino? Un sobrino-hijastro o, ¡sólo Dios sabe lo que hubiera sido ese niño para ella!

—Yyo...

—Entiendo que seas una mujer reservada, pero necesito saber a qué nos enfrentamos. Recuerda que estamos del mismo lado —dijo guiñándole un ojo. La joven meditaba si desahogarse con la buena señora o no, cuando del interior, un trinando ruiseñor salió cantando y bailando alegremente como si el mundo fuera el lugar más maravilloso.

—¡Bueeeeenas, hermosas damas!

Se sintió aliviada. El zalamero gorrioncillo saludó con un sonoro beso a Shannon y luego le regaló otro a ella. La dicharachera adolescente enlazaba una oración seguida de otra como si el mundo se fuera a acabar y no quisiera dejarse a medias nada por decir. Ale sonrió. Se notaba que la hija de Angelo era una muchacha amada y protegida.

Su celular comenzó a sonar en su bolsillo. Lo sacó y leyó el nombre en el identificador de llamadas. Demonios...

—Disculpadme un momento... ya regreso —Seexcusó y caminó hacia el interior de la mansión.

CAPITULO 05

La tensión que había existido en la sala de juntas esa mañana no causó ninguna conmoción. Todos los allí presentes sabían que Valen Lemacks era un depredador en busca de una presa. Aunque tenía un olfato fino para los negocios, y era una máquina de hacer dinero, el camino que había tenido que recorrer para levantar el sólido imperio que dirigía no había sido fácil.

Y Mathew Hayes conocía bien su historia. O parte de ella. La única que su jefe y mentor le había permitido vislumbrar.

En la Universidad, aunque venía de una importante familia, nadie sabía por qué se movía en transporte público o se empeñaba en vivir en un pequeño departamento en uno de los barrios obreros de la ciudad. Se rumoreaba, incluso, que había vagabundado por las calles; sin dinero, sin un techo en el que cobijarse y sin nada caliente que llevarse a la boca.

Quizás todo era parte de un aprendizaje personal.

O de un castigo.

En cualquier caso, lo único que sacaba en claro Mathew Hayes era que, por aquel entonces, Valen había tenido hambre y un astuto cerebro para las finanzas, pero no había sido codicioso. Nunca condujo un llamativo coche o se mudó a una preciosa mansión. A diferencia de lo que a muchos les gustaría creer, de su abuela, Noelle Lemacks, únicamente había heredado su apellido. Su riqueza por el contrario, una vez fallecida, había ido a parar a distintas organizaciones no gubernamentales.

Y por esa razón no lograba comprender qué diablos estaba pasando por su mente en las últimas semanas. Había pasado desde un empresario ambicioso, pero justo, a uno con gula de éxito y poder. A Mathew le espantaba calcular las expropiaciones que Lemack's Corporation había hecho, solo, en los últimos catorce días.

Rogaba cada día para que Alejandra regresara pronto de visitara su familia. Sospechaba que era ella, y no otro, el motivo por el cual Valen se comportaba más como un destructor que como un edificador de sueños. La quería y, evidentemente la extrañaba con locura.

Mathew tocó en su despacho.

—Adelante —escuchó.

Entró y se detuvo en seco. Un sujeto de unos sesenta años de edad estaba de

pie frente a él. Valen parecía más concentrado en la pantalla de su ordenador portátil que el extraño individuo, y aunque tenía una expresión calmada, Mathew no se dejaba engañar.

—Disculpa, no sabía que estabas ocupado.

—El señor, Cacioppo, ya se iba, ¿no es cierto?

Mathew volvió la mirada hacia el aludido.

—Ni siquiera me ha dado cinco minutos de su tiempo —hablaba con un marcado acento italiano.

Valen levantó la mano, aparentemente hastiado.

—He escuchado y considerado su magnífica proposición —dijo con un eje de ironía—. Pero no me interesa. Ahora, si no hay nada más de lo que hablar, doy por concluida esta breve y fructífera reunión.

El hombre pareció rechinar los dientes mientras se alisaba la corbata, evidentemente molesto con la actitud desinteresada de su jefe.

—Le ruego lo consideré. Su padre...

Valen de pronto se puso de pie, y Mathew casi pudo jurar que el señor Cacioppo sintió deseos de correr hacia la puerta cuando lo vio bordear la mesa y aproximarse a él con peligroso ademán.

Se quedó a escasas pulgadas del italiano, y lo miró con firmeza, los ojos semi-cerrados en los que brillaba un extraño fuego amenazador.

—Mi padre fue un lobo con piel de cordero que llevó muy lejos sus fanatismos y sectarismos. Él, al igual que toda vuestra comunidad, creía que la Orden era lo único real, la única verdad posible. La mente todo lo puede, todo lo puede justificar. Creer o no creer son los polos opuestos de una misma cosa. Los devotos serán salvados, los infieles serán castigados por ello... Todo se reducía a la fe, a la generosidad y al sacrificio de los que ocupaban un lugar inferior en la jerarquía, porque el resto, los altos cargos, gozaban de absoluta inmunidad. Inmunidad para robar. Para torturar y violar. Inmunidad para asesinar.

—¡No sabe de lo que está hablando!

Valen hizo un gesto a Mathew para que le abriera la puerta a su invitado.

—Sé muy bien de lo que estoy hablando, porque pasé dieciocho años de mi vida padeciendo ese infierno.

A última hora del día, Valen conducía por Camden Road y Kentish Town Road, dos de las avenidas principales que se extendían a partir de la entrada de la estación del metro. Cuando un semáforo en rojo lo hizo detener su Volvo, esperó, observando distraídamente a los peatones que parecían personajes de

todo tipo. Desde banqueros y estudiantes de postgrado de la Universidad de Londres, hasta punks, tatuadores y vendedores de droga, que escondidos en las esquinas de los viejos y sucios edificios o comercios de comida rápida y grasosa, intentaban vender marihuana.

Valen apretó el volante sintiendo que una fina capa de sudor empezaba a perlarle la frente. Con movimientos bruscos, se desanudó la corbata y la tiró al sillón del copiloto junto a la chaqueta de su traje Dolce & Gabbana.

Hasta hacía solo un día, habían transcurrido muchos años desde la última vez que se había metido una raya o se había esnifado por la nariz el sueldo de un trabajador medio. Había comenzado en ese corrosivo ambiente a muy temprana edad, pero hubo un momento en el que entendió lo que estaba haciendo, y lejos de poner punto y final, continuó haciéndolo.

Por aquel entonces contempló frente a frente la decadencia del ser humano. Personas que, como él, sacrificaban cualquier cosa por unos gramos de polvo del olvido. O personas que, como su hermano o Angelo, no solo consumían, sino que negociaban con la adicción de los demás.

Una lucha se estaba librando en su interior cuando unas risas procedentes de un costado de la acera lo sacaron de sus pensamientos. Ladeó la cabeza al percibir unas siluetas de reojo y... la vio.

«¡Era ella!»

«¡Alejandra!»

Y, al parecer, no iba sola. Un hombre alto, corpulento, de cabello negro y con pintas de matón a sueldo, iba a su derecha y no paraba de hablar... y de tocarla.

Lívido, buscó el cinturón de seguridad con urgencia y salió del coche como si estuviera listo para un tiroteo. Las bocinas de los demás vehículos empezaron a protestar. Su Volvo, abandonado en uno de los carriles, obstaculizaba la circulación y el semáforo parpadeaba; de un instante a otro se pondría en verde.

—Ale... — dijo, arrancando a la joven a un lado y atrapándola por los hombros.

Ella lo miró fluctuando entre la confusión y la impresión. Sus ojos eran enormes, pero no tanto como los de Alejandra, y tampoco tenían el hermoso color chocolate que tanto los caracterizaba. Ni siquiera su piel tenía la luminosidad y belleza que la de ella. Su boca era demasiado grande y su nariz demasiado recta. Solo su estatura y cabello parecían semejarle, pero hasta un ciego vería las diferencias.

Valen cabeceó.

¿Cómo diablos podía haber creído que esa mujer era su esposa?

Sentía que se apartaba de la cordura cada día un poco más. Quizás, su mente ya no soportaba más dolor.

Entonces alguien maldijo a través del gentío. Alguien que se hallaba cerca y que había olvidado.

Y un segundo más tarde, el bastardo hijo de perra se ahogaba.

Valen apretó con fuerza la mano en torno a su garganta, empujándolo e inmovilizándolo contra la pared más cercana. Lo miró fijamente a la cara. Las llamas se reflejaban en el feroz tono gris de aquellos ojos inyectados en sangre.

—Yo que tú me lo pensarías dos malditas veces antes de volver a intentarlo — le rugió a pocas pulgadas de su maloliente cara, e ignorando las uñas que se le clavaban en la muñeca.

La gente se aglomeraba cada vez más a su alrededor. Algunos lanzaban exclamaciones de horror, otros de diversión, y casi juraría que había oído apuestas. Las sirenas pronto silenciarían el tumulto y, él, posiblemente acabaría esposado.

Bueno, por lo visto, Mathew tendría ese día horas extras de trabajo en una comisaría.

Alguien lo golpeó cobardemente por la espalda. Un segundo golpe vino desde otra dirección y Valen, sin perder un segundo, se dio la vuelta para detenerlo a tiempo. Por lo visto, habían llegado los refuerzos para la damisela en apuros. Comenzó a golpear a diestro y siniestro y, en algún momento, los malditos yacían en el suelo y él los pateaba como los dos pedazos de mierda que eran. Oyó con satisfacción más de una costilla romperse y sus chillidos de dolor.

El cabrón al que casi le había aplastado la tráquea como una rama seca empuñó una navaja y se precipitó graznando hacia él. Valen sintió que le enterraban la hoja en un costado. Estiró la mano para comprobar la herida. Sangraba pero, al parecer, no le había tocado ningún órgano.

Valen sonrió con un brillo demoníaco en los ojos. Esto era justo lo que necesitaba...

—Solo tenías esta jodida oportunidad, y la has desaprovechado. Y se abalanzó hacia el bastardo.

CAPITULO 06

Alejandra se ajustó mejor la toalla que envolvía su cuerpo y se desenroscó la que tenía en el cabello, limpiando con ella el vapor del espejo. Cuando su reflejo se hizo nítido frente al cristal el vello se le erizó y el pedazo de trapo resbaló de entre sus manos.

Por una breve décima de segundo, su imagen se entremezcló con la de un hombre cuyos perfectos y duros rasgos rivalizaban con los de los dioses. Un hombre con el gris de una furiosa tormenta coronando unos ojos plagados de secretos y mentiras, de promesas violentas que vaticinaban mucho dolor.

De pronto, Alejandra se encontró luchando con la agorera voz de su consciencia. La maldita le advertía, le gritaba, lo que le deparaba el futuro cuando Valen Lemacks la encontrara. Porque lo haría. No importaba lo mucho que quisiera engañarse a sí misma, diciéndose, ingenuamente, que sus caminos habían quedado separados para siempre. Lo conocía lo suficiente como para saber que ningún idiota podía resucitar sus demonios y salir impune.

Y ella era una idiota.

Lo había abandonado de forma cobarde, dejándole una escueta y ridícula nota en la mesa de noche.

Un nudo se giró alrededor del estómago de Alejandra.

Valen la rompería.

Le haría daño.

Alejandra se estremeció, recordando los titulares de prensa que había leído esa mañana.

Lo que fuera que planeara para ella, le haría ver el infierno como un oasis en comparación.

La joven negó. Fuera como fuese, ella no podía seguir ahí, pensando una y otra vez en cómo la destruiría el hombre con el que, irónicamente, seguía casada.

Con un hondo y entrecortado suspiro, se dirigió al enorme dormitorio que la señora Bonham había dispuesto para ella en su casa. Su cara se contrajo de culpabilidad al encontrar a un alicaído Patch durmiendo en su acolchado cojín. Se arrodilló junto a él y lo acarició con ternura. Se sentía responsable del triste estado anímico del animal. Cuando se lo llevó con ella, confió en que, al menos él, pudiera ser feliz. Pero Patch no había vuelto a ser el mismo. Era indudable que echaba terriblemente de menos a...

—Val... —musitó, y el perro pareció gimotear entre sueños.

Un sollozo desgarró a Alejandra. En más de una ocasión, sólo por unos segundos, había llegado a pensar que... Negó con la cabeza.

No, no debería pensar en eso.

Sufría por el hombre que jamás volvería a tener. Por un hombre que no existía. Besó la cabecita de Patch y se irguió. Se dirigió al vestidor y buscó unos short y una camiseta holgada para dormir. En medio de su batida cogió entre las manos una elegante e inmaculada camisa de hombre.

Era de Valen.

Lo único que se había permitido llevar de él.

Alejandra llevó la prenda a la nariz e inhaló. Aún conservaba su fragancia. Parpadeando para hacer desaparecer las lágrimas, sintió en su interior aquel vacío desgarrador que la invadía cada vez que pensaba en cómo el hombre que tanto amaba había jugado tan suciamente con ella.

—Tu marido no es el hombre que crees, Alejandra —Los ojos de Celia se volvieron cristalinos cuando la observó—. Yo solo quiero protegerte porque te quiero. Somos hermanas, Ale. Pese a todo, siempre has estado allí para mí y no puedo pensar siquiera en que estés cerca de ese monstruo.

—Valen no es un monstruo, Celia. Es un hombre maravilloso. —Ella endureció la mirada. No le gustaba nada que la hubiese asaltado en su tranquila tarde de estudio, con el único propósito de hablarle mal de su marido, de su amigo.

—Estás ciega con él, Alejandra —arremetió la mujer, y entre susurros agregó—. Apuesto a que ni siquiera sabes a lo que se dedica realmente tu marido. ¿Acaso te ha contado de los negocios que hace? ¿Sabes a qué se dedica su empresa y cuáles son sus segundas fuentes de ingreso?

—Valen tiene varias empresas, es un holding.

—¿Y qué hacen esas empresas, Ale? —preguntó Celia apacible, como quien habla a un niño—. Yo te puedo contar de qué van esas empresas, hermana. Yo he trabajado para él antes y después de...

Guardó silencio y bajó la mirada hacia el libro que ya no curioseaba.

—¿De qué, Celia? ¿Después de qué? —preguntó, ansiosa por saber. —De ser su amante.

El espantoso dolor que sintió aquel día tras aquellas palabras volvió a caer sobre ella como una pesada losa. Se seguía sintiendo usada, humillada y herida, más herida que nunca.

—Yo he tenido las pruebas en mis manos tantas veces... Traté de pararlo... —

Suspiró, realmente parecía afectada—. Valen confiaba en mí hasta que me... — Tragó saliva—. Hasta que me quedé embarazada.

Igual de mareada y pálida como esa tarde en la biblioteca, Alejandra dejó caer la prenda de entre sus manos. Tráfico de drogas. Valen un Li Volsi. Un hijo de Celia y él... ¿Cuántas cosas más le había ocultado? Cerró los ojos y respiró hondo mientras se apretaba una mano, por encima de la tela de la toalla que llevaba puesta...

Y de la cicatriz en forma de “V”.

—Y tu bebé, ¿dónde está? ¿Pu-uedo conocerlo?

El dolor pareció deslizarse a través de los ojos oscuros de su hermana.

—Lo perdí, Ale. Ese monstruo me lo arrebató. Mandó a unos malhechores a darme una paliza...

—¿Cómo sabes que fue él quien los contrató? —la interrumpió ella, apelando a cualquier absurda excusa que le permitiera seguir creyendo en su esposo.

—Porque se encargaron dedarme su mensaje y de que no lo olvidara jamás. — Hizo una mueca mientras daba un paso atrás y disimuladamente metía las manos en la cintura de su pantalón y desabotonaba el botón—. Dios, aún tengo pesadillas... Nunca se debe burlar al destino, porque él siempre te observa, susurrándote con su frío aliento en el oído lo que te ocurrirá si lo haces.

Y cuando las dos mitades de la prenda de Celia dejaron al descubierto una porción de su vientre, Alejandra sintió náuseas y se tambaleó.

Una “V”, tan idéntica a la suya, marcaba la piel de su hermana.

Las lágrimas comenzaron a desliarse por sus mejillas, dolorosas, interminables, a la vez que se vestía.

Minutos más tarde, Alejandra permanecía con la mirada perdida frente al tocador mientras se pasaba los dedos por los largos mechones. Si se concentraba bien podía verlo ahí, en el espejo, apareciendo detrás de ella, y arrebatándole el cepillo. Recordó las veces en las que Valen había peinado y mimado su cabello, o como en medio de su furia o pasión, había tirado con fuerza de él para inmovilizarla...

Su visión se nubló de nuevo y la furia explotó en su corazón.

Ya no existía un para siempre para ellos. El para siempre que Valenle había prometido. Se le escapó una maldita lágrima, silenciosa e inútil, porque las lágrimas no cambiaban las cosas, no podían hacer que él la quisiera...

—Ale, respóndeme a lo siguiente. ¿Si tú no fueras mi hermana, se habrían conocido? —Ella negó—. Y si te digo que él una vez ya intentó hacerme... desaparecer, ¿a quién crees que acudiría en primera

intención?

«A mí.»

El pecho de Alejandra subía y bajaba, como en una montaña rusa. Exacto. Ella había sido una de las pocas personas que podían haber conducido a Valen a Celia. Y eso era justamente lo que había hecho, ¿no? Por ese motivo había decidido atender aquella primera llamada suya, cuando anteriormente tantas veces se había negado.

Ciega por las lágrimas, apretó las muelas, agarró el cepilló y peinó sus ondas castañas con rabia. Ejercía tanta presión con cada pasada, que en lugar desentir las cuerdas naturales del peine, sentía púas clavándose en su cráneo.

Pero aquel dolor era soportable, no como el que sentía instalado en su pecho, en donde un llanto silencioso burbujeaba, ansioso por salir.

Se mordió el labio para mantener bajo control los sollozos que se construían rápidamente. Pero cuando notó la humedad derramarse por sus largas pestañas y caer por su cara, supo que Valen había vuelto a ganar la partida. Era humillante comprobar cómo, sin ni siquiera estar presente, se alzaba vencedor. Siempre.

Alejandra se limpió con el dorso de una mano las lágrimas. No quería llorar. Que la condenasen si lo hacía. Rebuscó en el cajón del tocador y sacó unas tijeras. Las observó en sus manos temblorosas unos segundos, dudando, como si sostuviera una serpiente de cascabel. Pero inmediatamente a continuación regresó su atención al espejo y comenzó a cortar en grandes mechones su cabello.

CAPITULO 07

No había milagro que una cuantiosa suma de dinero y un excelente abogado como Mathew Hayes no pudieran solucionar.

Valen estaba hecho un desastre con la ropa sucia y hecha jirones. Tenía, además, brazos y piernas adoloridas, feos moratones, un labio partido y una herida de navaja en un costado que no había dejado que nadie atendiera.

Tres contra uno.

Había sido una entretenida pelea.

«E igualada», pensó con ironía.

El conserje del edificio donde estaba su ático lo observó con curiosidad.

—Señor Lemacks...

—Hasta mañana, Morgan —gruñó pulsando el botón del ascensor privado que lo llevaría directamente a...

¿A dónde?

¿A casa?

Valen no tenía casa. Él era un solitario en su caverna y no permitiría que nadie cambiara eso. Ya estaba lo suficientemente amargado como para recordar que en algún momento él había pensado que Alejandra, la pequeña perra traicionera, podía ser más que su casa; que sería su hogar.

¡Jodido imbécil!

Se limpió toscamente la herida de sus labios y apretó con la otra palma su costado.

La pelea había sido una bocanada de aire fresco para sus intoxicados pulmones. Por un momento, si quiera, se había olvidado del dolor y la agonía. Se había convertido de nuevo en un bruto músculo sin cerebro, con la clara necesidad de acabar con el contrincante, así fuera uno o mil.

Quería sangre.

Quería venganza.

Cuando las puertas se abrieron, Valen apretó los labios y salió. Caminó hacia su puerta.

Aún podía sentir el aroma de la sangre de sus oponentes y de la suya propia mezclándose en su cuerpo, o en su camisa.

Necesitaba un baño, con urgencia. También atendería la herida y luego, se iría al club Colosseum.

—Estás hecho una mierda.

Él conocía aquella voz. Automáticamente levantó la mirada y observó a la mujer que se le acercaba. Valen sonrió, como si aquello fuera una muy mala broma.

—¿Qué haces aquí, Celia? ¿No deberías estar escondiéndote debajo de alguna piedra y temiendo que te encontrase?.

Ella rió, y con esa maldita voz agregó:

—Me cansé de jugar al gato y al ratón cuando el gato está en tan deplorable estado.

—Me alegra que por fin comprendas que entre los dos, el que está más arriba en la cadena alimenticia, sigo siendo yo.

Valen abrió la puerta y la mujer estuvo dispuesta a entrar, pero él apoyó unamano en el quicio de la puerta, evitando de esa manera que pasase.

—Valen...

—Nadie te ha invitado a entrar —El parecía y estaba cansado. No iba a perder el tiempo jugando con Celia. No cuando lo que quería hacer con ella era romperle el cuello, así que más le valía salir de allí inmediatamente antes de que llevara a cabo su deseo—. Te aconsejo que te esfumes y no vuelvas a aparecer. Realmente maldigo la hora en la que te contrató mi empresa. Solo has traído problemas.

—Yo también te extrañé.

El hombre soltó un bufido y se metió en su apartamento. Ni siquiera se iba a despedir. Solo iba a cerrar la puerta en sus narices... —Tengo información sobre el paradero de Alejandra.

Se detuvo en seco, abrió la puerta y la observó directamente con esostormentosos y fríos ojos grises.

—No me gustaría hablar de este tema aquí —manipuló ella—, donde todo el mundo puede escucharnos. ¿Qué pasaría si alguien, como... no sé, la prensa se enterara que el gran Valen Lemacks fue abandonado por su mujercita?

Él le invitó a pasar, aunque de muy mala gana. Celia sonrió.

Sabía que mientras ella tuviera información, Valen era como un cachorrito. Ella diría brinca y él preguntaría qué tan alto.

—Habla —gruñó lanzando la puerta para que esta se cerrara.

—¿No vas a invitarme a tomar algo? ¿Dónde quedó tu hospitalidad, señor Lemacks?

Los tacones repiquetearon contra el caro piso, mientras la mujer se giraba y avanzaba a él.

Celia se detuvo y pasó sus dedos de uñas largas y pintadas de brillo por el

pecho descubierto que su raída camisa dejaba al aire.

—Me dejas sin aliento, señor Lemacks —susurró, levantando la vista hacia sus ojos, mientras se inclinaba para dejar un beso en su piel.

Valen no se movió. Ni siquiera se inmutó.

—Y tú, Celia, me dejas tan frío como un iceberg —le dijo con asco, dando un paso hacia atrás.

La mujer montó rápidamente en cólera.

—¡No puedo creer que pudiendo tener una mujer como yo, sigas prefiriendo a la mustia de mi hermana! ¡Ella se fue con tu hermano, Valen! ¡Te traicionó con tu propio hermano!

En un simple y sencillo movimiento, Celia sintió que su cabeza se golpeaba contra la pared. Soltó un alarido de dolor, mientras Valen le mostraba los dientes como un lobo enfurecido.

—Veamos, Celia, si tu información puede salvarte el cuello esta vez —murmuró demencialmente mientras apretaba más su agarre en la delicada piel femenina—. Oh, no me hagas esperar. Digamos que no soy un hombre paciente.

Celia se removió con temor.

Valen estaba cerrando sus grandes y fuertes dedos entorno a su garganta.

—¡De acuerdo, te lo diré!

—Fantástica decisión.

—Sé que Alejandra va a reunirse con Damiano en el Gran Hotel Steptom. A las ocho de la noche. Mañana.

—¿Sabes dónde se está escondiendo ella? —preguntó.

Celia comenzó a balbucear y a decirle que esa información no la tenía, pero que había hablado directamente con su hermana por teléfono y que ella le había dicho donde sería su cita idílica.

Valen dejó su mano en el cuello de Celia, mientras su mente funcionaba con rapidez. Ella había dicho que Alejandra se iba a reunir... ¿cómo era posible que se fuera a reunir con Damiano, si es que no estaban juntos los tortolitos? Su hermano no era tan estúpido como para llevarse a Alejandra para luego ponerla en custodia.

—¡Valen! —gritó Celia como pudo—. Me estás haciendo daño... por favor... eso es... todo lo que sé.

—Estoy decidiendo si dejarte vivir es lo correcto.

Repentinamente Valen la soltó y Celia cayó al suelo tosiendo y tocándose la garganta, porque el hombre había estado a punto de asfixiarla. Lo observó con

verdadero terror en los ojos.

—Eres un maldito psicópata... —le susurró mientras él abría la puerta.

—Muchas gracias —Sonrió concinismo—. Ahoramárchate, queaunquetuvieras precio como puta de cabaret, tú jamás estarás en mis ligas.

Indignada y adolorida, Celia abandonó el apartamento.

—¡Estás loco! —chilló antes de que Valen cerrara de un portazo.

CAPITULO 08

El ascensor se había parado. En cuanto la puerta se abrió, Alejandra dio un paso al frente y saludó con sus tacones a la última planta del Gran Hotel Steptom.

La gruesa alfombra del pasillo apagó sus pasos cuando se dirigió hacia una de las suites, y cuando reconoció en una de ellas la identificación de su tarjeta, se detuvo y respiró hondo.

Seguía sin comprender la insistencia de Celia por quedar en un lugar como ese.

¡Y en una suite, nada más y nada menos!

Cuando abrió la puerta con la tarjeta, le temblaban las manos. No lograba comprender por qué no podía deshacerse de la extraña sensación que hacía que su corazón le atronara en el pecho.

¡Tonterías!

Iba a ver a Celia.

¿Qué podía ocurrirle?

Entonces, mientras giraba el pomo de la puerta se fijó en cómo sus dedos estaban desiertos. Ya no lucía su alianza de casada. Se le cayó el alma a los pies. No quería pensar en eso. No quería pensar en que otro de sus sueños se había transformado en una dolorosa pesadilla.

Una vez en el interior, exclamó ante tanto espacio y lujo. La habitación, de colores cremas, contenía todo lo que un huésped exigente pudiera necesitar, desde una chimenea falsa, sofás que parecían confortables, a un minibar y sillas de comedor colocadas ordenadamente en una de las paredes. Había, incluso, un escritorio reluciente y un armario grande que Alejandra sospechaba contenía una televisión oculta.

Dejó su cartera en uno de los sofás y caminó, curiosa, por la sala de estar. Enfrente había unas puertas dobles entreabiertas que daban a un impresionante dormitorio. Alejandra arrugó el entrecejo, extrañada, y como impulsada por manos invisibles acertó distancias y entró en la habitación. A la suave nube blanca que cubría la enorme cama de la estancia, la engalanaban...

«¿Pétalos?»

Se inclinó y acarició el mar de rosas. Cientos y aterciopelados pétalos rojos que le cosquilleaban entre los dedos.

De repente, y como si aquellos diminutos rubís le quemaran la piel, se irguió por completo. El corazón le latía con fuerza contra los pechos.

Regresó a la sala y sacó de su cartera de mano el celular.

Celia se retrasaba y ella comenzaba a experimentar una irracional angustia.

Confusa contempló la cubitera con champagne que había cerca de los altos ventanales de la suite, los cuales estaban tintados con la oscuridad externa de una noche apenas sin estrellas. Sintiendo una presión en la garganta, se sentó a tientas en el sofá que tenía más cerca. Inhaló lenta y profundamente, intentando convencerse así misma de que se debía a la atmósfera claustrofóbica de...

¿Atmósfera claustrofóbica de un sitio tan inmensamente grande?

¡Absurdo!

Negó, y trató de mantener su mente ocupada.

Pero no lo consiguió.

La adrenalina estaba haciendo que su cerebro trabajara a toda velocidad, y recordó exactamente cuál era el fin real con el que inconscientemente había acudido a esa cita. Para que su hermana le confesara lo falsas que eran todas las acusaciones que había vertido sobre Valen.

Entonces no tendría que seguir escondiéndose.

No tendría que seguir escondiéndose de él.

De Valen.

Volvería a casa. Con él. Le suplicaría que la perdonara y todo seguiría adelante. Como si no hubiera pasado nada.

Pero las cosas habían cambiado, al menos para ella.

Las pruebas lo incriminaban. Continuaba siendo un Li Volsi, aunque solo fuera para sus negocios más turbios. Como una maldita tapadera. Ella misma había encontrado en su poder documentos de esa corrupta compañía... Ella había visto con sus propios ojos la misma terrorífica "V" en el vientre de su hermana.

Y si sabía todo eso, ¿por qué rayos era incapaz de asimilar de una vez por todas que Valen Lemacks no era el hombre del que se había enamorado?

Levantándose del sillón, incapaz casi de respirar, corrió hacia la puerta.

Celia no llegaba y ella tenía, necesitaba, salir de allí inmediatamente.

Pero se quedó heladacuando abrió la puerta. Reconocía a la persona que se alzaba intimidante al otro lado del pasillo. Poseía la mirada más gélida e impertérrita que hubiera contemplado jamás. Era como si careciese de... alma.

—Val...

Instintivamente, Alejandra reculó sobre sus talones. Uno. Dos pasos. Él estaba

allí, de nuevo frente a ella, pero no había acudido por una buena razón. Podía apreciarlo en la rigidez de su mandíbula y en la tensión de sus anchos hombros. Podía sentirlo en la ira que irradiaba su cuerpo. La inquietud se apoderó de su ser cuando se dio cuenta de que bajo el disfraz de fría calma que se había puesto esa noche, Valen estaba verdaderamente furioso. Alejandra tragó con dificultad. Una furia dirigida exclusivamente hacia su persona. —¿Qué... qué estás haciendo tú aquí?

Una sonrisa malvada retorció sus labios mientras entrecerraba sus ojos con los suyos. Tenía el cabello algo más largo, y su barba de pocos días ahora lucía copiosa. De lo que suponía debería haber sido un traje cortado a medida, solo conservaba el pantalón y una camisa de botones. Todo negro. Como el demonio que, sin duda, debía ser. Se fijó también en cómo tenía rasguños en la cara y un corte en un pómulo, o como aún se podía vislumbrar, lo que sospechaba había sido un labio partido.

¿Qué diantres le había pasado?

Se recriminó mentalmente.

¡¿Y a ella qué le importaba?!

Preocuparse por él debería ponerla enferma...

De repente la única verdad posible hizo que le doliera el pecho y que los latidos del corazón le llegaban hasta los oídos. Verlo de nuevo, era como si la aplastara el peso de todo lo que había sucedido. Lo había abandonado, sí, pero continuaba amándolo.

Cuando la puerta se cerró firmemente y él pasó al interior de la suite, Alejandra se sintió como si hubiera sido engullida en un ataúd.

Que el cielo y la corte celestial al completo se apiadaran de ella, porque estaba atrapada.

—¿Es desilusión lo que oigo en esa débil y asustada vocecilla tuya?

Valen la rodeó lentamente observando sus atributos visibles. Una sensación glacial recorrió el cuerpo de la muchacha, que ciñó los brazos alrededor de su cintura como si quisiera protegerse. La manera en cómo la miraba la hacía sentirse desnuda.

—Me pregunto —prosiguió él— sí se debe a que esperabas a otra persona y he echado a perder tus planes de esta noche, o sí por el contrario, puede deberse a que temes estar a solas conmigo y lo que pueda hacerte. ¿Cuál de ellas es la correcta, esposa mía?

—Me odias. Puedo percibir el odio en ti. Emanas de tu piel como si fuera veneno, y.... —Inmóvil y horrorizada, Alejandra se lamió los labios—. Y me

das miedo.

—Eso es precisamente lo que quiero que sientas, pequeña: miedo.

Ella se envaró.

—¿Por qué? ¿Por marcharme de tu lado? ¿Tanto te cuesta aceptar que lo nuestro terminó?

—Para finalizar algo hay que empezarlo, y tú y yo ni siquiera hemos llegado a los aperitivos.

—¿Qué es lo que buscas exactamente, Val-en? —Lo desafió ella suavemente, observando el odio frío, que reflejaban los ojos renegridos—. ¿Venganza?

Alto y amenazante como un gigante, caminó y se colocó detrás de la joven. La notó estremecerse y vio, por encima del escote, como sus pechos galopaban velozmente, enmarcando a la perfección el tamaño de aquellas dos frutas succulentas. Quiso pasar su lengua por ellas, mamar de ellas... La tensión giró en su interior, manifestándose en todo su cuerpo, tirando de su ingle. Ansió follarla de la misma cruel manera en la que se había follado a varias putas en las últimas cuatro semanas. Abrió y cerró las manos en puños, forzándose así mismo a relajarse, mientras recordaba como en cuanto Alejandra abrió la puerta, durante un breve instante la emoción había vibrado dentro de él. Tuvo el impulso de atraerla hacia sus brazos, olvidarse de todo, y apartar la miseria a un lado. Durante un breve instante solo. Porque el sentimiento de alegría llegó tan rápido como desapareció.

Ahora solo deseaba quebrarla, dejarla completamente desolada. Necesitaba destrozarla de la misma brutal manera que ella lo había destrozado a él.

Reunió su pelo con las manos, despacio, con una parsimonia escalofriante. Cuando lo tuvo sujeto, jaló de su cabeza hacia atrás y, complacido, la oyó ahogar un jadeo de dolor.

—Venganza... —repitió en su oído, arrastrando la palabra—. Suena excitante de tus labios. Algo sublime. Prometedor.

Los nervios de Alejandra se crisparon cuando él la besó en el cuello. La sensación inundó sus sentidos, haciendo que fuera increíblemente consciente de su presencia y de la dureza que empezaba formarse detrás de su bragueta. La barba le irritaba la piel y podía oler el aroma sutil y fresco de su colonia, y la erótica fragancia que lo caracterizaba. También pudo distinguir el hedor del tabaco y del alcohol.

Empezó a sentirse mareada. Lo sucedido en Italia aún estaba demasiado fresco en su memoria.

—Has vuelto a beber.

Su risa despiadada revoleteó en su cuello.

—No lo suficiente.

Bruscamente la soltó y se apartó de ella con desprecio. La joven necesitó de mucho equilibrio para no caer al piso, mientras él cruzaba la sala y sacaba labotella de champagne frío de la cubitera.

—Curioso, nunca creí posible que Damiano fuera tan estúpidamente romántico. Comida afrodisiaca. Champagne... ¿Son pétalos de rosa lo que hay en la cama? — Abrió la botella y comenzó a servir dos copas—.

Realmente estoy sorprendido.

Ella frunció el ceño. «¿Damiano?»

¿De qué diablos estaba hablando?!

Valen regresó, esbozando una falsa sonrisa.

—Una de las fantasías más concurridas por los hombres es derramar champagne sobre el cuerpo desnudo de una mujer y beberlo directamente de su piel —Le tendió una de las copas, sin darle otra opción que tomarla. A Alejandra le temblaron las manos al rozarle los dedos. ¿O era su cuerpo entero el que temblaba cómo una hoja?—. Per siempre insieme — pronunció con cinismo en su lengua paterna antes de vaciar la copa de un solo trago, mientras la examinaba sombría e intensamente.

La pequeña bruja se había cortado el cabello. Su espléndida y larga melena lucía ahora a la altura de su delicada barbilla. Las pequeñas horquillas que llevaba en los laterales y mantenían aislados los rebeldes mechones de su rostro, le conferían una pureza que, indudablemente debía haber perdido.

Con su hermano.

Valen sintió que empezaba a hervirle la sangre, y la furia, que ya asomaba a sus ojos, amenazaba con nublarle la mente. El cristal de su copa peligró con hacerse añicos en su mano. Había perdido peso y su piel marfileña resplandecía bajo la luz artificial de las lámparas. Sus largas y negras pestañas perfilaban unos ojos grandes, que parecían pedir a gritos una cura de sueño, y que en esos momentos lo miraban, fluctuando entre el pánico y el enfado. Sus dientes brillaron. Tenía unas ganas inmensas de arrancarle a tirones el vestido vaporoso de gasa blanca que se desplegaba grácil por debajo de sus rodillas, sacarse el cinturón y hacerlo aterrizar una y otra vez en sus nalgas bien redondeadas. Pensar en marcarla como la perra que era lo ponía duro.

Alejandra sabía que él esperaba que ella hiciera lo mismo, y llevó la copa a los labios. Dio un sorbo pequeño al burbujeante líquido; cuanto antes acabara

con aquel absurdo brindis antes podría largarse de allí.

—¿Sabes qué haré con el resto de champagne, pequeña? —Ella vaciló antes de negar—. Oh, ¿tienes miedo demí, cariño? ¿Sabes cuánto me halagas? —Alejandra permaneció completamente quieta mientras él le quitaba la copa y la dejaba en la pequeña y cuadrada mesa de café, junto a la suya; temía que cualquier movimiento pudiera desatar finalmente a la bestia—. Y haces bien, pequeña. Haces muy bien en desconfiar de mí. El Valen Lemacks que conociste, aquel que no te hubiera hecho daño está ahogado en lo más oscuro de mi ser, emborrachándose en el whisky de tu desprecio, pero aquí, en la superficie, solo está el Valen que hará que pagues con tu cuerpo. Porque eres mía y ya es tiempo que lo reconozcas.

Alejandra retrocedió, recorriendo la suite con la mirada. Trataba de desarrollar un plan de fuga, pero ambos sabían que era inútil; no podría escapar de él en esa ocasión.

En un segundo, Valen estuvo a su lado. Un segundo más y le rodeó la cintura con un brazo, con el otro le agarró el pelo y la puso de puntillas.

—Pareces una doncella de nieve. Una virgen asustada. Tu lencería, porque me imagino que llevarás lencería —Se burló—, ¿es también tan blanca e inmaculada como ese bonito vestido que llevas puesto?

—Val, no sigas con esto, por favor... Aún estás a tiempo de recapacitar —El corazón de la joven palpitaba salvajemente.

—¿Recapacitar? —Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada hiriente —. ¡No! Hagamos algo mucho más divertido. ¿Por qué no te desnudas? De ese modo saciaré, con mis propios ojos la curiosidad, y comprobaré que no mientes. Porque siento decirte, cariño, que en una escala de intrigas ocuparías el primer lugar.

Forcejearon y la fina tela se desgarró hasta la cintura. Aturdida, observó cómo su sujetador inmaculado quedaba expuesto.

—Vaya, parece que no iba mal encaminado.

Los dedos de Valen desabrocharon el cierre frontal con agilidad, y sus ojos se oscurecieron. Feroces. Pellizcó un sensible brote con violencia. Ella se retorció con una mueca, y un remolino de nervios se anudó en su vientre, dejándola sin respiración, despojándola de cualquier pensamiento racional.

—Déjame ir, te lo suplico.

—De verdad admiro tu valor, ¿pero realmente creías que podías burlarte de mí y salir intacta?

Los labios de Valen descendieron sobre su boca, apoderándose de ella. La

besaba con tanto odio que le hacía daño. En el mismo momento que la dura protuberancia de su erección buscó su palpitante clítoris, ella le presionó el pecho, empujándolo. Pero fue como golpear un muro. Entonces volvió a intentarlo, mordiéndole esta vez en el proceso.

—¡Maldita gata salvaje! —rugió él, retrocediendo mientras se palpaba el hilo de sangre que manaba de su labio.

Alejandra trastabilló ligeramente e intentó llegar a la puerta. Valen rió y se interpuso en su camino. Parecía divertirse con aquel absurdo juego.

En una reacción desesperada, se apretó la parte superior de su vestido roto contra el pecho.

—Por favor, apártate y deja que me vaya.

Valen la estudió con la mirada dura y la expresión impertérrita.

Lo conocía tan bien, que sabía que debajo de esa capa de hielo, había lava volcánica a punto de erupcionar. Solo estaba esperando el momento preciso y la persona indicada.

Lamentablemente para Alejandra, ella era la persona elegida.

—Sabes tan bien como yo que no posees la fuerza suficiente para impedir que obtenga de ti lo que deseo.

—Valen, seamos adultos —Él comenzó a moverse, a rodearla. Alejandra no estaba dispuesta a darle la espalda. Si uno se enfrenta a una pantera, debe ser lo suficientemente valiente para observarla siempre de frente.

—¿Me pides que seamos adultos? —Carcajeó él con ironía—.

¿Precisamente tú, que corriste de mi lado como una niña caprichosa?

Alejandra vio cerca la puerta. Estaba dispuesta a correr.

—Hazlo, y prometo traerte a rastras, sentarme en la silla más cercana, desnudarte completamente y calentarte el trasero hasta que la mano me duela. Y supongo que recordarás lo bien que soporto el dolor... Podría estar castigando tus preciosas nalgas toda la noche.

Pero ella, sintiendo un frío de muerte y desoyendo sus palabras, actuó de la única forma que actuaría cualquier individuo con espíritu de superviviente: corrió.

CAPITULO 09

De dos zancadas, Valen agarró la delgada cintura de Alejandra y la empotró en la puerta por la que había querido escapar. Sus grandes ojos castaños no salían del asombro, ni mucho menos del terror. Le tenía miedo. Excelente.

— Eso es, pequeña —dijo y la joven observó su rostro transformado—. Témeme. Haces muy bien en temerme. Es lo que debiste hacer desde un inicio. Temerme y huir hacia el lado opuesto. Pero ya es demasiado tarde.

Alejandra le escuchó reír, pero no había alegría en el sonido. Solo había un duro iceberg, parecía como si el interior de Valen fuera un gran agujero negro que intentaba succionarla.

—Val...

—No va a servirte de nada rogar, pero siempre puedes intentarlo mientras me abres la bragueta del pantalón y haces lo propio —Alejandra observó cómo Valen se desabotonaba a tientas la camisa. Sus puntiagudos pezones se frotaron deliciosamente contra el pecho cubierto de un fino vello y montones de músculos de piel aceitunada—. Estoy tan duro que el resto de mi cuerpo se ha quedado sin sangre.

La mujer se retorció enfadada por aquella majadería.

—¡Suéltame! —Mientras ella más se removía, Valen más aprovechaba para instalarse entre sus piernas.

Aunque no quisiera reconocerlo, era como... volver a casa.

Y eso lo enfadaba, porque él no necesitaba de absolutamente nadie. Él había sido un alma solitaria y seguiría siéndolo. Los momentos que había pasado con Alejandra no eran más que un experimento fallido y ahora pagaría las consecuencias de sus actos.

Se sintió asqueado, mientras pensaba que su hermano había tocado la piel de la joven, que la había mancillado y sobre todo que ella lo había permitido porque era una sucia embustera.

—Valen, por favor... me estás haciendo daño —La mujer se quejaba y forcejeaba con él.

—Esto no es ni un diez por ciento de todo el daño que quiero hacerte, Alejandra Lemacks. ¿O prefieres el apellido Li Volsi? —gruñó, mientras abría las piernas hasta que ella quedó apretada entre la puerta y su cuerpo—. Esta vez estarás a mi merced y a mis deseos.

Alejandra guardó silencio, mientras intentaba contorsionar el cuerpo para caer al suelo. La alfombra amortiguaría la caída y podría ser libre.

Intentó hacerlo, pero le fue imposible. Lo único que consiguió fue que sus pulmones respiraran superficialmente ante el duro mármol que era Valen, que la apretaba contra la puerta, como si quisiera fracturarle los huesos.

—Val...

—¿Realmente creías que podías escapar de mí? —preguntó—. ¡¿Qué te sería tan fácil salir de mi vida, de mi casa y de mi cama?!

—¡Yo nunca estuve en tu cama!

—Eso va a cambiar —espetó él, restregándose con fuerza, sin importarle que los desnudos muslos de la muchacha fueran a lastimarse con el roce de la tela de su pantalón.

Arremetió contra ella, mientras sus manos agarraban sus delgadas muñecas y las ponía contra la puerta. Ella no llevaba la alianza.

La ira irracional se apoderó de Valen cuando supo que a aquella mujer no le importaba nada. No tenía ningún escrúpulo mientras cumpliera con sus deseos. ¡Era igual a su maldita hermana solo que con una cara endemoniadamente angelical!

—¿Te quitaste mi alianza mientras te ponías a cuatro para mi hermano? —Escupió como si fuera ácido—. ¿Gozaste viéndome la cara de imbécil, mientras orquestabas con él todo un plan? ¿Cuánto les dijo a tu hermana y a ti que os iba a pagar?

Ella lo vio tan fuera de sí, y enloquecido que no atinó a responder ninguna pregunta, anonadada por aquel cambio tan radical.

—Yo...

—Pero ahora me darás lo que me corresponde así sienta asco de ti, porque me lo merezco, por haber sido tan idiota como para permitirte burlarte de mí...

—¡Yo nunca me burlé de ti! —gritó ella, mientras él le rebuscaba entre las bragas. La dura fricción de sus dedos contra su capullo le producía dolor.

Y mientras se quejaba por la cruda y extraña preparación de su cuerpo, escuchó el sonido metálico de la bragueta del pantalón de Valen.

—Valen, no —murmuró llorosa y aterrada—. No hagas esto, te lo suplico. ¡Tú eres mejor que esto!

—¡A esto es a lo que me has reducido! —ladró mientras le mostraba los dientes.

Estuviera lista o no, ella pagaría todo lo que había hecho. ¡Lo haría aquí, allá y donde a él demonios le diera la bendita gana!

Valen colocó su falo erecto en la entrada de Alejandra, y sin ningún remordimiento por lo que hacía la penetró con un solo y rudo movimiento.

La joven gritó y soltó un alarido de dolor, como si se rompiera por dentro. —

No puede ser... —Cuando Valen notó el desgarró interior se detuvo. La sentía rota entre sus brazos, mientras intentaba digerir lo que había pasado.

Alejandra era virgen. Seguía siendo suya. Ella era...

Inconscientemente se movió para internarse completamente dentro de ella, pero Alejandra le clavó las uñas en los hombros.

—¡No te muevas, por favor! —Lloró, sintiendo el pequeño río entre sus piernas—. Para. Estás rompiéndome por la mitad.

El dolor la había inundado cuando la mitad de su colosal pene entró brutalmente en ella. Se había mordido el labio inferior con tanta fuerza para no gritar que paladeó, incluso, el sabor metálico de su propia sangre.

Dios, se había paralizado, sorprendentemente a medio camino dentro de ella tras oír su ruego desesperado, pero Alejandra se seguía sintiendo como si la estuvieran rebanando en dos.

Cerró los ojos y lloró más audiblemente, suplicando para que acabara cuanto antes y la liberara pronto del terrible sufrimiento que la atravesaba.

En silencio, él salió de su interior y ella deslizó lentamente la espalda por la puerta hasta sentarse en el piso.

Mientras él se perdía en el baño, Alejandra se abrazó los radillas y enterró el rostro en ellas para poder llorar en silencio. Los músculos no le respondían y no tenía fuerzas, ni siquiera para ponerse de pie y correr ahora que tenía una oportunidad.

Pensó que ni siquiera habría contado con el tiempo suficiente para huir, cuando él regresó a por ella. La tomó entre sus brazos como una niña pequeña y la llevó hacia la cama. Alejandra se quedó mirando el techo, intentando no llorar o hacer algo igualmente humillante, como darle una bofetada. Se mantuvo completamente inerte sobre el colchón, como una muñeca rota. No iba a luchar con Valen. No merecía la pena. Él no merecía la pena, contraatacó su rabia.

Valen se inclinó sobre ella, la desnudó completamente y le extendió las piernas abiertas. Luego presiona algo caliente en su vagina. Algo húmedo.

—Puedo hacerlo sola, n-no —A Alejandra se le cortó la voz—. ... no necesito nada de ti.

—Pero yo sí necesito hacerlo —argumentó él—. Déjame sostener esto aquí por un minuto.

Con las mejillas ardiéndole, ella cerró los ojos para esconderse de Valen e intentó relajar las piernas mientras él sostenía la toalla tibia en el sitio exacto que había asaltado como un corsario a un botín.

Cuando acabó, Alejandra se apresuró a taparse con las sábanas. Rodó en la cama para alejarse de él, pero Valen la agarró de las muñecas, dejando nuevamente al descubierto sus senos. Se quedó helada ante su mirada de sabueso y le pareció que aquel momento duró una eternidad.

—¿En dónde has estado todo este tiempo?

Alejandra pensó, procesó la pregunta en su mente, intentando decidir si contarle o no.

Y cuando finalmente respondió, sintió que el corazón iba a salirse del pecho.

—Con Shannon Bonham.

CAPITULO 10

¿Cómo podía su estúpido corazón seguir anhelándolo después de lo ocurrido? Alejandra negó con la cabeza, tal vez fuera una necedad por su parte, pero si Valen pudiera quererla solo la mitad de lo que ella lo quería a él, podría olvidar el episodio de la pasada noche y, quizás, ser felices juntos.

Entonces su mente se burló de su tonto romanticismo y le recordó, que su flamante marido, no solo había tratado de abusar de ella hasta las últimas consecuencias, sino que también, le debía más de una explicación. Si era sincera consigo misma, a esas alturas ya no sabía en quién confiar. Celia le había mostrado pruebas, pero había vuelto a jugársela.

Valen, en cambio... Hasta hacía solo unas pocas semanas, ella había creído fielmente que ayudaba a la gente pero sin involucrarse. Que aunque no fuera muy compasivo, se preocupaba por su entorno, por aquel desfavorecido individuo que necesitara de su generosidad, pero después de ver en los titulares el rumbo que estaba tomando Lemack's Corporation, ya no estaba tan segura de la clase de persona que era Valen Lemacks.

El pensamiento era perturbador.

Alejandra logró hacer acopio de la energía que le quedaba y, suspirando, regresó su atención de los ventanales hacia el desayuno dispuesto en la mesa del salón. Había todo un surtido de comida.

Una comida muy apetitosa.

El aroma de los panecillos era delicioso...

Y Alejandra se había perdido la cena.

Se anudó mejor el nudo de la bata de seda blanca que la cubría y se sentó a la mesa. Estaba hambrienta. Cogió uno de los panecillos y empezó a untar en mantequilla. Mordió un buen pedazo y casi suspiró de pacer. Bebió un largo trago de zumo y se preparó algunos panecillos más mientras picoteaba de la fruta troceada que contenía un plato. No solía tomar café pero estaba tan famélica esa mañana que se sirvió una enorme taza. Cuando se sintió finalmente extasiada, se levantó de la silla. Hizo una mueca de dolor cuando su zona más íntima protestó. Se llevó instintivamente la mano al bajo vientre.

—Debería sentirme culpable por esa incomodidad que sientes esta mañana, pero si te soy sincero, no siento el más mínimo arrepentimiento...

Cuando finalmente la joven advirtió la presencia de Valen, él se hallaba inmóvil en la puerta. Dio un paso hacia adelante y cerró tras de sí. Bajo llave. ¡Maldito carcelero! Traía consigo varias bolsas de boutique, y las dejó todas en el sofá.

Alejandra quiso borrarle de una bofetada la semi-sonrisa que tenía en cara, pero se quedó momentáneamente cegada por su aspecto. El Adonis de casi dos metros parecía inicialmente divertido con la situación y tremendamente sensual con la camisa blanca a medio abotonar, dejando ver la leve pelusa castaña de su pecho.

Él se tomó un momento para leer el lenguaje corporal. Ella estaba tensa, y tenía los ojos entrecerrados. También tenía los puños apretados y de vez en cuando los abría como si estuviese clavándose las uñas en las palmas. Valen curvó los labios, apostando que estaría ansiosa por una pelea.

—Eres el tipo de hombre que toma lo que quiere y hace lo que le complace —dijo con la convicción del conocimiento. Lo encaró con enfado y pena en la mirada—. No me resulta nada extraño que no tengas el más mínimo remordimiento.

—Me halagas tremendamente, chiquita.

Ella negó.

—Te he traído esto para que puedas cambiarte. Nos vamos en una hora. —Me sorprende tu preocupación por mi vestimenta, dado que...

—Tú eres mía, Alejandra, métetelo en la cabeza de una maldita vez por todas. Mía y de nadie más. Mía cuando quiera, dónde y cómo lo desee. Y yo protejo lo que es mío.

Ella se levantó y con la mano aún en el vientre dio algunos pasos lentos hacia el baño.

—Realmente no me importa. Haz lo que quieras.

Literalmente hirviendo en su propia rabia, Valen se paró junto a ella, ya no estaba de ánimo para razonar con la pequeña obstinada. La agarró y se inclinó para rozar suavemente los labios de la joven con los suyos.

—Lo que quiero ahoramismo esponerteeltrasero tanrojo quenopodrásentarte en una maldita semana. Quizás, de ese modo, logre desparasitar las malas pulgas de la gatita rabiosa.

Los ojos de ella se abrieron, dilatados de sorpresa, enfado, y él valiéndose de su momentánea perturbación, la llevó casi a arrastras al interior del dormitorio. Su mirada nerviosa deambuló por la habitación; cuando se detuvo en las pequeñas manchas de sangre que mostraba su vestido hecho jirones,

brilló afectada.

Una impertinente sonrisa colgó de los labios de Valen al darse cuenta.

Maldito fuera, aquello era de lo más vergonzoso.

—Un bonito presente que me llevaré como recuerdo de nuestra primera vez juntos. Como ves, cariño, puedo ser también romántico cuando me lo propongo.

Aquello era el colmo de los colmos.

¡¿Cómo se atrevía?!

—Bastardo —masculló la joven, entre dientes.

Cuando él se estiró hacia ella, Alejandra se apartó. Pero él, ignorando su hostilidad, cogió su cara entre las manos y descendió los labios, dejándolos a escasos milímetros de los suyos.

—Necesito acabar lo que comencé anoche contigo. Ya no puedo esperar mucho más tiempo.

Ella levantó la vista y él no pudo evitar sentir el orgullo masculino al ver, por un fugaz momento, la expresión apasionada en su bello rostro. Alejandra podría pelear y negar la atracción sexual que existía entre los dos todo lo que quisiera, pero él estaba seguro de que le correspondería cuando cabalgara encima de ella.

—No... —Ella tiritaba a pesar del aire caluroso que parecía envolverlos. Intentó escapar de su hechizo, pero no lo consiguió porque la mano de hierro de Valen la mantuvo cautiva—. No puedes querer seguir adelante con... con todo esto. No después de comprobar que yo no... Valen soltó una risa áspera, asintiendo.

—¿Después de comprobar, qué? ¿Qué no te has acostado con Damiano? ¿Qué sigues siendo solo para mí? Pues te equivocas, porque pienso hacerte mía y de ti depende de cómo sean las cosas esta vez. Te estoy dando la oportunidad de escoger. Ya conoces las dos opciones. Una puede ser intensamente dolorosa y la otra muy buena y placentera.

La joven se zafó de sus manos y lo miró con furia por el intencionado comentario. La ira hacía centellear sus ojos, florecer sus mejillas, y su cuerpo. ¡Se veía tan deliciosa!

—¡No! Tú no me estás mostrando dos salidas. Tú simplemente me enseñas una y me preguntas si entraré por ella despacio y sometida, o por el contrario, lo haré furiosa y desobediente.

Él alzó una ceja.

—¿Y bien? ¿De qué manera entrarás entonces a mi cama?

—¡Vete al infierno, Valen Lemacks!

Una dura sonrisa curvó los labios masculinos.

Oh, sabía lo que ella necesitaba.

—El infierno se desatará aquí, entre estas cuatro paredes. Y tú, cariño, serás mi invitada especial.

Adivinando cuáles eran sus intenciones, Alejandra se defendió. Pero fue en vano. No podía liberarse de él. Estaba en desventaja y se sentía muy débil.

Sintió que las manos de Valen le retiraban bruscamente la bata de los hombros y la bajaban por su cuerpo. De repente, estaba completamente desnuda ante él. El aire fresco peregrinó por su piel, el cual fue rápidamente reemplazado por una llamarada que le robó el aliento cuando Valen le pellizcó un pezón.

En un movimiento reflejo, trató de cubrirse los senos con los brazos, pero Valen, que no pudo contener la risa, la apretó con más fuerza y luego cubrió sus labios con los suyos sin darle la más mínima opción de rechazarlo. Cuando introdujo la lengua en su boca y se enredó con la suya, la tranquilizó, tomándole la mejilla con una mano. De inmediato el rostro de ella se apoyó en la palma. Masajeó con la otra mano una de sus nalgas primero y luego trasladó sus atenciones alrededor de sus pliegues húmedos. Alejandra gimió en su boca y él se movió hacia ella, tratando, inútilmente de incrustar la tesa polla que contenían sus pantalones contra su raja mojada.

Maldijo.

Él era mucho más grande que ella.

Nunca antes la considerable diferencia de altura le había molestado tanto como en esos momentos.

Valen gruñó y se apartó. Su cara estaba tensa.

La camiseta de él cayó al suelo. Luego los zapatos.

—Si mi polla y huevos se ponen más duros, acabaré derramándome en el pantalón.

No puedo esperar mucho tiempo sin entrar en ti, pequeña, lo siento.

La empujó a la cama y en el acto se colocó sobre ella, intentando inmovilizarla, intentando abrirse la bragueta. Cada movimiento de la joven aumentaba sus deseos de poseerla.

Alejandra rodeó con su brazos la cintura de Valen. En medio de la neblina de pasión, se dijo que tenía que apartarlo, detenerlo... Pero solo un rato más. De repente sufrió una fuerte presión entre los muslos. Aterrada, intentó escapar sin conseguirlo. La sensación de la cabeza del pene de Valen frotándose en su hinchado capullo la aterró. Había sentido un dolor espantoso la pasada noche.

—No me vuelvas a hacer daño —Tragó con fuerza, luchando para que las lágrimas de angustia no la delataran.

—Esta vez no tiene por qué ser tan malo, chiquita. Solo trata de no resistirte. De aceptarme —Le susurró, saboreando la dulzura de los labios entreabiertos de la joven, pero los giros de la parte inferior del cuerpo de ella no le permitían olvidar el objetivo inmediato.

Penetrarla.

No podía esperar más.

—Abre las piernas.

Él la sujetó con fuerza. Alejandra intentaba mantener las rodillas unidas.

—No.

Él se apoyó en los codos, mientras sus largos brazos mantenían muy encima de ella la colosal anchura de su pecho. Quería observarla cuando ella lo recibiera íntimamente, ver la agonía y el éxtasis reflejado en sus ojos.

—Alejandra... —Se apartó para situarse en posición y empujó hondo todo lo que pudo. Ella gritó, lloró, y él entrelazó sus cálidos dedos con los suyos, presionando sus manos más profundamente en el colchón—. Pon tu pierna a mí alrededor. Confía en mí, se sentirá peor ahora si paro.

Ella asintió débilmente e hizo lo que le pedía. Valen se había aprovechado del momento para tenerla dócilmente debajo de él. Sabía que le dolía y que ella haría cualquier cosa para hacer que el dolor desapareciese; aunque eso significara entregarse a él.

Alejandra tenía los ojos cerrados, y de ellos resbalaban lágrimas. Lo sentía muy, muy profundamente, tanto, que la sensación más que agradarle le resultaba incómoda.

Y, aunque trató de soportar estoicamente el dolor, no pudo por más tiempo.

Entonces, cuando Valen se retiró para volver a embestirla, ella metió una mano entre sus cuerpos y le detuvo a centímetros del golpe seco de carne contra carne que lo llevaría directamente hasta la empuñadura en su interior. —Val, no... no puedo.

Él la observó y comprendió al instante lo que estaba pasando.

—Sigue doliéndote... —Maldijo por lo bajo, y una de sus manos se encontró con el cabecero y se sostiene a sí mismo—. Tendrás que ayudarme para que esto se sienta mejor para ti. —Moviéndose con eficacia, cogió su mano y la colocó alrededor de su gruesa longitud—. Mantenla ahí.

Alejandra lo observó sorprendida y enfebrecida. Su mano era tan delicada que no llegaba a cerrarse completamente entorno a él, y el simple hecho de sentir

su mano en su descomunal falo lo ponía a mil. Intentó controlarse, pero le era casi imposible.

Apoyó las manos a cada lado de la cabeza de Alejandra

—Tú serás quien controle la profundidad.

Con su respiración pesada y el cuerpo transpirando por la contención, la besó posesivamente por un largo rato, y después su boca fue bajando pausadamente por el cuerpo femenino, dejando estelas de fuego por donde pasaba.

Llegó a uno de sus montículos, lo besó y mordisqueó, jugó con la cima que se puso dura como un botón y pasó al otro haciendo lo mismo.

Sin dejar de excitar esas partes sensibles con la boca, los dedos de Valen dibujaron entonces un sendero hacia donde estaban unidos íntimamente y la acarició. Ella gimió, se retorció y murmuró palabras incoherentes. Había hecho que la excitación volviese a ella, así que rápidamente y sin dejar detocarla, se retiró lentamente de su interior y volvió a empujarse dentro con energía. En esta ocasión sepultó algunos centímetros más de su polla, y poseído por la nueva sensación, comenzó la vieja danza de la pasión.

Alejandra gimió en su boca. Dios, era tan estrecha.

Estaba tan tensa que sentía un exquisito dolor en su verga. Continuó besándola mientras sus bíceps se inflaban por el esfuerzo y sus caderas empujaban fuertemente en ella.

Pronto los labios de Alejandra dejaron escapar un sinfín de gemidos mientras clavaba las uñas en la espalda masculina. Valen luchaba sin aliento para contenerse, pero ella era demasiado tentadora y lo llevó hasta el límite. Las embestidas comenzaron a ser más profundas y rápidas y Alejandra siguió instintivamente el ritmo decada una. Levantó las caderas y lordeó con las piernas mientras oía el choque de los cuerpos mecerse al compás de la humedad de sus deseos.

Al cabo de un rato, Valen hundió más fuertemente los dedos en sus caderas y empujó una, dos, tres veces más. Contrajo los músculos al tiempo que un sonido gutural salía de su garganta. Con un estremecimiento final se había dejado ir y su semilla caliente se derramaba en el interior de Alejandra mientras su mente volaba a un paraíso totalmente nuevo para él. Cubriéndola con su cuerpo dejó que su peso la aplastara suavemente contra la suavidad de la cama, con su polla aún dentro de ella.

Valen cerró los ojos e intentó no pensar, no acordarse de la realidad. Quería alargar ese momento. Quería decirle lo mucho que ella significaba para él, pero a medida que recuperaba el aliento, fue comprendiendo que una maldita

debilidad en su vida, podía ser su perdición. Lo había visto durante todo un mes.

Deseando que esa unión durara para siempre, él se tumbó junto a su esposa, la tomó entre los brazos y la apretó con fuerza, de forma que su polla continuase estando en las profundidades de ella.

Ella le pertenecía.

Alejandra se relajó y descansó la cabeza en pecho de su marido. Estaba ligeramente sudoroso y el corazón le retumbaba contra la mejilla. Ella arañaba los últimos minutos, o segundos, en sus brazos, porque sabía perfectamente que, una vez fuera de la cama, Valen Lemacks volvería a ajustarse su armadura de indiferencia, y nada de lo sucedido en ese lugar le importaría.

Alejandra sonrió triste y soñadoramente.

A diferencia de Valen, ella había hecho el amor con el hombre de sus sueños.

CAPITULO 11

—Valen... espera.

Valen petrificó a la mujer con la mirada.

—Me has ocultado todo este tiempo a mi mujer, Shannon —dijo él con la voz y

la expresión tan dura que parecía hecho de acero—. Has osado mantenerla aquí, alejada de mí y del lugar que le pertenece.

— ¡Ella no tuvo la culpa, Valen! —inquirió Alejandra intentando calmar los ánimos de su marido.

No importaba que descargara su cólera contra ella. Ya lo había hecho y seguía allí al pie del cañón, pero no quería que Shannon, la buena mujer que le había dado cobijo y trabajo el último mes, fuera diana de su furia.

No si ella podía impedirselo.

Valen se volvió hacia Alejandra con los ojos inyectados de irritación.

—Tranquila, Alejandra —dijo la mujer antes de enfrentarlo a él—: Y sí, Valen Lemacks, Alejandra ha estado aquí conmigo todo el tiempo. Ha tenido cuidado, protección, un trabajo y todo lo que no hubiera podido conseguir en una ciudad como Londres.

—Ya veo, ahora tengo que agradecértelo —contraatacó Valen con cinismo—. Ahora se supone que tengo que hacerte un altar, por ser la mártir que salvó a la chica del ogro. ¿Eso pretendes, Shannon? Si te he tenido consideración, es por lo que eres para... ella —Alejandra tuvo el extraño presentimiento de que no se refería a ella, y rostro se torció con un gesto de amargura y ansiedad—, pero eso se acabó. Esto no te lo voy a perdonar nunca.

—¡Valen!

Él le lanzó a su esposa una mirada colérica.

—Deberías estar haciendo las maletas, y no metiéndote en un problema que tú misma has creado.

Aquello le sentó terriblemente mal a Alejandra. Pero él tenía razón. Por su culpa, Shannon Bonham iba a pagar las consecuencias de sus acciones. Si de algo estaba completamente segura era de que Valen no amenazaba por las puras. Él cumpliría hasta el último de sus juramentos. Para bien o para mal, era un hombre que le daba honor a su palabra.

Ella comenzó a salir de la estancia. Tenía que ver a Patch y...

—Ale —Shannon se había girado hacia ella y la observaba—. Si no quieres irte, no tienes por qué hacerlo. Esta siempre será tu casa y puedes quedarte en ella todo el tiempo que necesites o quieras. No tomes una decisión apresurada solo porque sientas que debes protegerme. Sé protegerme sola de esta clase de hombres.

La joven tragó con fuerza y Valen apretó la mandíbula hasta que sus dientes chirriaron.

—Ella es mi mujer, Shannon, y tú no vas a decidir lo que ella tiene o no que hacer. O donde tiene o no que estar. Ella es mi esposa, mi mujer y tiene que estar a mi lado cumpliendo con sus funciones.

—Alejandra —insistió la mujer, ignorando la arrogancia de aquel inglés de tormentosos ojos de plata que la ametrallaban con la mirada—. Estoy hablando en serio.

La mujer negó.

—Te lo agradezco mucho...

—Pero en este mismo momento va a hacer lo que le ha ordenado su marido —sentenció Valen.

Corrió hacia el segundo piso para no demorarse más de algunos minutos. No quería dejar sola a la señora Bonham con un Valen molesto y fuera de sí.

Metió todo en la maleta como fuera que cayera y llamó a Patch.

—¡Vamos, bebé! —Lo urgió, y el perrito levantó las orejas.

Ambos salieron del dormitorio y llegaron a la primera planta casi al trote. Alejandra jadeó un poco al cruzar el umbral de la puerta y observó que tanto Shannon como Valen se observaban atentamente. Parecían que habían discutido acaloradamente en los minutos en los que no había estado.

Maldición.

Parecía que por más que quisiera hacer bien las cosas, cualquier decisión que ella tomara acarrearía problemas y con alguien conocido lastimado.

—Bien, vámonos.

—¡No puedes exigirle irse, Valen! —gruñó la señora Bonham.

—¡No voy a discutir sobre esto contigo, Shannon! —gruñó Valen completamente encabritado.

—Davis, lleva las cosas de la señora al coche.

Patch contempló a Valen unos segundos y corrió hacia él, moviendo la colita y pidiendo que le prestara atención. El hombre frunció el ceño y le rascó detrás de las orejas.

—Hola, amiguito.

El animalito estaba extasiado y daba pequeños ladridos entusiasmado. Era como un niño que había vuelto a ver a su padre luego de haber estado en un campamento de verano.

Shannon aprovechó ese momento para echar un vistazo a Alejandra antes de retirarse y rogarle con la mirada que le dijera si en algún momento Valen le había hecho daño de algún modo.

«Si ella supiera» pensó.

El móvil de la mujer comenzó a sonar dentro de su cartera.

Se apresuró a sacar el aparato ya observare el identificador de llamadas. Era Celia. Realmente ella no era la Beata Madre Teresa de Calcuta, ni mucho menos era alguien que no guardara rencor. Y Celia se lo había ganado. Ella era la única que sabía dónde iba a estar. Ella era quien la había vendido a...

—Contesta y ponle el altavoz.

Alejandra cerró los ojos mientras pulsaba el botón, porque ya sabía cómo iba a terminar aquello.

—Hola, Celia.

—¡Hermanita! —dijo la mujer—. ¿Estás bien?

—He tenido mejores días —contestó, y Valen le apresuró a preguntar—, pero qué te pasó ayer, no llegaste...

—Sí, justamente por eso era por lo que te llamaba. Verás, no te lo vas a creer, pero mientras subía a la suite, me encontré en el camino con Valen. Me asusté tanto que solo quería irme de allí para que él no me viera.

Espero que no te haya visto a ti tampoco.

—Me encontré, sí.

—¡Oh, santo cielo, eso es horrible! Espero que no te hiciera nada malo —Alejandra no podía comprender hasta dónde llegaba el cinismo de su hermana. Ella estaba cada vez más segura de que ella la había vendido cual Judas Iscariote.

Su propia hermana.

¡Maldita fuera!

Valen frunció el ceño y ella aprovechó para darle donde sabía que más le dolería.

—Si me hubieras avisado de que Valen estaba en el mismo hotel, quizás hubiera podido evitar lo que pasó.

—¿Y qué pasó, Alejandra?

Ella hizo una pausa y tragó.

—Oh, hermanita —se lamentó la otra mujer, pero tanto Alejandra como Valen

sabían, a ciencia cierta, que aquello no era más que otra obra de teatro montada por Celia—. ¿Te ha... golpeado?

—No, Celia —se apresuró a responder.

—¿Entonces abusó de ti?

Alejandra espió de soslayo a su marido. Parecía tan tranquilo, tan frío y seguro de sí mismo. ¡Y su actitud imperturbable la enfureció! Se merecía una humillación tan grande como la que él le había hecho pasar la noche anterior.

Sin poder evitar que las mejillas se le pusieran del color de las fresas, y antes de que el valor la abandonara en el primer arcén seguro que encontrara, contestó:

—No fue la primera vez que siempre soñé tener, Celia.

Una exclamación femenina la hizo mirar por encima de su hombro. Sintió que moriría de vergüenza al ver parados detrás de ella, no solo a la señora Bonham que sujetaba algo en sus manos, sino también a Gael, Davis... y Angelo Zammicheli. No deseó haber dicho aquello con tanta gente en medio. No quería que todos se enteraran de lo que había pasado en esa habitación de hotel.

Pero ya era demasiado tarde. Todos parecían haber sacado una libreta mental y atado cabos sueltos. Podía sentir sus miradas de sorpresa y conmoción sobre ella. «¡Era virgen!» «¡Pero cómo!» ¡¿Por qué nunca le salía nada bien?!

Se trataba de hacer ver a Valen que lo que había hecho estaba mal, y sin embargo, ya podía imaginar la satisfacción que sentiría en esos momentos. Mierda.

Valen se quedó tieso por unos minutos, mientras escuchaba lo que Alejandra acababa de decir. Una parte de él se hundió en el abismo de la desolación por lo que había dado a entender, pero tenía razón: Él la había violado. Y eso sería su karma por el resto de su vida. Pero por otro lado, sentía la posesividad rugir en su pecho como un león marcando su territorio, porque todos los hombres de su alrededor habían enterado que era su mujer y que era el primer hombre que había explorado sus virginales terrenos sureños.

—Eso no puede ser posible... ¡Llevas casada más de medio año! —dijo Celia con incredulidad. —Sí, pero...

—Tu hermana no se abriría de piernas para nadie más que no sea yo, Celia. No contabas con eso cuando comenzaste a tejer tus intrigas — apuñaló Valen—. Ahora quiero que te quede clara una cosa. Desaparece de nuestras vidas o te juro que te mataré con mis propias manos.

La llamada se cortó instantáneamente. Celia la había vuelto a dejar sola frente

a un problema. ¡Y uno muy gordo!

Alejandra reparó en cómo Valen y Angelo enfrentaban sus miradas.

Estaban a unos pasos el uno contra el otro. Ninguno le perdía la vista al otro, y ambos tenían los puños apretados. Ella intuía lo que estaría pasando por la mente de su esposo: Angelo era tan culpable como Shannon o como ella. Pero no era cierto. Angelo Zammicheli no tenía ni idea de lo que estaba pasando, ni que ella estuviera allí. Nunca lo había visto, hasta ese momento, visitar la casa de la señora Bonham.

—Valen —comenzó diciendo Angelo.

Pero la tensión del momento se podía cortar con un cuchillo de mantequilla. Era tan pesada que cayó como una manta sobre ellos, haciendo que guardara silencio.

Valen parecía a punto de ebullición, como si estuviera contando hasta el infinito para controlar la furia que recorría por su cuerpo.

Angelo Zammicheli lo había traicionado.

Sin medir las consecuencias, avanzó hacia el otro hombre con una velocidad y fiereza leónica y sin pronunciar ninguna palabra, le dio un puñetazo agudo en el rostro. Angelo se giró hacia un lado y la sangre comenzó a emanar de la abertura que él le había hecho en el labio.

—¡Eres un maldito bastardo hijo de puta!

CAPITULO 12

Valen entró en el cuarto sin llamar. Entrecerró los ojos al encontrar a la pequeña bruja reclinada sobre una montaña de almohadas revestidas de satén. Su cabello brillaba suelto y ensortijado, y su preciosa piel resplandecía blanca como la nieve. Su polla se agitó dentro del pantalón.

A Alejandra el corazón se le puso a cien y una sensación extraña se apoderó de ella mientras su marido la observaba en silencio. Estrujó las sábanas contra su pecho, y se atragantó ante la posibilidad de que le hiciese exactamente lo mismo que en el hotel.

— ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vete!

La cólera iluminó las profundidades de los ojos grises.

— ¡No! ¡Qué estás haciendo tú en este dormitorio!

— ¿Tratar de descansar?

— No juegues conmigo, Alejandra, porque no estoy de humor. — ¿Qué extraño.

— ¿Qué has dicho?

Ella se pasó la lengua por los labios en un gesto de nerviosismo. — ¿Qué en dónde dormiré? ¿En el pasillo o, tal vez, abajo con Patch? Valen la miró por un momento y, entonces con movimientos

deliberadamente rudos, le arrancó las sábanas de las manos, descubriéndola. Se volvió loco de deseo cuando comprobó cómo la iluminación de las lámparas convertían el horrendo y largo camisón blanco que llevaba puesto en transparencia. Solo una maldita y puritana braguita le impedía contemplar a gusto su cuerpo completamente desnudo.

La cargó y atravesó la puerta que comunicaba su recámara con la suya. — Eres un bruto. ¡Suéltame!

— Bienvenida a tu nueva habitación.

— Pe-pero este es tú dormitorio.

— ¿Cómo lo has adivinado? — replicó él con tono burlón — ¿Por la enorme cama que compartimos en más de una ocasión o por la mesita en la que me dejaste una escueta y ridícula nota de despedida?

Valen aún recordaba lo tortuosas e interminables que le habían resultado las primeras noches en esas cuatro paredes, tras su partida. La habitación olía a ella, cada rincón de su cuarto guardaba algún recuerdo de su presencia. Por lo mismo, muchas madrugadas acabó durmiendo en cualquier otro cuarto y,

finalmente en su ático de la ciudad. Se sentía solo, más solo que nunca. Ella le había hecho acariciar la verdadera felicidad y también el verdadero infierno.

Con esos pensamientos, Valen comenzó a desvestirse. Los ojos de Alejandra se agrandaron, y antes de que la visión de su cuerpo musculoso y viril la llenara, le dio la espalda.

Él dio un paso para acercarse, pero lo retrocedió enseguida. Cerró los puños con fuerza, de otra forma, ya la tendría debajo de él, gritando. Se giró y entró al baño dando un portazo.

Automáticamente, Alejandra corrió y trató de abrir la puerta que conducía al pasillo. Maldijo al comprobar que estaba bajo llave. Probó mejor suerte con la que vinculaba ambos dormitorios, pero estaba igualmente cerrada.

¿Quién se creía que era para llevarla de un lado a otro como si fuera una marioneta? ¿Para retenerla en esas cuatro paredes como si se tratara de un peligroso delincuente?

«¡El cavernícola controlador con el que te has casado, idiota!» Echó un vistazo a su alrededor.

Tenía que elaborar una nueva estrategia y tendría que hacerlo pronto. Valen seguía teniendo el poder de afectarla, de confundirla, y eso era como atarse de pies y manos y lanzarse al mar. Naufragaría irremediablemente si no se lo impedía.

Se frotó las manos antes de pasárselas por la cara, y se dio cuenta de que sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas.

Las últimas veinticuatro horas habían sido como un trepidante triatlón. La emboscada de Celia, la pelea desatada en la casa de Shannon, y lo más importante, el reencuentro con Valen. Alejandra respiró profundamente varias veces, sintiendo como el enfado y una desconcertante sensación de anhelo crecía en su interior. Aún podía sentirlo encima de ella, aplastándola con su duro cuerpo, susurrándole palabras obscenas al oído mientras la penetraba duro, sin piedad...

Sacudió la cabeza para despejarse.

¿Cómo podía haberse sentido atraída por él?

Por un hombre dominante e irracional.

¡Por un hombre egoísta y abusador!

Intentando ganar algo de tiempo para recuperarse del aleteo en el estómago y de las furiosas palpitaciones de su corazón, se enjuagó las lágrimas y recogió la ropa de Valen del piso. Alejandra se quedó mirando la camisa con horror.

Estaba manchada de sangre. Demasiada sangre, de hecho. Valen debía tener

alguna herida mucho más grave que un labio partido. Pero ella no recordaba habérsela vista esa mañana. ¿Pero cómo? ¡Había estado más preocupada por lo que le hacía a su cuerpo!

—¿Ahora también inspeccionas mi ropa?

El corazón de Alejandra casi se detuvo y luego empezó a latir con fuerza en el pecho. Se giró y clavó la mirada en el hombre bruto y orgulloso que aún seguía siendo su marido. De pie, a escasos metros de distancia, Valen estaba descalzo, con la piel y cabellos húmedos por un a ducha, y sólo llevaba anudada en sus estrechas caderas una toalla oscura. Súbitamente acalorada, Alejandra soltó un gemido entrecortado.

—Ha... has perdido mucha sangre. Debemos ir a un hospital inmediatamente.

—No, nada de hospitales —Le advirtió él, negando con la cabeza. Puede que la cuchillada del costado fuera más profunda de lo que él había creído originalmente, y la herida se hubiera vuelto a abrir y a sangrar, pero aquella no era la primera vez que se recuperaba de una agresión sin la necesidad de un médico. De niño había pasado por ello en innumerables ocasiones.

—¡No seas cabezota, Valen Lemacks! ¿Y si tienes una costilla rota? ¿O una hemorragia interna?

Parecía aexasperada. Tan a dolorablemente preocupada por su salud que Valen no pudo evitarlo y se acercó a ella. Le cogió el rostro con las manos y la obligó a mirarlo.

—Cálmate, Alejandra. No tengo nada que una simple cura y un buen descanso no solucione.

—Pero...

—Shhh... —Acalló sus protestas colocándole un dedo en los labios—. No me lles la contraria, pequeña.

En un acto de valentía, sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde, Alejandra atrajo a Valen hacia los pies de la cama y lo instó a sentarse en ella.

—Déjame al menos revisar la herida, cerciorarme de que sana bien.

Él trató de no dejarse con mover por esa bruja embaucadora. Mostrándose impasible, la observó entrar y salir del baño a la velocidad de un relámpago, y luego revolotear por la habitación como una liebre libre por el campo. Pronto estuvo sentada a su lado con todo un equipo de primeros auxilios. Valen la miró en silencio mientras manipulaba la herida descubierta. La limpió con delicadeza y le aplicó un desinfectante y antiséptico para ayudar a regenerar la zona dañada. Él tensó aún más la mandíbula, algo que habría creído

imposible. Dios, la deseaba tanto que dolía. La adrenalina lo atravesaba. Podía sentirla. Podía sentir cómo la lujuria crecía en su interior sólo ante el pensamiento de poseerla.

Ninguna mujer debería tener tanto poder sobre un hombre.

¡Ninguna, maldita sea!

—Ni Angelo ni tú teníais ningún arma blanca... —murmuró ella, de repente, mientras le colocaba un apósito—. ¿Vas a contarme entonces quién te apuñaló y por qué?

—¿Acaso te importa? —Le espetó él en un tono seco.

—Sabes que sí.

—Es curioso cómo te preocupas por algo que hace solo un mes no pareció importarte demasiado —replicó con irritación, queriendo cambiar de tema, lastimarla.

Las lágrimas obstruyeron la garganta de Alejandra, por lo que le fue imposible respirar. No entendía por qué las malditas palabras de ese caradura le hacían tanto daño. Pero lo hacían. Apretó las muelas, incapaz aún de levantar la mirada de la herida. No quería que leyera su dolor.

Solo necesitaba un minuto para reponerse y reajustar su máscara.

Solo un maldito minuto.

Procurando controlar el temblor de su propio cuerpo, Alejandra se incorporó. Pero las manos de Valen actuaron más veloces que sus pies, y la agarraron. La joven tiró inútilmente de las muñecas tratando de liberarse.

—Solo iba a traerte una aspirina para el dolor y un vaso de agua.

—No necesito ninguna droga —«Al menos no cuando te tengo cerca.»

La atrajo a su regazo y la sentó en él. Instintivamente le apartó unos mechones cortos de la cara. Ella se quedó rígida cuando la presión de su polla le recordó que no debía hincharle aún más las pelotas si no deseaba ser follada duramente.

—Mírame —Cerró la mano en su cabello y tiró de él para entrelazar sus miradas. Su sabrosa boca se entreabrió ligeramente, y solo Dios sabe el esfuerzo que tuvo que hacer para no devorarla.

Tentativamente, los dedos de su otra mano se movieron hacia abajo, recorriendo su mandíbula y clavícula. Bajó la vista lentamente, posándola en los tersos y erguidos pezones que se dibujaban tras la fina tela del camisón. Quería poner su boca allí. Podía pasar horas jugando con sus pechos llenos y no cansarse jamás.

Y se moría por hacer después exactamente lo mismo en su sexo suave y

depilado.

Su gruesa erección se estremeció en respuesta. Le latía el engrosado glande, le palpitaba. Demonios. Sabía lo estrecho y caliente que era su coño. Se había ceñido tan jodidamente bien en torno a su miembro, succionándolo y aceptando todo lo que él le daba.

—Muero por estar de nuevo dentro de ti. —Valen escondió el rostro en la curva del cuello femenino, y la marcó.

«Mía.»

Nerviosa, Alejandra cerró los párpados. Los labios de Valen recurrían la piel de su garganta, su barba la irritaba de una forma deliciosa. Se relamió los labios cuando el importante bulto que sobresalía de debajo de la toalla y que había procurado ignorar mientras lo curaba, ahora parecía mucho más grande. Jadeó, sintiendo una pulsación insoportable en la ingle que se extendió por la pelvis haciendo latir su clítoris.

Pero las imágenes de Valen forzándola a tener relaciones sexuales con él aparecieron claras en su mente y le dieron las fuerzas suficientes para despertar de su embrujó y apartarse. —No... Quiero decir, aún estoy muy adolorida. Valen la retuvo en su sitio y arqueó una ceja.

—¿Es una promesa? ¿Un: más tarde, quizás?

Ella odio la burla que oyó en su tono. Lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué me haces esto? ¿Acaso ya no obtuviste tu venganza?

La respiración de Valen se hizo más áspera, y apretó los dientes. Para recordarse que no debía perder la estabilidad, le rozó los labios con el pulgar y le acarició de nuevo el pelo. No importaba la cantidad de control que hubiera tenido en el pasado, no había forma de que controlara su cuerpo con esa maldita mujer.

Porque Alejandra le pertenecía, había sido creada para él y era la única persona en el mundo capaz de descongelar el témpano de hielo que tenía por corazón.

—Ah, la venganza —contestó con una malintencionada sonrisa—. Es repudiable pero tiene algo agradable. Y muy dulce. Es el manjar más sabroso condimentado en el infierno.

Ella se quedó quieta de golpe, con la boca abierta, y lo miró con fijeza. Poco a poco entrecerró los ojos y apretó los labios.

—Pues tu venganza y tú podéis iros al mismo infierno. Creí que eras un ser único, maravilloso, a pesar de tus defectos y sombras, pero finalmente me has demostrado que eres un cínico sin corazón.

—Te confieso que hubo muchos momentos en los que deseé, por tu bien, ser un hombre mejor. Pensando que no sabía qué posibilidades tenía de ser alguien civilizado, pero que si había alguna, quería intentarlo. Por ti. Pero todo eso se acabó. Tú lo mataste, Alejandra, así que deja de lamentarte.

Sin más dilataciones, jaló con rabia de los tirantes de su camisión hasta descubrir sus senos desnudos. El estómago de la joven aleteó, desbocado, e intentó alejarse.

—¡Estate quieta! —Le gruñó él, pasándole una mano en la nuca y obligándola a acercarse a él—. No voy hacerte daño, solo quiero comprobar una cosa.

Alejandra se quedó paralizada. Debería luchar contra Valen, hacer algo. Cualquier cosa menos quedarse allí viendo como él examinaba sus senos con la vista y manos. Confundida, siguió el movimiento de sus caricias. Empleaba la dureza suficiente para despertar en ella una pequeña alarma de peligro y un deseo abrumador. Le apretó los suaves montículos, frotándolos luego con las yemas de los dedos.

—¿Has tenido alguna vez alguna marca de nacimiento?

«¿Qué... ?»

Parpadeando sorprendida, asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Y Celia, supongo, conocía la existencia de esa marca.

—Es mi hermana y compartimos el mismo dormitorio por mucho tiempo, así que vio la mancha, pero cuando comenzamos a crecer, ella cambió y cualquier cosa que se tratara de mí... Le era indiferente. La mancha la perdí con el tiempo, hasta hace solo pocos años aún podía notarse una sombra, pero ya no. Supongo que la piel terminó de absorberla. No sé y no entiendo a qué viene todo este cacheo.

—Así que para Celia la sigues conservando.

—Supongo que sí.

«Sabes, me gusta mucho la pequeña y casi imperceptible flor que tiene debajo de uno de sus bonitos pechos.»

La sangre drenó el rostro de Valen cuando las palabras de su hermano menor alcanzaron su mente.

Otro paso en falso de Celia.

Tanto ella como Damiano debían aprender a constatar primero las informaciones si querían que sus maquinaciones y fraudes llegaran a buen puerto. ¡Ineptos principiantes!

—Está bien, pequeña —La ayudó a ponerse de pie con un cachete en el trasero

—. Has sido una enfermera maravillosa.

La cólera destelló en los ojos de la mujer mientras se frotaba la nalga que le había azotado.

—¿En dónde dormiré?

—En la cama. Conmigo.

Él dejó caer la toalla y Alejandra lo recorrió con la mirada, desconfiada, y al mismo tiempo, poseída por una oleada de excitación. Se estremeció y se apretó las manos contra el estómago.

¡¿Estaba loca?!

No sabía qué diablos había puesto Bianca en la cena para que se estuviera comportando como una completa idiota. ¡Jesús, ese maldito hombre prácticamente la había violado y ella no podía controlar las reacciones de su cuerpo traidor!

—Pe... pero estás desnudo —Ella se ruborizó de vergüenza y él dejó escapar una risa.

—Buena observación —reconoció él mientras se acostaba. Parecía muy cómodo con su impresionante desnudez porque no se molestó en cubrirse bien —. Ahora déjate de gazmoñerías y ven aquí —Al ver que ella no se movía, él alzó una ceja y giró la cabeza para estudiarla—. ¿Piensas que volveré a abusar de ti? —Una sonrisita aleteó en las comisuras de sus labios cuando la vio contener el aliento—: Puedo asegurarte que la próxima vez no será tan malo si cooperas desde un inicio, pero tranquila, relájate, no será esta noche. ¡Enhorabuena, pequeña! Porque dormirás como un angelito.

A pesar de su crudeza y cinismo, su voz estaba impresa de una extraña ternura. Alejandra se pasó la lengua por los labios en un gesto de nerviosismo. No sabía qué quería de ella o qué le iba hacer. Tal vez mañana decidiese que no le gustaba tenerla allí de vuelta. Quizás mañana, con los ánimos más calmados, pudieran enterrar el hacha de guerra entre ellos. Puede, incluso, que aún tuvieran una oportunidad, porque ya no estaba tan segura de las acusaciones que Celia había vertido sobre Valen.

Ese pensamiento hizo que, sin mirarlo, se metiera dentro de la cama. Lo más lejos posible de su contacto.

Valen se apretó contra su espalda y le acarició la cadera, mientras su polla dura buscaba un lecho entre sus muslos para descansar esa noche. La oyó tomar una respiración, un inhalar desigual y rápido.

—Dulces sueños, chiquita —Valen le besó la piel desnuda de su hombro y descaradamente rozó con los dedos su zona más íntima. Casi podía oír el

rechinar de sus dientes. No sabía por qué la picaba, pero le divertía cuando se enfadaba con él—. Ah, una última cosa más, cariño. Mañana viajaremos.

Ella se apoyó en un codo y lo miró por encima de su hombro, sus ojos estaban grandes.

—¿Qué... a dónde? ¡Estás loco!

—Sí, cariño, estoy loco. Eso es lo que haces tú conmigo. Ahora te aconsejo que seas una buena chica y duermas... —Él se encogió de hombros con indiferencia—. A no ser, claro, que estés caliente y quieras sexo. ¿Lo quieres, pequeña?

—¡Que te jodan Valen Lemacks! —Le espetó ella, dándole de nuevo la espalda y ajustando con rabia la almohada para mayor comodidad.

Cuando trató de poner distancia entre ellos, él la atrapó con un brazo y adhirió más su cuerpo caliente al suyo. Posó los labios en su oído.

—Creo recordar que eso ya lo hice yo contigo esta mañana, chiquita.

CAPITULO 13

Ya había tenido suficiente, pensó Valen nada más entrar al dormitorio. Desde que le arrebatara, y de la peor de las maneras, el último resquicio que le quedaba a Alejandra de inocencia, había tratado de ser paciente, de no volver a abusar de ella. Había tratado, incluso y estúpidamente de compensar la forma déspota en que la había tomado a la fuerza en la suite del hotel. ¿Y qué había obtenido después de una larga e interminable semana de celibato? A una escurridiza esposa que se distanciaba cada día más y más de él. Alimentando el frío abismo entre ellos.

De acuerdo.

Si ella quería esquivar los ataques, él tendría que recordarle el tipo de rival al que se enfrentaba, porque estaba más que harto y cansado de sus regates y carreras por la banda.

Tendría a su mujer hasta que se saciara de ella. La formaría y la tomaría de todas las formas inventadas posibles y de todas las que a él se le ocurriera también. Hundiría su polla en ella tantas veces hasta que el simple hecho de pensar en hacerlo de nuevo le resultará repulsivo.

Quería embotarse de ella para no darle ningún control sobre él. Quería que el objeto de su demencia y descontrol fuera encerrado entre los barrotes de la saciedad.

Resuelto a hundir esa noche su verga en el coñito más prieto que nunca antes hubiese probado, sin apartar la vista de la pequeña arpía que lo estaba trastornando, se sacó bruscamente la camisa. El calzado y los pantalones siguieron a continuación.

Un sonido gutural escapó de su garganta cuando los dedos de su mano se cerraron alrededor de una erección que se tornaba cada segundo más dura y grande mientras la observaba. Maldición, no correrse en esos momentos requería de mucho autocontrol. Pero no quería autosatisfacerse. Quería que Alejandra cogiera su polla entre sus manos y humedeciera su glande con su boca, que lo chupara, que lo succionara con la misma fuerza con la que él quería bombear en su cálido interior.

Hijo de puta. Quería que lo mirara con esos grandes ojos castaños, mientras él empujaba su gruesa envergadura entre sus pechos. Mientras le daba todo el placer que le había negado esos malditos siete días que llevaban en Tenerife.

La mujer de sus ensoñaciones se acercó a la cómoda y sacó de allí un feo y grueso pijama.

Ella suspiró. No quería pernoctar en la misma habitación que Valen. Aún estaba demasiado fresco en su memorialo que había hecho como para querer tenerle cerca, pero el zorro viejo era más astuto y había programado unas pequeñas vacaciones familiares... Apretó el pijama contra su pecho.

—¿Ya no te pones mis camisas para dormir? —Escuchó que su marido le decía burlescamente a su espalda—. ¿Tampoco quieres el negligé que te regaló Idaira? Bueno —dijo encogiéndose de hombros—. Si vas a ponerte esa cosa tan fea, prefiero que duermas desnuda.

—Y yo preferiría dormir en otro lado —siseó la mujer con los dientes apretados.

—Una lástima que los sueños no siempre se hacen realidad.

Alejandra se giró y fue hacia el tocador para dejar sobre la superficie de madera su anillo de bodas y el denario que profesaba la fe en un Dios que parecía haberla abandonado.

Suspiró, mientras bajaba la cabeza para no encontrarse la dura expresión de Valen a través del espejo.

De pronto sintió las manos de su marido aplastando y oprimiendo los globos de su trasero, mientras su boca la mordía a la altura del cuello. Sus manos bajaron y buscaron el dobladillo de la falda.

El roce caliente del contacto piel con piel la hizo estremecer. Pero no lo iba a permitir. Se negaba a ser solo una muñeca de placer. Ahogó un gemido y golpeó en los dorsos de las manos masculinas.

—No.

Valen se carcajeó con crueldad.

—¿Vas a decirme que no puedo tocar lo que es mío? —Chasqueó la lengua como si de repente encontrara la situación muy divertida—. Te comportas como una puritana gatita. ¿Sabías que cuando los felinos procrean el macho tiene que morder a la hembra para que le deje entrar y salir?

Alejandra arrugó los labios en una tensa línea. Valen intentó inclinarla hacia el tocador, pero ella se puso dura, rehacía a moverse.

—La primera regla de toda amante es ser complaciente —explicó dándole una nalgada fuerte en el trasero—, y tú no lo estás siendo.

—No... —le rogó ella mientras él le colocaba una mano en el plano vientre y la hacía inclinarse—. Por favor.

—¿Qué no te tome? ¿Por qué no debería tomarte si eres mi mujer?

—Si lo haces voy a gritar —amenazó.

—Hazlo. Grita todo lo que quieras, para que venga tu familia y te vea con mis dedos en tu interior.

Los gruesos dedos masculinos exploraron entre sus braguitas y acariciaron rítmicamente entre los pliegues de sus sensibles labios. Arriba. Abajo. Su dedo corazón llegó hasta el vibrante capullo de su clítoris.

—¿Gritarás, chiquita? —preguntó socarrón, mientras acariciaba con la yema de sus dedos en círculos la puerta del interior de Alejandra. Catando la constricción del prieto canal.

—N...no.

—¿Ves que todo es más fácil cuando decides participar de propia voluntad? —preguntó divertido—. Toda tú eres mía. Cada lunar, cada suspiro y cada pensamiento. ¿Acaso no lo comprendes aún? —Le dijo colocándose sobre ella y haciéndole sentir la dura erección que pulsaba entre sus piernas, como conejo que busca el camino hacia su madriguera—. No voy a permitir ni que huyas, ni que me niegues calmar el incendio que siento.

Valen movió sus caderas mientras una de sus grandes manos fue a dar a la garganta femenina. El hombre se acopló anatómicamente a la mujer y le mordió el cuello de nuevo, dejándole una dolorosa marca. Alejandra se contorsionó de dolor, mientras él le palmeaba el trasero con un duro y pesado cachete. Ella gimió. Uno de sus dedos pulsó la entrada de su ano.

—Si cuando poseí tu prieto coño casi te desmayas, imagina lo que pasará cuando quiera bombear este delicioso culito.

Alejandra jadeó y tragó con fuerza.

—¿Si te digo que no deseo esto, volverás a tomarme por la fuerza? —interpeló ella

—¿Realmente eso fue lo que piensas que hice contigo en la suite del hotel? ¿Tomarte a la fuerza?

—¿Acaso no fue así?

Valen la levantó y le dio la vuelta para que lo observara. Ella parecía contrariada por el rumbo que había tomado la conversación.

—No, no lo fue —dijo llevando uno de los mechones de cabello corto detrás de la oreja—. Si hubiera querido, ese día te hubiera podido hacer mucho daño. Muchísimo más del que te imaginas.

—¿Tengo que agradecer acaso? —preguntó irónica—. Al menos, si no te arrepientes, ten la decencia de reconocerlo.

—El arrepentimiento, el reconocimiento y yo, no nos entendemos, ni nos

complementamos de ninguna de las maneras. Oh, pequeño, no como tú y yo — La agarró de la barbilla—. Tú y yo podríamos iluminar una ciudad entera con la tensión sexual que existe entre nosotros.

Le colocó ambas manos sobre los brazos.

—Arrodíllate.

Ella no podía comprender en qué momento el tierno Valen se había convertido en aquel espectro. Quizás ella lo había sobrevalorado y le había otorgado virtudes que realmente no tenía. Quizás le había dotado de un alma que no quería, ni necesitaba. Mientras su mente divagaba, no se dio cuenta que Valen se había deshecho de su blusa y que estaba eliminando también su sujetador.

Debía reconocerlo.

Aun así, ella lo deseaba. Lo amaba. Porque el amor no era una moda del día o del momento. El amor era un modo de vivir, una parte de ella y de su alma.

Valen sacó su polla de sus elegantes pantalones y se la puso, literalmente, frente a sus ojos. Alejandra lo miró impertérrita.

—Abre tu deliciosa boca y con tu lengua humedécela.

Ella colocó una mano sobre su erección y esta palpité entre sus dedos. Se la llevó a la boca mientras intentaba que su mente no pensara demasiado. Quizás así y sin tener una real conexión con Valen, ella pudiera resguardar alguna migaja de dignidad.

—Mírame.

Valen observó cómo la cabeza de su polla entraba y salía de la boca de su mujer. Sus ojos jamás abandonaron su rostro, y el cúmulo de arcadas que le venían una tras otra le hicieron comprender que su único adiestramiento, la única polla que había albergado su pequeñaboca, había sido la suya, enaquel día que se había lanzado a sus brazos en la cabaña.

Sintió la necesidad de sonreír.

—Agarra tus pechos y júntalos.

Lo hizo.

Valen bombeó con fuerza, sintiendo como abría un territorio nuevo para Alejandra. Aquello sería rápido y sólo para él. Se habían acabado las contemplaciones.

—Sigue chupándola —dijo en un gruñido gutural. Sentía placer al ver a esa gatita tan domesticada.

Ella humedeció sus labios, sintiendo lo mojada que estaba su feminidad. Le picaban los pezones erectos y su interior se contraía necesitado de él. Maldito fuera. Valen dejó de lado el valle de sus pechos y se centró en bombear con

fuerza dentro de su boca. La agarró el cabello para que ella no pudiera escapar.

Alejandra cerró los dientes entorno a su pulsante glande y los paseó inconscientemente por el borde del miembro, dándole un pequeño pero significativo mordisco. Valen gruñó con fuerza, mientras bombeaba con mayor dureza, buscando enterrarse en ese cálido y húmedo orificio. Comenzó a dolerle la mandíbula, así que en venganza, cerró los dientes y le pellizcó la suave piel estirada del glande. Valen sintió dolor y perdió todo el control del que estaba tan orgulloso. Antes de lograr salir de la boquita lujuriosa de Alejandra, ya se estaba corriendo. Su caliente simiente se chorreó desde los labios rosados de la mujer, hasta el inicio de sus pechos, donde otro chorro fue a dar.

Valen gimió y la agarró de la mandíbula con una mano, mientras le jalaba del cabello con la otra.

—Trágate lo —Le ordenó jalando las hebras de cabello corto—. Es tu castigo por cortarte así el cabello. Lo odio —mintió

Alejandra tragó y sintió las arcadas del horrible sabor viscoso, salado y amargo de la simiente. Se quitó con brusquedad y corrió al baño.

El hombre se había colado en su cama luego de la ducha y se había pegado tanto a su cuerpo que parecía un maldito anexo. Deseaba con todas sus fuerzas haber empacado algún pijama de satén, solo para no estar desnuda al lado de él y sentir el caliente roce de su cuerpo.

Alejandra abrió los ojos bruscamente cuando sintió el peso de la anatomía de Valen sobre ella, mientras le abría las piernas y se instalaba cómoda y descaradamente en medio de ellas. La tenía encarcelada entre su cuerpo y el colchón. Le observó directamente sin ningún velo entre ellos.

— Val —dijo y su voz sonaba demasiado vacilante para su gusto. Quería ser una mujer más fuerte y decirle que fuera a dormir al mueble o al suelo, o con Patch, pero sabía que eso solo le prendería una vela al infierno—. ¿Qué estás haciendo?

— Estoy instalándome entre las piernas de mi esposa y pretendo jugar con tu bello clítoris. ¿Debo explicarte lo que pasará luego?

A Alejandra se le secó la garganta por la crudeza de sus palabras y ahogó un jadeo cuando el vello del pecho de Valen rozó sus sensibles pezones. Se removió. Parecía que cada parte de él se burlaba de ella y de su inexperiencia.

—No...

—Siempre supe que eras una chica inteligente —Rió con ironía.

Alejandra frunció el ceño e intentó apartarse de él, pero la cama era tan malditamente estrecha...

¿Cómo se les había ocurrido a sus padres meter a aquel titán en aquella pequeña casita de muñecas?

De soltera, a Alejandra le había parecido que su habitación era un pequeño palacio en el que resguardarse, pero con Valen allí, se sentía asfixiada. El hombre comenzó atocar el timbre de su excitación y se le escapó un pequeño jadeo.

—No lo hagas —dijo manoteando enfadada—. ¡Estoy cansada de este juego! ¡Ya no puedo más!

—No, chiquita. Puedes y lo harás. Soy yo quien diré cuando merece la pena parar.

Se removió con fuerza sin importarle si caía o no de la cama o si al final era él quien terminaba instalado en el suelo. Solo quería... El hombre la cogió de los brazos que intentaban golpearlo y la inmovilizó sin demasiado esfuerzo.

—Aunque me encanta el movimiento ondulatorio de tu cuerpo, lo prefiero conmigo enterrado muy profundamente en ti —Alejandra tragó con fuerza, mientras él movió su caderas y sintió la dura erección que lo había hecho despertar—. Ahora sé una buena esposa...

No tenía que rebuscar entre las mantas, porque el contacto piel con piel ya estaba haciendo su trabajo, y la combustión espontánea, más el esfuerzo de ella por alejarlo, lo habían encendido como una verdadera antorcha humana. Le encantaba sentir la suave y lustrosa piel de su esposa y no tardó demasiado en recorrer sus curvas con las palmas. Quería todo de ella, su cuerpo, su alma, su devoción y su corazón. Todo.

—¡No quiero esto! —Las emociones de Alejandra amenazaron con desbordarse porque era demasiado lo que llevaba dentro, estaba segura que pronto se abriría la caja de pandora—. ¡Basta por favor!

—¿Por qué debo detenerme si tu cuerpo me exige que siga? —cuestionó él, sintiendo como las caderas de la mujer se arqueaban y un río de deseo recorría la quebrada de su sexo.

Ella se removió todo lo que pudo, incluso haciendo sonar la pequeña cama. No le importaba, solo quería salir de allí.

—¿Qué pensarían tus padres y hermanos si nos oyen discutir?

—Eres un maldito abusivo —susurró ella, siendo consciente por primera vez que las habitaciones de sus familiares colindaban todas la una con la otra.

—Y tú eres malditamente mía, pequeña provocadora —dijo apretando uno de

sus pezones entre sus dedos, castigándola—. Creo, firmemente, que ya va siendo hora de que te lo recuerde de nuevo.

—¡No!

—Shhh... No querrás despertar a todo el mundo en esta casa, ¿cierto? — Ella enmudeció de repente—. Eso suponía.

Su miembro era como un trozo de acero ardiente, volviéndose loco con la lujuria que le barría el cuerpo. Valen llevó una de sus manos hacia su miembro para enseñarle el camino hacia el interior de Alejandra. Él removi6 antes las caderas de la mujer para que le permitieran un mejor acceso.

Valen no tenía tantos escrúpolos como pensaba, y ella se quedó paralizada cuando cernió su cuerpo sobre el suyo y su masculinidad, en un evidente estado de excitación, se instaló en las mismas puertas del centro de su núcleo. De pronto, Alejandra pensó en cómo iba a poder acomodarlo sin quebrantarse por completo de nuevo. Aún tenía muy fresco en su memoria lo acontecido en el hotel.

Cuando la penetró, lo hizo tan lento, que ella sintió como su cuerpo iba dilatándose solo lo necesario para dejarlo entrar, mientras una estela de ardor la carbonizaba por dentro... La angustiada lucha que había librado para habitar su formidable tamaño en su interior parecía que llegaría a su fin. Ella se llevó un puño hacia la boca, porque quería soltar un gemido muy fuerte. Sentía que la estaba rompiendo por dentro. Valen fue lentamente pero no le daba ninguna tregua para poder buscar una mejor posición.

—Me encanta sentir cómo te abres para mí. Como el invadirte se siente tan prieto como unos zapatos de talla pequeña —Valen gruñó muy bajo—. Voy a follarte tanto y tan duro, como mi retorcido corazón desea. Solo no te rompas... demasiado.

Valen colocó los brazos a los laterales de Alejandra porque estaba seguro que ella no haría nada, no volvería a luchar contra él hasta que terminara su delicioso interludio, así que con esa confianza, arqueó su espalda como un gran gato y con los muslos abrió el cuerpo de su esposa lo más posible. Era tan caliente y estaba tan húmeda que posiblemente lo carbonizaría, pero eso no le importaba. No cuando había deseado aquello tantas noches, días, tardes, horas... y cada maldito segundo de su existencia.

Y simplemente la penetró con fuerza. Ella gimió al sentir su estocada.

Los movimientos eran tan rápidos y fuertes que la vieja cama pronto comenzó a crujir, mientras el golpe de piel contra piel, de carne contra carne y los gemidos de Alejandra eran la orquesta perfecta. Valen bombeó duro en su

interior, pero necesitaba comodidad, porque todavía no estaba satisfecho con el ritmo del golpe. Así que botó todas las sábanas y el cobertor.

La folló más fuerte, tanto que el cuerpo femenino se arqueaba y saltaba de la superficie de la cama. Valen aumentó el ritmo, y la joven se sintió como si la ametrallaran por dentro.

Alejandra gimió tan fuerte, mientras jadeaba que le molestó que él se detuviera y sus caderas le pidieron, le rogaron que no la dejara así... El calor era demasiado y el aroma a sexo estaba impregnado en cada prenda de la habitación.

Valen la besó con la misma fuerza que una nueva penetración la hacía abrirse tanto de piernas que sintió resentidas los huesos de sus caderas.

El sexo fue duro, salvaje y rápido.

Pronto sintió la caliente simiente de Valen llenando cada parte de su útero. Incluso sintió que goteaba fuera de ella. La besó una vez más y ella respondió a él cansada, pero sabiendo que más tarde, una amalgama agri dulce de sentimientos la haría rebatirse en la clase de mujer que era.

Regodeándose en su victoria, Valen sonrió y la liberó de su peso. Como un maldito y salvaje felino tras una excelente caza y un aún mejor banquete, se estiró de espaldas al colchón de forma majestuosa, soberbia. Alejandra, turbada por su descarada rendición, apartó la mirada y se incorporó solo lo justo hasta sentarse en la cama. Tiró de las sábanas y las oprimió contra su pecho.

De pronto sintió como unos dedos recorrían su espalda desnuda.

—Te ves muy hermosa cuando te abandonas al placer y te olvidas de las tontas restricciones. Cuando te corres y gritas mi nombre.

—No tienes ni una pizca de vergüenza, ¿no es cierto?

—Eres tú, cariño, la que has gemido y gritado como una desvergonzada, no yo. Dudo mucho que exista una sola persona en esta casa que no te haya escuchado esta noche.

—¡Eres un patán! ¡Un canalla! ¡Te odio!

Valen se removió para ir al baño, pero la herida en su costado le dio un tirón. Alejandra se quedó boquiabierta.

—Estás sangrando... —comentó mientras se levantaba—. Voy a traer algo para evitar la hemorragia.

—Ah, te sigues preocupando por mí —Esbozó una sonrisa—. ¿Ves que no me odias tanto como querías?

Alejandra, completamente furiosa por aquella arrogante majadería, cogió una

de sus mullidas batas y salió al baño. La risotada de Valen fue lo último que escuchó antes de cerrar de un portazo a la puerta. ¡Maldito!

CAPITULO 14

Valen salió del baño tras darse una ducha y consultó la hora en el reloj de Cucú de la pared. Era fin de semana, y temprano, y al parecer al resto de habitantes de la casa se les habían pegado las sábanas esa mañana, tras una velada familiar que se había extendido hasta la medianoche.

Se puso una camiseta negra de manga corta, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo relajado y de buen humor, como si hubiera llegado a casa después de mucho tiempo ausente. Se dirigió a la cocina y se encontró a Alejandra ya allí, sola, peleándose con la tostadora. Quiso reír al verla tan adorablemente torpe. Realmente era un desastre.

Los brazos de él la rodearon desde atrás y sintió los brotes duros de sus pezones a través de la delgada tela del vestido. Su polla saltó de alegría y posó la boca en su cuello, justo por encima de donde estaba su hombro. Necesitaba dejar otra marca en ella esa mañana.

— Me hubiera gustado ducharme contigo esta mañana. Pienso que tus padres hubiesen valorado positivamente mi disposición y compromiso a la hora de ahorrarles un consumo extradeaguay, por consiguiente, un aumento innecesario en la factura.

Alejandra se estremeció bajo la sencilla y provocativa caricia. De repente, se sentía como un animal herido y acorralado, porque le había entregado el corazón a un canalla que la había poseído sin su completo consentimiento...

¿Sin tú completo consentimiento? ¿En serio, Ale? Porque los muelles de la cama y las sábanas revueltas y sudadas contaban otra realidad.

Apretó los dientes, molesta consigo misma. ¡Maldita fuera, debería odiarlo, no desearlo!

—Que considerado por tú parte. Pero preferiría bañarme en el barril antes que compartir una ducha contigo.

Él deslizó las manos por sus brazos, las puso en sus caderas y atrajo su pelvis contra la de él.

—Debe ser muy frustrante mentirse así mismo constantemente.

—Tú debes saber mucho de eso, ¿no crees?

«¡Touchdown!» Pensó satisfecha cuando los tentáculos que la manoseaban parecieron congelarse sobre su piel.

—Buen día, buen día... a...

Valen le dio la espalda a Idaira, intentando ordenar la ropa de Alejandra. Por inercia, sus manos habían intentado recorrer sus piernas, mientras sentía que volvía a estar en incandescencia por ella. Hasta que su afilada lengua lo estropeó todo.

—Siento mucho si interrumpo algo —Rió la mujer y tanto Valen como Alejandra, observaron como Jonay venía justo detrás de su esposa.

—Buenos día... —Su callado hermano, parecía no perderse detalle alguno de lo que estaba pasando en la cocina y jalaba una de las sillas para ocuparla.

Alejandra soltó un pequeño gemido al pensar que Valen le había estado rebuscando la falda cuando su cuñada y hermano habían entrado. ¿Es que no se cansaba de dar espectáculos nunca? ¿Ahora también la tomaría a vista y paciencia del mundo?

—Jonay —saludó Valen y luego miró a Idaira—. Te ves curiosamente angelical esta mañana.

—¡Oh! —Se sorprendió la mujer, mientras abrazaba a su marido del cuello y se sentaba en su regazo—. Viniendo de ti, Bombón Celópata, eso es más que un cumplido. Pero lo siento, ya estoy ocupada. Y, añadiré, porque sé que esto os puede interesar, que mi churri y yo estuvimos en ejercicios de parto ayer. Posiciones interesantes para una madre primeriza. ¿Las conoces, Valen?

—Alejandra las conoce mejor que yo —dijo e Idaira soltó una carcajada.

—Tuvo un buen maestro —El hermano de Alejandra gruñó un poco—. Oh, vamos, cari. Tu pequeña hermanita creció, se casó y ahora es nutritivamente alimentada por su sensual maridito. Su dieta es balanceada, sino por qué tendría esa piel tan lustrosa.

—Ida...

—¡Eso me recuerda! —Se volvió hacia Valen—. ¿Puedes creer, Bombón Controlador, que acá, mi papurri, le regaló a Alejandra un libro de romance juvenil cuando cumplió los veinticinco? ¡Bah, por Dios! ¡Alejandra con un libro para adolescentes, cuando ya habíamos pasado a las secciones eróticas! ¡Hermanos!

Idaira sonrió, alegre y vivaracha como siempre. Besó a su esposo, mientras el cogía ambos lados del rostro entre sus manos.

—¡Cari, bello, cómo te amo!

Valen ayudó un poco a Alejandra a colocar las cosas sobre la mesa, mientras la otra parejita se dedicaba a prodigarse arrumacos y palabras cariñosas.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca de ella, bajó la cabeza hacia la altura de sus oídos y le susurró:

—Estoy deseando que me muestres lo que aprendiste en esa literatura tan instructiva, chiquita.

Media hora después, la cocina estaba llena y las conversaciones se atropellaban las unas con las otras.

— ¿Cómo llevas el embarazo, Ida? —preguntó Alejandra cuando ambas se levantaron de la mesa y se dirigieron al lavadero. Su padre, hermano y Valen habían cocinado, así que a las mujeres les correspondía limpiar.

—Estoy cansada el ochenta por ciento del tiempo —comentó su cuñada.

— Te debes aburrir mucho, me imagino —Sonrió, abriendo el grifo para mojar la esponja y poder echarle detergente líquido.

—Salvo esta madrugada, sí, suelo hacerlo un poquitín —Alejandra levantó la mirada y encontró con una pícaro expresión distendida por su rostro—. Cuéntame ahora, querida cuñada, qué puntuación le pones al polvazo que Valen te echó anoche.

Alejandra se atragantó.

—Ida...

—Oh, muñeca, lo que hicieron ayer se oyó espectacular, e hizo que Jonay se pusiera muy, pero muy creativo. Caramba... —Rió—. Quién iba a imaginar que el Bombón de enormes proporciones —Hizo un gesto elocuente con las manos— no te rompería. Por los grititos que pegabas, estaba completamente convencida de que mi querido suegro iba sacar el rifle y a perseguir al hombre que estaba profanando a su pequeña. —Oh, Ida... —exclamó ella, completamente abochornada.

—¿Es así siempre? —interrogó la mujer y Alejandra le puso mala cara.

Ya se sentía lo suficientemente avergonzada, para que su querida cuñada hiciera leña del árbol caído. ¡Maldito fuera Valen Fornicador Lemacks!

—No quiero hablar de ese tema, aquí y ahora.

—¡Pero cuéntame! —se quejó—. Lo único interesante que pasa en mi vida son las patadas de este pequeño futbolista.

—Ya me siento lo suficientemente avergonzada, por favor, no insistas.

—Cariño, pero si no es nada malo —interrumpió su madre, mientras observaba a su padre reunirse con... Tragó con fuerza. Con Valen y su hermano.

—Mami, ¿tú también?

—Alejandra —llamó su madre y ella se giró—. Si tu marido no puede quitar las manos de ti, es porque realmente te necesita y te ama. ¡Por Dios! Tu padre y yo conocemos ese sentimiento, no siempre fuimos tranquilos, muy por el

contrario, es saludable para una relación que incluso al año de casados sigan teniendo ganas de arrancarse la ropa a girones.

¿Es que no iban a dejar el maldito tema nunca?!

Alejandra se secó las manos en un paño y salió de la cocina. No esperó a Valen, quién rápidamente se excusó con su cuñado y suegro y la siguió, sino que echó a andar hasta llegar al dormitorio. La joven dio un respingo cuando la puerta se cerró, dejándola a solas con su marido. Un destello de temor le recorrió la espina dorsal cuando él se volvió y centró la atención en ella. Tenía los ojos duros y fríos, los labios apretados y su expresión era demasiado calmada.

Alejandra tragó saliva.

—¿Por qué tanto misterio? ¿Qué sucede? —La llamada que recibí antes... Debo salir de viaje.

—Pero sólo llevamos una semana, y hacía tanto tiempo que no veía a mi familia. Los extrañaba.

—No te preocupes, iré sólo —dijo Valen—. Son negocios y estaré muy ocupado. Será cuestión de una o dos semanas, así que prefiero que te quedes aquí.

Alejandra pasó por dos estados anímicos instantáneos, primero la sorpresa por lo que Valen decía y luego un tremendo alborozo porque el que la dejara allí, significaba que no estaban tan mal y que ella podría tener tiempo fuera de su obsesivo control.

Una tensa y dura sonrisa curvó los labios masculinos.

—No te alegres demasiado, chiquita. Gael se quedará contigo y deberás reportarte conmigo cada tres horas.

—¿Cómo? ¡No puedes estar hablando en serio! ¿Acaso tengo que marcar tarjeta?

—De acuerdo, si no quieres, no pasa nada. Tienes cinco minutos para tener todo listo, porque te regresas en este mismo instante conmigo a Inglaterra.

—Pero...

—Recuerda: cada tres horas. —Valen endureció su mirada—, Digamos que desde tu pequeña aventura hay privilegios que no te serán concedidos.

—¡Estás siendo injusto!

—Te estoy ofreciendo la oportunidad de elegir. ¿Te parece eso ser injusto?

—No me lo puedo creer... —refunfuñó ella. Se cruzó de brazos y le dio la espalda. Tenía ganas de gritar, pero se reprimió.

Valen estaba parado tan cerca que su cuerpo tocaba el suyo; luego ella sintió

sus labios contra su cuello. Se le erizó la piel, y todo su cuerpo se estremeció. Debía liberarse de esas sensaciones antes de que fueran más intensas, se recordó.

—Val, por favor, mi familia está ahí fuera.

—Apuesto que deben estar pensando lo peor, después de lo de anoche.

—¡Eres detestable! —lo acusó ella, volviéndose para mirarlo.

El rió suavemente y le rodeó la cintura con los brazos, oprimiéndole contra él.

—Grita y lucha todo lo que quieras, pequeña, pero me deseas —Con la excitación resplandeciendo en sus ojos y haciendo que la sangre prendiera en las venas de la joven, acercó su boca a la de ella—. Y quieres esto tan desesperadamente como yo —murmuró, antes de devorarla. Las manos de él acariciaron sus pechos, su vientre, y siguieron más abajo...

Alejandra jadeó instantáneamente y puso las manos sobre sus hombros para apartarlo de ella.

—¡No... no lo quiero!

—Embustera —gruñó molesto por su maldita tozudez. Las braguitas salieron volando cuando él le levantó la falda del vestido, aferró el material y lo arrancó.

Le rodeó la cintura con los brazos, los bajó hacia la curva de sus caderas y la hizo retroceder hacia el tocador. Cuando la subió a la superficie demadera, ella le rodeó el cuello con los brazos y giró la cabeza, buscando su boca. Él le cubrió los labios con un beso duro, como si le fuera la vida en ello.

Entonces todo se desbordó.

Alejandra sabía que iba a poseerla, allí y en ese momento, y que ella le correspondería de un modo u otro. Su cuerpo no había dejado de responder a él desde la primera vez que se tocaron.

Sus bocas se separaron, y Valen se situó entre sus piernas abiertas. Le levantó una pierna y la obligó a rodearle la cadera con ella, abriéndola a él

—Estás pensando demasiado, pequeña terca —Con la mano libre, se bajó ligeramente el pantalón para liberar su erección—. Y yo estoy muy excitado...

—gruñó, penetrándola con rudeza, sin caricias previas ni preparación.

Alejandra gimoteó de dolor. Se aferró a sus hombros, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Valen parecía no ser consciente de que la estaba lastimando.

Para Valen, en esos momentos, solo existía Alejandra y su dulce y apretado coño. Las paredes vaginales asfixiaban su pene de tal forma que, sin duda, tenerlo dentro debía ser más una tortura que un placer.

Pero detenerse lo mataría.

—Míranos, chiquita —Se apartó lo justo para que la joven pudiera bajar la vista y observar como su intimidante miembro, cubierto de sus fluidos, se retiraba hasta dejar solo dentro de ella la cabeza hinchada de su glande, para enseguida volver a desaparecer en su interior—. Encajamos tan jodidamente bien juntos.

La imagen provocó que Alejandra se humedeciera mucho más, facilitándole el acceso a su estrecho canal.

—Val... —sollozó. Le sentía enorme.

—Shhh... pequeña. Estás muy resbaladiza y el dolor pronto disminuirá. Solo. Déjame —Valen cogió sus nalgas y se impulsó contra ella con desatención—. Qué. te —La empaló por completo, dilatando los íntimos tejidos—. Follé.

Ella abrió aquellos increíbles ojos castaños y le clavó las uñas en los bíceps al sentir que se introducía en ella profundamente, como un maldito animal en celo. Él le mordisqueó los labios cuando la vio contener el aliento, y ella intentó tomar aire antes de que Valen tomara posesión de su boca. La abundante barbale rozaba la piel en un acaricia que la hizo arquearse y lanzar un ahogado gemido, mientras recibía cada embestida sin protestar, a pesar del dolor que experimentaba. Pero cuando su propia tensión alcanzó el punto álgido, se dejó ir. Se movió hacia el borde del tocador y atrapó su cintura con las piernas.

Valen sabía que Alejandra se acercaba al clímax, y era un alivio, porque él también se aproximaba. Escondió el rostro en la curva del cuello femenino. Ella cerró los puños en su pelo, apretó la cintura y todo su cuerpo se tensó, cuando convulsionó en un orgasmo. Él se tragó su grito con un brutal beso mientras profundizaba e incrementaba el ritmo de sus penetraciones, dispuesto a seguirla al mismo infierno si se le pedía. Cuando el orgasmo lo atrapó y comenzó a derramarse en la parte más sensible de su cuerpo, agarró su rostro y la obligó a mirarlo. Durante un instante, cuando sus ojos se encontraron con los suyos, sintió un destello de algo que no estaba dispuesto a reconocer. Que no quería reconocer.

¡Olvídalo, joder!

Solo había follado con ella. Echado un maldito polvo.

¡Nada más!

Valense apartó de ella inmediatamente. No dijo nada, solo la miró mientras empujaba su polla todavía dura a los confines de su pantalón. Alejandra parecía abstraída, como si aún estuviera asimilando lo que acababa de

sucedier entre los dos. Tenía la parte inferior de su vestido arremolinada en su cintura, los pechos le subían y bajaban debajo de la tela con rapidez, y tenía la cara ruborizada y una fina capa de sudor le humedecía la piel. Maldijo en silencio. Si no supiera que sería una mala idea en esos momentos, la pondría a cuatro sobre la cama y la volvería a follar.

—Ahora que hemos limado... asperezas, será mejor que regreses con tu familia. Hace una mañana estupenda, ¿no crees?

El desprecio y la burla que destilaba la voz de Valen desgarraron a Alejandra. Sobre todo después de lo que acababan de hacer. Después de creer ver un dolorido anhelo en su mirada, la necesidad de algo más, mientras se corría dentro de ella. Parpadeando comprobó cómo su simiente manchaba, desbordado, los pliegues desnudos de su sexo.

—¿Sigues tomando la píldora, cierto?

Él miraba exactamente hacia el mismo lugar íntimo que ella. Sintiendo que el rostro le ardía de vergüenza, y sin poder atreverse a mirarlo a la cara, se retiró del tocador y acomodó de nuevo el vestido en su lugar. Moverse le resultó incómodo, porque se sentía llena, como un pavo en navidad, con el esperma de Valen.

«La píldora... »

Empezó a hiperventilar.

Oh, Dios mío.

Era verdad que había empezado a tomarla cuando Valen y ella decidieron llevar su amistad y matrimonio a otro nivel, pero una vez que pensó que todo había terminado entre ellos, las malditas píldoras anticonceptivas habían sido su última preocupación. Pero ahora, sin embargo... podía estar embarazada. Un destello de temor le recorrió la espina dorsal.

—¿Todo bien, Alejandra?

Ella asintió, sintiéndose terriblemente mal.

—Entonces déjame decirte lo que harás dentro de una semana o dos. Viajarás a Inglaterra y te reunirás inmediatamente conmigo.

La boca de Alejandra formó una redonda O.

—¿En la empresa?

—¿Te gustaría hacerlo ahí?

—¿Hablar de nuestra separación? Oh, sí, por supuesto.

No pudo evitar ironizar. A fin y al cabo, eso era lo que Valen haría en cuanto se aburriera de ella, ¿no?

—De nuestro divorcio... —Él había arqueado una ceja mientras estudiaba su

rostro. Ella supuso que había encontrado en él la respuesta que buscaba, porque de pronto su humor cambió—. Claro. ¿De qué si no íbamos hablar?

—Supongo que de tú comportamiento en la última semana, no será.

—Sacaste lo peor de mí, y yo no veía razón alguna para negarte la satisfacción de ver en mí lo que el resto del mundo ya conoce. Pero te contaré un pequeño secreto, preciosa. —Valen extendió la mano y agarró como pudo el cabello de la joven en la mano. Le dio un tirón, haciéndola jadear de dolor, y pegó los labios en su oído—. Si crees que he sido cruel e injusto contigo, te aseguro que puedo ser aún mucho peor.

Los labios masculinos se colocaron sobre los suyos, cubriéndolos y separándolos hasta que ella se sintió mareada. Pero tan pronto como comenzó el beso terminó. La soltó y se separó.

—¿Qué... qué significa eso?

—Siempre tan curiosa —dijo él con un atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios—. Pero te darás cuenta en su momento. Hasta entonces te sugiero que no insistas y que disfrutes de estos días con tu familia.

Valen agarró su bolso de viaje del armario y lo dejó sobre la cama, sin dejarle oportunidad de replicar. No tenía derecho a interrogarlo después de lo que había hecho, del jodido mes de mierda que le había hecho pasar. Si solo la deseara, no hubiera importado, pero esa maldita bruja era dueña de algo más que de su jodida polla.

CAPITULO 15

El fuego podía purificar.

El fuego podía borrar.

El fuego podía extinguir, quizás, parte de su tormentoso pasado de una vez

por todas, pensó Valen bajo el cielo raso de la noche, mientras contemplaba como las llamas consumían el complejo de los fervientes y enfermos seguidores de Simón Magus. Simón, llamado también Siimónde Gitta, había sido un líder religioso samaritano, inicialmente gnóstico. Para muchos, él había sido el auténtico hijo de Dios.

Valen echó un vistazo a su alrededor.

Entrar no había sido tarea sencilla. Muros altos, vallas con corriente eléctrica, torres que permitían una magnífica visión de los exteriores, guardias repartidos por puntos estratégicos... El maldito lugar era como un fuerte militar.

O lo había sido.

Porque en pocos minutos, el que figuraba sería el nuevo santuario para los adoradores del Mago, quedaría consumido por las llamas. Millones de euros tirados en un abrir y cerrar de ojos a la basura.

Aquello cabrearía a más de uno, sonrió Valen.

Pero aún quedaba lo más importante. Poner una bala en la sien a cada uno de los hijos de perra que pretendían resurgir de entre las cenizas la maldita Orden, en la que su padre depositó toda su fe y dinero cuando vivía.

Como en todo grupo destructivo, existían jerarquías. El líder y los ancianos conformaban el eslabón más elevado, los congregantes e iniciados simplemente eran títeres en sus manos. Aquellos fanáticos hijos de perra creaban un ensueño, y hacían que sus feligreses creyeran en él a pies juntillas, mediante técnicas de control de la mente y la pérdida de libertad. Y aunque algunos permanecían allí de forma voluntaria, el resto estaba convencido que más del noventa por ciento, habían sido arrastrados a una vida que sólo les granjeaba daño; con abusos y torturas constantes y violaciones que comenzaban prácticamente desde la niñez.

Un dolor ardiente se deslizó por la espalda de Valen, y apretó los dientes.

Él mismo había vivido parte de ese infierno en sus propias carnes.

Él mismo había sido azotado, cortado y quemado por varios de sus miembros

en el pasado.

«Para salvar tu alma», le decían, mientras manos repulsivas lo tocaban allí en donde ningún extraño debería tocar a un niño.

Sí miraban con atención sus muslos, las plantas de sus pies y debajo de su cuero cabelludo, podían distinguir aún algunas débiles cicatrices. Había sido castigado en zonas fáciles de ver a primera vista, como un maltratador golpearía a una mujer para no ser descubierto.

—¡Señoritas, la función llega a su fin!

Valen se volvió lentamente y vio a media docena de hombres revisando y limpiando cualquier tipo de evidencia de su presencia en el lugar. Tenía que reconocer que eran buenos. Soldados entrenados para matar con eficacia y moverse como sombras en medio de la madrugada. Silenciosos. Letales.

Tal y como lo era su hombre al mando.

Midgard.

Él era el verdadero Angelo Zammicheli. No el hombre que se escondía detrás de caros trajes de diseño y de respetado empresario.

Con la ira bullendo dentro de él, pensó en cómo su misión en la vida era proteger a Alejandra, mantenerla a salvo, y si para conseguirlo tenía que pactar con el mismísimo diablo, lo haría sin dudarlo ni un solo segundo.

Ese era precisamente uno de los grandes motivos por los que llevaba dos semanas lejos de los brazos de Alejandra, persiguiendo los demonios de su pasado en Italia. Dos semanas en las que Angelo y él, por un bien común, habían limado asperezas para que sus hombres pudieran trabajar conjuntamente. Hombres fieles, de confianza. Hombres que matarían y darían sus propias vidas por ellos. Por la causa.

Unatreguaqueacabaríacuando elarmadefuego quepodíasentir guardada en la cintura de su pantalón, apuntara todas y cada una de las jodidas sagradas cabezas de la Orden.

Davis se acercó a él, deteniéndose lo suficientemente lejos como para no tentar a la bestia. El bastardo era inteligente.

—Es hora de irse.

Valen asintió y echó un último vistazo al incendio antes de darse media vuelta y echar a andar hacia los vehículos.

Sabía que Damiano estaría tan lleno de mierda como lo había estado su padre, que tendría un lugar privilegiado en la jerarquía Magus.

Sus fosas nasales se abrieron ligeramente, sus nudillos se pusieron blancos cuando cerró más fuertemente las manos en dos sendos puños.

Quería matarlos. A todos. Derramar su sangre, lentamente, y bañarse en ella.
Pero tendría que esperar.

No era el momento.

No obstante, antes de lanzarse de cabeza a una operación que podía considerarse casi suicida, quería volver con... ella.

Con Alejandra.

Pasar un tiempo con la pequeña terca en sus brazos y en su cama, sería algo hermoso en lo que pensar si, en medio de toda aquella locura, espiraba su último aliento.

Alejandra observó la obra en la que llevaba días trabajando y sonrió satisfecha.

La habitación estaba comenzando a tomar forma, y la secuencia de pinturas que había logrado reproducir en las paredes le daba un contorno hermoso.

Ahora sólo faltaban las cosas.

Colocar y distribuir.

Sintió a su cuñada salir de la habitación conjunta y cuando entró en el dormitorio del bebé, Alejandra se giró sobre sus talones y le regaló una sonrisa un tanto melancólica. Hacía dos semanas que Valen se había ido de la isla, pero su estado anímico no había mejorado para nada, menos aún con la angustia que sentía en el pecho.

—¿Cómo amanecieron? —preguntó mientras le acariciaba la barriguita a su cuñada y producía una de sus sonrisas estudiadas.

—Mueeeertos de hambre —Rió Idaira—, este niño tiene hambre las veinticuatro horas del día, de verdad. Acabo de comerme una ensalada de frutas y ya está protestando pormás —Alejandra se rió jocosamente mientras su cuñada se acariciaba la tripa hinchada—. Ahora me pateas. ¡No es mi culpa que a tu tía muñeca le causes tanta gracia, cariñito!

Alejandra suspiró, sintiendo ternura al notar las pataditas del pequeño campeón contra la matriz de su madre.

—¿Duelen mucho? —preguntó, como había hecho durante toda la semana.

—Algunas sí, pero por lo general, no pasan de un tirón.

Alejandra se perdió en sus pensamientos y deducciones, mientras observaba con mucha atención los pequeños movimientos ondulatorios de la barriga de Idaira. El misterio de la vida iluminaba el rostro de su hermana política y hacía que sus ojos brillaran con fulgor.

¿Qué se sentiría tener una pequeña criatura creciendo dentro?

¿Acaso Idaira no sentía miedo, o quizás su hermano? ¿No les aterraba la idea

de no ser lo suficientemente buenos para el bebé?

—Jonay colocará hoy la cuna, así que mientras la trae de la tienda, podemos ir viendo las cortinas y los tules que tu madre trajo la semana pasada.

—Me parece bien, jefa.

Una hora después, Alejandra se encontraba sola con todas las telas y la cuna correctamente instalada. Ella se había quedado ordenando la pequeña ropita de cama, para tender en ese pequeño espacio en el que dormiría su sobrino.

El aroma al barniz, que le habían echado a modo de abrillantador, la tenía mareada incluso con los ventanales abiertos. Se llevó una de las manos a la cabeza y deseó que se le pasara pronto la sensación.

—Estoy pensando seriamente en que este niño necesita una hermanita porque el señorito es demasiado mandón —Idaira interrumpió en la habitación como un verdadero huracán, mientras se llevaba a la boca una pieza de fruta—. ¡Dios, qué delicioso! En serio... no hay cosa más deliciosa que un níspero.

Su cuñada tenía la expresión de estar tocando el cielo con sus manos, mientras seguía engullendo la pequeña fruta amarilla. Por el contrario, Alejandra sintió el estómago revuelto. El maldito barniz era demasiado fuerte y junto con el aroma al jugo de nísperos... Idaira dejó de comer mientras la examinaba con atención.

—¿Muñeca? —La llamó.

Alejandra levantó la mirada y la clavó directamente en sus ojos.

—¿Te encuentras bien?

La mujer se sorprendió por la pregunta y asintió confundida.

—¿Sí, por qué?

Idaira se acercó a ella y se apoyó en el armario blanco que estaba llenando. Alejandra soltó un suspiro cansado, y su suspicaz cuñada comenzó a darse cuenta de cosas en las que no había reparado antes. —¿Quieres uno, cuñis?

—Eh... no, gracias. No me siento demasiado bien, porque el aroma al barniz me tiene mareada.

—Oh, entiendo. Ahora regreso.

Alejandra volcó todos sus pensamientos en lo que estaba haciendo, pero en medio de la labor, se preguntó cuándo le tocaría su siguiente período. Era una mujer tan irregular en ese sentido a veces, que había ocasiones en las que se le juntaban dos o tres meses y ella ni enterada.

Suspiró tranquila.

Estaba con mucha presión encima y las cosas que habían pasado últimamente no propiciaban un aura de armonía y tranquilidad. Así que debía relajarse

mientras estaba allí. Ya se preocuparía por todo lo demás luego, cuando debiera hacerlo. No antes.

—Me encantan el juego musical que le has comprado al bebé, Ida — comentó Alejandra cuando sintió a su cuñada regresar.

—Ten —dijo acercándose a ella.

Alejandra se giró y la observó no comprendiendo.

—Sabía que estabas preocupada por algo y ahora creo que sé cuál es el motivo. Ten.

La esquizofrénica de su cuñada le dejó sobre las manos cinco cajas de test de embarazos. La mujer arrugó el ceño.

—Cuando me quedé en estado, no lo supe inmediatamente. Un día estaba en el trabajo y mandé a mi asistente a comprar diez cajas de estas para hacer la prueba. Fue así, espontáneo. ¡Y me alegro que ahora te puedan servir a ti!

—Peero yo... —balbuceó.

—Tú estás demasiado preocupada, cariño —explicó la rubia mujer con dulzura—. No es nada del otro mundo. Es lo que usualmente pasa cuando dos esposos se aman y bailan tango apretaditos.

Alejandra hizo un mohín.

—Ida...

—Vamos, Ale. Desde que llegaste a Tenerife has estado tan cambiada y cuidadosa. El barniz nunca antes te ha causado mareos y te solía gustar los nísperos. ¿Te ha llegado el período?

La sangre se le cayó a los pies a Alejandra cuando entendió la conexión de una cosa con la hora, aunque estaba segura que los eventos eran simple causalidad y que en efecto, el retraso de su período sería solo por la irregularidad de sus hormonas y no a un... embarazo.

Tragó el nudo que sintió en la garganta, y sin decir una sola palabra cogió entre sus manos las cinco cajas de test y salió al trote al baño, con Idaira pisándole los talones y parloteando sin parar.

—Oh, nena. ¡El Bombón estará deseando que su muñequita traiga al mundo a su primer hijo!

No, no lo estaría. Estaría furioso.

—¡Si estas embarazada, quiere decir que nuestros hijos no se llevarán mucho tiempo entre ellos!.

Alejandra le tapó la boca a su cuñada.

—Aún no lo sabemos a ciencia cierta, por favor, guarda silencio. ¡Me estás poniendo nerviosa!.

—De acuerdo, de acuerdo.

Cuando llegaron a la puerta del cuarto de baño, Idaira le dio unos últimos consejos.

—Lo importante es que apuntes bien —Rió—. Siempre has trestest o algún número impar. Pero para estar seguras cien por cien, podemos hacer un examen de sangre mañana en la clínica.

Alejandra asintió.

—Solo te pido que sea cual sea el resultado, lo guardes como un secreto.

Cuando Idaira asintió, ella se perdió en el interior del baño.

Veinte minutos y tres test de embarazo después, Alejandra miraba con incredulidad los test que sostenía en sus manos, como si esperara que milagrosamente cambiaran de color. Y a diferencia de su cuñada, que parecía acalorada por la exaltación, ella estaba tan blanca como la cal. Que Dios la ayudase, porque estaba embarazada.

CAPITULO 16

Por el parabrisas de la limusina, Alejandra observó la manifestación que se estaba realizando frente a las grandes puertas de la empresa de su marido. Los gritos y abucheos tenían nombre y apellido: Valen Lemacks.

«¡Estamos aquí reunidos para hacer valer nuestros derechos!»

«Usted no es nadie para sacarnos de nuestro hogar. Decenas de niños quedarán sin casa, ni techo. Sin protección, o seguridad»

«¡El terreno es nuestro por derecho de antigüedad!»

La curiosidad pudo más que su razón y ordenó al chofer detenerse tras el gentío, que sobresaltó al pensar que el despiadado señor Lemacks también les había enviado un vehículo para que los atropellara.

Alejandra sacudió la cabeza, pero a sus pensamientos llegó la noticia que había leído en casa de Shannon Bonham.

¡Entonces todo era cierto!

¡Valen realmente iba a desalojar a todas esas familias para levantar comercios y empresas!

Sin ser consciente de lo que hacía, Alejandra bajó de la limusina, cuando una mujer con un niño pequeño, de un año y algunos meses, se acercó a la puerta.

—Señora, usted que también podría ser madre, por favor hable con su esposo. Nosotros sólo le pedimos que nos deje vivir allí. Todos somos gente humilde.

Alejandra tenía corazón de pollo y lo dicho por la mujer hizo que le diera un vuelco, mientras sentía formarse un nudo en su garganta. Aun cuando la mujer pensaba que ella podía hacer algo, la realidad era que estaba equivocada. No era la persona favorita de Valen en ese momento y tampoco lo sería en un futuro.

Se colocó una mano en el vientre, ella tenía una vida dentro suyo que también era parte de eso, y pensar en lo que sería verse en la misma situación con su pequeño o pequeña, hacía que deseara tener las herramientas necesarias para poder ayudarles. Pero lo cierto era que no podía.

«Pero puedes intentarlo.»

Aunque sabía que en ese ajedrez, ella no tenía piezas.

—No prometo nada —Le advirtió con tristeza—, pero intentaré hablar con él.

Alejandra estaba prometiendo un milagro, pero antes que el chófer lograra llegar hasta ella y ayudarla a pasar por ese mar de gente, algunos la vieron y

también la reconocieron.

—¡Pero miren a quién tenemos aquí! ¡A una despreciable Lemacks! — gritoneó uno mientras levantaba la pancarta que tenía en su mano.

—¡Es la esposa del canalla! —moduló una mujer, señalándola con el dedo.

Lo siguiente que pasó, fue demasiado rápido como para que siquiera pudiera registrarlo en su consciencia. La gente le cortó el paso, la encerró. Ella retrocedió hasta que sintió que la espalda le chocaba contra el coche. Se volteó e intentó abrir la puerta, pero la multitud ya la había acorralado.

—¡El perro Lemacks nos ha enviado a su mujercita, devolvámosla a él con nuestros cordiales saludos! ¡Ojo por ojo, diente por diente!

Alejandra se asustó ante la dosis de brutalidad con la que el hombre se expresaba. Recordó las veces en las que eventos parecidos le habían pasado en el colegio. Sintió a su viejo amigo, el pánico, recorrer como una descarga eléctrica todo su cuerpo. Iba a ponerse a tiritar, pero entre el bullicio, logró golpear a algunas personas para que se alejaran de ella.

¡Jesucristo bendito!

¡La asfixiarían a ella y a su bebé!

Sacando fuerzas de flaqueza, Alejandra avanzó un poco, justo para ver qué el equipo de seguridad de la empresa, presidido por su esposo, salía a su encuentro. Ella advirtió la furia salvaje desatada en aquellos ojos grises. Valen comenzó a quitar a la gente del camino como si fueran pequeños palitroques de madera y él una pesada bola. Ella no supo cómo, pero pronto estuvo entre los protectores brazos de su marido.

—Me voy a encargar de cada uno de ustedes... —gruñó Valen como lobo, dejando sorprendida a la multitud cuando levantó en vilo a Alejandra para sacarla de allí y ponerla bajo la seguridad de la compañía.

Ella parecía no darse cuenta del peligro que corría. Esa mujernunca se daba cuenta realmente de nada. Su impulsividad y bondad lograban meterla en mil y un problemas.

—¿Señora Lemacks se encuentra usted bien? —Se interesó alguien—. ¿Necesita que le lleve algo, se...señor?

—En este momento, no quiero interrupciones.

Valen la llevó hacia el ascensor y allí la dejó en pie sin importarles que pudiera o no mantenerse. Le acunó el rostro entre sus manos y le ladró cuando las puertas terminaron de cerrarse.

—¡¿Por un demonio, mujer, es que siempre tienes que ser tan imprudente?! — La regañó, mientras la revisaba concienzudamente para saber si tenía algún

daño—. ¿Es que no tienes instinto de supervivencia?

Alejandra se dio cuenta del look de su marido. Se había cortado la barba abundante anterior y había dejado, en su reemplazo, una pequeña barba de uno o dos días. Se veía rasposa. Su cabello estaba algo más corto, pero lo suficientemente largo para llevarlo en un cuidado desorden. Su camisa blanca, immaculada con aquel chaleco gris satinado y la corbata negra. Estaba muy guapo.

Sacudió la cabeza alejando los pensamientos.

—Yo...

—¡Cállate, Alejandra! —Valen parecía realmente enfadado, mientras le giraba ambos lados del rostro para examinarla—. ¡¡Ten un poco de sentido común!! ¿Cómo se te ocurre bajar de esa manera de la maldita limusina cuando hay personas haciendo una manifestación fuera? ¡Es que no entiendes que eres una Lemacks?! ¡¿Qué irán a por ti para hacerme daño?!

Alejandra le observó enfurecerse al no recibir ningún indicio de respuesta.

¿Realmente Valen iba a hacer lo que la mujer le había dicho?

Pensó en esos niños, y en el pequeño que pronto comenzaría a hinchar su barriga. ¿Valen lo querría o también haría con su hijo lo que hizo con el de Celia? Le vio articular palabras, pero no comprendía el significado. Solo lo miraba, preguntándose si todo el pánico que sentía era o no justificado.

Valen la contempló críticamente. Alejandra seguía en shock. El no verla por tantos días había hecho que su deseo por ella lo trastornara de tal forma que necesitaba tocarla, follarla, pero sobre todo saber que estaba bien. Maldito fuera, pero sí, necesitaba estar completamente convencido de su seguridad, porque de lo contrario partiría en dos a aquellos hombres que la habían tocado con sus propias manos.

Paseó las manos por sus hombros, su cuello y sus pechos, por sus costillas. Gruñó porque su sangre se comenzaba a agrupar al sur.

—¿Por qué demonios tuviste que salir? —preguntó fuera de sí—. ¿Por qué diablos no esperaste a que el vehículo entrara en la compañía? ¡¡Porque tienes que ser siempre tan malditamente impulsiva!! —Esa mujer ... — comentó ella, sin dejarse amedrentar por sus gritos—. Ella dijo que tú dejarás sin hogar a muchas familias.

Valen se pasó una mano por el rostro y blanqueó los ojos, como si aquello fuera la estupidez más grande que alguien le hubiera preguntado nunca.

—¡Dios, realmente odio ese compasivo corazón que tienes! —Le espetó—. ¡¿Qué te importa lo que les pase a esas malditas personas?! ¡Deberías

preocuparte más por ti misma!

Alejandra pensó que en esas dos semanas que habían estado separados, Valen quizás podría haber minguado en su decisión de hacerle la vida difícil. Incluso se había propuesto darle la sorpresa del crecimiento y formación de su hijo en el vientre, pero ahora no estaba segura.

Respiró con dificultad, sintiéndose mareada. Su cabeza amenazaba con explotar y aún no se recuperaba de las mil y una ideas que daban vueltas por su cabeza, mareándola.

—Yo solo quería escucharlos, saber que les has hecho para que tengan tanta inquina. Yo...

—Tú vas a mantenerte viva de ahora en adelante, ¿me has entendido?

La joven asintió.

Claro que se mantendría viva. Tenía un precioso motivo creciendo dentro de ella para levantarse todos los días y hasta para aguantar el peor de los martirios.

Se tocó el abdomen, mientras le decía a su pequeño hijo que él no tenía nada de lo que preocuparse, que él lo protegería incluso de su propio padre.

«Su padre... »

¿Es que Valen no pensaba ser padre nunca? Ella estaba segura que sería un padre maravilloso el día que amara tanto a alguien como ella amaba ya a su hijo. Así como podía ser el hombre más encantador y cariñoso, también sería un excelente padre. Nadie le quitaba esa sospecha de la cabeza. Era una corazonada de su alma y no entendía porque estaba tan segura de ello, cuando la balanza no estaba a su favor.

—¿Tienes náuseas? —preguntó él con el ceño fruncido cuando llegaron al último piso.

La ayudó a salir del ascensor y cuando pasaron por el puesto de trabajo de la sirenita, Valen rugió una orden para que le llevaran agua con azúcar. — Estoy bien... —murmuró.

—Vamos, seguro se te ha bajado la tensión o sufres un nuevo achaque de hipoglucemia.

Diez minutos más tarde, Valen se deslizó detrás de su escritorio y pulsó el altavoz, observando como Alejandra dejaba el abrigo y el bolso en una silla. Su piel ardió bajo el peso de su escrutinio.

—Señor... —respondió Nathalia al otro lado de la línea.

Cancela mi reunión de las cinco. No quiero que se me moleste en la próxima hora.

Cuando cerró la comunicación, se permitió estudiar el aspecto de su esposa más a fondo antes de que esta se sentara en uno de los asientos al otro lado de su escritorio. Como solía suceder a menudo, llenaba un vestido largo y holgado ceñido únicamente entorno al pecho. Su cuerpo se estremecía por la necesidad de desnudarla, de follarla otra vez. No era sólo su cuerpo lo que quería poseer, sino también su mente y su corazón.

—¿Has almorzado?

—No creo que me hicieras subir a un avión solo para almorzar conmigo, ¿o sí?

Valen se recostó en el asiento e inclinó la cabeza para observarla.

— ¿Estás pensando en huir de nuevo, cariño? Porque si es así, entonces te propongo que lo intentes —Le dijo con desprecio—. Vete a dónde quieras. Al otro lado del mundo si te apetece. Pero dime, ¿cuánto tiempo crees que transcurriría esta vez antes de que volviera a encontrarte?

Alejandra le devolvía la mirada con el intenso color de sus ojos ardiendo por la indignación y el sentido de la justicia.

—En la primera conversación que tuvimos, me dijiste que eras un hombre muy ocupado y que fuera directa al grano. Pues bien, señor Lemacks, ¿qué desea de mí?

—Ah, ahí está —Los labios de Valen se estiraron debajo de aquella barba de uno o dos días mientras miraba su boca. Miró el escote y Alejandra se cruzó de brazos, molesta. Tenía los pezones tan erizados que seguramente él los habría advertido marcados bajo la tela del vestido—. Veo que ya está aquí.

—¿Quién?

—La bruja respondona. Vamos, déjala salir, pequeña, quiero jugar duro con ella.

Alejandra rechinó los dientes y tuvo el impulso de zapatear infantilmente en el suelo.

¡Ese hombre era imposible!

Pero se lo tenía bien merecido, porque debería haberse mordido la lengua. Aunque ese nunca había sido su fuerte cuando se alteraba.

Valen sacó un dossier de un cajón y lo deslizó por el escritorio.

—Échale un vistazo, sospecho que te puede interesar, y sabrás en breve que deseo de ti.

Alejandra estrechó la mirada, suspicaz, y a continuación comenzó a ojear los papeles.

«Que consideración por su parte, redactado en español», pensó con sarcasmo.

Pero de repente, su corazón se detuvo durante una décima de segundo para latir con violencia un momento después. Le temblaban las manos cuando siguió pasando páginas.

—Es una oferta por la casa de mis padres . No... no entiendo.

—¿Ah, no? —Valen disfrutó dirigiéndole una sonrisa serena—. Pues yo diría que es bien sencillo. Tengo entre mis propiedad una bonita casa rural en una isla del atlántico en la cual, parece, no soy bien recibido. Así que he decidido vender.

—¡No puedes hacer eso! —Alejandra se había levantado de golpe del asiento y los papeles del dossier volaron por la mesa y el piso.

—Pagué mucho dinero por recuperar la casa de tus padres y salvar tu negocio.

—¡Te lo devolveré todo! —prometió ella, vehemente, aunque en secreto se angustió porque era una pequeña fortuna—. He estado restaurando los jardines de la señora Bonham en su casa de campo, y ha sido muy generosa conmigo.

Él esbozó una nueva sonrisa que nada tenía que ver con la alegría o el humor.

—Yo diría que no solo ha sido extraordinariamente generosa contigo; sino también tú alcahuete.

Alejandra sintió que le ardía la cara de rabia.

—Te aseguro que soy más que capaz de reunir el resto. Tengo una casa, un trabajo... —Levantó la barbilla—. Me las arreglaré.

UnacejadeValenseenarcó conironía. Sepuso depieyrodeó el escritorio. Alejandra luchó contra la necesidad de retroceder y se mantuvo firme.

—¿Y cuánto tardarás en reunir el resto? ¿Unas semanas? ¿Unos meses, quizás? ¿O estamos hablando de años? De muchos años.

La risita sarcástica de Valen sonó oscura y divertida.

—Ah, preciosa, si alguien como yo, que salí de la nada, no hubiera tenido grandes ambiciones, no habría llegado lejos. Y la mejor forma de empezar a ganar dinero es dejar de perderlo.

—¿Aunque sea a costa de personas como las que están ahí fuera? ¿Ejecutando actos tan viles y rastreros como los que ha venido perpetrando Lemack's Corporation en las últimas semanas? ¿Sabes a cuántas pobres familias has mandado a la calle? ¡Todas las ambiciones son legítimas, excepto las que se construyen sobre la miseria o la credulidad de la humanidad! ¡Alguien debería habértelo enseñado alguna vez! Y quién podría haber sido. ¿Mi padre? ¿O tal vez mi queridísima abuela?

Sintió que el aliento de la chica se congelaba y que su corazón se aceleraba mientras él intentaba aflojar la fuerte presión de sus puños.

—Aún estás a tiempo de cambiar las cosas.

—No, tú estás a tiempo de cambiar la suerte de todas esas personas.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, con esos grandes e inocentes ojos sorprendentemente serios mientras lo contemplaba. —¿Yo? ¿Pero... cómo?

Valen caminó lentamente a su alrededor hasta que su espalda quedó contra él. Ella no podía moverse. Los poderosos brazos que la sujetaban se lo impedían. A duras penas podía pensar.

—Permaneciendo a mi lado y convirtiéndote en mi amante. Si accedes de forma voluntaria —Alejandra tembló como un tifón cuando él le acunó un pecho con la palma de la mano y con el aliento le cosquilleó en el oído—, no solo toda esa gente recuperaría sus hogares, sino que también seguirás conservando la propiedad de tus padres y evitarás que Celia acabe entre rejas. Sus ojos se abrieron en estado de shock. Su boca formó una redonda O. — Me estás chantajeando...

Respirando en su oído y acariciando con su nariz una mejilla tan suave como la seda más fina, murmuró:

—Alguien debería haberte dicho alguna vez, que un hombre ambicioso es básicamente un visionario y un ejecutor. Tenías razón, Alejandra. —El tono era tan bajo, rico y sensual, que las rodillas de la joven se debilitaron—. La codicia suele llevar a las personas a cometer los actos más bajos e infames. Y, por desgracia para ti, cuando visualizo algo, veo inmediatamente la forma de hacerlo realidad. No importa cómo ni cuánto cueste. Simplemente voy a por ello hasta conseguirlo. Y te quiero a ti, chiquita.

Valen abandonó de su privilegiada posición, rodeó el escritorio y se posesionó detrás de Alejandra.

—¿Realmente me quieres en tu cama? porque imagino que solamente para el sexo es para lo que me ocuparás.

—Una cama, el suelo, una pared, una mesa, un escritorio tan fuerte como este —dijo él colocando una mano sobre la madera—. Básicamente.

Valen le sopló ligeramente detrás de la oreja y ella se estremeció.

—¿Tengo escapatoria?

—No puedes negar que entre nosotros hay una vibración sexual, una tensión virgen que no ha sido explotada. No negarás que me deseas... — Valen besó su cuello, como degustando la muestra de chocolate que lamería después. Alejandra sintió la irritación de su barba de dos días contra su clavícula—. Date cuenta que estoy siendo generoso y que no... no tienes escapatoria.

Alejandra asintió con la cabeza incapaz de hablar, y aguantó la respiración

cuando las manos de Valen se movieron ágiles, retirando las tiras de su vestido por los hombros; este cayó al suelo, arremolinándose en un charco a sus pies. El toque de Valen descendió hacia su abdomen, siguiendo luego por los muslos para deslizar a continuación los dedos sobre el montículo cubierto por una braguita. Alejandra boqueó y trató de respirar, pero las sensaciones se precipitaban por ella, salvajes y eléctricas.

Por mucho que estuviera molesta con él, su cuerpo estaba respondiendo a sus caricias como si fuera la más cruel de las bromas.

—Vas a montar mi polla con fuerza de ahora en adelante y todo el tiempo que yo quiera.

Valen escuchó su jadeo y sonrió de manera maliciosa.

Bien. La estaba poniendo nerviosa.

—Dime, pequeña, ¿te incomoda que sea directo y te diga lo que haré contigo? ¿O se trata, quizás, de qué me prefieres encima? —Valen presionó sus labios contra su oreja—. Tranquila, preciosa, te follaré tan bien que en lo menos que pensarás es en la postura en la que te abrirás de piernas.

Valen tragó, la excitación de su ingle era tan intensa que resultaba dolorosa. Con reticencia la soltó y caminó hasta el enorme sofá crema del despacho. Se sentó perezosamente en él, con las piernas estiradas y un brazo extendido por el respaldo.

Él la miró con unos profundos ojos grises, como si pudiera atravesar hasta su misma alma. Alejandra se sintió completamente desnuda e incómoda, pese a conservar aún el sencillo conjunto de lencería color celeste.

—Déjate el sujetador y quítate sólo las braguitas.

El calmado tono de la orden la hizo vibrar. Su vagina palpitó y el ardor entre sus muslos alcanzó nuevas cotas. Alejandra hizo lo que le pedía, notando que el rubor subía por su rostro, y caminó hacia donde estaba él esperándola. De repente, estaba y a ahorcajadas encima de su marido. La tela de sus pantalones raspaba su delicado clítoris.

Estaba algo asustada, pero no iba a permitir que él lo notara.

Valen la contemplaba y su corazón se contrajo. Era la cosa más hermosa y erótica que jamás hubiera visto.

—Bien, soy todo tuyo...

Valen se recostó y observó la confusión instalarse como un virus en el rostro de la mujer. Se notaba a leguas que no tenía ni idea de qué hacer a continuación y él no le daría ninguna ayuda, por el contrario hizo una mueca y agregó:

—Solo tienes veinte minutos, luego, tengo otros menesteres que atender. Te aconsejo que no pierdas tiempo, porque ya que me consideras avaro, tengo dinero que contar.

La mujer comenzó a sudar frío. ¡Ella no tenía una maldita idea de lo que hacer! Valen le había dicho una vez que con lubricación dolería menos.

Se acercó a él y lo observó. Se arrodilló, e instaló entre sus piernas. No pudo evitar ponerse del color de una amapola cuando cogió el cinturón y comenzó a abrirle el pantalón.

Valen jaló uno de los periódicos del día, porque aquello iba a llevar su tiempo. Al ver aquello y en un ataque de valentía, Alejandra apoyó su mano sobre la polla semi-erecta de su marido y comenzó a sobajearla. Cuando el mazo de su virilidad se puso tan dura que pensó que debía doler, comenzó a abrir el botón y a deslizar la cremallera hacia abajo. No podía saber qué pensaba o sentía Valen, porque estaba escondido detrás del papel periódico.

Se lo arrebató y lo lanzó al suelo.

—Si tengo que humillarme de esta manera, me mirarás.

Antes que respondiera, Alejandra se montó a horcajadas sobre aquel toro de lidia e intentó dirigir la pesada y gruesa erección a su interior.

Falló en el primer intento.

Volvió a intentarlo.

Volvió a fallar.

El hombre no sabía si ella fallaba a propósito o no, pero la ficción de la cabeza de su polla con aquellos tercios labios estaban a punto de lograr que soltara un gemido. Alejandra estaba húmeda, podía sentir sus jugos inundando su falo.

Apretó la mandíbula, mientras ella colocaba una mano a cada lado del cuello de Valen y se las apañaba para agarrarse del sofá.

Volvió a intentar.

Falló.

Cansado, Valen le dio un azote en el trasero, la agarró de la cintura y la envaró de una sola estocada. Alejandra no pudo evitar jadear y gemir mientras movía las caderas hacia adelante y hacia atrás, logrando que el pene de Valen entrara más y más profundo cada vez.

—Salta —dijo con la voz gruesa y cargada de deseo.

Alejandra hizo lo que él le pedía. Levantó el trasero mientras apoyaba todo su peso en sus piernas dobladas y comenzó a sentir como se autopenetraba la virilidad de su esposo. Comenzó con pequeñas estocadas, y luego fue

aumentando la velocidad, hasta que Valen mismo la cogió de la cintura para hacer que se moviera más rápido, porque estaba pronto al clímax.

Valen se corrió en su interior y ella le siguió, dejando caer su cuerpo mustio y blandengue sobre él.

Durante un momento permanecieron en aquel abrazo íntimo, y el olor de la eyaculación de él se fusionaba con la fragancia de los fluidos de Alejandra.

Valen rompió el abrazo y separó sus cuerpos solo lo justo. El pecho de Alejandra subía y bajaba con dificultad por su ahogada respiración. Estaba inmóvil como una estatua, con una tímida mirada. Él le retiró algunos mechones de la cara.

—Es la primera vez que me montas. ¿Sentiste mucho dolor?

Ella se echó a temblar, aunque él no estaba seguro si era debido a su ronco tono de voz o a que seguían unidos íntimamente, y su pregunta se lo recordaba.

—Al principio... —Su voz salió como un gemido—. Un poco.

Él le acarició la mejilla acalorada con el dorso de la mano, complacido.

—¿Entonces te gustó como se ha sentido esta vez?

Ella se sonrojó y desvió su mirada.

—Responde a mi pregunta, chiquita. ¿Se ha sentido bien esta vez?

Ella no podía hablar, sólo consiguió asentir con un movimiento de cabeza. Valen sintió que sus labios se curvaban. Cubrió su boca con la suya, en un beso arrollador. La devoró, la consumió, la poseyó. Después la ayudó a levantarse de su miembro y se separó de ella. Sin decir una palabra, se guardó la polla dentro de los pantalones e incorporó.

¿Qué mierda podría decirle después de haber hecho el amor?

«¿Hacer el amor?»

Un polvo. Había echado con ella un polvo en la oficina. Un creíble y maravilloso polvo. Eso no tenía nada que ver con el maldito amor.

Valen resistió la tentación de ir hacia ella. No podía tocarla de nuevo o flaquearía. Tenía que ser fuerte si no quería volver a sufrir por nadie. Por ella. Un mes había sido más que suficiente.

—Las reglas son bastante simples, pero hay dos en concreto que no debes olvidar jamás —El corazón de Valen se había ido a pique, pero logró mantenerse indolente—. La primera: no huyas. Nunca más. Si lo haces de nuevo, arruinaré no solo tu vida, sino la de todos aquellos a los que amas. Arruinaré, incluso, las vidas de las personas por las que alguna vez sentiste hasta la más mínima simpatía o compasión.

Alejandra bajó la cabeza, intentando contener las lágrimas.

—¿Y la segunda regla?

Él masculló algo que ella no pudo oír. Recogió su vestido y ropa interior del piso, y le alcanzó las prendas sin ni quiera dedicarle una mirada. Luchó contra la vergüenza mientras se vestía lo más rápido que sus manos inestables le permitieron.

¡Maldito hombre de las cavernas!

—La segunda regla es la más importante de todas... —Sus ojos tormentosos la inmovilizaron en el lugar. Incluso a través de la habitación, ella sintió la amenaza en él—. Eres mía. Me gusta saber que soy el primero y el único, y quiero que siga siendo así. Siempre.

En su fuero interno Alejandra también lo sabía y, por eso, aceptó sin discutir.

CAPITULO 17

Un mes más tarde...

Los pequeños gritos de dolor de Alejandra no disuadieron a Valen en ningún momento, y continuó empujando con fuerza en el culo de la joven, con toda la ira y la frustración reprimida que tenía dentro. Había llevado varios días y un poco de esfuerzo, pero finalmente había sido capaz de pasar por el esfínter algo más que la cabeza de su pene. Hundió los dedos de una mano en una de sus caderas y con la otra le tiró más fuerte del cabello cuando sintió que atravesaba velozmente el último tramo hacia éxtasis. Rugió como un animal y le clavó los dientes en el cuello cuando cruzó la meta final y alcanzó el clímax. Su cuerpo se convulsionó encima del de ella mientras se corría en su profanado canal, y se dejó llevar por un placer que jamás hubiera pensado que pudiera existir, que solo conseguía con Alejandra. Apenas fue consciente de los movimientos de la joven, de sus sollozos cuando salió de su interior y saltó de la cama.

Disfrutó unos segundos más de verla aún a cuatro sobre sus rodillas y manos en la cama. Su piel suave y pálida tenía marcas. Marcas de la pasión desenfrenada que lo invadía cuando estaba con ella. Marcas, algunas de ellas, plantadas de manera deliberada en zonas visibles. Sabía que se comportaba como un patán, como un maldito troglodita, pero sentía cierta satisfacción al proclamarla como suya al mundo entero.

La oyó sorber y vio como se hacía un ovillo y se cubría con las sábanas. Le había hecho daño. Siempre se lo hacía cuando se la follaba envuelto en sus demonios. Tenía problemas para tomarlo en el mejor de los días en su ceñido coño, así que podía imaginar que follarle su culo virgen, como lo acaba de hacer, habría sido una tortura para ella.

Valen, gloriosamente desnudo, apoyó una rodilla sobre el colchón y estiró una mano para acariciarle la espalda y hacer que se volteara.

Quería tocarla, abrazarla. Deseaba...

Su corazón se detuvo. Alejandra había tenido un esposo dispuesto a ser mejor persona por ella y lo había abandonado en un capricho. Ahora podía lidiar con el cabrón infernal que todos conocían.

Como todas las mañanas, Valen la había despertado para calmar su erección mañanera en ella, y luego se había alistado para ir a la oficina sin mirarla

siquiera. Ella sólo se había dado media vuelta, tapado mejor con las sábanas y deseado que se fuera. No pensaba levantarse, ni demostrarle que sus abusos estaban haciendo mella en ella, aun cuando su fluido vaginal estaba mezclado con la liberación masculina y se deslizaba por sus muslos y esfínter.

Era demasiado peligroso que él la viera desnuda. Que observara directamente su ovalado vientre desnudo. Se abrazó a si misma bajo la ropa decama y rogó porque las náuseas matutinas que amenazaban con asfixiarla menguaran. No podía arriesgarse de esa manera. No cuando el embarazo aún era tan inestable y él podía hablar de aborto.

Que Dios no quisiera...

No quería verle a la cara, así como tampoco lo veía dentro del sexo. No podía mirarlo o besarlo, porque para él solo era el mecánico movimiento de dar un buen sexo duro y nada más.

Y ella quería más.

Pero para él, ella solo era la amante con la que no tenía que fingir más la poca ternura y delicadeza que había mostrado al inicio del acuerdo. Con el paso de los días, de las semanas, esa poca y amorosa atención se había ido perdiendo... Sus besos, en otrora cálidos y apasionados, ahora eran simples roces fríos y muertos. Desde el acuerdo, todo era una vorágine de malas decisiones.

Aguantó las lágrimas de pérdida por el amor dulce y romántico que había pensado que tendría con él y cuando escuchó que el hombre cerró la puerta, salió disparada con rumbo directo al baño. Allí estuvo más de veinte minutos, intentando sacarse su esencia del cuerpo, e intentando no pensar en la horrible incomodidad que sentía en el esfínter. No podía creer que en otro tiempo hubiese soñado con ser completamente su mujer y que él la llenara de amor, de pasión y sensualidad.

Había creído que sería su compañera, su amiga, su esposa, su amante...

Mientras el agua corría por su piel, recordó aquellas veces en las que su cuerpo inexperto había sido despertado y motivado por sus manos, por sus besos, por sus caricias, e incluso por su dominante carácter. Su necesidad de ella ya no parecía ser tan desbordante como aquel episodio en la cocina meses atrás. Cuando sus jugueteos y revanchas los habían llevado a disfrutar de una íntima entrega, que aunque incompleta sexualmente, sí había llenado sus expectativas. Ahora, simplemente odiaba verla, así que el sexo se había convertido de un placer íntimo y calientemente erótico a un proceso mecánico. Solo ponerse a cuatro y... Cerró

los ojos y se mordió el labio por no llorar.

¡Necesitaba salir de allí!

Patch ladraba como loco esa mañana cuando Alejandra abrió las puertas hacia los jardines de la mansión Lemacks. Necesitaba tomar aire fresco.

La necesidad de estar sola, la había hecho salir como un vendaval sin rumbo hacia algún lugar que le resultará lo suficientemente familiar para auto-consolarse y lamerse las heridas.

Observó al perro que parecía extasiado. Batía la cola de un lado al otro y metía la naricita entre la tierra.

Mientras contaba calmadamente hasta diez, alternando números con inhalaciones logró mantenerse un poco más tranquila. No era invierno, pero sentía un frío de muerte en los huesos. Valen jamás le había inspirado miedo o terror. Para ella siempre había sido el témpano de hielo que al conocerlo mejor se había convertido en su amigo, y esa amistad había avanzado pronto a un amor platónico y luego a algo más carnal.

El resumen de su relación decía que mientras ella se había enamorado perdidamente del hombre que era su marido, él no había alcanzado esos sentimientos por ella, porque no se permitía a sí mismo amar.

Alejandra hizo un mohín.

Hasta eso hubiera podido aguantar. Dios sabe que sí. Ella hubiera amado más, mejor y por los dos, hasta que Valen se diera por vencido y expresara sus sentimientos. Le amaba tanto y tan desesperadamente que estaba dispuesta a perder incluso su dignidad con tal de ayudarlo.

Pero todo se había descarrilado y Celia le había mostrado un nuevo Valen que, aunque calzaba con la dureza y presencia dominante de su marido, ella se había negado en rotundo a descubrir. Porque no quería ver la realidad del asunto.

Pero hasta ella tenía sus límites y el asesinato de inocentes estaba en primer lugar.

Ahora más relajada y con el aire puro ingresando en sus pulmones, podía atreverse a confirmar que, si se había ido, no había sido porque le creyera a Celia al cien por ciento. Se había ido porque el dolor de saberse parte de su venganza había mermado en su maltrecha consciencia. Se había sentido la intrusa en el lugar de su hermana. Y eso no lo podía resistir.

No podía resistir la memoria de su sobrino muerto.

No podía resistir su odio hacia ella para mandarla marcar.

No podía resistir que para Valen no fuera más que una venganza.

Y no podría resistir por mucho más tiempo ser solo un agujero caliente con el que calmar sus bajos instintos.

Se había convertido en una joya de lujo que un millonario había comprado. Un lujo caro dispuesto a que la hiciera suya en el momento y lugar que él quisiera. Lo había hecho porque había demasiado en juego: sus padres y una casa familiar que amaba, su hermana y su lúgubre final en una celda fría, y esa pobre gente que necesitaba el hogar del que Valen los estaba desalojando. Por ella misma y su miedo titánico a las repercusiones del secreto que llevaba hacía dos meses instalado en el vientre. Y también por él, porque quería darle la oportunidad de redimirse y de aceptar a su hijo como un regalo y no como una maldición.

Suspirando se dio cuenta que había llegado deambulando hasta la cabaña que Valen le había regalado. Recordó el momento en el que él la había llevado allí por primera vez y sonrió con ternura.

Ese era el Valen que ella conocía y amaba.

La mujer giró el pomo de la puerta y empujó hacia dentro. Lo que vio la dejó sorprendida. Se llevó una mano a la boca abierta y dio un paso hacia dentro.

Por donde mirara la cabaña estaba destrozada. Todas sus cosas estaban regadas de un lado al otro, y los muebles estaban rotos. Parecía como si un huracán hubiera pasado por allí en su ausencia. Un huracán. El huracán Lemacks.

Ver aquel panorama la acongojaba. No podía creer que todo el cariño que había puesto en crear aquel lugar para ella no fuera lo suficientemente grande como para mantenerlo. Por el contrario, lo había destruido, así como la estaba destruyendo a ella con su actitud. En realidad, no quedaba nada.

Alejandra paseó una de sus manos por su rostro, mientras sentía que el dolor de la pérdida comenzaba a crecer en su interior. Era tan letal, y terrible, el saberse desterrada completamente, que deseó haberse quedado y enfrentado al problema de diferente manera. Había cometido un terrible error al irse y ahora estaba pagando las consecuencias.

Valen no la perdonaría nunca y se subiría por las paredes cuando le confesara que estaba embarazada. Él tampoco la perdonaría por eso.

La desolación la cubrió como una manta gruesa. Valen se olvidaría de todo lo acordado y simplemente arremetería contra ella.

Suspiró sintiendo que el nudo que se había formado en su garganta amenazaba con asfixiarla de dolor. Pero sabía que tenía que tomar decisiones. No podía seguir lamentándose en lo que no tenía o pensando en el pasado que tuvo.

Patch entró en ese mismo momento, y mientras ella arreglaba uno de los muebles para sentarse, el perrito le lloriqueó para llamar su atención.

—¿Qué traes ahí, bonito?

Obedientemente, Patch fue hacia su dueña con el andar torpe, propio de los cachorros. Ella se puso en cuchillas y estiró la mano. Del hocico del animalito salían algunos hilos de cuero negro. Alejandra sintió curiosidad e hizo que se la diera.

El estómago se le revolvió cuando vio lo que era. La pulsera que ella le había regalado a Valen estaba rota, despedazada y... babeada. Ese bien de valor módico, pero de significativo afecto, estaba destrozado y no tenía solución alguna.

¿De verdad su matrimonio estaba en la misma situación? ¿También lo suyo estaba igual de dañado?

Con la prueba irrefutable en las manos, acarició la cabeza de Patch, para luego ir a sentarse. Hizo una mueca cuando su trasero se resintió por el sexo de esa mañana.

Suspiró, teniendo un presagio poco halagüeño. Sabía que las batallas comenzarían ni bien él se enterara del asunto de su embarazo. Se acarició la tripa. Ya estaba creciendo y pronto empezaría a notarse a sí que tenía dos opciones. La primera y más quimérica era contarle a Valen la verdad apenas llegara esa noche de la empresa. La respuesta más irreal que tendría, sería a un Valen encantado con la noticia de formar una familia y diciéndole cuanto la amaba y que a partir de ese momento todo iría fenomenal entre ellos.

Sonrió con tristeza.

Pero ese no era el Valen terco y tozudo que ella conocía. La otra opción era simplemente esperar, con una espada de Damocles en el cuello, a que su embarazo estuviera más asentado y no pudiera insinuarle, si quiera, la posibilidad de un aborto. Porque si lo había hecho, supuestamente, con Celia y con ese pobre bebé, también podría hacerlo con ella, ¿verdad? Tragó. Temía que la primera opción de su marido al enterarse del fortuito acontecimiento, fuera deshacerse del problema lo más rápido y eficaz posible. Pero ella no se lo permitiría.

No está vez.

Esta vez ella tendría a su bebé y sería una buena madre y padre para él. No necesitaba a Valen Autócrata Lemacks para sacar adelante, por sí sola, a su hijo. Sí, su hijo. Porque sería solo suyo. Aunque la carcomía por dentro equivocarse, ocultarle la verdad y negarle el derecho de ser padre a un

hombre que estaría dispuesto a asumir su responsabilidad. En el peor de los casos, si sus esperanzas caían en saco roto, solamente desataría la tercera guerra mundial.

Pero había una pregunta que rondaba su cabeza día y noche. ¿Qué haría Valen cuando se enterara? No era un estado que se pudiera esconder de manera indefinida, así que solo era cuestión de tiempo. Pronto sabría que su encontronazo en la suite del hotel le había proporcionado algo más que una perversa venganza.

¡Sonaba como a ironía de la vida!

Alejandra apretó los labios. Todo lo que debía ir bien en su vida iba mal. Muy mal.

Tendría que comenzar a valorar seriamente la ayuda que Shannon Bonham le había ofrecido antes de abandonar su casa de campo, aun cuando sería la primera persona a la que Valen acudiría. Pero con suerte, antes de que se desatara un nuevo conflicto bélico en la vieja Europa, Shannon podría sacarla del país en pocos días. Seguramente con la ayuda de Angelo. Ambos tenían tanto poder y contactos como su marido.

Valen nunca lograría interponerse entre su bebé y ella. Juró.

Alejandra frunció el ceño disgustada al comprender que tampoco podría regresar a Tenerife. Quizás pudiera esconderse por algún tiempo en sudamericana. Tenía familiares allí, así que no sería difícil dar con el pueblito más recóndito y alejado.

Pero frustrada recordó a su hermana y la casa de sus padres.

Sabía lo que Valen haría en ambos casos. La había advertido con regocijo sobre lo que sucedería si incumplía el acuerdo alcanzado en el despacho de su empresa. Alejandra sintió mucha pena por sus padres. Incluso por su hermana. Celia era una mujer incomprensible.

Sacudió la cabeza, recordando la última de sus malditas intrigas. Una de las consecuencias de esa conspiración la tenía creciendo en su interior.

Pero no más. No sacrificaría a su pequeño por ella. Celia se merecía todo lo que le pasara, en cambio, su hijo no. Él era inocente de cualquier cosa que se le quisiera imputar. No había cargos posibles para un ser tan perfecto.

El único gran inconveniente que le quedaría sería la deuda contraída con Valen. Se mordió el labio inferior, avergonzada. Quizás, si Shannon le permitía abusar más de su confianza podría pedirle un préstamo. La deuda seguiría existiendo, sí, pero pasaría a manos de otro dueño. De un dueño que no la chantajearía. También podría acudir a sus padres y hermanos y

explicarles la situación desde el principio. Explicarles el problema en el que Celia la había metido.

Seguramente ellos ayudarían a pagar, con un préstamo que tendrían que solicitar en alguna entidad bancaria para amortizar el total del importe a Valen y así finiquitar su deuda. Alejandra había llegado a un punto en el que era o él bebé o los demás y no tenía que pensar demasiado para ordenar sus prioridades.

En el peor de los casos, la casa se perdería. Al final, sólo sería una casa. Pero pelearía lo más que pudiera por conservarla.

Y agotaría todos los recursos posibles.

—Vamos a casa, Patch —murmuró la mujer, sabiendo que así el mundo se cayera, ella tendría que sacar fuerzas de flaqueza.

Cuando salió, se sintió más aliviada gracias al fresco y perfumado aire de la mañana.

Alejandra dio un paso hacia delante y luego otro; tenía un plan y varios anexos de contingencia. El bebé y ella estarían bien.

CAPITULO 18

Cuando Valen abrió la puerta, la dulce y tentadora imagen de Alejandra dentro de la bañera, lanzó tirones eléctricos a su polla, convirtiéndola en un duro hierro. Sintió la incomodidad latente y palpitante de su carne embravecida haciendo acampada en sus pantalones.

Ella estaba de espaldas, dentro del agua con la turgente y suave piel blanca de porcelana de sus hombros expuesta. Se había recogido el cabello lo mejor que pudo dado lo corto que lo llevaba, y sus omóplatos se sobresalieron cuando estiró su espalda hacia atrás. Sintió que las palmas de sus manos comenzaron a picar con la necesidad de tocar su piel, de besar cada espacio de ella y de llenarla del modo más salvaje y duro que su dañada alma conocía.

Ella suspiró, mientras sus manos recorrieron sus pechos y bajaron a sus muslos. Dulces muslos que esperaban su dominación.

Apretó los puños con fuerza. Por más que la cogía de todas las formas conocidas, no se cansaba de ella. Sólo lo mantenía en un maldito estado de ansiedad y excitación constante.

Gruñendo, comenzó a deshacerse del calzado, se arrancó la camisa y los pantalones.

Alejandra escuchó el sonido de metal contra el suelo y se volvió asustada y cubriéndose los voluptuosos pechos que se habían puesto más pesados con el embarazo.

—Valen —murmuró, mientras sus ojos fueron al cuerpo desnudo del hombre que exhibía una poderosa y altanera erección.

Alejandra tragó con fuerza. El miembro de su marido se curvaba orgulloso y vigoroso, llegando por encima de su vello púbico. Todavía no comprendía cómo rayos lograba encajar dentro de ella esa enorme... porción de carne dura.

—Cualquiera que te viera observar mi polla de esa manera, chiquita traviesa, diría que eres una esposa mal atendida.

Valen parecía peculiarmente oscuro ese día. Ella se deslizó para el otro lado de la bañera y él ingresó en sus dominios. Sus pezones se endurecieron a causa de la excitación que ese hombre le provocaba con sólo mirarla.

—Ven aquí —dijo mientras la jalaba para sentarla a horcajadas sobre él—. .
Dobla las piernas hasta que tus rodillas queden sobre el fondo de la bañera —

Ella lo hizo tal y como se lo pidió—. ¿Y qué ha hecho mi querida esposa todo el día?

Valen hizo que su polla descansará entre sus labios vaginales. —No... no te esperaba tan temprano.

—¿Pensabas hacer alguna trastada, o quizás planeabas escapar de nuevo?

Las manos de Valen fueron hacia la cintura de Alejandra, y la acercó para que se sentara en su regazo.

Hacía mucho tiempo que no la tenía así, simplemente disfrutando de su cuerpo y de su espíritu. Su inquebrantable espíritu.

Ella negó sintiendo sus manos recorrer su espalda e ir directamente a sus pechos. Le apretó un seno con fuerza, mientras le daba las dosis justas de dolor a sus pezones para que ella diera un respingón.

—Espero que no me estés mintiendo.

—No lo hago.

Valen siguió toqueteando su cuerpo hasta que un jadeo de escapó de los labios de su mujer. Mientras sus caderas se balanceaban ligeramente, buscando en medio del agua.

—Estás deseosa de mí. Debe ser muy frustrante nadar contra corriente, ¿no crees, chiquita?

Valen se rió mientras sus labios besaron, lamieron y chuparon con fuerza el cuello de la joven. Lamordió produciéndole un agudo dolor y luego volvió a succionar. Alejandra no pudo evitar llevar sus manos hacia el cuerpo de su marido. Le tocó el pecho, hundió los dedos entre el suave vello castaño que adornaba aquella fortaleza de músculos, sangre y hombre.

De un solo movimiento Valen la penetró, llenándola y haciendo que el cuerpo femenino se arqueara hacia atrás para abrir sus caderas y dejarlo entrar en su interior.

Soltó un gemido duro, mientras él capturó uno de sus pezones entre sus labios y lo mordió.

Alejandra sintió que su cuerpo se prendía como una antorcha humana y comenzó a mover las caderas. Escuchó a su marido gemir y cuando él cubrió su clítoris con la mano, ella se restregó no sólo contra el potente falo, sino también contra su mano.

Valen la folló duro y constante. Tanto que ella se quedó quieta, mientras se aferraba al borde de la superficie.

El sonido de su cuerpo golpeando el agua y el duro cuerpo masculino de Valen, la encendieron más. Gimió mientras buscaba con desesperación los

labios masculinos.

Ella lo besó, porque sentía la necesidad de hacerlo. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Que no observaba como el placer se instalaba en el rostro de su marido, o no escuchaba sus gemidos o sonidos guturales ronronear en su pecho. El calor de la piel contra la piel. El sentirse más que sólo un cuerpo donde depositar su placer, le hizo cogerlo del rostro y besarlo levemente, mientras ella aumentaba el ritmo de sus caderas.

Valen se movió, evitando que ella lo besara y Alejandra de sintió morir. —Por favor —rogó—. Sólo una vez... sólo...

A Valen lo poseyeron los dioses de la lujuria y se empotró en ella hasta la pelotas, mientras saqueaba su boca e introducía su lengua. La muchacha gimió y sintió que se rompía mientras él la... amaba. Mientras él hacía algo más que simplemente follarla.

—Mierda, pequeña, eres nociva para mí —gruñó—. Voy a follarte hasta que no puedas levantarte.

Ella suspiró mientras él seguía empujando su dura vara masculina en su tierno interior y sus labios seguían bebiendo de su boca.

Valen agarró la carne de los contornos de su cintura y la deslizó. Primero el borde, luego su bella espalda para terminar en su vientre. Alejandra se tensó bajo su toque. Ella estaba un poco más redondeada de la cintura y caderas. Notó que había subido algo de peso y aquello lo tranquilizó.

—Me gusta ver que has ido recuperando el apetito. Habías adelgazado mucho en los últimos meses —dijo besándole el cuello y lamiendo su clavícula—. Se te ve mejor, más saludable y cuando te follo, no siento que voy a romperte.

Alejandra tragó con fuerza.

Él pensaba que había engordado por comer mucho. Suspiró aliviada acogiéndolo en su interior. Prefería que la llamara ballena antes de que se diera cuenta de los cambios operados en su cuerpo por un embarazo.

Un puñado de embestidas después, ambos estuvieron gruñendo y jadeando cuando la liberación masculina bombardeó el fértil interior de la mujer.

Alejandra se desplomó sobre Valen y no pudo evitar acurrucarse contra él. Asu vez el hombre le acarició la espalda como quien acaricia el lomo de una gatita que le ronronea en las piernas. Le besó el cuello, haciendo que se estremeciera por el intenso y glorioso placer.

Valen se levantó y salió de la bañera. Comenzó a secarle.

—Voy a cenar solo, así que le diré a Bianca que te traiga la cena.

—Pero... —murmuró ella dándose vuelta aún dentro del agua.

—Tengo trabajo que hacer —gruñó el hombre. Repentinamente de mal humor. No entendía qué le estaba pasando. En un momento parecía ser el hombre que ella amaba, el hombre que era antes, y al instante siguiente era un hijo de puta cruel y desalmado.

—Val...

—Alejandra, tengo cosas de las que ocuparme —dijo molesto—. Como por ejemplo: ver cómo destruyen sus regiones esos pobres diablos que tan amablemente quisiste salvar.

La mujer hizo un mohín porque sabía a qué se estaba refiriendo. —Esos son sus hogares, así te empeñes en decir lo contrario

—No importa cuánto tiempo pase, la ingenuidad en ti ha dejado de ser una virtud para pasar a ser un fastidio.

Ella tragó.

—No necesitas ser tan cruel. Ya tienes todo lo que quieres.

Valen rió, pero sonó tan vacío, tan inocuo, que le dolió el corazón. Le vio perderse en la habitación. Salió de la bañera y se cubrió con un albornoz. Cuando salió el hombre se estaba colocando unos pantalones cómodos de deporte.

—Tus pequeños protegidos van a recibir sus nuevas casas en poco tiempo, estaremos dando en unas semanas una... —Movié la cabeza—, llamémosle fiesta en su honor —Ella sonrió, pero Valen se encargó de borrarle la sonrisa con lo que agregó a su comentario inicial—. Cuando todoshacemos nuestras partes de los contratos, la vida avanza muy bien, ¿no crees, chiquita? Sigue siendo tan dócil y caliente como hasta ahora, y las recompensas llegarán. Supongo.

—¿Eso es todo, verdad? —preguntó no pudiendo quedarse callada y simplemente aceptar lo que él le decía—. Eso es todo lo que te preocupa, mi docilidad y las veces que me hagas tuya.

Valen la miró con un renovado brillo en sus fríos ojos grises.

—Te lo advertí, Alejandra —No parecía el mismo, solo una sombra, un acopio, del hombre que ella creía haber conocido.

Pero él nunca la había amado. No podía compararlo. Ahora, solo estaba viendo al verdadero Valen Lemacks.

—¿Qué pasaría si quiero cambiar el acuerdo? —preguntó

—Te quiero y te tendré en mi cama hasta que me canse de ti. Cuando eso suceda —dijo cogiendo el pomo de la puerta en sus manos—, ya veremos qué pasará.

CAPITULO 19

Alejandra sabía que su marido era alérgico a cualquier acto público. Eso explicaba que fuera Mathew Hayes y no él, quien atendiera a la multitud que se aglomeraba en la explanada que aderezaba el nuevo y reconstruido vecindario que, solo tres meses atrás, había estado a punto de convertirse en otro suburbio inglés de altos y fríos edificios de exclusividad empresarial. Su aspecto actual distaba mucho de parecerse a esa desoladora imagen. El barrio tenía un aspecto entrañable, familiar. Bloques de viviendas de no más de tres o cuatro plantas, un parque infantil, zonas verdes con circuitos para hacer deporte, un centro cultural... Debía reconocer que Valen había cumplido con creces su promesa de devolverles a las familias, no solo el hogar que conocían, sino uno completamente rejuvenecido.

Había pensado muchas veces que no debería haber accedido al chantaje de Valen para que se quedara, pero el sentido común y su propio deseo habían vencido a su orgullo. Ahora, que veía a toda aquella gente feliz con sus nuevos hogares, sabía que había hecho lo correcto.

Alejandra observó al gentío que tenía alrededor y se dio cuenta de que apenas conocía a nadie. Agradeció enormemente en ese momento la compañía de Nicole Hayes. La esposa de Mathew estaba embarazada de seis meses y lucía más radiante que nunca, con su hermoso cabello color miel recogido en un sofisticado moño y su elegante abrigo color crema. Instintivamente se llevó una mano al vientre y pensó, en que pronto, ella tendría que sustituir los abrigos de volantes y cinturones, como el negro que llevaba puesto, por otros más holgados y prácticos.

Un pequeño agujero se abrió en su pecho.

Si Valen supiera...

La mano de Nicole se envolvió alrededor de su brazo.

—¡Se nota que ya ha llegado el Otoño, Dios mío, que frío! —Sus ojos azules resplandecían, risueños, amables—. ¿Qué te parece si entramos dentro y nos tomamos un chocolate caliente?

Ella buscó a Valen con la mirada. Poco participativo y comunicativo, permanecía tan rígido y quieto, como lo estaría un congelado bloque de hielo, en uno de los laterales del escenario construido solo para ese día especial, mientras escuchaba los distintos discursos de agradecimiento.

A pesar de su aspecto adusto y de sus duros rasgos, era dolorosamente atractivo. Alejandra se humedeció los labios, recordando lo que había sentido la noche anterior. Con la cabeza del lado opuesto a la del otro, tal como si se tratase de un número nueve y de un número seis, había tomado su miembro en la boca mientras él hacía lo propio en su clítoris. Sintió crecer la excitación entre sus piernas y un ligero rubor le calentó las mejillas.

Cuando Valen la descubrió espiándolo, metió las manos en el pantalón de su traje gris oscuro y elevó las cejas. Ella se preguntó absurdamente si podía leer su mente, y molesta ante la idea, le lanzó una mirada exasperada. La boca masculina se estiró con cínica burla y Alejandra tuvo ganas de abofetearlo.

¡Bastardo soberbio!

—Me parece una idea fantástica —aceptó, encantada, pues se sentía debilitada. Su embarazo la descomponía tanto algunos días, que estaba convencida de que

hasta una frágil brisa podría lanzarla por los aires.

—¡Entonces vamos!

Mientras Nicole la conducía al interior del centro cultural, en donde habían

ubicado mesas con bebidas y comida, Alejandra echó una rápida mirada por encima de su hombro. Vio como Gael y Davis intercambiaban sendas miradas, y como el segundo asentía. Apretó los labios para no sonreír.

Así que en esa ocasión sería Davis quien, a una distancia prudente, la seguiría. Ni siquiera habían terminado de subir los pocos escalones que llevaban a una de las entradas, cuando se detuvieron. A Alejandra se le hizo un nudo en el estómago ante lo familiar que le sonó aquella voz:

—Alejandra, espera...

Nicole y ella se giraron lentamente. Cuando tuvo cara a cara a la mujer que le había causado más problemas que alegrías en los últimos meses, Alejandra levantó la barbilla y enderezó la espalda.

—Será mejor que te vayas, Celia, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.

—¡No, tienes que escucharme! —Su avance quedó bloqueado por Davis—.

¡Dile a tu maldito gorila que me quite las manos de encima! —Al ver que ella hacía oído sordos a sus voces, y que continuaba su camino, lanzó su último cartucho de atención—. ¡Mentí! ¡Mentí en todo lo que te dije!

Alejandra giró sobre sus talones con el corazón latiendo doloroso. Pidió a Nicole que se fuera adelantando, y clavó sus ojos en los de su hermana. Su boca era una línea apretada.

—Mentiste. En todo —repitió.

—Sí. Pero escúchame, te lo ruego, porque tienes que ayudarme. Necesito que me prestes algo de dinero porque debo desaparecer por una larga temporada. Alejandra asintiera a la pregunta muda de Davis. Su escolta se hizo a un lado no muy conforme.

—¿En qué lío te has metido esta vez?

Celia fulminó a Davis con la mirada cuando pasó por él y se acercó a su hermana mayor. Cuando quiso tomarla de las manos, esta no se lo permitió. Si los ojos pudieran escupir fuego, Alejandra pensó que los de Celia estarían haciendo precisamente eso.

—No, no se trata sólo de un lío, Ale, sino de unos tipos muy peligrosos. Conocí a Damiano... Damiano Li Volsi, y comenzamos a salir... Alejandra negó con la cabeza.

—No estoy de humor para escuchar tu vida sentimental, Celia, así que te agradecería que fueras directa a la raíz del problema.

—¿Tanto te ha cambiado ese hombre? —Ofendida, la mujer levantó los brazos en el aire e hizo una mueca—. ¡Mírate, hermana, pareces un maldito témpano de hielo como él!

Para su completa sorpresa de Celia, Alejandra le dio la espalda y se dispuso a retomar su ascenso por las escaleras.

—¡No, espera! —Le chilló, agarrándola del brazo—. Lo siento, no era mi intención molestarte. Es tu marido. No debí decir eso.

Alejandra echó una mirada glacial a la mano que la sujetaba y se sacudió de ella.

—¿Qué tenías que contarte de Damiano Li Volsi?

— Él está involucrado en asuntos muy turbios, con gente muy peligrosa, y yo... yo ya no le soy de utilidad. ¡Te juro, Ale, que hice todo lo que hice siguiendo sus instrucciones!

La humedad había empañado los ojos de la mujer y a Alejandra se le hizo un nudo en el estómago. Ni siquiera sabía reconocer si eran lágrimas reales o completamente falsas. Celia era una excelente actriz. Mentalmente se dijo que no debería caer nuevamente en una de sus trampas, y se obligó a recordar, una a una, todas las veces en las que la había traicionado y humillado.

Después de un largo instante en el que toda la sangre subió a su cerebro y rugió alrededor de sus oídos, expulsó una larga bocanada de aire y dijo:

—Lo lamento, Celia, pero esta vez mi respuesta es: no. Ve a la policía, denúncialo. Pero en lo que amí respecta, tú y yo hemos terminado como

hermanas. Me hiciste mucho daño. Un daño que aún sigo pagando, y que quizás, tenga que seguir lamentando por el resto de mis días, sí a mí be... — enmudeció antes de que fuera demasiado lejos. ¡Gracias a Dios! Suspiró largamente y miró a Davis—.Ella ya se va.

—¡Ale, no, no puedes dejarme a mí suerte y totalmente desprotegida!

Celia, en un último y desesperado intento por retenerla, la agarró violentamente del brazo. Alejandra trató de sacudirse de sus manos. En sólo una fracción de segundo, sus sentidos se embotaron y su cuerpo falló. Perdió el equilibrio y cayó, rodando por las escaleras.

¿Qué diablos... ? ¿Y ese escándalo?

Valen frunció el ceño, buscando entre la multitud a Alejandra, Nicole, Gael o Davis. Un gélido frío se filtró por su espalda, convirtiendo sus huesos en hielo quebradizo. Como si hilos invisibles lo empujaran, se abrió paso entre la gente sintiendo un duro martilleo contra sus costillas. Algo no iba bien. Su corazón bombeaba demasiado rápido y los escalofríos eran presagio de algo muy malo.

Cuando llegó al lugar exacto de la conmoción, y fue apartando una a una a las personas que obstaculizaban su camino, descubrió el cuerpo inerte de Alejandra en el suelo. Sus pulmones fallaron y un dolor terrorífico rebotó en su alrededor. No, su pequeña no. No podía ser cierto.

—¡Apartaros de ella, maldita sea!—bramó con vehemencia.

Gael y Davis actuaron eficazmente y alejaron a todo el mundo. Incluida a Nicole Hayes, quien parecía muy afectada. La observó unos segundos. Ella allí, con su piel pálida y cabello reluciente estaba tirada en el piso como un cadáver. De dos zancadas llegó a su lado y en un abrir y cerrar de ojos le estaba tomando el pulso, mientras comprobaba que alguien estuviera llamando una ambulancia.

Gael estaba en ello.

Él se inclinó sobre su mujer y le rozaba la mejilla con los nudillos al tiempo que la sacudía con tanta ternura. —Chiquita, despierta... escucha mi voz, cariño, y vuelve conmigo.

La observó como un adicto observa al material de su adicción perdido. Le miró los brazos, la cintura, sus caderas, sus bellas piernas... La sangre se heló en sus venas y dejó de transitar cuando un pequeño canal de sangre apareció en sus piernas. ¡Ella se estaba desangrando!

— ¡Alejandra está sangrando, Gael, dónde está la maldita ambulancia! —

Parecía fuera de sí. El color, y el conocimiento de que su mujer se estaba desangrando lo volvió loco. Comenzó a gritar improprios y a todo el mundo para que se apartara y dejara que el viento circulara. Se quitó la chaqueta y la cubrió antes de ponerse de pie con ella colgando en sus brazos.

No iba a esperar ni un maldito minuto más por una ambulancia, la llevaría él mismo al hospital más cercano. Ardientes lágrimas quemaban sus ojos y el cuerpo le temblaba tanto de miedo y rabia que tuvo que recordarse así mismo, que Alejandra necesitaba en esos momentos al hombre racional, no al animal que era.

— ¡Quiénesel maldito responsable de esto! Por que lo voy a matar, ¡Habla, Davis, o te mataré a ti! —Valen masticó las palabras. Su ira era un cataclismo, una vorágine de fuego que amenazaba con quemar a todo aquel que se interpusiera en su camino. Llenó la estancia de una espesa tensión— . ¡Respóndame, maldita sea!

— Celia... —respondió Davis, la tensión alrededor de su garganta mientras miraba a la mujer desmayada que él acunaba y Gael apartaba a la gente.

—¡Quiero detenida a esa maldita perra asquerosa! ¡¿Me han oído, maldita sea?! —vociferó como loco. El ojo del huracán era mecer una cuna en comparación con lo que Valen sentía por dentro y tal como era de esperarse, todo el mundo comenzó a apartarse para evitar ser el acreedor de un poco de la ira del hombre.

¡Estaba furioso, colérico!

¡Esa maldita arpía ponzoñosa se las pagaría! Sí no acaba con sus huesos detrás de las rejas de una prisión, él se encargaría de retorcerle el cuello hasta asegurarse que el mismo diablo la recibiera en su maldita cloaca.

Su frecuencia cardíaca no dejaba de dispararse mientras cada emoción le sobrepasaba. Apretaba a Alejandra tan fuerte que le preocupaba que pudiera partirla por la mitad. Quería estrangular con sus propias manos a Celia.

¡A esa zorra detestable!

Nadie podía meterse con lo que era suyo y salir inmune. ¡Nadie!

Pero todo a su debido tiempo. Pensó intentando volver a tomar las riendas de su mente. ¡Porque la salud de Alejandra era su prioridad!

Casi corrió hacia el vehículo, ignorando los susurros y exclamaciones de las personas cuando pasaba entre ellas.

Cuando Frederic lo vio acercarse, inmediatamente abrió la puerta del coche para no perder ni un solo segundo.

—¡Vamos al hospital! —gritó y el auto salió pitando, quemando llantas por la

fuerza de la aceleración. Valen la observó—. Te vas a poner bien, chiquita —
La besó en la frente mientras los acomodaba a ambos en el interior del
vehículo—. Lo juro por mi vida que te pondrás bien.

CAPITULO 20

Valen contempló a Alejandra con preocupación.

Era la segunda vez en menos de un año que ambos estaban en una clínica por algún motivo. El corazón se le encogió cuando la vio allí, yaciendo sedada en una fría cama, después de haber sufrido terribles calambres y amargos dolores. Si cerraba los ojos, aún podía verla doblándose de agonía y con su bello rostro dibujando con carbón el maldito dolor, mientras los sanitarios hacían lo posible por estabilizarla tras recobrar la consciencia.

Se pasó una mano por el cabello con nerviosismo, mientras con la otra, le apretaba la mano. Ella estaba nuevamente en riesgo y él no podía hacer nada. Solo esperar a que la puerta se abriera y apareciera la doctora con buenas noticias.

¡Malditos fueran todos, incluso él mismo!

Si fallaba en su cuidado, ¿cómo diablos podía continuar conservándola a su lado sana y a salvo? Sacudió la cabeza. En esos instantes solo le importaba saber que Alejandra estaba segura, que nada amenazaba con que sus pulmones dejaran de respirar o su corazón de latir, o cualquier otra parte vital de su cuerpo dejara de funcionar como debía.

Odiaba esperar. Y era lo que más hacía cuando estaban en un hospital.

La miró, le tocó el rostro y susurró un murmullo hundido, una plegaria muda, un grito silencioso.

—No me dejes —La regañó tiernamente y besó sus manos—. No te atrevas a dejarme.

Aborrecía verla allí como un maldito cadáver en una morgue. Detestaba la sensación de impotencia de no saber, y de no poder hacer nada al respecto.

Valen estaba dispuesto a interrumpir lo que fuera que estuviera haciendo la doctora de Alejandra, cuando la puerta se abrió y un grupo de uniformadas enfermeras y la propia doctora, entraron. Se apartó a un lado y las dejó hacer su trabajo. En silencio, las vio revisar los signos vitales de su mujer y anotar su evolución en un cuaderno.

Minutos después, las enfermeras salieron pero la doctora se quedó.

—Soy la doctora Brown —se presentó—. Estoy llevando el caso de su esposa, señor Lemacks. Y tengo una buena y una mala noticia para usted.

La mujer esperó un momento. Valen se levantó de su cómoda ubicación y la

observó atentamente.

—La buena noticia es que hemos logrado detener la hemorragia a tiempo. La mala es que sigue existiendo una elevada probabilidad de que pierdan el bebé que esperan...

—El bebé... —Valen pestañeó confundido. Aquella mujer estaba en un grave error. No había posibilidad alguna de que Alejandra... No, era imposible. No podía ser...

—Sí, ya sabe, el niño o niña que esperan —exclamó la mujer. Estaba tan ensimismada estudiando las anotaciones que sostenía en las manos que le pasó completamente inadvertida la expresión de sorpresa de Valen—. Siento mucho que se enterara de esta manera, pero en efecto, su esposa está embarazada. Tiene una gestación de unas once semanas y media, aproximadamente.

Valen cerró los ojos y suspiró pesadamente, intentando comprender todo lo que la doctora Brown seguía diciéndole. Pero solo podía pensar el dolor que sentía dentro de él. Era tan brutal y eficaz que traspasaba la dura coraza que lo mantenía ajeno a las emociones.

¿De verdad había dejado embarazada a la única persona que quería?

¿Él, Valen Lemacks, un hombre que se jactaba de su poder de dominio y de prevención, había sido tan idiota como para no haberse puesto un puto condón?

Tendría que haber pensado menos con la polla y más en las posibles consecuencias. Debería haber cuidado de su mujer, aún si le juraba con biblia en mano que seguía tomando la píldora.

Y ahora ella estaba embarazada. De su hijo. ¡Que su Dios la ayudara!

Valen apretó la mandíbula y los puños asustados mientras volvía a posar toda su atención en la mujer que iluminaba sus días, y por primera vez pudo oler el miedo como si se tratara de un embriagador perfume.

No solo le aterraba perder a Alejandra, sino convertirse en el mismo monstruo que había sido su padre. Porque él jamás podría querer al verdugo que se la arrebatará, por mucho que este fuera... su hijo.

Tragó el nudo de su garganta, con los recuerdos agolpándose en su mente. En otro tiempo, su padre lo había tachado de asesino porque su madre no había sobrevivido al parto. Sin quererlo, la doctora había abierto una caja de pandora que llevaba demasiados años escondiendo en los confines de la poca alma que le quedaba. El maldito sello se había abierto y ahora era imposible regresar al demonio dentro.

Sintió desolación y como su cuerpo se hundía en la debilidad de quien sabe

que la batalla que tiene que librar es una pérdida de tiempo, esfuerzo y recursos. Él había matado a su madre en el parto, y el monstruo germinado con su semilla podría hacer lo mismo con su Alejandra. ¡El mismo maldito círculo vicioso!

Porque ella, su vida, podía pender de un hilo muy fino.

La sanitaria seguía hablando y hablando, pero él estaba más preocupado en buscar una solución, por muy radical que esta fuera.

—¿Puede prometerme que no correrá ningún riesgo si sigue adelante con la gestación? —preguntó con rudeza, cortando el soliloquio de la doctora. Ella pensó que aquel hombre parecía un gladiador, un guerrero en pleno combate sangriento.

—Seré sincera con usted, señor Lemacks —Se lamió los labios resecos, como si estuviera eligiendo las palabras apropiadas para decir algo terrible.

Lo que él esperaba dado su historial.

—Solo dígalo —rumeó apretando los dientes con fiereza.

Ella asintió.

—Verá, la tasa bruta de mortalidad es alta en estos casos. No solo está en riesgo la vida del bebé, sino también la de la madre; aunque la de esta última suele ser menos frecuente —La doctora quitó su mirada de él para posarla en la mujer que estaba dormida en la cama. La mujer a la que había puesto una soga en el cuello y estaba a punto de empujar al vacío. Su mujer.

Valen la observó.

—Entonces haga lo que crea conveniente. Extirpe si es necesario. Pero la quiero a ella con vida. No me importa lo que tenga que hacer o cuánto tenga que pagar, ella debe vivir. ¿Entiende?

La doctora negó.

—No puedo hacer eso, señor. No sin antes hablarlo con la madre. Ella debe dar el correspondiente consentimiento. Si finalmente está de acuerdo en interrumpir el embarazo, para evitar complicaciones, existen algunas posibles vías. Una de ellas es la terapéutica. Pero también debe saber que si su esposa guarda reposo, no hace esfuerzos y evita el estrés, y situaciones que propicien un aumento en la tensión, su gestación podría normalizarse con el tiempo —La mujer no sonreía, pese a que eran, supuestas buenas noticias.

Valen guardó silencio, porque sabía que si Alejandra le había ocultado ese embarazo tanto tiempo, era porque en su pequeña mente, estaba esperando a que fuera estable o temía su reacción. Chica lista.

—Lo siento mucho, señor Lemacks, es una decisión que deben tomar ambos

cuando su esposa despierte.

Y luego se fue, dejándolo hundido en una maldita y terrorífica realidad.

Eran casi las ocho de la noche cuando Valen recibió la llamada de Mathew Hayes que tanto estaba esperando.

Celia estaba detenida. Al fin.

Se reunió con su abogado en la comisaría para prestar declaración, mientras Gael, y algunos hombres más, se encargaban de la vigilancia de una adormilada Alejandra.

—¿Has hecho lo que te pedí? —preguntó Valen a Mathew cuando abandonaban la sala de interrogatorios.

El aludido echó un disimulado vistazo a ambos lados.

—Tienes cinco minutos.

—Serán más que suficientes

Sobornar a un policía con una importante suma de dinero estaba mal. Pero tocar lo que era suyo, era aún peor.

Cuando llegó a la celda que le habían señalado, clavó la mirada en la mujer que estaba sentada cabizbaja en el catre.

Se aferró a los barrotes.

Su rostro estaba retorcido mientras sus hombros se erizaban con odio. Odio hacia Celia Acosta. Odio consigo mismo.

—Eres afortunada, Celia. Lo único que te separa de la vida y la muerte en estos momentos, son estos barrotes.

La mujer levantó la vista llorosa del piso. El pánico revoloteó en su pecho cuando lo vio parado al otro lado. Buscó desesperada con la mirada a los guardias. No había ninguno.

Él se rio con frialdad y Celia saltó de miedo.

Esa maldita zorra les había causado demasiados problemas. Le había hecho demasiado daño a su pequeña como para que él se olvidara. Alejandra podría tener un corazón noble si quería por los dos, porque él jamás lo poseería.

—Estoy informado de todos y cada uno de los embustes que metiste en la cabeza de mi mujer —La miró directamente a los ojos—. Debo reconocer que me has sorprendido, porque solo alguien muy enfermo se rebanaría el vientre para hacer más creíble su patraña. Y lo de nuestro hijo... —Rió sin humor—. Ah, esa fue la mentira más absurda y deshonrosa de todas, teniendo en cuenta que tú y yo jamás nos hemos acostado.

—No, debes escucharme... yo... —El terror le desgarraba la voz.

Valen, que estaba ansioso por regresar junto a Alejandra en la clínica, soltó

las manos de las barras de hierro y dio un paso atrás.

—La próxima vez no voy a ser tan amable —siseó entre dientes—.
Recuérdalo siempre.

CAPITULO 21

Alejandra miró a través de las altas ventanas de su sala de estudio el otoñal exterior. Estar entre algodones veinticuatro horas diarias podía resultar bastante molesto después de la primera semana, sobre todo por los dolores musculares. El reposo absoluto suponía una medida preventiva muy frecuente en los embarazos con riesgo de aborto espontáneo, o después de haber sufrido, como en su caso, un sangrado vaginal. Pero permanecer en el dormitorio, confinada a una cama y sin poder hacer nada, la llenaba de frustración. Por eso trataba de ocupar las largas horas del día leyendo mucho o supervisando a Anthony Fisher en los jardines mientras Patch hacía de las suyas.

Una somnolienta sonrisa curvó sus labios, y se arropó mejor en el sofá con la manta de lana con la que Bianca la había cubierto, después de almorzar y abandonar por unas horas sureclusión en la recámara de Valen. Descansó la cabeza en la almohada y comenzó a apretar distraídamente en una de sus manos la pelotita para el estrés que Bridget, la enfermera que su obsesivo marido había decidido, por si solo contratar, le sugirió realizar, junto a otros ejercicios, para mantener la sangre circulando. Por suerte, Bridget era una vieja conocida. Había cuidado de ella en esa misma casa ya anteriormente, cuando fue agredida vilmente en un mugriento callejón por...

Meneó la cabeza, soltando unos cuantos mechones de su coleta. Ordenó a su cerebro a no pensar en ese trágico episodio cuando en esos momentos tenía problemas más gordos de los que preocuparse. Como un enojado y taciturno marido que apenas le hablaba.

De acuerdo, Valen tenía verdaderos motivos para estar molesto con ella, y aunque no lo expresara verbalmente, ella sabía perfectamente que debajo de su serena apariencia, o que detrás de cada amoroso cuidado que le dedicaba, bullía a fuego lento el caldo de su ira. Al fin y al cabo, ella solo le había ocultado, deliberadamente, que estaba embarazada.

Dulce virgen María, murmuró, mirando al techo y preguntándose cómo iba a sobrevivir a todo lo que se avecinaba. Esperó una respuesta en silencio, pero no llegó ninguna.

Cambió de posición en el sofá y un fuerte tirón en el abdomen le robó el aliento, dejándola momentáneamente paralizada de dolor. Se acarició la barriga que comenzaba a ser prominente.

— Guau, mi amor, con ese genio, nadie puede atreverse a decir que no eres digno hijo de tu padre.

Cuando el dolor pasó, sintió como si dentro de ella se erigiera un campo lleno de Monarcas y estuvieran batiendo sus alas. Sonrió amorosamente.

—Aver, pequeño revoltoso, sé que me estás escuchando, ymami necesita pedirte un favor. Vamos a tener que cuidarnos mutuamente los próximos cinco meses, así que necesito que no te pongas nervioso. Ya estoy lo suficientemente asustada con todo lo que está pasando. Si eres bueno y ayudas a mamá, te prometo que comeremos algo bien rico cada día.

—¿Qué haces fuera de la cama? —escuchó la voz seria de Valen. Levanto la mirada y lo encontró de pie junto a ella. Tragó saliva. ¿Es qué no sabía hacer ruido al caminar como las personas normales? Alejandra gimió y se pasó las manos por la cara. Por la expresión de su rostro, era evidente que había sido testigo directo de la pequeña charla que acababa de mantener con su futuro hijo o hija. Y no sabía si eso era bueno o malo.

Ella se incorporó hasta sentarse en el sofá, estiró sus brazos detrás de su cabeza y bostezó.

—¿Qué horas es?

—Las seis de la tarde.

—¿En serio? —Ella abrió mucho sus grandes ojos castaños—. Debí quedarme dormida en algún momento de la tarde, supongo.

Alejandra no pudo evitar ponerse nerviosa cuando Valen se acuclilló a su lado y le apartó el pelo de la cara. Era incapaz de ignorar su magnetismo y de controlar su reacción ante tanto atractivo.

Fantaseó con ver algún día el amor reflejado en sus fríos ojos, no esa maldita compasión con la que la miraba últimamente. Desde que conociera la noticia de su futura paternidad, Valen la acechaba como un guardia vigilaría a un reo, que sabe que es inocente, en el corredor de la muerte, y por más que quisiera evitar lo inevitable, sabía que no podría.

Pero estaba equivocado. Y ella se lo demostraría.

—Creo que la doctora Brown fue muy clara en su evaluación —La tomó en brazos y la pura suavidad con la que lo hizo le sorprendió—. Moverte por la casa o estar de pie más de lo meramente imprescindible, como levantar peso, son tres de las cosas que te han prohibido determinantemente. —También le habían prohibido mantener relaciones sexuales, pero para el caso, pensó que Valen le estaba ahorrando a sus mejillas arder por combustión espontánea—. Vamos, te llevaré arriba.

Cuando él comenzó a subir las palaciegas escaleras, ella se estrechó más contra su calor y escondió la cara entre el hueco de su hombro y cuello.

Esperó que no pudiera sentir la velocidad en la que corría su corazón cada vez que lo tenía cerca.

Ensimisma en sus sensaciones, frunció el ceño cuando sintió que la depositaban en la enorme cama con extremada ternura.

Ansiosa de alargar ese momento lo más que pudiera, se negó a zafarse de su cuello mientras él se sentaba a su lado en el borde del colchón.

—De lado.

—¿Qué?

Valen miró su boca. Tenía los labios separados y él se moría por introducir la lengua y devorarla.

Aunque sabía que, si lo hacía, no podría hacerse responsable de las consecuencias.

Le quitó con delicadeza las pequeñas manos de su cuello. Le había supuesto un gran esfuerzo separarse de Alejandra. No quería hacerlo y, a juzgar por la manera en que ella se había agarrado a él, ella tampoco.

—Leí que la mejor postura para estar en una cama de forma prolongada es de lado, aunque tendrás que cambiar constantemente de lado para no sentirte tan cansada.

Alejandra dudó un instante y se retorció las manos. Sabía que no podían seguir postergando cierta conversación. Curioseó nerviosa de un lado a otro de la habitación, buscando las palabras correctas.

—Lo siento —murmuró ella tirando de las sábanas para tapar su cuerpo cubierto por una camiseta holgada y unos pantalones igual de largos—. Ahora sé que me equivoqué al no confiar en ti e irme de tu lado. Celia me confesó que... que... — Sus ojos lentamente abiertos como si sus párpados pesaran—. ¡Dios, como pude ser tan estúpida como para dejarme manipular nuevamente por ella!

Valen soltó un juramento en voz baja y sostuvo sus manos en las suyas.

—No pienses más en eso, yo ya estoy al tanto de todo. Celia al fin pagará por todos y cada uno de sus pecados, y ni tu ni nadie podrá impedirlo. .

—No pienso interferir en tu decisión. Mi hermana necesita cambiar, y no lo hará si todo el mundo a su alrededor sigue encubriéndola en sus fechorías.

—Me complace oírlo, porque Celia pasará los próximos diez años en prisión, y cuando salga, la quiero bien lejos de nuestras vidas.

Ella miró hacia abajo, a sus manos cerradas en las suyas.

—¿Desde cuándo lo sabías?

Alejandra levantó la cabeza y reparó en el semblante tenso de su marido. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. La conversación que tanto ansiaba y temía tener con él, parecía haber llegado.

—Me hice un test de embarazo un día antes de abandonar Tenerife y reencontrarme contigo, y dio positivo.

Una mezcla de impaciencia e irritación hizo a Valen hablar más alto de lo que habría sido su intención.

—¿Y no pensaste nunca que era algo que me hubiera gustado saber? ¿Qué tenía derecho de saber? Me sentí como un idiota cuando supe lo de tu embarazo.

—Val, no espero que lo comprendas... pero yo...

—¿Pero tú qué, Alejandra? —Con la misma ternura con la que la había abrazado, rompió el contacto entre los dos. Ella le dedicó una mirada triste—. ¿Tanto pavor te provocó que no pudiste sincerarte conmigo? Si lo hubieras hecho desde un inicio, todo hubiera sido más sencillo. Pero aún estamos a tiempo —De pronto se sintió más miserable que nunca.

Alejandra parpadeó para alejar las lágrimas que amenazaban con derramarse de sus ojos, y disimuladamente llevó una mano a su vientre.

«Que no fuera lo que estaba pensando. Que no fuera lo que estaba pensando...»

—¿A tiempo... para qué? —Se atrevió a preguntar con el alma en vilo.

Valen la observó por un instante con una expresión genuinamente suplicante. Nunca antes había visto esa mirada en sus ojos, lo que realmente hacía que su corazón doliera.

Tal vez sus sospechas no tenía razón de ser, y él solo estaba tratando de abrirse a ella, de dejarla ver que escondía debajo de su fachada de frío acero. Quizás, cuando hablaba de que aún estaban a tiempo, se refería a algún procedimiento para que el bebé y ella estuvieran completamente a salvo, no para que...

—Esa... esa vida que llevas dentro —siseó entre dientes— te ha puesto en peligro. Aún lo sigue haciendo. Mírate, Ale, finges que todo está bien y que no sufres dolor alguno, cuando la única realidad es que esa criatura te está consumiendo lentamente —Escucharlo referirse a su bebé como si fuera una abominable aberración del mal, estaba resultando tan doloroso como la humillación que sentía—. Y puede matarte... como yo lo hice con mi madre.

Hubo una larga pausa durante la cual los fantasmas del pasado bailaron sobre sus cabezas.

Valen gruñó.

Nunca nadie la apartaría de él.

Como si necesitara sellar su promesa, tomó la cara de una Alejandra súbitamente ausente entre sus manos. La deseaba salvajemente, y de todas las formas posibles, así que la besó; un beso largo, tierno y apasionado que había olvidado que incluso era capaz de dar. En los últimos tiempos, la única vez que la había besado era cuando estaba enterrado hasta las pelotas dentro de ella. Ella había envuelto los brazos alrededor de su cuello y le devolvía el beso. Lo besaba con desesperación, como lo harían dos amantes en una última noche de pasión compartida.

Notó la humedad de las lágrimas deslizarse por el rostro de Alejandra y él la limpió con los pulgares y los labios.

—Escúchame, chiquita, podemos solucionar este problema —dijo implorante contra su oído, su rastrojo de varios días cortando en la mejilla femenina—. Aún no es demasiado tarde, y todo podrá volver a la normalidad entre tú y yo.

Alejandra se escurrió de sus brazos, temblando de rabia, de tristeza, conteniendo el aliento mientras las lágrimas seguían acumulándose en sus ojos.

—Si estás sugiriendo que mate a mi bebé, malgastas saliva y tu tiempo, porque pienso tener este niño estés de acuerdo o no, con tu apoyo o sin él. Y ahora — A continuación rodó en la cama para acostarse de espaldas a él—, si ya has terminado, te ruego que te vayas.

Las palabras de la joven encerraban una promesa de fuerza poderosa y prometían una voluntad de hierro.

«Maldita seas mujer.»

Estaba realmente loca si pensaba que él se cruzaría de brazos si ella escogía la vida de esa «cosa», por encima de la suya propia.

Valen estiró la mano pero se congeló a mitad de camino. La furia estaba reavivada en su interior y temía lastimarla. Se puso de pie, pensando también en cómo le había afectado profundamente descubrirla en la sala de estudio ejerciendo de cariñosa mamá y, por emocionante que hubiera resultado la experiencia, también intuyó que pisaba terreno peligroso. Apretó los puños e intentó eliminar el evidente odio que sentía por sí mismo y dirigirlo todo hacia la criatura que abultaría cada día un poco más el vientre de su mujer.

No lo consiguió.

Aunque se dijo que sería solo cuestión de tiempo.

Pronto detestaría esa vida como su padre lo había detestado a él.

—De acuerdo —dijo al fin, volviéndose para mirarla otra vez antes de salir

por la puerta—. Llamaré a Bridget para que esté al pendiente por si necesitaras algo.

CAPITULO 22

Él no solía evitar los problemas. Iba contra todo lo que había aprendido, y sin embargo, allí estaba, en el club Colosseum, mirando su vaso con fuerte licor como si fuera el más venenoso brebaje.

La atmósfera en el club se hallaba más oscura de lo habitual. Valen se encontraba sentado en una privilegiada zona VIP, cabizbajo, luciendo tan miserable mientras permanecía aferrado a una botella de fuerte licor.

Era pasada la medianoche cuando un emperifollado Angelo Zammicheli se sentó en una de las sillas de su mesa. Valen llevaba las últimas tres horas tratando de calmar sus penas con alcohol, y no estaba de humor para aguantar los comentarios del bastardo.

Los ojos verdes del italiano se encontraron con los suyos.

—¿Cómo se encentra Alejandra?

Valen no soportaba pensar en lo que le había hecho. —Ella... Ella está arruinada.

Angelo frunció el ceño como si él acabara de pronunciar una palabrota. — Está embarazada, Valen, no arruinada.

—¿Y crees realmente qué puede salir algo bueno de un Li Volsi? —¿Acaso Deva no lo es?

El italiano se había quedado muy quieto, contemplándolo con mirada

indescifrable. Si Valen no lo hubiera estado observando con la misma atención, tal vez, no habría reparado en cómo se le tensaba la mandíbula ni en la sombra que tiñó sus ojos del color del jade.

«Mierda, sí, Deva.»

Pero él no quería ser padre. De ninguna de las maneras. Había rehusado serlo hacía muchos años atrás, así que no tenía intención de pasar por ello cuando había encontrado a la única persona que había sido capaz de despertado de su largo letargo.

La había encontrado y quería su justa recompensa. Por muchos años y sólo para él.

—Que solos estáis los dos esta noche, ¿deseáis compañía?

Una hermosa joven llegó hasta su mesa. Su expresión insinuante, su manera de moverse y restregarse contra ellos en cada oportunidad, era como si condujera

por una carretera a las tres de la madrugada y un cartel brillante y enorme le dijera: «Próxima parada: Fóllame.»

Había jodido a zorras como aquella muchas veces, las había tomado en cualquier parte como si fueran putas baratas, usado hasta calmar a sus demonios, y echado a un lado con desprecio una vez acabado. Pero precisamente esa noche no estaba de humor. Frunció el ceño de repente. A decir verdad, después de conocer lo maravillosamente bien que se sentía cuando follaba a Alejandra, estar con otra mujer se le antojaba una tarea aburrida y molesta.

—Si quisiera joder contigo ya lo sabrías, pero me eres tan indiferente como este vaso —Valen apretó los labios, y luego apuró su trago de fuerte whisky. Se sirvió otro a continuación.

La vergüenza y la rabia por su rechazo le acalaron la cara.

Angelo rio entre dientes mientras la evaluaba.

—Ah, hermano, la vida es demasiado corta y es una mierda la mayor parte del tiempo —comentó, empujando a la ramera a su regazo. Ella pegó un grito de sorpresa, parecía encantada—, ¿por qué negarte la única alegría que te ofrece? Las cosas solo ocurren una vez, y por mucho que te esfuerces ya nunca volverás a sentir lo mismo. Aprovecha el momento. Tú única oportunidad.

Valen contempló el líquido ambarino de su vaso. Las palabras de Angelo Zammicheli sonaban paradójicamente irónicas.

«Aprovecha el momento. Tú única oportunidad.»

Él, que siempre había vivido sometido a un sinfín de reglas y responsabilidades, estaba sintiendo el deseo de quebrantarlas y hacer, por primera vez en su vida, lo que le dictase el órgano que creía dormido en su pecho izquierdo. Al sucumbir a Alejandra, se había condenado a un caos de sentimientos que le resultaban completamente insólitos y que temía explorar.

Y eso estaba mal. Tenía que estar mal.

Sí, jamás habría querido ser padre, la simple idea de serlo le aterraba, lo estremecía de los pies a la cabeza. Pero cuando pensaba en un hijo de Alejandra y suyo...

Los jadeos y gemidos de la muchacha lo hicieron levantar la cabeza y mirar hacia el espectáculo pornográfico que estaba teniendo lugar en su mesa. Cabrón exhibicionista. Angelo Zammicheli tenía una mano metida entre la unión de las piernas femeninas y la chica movía las caderas hacia adelante y hacia atrás.

De pronto, Valen se sintió viejo. Y algo más que un poco cansado.

¡Ni una jodida erección!

Se pasó las manos por el rostro, mientras, la barbie rubia, con una sonrisa sensual se levantaba del regazo de Angelo, enganchaba los pulgares en sus bragas y las deslizaba suavemente hacia abajo por sus caderas. Sus pechos, evidentemente operados, parecían dos rocas inamovibles en ese minúsculo pedazo de tela malva llamado vestido. Luego liberó la enorme erección de Angelo de entre sus caros pantalones y la cubrió con un condón antes de posicionarse a horcajadas sobre él. Se empaló lentamente sobre su polla. Tan pronto como lo tuvo dentro, comenzó a montarlo como la buena puta que era. Sin embargo, el italiano, quien permanecía completamente quieto como una estatua sin vida, no pareció mostrar interés alguno por lo que hacían. Ni siquiera su respiración pareció cambiar, y de su boca no brotó ni el más mínimo ruido. La chica, perdida en su estado de alta excitación, quiso besarlo pero él la abofeteó tan fuerte que su cara se giró a un lado, y un pequeño hilo de sangre surgió de la comisura de sus labios.

—Vuelve a intentarlo, puta, y será lo último que hagas esta noche —Le gruñó al oído mientras le tiraba del cabello hasta hacerla gritar de dolor. Después la hizo estrellarse hasta las pelotas de una sola arremetida. Él era grande y sabía que las lágrimas que bañaron las mejillas de la fulana poco tenían que ver con el placer.

Valen esbozó sin calidez, sin humor, una sonrisa torcida. Echó un vistazo a los otros clientes, aunque sabía que nadie intervendría. A fin de cuentas, estaban en el Colosseum, donde todo estaba permitido.

Hastiado del lugar y del ambiente, de repente, Valen respiró hondo. No le había sorprendido la reacción de Angelo. Habían compartido muchas mujeres como para saber que nunca besaba a ninguna de ellas. Ni si quiera la primera y única vez que Giovanna fue follada por ambos y por tres tipos más, sus labios habían rozado los de ella. Luego habían acabado juntos y ella parido a Deva.

Ese pensamiento hizo que volviera a la realidad. A la difícil realidad que tenía en esos momentos.

Alejandra pasaba por un embarazo de riesgo y quería tener a esa maldita cosa que llevaría la sangre Li Volsi.

Bebió de su vaso con rabia, tragando la amargura hacia lo más profundo de su estómago, y echó la silla hacia atrás para ponerse de pie. Tenía tanto alcohol en las venas que si prendían un fósforo cerca ardería en llamas.

Sonrió con cinismo. No tendría tanta suerte.

Soltó un montón de billetes sobre la mesa y se echó la chaqueta sobre un hombro.

—Disfrutad del resto de la noche —dijo, alejándose de la puta que trataba de hacer correrse a un jodido bloque de hielo. «Mujer idiota.»

CAPITULO 23

Valen giró el pomo de la puerta del dormitorio y apretando la mandíbula entró. Esperaba que Alejandra estuviera dormida, como todas las demás noches.

Desde que habían llegado del hospital, ninguno de los dos había dicho nada sobre no pernoctar juntos. Valen asumía que ella no emitía protesta alguna porque sabía que él haría lo quequisiera, pero no estaba seguro de porque no la enviaba a dormir a otro lado. De alguna manera, quería mantenerla cerca para protegerla.

Luego de algunos días, estaba seguro que no sentía enfado por la nueva... condición de su mujer. Y no era el licor que drenaba por sus venas como destilado de veneno, lo que lo hacía pensar así. Pese a todo, Valen no quería que Alejandra sufriera bajo ningún concepto y tampoco que padeciera de algo. Su preocupación radicaba justamente en ello. Y por más que le daba vueltas y vueltas en la cabeza, estaba seguro que al ser hijo suyo, tendría los mismos genes dañados que él. Sería un adicto, un asesino en potencia desde la más tierna edad. Como él.

No quería tener que enterrar a otra mujer importante para él. Su madre había sido suficiente y le había hecho demasiada falta como para desear un mundo sin Alejandra.

Al entrar, se dio cuenta que la luz de la lamparilla estaba encendida, así que asumió que su mujer aún no estaba dormida. Rechinó los dientes mientras se descalzaba y se desabotonaba la camisa.

Se acercó y se preparó para lo que, sin duda, sería una batalla. Pero cuando la observó, Alejandra estaba serena e incómodamente dormida en el sillón.

Tenía la cabeza recostada en uno de los lados, dejando que la piel blanca y tersa de su cuello tentara por tocarla hasta el hombre más santo. Sucabello castaño rojizo servía de almohada. No llevaba sujetador y solo tenía un vestido corto de tirantes color marfil. Sus labios estaban cerrados y deliciosos, como las puntas de sus pezones que apuntaban indiscretamente hacia él, como burlándose del soldado caído.

Entre sus manos yacía un libro. Sacudió la cabeza.

Se había quedado dormida mientras leía algo sobre... Leyó el título del libro:

“La dulce espera, qué esperar y cuándo hacerlo...”

Frunció el ceño. Alejandra estaba leyendo un libro sobre embarazos antes de caer rendida. No sabía si reírse por la ironía tácita o darse de cabezazos contra la pared.

Gruñendo, le arrebató el libro. Inmediatamente, asomó su prominente barriga de embarazada. Con algo más de cuatro meses, estaba redondeada y a través de la ropa se veía su ombligo salido.

Una sonrisa tierna se instaló en su rostro sin que se diera cuenta.

Realmente debía estar borracho.

Gruñendo, se pasó una mano por el rostro.

Levantó en brazos el cuerpo dormido de Alejandra y la cargó. No estaba lo suficientemente tomado para no saber lo que hacía, ni tampoco para perder el conocimiento o el sentido de responsabilidad que conllevaba el cargar a una embarazada. Quisiera o no, Alejandra había decidido tener a ese niño.

Mientras la dejaba sobre la cama pensó en si ella ya sabía qué sexo tendría el bebé.

Telefoneaba a menudo a su ginecóloga para saber que ella estaba bien, segura, pero nunca preguntaba por el bebé ni la acompañaba a las ecografías, y cuando ella le había intentado convencer para que fueran juntos, se había desentendido completamente.

Eso había sido al principio, después de su reiteradas negativas, simplemente había dejado de contar con él.

Le acarició el rostro, pensando que solo la necesitaba ella, y que el resto de personas podían irse al diablo.

Su curiosidad pudo más y levantó el vestido de la mujer solo para observar su inflamada matriz. La misma matriz que estaba cargando y proveyendo de cuanto necesitaba su... hijo. Valen paseó suavemente las yemas de sus dedos por la suave y redondeada superficie.

Todo se sentía tan frágil, tan... irreal.

Un repentino movimiento hizo que quitara la mano.

Tragó con fuerza pensando, buscando en los archivos de su conocimiento, si es que aquello estaba bien o no. Como una máquina procesando información se dio cuenta que no tenía registros de saber algo sobre embarazos o mujeres en ese estado.

Había estado intentando proteger a Alejandra, pero no tenía ni idea de qué era lo que debía pasar en cada etapa, o si, él ya podía sentir los movimientos del bebé.

Iba a cambiar eso.

Colocó de nuevo algunas yemas sobre el abdomen de Alejandra, intentando buscar al feto.

¿Se había movido?

¿Ese era el inusual movimiento que había sentido?

No sabía si era eso, o quizás el movimiento del estómago de su esposa, pero le dibujó una sonrisa en los labios. Había sentido a su hijo.

Se alborotó el cabello y se apresuró a cambiarse y a meterse del otro lado de la cama.

Pero el estupor del nuevo conocimiento no le dejaba tranquilo. Colocó de nuevo la mano sobre la barriga de su mujer y la acarició.

Pasó mucho tiempo allí, simplemente en silencio y a gusto con lo que estaba haciendo.

¿Cuánto alcohol se había engullido esa noche en el Colosseum?

Porque tenía que estar ebrio para estar haciendo lo que hacía, y tener una sonrisa bobalicona en la cara.

No se dio cuenta del momento en el que cayó en la niebla previa al sueño.

Alejandra se quejó en medio de su embeleso, como si estuviera atravesando un sueño que se había convertido en una pesadilla. Valen sintió el corazón de la mujer latir con mayor fuerza.

—Shhh... —murmuró—. Tranquila

Ella respiró y su cuerpo se relajó un poco.

Aun cuando la había tratado como una prostituta de callejón, ella seguía confiando plenamente en él. Podía decir lo que quisiera mientras estaba despierta, pero aquella actitud, aquella pose de relajación no era fingida. No era tan buena actriz. Alejandra había tomado autonomía por sí misma y eso le encantaba.

La mujer se giró y colocó su nariz en el pecho masculino. Aspiró profundamente y él sintió la barriga de su esposa en su duro abdomen.

La contempló, y quitó uno de los mechones de cabello que le tapaban el rostro.

—¿Si te dijera que puedes irte, me abandonarías? —susurró. Su voz fue tan baja que Valen estuvo seguro que solo fue un pensamiento más.

Alejandra hundió el rostro en el calor del cuello de Valen.

—No —susurró ella en medio del estupor del sueño.

Valen no pudo evitar sonreír y colocó una mano sobre su vientre.

«Por favor, no le hagas daño a mamá», rogó. Por primera vez en su vida, una plegaria nació de la desesperación de algo que él no podía cambiar, si es que

el destino era caprichoso y quería llevarlo de la peor manera.

«Realmente no creo en ti, pero ella sí. Asegura que existes, y si lo haces...
Protégelos. A ella, y al bebé.»

CAPITULO 24

Alejandra observó todo lo que había dejado sobre la gran cama. Las compras de esa mañana habían sido interesantes. Le gustaban mucho todas las pequeñas cosas que le habían llevado a casa.

Nunca había creído posible que le produjera tanto placer entrar en una tienda infantil online y ponerse a curiosear y a comprar como loca. Después de estar varias semanas sometida a un reposo riguroso, y de seguir al pie de la letra las recomendaciones médicas, por fin la doctora Brown había visto con buenos ojos que se levantara de la cama unas pocas horas y fuera retomando poco a poco su rutina diaria. Aunque el riesgo de un aborto espontáneo o de un nuevo sangrado vaginal seguía volando sobre su cabeza, como un pájaro de mal agüero, la verdad era que ella se sentía muy optimista.

Su bebé nacería, y ambos estarían maravillosamente bien.

Gael eligió ese momento para entrar el último de los paquetes y preguntarle, por tercera vez en menos de diez minutos, si quería que la ayudara a desembalar las cajas. Alejandra blanqueó los ojos. Davis también había insistido con lo mismo.

¡Hombres!

Se sentía como una pequeña muñeca de porcelana a la que nadie quería que le pasara nada.

Por un lado le agradecía a Valen que, aunque no quisiera al bebé, la estuviera cuidando con esa asfixiante vigilancia, pero por otro, también le preocupaba que él no tuviera a alguno de los dos hombres. Él confiaba en ellos para protegerla y mantenerla con vida y a salvo, pero ¿y él? ¿Quién rayos cuidaría de él?

No quería discutir de nuevo con él como ya lo habían hecho anteriormente, pero debía decirle que con uno de los dos hombres bastaba. ¡Más aún cuando su embarazo seguía impidiéndole salir fuera de la fortaleza Lemacks! Así que no los necesitaba a ambos. Además, sabía que estaría más tranquila si alguno de ellos velaba por su seguridad.

Con esa resolución en la cabeza, se encaminó a la cocina a por un trozo de pastel de chocolate.

Le había prometido a su bebé que si se portaba bien y se ayudaban mutuamente, comerían cada día algo rico. Y no pensaba incumplir la primera

de las promesas que le había hecho.

Valen llegó temprano a casa esa tarde.

Estaba cansado y habían pasado días desde la última vez que había cenado con Alejandra. Quizás ese era el día... si es que no peleaban antes por algún tema en particular.

No sabía el motivo, pero desde que había pensado que él no sabía demasiado del embarazo de su mujer, había casi devorado dos ejemplares sobre embarazos. Para estar seguro que podía reaccionar bien a cualquier eventualidad, o para establecer un patrón de conducta del feto y de la madre. No podía dejarlo todo en las manos de los médicos por muy buenos que estos fueran. Alejandra era su esposa, y le gustara o no, ella había decidido tener al niño.

¿Y si era una niña?

¿Alejandra le diría cuando supiera la respuesta a aquella pregunta o simplemente lo alejaría de todo lo que tuviera que ver con el feto?

Subió las escaleras hacia el dormitorio y cuando entró, se encontró la cama llena de pequeñas cositas de bebé y otras ya ubicadas en una cesta de mimbre que parecía estar decorando.

Cogió entre sus manos un pequeño enterizo blanco con listones azul acero. La prenda era muy bonita, y también muy pequeña.

Y era la de un niño. Otro hombre Lemacks. Otro monstruo genéticamente dañado.

Se le encogió el estómago y simplemente se quedó allí, estático, mientras Alejandra salía del cuarto de baño con una pequeña toalla húmeda que se estaba pasando por el cuello por el calor. Lo observó con mirada interrogativa.

—¿El nasciturus es un niño? —preguntó con el ceño fruncido y la expresión adusta.

Valen frunció el ceño.

Si era un niño, seguramente la mataría y él lo odiaría por eso. Le haría pagar muy caro el dejarlo sin su mujer y sería como su padre. Ya lo veía venir. Todo volvería a comenzar como en un maldito círculo vicioso. Y todo porque él no había tomado precauciones...

—¿Valen, estás oyéndome? —reclamó la mujer y él se dio cuenta que estaba apretando la ropa con sus manos grandes.

—¿Qué dijiste? —preguntó con sequedad.

—Pregunté qué significa esa palabra.

—¿Qué palabra? —indagó sorprendido.

—Nasciturus.

Alejandra le quitó de las manos el delicado material y lo dobló para meterlo en la cajita. —Significa “no nacido.” —¿Latín? —sospechó ella.

Y Valen asintió.

Pero eso no era lo que quería saber.

Relajó la mandíbula que había tenido apretada todo el tiempo.

A Alejandra no le pasó inadvertido el cambio de humor de su marido. Y tras esa explosión de mal humor, se dio cuenta de que Valen jamás querría a su hijo. Por más que ella lo intentara.

—Responde a mi pregunta.

Alejandra se sobresaltó. Y, enfadada, metió el resto de las cosas que faltaban en la caja.

Ya estaba bueno de su irascible carácter. Si lo tenía, era su problema, no el suyo. Así que más le valía el controlarse.

«¿O qué?» Le preguntó el subconsciente.

«¿Qué harás si no se controla? ¿Te irás?» Se burló su consciencia. Porque lo cierto era que no se iría.

Y no lo haría por dos motivos. El primero, porque no podía dejar que Valen hiciera daño a nadie, sea o no de su familia. Y, segundo, porque tampoco quería abandonarlo. No de nuevo.

—Alejandra —La terquedad y dureza de su voz baja hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo y le erizara el vello, avisándole del peligro.

Ella blanqueó los ojos.

—Ida ha dado a luz hace poco, así que estoy preparando algo para enviarle — Ella se enfadó porque su marido parecía que no le daba un respiro con el tema del bebé. Parecía que cada vez que ella intentaba hacer que él no lo viera como un problema o un obstáculo, algo hacía que él volviera a sus cuevas de invierno.

Valen se quedó pensativo por unos minutos.

—Aunque quisiera viajar, no es recomendable en mi estado, así que voy a enviarle un presente —sentenció.

Al no recibir respuesta, ella negó y se apresuró a salir. Otra pseudabatalla no ganada, ni perdida.

Cuando estuvo a punto de llegar a la puerta la voz de Valen la detuvo.

—Deberías descansar.

—Me encuentro perfectamente, Val, y no estoy haciendo nada que la doctora

Brown no haya autorizado. Por otro lado, yo jamás haría algo que pudiera perjudicar a este bebé.

Él metió las manos en los bolsillos de su traje y asintió.

—Lo sé... —Hizo una pausa, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta, y miró a su alrededor antes de preguntar con aire indiferente—: ¿Y aún no sabes qué será?

Antes de que él pudiera volver a referirse a su hijo como si fuera una cosa, ella se apresuró a decir:

—Es una niña. Mi bebé es una pequeña.

Luego sacudiendo la cabeza, Alejandra salió de la habitación con los ojos cristalinos, porque el gran abismo entre ellos parecía cada día más insalvable. Valen parpadeó y sintió como si acabara de salir de una especie de trance. Se sentó a los pies de la cama y se pasó una mano por el rostro.

Era una niña.

Su pequeña hija.

Una parte de Alejandra y otra de él. Una parte dañada y otra tan inocente como ella.

Pero era una pequeña. Una dulce y tierna niñita. Una mujercita que sería tan frágil como su madre.

¿Tendría los ojos almendrados de Alejandra o por el contrario sacaría sus fríos ojos grises?

Sonrió melancólico ante el pensamiento.

Sin darse cuenta, el corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho, casi con desesperación. Era como si todo su cuerpo estuviera ansioso por conocer a esa pequeña. No estaba en alerta como hacía un rato. Más bien, sentía que su cuerpo se relajaba, asumiendo por fin la existencia de un hijo suyo.

Y, sobre todo, con la afirmación que no sería un demonio como todos los Lemacks.

Sería un ángel, un pequeño capullo de rosa como Deva.

Ahora más que nunca sentía que debía protegerla. Cerrando los ojos, se arrepintió de todas las veces en las que había tratado a la pequeña como una cosa. Era su hija. Y por primera vez, se sentía fascinado con la idea.

Valen miraba por la ventana tintada del coche de gama alta conducido por Frederic, como se perdía la ciudad y se abría paso el paraje de abundantes y exuberantes florestas que llevaba a la mansión Lemacks.

Tuvo que respirar profundamente para tratar de calmar una oleada de emoción. Seguir diciéndose así mismo que no quería saber nada de su hija, dolía de una

manera que nunca antes había experimentado. Como un dolorreal. Un dolor físico.

Sólo unos pocos meses más y todo acabaría...

«Bien. Así que relájate, imbécil paranoico.»

Pero Valen no podía relajarse. Él no era lo suficientemente fuerte como para seguir adelante con optimismo, sin atormentarse cada instante pensando en el infeliz desenlace.

Porque habría un infeliz desenlace, de eso no le cabía la menor duda.

Entonces él terminaría por convertirse, definitivamente, en un maniaco hijo de puta como su padre. Pelear contra la neurosis de ser un bastardo como lo fue Marzio Li Volsi lo ayudaba a mantenerse a raya. Solo de momento. Porque desde que conociera la fatídica noticia del embarazo de Alejandra, había estado en un constante e insoportable dolor.

Valen tomó una respiración profunda, abrumado.

Empezaba a estar cansado de aquel maldito dolor. Comenzaba a estar harto de la maldita incertidumbre que lo paralizaba de miedo cada vez que miraba el vientre hinchado de seis meses de su mujer. La vida era condenadamente mucho más fácil cuando no se sentía nada.

Valen tragó, preguntándose cómo podía empezar a sentir tanto por alguien y querer deshacerse de él al mismo tiempo. Entonces reparó en la bolsa que tenía en el asiento y sacó el contenido. Lo acarició con los dedos. Una ropita en forma de felino de color rosa y blanco.

Una pequeña y tonta sonrisa tiró de sus labios cuando jugó con las orejas de la capucha y se imaginó a la bebé disfrazada con ese pelele.

Su bebé.

Su hija.

Las palabras sabían extrañas en su boca.

Menuda ironía, pensó, que él, que no quería ser padre y que había tratado de convencer a Alejandra, por todos los medios, para que abortara, se hubiese visto impulsado a entrar en una boutique infantil.

Él entornó los párpados, sabiendo súbitamente lo que le estaba pasando. Fue consciente de ello, pero no quería pensar en eso ni tratar de ponerle un nombre.

Apretó los labios y metió de mala gana la prenda de nuevo dentro de la bolsa. Lo devolvería a la boutique mañana mismo. Se había sentido momentáneamente afectado, pero había recuperado el control y juró no volver a perderlo.

Con la tensión impregnando sus músculos, se ajustó la chaqueta y miró el exterior. Estaba oscureciendo, y una leve lluvia había empezado mientras Frederic ralentizaba la marcha a medida que el acceso privatizado a la mansión hacía su aparición a lo lejos. Entonces cuatro todoterrenos negros, dos en la retaguardia y dos de frente, empezaron acercarse a una velocidad imprudente dadas las condiciones del terreno. De repente se oyó una fuerte explosión y el coche derrapó sin control a un lado, saliéndose de la carretera y dando varias vueltas hasta terminar empotrado contra un enorme tronco.

De pronto un terrible silencio llenó la cabina unos instantes.

—¡Mierda! —gritó Davis—. ¿Se encuentra bien, señor?

A Valen le ardían los pulmones y apenas podía respirar. El olor a quemado se entremezclaba con el olor de la sangre. Tosió y empujó el airbag y el cinturón de seguridad lejos de él. Trató de orientarse, pero tenía los ojos llorosos y la vista desenfocada por el humo. Parpadeó y se arrastró como roedor atrapado en una trampa por el vehículo. Sentía adolorido cada miembro de su cuerpo, y se sentía lo suficientemente golpeado como para hallarse noqueado, pero la adrenalina, el instinto de supervivencia que le gritaba que tenía un jodido gran problema, posiblemente obraban el milagro de mantenerlo despierto.

—Estoy bien. ¿Cómo está Frederic? —preguntó con dificultad, limpiándose la cara con el dorso de la mano.

—Con vida, aunque no sé por cuánto tiempo más —respondió con voz áspera Davis luego de comprobar las palpitaciones en su cuello y ver como se movía y gemía—. Su pulso es muy débil.

En ese instante que Davis intentaba comunicarse con Gael, balas empezaron abollar el vehículo blindado y ambos se agacharon con un rosario de maldiciones. Davis jaló a Fedredic para resguardarlo del tiroteo.

—Maldita sea, siguen ahí afuera —masculló Valen entre dientes, sacando una pistola de debajo de los asientos y poniendo el cargador.

Nadie iba a separarlo de Alejandra. Ningún cabrón hijo de perra haría que no volviera nunca más junto a su mujer... o que conociera a su hija. —Quédese aquí mientras llegan los refuerzos —le sugirió Davis, verificando el tambor una vez más de sus dos armas de fuego.

Valen gruñó como un animal.

—No hay razón para darles un blanco más fácil de lo que ya somos, ¿no crees? ¿Un atentado?

¿Davis y Frederic gravemente heridos, debatiéndose entre la vida y la muerte en un frío hospital?

Y Valen... ¿desaparecido?

Algo se fisuró en lo más profundo de Alejandra. El miedo, la angustia y el dolor que sentía en esos momentos, hacían que su alma se doblara dentro de ella como una pieza frágil de origami.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y se deslizaron por sus mejillas. Cerró los párpados con fuerza y trató de convencerse así misma de que tenía la fortaleza suficiente para sobrellevar aquella espantosa tragedia. Debía pensar en su bebé. Se llevó una mano al vientre y se sentó en uno de los sofás del gran salón de la mansión. Era difícil apelar a la entereza cuando se sentía vulnerable, y lo único que quería hacer en esos momentos era enroscarse en una cama y echarse a morir.

—Siento tener que hacerle la siguiente pregunta, señora —Uno de los varios agentes que se habían personalizado en la mansión se aproximó a ella. Tanto su indumentaria como su tono, resultaban exasperantemente profesionales—, pero no podemos descartar ninguna posible vía de investigación. ¿Tenía problemas con su marido?

«¿Qué si tenía algún problema con su marido?»

¡Oh, sí, señor agente! Estaba enamorada de él, de un hombre que necesitaba amor como un sediento necesitaría agua en el desierto. Valen se estaba secando por dentro. Y sí, la había herido muchas veces. Pero también había hecho algunas cosas maravillosas por ella.

Ella se borró de un manotazo cualquier rastro de humedad de la cara.

—Nada que no se pudiera solucionar —La respuesta correcta habría sido: «Nada que él no pudiera manipular siempre a su antojo», pero ella prefirió ahorrársela.

El hombre de mediana edad asintió ceñudo y sacó una pequeña libreta para anotar.

—Entiendo. ¿Y existe alguna posibilidad de que el señor Lemacks quisiera abandonar el país, por propia voluntad?

—¿Qué? —Se hizo un silencio entre ellos. El brillo de los ojos de Alejandra cambió. Se tornó feroz—. ¿Adónde quiere ir a parar? ¡Qué está tratando de insinuar!

—Ya es suficiente, agente —Angelo Zammicheli entraba en esos precisos instantes por la puerta, franqueado por Gael. Ambos eran como dos grandes titanes musculosos enfundados en caros trajes oscuros—. Por si no se ha dado cuenta, la señora Lemacks está en un avanzado estado de gestación, y cualquier alteración podría provocarle un parto prematuro.

Las voces de los hombres discutiendo, y las idas y venidas de la gente entrando y saliendo del gran salón se plegaban en conjunto, por lo que Alejandra se sintió mareada.

—Tómese esta valeriana, señora. Está muy agitada —Bianca le acercó una infusión y ella negó con la cabeza. Tenía el estómago cerrado.

—Señora —Otro agente, en este caso una mujer pelirroja y joven se acercó a ella—. Lamento mucho por lo que está pasando, pero sólo quería entregarle esto.

Algo descansó de pronto en sus manos.

Algo suave y abrigado.

Una ropa para bebé.

El tiempo se fracturó y difundió su niebla blanca a través de su sangre, robándole la cordura, matándole la mente. De repente las palabras colgaron de su boca. ¿Valen le había comprado algo a su hija? No tenía ningún sentido. Él no quería ser padre, no quería a su hija, ¿o quizás, sí?

—Estaba en el interior del vehículo de su marido. Supuse que querría tenerlo.

Un sollozo escapó de la garganta de Alejandra.

¿Por qué se empeñaban en torturarla?

Súbitamente sintió una punzada de dolor en el vientre. ¡Su pequeña! Se dobló ligeramente, y procurando respirar hondo, posó un mano en su redondeada barriga mientras la otra estrujaba la ropita de la niña. ¡No quería soltarla!

—Señora, permítame que le inyecte un relajante. —Bridget, su enfermera personal, se había sentado a su lado en el sillón y la agarraba del brazo con suavidad—. No se encuentra bien y puede perjudicar a la niña. Piense en ella también.

Pero Alejandra no escuchaba. Su mente se desmembraba para encontrar cualquier pensamiento racional. Pero no podía pensar con claridad. Dudaba que alguna vez volviera a estar cuerda.

¿Se estaba dando tan fácilmente por vencida?

«Levántate, chiquita. Sé que puedes hacerlo. Confía en mí.»

Alejandra sorbió por la nariz, tratando de comprender. ¿Era su mente la que le decía que no fuera tan débil? ¿Podría Valen realmente todavía cuidar de ella después de todo? Se revolvió en el asiento para ponerse de pie.

Necesitaba algo. Necesitaba abrir una ventana para poder respirar. Fue al otro lado de la habitación y lo hizo, ante la mirada atónita de todos los allí presentes. La brisa nocturna traía el refrescante aroma de las flores y plantas del jardín que Anthony y ella cuidaban, pero no consiguió aliviar la opresión

que sentía en el pecho.

Tenía unas enormes ganas de llorar, pero no podía.

Sólo las viudas lloraban cuando despedían a un amado esposo. Y el suyo seguía con vida en alguna maldita parte de ahí fuera.

Un escalofrío terrible la barrió de los pies a la cabeza. Su mandíbula se bloqueó mientras luchaba contra los temblores. Estaba perdiendo las fuerzas, y la intensa agonía que se extendía en su corazón, ahora también lo hacía en lo más profundo de sus entrañas. No quería dañar a su bebé, pero en esos momentos sentía que el mundo que ella conocía se estaba cayendo a pedazos ante sus narices y ella solo podía sentarse y observar

Se maldijo así misma cuando una lágrima resbaló de pronto por su mejilla.

Y ya no pudo parar.

¡Estúpida y debilucha mujer! Ahora no solo pensarían que estaba perdiendo el juicio, sino, que además, era una llorona.

Entre pequeñas convulsiones se aferró al primer mueble que tuvo a mano.

—¡Jesucristo, señora!

Varias personas corrieron a sostenerla pero ella los apartó como una fiera malherida.

—¡No! —exclamó con voz ahogada—. ¡No quiero palabras de consuelo, sólo quiero encontrar a mí marido!

—Alejandra, escúchame... —La joven enterró la cara en sus manos, pero Angelo se adelantó y le quitó los dedos para lo mirase a los ojos—. Lo traeré de vuelta a casa. Te lo juro.

Con el rostro deformado por el intenso dolor y los ojos completamente cerrados, mientras se aferraba con desolación a la ropita de su hija, comenzó a llorar. Angelo la abrazó, y ella apretó el rostro contra su pecho varonil.

Una fuerte contracción la dejó paralizada. Respiró y aspiró, y calculó rápida y mentalmente los minutos que podían haber transcurrido de la última. Estaba segura de que habían pasado menos de quince minutos. Una capa de sudor frío comenzó a perlarle la piel mientras el intenso dolor persistía.

Pero el dolor lejos de desaparecer parecía irse extendiendo por todos lados. Había comenzado como cólico y ahora sentía como si le apretaran la columna y el área abdominal.

Se separó de Angelo.

No podía estar de parto, aún no. Estaba en su sexto mes...

Pero entonces sintió de pronto como si la apuñalaran por la espalda y le quebraran los huesos. Pegó un alarido y se dobló, gritando. Sangraba, y el

dolor era tan fuerte que pensó que se desmayaría en cualquier momento.

—¡Bridget! —Angelo la tomó en brazos antes de que se desvaneciera—. ¡No os queréis parados, llama a un médico, a una maldita ambulancia! ¡Rápido! —bramó al resto de personas presentes.

—Va-alentina —balbuceó ella con una mano aferrada al vientre antes de perder la consciencia.

CAPITULO 27

—Tienes que despertar y recuperarte, ¿me oyes?

Alejandra dio un cariñoso apretón a la mano de Davis una última vez antes de soltarla y enjugarse las lágrimas.

El inmenso grandulón permanecía acostado en una cama de hospital y parecía solo la sombra del hombre que siempre había sido. Tenía un aspecto macilento y gran parte de su cuerpo vendado. Las balas recibidas lo habían dejado en coma y conectado a todo tipo de monitores.

En la habitación sólo se escuchaba el suave siseo de las máquinas que lo mantenían agarrado a la vida.

¡Jesucristo, que no muera!

Porque la muerte era la destrucción.

El final de un ciclo.

Y Davis tenía que salir de ese lugar sobre sus pies, no en un tétrico ataúd.

Como Frederic.

Afortunadamente, él había logrado vencer la guadaña de la muerte, y aunque apenas recordaba nada del ataque sufrido, los pequeños flashes que le venían de vez en cuando de la fatídica tarde de hacía ya un mes, habían servido para ir uniendo un maldito puzle al que le faltaban aún demasiadas piezas.

La imagen de Valen hizo que el corazón de Alejandra colgara, de pronto, pesado, tirando de ella como un ancla a la deriva en el fondo del mar. Resultaba bastante doloroso levantarse cada mañana sin tener noticias de él.

Sin saber si seguiría con vida o estaría muerto...

¡No, él no podía estar muerto!

Su corazón se hubiera roto en mil pedazos si él se hubiera ido para siempre, y de momento, aunque malherido, seguía latiendo, esperanzado.

Ella no había conseguido que la amara. Nunca.

La amarga bilis quiso trepar por su garganta a causa del dolor que sentía ante esa dura realidad. Pero no por ello lo abandonaría a su suerte. En esos momentos, el que apareciera dependía en gran medida de su empeñamiento por encontrarlo.

Muchos le recordaban que fuera prudente, consecuente con los hechos. Todos salvo Angelo Zammicheli.

Él, al igual que ella, seguía creyendo firmemente que Valen estaba vivo en

alguna parte.

Con su fe inquebrantable, había tenido que soportar palabras de consuelo, las mismas que dirigirían a una viuda. Había tenido que tragar semblantes apesadumbrados y conmovidos por continuar aferrándose a un deseo que, ellos, consideraban a esas alturas era casi imposible.

Pero no le importaba.

No le importaba que pensarán que el dolor la había enloquecido, que era incapaz de asumir y aceptar la pérdida. Mientras no tuviera delante el cuerpo frío e inerte de Valen, ella jamás se rendiría. Jamás detendría su búsqueda. Lo buscaría por el resto de sus días si hiciera falta.

Y lo esperaría.

Alejandra se despidió de Davis, prometiéndole regresar al día siguiente, tal y como venía haciendo en las últimas cuatro semanas a causa del accidente y del nacimiento de su pequeña.

En una habitación contigua, se quitó la bata de hospital y la máscara que llevaba puesta, dejando al descubierto la preciosa camisola blanca y los leggings negros que tenía debajo. —Señora, disculpe...

La voz de Gael a su espalda la hizo reaccionar.

Quedó brevemente aturdida por las luces brillantes y el olor a antiséptico. En la puerta entreabierta estaba su fiel guardián.

Por la expresión de su rostro, era evidente que había sido testigo de las pequeñas lágrimas que se habían quedado entreteljadas en sus pestañas.

—Alejandra —lo corrigió ella.

—Alejandra —concedió el hombre, asintiendo y pasando al interior de la habitación—. ¿Cómo sigue?

La voz de Gael se había convertido en un murmullo entrecortado, y la evidente preocupación por su amigo la estaban conmoviendo.

—Dentro de lo grave de sus lesiones, no ha empeorado, y él médico asegura que es esperanzador.

—Ojalá así sea y despierte pronto del coma —Gael frunció el ceño, y después esbozó una mueca—. Debemos irnos. El señor Hayes debe estar esperando fuera —Al ver cómo se encogía, estremecida, él se acercó, y sus ojos la examinaron, como buscando una respuesta a su súbita reacción—. ¿Todo bien? ¿Se siente mal?

—Tengo miedo Gael —confesó ella con honestidad—. Yo no soy una brillante empresaria, no estoy hecha para sentarme detrás de un escritorio y dar órdenes. Me gusta demasiado estar al aire libre y ensuciarme las manos en el

campo. Si no fuera por Mathew, estaría totalmente perdida. Él es un líder nato... como Val, quien es un erudito en las finanzas, un visionario en los negocios. Yo solamente soy su esposa.

—No se sub... —Esbozó una sonrisa al recordar cuanto odiaba ella que la tratase de manera formal—. Quise decir, que no deberías subestimarte, porque se escuchan maravillas en la empresa. Estoy convencido de que el señor Lemacks estaría muy orgulloso.

Alejandra negó con la cabeza, abatida.

—Estará —Le dijo—. Porque volverá, Gael. De eso no te quepa la menor duda.

Cuando el hombre la miró fijamente, ella comenzó a temblar. La asustaba pensar que él pudiera percibir su dolor y creer, seriamente, que se estaba volviendo loca. Ella miró a otro lado y le pidió que la dejara a solas, que enseguida se reuniría con él en el pasillo, pero primero iría a despedirse de su pequeña.

Quizás estaba perdiendo la razón, porque en algún rincón de su mente ella podía verlo.

A Valen.

Él siempre estaba ahí, observándola.

Algunas veces con su mirada de metal, dura e implacable, le ordenaba que se levantara si sentía caerse, le gruñía que fuera fuerte, valiente...

En otras, en cambio, le sonreía de forma cínica, autocomplaciente, se burlaba de ella, recordándole lo mucho que lo amaba y le echaba de menos.

«Me perteneces, Alejandra. Eres sólo mía. No te buscaba y apareciste un día en mi vida. Dulce e impertinente. Te busqué una segunda vez, y te encontré y te hice mía. ¿Qué te hace pensar, pequeña bruja descarada, que podrás deshacerte de mí para siempre? Aunque sea de las mismas entrañas del infierno, regresaré por ti y te llevaré conmigo. Ningún sitio puede ser más horrible que aquel en el que no permanezcamos juntos.»

La voz de Valen no era más que un susurro que la emocionaba, llevándose por delante las telarañas de los rincones más oscuros de su alma y evocando recuerdos casi demasiado intensos para saborearlos. Ella tragó. Lo miró con las lágrimas quemando en sus ojos, y Valen le devolvió la mirada. Porque él siempre estaba ahí, observándola.

Alejandra deslizó los dedos por el cristal que separaba el cálido y controlado interior del nido con el contaminado exterior. Su pequeña estaba allí, entre todos los niños lograba observar a la pequeña de la tercera fila

dentro de una urna rectangular que resguardaba su vida. Lo cierto era que se moría por tenerla entre sus brazos y las horas que los médicos dejaban que estuviera con ella no le eran suficientes.

Rogaba a Dios que pronto le dieran la alegría de llevarse a su muñeca a casa. A una casa vacía y fría. No. La casa era el reflejo de la ausencia de Valen y no porque su marido fuera el alma de la fiesta, sino porque ahora comprendía lo que él había pasado cuando lo había dejado meses atrás, creyendo en las patrañas y enredos de Celia.

La gente a lo largo del mundo creía firmemente en la existencia del Karma o en el castigo divino. Y ese era el suyo. Su castigo. Su penitencia. La ausencia de Valen le mostraba en carne propia lo que él había tenido que soportar.

Con el corazón inflamado de amor, miró embelesada a su pequeña. Cuando el trabajo de parto se había presentado de repente y Angelo le había dicho que la llegada de Valentina era inminente, ella se había sentido morir y las lágrimas no habían tardado en aparecer. Estaba aterrada. Recordaba la desesperación y lo mucho que le había rogado a Dios que nada malo le pasara a su pequeña. Porque en ese momento estuvo segura que no tendría la fuerza necesaria para levantarse de nuevo cada día si la perdía.

Ella había sido más que un milagro.

Desde su concepción ella había sido el motivo por el que se levantara cada mañana y peleara todas las batallas. Pero aun todas las sondas a las que estaba conectada la pequeña Tinny podían decir que estaba débil, el médico le había asegurado que era una niña valiente y con muchas ganas de vivir.

Sus pulmones habían comenzado a expandirse poco a poco, su temperatura corporal, aunque aún no era del todo favorable, parecía estable. Los pronósticos, al parecer y según los doctores, eran buenos.

Alejandra presionó más la mano contra el cristal. Se sentía como un pez fuera del agua, allí, parada, contemplando a su bebé desde esa odiosa barrera.

¡Ella era su madre, maldita sea! Y la amaba.

Solo tenía veintiséis semanas de gestación, era una bebé “prematuro extremo”, pero era una guerrera. Su pequeña campeona había nacido con un peso inferior a los 1.000 gramos y midiendo tan solo treinta y siete centímetros.

Ahora que su niña tenía que pasar un tiempo en el hospital, ella se sentía sola. Se había acostumbrado a su silenciosa compañía y aún ahora, se encontraba conversando con su hija. Luego recordaba que ella no podía escucharla.

Pero pronto lo haría.

Anhelaba el momento en el que la tendría entre sus brazos, sin horarios y sin visitas restringidas. Soñaba con llevársela a casa y con el momento en el que ambas se reunieran con Valen.

Suspiró pesadamente con el pensamiento, y murmuró a Valentina: —Ponte bien, cariño, te necesito conmigo.

CAPITULO 28

Valen pasó la nariz por el cuello de Alejandra, en dirección a su oído. Su respiración sonaba entrecortada.

—Creo que necesitabas esto. Creo que necesito recordarte con mayor frecuencia lo bien que se puede sentir mi polla dentro de ti. —Ella se estremeció cuando le mordisqueó el lóbulo y añadió—: Voy a follarte de nuevo, Alejandra. Y lo voy a seguir haciendo hasta que me escueza la polla de tanto hacerlo.

Entonces la sentó sobre la primera superficie plana que encontró en la mansión. Todo estaba en penumbra y los empleados debían de estar durmiendo ya a esas horas de la noche. Le subió el vestido hasta las caderas y le arrancó las braguitas con una ferocidad que la hizo temblar. Sabía que el champagne estaba haciendo serios estragos en su esposa, pero maldito fuera si no se aprovecharía. Comenzó a acariciarla con sus dedos, y ella no pudo evitar gemir su nombre mientras agarraba con fuerza las solapas de su traje. Lo deseaba. Valen sonrió como el canalla que era. Y se derretía en sus brazos. Siempre lo hacía.

No apartó sus ojos de los de ella mientras metía la mano entre los dos y se bajaba la cremallera de los pantalones. No dejó de observarla mientras se hundía con fuerza dentro de ella. La joven echó la cabeza hacia atrás y jadeó de dolor. Entonces él, sin darle tregua, le agarró las nalgas con las manos y empezó a moverse en su interior al ritmo que le gustaba. Su aliento salió en un silbido y la tensión en sus músculos aumentó. Se sentía malditamente estrecha alrededor de su miembro.

—¿Cuánto me odias ahora mismo, chiquita? —preguntó él, con una voz maliciosa susurrada—. ¿Me odias lo suficiente como para querer que me detenga?

Dejó de moverse, y Alejandra se presionó contra él, implorando.

—Val...

Él rió entre dientes, y empezó a entrar de nuevo en ella. Pero se detuvo a mitad de camino.

—¿No te escucho, cariño?— insistió contra su boca, dándole la oportunidad de deslizar su lengua—. ¿Quieres que pare?

—Oh, Dios, sabes que no, maldito engreído —Ella le lamió y mordió el labio

inferior mientras trataba de guiar su dura verga de nuevo dentro de ella—. ¡Y te odio por eso!

Él le apartó la mano.

—Ah, pequeña, creo que por esta vez podré sobrevivir a ese odio tuyo. ¿Podemos ir a dormir?

Ella cerró por un instante los ojos. Cuando los abrió se bajó de la superficie, frustrada, y le golpeó graciosamente en el pecho.

—¡Despierta!

Los golpes se volvieron más violentos, y la achispada Alejandra que recordaba de esa noche, se transformó de pronto en un hombre de unos ochenta años de edad, calvo y de constitución gruesa.

Valen le sostuvo la mirada al bastardo con fría determinación. Ojos gélidos e indiferentes. No había miedo en ellos, ni ninguna preocupación por su propia vida.

—Veo que al fin estás de nuevo conmigo. ¿Continuamos? —preguntó haciendo silbar en el aire una fusta.

Cuando el látigo retomó la tarea de lamer su piel maltratada, no hubo reacción alguna. Valen siguió con la mirada perdida, clavada en algún punto muerto frente a él, como si allí estuviera la única cosa en el mundo que tenía la capacidad de aislarlo del dolor.

«Alejandra.»

Lo que ninguno de los cabrones que lo torturaban cada día sabían, era que nunca lo harían sentirse en el infierno mientras ella siguiera morando en su corazón.

Horas después, los tobillos y muñecas de Valen seguían estando sujetos por pesadas cadenas que se enganchaban a la pared. La sangre seca se entremezclaba con la fresca por un cuerpo extremadamente malherido y roto. Los mechones roñosos de su pelo le caían por la frente y su prolífica barba había conocido días mejores.

Las golpizas reiteradas constituían el método de tortura más utilizado en los cautiverios y, en general, el primero que se aplicaba a cualquier víctima.

A Valen lo llevaban golpeando desde hacía semanas, desde el primer instante en el que recobró la consciencia en su nuevo hogar. Le azotaban todo el cuerpo, de manera prolongada e insistente, a veces hasta que perdía tanta sangre que se desmayaba. En algunas ocasiones llegó a sufrir colapsos por la brutalidad de los castigos y torturas. Pero entonces volvían a traerlo a la vida, a resucitarlo en ese maldito purgatorio. Y volvían a repetir la operación. En el

mejor de los días, sólo le aplicaban descargas eléctricas, además de negarle alimentos. En otros, le inyectaban alguna especie de droga experimental que lo hacía reacondicionarse. Su mente se estaba esclavizando a los productos químicos.

Valen alzó los pesados párpados para mirar los enormes roedores que pasaban correteando en medio de la oscuridad.

Aquella prisión privada debía estar perdida de la mano de Dios, en uno de los grandes pulmones de... Italia.

Sí, el mismo país en el que nació y padecido los peores años de su vida, debía ser el lugar en donde encontraría la muerte.

Los malditos debían tener alguna patética vena romántica, después de todo.

Valen pensó que hubiera sonreído con ganas si no fuera porque sentía que si lo hacía vomitaría los intestinos.

La puerta de la pocilga en la que mantenían prisionero se había abierto, de repente, dejándolo momentáneamente cegado cuando el resplandor del día hirió sus ojos demasiados sensibles. Cuando se cerró, la pelada bombilla del techo se encendió.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Poco a poco abrió los ojos y alzó la vista a esta nueva visión. Valen gruñó y dejó salir al genio psicótico y furioso cuando reconoció al individuo que lo visitaba.

«Damiano.»

Su hermano menor, a diferencia de él; cubierto solamente por un pantalón hecho jirones, estaba envuelto en ropas caras. Lo examinó con pura satisfacción. Por dondequiera que lo miraran, Valen tenía feos hematomas y laceraciones, y sus ojos estaban tan rojos e hinchados por la última de las palizas que apenas podía abrirlos.

—Aún sigues resistiéndote a tu destino —comentó mientras colgaba la llave de la cerradura a no muchos metros de distancia de él. Un maldito juego psicológico. Contemplar la única oportunidad de escapar, sabiendo que por más que se estirara en sus cadenas, ni si quiera lograría rozarla con los dedos —. ¿Tienes miedo?

—¿De ti? —cuestionó sonriendo con frialdad—. Te tienes una autoestima muy elevada, a parte de un gran narcisismo, un egocentrismo descomunal y una sensación omnipresente de que todo te es permitido.

Damiano le propinó un puñetazo en la mandíbula.

—Tantos años y continuas pegando como una nenaza —dijo Valen, escupiendo

la sangre de su boca.

—Quizás tu puta no opine lo mismo cuando le ponga las manos encima.

Imágenes horrorosas llenaron su mente: imágenes de Alejandra siendo golpeada, violada y vendida. Arruinada y rota.

Él no podía dejar que eso sucediera.

—¿Y crees que me importa lo más mínimo lo que le suceda a esa zorrita? —
Le susurró, haciendo una mueca por el dolor en sus pulmones.

La expresión de Damiano era de franca desconfianza; pero lo cierto era que Valen se hubiera sorprendido si hubiera reaccionado de otra manera.

—Te casaste con ella, ¿no? Y tus hombres la custodian como si fuera algo sumamente valioso, sagrado. ¿Por qué la protegerían con tanto recelo si no fuera importante para ti?

—Y también soy un hombre de negocios que debe cuidar su imagen y guardar las apariencias. Y ella era una muy buena opción. No tiene escándalos, ni oscuros secretos. Tampoco ex amantes cabreados dispuestos a vender una escabrosa noticia a los tabloides más sensacionalistas —Por un momento sin fin sólo lo miró hasta que su boca se elevó de forma maliciosa y murmuró—: ¿Sabías qué era virgen cuando me la follé... después de su supuesta aventura contigo? Siempre fuiste muy malo escogiéndome a tus socios.

—¡Cierra esa jodida boca! —masculló enfebrecido y humillado Damiano, asestándole otro duro golpe. Mientras Valen tosía y escupía más sangre, él comenzó a pasear de un lado a otro, tocándose el cabello como un demente—. Maldita Celia y su imprudencia. Maldito nuestro padre por no matarte en una de sus golpizas. ¡Debió acabar con tu pequeña y detestable presencia cuando llevaste al suicidio a su mujer! ¡A mi madre!

La voz de Valen se separó, asesina, fría, precisa:

—Tu madre era una puta caliente. Una pederasta que se metió en mi cama cuando apenas era un niño. ¿Qué quieres escuchar? ¿Sí me la follé? —Sus ojos dispararon dardos de veneno mientras intentaba detener el martilleo de su corazón contra las costillas rotas—. No, no me la follé. ¡Ella me folló a mí!

La amargura y la ira se reflejaban en la expresión de Damiano y teñía su voz cuando explotó:

—¡No, tú la embaucaste, la asesinaste! ¡Tú hiciste que se atiborrara con todas aquellas pastillas y se ahogara en la bañera!

—Estaba muerta desde el momento que se metió debajo de misábanas —El tono de Valen resultó gélido. Aunque nunca lo habían comentado en voz alta, ambos

sabían que Marzio Li Volsi había estado detrás de aquel supuesto suicido.

—Tú la mataste como a todas las mujeres que te rodean —Dijo escupiendo a Valen de la cólera

—Oh, el pequeño Damiano llora la muerte de su madre golfa cuando fue él quien le dijo a Marzio con la intención que el muerto fuera otro. Buu... ¿Porque no coges tu inservible vida y te lanzas por un precipicio?

—He trabajado duro todos estos años para alcanzar la maestría en la Orden y ni tú ni nadie me lo impedirán. Contigo eliminado...Lo dulce que se sentirá ver tu corazón detenerse o explotar. Lo primero que ocurra. Será una sinfonía.

—Sabes que eso no es cierto, que no eres el siguiente en la línea de sucesión — sonrió y lo miró con sarcasmo. Al menos intentó hacerlo, dado que los golpes lo tenían desfigurado por la hinchazón de los músculos molidos.

Valen pudo ver el nudo en su garganta mientras tragaba lo que parecía ser puro odio al pensar en el significado de sus palabras.

—¿Un bastardo ilegítimo? ¿Un traficante de mierda venido a más? Eso nunca ocurrirá.

—Ese bastardo ilegítimo como le llamas, tiene más cerebro que tú, Damiano. No le subestimes, porque es tan capaz como cualquiera de nosotros de retorcerte el cuello. Porque no eres más que una mierda insignificante, una mala hierba que hay que erradicar —Los ojos de Valen parecían negros del odio contenido—. Porque cuando salga, no habrá lugar en el mundo en el que una maldita rata como tú se pueda esconder.

Colérico, porque la reunión no estaba saliendo según lo que él había pactado, Damiano levantó el rostro de Valen y le dio de golpes. Valen simplemente se reía con aquella risa irónica y en el cerebro de Damiano solo repetía la palabra «nenaza». Una vez cansado, el rostro de Valen estaba al rojo vivo, sangrante visiblemente afectado. Sonrió, encantado con su nueva afición al arte. Se acercó a su oído y le susurró.

—Hermanito, Hermanito...le daré caza a todo aquello que ames, y el dolor que has sentido entre estas cuatro mugrientas paredes, no será nada en comparación con lo que ellos padecerán.

CAPITULO 29

Los pensamientos de Alejandra se inmiscuyeron mientras el vehículo recorría el último tramo del trayecto. Su tiempo era muy limitado; esa noche, con suerte, volvería a ver de nuevo a Valen, y entonces podrían marcharse de Italia, como almas que lleva el diablo, y regresar a Inglaterra, junto a su pequeña de mes y medio. Suspiró con nostalgia. No hacía ni veinticuatro horas que la había dejado en los brazos amorosos de Bianca, mientras se despedía de ellas y les prometía que volvería con Valen, y ya la echaba terriblemente de menos.

— Lo que estás haciendo es sumamente peligroso —dijo Gael conduciendo a su lado. Abrió la guantera del coche y sacó lo que parecía una trabametálica. Extendió la mano—. Hazte un recogido en el pelo y sujétalo con esto. Alejandra examinó el objeto confusa. —Es posible que nos registren al llegar —explicó él.

Entonces presionó la diminuta perla que había en el diseño del ave y de repente apareció ante ella una pequeña y larga hoja que podía servir como arma—. Con suerte, solo verán una bonita horquilla en tu cabello. Nunca dudes en usarla si las cosas se ponen feas, ¿entendido? Ella asintió y empezó a recogerse el pelo.

—Entendido.

Transcurrieron algunos minutos más y ninguno habló. La ruta, a esa última hora de la tarde, comenzaba a dibujarse siniestro a las afueras de Roma. El juego de las medias luces del crepúsculo, las sombras desfiguradas que recreaban los árboles y la maleza a ambos lados de la carretera, y que no hubieran visto desde hacía varios kilómetros ninguna edificación, comenzaba a ponerla nerviosa.

Tal vez, con el trajín de la operación bancaria y los consejos e instrucciones de Gael y todo su equipo de seguridad, mientras volaba esa mañana a Italia, no le habían dado tiempo para ponerse negativa y pensar, que estaba a punto de llamar a la puerta del diablo. Había desoído las advertencias y cogido un avión, confiando ciegamente en lo que una extraña le había revelado. Pero la desesperación hacía tomar a las personas los caminos más irracionales, pensó. Retorciéndose las manos, la joven ladeó la cabeza y miró a su guardaespaldas.

Parecía concentrado solamente en la conducción, pero ella sabía que estaría

a alerta a cada movimiento que registraran sus retinas.

Aquel hombre era como un halcón.

—Gael...

—¿Sí?

—¿Crees que fue sincera?

Él apretó la mandíbula.

—Eso lo comprobaremos en un rato. Pero en lo que a mí respecta, ella solo fue un mero mensajero. Su misión consistía en hacerte llegar sus condiciones, nada más.

Alejandra se estremeció al pensar en los duros métodos que Gael habría empleado con la mujer para llegar a esa conclusión. Algo le decía que su naturaleza calmada no era más que pura escenografía. Algo más, y que Valen nunca confiaría la columna vertebral de su seguridad a alguien que no fuera tan implacable como él.

Se removió un poco en el asiento del copiloto, mientras su mente volaba al enigmático encuentro que había tenido en los servicios de un restaurante de Londres, dos días atrás.

—Ya vengo, Gael —Alejandra sonrió al ver la pregunta en los ojos del hombre que se había convertido en su sombra—. Solo voy al tocador.

Gael asintió, pero ella pudo leer en su semblante que no le parecía una buena idea de que fuera sola a ningún lugar.

—Bueno, siempre puedes esperar en la puerta si con eso te quedas más tranquilo —dijo sabiendo que Gael la mantendría viva bajo cualquier circunstancia.

No se enfrentaría a la ira de Valen en ese aspecto. Cuando volviera. Porque lo haría.

—Cinco minutos. Si no sales en cinco minutos, entraré por ti.

Alejandra rodó los ojos y entró en el aseo femenino. Cuando salió del cubículo, se acercó al lavamanos. Negó soltando un suspiro. Valen no había estado allí cuando Valentinahabía llegado de una forma apresurada. La preocupación la había hecho inducir el parto antes de la cesaría programada y habían zonas de su cuerpo que aún le dolían, sin contar con la sensación de que todos sus intestinos y vísceras salieran despedidas de su vientre.

El corte había sido horroroso, aunque lo sufriría todo de nuevo si con eso, tendría a su pequeña. Lo único que la ponía triste era que Valen no pudiera ser partícipe de aquello. Le había costado hacerse a la idea de su paternidad, pero

las cosas parecían haber estado cambiando.

Una lágrima cayó por sus ojos.

La depresión post parto la hacía una maldita llorona aun cuando quería mantenerse íntegra. Aun cuando debía mantenerse íntegra. Tenía que ser optimista y pensar que pronto estaría... ¿Estaría en dónde? ¿En la misma posición de antes como la mujer-amante de Valen? Lanzó agua sobre su rostro para desaparecer los pensamientos.

Las puertas del aseo se abrieron y una mujer rubia y muy alta entró. Alejandra no le dio importancia hasta que escuchó su voz delicada.

—¿Es usted Alejandra Lemacks? —susurró la muchacha y luego lanzó un grito. Alejandra levantó el rostro y vio que Gael le apuntaba con la pistola en la nuca. Ella abrió los ojos con sorpresa.

—Pero... pero qué estás haciendo Gael —tartamudeó.

—¿Por qué quieres saber si ella es Alejandra Lemacks? —inquirió el hombre. La agarró del brazo y comenzó a empujarla más adentro del servicio, mientras pateaba las puertas para abrirlas. Alejandra no podía creer lo que estaba pasando.

—Solo me dijeron que le entregara esto —sollozó la chica asustada—. Juro por lo más sagrado que yo no sé nada, no hice nada... Por favor... La extraña metió la mano en su bolsillo...

—¡Levanta las manos donde yo pueda verlas o te juro que le agrego un agujero a tu rubia cabeza!

Gael gruñía tenso como una cuerda y la chica lloraba y rogaba piedad.

—Tranquilos, tranquilos —dijo Alejandra y se dirigió a la joven—. Levanta las manos, y nada va a pasarte, lo prometo.

La chica hizo lo que ella le pidió y Gael metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre.

—¿Por qué tenías que entregar esto? ¡¿Quién diablos te lo ordenó?! —gruñó.

—Yo no sé nada... un hombre... —balbuceó—. Él solo me dijo que entregara el sobre a la mujer que entró en los servicios, y que me pagaría muy bien por ello... Yo solo.

—Ahora saldremos despacio de aquí, sin llamar la atención —Le advirtió Gael—. Y tú y yo seguiremos con esta agradable conversación en otro lugar. ¿Qué te parece?

Mientras el coche derrapaba en una última y peligrosa curva, Alejandra vio de pronto frente a ella una enorme granja. Se tensó al ver luz en algunas de las ventanas.

—El equipo de seguridad está en estos momentos desplegándose en los alrededores. —Le comentó Gael al oído, al tiempo que la liberaba del cinturón de seguridad y agarraba el maletín con el dinero—. Todo va a salir bien.

Bajaron del vehículo, y unos segundos después, oyeron como la pesada puerta de rejas se abría sin ni siquiera ellos haber llamado al intercomunicador. Sabían que estaban allí. Alejandra respiró hondo y rezó por ella, por Valen y por Gael.

Minutos después, otro hombre se echó a un lado para que Alejandra y Gael entraran a un vestíbulo de suelo de mármol y lleno de valiosas reliquias. La imagen de rústica granja del exterior contrastaba con el aspecto palaciego del interior.

Tenía sentido, caviló ella.

Nadie sospecharía nada.

Nadie sabría que en ese lugar se criaban mentes enfermas y no animales. Con una ubicación tan aislada de la civilización, los servicios de comunicación serían prácticamente inexistentes, y los gritos quedarían silenciados. Nadie sospecharía jamás que esa blanca y encantadora granja escondía tras sus paredes un circo del horror.

La desesperación era la palabra que mejor podía definir lo que estaba a punto de hacer; meterse en un nido de víboras asesinas. A Alejandra se le revolvía el estómago. Con un Gael inseparable a su lado, dio unos pasos al interior. Inmediatamente fueron abordados por dos hombres dispuestos a cachearlos.

—¿Me permitís?

Con un vistazo rápido, Gael los miró de arriba a abajo. Ambos individuos tenían la altura y peso suficiente para aventajarlo, pero los movimientos de sus extremidades eran lentos y pesados. En una lucha cuerpo a cuerpo, Gael estaba razonablemente seguro de que podría ganarles tal vez a los dos. Pero evidentemente esas ratas lo menos que usarían serían los puños cuando debajo de sus ropas blancas escondían una pistola. Con sendas sonrisas repugnantes, comprobaron que ambos estaban limpios y se hicieron a un lado.

—Podéis pasar. El Maestro os está esperando.

No quería parecer demasiado ansiosa cuando cruzaron las puertas francesas y entraron en un gran salón. Pero lo estaba. Un hombre de aproximadamente sesenta años extendió los brazos a ambos lados y les dio una calurosa bienvenida con una estudiada sonrisa.

—Sean bienvenidos.

CAPITULO 30

El alto techo de la casa le hizo sentirse pequeña y enjaulada. Soltó una nerviosa bocanada de aire mientras el hombre se le quedó mirando un largo rato, su rostro plácido y sin emociones. Alejandra se fijó en sus extraños ropajes blancos. Sin duda, debía ocupar algún rango superior en ese lugar.

— Tú debes de ser la señora Lemacks. Tengo entendido que has sido madre recientemente, ¿qué tal te encuentras?

Ella irguió la cabeza. Del fondo de sus ojos castaños emanaba una firme determinación. Aunque permaneció erguida, su cuerpo estaba tenso y estremecido.

—Estaría mucho mejor si nos dejáramos de conversaciones innecesarias y fuéramos directamente al asunto que nos ha citado hoy aquí.

Gael le dio un ligero apretón en el brazo, advirtiéndole que controlara su mal genio. Normalmente, Alejandra no perdía los estribos. La furia de ese momento era consecuencia de su frustración y temor.

El hombre le aguantó la mirada durante un buen rato. Después gritó:

—¡Giacomo!

Alejandra casi boqueó cuando un hermoso infante apareció ante ellos.

—¿Signore?

El niño se humedeció nerviosamente los labios, esperando la orden. Sus ojos dorados y demasiado cansados para su corta edad, chispearon furtivamente. Se le veía asustado y esto le produjo a Alejandra un sentimiento de asco en el fondo de su garganta.

—Traednos unas bebidas —dijo el maestro en italiano—. Mis invitados y yo tenemos mucho de lo que hablar.

Olvidando el consejo de Gael, ella no pudo evitar lanzarle una mirada airada

—Le vuelvo a repetir: no hemos venido hasta aquí para estar de cháchara y de recreo. Vosotros tenéis algo que nosotros queremos, y nosotros traemos algo que vosotros queréis. El negocio es sencillo, ¿no cree?

—Pero permítanme que insista. Estaréis sedientos y cansados, el viaje habrá sido muy largo. —Al ver que ninguno asintió, sonrió exageradamente y accedió con peliculera desilusión—: De acuerdo, no insistiré más. Ahora, creo que tenéis algo para mí.

Gael levantó el maletín que sostenía unos dos segundos y volvió a su posición.

Ella enterró las uñas en la palmas húmedas de sus manos.

Comenzaba a perder la paciencia.

—No, primero quiero ver a mi marido.

Los hombros de hombre se encogieron con tensión. Era evidente que no estaba acostumbrado a que lo retaran, y no le gustaba que empezaran a hacerlo.

—¿Sabe lo que haría yo con usted si su marido fuera maestro de la Orden en este mismo momento por hablarme de esta manera? —El tono tranquilo del hombre encerraba una trampa. Él hervía de rabia—. La haría retorcerse de dolor hasta que suplicara morir y rogara mi benevolencia.

—Y yo pediría a mi marido que...

De pronto, Alejandra escuchó el ruido de vidrios romperse y una seguidilla de disparos a mansalva se desató. El humo comenzó a llegar a sus fosas nasales y comenzaron a arderle los ojos.

—¡Alejandra! —vociferó Gael, mientras se ponía de escudo humano ante el maestre que con una daga en la mano la apuntaba, dispuesto a tomarla de prisionera.

Otro individuo entró rápidamente. Con un cuchillo en las manos extendidas quiso agarrar a la joven, pero se encontró con la punta de un puñal en el cuello.

—¿Problemas? —bromeó el recién llegado. Agarró de la muñeca al hombre y se la retorció hasta que el cabrón soltó el arma. El hombre enrojeció del esfuerzo de intentar liberarse. El agente italo brasileño lo miró con dureza, haciéndole saber que podía romperle el hueso si quería. Luego miró hacia el resto y chasqueó la lengua, negando—. A Midgard no le ha gustado ni un pelo que tus chicos malos y tú, Gael, pretendierais llevaros solitos toda la diversión.

El aludido le echó un vistazo a Romeo, que asestaba una patada en las pelotas de su presa, dejándolo doblado de dolor. Luego se alisó el pelo negro que llevaba atado en una media coleta, por lo que se veía presentable con su ropa oscura.

—¡Saca a Alejandra de aquí y mantenla protegida, maldita sea! —Le bramó Gael—. ¡Yo me ocuparé de estos!

Salieron de la casa y siguieron caminando sigilosamente hacia el granero del exterior. Lo primero que golpeó a Alejandra fue el hedor; el olor del musgo de la madera se mezclaba con el sudor y cosas peores.

—¿Qué hacemos aquí?

—Comprobar algo —habló él en inglés para que lo entendiera. Había sacado

su Glock y resguardaba a la joven en todo momento con su enorme cuerpo de más de uno noventa—. Hay que revisar cada jodido hueco de esta granja, y puesto que te hago de niñera...

—¿Qué te pasa! —Alejandra se encabritó—. ¡Puedes irte por dónde has venido, no te necesito!

—¿Ah, no? —Romeo entrecerró sus ojos turquesa, que contrastaban hermosamente con el bronceado de su piel, y su tono se convirtió en una advertencia—. Pues yo diría que sí que me necesitas. Por si no te has dado cuenta, estamos en medio de una revuelta, y tú, muñeca, pareces caracterizarte por meterte siempre en problemas y por tener unas dotes de negociación pésimas. La joven decidió ignorarlo cuando comenzaron a entrar. Lo primero que vieron sus retinas al climatizarse a la poca luz del lugar, fue a un hombre tirado en el suelo. Tenía la espalda cubierta de sangre, y los tobillos encadenados. El pelo le tapaba la cara, pero ella vio que movía los hombros. ¡Todavía estaba vivo! Ella se arrodilló a su lado y ahogó una exclamación de horror cuando supo de quien se trataba. Los ojos se le encharcaron y el corazón se agrietó doloroso en su pecho.

—Va-al... —balbuceó—, que te han hecho.

Tenía un mechón de pelo sobre los ojos y ella alargó el brazo para apartárselo de la cara magullada e hinchada. Entonces él retrocedió y se puso tieso. Apoyó las palmas de las manos en el cochambroso suelo y prácticamente le enseñó los dientes. Sus ojos grises estaban vacíos, como si no sintiera nada.

—Puto infierno —masculló Romeo sacando su arma—. ¡Apártate de él! ¡En estos momentos es inestable!

—¡Guarda esa maldita pistola! —Le ladró ella, con lágrimas de rabia e impotencia—. ¡Sólo conseguirás alterarlo más de lo que ya está!

El hombre echó la cabeza hacia atrás y alzó las manos hacia arriba.

—Jodidas mujeres, y jodidos sus corazones compasivos.

Pero ella, desoyendo la retahíla de insultos que Romeo seguía prodigando al género femenino, se acercó a su marido. Solo quería que él pudiera verla mejor.

—¿Puedes oírme Val? Soy yo, Alejandra —dijo, con la esperanza de que él la reconociera.

Valen se retiró al extremo más alejado y se agazapó en el suelo. Esa mujer...

Ese ángel de grandes ojos debía ser una trampa. Un juego cruel.

Con cada hora que pasaba a oscuras, perdía la noción de los días y las noches. Perdía, incluso, los últimos y frágiles vestigios que le quedaban de cordura.

Allí, totalmente aislado, solo recibía la visita de sus torturadores y Damiano. Le habían golpeado tantas veces, que era un milagro que pudiera seguir moviéndose.

—Val... —insistió Alejandra—, estoy aquí para llevarte conmigo, no para hacerte más daño. Debes confiar en mí, por favor, y debes hacerlo rápido porque no tenemos tiempo que perder. Debemos salir de este lugar cuanto antes.

—Permanecer en la oscuridad, a la espera sólo de ser torturado diariamente, puede conducir a la locura hasta a el hombre más fuerte — subrayó Romeo—. Pero observa sus brazos. Es evidente que le han estado inyectando algún fármaco o droga experimental.

No solo tenía señales de numerosos pinchazos en sus brazos, sino también cicatrices y marcas de quemaduras cubriendo cada centímetro de piel descubierta. El corazón de Alejandra se quebró. No entendía como le quedaban fuerzas para continuar luchando; debía estar sufriendo mucho.

Mientras la joven continuaba inspeccionando a la criatura rota que tenía delante, se fijó en que su única prenda era un harapo andrajoso que debía ser el fino pantalón que llevaba puesto el día del atentado.

—Puede estar bajo la influencia de alguna mierda tóxica —caviló Romeo detrás de él—. No estamos seguros de cómo puede reaccionar, y Midgard me cortará las pelotas si permito que te haga el más mínimo aruño.

Irritada, Alejandra miró por encima de su hombro al agente.

—Él nunca me pondría una mano encima. Al menos no de esa forma. Déjame un minuto a solas con él.

—¿Estás desvariando, muñeca? No pienso hacer semejante temeridad. Y de hecho, es hora de ir sacando tu lindo trasero de aquí antes de que se desate el puto infierno.

Romeo apretó los dedos alrededor del brazo de ella y Valen se precipitó sobre él, ciego de rabia. Por suerte para el agente italo brasileño, las cadenas lo dejaron fuera de su alcance. Era un cadáver viviente y no quería hacer algo de lo que arrepentirse más tarde.

—Busca algo para romper los grilletes. Un hacha, un martillo.... ¡Lo que sea, pero apúrate!

—¿Y qué tal si usamos estas? —Romeo en español, mientras agitaba unas llaves en el aire—. Sé que es menos emocionante que verte fallar y amputarle una mano o un pie a tu amorcito, pero luego me tocaría cargarlo a mí. Y por si no te has dado cuenta, apesta.

—Oh, cállate y dame las malditas llaves.

Romeo soltó una carcajada áspera y se las entregó. Luego acarició su Glock y se posicionó cerca, en guardia.

A Valen se le cerró la garganta mientras observaba todo desconfiado. —

Tranquilo. ¿Las ves?—Ella le enseñó las llaves y con suma lentitud, llevó las manos a la argolla de uno de los pies y comenzó a trabajar en la cerradura—.

Voy a abrir uno a uno los grilletes de tus muñecas y tobillos, y cuando acabe, te

apoyarás en mí y saldremos de aquí juntos. Serás libre, mi amor.

CAPITULO 31

Alejandra intentó calmar su respiración cuando el coche aceleró. Todos estaban bien. No tenían que llorar otra muerte y Valen... Lo que quedaba de Valen estaba agazapado en el suelo del todoterreno, mirando a todo el mundo como si esperara que algo malo le fuese a suceder. No quería ni siquiera imaginar las vejaciones y torturas que había padecido en esa granja de los horrores, para que un hombre tan fuerte como lo era su marido, pareciera en esos momentos sólo una sombra, un holograma dañado de lo que solía ser.

El niño que la había ayudado estaba sentadito a su otro costado y sufría del mismo mal que su marido. El infante se había aferrado a su brazo y desde allí vigilaba a los demás hombres con terror en sus cansados y tristes ojos.

Con una mano le acarició la cabellera al niño y con la otra manoteó para que comprendiera.

—Deberías descansar un poco. Prometo que nada va a pasarte a partir de ahora. —Leregaló una sonrisatiernay elpequeño pareció adivinarlo que le decía, porque se acurrucó más a su lado.

«Nada va a pasarte a partir de ahora.»

Valen sintió como si su alma se separara del cuerpo al escuchar esas palabras. Ella no tenía ni idea.

No lograba comprender cuán oscura podía ser la noche y el día. Pero el sentirla a su lado hacía que esas palabras cobraran un nuevo sentido. Como si horadaran en esa capa de tensa neblina en la que estaba viviendo. Porque ella no podía ser real. Ella era un sueño. Un bonito sueño que reproducía su mente para tenerlo en el abismo de la locura y para darle un soplo de esperanza que no sentía.

Levantó el rostro para observar a la mujer que se había atrevido a acariciarlo y a mirarlo con ternura, no con rencor y repulsión. Era tan bonita. Pero estaba rodeada de ese enjambre de avispas vestidas de negro que seguro dañarían su aura de paz.

Él quería esa paz.

La necesitaba con desesperación. Con la misma desesperación con la que un enfermo terminal solicita la eutanasia. Levantó una mano hacia ella para guardar para sí mismo un poco de esa aura de tranquilidad y sosiego. Se detuvo. Sus negras manos no eran apropiadas para acariciar ese trocito de

paraíso. Ella era tan blanca, tan inmaculada que no quiso, de ninguna de las maneras, manchar su pureza. Se conformaría solo con observarla porque no era digno de pedir otra cosa.

Cuando los ojos café de aquel ángel lo miraron con dulzura, sintió que una parte de él se rompía en pedazos. Que su oscuridad se golpeaba contra los muros recordándole que un animal tan salvaje como él no podía tener salvación. Lo único que merecía era sufrimiento.

Alejandra notó el instante en que Valen evitó tocarla y observó la confusión en sus opacos y tormentosos ojos grises. Bajó su mano, como si le estuviera vetado el rozarla siquiera. Podía ver su dolor y la estaba partiendo por la mitad.

Soltó una lágrima cuando él comenzó a golpearse la cabeza, mientras remecía: «No, no, no... »

—Mi amor, no hagas eso —le dijo, impidiendo que siguiera haciéndose daño—. Por favor, Valen... Él la contempló.

El ángel estaba llorando por él.

El ángel le pedía que dejara de golpear los demonios en su cabeza, pero el ángel no sabía que eso le ayudaba.

—Por favor, mi cielo —La escuchó decir, pero él no era un cielo, ni su amor. Él era uno de los hijos del Mago que había sido diseñado para causar dolor.

Debía alejarse. Ella no podía ser tiznada con el azufre de su infierno.

A Alejandra se le rompió un poco más el corazón cuando alargó su mano y tocó el rostro demacrado, delgado y velludo de Valen y él saltó hacia atrás con los ojos tan abiertos que parecía que se fueran a salir de sus órbitas.

Valen sintió que la sangre le subía al rostro y que algo se retorció en su estómago llenándolo de miedo.

Lo había tocado.

El insensato ángel se había manchado las manos con alguien como él.

—Tranquilo, Val —susurró ella—, yo solo quería comprobar que estabas bien. Por favor, déjame tocarte.

Valen la estudió con los ojos cristalinos y se acercó más a ella. Colocó su cabeza sobre su regazo, mientras la miraba. Ella olía tan bien. Olía a rosas, y a lavanda, a campo y a almizcle. A Valen le gustaba ese aroma. A Valen le gustaba ella. El ángel derramó más lágrimas que rodaron por sus mejillas hasta destilar por el filo de su rostro. El ramillete de lágrimas que le ocasionaba el ver a su marido tan desmadejado, destruido y vulnerable, se formaba en su pecho y debía dejarlo salir, era la única manera de ayudarle y

ayudarse a sí misma.

Valen notó como una vergüenza vacía y brutal quemaba sus entrañas.

El ángel había traído la lluvia consigo.

La refrescante lluvia golpeó en varios puntos de su rostro. Sacó la lengua y bebió un poco de aquel manjar que el ángel le regalaba. El ángel sabía cuánta sed de paz necesitaba. Y se la estaba ofreciendo. El ángel estaba decidido a darle una nueva oportunidad. Él bebería toda la lluvia que el ángel le regalara. Valen cerró los ojos.

Alejandra acarició su cabello largo, pegajoso y desaliñado.

Valen parecía un niño pequeño destrozado. Había dejado de autoflagelarse. Ahora se mantenía sereno y roto. Tan roto que no tenía ni idea de si lo que estaba pasando era un sueño o una realidad.

Y ella quería que supiera que era real. Que nadie le haría nunca más daño.

—¿Por qué no me has esperado? —dijo Alejandra, citando «La princesa prometida», el libro homónimo de William Goldman que Valen se había pasado toda una noche leyéndole—. Porque habías muerto... La muerte no detiene al amor —continuó ella con voz suave, mientras le prodigaba caricias. Valen la escuchó.

El ángel estaba equivocado. No estaba muerto.

—Lo único que puede hacer es demorarlo —respondió él aún con los ojos cerrados, pero su expresión era más suave.

Se sentó mejor a sus pies y la contempló. Él conocía lo que citaba el ángel. Lo recordaba, pero no sabía de dónde, o cómo... Esos datos no llegaban a su mente, pero sabía de lo que estaba hablando.

—Nunca volveré a dudar —murmuró Alejandra esperando que siguiera demostrando la misma cordura que antes al responder. El ángel no tenía que dudar.

Tampoco quería hacer llorar a... Alejandra.

La mirada de Valen se volvió de pronto pensativa, cuidadosa.

El ángel. Alejandra. El ángel. Alejandra.

—No tendrás necesidad —Ella le acarició el magullado y sucio rostro.

Le repasó con las yemas de los dedos la cara y él la miró expectante, con los ojos tristes. Pero aun así se acercó a recibir su caricia. El todoterreno se detuvo de improvisa y Romeo le indicó que habían llegado. Gael venía detrás con otro grupo de hombres de confianza de Valen. Si cerraba los ojos, aún podía escuchar el tiroteo en sus oídos.

—Vamos, hemos llegado —dijo Angelo que se había mantenido al margen

hasta ese momento, simplemente atento al narcotizado Valen que se aferraba a las piernas de su mujer.

Alejandra miró hacia fuera.

Habían llegado a una destartalada edificación que había visto días mejores. Era una gran mansión, pero había alas que estaban completamente destruidas. Bajó cuando Valen se soltó de ella y comenzó a caminar. El pequeño que venía con ellos salió despedido a agarrarse a sus piernas y Valen se apresuró para no perder de vista a la mujer.

—Es mejor que entremos pronto, Alejandra —dijo Angelo y ella asintió.

—Vamos, tenemos que entrar —señaló mirando tanto al pequeño como a Valen. El niño era una versión en miniatura de Valen, solo que de cabello castaño y ojos dorados Sonrió entristecida.

Cuando estuvieron dentro y todos se hubieron asegurado de la seguridad, Angelo habló:

—Bienvenida a nuestra base de Italia, Alejandra —dijo—. Solo puedes usar tres habitaciones. Sería bueno que el niño se quedase con Romeo, puesto que no dominas su idioma —El niño, demasiado avisado, pareció entender y negó agitando la cabeza con fuerza y escondiéndose detrás de la mujer—. Y Valen tiene que curarse esas heridas.

Alejandra asintió. Cogió al niño de la mano y lo acompañó hacia la pequeña estancia para que se bañara y cambiara la mugrienta ropa. Se lo entregó a Romeo, tal y como le dijo que hiciera Angelo.

—Tranquilo, Romeo va a cuidar de ti, lo prometo. Confía en mí.

Romeo traducía sus palabras al infante, cuando una trifulca se desató detrás de ellos. Cuando volteó cuatro hombres, entre ellos Gael y Angelo, intentaban contener a Valen que había abierto el ring de golpes.

—¡Rápido, saca al pequeño de aquí, Romeo! —El aludido maldijo y cogió en brazos al niño, que sollozaba y extendía los brazos hacia ella. A Alejandra se le hizo un nudo en el corazón. Abrazó y besó al pequeño, sintiendo que ella también lloraba—. Dile... dile que enseguida estaré con él, por favor —Le pidió a Romeo, antes de que este desapareciera con el precioso querubín.

Alejandra corrió hacia la bulliciosa jarana.

Valen solo la miraba a ella y los demás hacían lo posible para llevarlo a otra habitación.

—Tienen que curar tus heridas —decía Angelo, sin poder controlar al hombre que usaba toda su fuerza con desesperación.

Valen gruñó, mientras les mostraba los dientes. Pero mientras ellos tiraban,

Alejandra logró ver el miedo en sus ojos grises.

—¡Basta! —dijo, avanzando hacia él.

Haciendo que doblara su alta figura hacia ella, cogió su rostro entre sus manos. Le apartó el cabello y lo besó en la frente.

—¿Dejarías que fuera yo quien te cure? —preguntó con un susurro y Valen dejó de combatir.

Los hombres lo soltaron y Alejandra cogiéndolo de la mano, lo llevó a la habitación que Gael le mostraba.

Angelo negó y esbozó una sonrisa carente de emoción.

—Lo que no hace los músculos, lo hace el amor.

CAPITULO 32

Alejandra lo había desnudado y no pudo evitar que el alma se le cayera a los pies cuando vio lo profundo que eran sus heridas. Darte, otro de los agentes secretos de Angelo, un erudito en la medicina, le había dicho lo que tenía que hacer cuando Valen lo había sacado de la habitación, gruñéndole como un animal.

Se mordió el labio inferior para no sollozar. Había prometido que se mantendría integra sea como fuere que encontraran a su marido, pero aquello era demasiado para ella.

Suspiró.

—¿Está bien el agua?

Valen estaba tan perdido en sus pensamientos que no escuchó lo que le preguntaba cuando ella se acercó con la esponja para limpiar su cuerpo, él levantó la mano y la agarró con fuerza de la muñeca. Le estaba haciendo daño. Intentó no quejarse. Lo miró con dulzura y él pareció reconocer algo en ella, porque simplemente frunció el ceño y ocultó sus ojos agachando someramente la cabeza. Ocultando la inseguridad que amenazaba con comerse su frialdad.

Hacía poco se le había pasado los efectos de la potente droga que le habían suministrado, así que parecía cansado y perdido.

—Deberías irte —rezongó.

Ella se zafó, se sentó a su espalda en el borde de la bañera y comenzó a pasar el agua caliente sobre su cuerpo. Primero sus hombros, luego su espalda. Sus hombros... Él se estremeció de dolor.

—No lo haré, tú me necesitas y yo necesito estar aquí contigo, a tu lado.

Valen la oyó, mientras sentía como rozaba su cuerpo.

Alejandra siguió su faena mientras tarareaba una suave y apaciguadora melodía.

—¿Te duele? —preguntó cuándo el hombre se hizo a un lado para que no tocara una de sus heridas—. Lamento que tuvieras que pasar por todo esto —expresó mientras veía como el gran y fuerte titán que era su marido, temblaba ante no sabía qué clase de horribles recuerdos.

—Deberías... irte —insistió intentando que le soltara—. No sé de lo que puedo ser capaz. Y no quiero hacerte daño.

—Pero tampoco quieres que Darté te cure y necesitas ayuda. Así que yo lo haré.

Él bufó y ocultó la cara entre sus manos. Prefirió guardar silencio.

—No deberías estar aquí.

Alejandra se levantó y abandonó momentáneamente su posición para traer champú y deshacer su apelmazado cabello.

Luego se acercó de nuevo, y logró ver el alivio del hombre cuando lo hizo. Pensó que se iría, pero él no comprendía todavía que las palabras que le había dicho eran con total seriedad. Ella no volvería a abandonarlo. Nunca.

Valen sintió el dulce masaje y pensó que si pudiera elegir un momento para morir, sería ese.

—¿Me dejarás luego curarte las heridas?

El hombre gruñó pero asintió.

Alejandra sonrió y pensó que eso era un gran avance.

—Solo tú.

Un extraño calor recorrió el cuerpo de la joven. Él no quería que nadie que no fuera ella lo tocara. Aun cuando no la reconocía al cien por ciento, sabía que jamás le haría daño. Su sonrisa se hizo más amplia, como no lo hacía desde hacía mucho tiempo.

—No sabes cuánto te he extrañado.

Alejandra le terminó de bañar, echándole agua desde la cabeza para que quitara de su cuerpo la espuma y el jabón.

—¿Por qué lo harías? No tienes motivos para hacerlo.

Sí, los tenía.

Era suficiente el amor que sentía en su corazón hacia ese hombre, maldito o no. Lo amaba.

—Nunca podría ser completamente feliz si me faltaras.

Alejandra le ayudó a salir de la bañera y comenzó a secarlo poco a poco, teniendo cuidado en las zonas más dañadas y amoratadas de su cuerpo, que eran la mayoría. Él apretó los dientes por el dolor...

—Lo siento...

Valen gruñó, pero se quedó estático. Alejandra aprovechó su parcial desnudez para hacerle un chequeo rápido mientras le untaba la crema antimicótica y bactericida dejando una capa blanquecina.

—No te muevas.

Instantes después las manos de Valen agarraban posesivamente las caderas de Alejandra. Él permanecía ahora sentado en el filo del lavabo y ella se

concentraba en limpiarle en esos momentos los cortes y magulladuras de la cara, después de acabar con las feas laceraciones de las piernas, brazos, torso y espalda.

Para evitar distracciones, la joven agradeció que se hubiera puesto una toalla anudada en las caderas. Verlo desnudo en el baño, mientras eliminaba de su cuerpo la suciedad y mugre de semanas de cautiverio, la había perturbado; pese a que su cuerpo, anteriormente fibroso y de músculos poderosos y marcados, ahora era solo una sombra de lo que alguna vez había sido.

Que las puertas del infierno se abrieran para ella si no lo deseaba igualmente o más que antes. Porque sus muslos se habían apretado desesperados y el calor se había propagado entre sus piernas mientras deseaba meterse con él en la bañera y hacerle olvidar en sus brazos todo el dolor que hubiera podido pasar.

Valen estudió al ángel que tenía frente a él. Tenía su rostro muy cerca, y sus increíbles ojos pardos estaban completamente concentrados en la tarea. Él estaba famélico por sentir sus labios, pero no se movió. Se bebió su imagen, memorizó todos sus rasgos, mientras revivía nuevamente en su mente el instante en que lo había lavado en la bañera, y se estremeció debido al recuerdo.

El agua estaba templada, pero de todos modos, sentir su contacto había sido como sentir latigazos otra vez en su maltrecha piel. Pensó también en cómo diablos le había pedido al ángel que lo vigilaba constante y protectoramente con las mejillas encendidas, que se marchara, cuando su instinto le advertía que, aquella bonita criatura era la piedra solar que lo guiaría a tierra firme después de estar sumido por largo tiempo en medio de la temida oscuridad del océano. Le traía la paz a sus sentidos, y le hacía sentir que no estaba completamente a solas con su sufrimiento.

Valen intentó controlar la respiración y no distraerse mientras trataba de recordar su nombre.

Alejandra.

El ángel le había dicho que se llamaba a Alejandra.

Y que era... suya.

Sorprendente.

—¿Te duele?

Él negó, intentando imaginar el instante en el que ella partiría. Pero no era capaz. Era como si estuviera escrito en su ADN que aquella mujer le pertenecía a él y solo a él.

«Mía.»

Se preguntó entonces cuánto tiempo transcurriría antes de que se la quitaran. El dolor físico había desaparecido, reemplazado por otro dolor más intenso. No lo permitiría, pensó frenético. Era de nuevo la antigua pesadilla, sólo que ahora estaba despierto y aterrorizado.

Alejandra concluyó la faena cubriendo las heridas con gasa y luego fue hacia la repisa a sacar las vendas. Repitió el procedimiento hasta que cada parte de su cuerpo herido fue cubierto y cuando por fin terminó con las curaciones, lo guió de vuelta a la habitación y lo ayudó a vestirse. Ropa interior, un buzo y un jersey.

Le mostró dos pastillas y un vaso con agua.

—Te ayudará con el dolor —El hombre la miró inseguro, aturdido, deliberando si confiar o no en el ángel—. Por favor...

No lo pensó dos veces y lo tomó. Le extendió el vaso mientras giraba su rostro hacia un lado para evitar observarla.

—Tengo que ir a ver cómo se encuentra el pequeño que vino con nosotros.

Él no se movió, ni siquiera respiraba. Se congeló. Ella vio la transformación. Era hielo puro. Sus ojos de metal estaban fríos, el rostro inexpresivo y helado.

—Será solo un momento, y si estás de acuerdo, dormiremos juntos.

La confusión y el hambre marcaban su expresión cuando ella lo miró completamente ruborizada.

«¿Dormir juntos? ¿En la misma cama? ¿Quería realmente ensuciarse durmiendo con él?»

Alejandra se humedeció los labios secos, y buscó en su mente una excusa plausible para lo que acaba de decir. —No... no hay más habitaciones libres.

Antes de que ella pudiera abandonar el dormitorio, él la agarró de un brazo.

—No tardes —Tragó saliva. Tenía la boca inexplicablemente seca—. Por favor.

Entonces aquella sonrisa increíble transformó el rostro bonito y seductor de ella. Sus ojos castaños brillaron de alivio y respiró hondo. Esto hizo que los pechos se levantasen y su boca quedase seca.

A Valen le sorprendió encontrarse con su polla latiendo dentro del pantalón después de un largo mes.

Negando con la cabeza lentamente, apretó más sus dedos en los brazos del ángel, sintió la carne suave bajo sus dedos y quiso saber cómo sería sentir los dedos por el resto de su pequeño cuerpo.

El animal dentro de él rugió.

Estaba rígido, famélico por algo que nada tenía que ver con la comida y que rompía su equilibrio lo bastante como para soltarla y apartarse.

Ella se frotó el brazo, parecía confundida mientras después de dudar un segundo, se encaminó hacia la puerta.

—Volveré enseguida.

Él cerró los ojos y ofreció una plegaria silenciosa cuando la oyó salir.

Pero sabía que estaba terriblemente jodido. Porque estaba lleno de una oscuridad en la que nada tenía sentido para él.

CAPITULO 33

— No entiendo cómo es que se entraron que estábamos aquí —le confesó Alejandra a Gael—. No es posible que nos hayan escuchado y eres de mi entera confianza, Gael, así que si yo no fui y no fuiste tú, ni los hombres. Yo quiero saber...

— Cómo mi equipo yyo, sabíamos el momento exacto en el que tendríamos que actuar —Angelo entraba en el único despacho de la base y miraba tanto a Gael como a Alejandra. Cerró la puerta detrás de su espalda y asintió—. No esperaba menos de ti, Alejandra.

Ella lo contempló confusa.

—Es una pregunta lógica, dado que nadie te dio informes al respecto. Gael estaba con los brazos cruzados y el ceño fruncido y observaba a Angelo moverse por la habitación con la habilidad de una pantera. Angelo ocupó su lugar en el despacho y miró a Alejandra. La invitó a sentarse.

— Justamente porque es una pregunta muy lógica es por lo que me alegra que la hicieras, Alejandra —Sonrió—. Ya no eres aquella mujercita curiosa pero precavida de preguntar. Y esta desconfianza que se ha instalado en tu corazón sobre casi todas las personas, es lo que te ayudará a salvar a tu familia.

— ¿Salvarla? ¿Es que no acabaron ya con esos alunados fanáticos? —preguntó horrorizada.

—Lo hicimos, no te preocupes. Es una simple figuración —le explicó y cruzó las manos sobre la madera del escritorio—. Cuando te casaste con Valen y aunque no te conocía en lo más mínimo, tu marido me pidió que te protegiera a toda costa si es que a él le llegaba a ocurrir algo. Y que curiosos son los tiempos a veces o enredado el destino, ¿no crees?

—Entonces, debo suponer quemehasestado espiando —sospechó ella que fruncía los labios y se abrazaba así misma con los brazos.

—Observando —contestó—. Cuestión de semántica, Alejandra. No era sano, ni muy inteligente dejar todo lo que tienes en Inglaterra para descubrir si una pista era falsa o no.

—Debía hacerlo y lo volvería a hacer.

Angelo asintió.

—Yo también debía salvar a Valen —dijo, como si eso contestara cualquier

pregunta.

—¿Incluso atravesando la mitad del infierno?

Ella le sonrió

—Incluso teniendo que quedarme en él.

Estaba resultando cada vez más duro mantener la fría distancia entre ella.

Valen estaba sentado en el piso del dormitorio, vistiendo solamente un pantalón negro. Tenía los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada. Estaba cansado, pero no podía dormir.

Al oír el suave ruido de la puerta levantó el rostro y abrió sus pesados párpados.

Era ella y estaba allí.

El precioso ángel que solo Satanás podía haber enviado para atormentarlo; un dulce caramelo que le quitaría de los labios nada más le diera la primera probada, dejó una bandeja repleta de alimentos y bebida en la cómoda y se arrodilló frente a él, sosteniendo únicamente un plato en las manos. No pudo hacer más que mirar sus preocupados ojos castaños.

—Debes alimentarte.

El aire hirvió a su alrededor cuando ella pinchó un poco de pasta en el tenedor y se la ofreció. Él no hizo movimiento alguno, simplemente la observó como si no comprendiera lo que estaba haciendo. Alejandra trató de acariciarle la mejilla y él se apartó. Afilados puñales se clavaron en su pecho mientras se esforzaba por sonreír.

—Está bien, no era mi intención incomodarte.

Para su sorpresa, Valen metió los dedos en el plato. Alejandra dejó escapar una exclamación y abrió mucho los ojos cuando él llevó lasaña a sus labios.

—¿Para mí?

El asintió, su voz aún algo débil y hosca al hablar:

—Puedo comer... Lo que sobre... Después.

El dolor se filtró bajo su piel desgarrando su alma, cristalizando sus ojos por la emoción contenida.

Valen prefería no alimentarse para que lo hiciera ella.

—Hay suficientemente comida para los dos —Ella lo imitó y lo invitó a saborear la pasta de entre sus dedos—. Te lo prometo.

Él comenzó hacerlo, lamiendo en el proceso sus dedos con cada último bocado. Alejandra estaba convencida de que él podía adivinar el efecto que tenía en ella cuando su cuerpo empezó a estremecerse con la erótica visión de verlo alimentarse de su mano.

Los ojos de Valen ardieron peligrosamente cuando repararon en el busto que tensaba la ceñida camiseta blanca de la mujer. Un calor creciente inundó sus miembros mientras imágenes de él entre los muslos de ese ángel, con su rabiosa erección trabajando dentro de ella, estirándola, follándola con golpes que la hacían gritar, invadieron abruptamente su mente. Colocar su polla en el ajustado, mojado y pequeño canal de su coño, había sido el mayor placer que Valen jamás había conocido. Ella era muy estrecha y muy caliente. Y ella estaba ahora ahí, y era tan suave...

Su órgano viril, que le dolía como una herida cruel cada vez que la tenía tan malditamente cerca, la reconocía. Recordaba las veces que la poseyó como un auténtico bárbaro. Él sabía que le dolía, pero ella nunca se quejó y él jamás se detuvo.

Respiró ásperamente cuando notó la parte de delante de sus pantalones llenarse con su erección. Cuando sintió que la delgada línea que lo separaba de la cordura y la locura se extinguía amenazadoramente ante sus ojos.

Consciente de la culpa y del hambre que se arremolinaba en torno a él, se enderezó y se apartó de ella, dándole la espalda.

Una extraña sensación embargó a Alejandra. Lo tenía de nuevo en su vida pero Valen parecía estar muy lejos de ella. Demasiado lejos, pensó.

—¿Puedo venir a curarte luego? —susurró poniéndose de pie y enjugándose la lágrima que no había podido retener junto a las otras. Maldita fuera.

Se hizo un largo silencio.

—Como desees —dijo Valen, regresando al frío piso, a la misma posición inmutable en la que lo había encontrado al entrar. A su solitario reclutamiento, en donde ella no era bienvenida.

Alejandra anotó otra semana más a su calendario. Otra semana en la que los progresos de Valen eran terriblemente escasos. Aunque ya comía como una persona normal, el miedo en sus ojos y la angustia no se le iban. La desconfianza innata del hombre solo lograba retrasar su sociabilidad.

Angelo le había dicho que no podían regresar sin levantar sospechas si es que Valen no volvía a ser el mismo hombre que era antes. Y había mucho camino por recorrer para que eso pasara, porque tanto física como mental, tenía días malos y peores. Ninguno bueno.

Lo que más le dolía era que aún no supiera pronunciar su nombre. Divagaba todas las noches y era tormentoso tener que despertarse a media noche por sus gritos.

Le había prometido que estaría siempre con él y eso era justamente lo que

haría. No le importaba cuántas veces le dijera que lo mejor era que se fuera, ni tampoco las noches que tendría por delante sin dormir. Todo valdría la pena. Si no por ella, sí por la pequeña que los esperaba en la mansión Lemacks.

Dos semanas más y la mejora era considerable, aun cuando tenía que correr de habitación en habitación para poder mantener tranquilos tanto a Valen como al niño que habían traído consigo.

Giacomo había decidido que aunque le caía bien Romeo, prefería estar cerca de ella.

El problema tanto de Giacomo como de Valen era nocturno. Las pesadillas comenzaban a flotar en sus mentes y a torturarlos hasta el borde, hasta que sus músculos se agarrotaban y ella podía notar cómo un gran dolor les retorció el cuerpo.

Salió de la cocina con una taza con chocolate caliente y una resolución en la cabeza. Buscaría a Romeo. Giró en el pasillo y se topó con el hombre que entraba a la mansión.

—Romeo —dijo ella.

—Mi más nefasta camarada —saludó jocosamente él con una inclinación—. ¿Necesitas algo?

—Sí, necesito que me hagas un favor —Alejandra observó sus pies esperando que lo que le iba a pedir no le resultara extraño—. No puedo seguir corriendo de habitación en habitación cuando cae la noche.

—Te refieres a Giacomo.

Ella asintió, y observó los ojos turquesa del hombre moreno. Él fruncía el ceño, pero no parecía mala persona. Alejandra supo que después de lo que había visto en Valen, no le temería a ningún hombre.

—Me gustaría que él durmiera en la misma habitación que yo — propuso—. Solo por la noche, el día puede hacer las actividades que hayas planeado para él y su recuperación.

—De acuerdo.

Sollozando, Alejandra pensó que no podría más. Que estaba al borde de un colapso nervioso. Darte, el médico, no podía poner una fecha de regreso porque Valen aún no recordaba cosas importantes de su vida y la sociabilidad no era lo suyo. Había intentado morderle cuando le fue a poner una inyección.

Pensó que se volvería loca, encerrada allí. Odiaba con toda su alma a la maldita secta y en lo que habían convertido a su marido. Sabía que Valen podía ser un hombre mejor, uno tierno, cariñoso... No la sombra que estaba en la habitación noche y día. Él no era quien la miraba ausente.

Ella quería tocarle el alma cada vez que le curaba, porque el problema de Valen no era físico, era del alma. Tenía el alma hecha jirones, pero no encontraba la manera... Si quería volver a casa lo más pronto posible, debía pensar en una solución. Urgente.

A Valen se cerró la garganta. No. Ella debía ser una alucinación. Una bella alucinación. Quizás hubiera muerto y ese hermoso ser de luz había venido a llevárselo al infierno. ¿Pero cómo? No podía imaginar a un ángel como ese castigado a morar por la eternidad entre las llamas.

Por primera vez en semanas se sintió con la fuerza necesaria para que su curiosidad se activara y comenzara a pensar en el lugar donde estaría. El ángel no le había dicho dónde y aunque algo dentro de él le indicaba que podía confiar en Gael y Angelo, no podía poner al cien por ciento sus manos al fuego por aquellos. No pondría las manos al fuego por nadie.

Si estaba en peligro, aunque no había indicios de ello, quería tener una ruta de escape para él, el ángel y el pequeño niño que lloraba casi todas las noches.

Salió de la habitación y caminó con sigilo. No había nadie en los alrededores.

«Bien» Pensó.

Caminó hasta que escuchó la suave voz del ángel en una habitación. — ¿Todo está bien Bianca? —preguntaba ella—. Y mi mi pequeño tesoro, ¿cómo está? El ángel estaba preguntando por alguien, pero... por quién.

—Envíame más fotos y videos, por favor. Mi bella crece por momentos y no quiero perderme ni un solo detalle. La extraño tanto —Valen observó cómo una lágrima cayó por su mejilla—. Sí, aquí todo bien. Él se está recuperando poco a poco. Bianca, cuida mucho de mi chiquita, te lo ruego —El silencio le hizo comprender al hombre que la otra mujer, Bianca, su ama de llaves... ¿Su ama de llaves? Se presionó la sien con los dedos— Gracias. Espero estar pronto allí, dale un beso grande a Valentina de mi parte. Dile que mamá la extraña y la ama mucho, y que pronto estaremos juntas.

Mamá.

El ángel tenía un pequeño querubín. «... como Alejandra» Le dijo su subconsciente. —Como Alejandra... —susurró.

Tenía mucho que pensar, así que decidió que regresaría a su habitación.

Cuando no pudo más con el peso de los sentimientos, Angelo había aparecido como una columna y ella no había podido evitar el desmoronarse en

su despacho y sollozar como una pequeña niña. Él solo la había abrazado y le había prometido que todo acabaría pronto, que era un gran avance que Valen hubiera dejado de gritar por la noche.

Ahora, Valen podía estar en compañía de algunas personas cercanas, como Gael y Angelo. Seguía sin tolerar la presencia de Romeo, Darte o cualquiera de los demás. Era un avance.

— Te he traído esto para que cenes, Val —dijo, entrando a la habitación, pero se quedó de piedra—. ¿Qué haces?

Valen estaba sentado contra la ventana y contemplaba la lluvia fuera. Había recordado muchas cosas desde aquella llamada telefónica hacía una semana. Ahora sabía porque tenía que mejorar.

—Nada —respondió, bajando de la cornisa y calzando sus pies.

El hombre parecía oscuro, y había estado muy callado los últimos días, como si estuviera debatiendo consigo mismo. Un escalofrío recorrió la espalda de Alejandra, se sentía helada y cansada.

Valen caminó hacia la cama, se sentó y ella le pasó la bandeja con la cena.

Otro estremecimiento la hizo temblar. Tenía frío.

—Deberías abrigarte más, Alejandra —dijo Valen y ella abrió sus grandes ojos con sorpresa.

«Él la había llamado por su nombre por primera vez en semanas» Pensó, mientras sonreía esperanzada.

CAPITULO 34

— ¡Dios, ¿ya llegamos?! —volvió a preguntar Alejandra y Angelo negó suavemente, cruzándose de brazos.

La mujer se veía ansiosa y comenzaba a marearle el movimiento raudo de sus dedos. Se mordió el labio inferior y jugueteó con la fina cadena de plata que rodeaba su cuello.

Quería volver a casa pronto. Estaba desesperada por pisar su hogar, aun cuando en lo más profundo de su corazón sabía que su hogar estaría allí donde su marido e hija estuvieran.

Su mirada fue a dar al hombre que estaba pegado a la puerta opuesta. Observaba en silencio el recorrido. Si era buena imaginando, supuso que solo miraba el gris pavimento bajo las llantas del coche. Angelo había prometido ir a dejarles a la mansión justamente por aquel estado inestable de bruma en el que Valen se manejaba. No estaba bien, tampoco mal. Solo vivía encerrado en sí mismo con aquella mirada hueca. Su semblante callado, serio, parecía ocultar inquietantes secretos.

Le partía el corazón verlo así, porque habían pasado demasiado juntos como para que todo terminara así. Para que el destino fuera tan cruel, tan perverso, y él no recobraría el sentido completo de estabilidad mental.

Suspiró.

Angelo le había comentado que pasado el tiempo y estando rodeado de la gente que lo quería, cuidara y protegiera, su recuperación sería más rápida, aunque no sabía que tanto. Tenía miedo, por un lado, de que la presencia de la pequeña muñeca de Valentina lo hiciera recordar algo que no debiera y en vez de ayudar, entorpeciera su recuperación. Pero estaba dispuesta a intentarlo, ya que, si cerraba los ojos y calmaba su respiración, los gemidos y gritos desgarrados de Valen en aquel cautiverio aún alcanzaban su realidad congelando su alma y deseando haber sido ella la que llevara todo el dolor que lo había vuelto una simple marioneta inanimada.

Por otro lado, su corazón brincaba y bailaba conga dentro de su pecho con la fuerza demoledora de una tormenta. Con el soplo de una brisa fresca y tierna que alejara el nubarrón negro que había caído sobre ellos. Esperaba que Valentina hiciera su trabajo con él con eficacia.

Sonrió.

Su muñequita.

Su preciosa princesita.

Hacía un mes que no estrechaba a su pequeña, que no la acunaba ni escuchaba sus gorjeos, sus risitas, o veía los impresionantes ojos grises que le decían que todo iba a estar bien. Necesitaba tanto de la pequeña como del padre. La unidad hacía que el futuro no le pareciera tan negro.

Los ojos se le cristalizaron.

Necesitaba saber que Valen podría querer a Valentina tanto como ella lo hacía. Ella lo amaba con toda el alma. Su cuerpo, su corazón, su espíritu y alma eran completamente suyos.

Alejandra supo lo que tendría que hacer. Valentina sería su compañera, su arma y ella tendría la misión de traer a papá de regreso de la niebla en la que se hallaba. Tenía demasiados planes para el futuro, como para que los miembros de la Orden del Mago arruinaran su vida.

Se llevó el cabello detrás de la oreja.

—Venga, Alejandra, tranquila, ya llegamos.

La mujer levantó el rostro y observó el horizonte. Allí se alzaba imponente la gran mansión Lemacks. Su casa, su hogar... ¡Y por fin su familia!

Sonrió, gateando hacia la ventana de Valen, porque no quería perderse detalle del encuentro con su pequeña. Vincent, Tony, Bianca, Gael y la pequeña Valentina estaban esperándoles.

«¡Oh, Jesucristo bendito! ¡Está tan grande y hermosa!» pensó en cuanto la vio.

Seguramente Valen se enamoraría instantáneamente de ella como le había pasado a ella misma la noche del parto. Porque estaba segura que lo haría, Valen no era el monstruo que se empeñaba ser. Valen era un pequeño niño asustado en busca de un hogar colmado de cariño. Un pequeño como el niño que se habían llevado los servicios sociales luego del rescate. Con fortuna, ese niño también formaría parte de su futuro, pensó con resolución.

El auto se detuvo y la mujer salió despavorida hacia la entrada donde todos los esperaban para darles la bienvenida.

—¡Señora Alejandra! —exclamó Bianca, cuando los inmensos ojos castaños encontraron a la pequeña fue hacia ella para cogerla entre sus brazos.

—¡Oh, cuanto has crecido, mi bella princesa! —susurró apretándola contra su pecho—. Hola, cariñito, mamá ha vuelto. Estás más grande, más hermosa... ¡Tan despierta!

—Oh, señora Alejandra, Valentina la ha extrañado tanto.

Alejandra recién se dio cuenta que le habían parecido siglos el no tener a su

hija con ella.

—Los estábamos esperando —dijo Vincent—. Señor Lemacks, ¿se encuentra bien?

Él sintió sin emoción alguna.

—¿Y sus chequeos, Bianca?

—No hay nada de lo que deban preocuparse —contestó con una sonrisa maternal en los labios—. La doctora vino esta misma mañana para hacerle un chequeo rutinario y la ha encontrado de maravilla. Dice que es la bebé prematura más sana de los alrededores.

Angelo evaluó a Valen mientras ambas mujeres hablaban sin parar. Él parecía tolerablemente inestable y molesto, como si aquel cuadro familiar fuera algo detestable para él. Sentía hervirla sangre en sus venas y escuchaba aullar al lobo herido. Sumirada durase en foca bapormomentosen Alejandra y luego iba hacia el pequeño ángel de dos meses que habían creado entre ellos. Aquella damisela que lo contemplaba con la misma mirada curiosa y expresión facial de la madre.

El hombre ocultó una sonrisa oscura porque era lógico que para Valen ella fuera una extraña. Todos lo serían. Pero estuvo seguro que esa noche robaría el corazón en la primera oportunidad que estuvieran juntos. Alejandra tendría que ser muy inteligente y no presionarlo, encontrar el momento indicado.

—Ha estado tomando aire con regularidad —dijo alegremente Anthony—. Es una niña encantadora, se parece mucho a... usted, señora Alejandra.

Su cara decía: «¡Felizmente!»

Y Valen se erizó.

—Señor Lemacks —comentó Gael y todo el mundo guardó silencio—. Davis ha salido del hospital.

—¡Oh, eso es una noticia fantástica, Gael! —celebró Alejandra—. ¿Dónde se encuentra?

—Davis se encuentra tomando unas merecidas vacaciones para reponerse completamente, así que esperamos que al terminar el mes, esté de nuevo con nosotros.

—¡Qué bueno! —Rió y la bebé también lo hizo.

—Gracias, Gael —murmuró Valen sombríamente. Asintió.

A Alejandra no le pasó desapercibida la reacción de su marido. Estaba frío como un témpano de hielo y tan vacío como un pozo sin agua. Si asomaba en su interior solo encontraría oscuridad.

Bianca comenzó a hablarle a Valen, pero este solo asintió secamente y luego

observó a su mujer mientras apretaba los labios y los puños ocultos en los bolsillos de los pantalones.

Aquel fue el único movimiento que realizó. La mujer infinitamente comprensiva le sonrió.

—No, cariño, no —dijo a su pequeña—. Ven, cielo. Vamos a presentarte a papá.

Alejandra Lemacks se armó de valor, llamó la atención de su hija con soniditos guturales y se acercó a su marido.

—Val —susurró, y esperó hasta que él la observó sin muchas ganas, pero sabiendo que era lo correcto—. Te presento a tu hija, Valentina Sarah Lemacks. Mira Tinny, él es papá.

Angelo levantó las cejas porque Alejandra estaba balanceándose en una cuerda floja. Esperaba que no lo presionara más. Aún no era el momento.

La mujer, por su lado, no sabía si debía presionarlo más o no. El hombre estaba tan ausente que maldijo a la Orden y pensó que lo mejor era darle tiempo. Pero la niña necesitaba a su padre, necesitaba crear vínculos con él.

«¡Dulce virgen María, ayúdame!» Rogó al cielo.

Pero no hubo necesidad de la ayuda divina, porque Valen clavó su mirada fría en la de la pequeña. Endureció la mirada y frunció los labios.

No le dio demasiada importancia a la pequeña.

Así es que se giró hacia Angelo y dijo:

—Vamos a mi despacho —Luego se dio vuelta y observó a Gael—. Tú también.

Los tres hombres caminaron hacia la mansión en silencio. Cuando pasó por su lado, Angelo le dio unas palmaditas en su brazo.

Alejandra sintió la decepción caer sobre sus hombros y la pequeña siguió observando con curiosidad y con el ceño fruncido a aquel que, aunque era su padre, no le había dado el pomposo recibimiento que hasta ahora había tenido con el resto del mundo.

—¡Oh, no! —refutó Anthony escandalizado—. ¡Por esa cara puedo deducir que tiene el mismo carácter quisquilloso de su padre! ¡Pobre niña!

—¡Cállate, Anthony! —Lo regañó Bianca y Vincent no pudo evitar sonreír.

Alejandra llamó a la puerta cuando Angelo se había ido. Gael se había retirado a la cocina y Valen seguía encerrado en su despacho, aun cuando el médico le había dicho que necesitaba descansar.

¡Su tozudo marido!, renegó.

Con la bandeja entre las manos, siguió tocando.

Y Valen siguió ignorándola. Suspiró.

Le pidió paciencia al cielo, porque estaba al borde del colapso general.

Habían sido demasiados días sin dormir y preocupaciones acumuladas como para que Valen le hiciera ahora eso, cuando ella solo intentaba protegerlo. Cuidarlo.

No había ido a cenar. Valentina estaba dormidita en su cuna y él no tenía intención de salir de allí.

¡Pero eso iba a cambiar!

¡Al menos lo intentaría!

Abrió la puerta y simplemente se metió en el despacho. Valen la observó. La mujer se dio cuenta que un agudo dolor estaba perforando la cabeza de su marido.

—Deberías comer algo —declaró ella—. Tienes que tomar la medicación y no te dejaré hacerlo sin nada en el estómago.

Valen murmuró entre dientes.

—De acuerdo —Alejandra le dejó la bandeja de plata sobre el escritorio.

En silencio, él cogió la cuchara y comenzó a comer con dificultad.

—No deberías estar trabajando —opinó ella—. Tienes que guardar reposo y este trajín no te ayudará en lo más mínimo a reponerte.

El hombre continuó comiendo en silencio. Agradecería que se fuera, pero no lo iba a decir. No cuando la veía tan dispuesta a hacer que él comiera. La resolución en el rostro de Alejandra decía que no se movería de allí si el plato no quedaba limpio.

Bien. Le daría lo que quería para que luego volviera a dejarlo solo.

—Valentina duerme en la habitación al frente de la nuestra.

—No voy a dormir contigo —sentenció él con dureza—. Ordené a Bianca que acondicionara tu antigua habitación.

Aquello fue un baño de agua helada en la mitad del crudo invierno inglés. Sus grandes ojos lo escudaron, se pusieron cristalinos por lo que significaba aquello.

Alejandra sintió la mirada carente de sentimientos y emociones de Valen.

—¿Es eso lo que deseas?

—Lo que deseo en estos momentos es que me dejaras a solas —La resolución del fin de aquella improvisada reunión, hizo que un cúmulo de incertidumbres sobre el futuro se asentara en el estómago de Alejandra. La valentía se había ido hacíamuchoporel drenajey las lágrimas porel colapso nervioso estaban a punto de ser vistas por el hombre.

—De acuerdo, si es eso lo que quieres, me iré —asintió.

Caminó hacia la puerta cabizbaja y ensimismada.

Valen apretó las manos, enterrándose las uñas en las palmas con furia. La había lastimado.

Sus dientes crujieron dentro de su boca por la presión que ejercía su mandíbula. No había querido herirla, ¿o sí? La observó llegar a la puerta y girar el pomo para salir.

—Valentina es una niña muy menuda.

Tragó con fuerza mientras Alejandra se volvía lentamente y lo encaraba con los ojos difusos y la cabeza baja. Parecía perdida.

—Lo es —aceptó el salvavidas que le lanzaba y volvió a cerrar la puerta a su espalda—, es una bebé prematura. Valen arrugó el ceño.

—Nació con solo veintiséis semanas.

—¿Por qué se adelantó tanto? —interrogó intentando esconder las imágenes que habían sido reproducidas por su mente. Se imaginaba lo que era, un panorama negro en el que Valentina y ella morían.

—Fue difícil, pero ambas logramos hacerlo —Le tranquilizó—. Pasó una temporada en la incubadora por sus pulmones y porque prefería que la pequeña estuviera bien. Nació con 760 gramos y 36 centímetros —Sonrió, recordando el momento en el que la había tenido en brazos—. Era una cosita diminuta, me dio miedo cargarla por primera vez porque pensé que la rompería.

Valen estudió la emoción con la que Alejandra hablaba de la pequeña.

—Me alegro que estén sanas ambas.

—Lo estamos, y estoy agradecida que por fin estemos todos juntos y bien.

Valen asintió y regresó toda su atención al trabajo.

—Si me disculpas, tengo cosas que revisar y con las que ponerme al día.

La echaba. De nuevo.

La mujer hizo una mueca y se prometió que no se humillaría más por ese día.

—Por supuesto.

CAPITULO 35

Estaba dicho que aquella noche no dormiría.

Otra noche más los recuerdos lo atormentaba. Otra vez su realidad parecía etérea y las oscuridades de su lúgubre alma estaban danzando diabólicamente por toda su habitación, dispuestas a hacerlo sudar frío y recordarle el calvario que había amenazado con romperlo en millones de fragmentos y estallar las esquirlas en los cuerpos de sus seres queridos.

Valen miró el techo blanco de su dormitorio completamente estirado en la cama. Manos y pies. Era el perfecto hombre de Vitruvio, allí, recostado y majestuosamente desnudo, luego de la ducha, con las piernas y brazos abiertos. Una verdadera obra de arte para el ojo crítico de cualquier persona.

Esperaba que la gélida instancia no demorara mucho en detener los salvajes latidos de su corazón. Quería ser un hombre libre de aquellos tormentos. Ahora, más que en ningún momento que pudiera recordar necesitaba estar cuerdo y pensar cómo actuaría después.

Mientras divagaba entre el mundo de los vivos y el limbo de la demencia escuchó el llanto de un bebé.

De una bebé.

De su hija.

La pequeña berreaba desde la habitación del frente. Valentina Lemacks era una criatura, gracias a Dios, sana. El nacimiento prematuro no había hecho absolutamente nada malo con su normal desarrollo.

Con los ojos cerrados esperó escuchar que Alejandra abriera la puerta, pero no fue así. Parecía que mamá se había quedado dormida. Valen abrió los ojos, dispuesto a calmar el suplicio de su pequeña hija, así que se levantó, se colocó los pantalones grises que le quedaban un poco grandes y con pocas zancadas llegó a la guarida del bebé.

Mientras se acercaba a la cuna con sigilo vio como las extremidades de su pequeña se disputaban entre ellas para liberarse del confinamiento de la mantilla blanca que la cubría.

Sin pensar demasiado en lo que hacía y respirando agitadamente llegó hacia el borde de la cuna y extendió los brazos. Los berridos fueron devorados por el más absoluto silencio cuando unos grandes ojos grises le observaron directamente y la pequeña boquita que antes gritaba ahora estaba llena con el

pulgar de su propia y pequeña mano.
Dios bendito, era tan menuda y frágil.

Valen evitó tocarla por la sorpresa que dejaban ver aquellos impresionantes ojos. No se había acercado a la niña tanto antes. Nunca. Así que aquello era nuevo para ambos.

La niña al ver que no iba a tomarla en brazos, como pretendía, volvió a berrear. Y esta vez con más fuerza.

Valen pensó que había sido una muy mala idea el haber decidido ir a verla. Incluso, que había sido una decisión catastrófica tomada llevado por la emoción del momento, pero ahora no sabía qué hacer. La niña lloraba y él no se sentía con la capacidad suficiente como para levantarla de la cuna y hacer que se calmara.

Valentina Sarah Lemacks.

Ese era el nombre de aquel diminuto y perfecto ángel que había nacido de su Alejandra. La pequeña era una hermosa combinación de ambos. Menuda como su madre, pero con unos pulmones tan fuertes como los suyos. Valen le pasó un dedo por el borde de aquella redondeada y pálida carita regordeta. Ella gritó de nuevo mientras agitaba sus manos y piernitas, y sus cejas rubias se fruncían en el centro. Era una belleza.

Y Valen degustó tanto orgullo como nunca lo había hecho.

Cerró los ojos y pidió que Dios lo ayudase. Secretamente estaba encantado porque su hija se llamara como él y como su madre. Era una manera de recordarla, de hacerle un tributo. A él no se le hubiera ocurrido y aquello era mérito indiscutible de su testaruda mujercita.

Sintió que algo golpeó dentro de su pecho e intentó analizar lo que sentía, pero la puerta se abrió de improviso y Alejandra entró como un huracán ataviada sólo con una camisa blanca, que Valen sabía que había saqueado de su vestidor y unas bragas celestes de algodón.

Él se hizo a un lado, consciente de que no sabía cómo hacer calmar a la pequeña y que Alejandra tendría la eficiencia allí donde él fallaba. Su mujer cuidó la cabeza de la criatura y el cuello con su mano, mientras la levantaba y la recostaba contra su pecho. —Ya mi amor, ya... —siseó meciéndola.

Valen observó a Alejandra, que tenía los ojos cerrados y su cabello estaba completamente desordenado en un recogido destrozado. El cabello le había crecido lo suficiente como para recogerse. Le resultó también bastante atractiva su expresión cansada y somnolienta.

La pequeña arrebujó su naricita en el pecho de su madre y abrió la boquita. Su

hija tenía hambre.

—Ya, belleza, shhh... —Alejandra hizo uso de la mecedora—. ¿Tienes hambre, cariño?

Le tarareó una cancioncita infantil mientras se abría la camisa lo suficiente para sacar uno de sus senos y colocar, entre sus dedos uno de sus sensibles y doloridos pezones.

La pequeña Tinny la había mordido esa misma mañana en la desesperación por beber de ella, pero no había logrado hacerlo. Solo le había producido dolor, pero ahora intentaría autoestimularse, para a ver si así, la pequeña podía mamar.

Valen las miró y estuvo a punto de retirarse cuando su mujer abrió los ojos y lo observó directamente. —Val... —dijo sorprendida.

Alejandra jamás hubiera esperado encontrarle allí. Dios mío. Ella tenía la punta de su pezón entre sus dedos y la mirada oscura del hombre fue hacia ese lugar. Mientras Valen cortaba distancias entre ellas, caminando como un autómatas teledirigido, la naricita de la bebé tanteaba su pecho hasta que encontró y metió su pezón dentro de su boquita. Pero enseguida protestó y lo soltó.

A Valen no le pasó inadvertido el semblante afligido y de preocupación de su mujer. Al parecer, la incapacidad que tenía su hija para agarrarse al generoso montículo y mamar de allí, le afectaba en demasía. Cuando estuvo cerca de ellas, se acuclilló y en silencio acarició el contorno del rostro de la mujer con dulzura. Ella se sobresaltó. Intentó ayudarla con su labor y acercó su boca a la aureola de la mujer. Se la metió en la boca y lo chupó.

Alejandra adivinó lo que estaba tratando de conseguir su marido, pero hacía tiempo que Valen no la tocaba y no pudo evitar sentirse erizada y dispuesta a lo que él le propusiera.

Succionó con fuerza y no se detuvo hasta que sintió el amargo sabor de la leche materna. Sólo en ese momento, se retiró, limpió el vibrante pezón y dejó que Valentina hiciera el resto.

Ambos padres estuvieron pendientes de los movimientos de la pequeña Valentina, de la succión que su pequeña boquita ejercía en su pecho. Alejandra sentía dolor, pero estaba dispuesta a seguir sintiéndolo para que su hija comiera. Valen llevó una de sus manos hacia el turgente y pálido valle de sus senos y le tocó el montículo del que estaba mamando su bebé y con movimientos circulares comenzó a estimularlo. Alejandra sintió que los pechos agarraron un cierto peso y que su pezón salió un poco más hacia la

boquita ansiosa.

Él se preocupó por acariciarla porque había leído en algún sitio que eso ayudaba. Esperaba hacerlo bien y sobre todo que funcionara. Tragó con fuerza al sentir los músculos comprimidos de su mujer, como si la pequeña succión de la débil boquita fuera a dejarla completamente seca. Mientras bajaba, su caricia, llegó al límite entre madre e hija.

Un nuevo temor retumbó en sus sombras.

—Es tan pequeña —susurró más para sí mismo que para Alejandra.

—Pero es una bebé fuerte y sana. Te lo aseguro.

—¿Qué tan sana puede ser si no toma leche materna? —preguntó él. Dejando claro que él sabía que la pequeña no acostumbraba a tomar leche materna. Alejandra lo miró con los labios en una tensa línea, siendo consciente de aquello también.

—Está acostumbrada a la fórmula, es cierto —explicó con cierto ápice de amargura—, pero solo como un suplemento a lo que yo le doy. No...no tengo demasiada leche, y como veras —La bebé la mordió con dureza—. ¡Valentina, hija! —Rió mientras la cambiaba de posición. Luego regresó la mirada a Valen que la miraba atentamente—. Lo siento, ¿decías?

—No importa—murmuró él. Su mirada se dulcificó al bajar la vista—. Valentina es perfecta y adorable. Tiene tus grandes ojos y tu boca.

—Por lo demás se parece mucho más a ti —contradijo ella—. Tiene el rubio oscuro de tu cabello y los ojos tan grises como los tuyos. Y como habrás comprobado, también sacó ese genio autoritario y exigente tuyo.

Una media sonrisa tiró de los labios de Valen.

¡Aquello era una excelente señal!

Nunca había emitido opinión alguna sobre la niña y ella tenía miedo de que él no le agrada, incluso no se había dado cuenta de las veces que las habría mirado. Porque lo había hecho y de eso no le quedaba duda al respecto. Si no, ¿cómo sabría tanto sobre las dos?

—Pero es una muñequita encantadora —siguió ella—. Nunca imaginé que una cosita tan maravillosa como esta fuera el resultado de...

Alejandra se mordió la lengua para no continuar con lo que quería decir. No quería recordarle las condiciones en las que había sido concebida la pequeña Tinny. Ni recordarle nada del pasado o de su cautiverio. No quería que volviera a su cueva oscura y solitaria.

Valen la observó contrariada y decidió intervenir.

—De la violación en ese cuarto de hotel —asintió con frialdad.

—Val, no —Alejandra negaba impaciente—. Eso no fue lo que quisiera decir. No importa cuándo o cómo concebimos a Tinny. La quiero, y me alegro de que sea una realidad.

—¿Tinny? —inquirió él con el ceño fruncido.

—Sí, nuestra hija.

«Nuestra hija.»

Demonios sonaba tan bien, tan familiar. Le hacía pensar en pertenecer a alguien y también en escapar.

El tenso silencio se extendió entre ellos. Alejandra tragó con fuerza y necesitó llenar aquel momento con una indiscutible verdad.

—Si es que en esa ocasión fue concebida Tinny, no me arrepiento — murmuró pestañeando—. Yo...

Valen necesitó unos segundos para comprender lo que realmente quería decir. Y le sorprendía la devoción de su mujer por él y por Valentina.

— ¿Necesitas algún tipo de ayuda con ella? —quiso saber él, incómodo. Acarició la tierna y delicada piel de la mejilla rosada de su hija.

—Quiero criarla yo —respondió ella—. Y también quería hablarte de un tema

—Valen se erizó, temiendo que ella propusiera la temible palabra con D—.

Quiero que adoptemos a Giacomo.

No había dicho: «Quiero el divorcio.»

Valen suspiró sintiendo que un peso de le quitaba de los hombros. Si ella quería adoptar a Giacomo, el niño que habían rescatado de la Organización en Italia, eso significaba que se quedaría justo donde estaba. No quería hablar con ella sobre ello en ese agradable...momento, pero si le preocupaba el sentir temor y furia porque Alejandra siguiera esperando milagros con él.

Todavía había mucha maldad en su vida y sombras que amenazaban con devorarlas a ambas. Su peor miedo fue infundado y Alejandra no cayó durante el parto. Por muy poco, pero lo consiguió. Su valiente guerrera sobrevivió. Luchó con uñas y dientes para continuar en un mundo, que carecería de importancia si ella no estaba en él.

La idea de adoptar al niño le parecía bien, pero tampoco quería atarla a él. La amaba. De eso no había duda, pero no podía. Su pasado no lo dejaba.

—Val, ¿en qué piensas?

—Sí eso es lo que deseas, lo haremos —Observó la ilusión destellante en los grandes y hermosos ojos de Alejandra. Y se sintió en la obligación de apelar a la lógica—. Cuando tengamos la custodia voy a irme de casa — Ella frunció el ceño—. Serás libre, y esta casa y todas mis propiedades pasarán a tu

nombre. Llegado el momento las pondré al nombre de Valentina. Prometo que no os molestaré y los tres podéis vivir aquí. El tiempo que quieran.

—Val, Val... para, para —negó ella, evidentemente afectada con su decisión—. Detente por favor.

—Es lo mejor para todos, confía en mí.

Él sabía que así se divorciara de Alejandra ella nunca dejaría que otro hombre formara parte de la vida de sus hijos. Ni estaría tampoco en su cama. Así era su mujercita: terca, amante y fiel.

Sacudió la cabeza mentalmente. Debía salir de allí de inmediato, antes de postrarse de rodillas ante su mujer y suplicarle clemencia y una nueva oportunidad, que no merecía.

—Ya hablaremos de esto en otro momento, ahora parece que Tinny ha quedado dormida —alegó él. Acarició el rostro dormido de la pequeña y luego el de su madre. Se acercó y besó su frente—. Me alegro que me enfrentaras para tenerla. Y que me pusieras en mi lugar. Gracias.

CAPITULO 36

Angelo se acercó a la barandilla de la terraza y miró hacia los amplios jardines de la mansión Lemacks. Con su traje de diseño gris y su magnífico cuerpo, parecía un rey contemplando el nuevo mundo que deseaba conquistar. Un mundo en el que paseaban y charlaban animadamente Alejandra, Shannon Bonham y Deva. Esta última llevaba en brazos a la pequeña Valentina, que ibagraciosamente ataviada en un Cachemirabrigado en forma de oso.

— Estás a punto de perder a tu familia —Suspirando fuertemente, trató de regresar a la tierra de los hombres al orgulloso hijo de perra que tenía a su izquierda—. No puede ser que ese maldito cautiverio te cambiara tanto cómo, para una vez liberado, haber decidido hacerte a un lado.

Valen, quien también tenía la mirada puesta en el alegre grupo de féminas del jardín, asintió al tiempo que apretaba los dientes.

—Estoy lejos de ser el tipo de hombre adecuado para mi mujer y mi hija.

Angelo ladeó la cabeza y observó a Valen.

Casi hizo una mueca ante el rostro frío e inexpresivo del bastardo. Si antes a su cautividad era poco comunicativo, tras su liberación se había cerrado en banda más que nunca. Podía cabrearse abiertamente, pero su furia gélida y calmada era la más temida por todos. Entonces bastaba con que dijera una sola palabra para que cualquiera se estremeciera de miedo. Era el tipo de hombre que nadie querría tener por enemigo. Ni dentro ni fuera de los negocios. Pero a él, un sicario diseñado para ser tan efectivo como una máquina exterminadora, no podía hacer que se mease en los pantalones. Demasiados años cazando criminales y terroristas, que acechaban en inmersiones y olfateaban alrededor de empresas ilegales.

No importaba cuántas personas hubiera torturado o matado, seguía ejerciendo su trabajo sin el más mínimo ápice de culpa.

—Ah —Una sonrisa se insinuó en los labios de Angelo—, entonces debo entender que estarías de acuerdo con que otro hombre criara a Valentina y calentara la cama de Alejandra.

Los músculos de Valen se pusieron duros como una roca ante la idea de una pelea. Ansiaba usar los puños para perderse en su ira. El animal en su interior no necesitaba otras cosas. La simple idea de otro cabrón ocupando su lugar en la vida de sus dos mujeres lo ponía enfermo y lo hacía ver todo del color de la

sangre. Se negó a pensar en toda esa mierda. Sabía que si las dejaba partir era únicamente porque estaba convencido de que su Alejandra jamás lo sustituiría. Ni como padre de su hija, ni como amante.

—Eso nunca ocurrirá —gruñó Valen—. Pero hay cosas que nunca se olvidan. Heridas demasiado profundas como para cicatrizar y enemigos que siempre tendrán a cualquiera de las dos en el punto de mira por ser... mías.

Angelo asintió en silencio. No importaba cuán duro hubiese trabajado, que se hubiera graduado con honores en las mejores universidades del país, o que sus logros empresariales fueran inmensos, Valen Lemacks seguía creyendo ciegamente que pagaría por los pecados de su padre hasta el último de sus días.

—¿Y quién dijo que debemos olvidar o sanar? —La voz de Angelo adquirió la dureza del acero—. ¿O qué tus enemigos no sangren si se les corta o mueren si se les ejecuta?

Un tenso mutismo se extendió entre ellos mientras el cerebro de Valen trabajaba rápidamente, planeando tener grandes cantidades de sangre en sus manos. Angelo Zammicheli tenía razón: nadie era un puto sobrehumano.

—Cuando ocurrió lo de Geovana —continuó el italiano, apoyando las palmas de sus manos en la balaustrada e inclinando ligeramente su cuerpo hacia delante, parecía completamente abducido por la melancolía de los recuerdos — fue la primera vez que me miré a un espejo y aborrecí lo que vi... — Sacudió la cabeza de pronto y la tristeza abandonó su cara. Sonrió de forma oscura, restando importancia a su momentánea y detestable flaqueza—. Pero sólo por un breve instante. Porque somos quienes somos, en quien nos hemos convertido. Y no hay un porqué. Porque todos tenemos historias. Algo que contar. Algo que ocultar

¿Acaso no era lo que llevaba haciendo con Deva todos estos años? ¿Ocultarle como tuvo lugar el maravilloso milagro de su concepción? ¿Confesarle cómo se habían pasado a su madre los unos a los otros en una orgía, como si fuera un fardo con piernas? ¿O cómo cada uno había esperado su turno para joder con ella como si fuera una prostituta sacada de la calle más inmunda de Roma?

Sí, deliberadamente lo había hecho, porque sabía que la verdad la destrozaría... y haría que su hija lo odiara para siempre.

Angelo que se había puesto lívido con cada pensamiento que surcaba su mente, permaneció inmóvil, con los músculos del rostro tensos, tratando de controlarse.

Deva podría haber sido hija de cualquiera de ellos...

Pero Valen y él sabían perfectamente que sangre corría por sus venas. Era una Li Volsi. Y a diferencia de sus antecesoras, era una adolescente completamente sana, dulce, divertida, inteligente, con un corazón enorme y una sensibilidad extrema que le había acarreado más de un problema. Ella era la prueba tangible de que Valentina Lemacks podía ser mejor persona que su padre, o de cualquier otro Li Volsi.

Con los ojos sospechosamente brillantes, respiró profunda y lentamente para llenar sus pulmones de aire, y añadir:

—Pero no todos tienen una poderosa razón por la que merezca la pena levantarse una y otra vez, sacudirse y curarse los raspones. Y tú, hermano, tienes dos preciosas razones para hacerlo.

Angelo sintió como si estuviera hablando con un muro, y juró todo tipo de improperios en silencio. No seguiría, sólo por el momento, con la discusión. Era obvio que no convencería a Valen ese día del gravísimo error que estaba cometiendo.

Valen, ávido de eliminar de su radar a sus dos grandes debilidades; una que apenas llegaba al metro sesenta y cinco de altura y la otra a escasos cincuenta centímetros, se dirigió al elegante despacho contiguo a la terraza, seguido por Zammicheli. Se sentó detrás de escritorio e invitó a este a que lo imitara, consciente del arma que Angelo llevaba en el tobillo y de la que escondía bajo la chaqueta de su traje.

—¿Qué sabes de Damiano. ¿Sigue desaparecido? —preguntó Valen mientras colgaba a Bianca, a quien había ordenado servir café en el despacho y preparar una suculenta merienda para su esposa e invitadas.

Angelo estudió al hombre que tenía al otro lado de la mesa, y que se exhibía amenazador. Enlutado de pies a cabeza, vestía solo un pantalón y camisa de vestir y unos mocasines. Continuaba sin deshacerse de su gruesa barba y su cabello cada día lucía más largo. Sus ojos estaban enrojecidos y demasiados intensos por el dolor y el rencor.

El italiano curvó los labios.

La sonrisa de un asesino podía ser amigable y reflejar diversión. Fingir y engañar, formaba parte de su profesión.

—Las ratas son las primeras en huir cuando las cosas se ponen feas y un barco comienza a hacer aguas por todas partes. Pero respóndeme a la siguiente pregunta —dijo, cerniéndose en el escritorio, como si fuera a confesarle un importante secreto—. ¿Hacia dónde puede escapar una rata en medio del océano? —Encogiéndose de hombros volvió a recostar su ancha espalda en la

cómoda silla—. No hay escapatoria alguna. Perecerá tarde o temprano en el fondo del mar con el resto de cadáveres.

CAPITULO 37

— El trabajo de madre es de veinticuatro horas los siete días de la semana. Y, es absolutamente mentira que cuando crecen se ponen más adorables. Esta es la mejor época de tu hija, y debes disfrutarla.

Idaira parecía divertida leyéndole las cartas del destino que deparaba el haberse convertido en madre. Alejandra rió y le sobó la barriguita a su pequeña bebé.

—Estás haciendo ruiditos de nuevo y me estás ignorando.

Llevaba hablando con su cuñada desde hacía unos veinte minutos y habían pasado de ponerse al día sobre cómo se encontraban ellas, los bebés, sus esposos, y ahora, con el manos libres activado en su oído, podría también echarle crema humeante al cuerpecito de Valentina.

— Lo siento, no puedo evitarlo. Tinny y yo estamos en la mitad de un masajecorporal, ¿verdad, hermosa? —preguntó asu hija, mientras se llevaba una de las plantas de sus piecitos a la boca y le dejaba caer un sonoro beso.

La niña rió, demasiado halagada y entretenida de que su madre le prestara atención, única y exclusivamente, a ella.

—¡Dios, esa pequeñaja es tan demandante y manipuladora como su papá! — rió Idaira, encontrándole la gracia a la situación.

Pero tenía razón, pensó Alejandra. Se parecía demasiado a su autoritario padre.

Por otro lado, puede que sobreprotegiera a Valentina, pero antes de ser madre, creía que lo importante era intentar ser servicial con el resto del mundo, pero unavez tuvo asu cachorro enbrazos, lasprioridadescambiaron para ella.

—Tiene el cabello ahora más abundante que antes y se parece más a Valen que a mí, aunque sacó mi palidez.

—Sí, es hermosa. ¡Dios! ¡Ya puedo imaginarme al Bombón Celópata de aquí a unos 14 años con la metralleta instalada en la terraza!

Ambas mujeres rieron.

Valentina gorgojeó yPatch aprovechó ese momento para meterse losdedos de la mano de Tinny en el hocico. Alejandra estaba segura que algún día Valen derribaría sus muros con la niña. Quizás no lo haría con ella, pero sí con su pequeña hija. Se había dado cuenta con lo conversado hacia unas noches que a él no le pasaba desapercibida. Sabía exactamente las veces que tomaba

biberón en el día y estaba segura que también sabía la cantidad de pañales que usaba. Por lo que el acercamiento entre padre e hija era lento, pero seguro.

—Atodo esto, cuñis, ¿el Bombónytú ya retomaste el ejercicio conyugal? Según dice el doctor, una debería esperar hasta terminar la cuarentena. ¿Qué te dijeron a ti?

Alejandra hizo un pequeño mohín porque no quería hablar de ese tema. Sabía por dónde llevaría el asunto su cuñada y sinceramente, creía que lo mejor era que Valen y ella resolviera primero sus problemas fuera de la cama, porque en ella, se habían compaginado perfectamente.

Aunque eso no evitaba que el deseo estuviera ahí, vivo, y que quisiera yacer nuevamente entre los brazos de su marido.

—La verdad es que no pregunté. Pero si lo mejor es esperar...

—No creo que en tu caso sea igual —La rebatió Idaira. Alejandra sacó el cajón un par de medias blancas. Hacía mucho frío y no quería que Valentina se refriara—. Lo tuyo fue cesaría. Seguro que tus heridas cicatrizan más rápido o quién sabe. Pero Dios, yo no fui capaz de aguantar ese tiempo. Aunque tuve que seducir a tu hermano, porque él quería esperar. Oh, pero fue muy dulce y caliente el volver a hacer el amor con él.

Alejandra la escuchaba con el anhelo de que llegara pronto ese dulce estado de la relación en pareja. Deseaba que Valen la rodeara con sus brazos, la besara. Ella lo lograría, estaba segura. Porque así tuviera que encadenarse a la casa, no habría nada en el mundo con la fuerza suficiente de alejarla de él. Quisiera o no. Y ya era hora que su marido olvidara esa estupidez que le había dicho cuando estuvieron en ese mismo dormitorio.

Se mordió el labio. Dios, se moría por tener el suficiente valor para besarle, para tentarlo y para compartir su cama. No le importaba si era duro como había demostrado que podía ser. Claro que la idea de que Valen fuera dulce y delicado en el lecho con ella, no era demasiado posible, pero tampoco inverosímil.

—Eso es lo que deberías hacer.

La mujer levantó una ceja porque se había perdido la mitad de la conversación en sus cavilaciones.

—No creo que sea el mejor momento, Ida.

—De verdad, cuñis, y yo no puedo creer que el Bombón sea tan aburrido en la cama como para no sentirse tentado y darte duro luego de tantos meses.

—No se trata de eso.

—Si no tuvieran a la pequeña princesa, pensaría que nunca han destrozado una

cama. Aunque ese concierto de gemidos que tuviste en tu última visita a la isla, sigue siendo inolvidable. ¿Cómo era? ¡Ah, sí, ya recuerdo! —La mujer carraspeó—. Val... Val... sí, sí...

—¡Oh, Ida, no seas tan vulgar! —regañó Alejandra. Su cuñada rió burlonamente—. Sabes que soy horrible en eso que tu llamas seducción. Conmigo eso no funciona. Soy... torpe por naturaleza.

—También eres un desastre en la cocina y continúas tentando a la suerte, así que esto no es diferente. Cierto es que el Bombón es un duro adversario, sí, estoy de acuerdo, pero tiene una debilidad. Y debemos encontrarla.

Debilidad.

Sí, Val las tenía. Después del cautiverio había notado cuán profundas eran las debilidades y miedos de su marido. Sabía que ese era el motivo por el abría brecha tras brecha entre ellos, pero no lo lograría. Esta vez ella no se iría de su lado tan fácilmente.

Alejandra suspiró, mientras decidía si aceptar o no, una vez más la ayuda y posible fracaso al que la incitadora Idaira la llevaría.

Intentarlo al menos.

Tenía, debía de ser positiva.

«Situaciones desesperadas requieren medidas aún más desesperadas», determinó.

—¿Qué tengo que hacer? —murmuró no muy convencida.

—¡Sí, esa es mi cuñis!—rió Ida encantada.

Ella hizo una mueca porque se imaginó a su perversa cuñada saltando de alegría y haciendo sonar una pandereta gitana con el sacudir de sus caderas.

—Solo espero que esta vez los resultados sean buenos.

Valentina aprovechó para agitar brazos y piernas como si estuviera corriendo una maratón. Patch colocó ambas patitas delanteras sobre la cama para olisquear a la criatura. Alejandra le acarició la cabecita.

—Tienes que dejar de ser madre por algunas horas. La princesa de la casa va a estar bien, te lo prometo. Así que debes dejar la pose de mamá gallina y volver a ser una mujer. Una mujer para un hombre, no una madre buscando al padre de su hija, ¿entiendes?

—¿Dejar a mi hija sola?

—Dile a Bianca que vea a la pequeña peleona por algunas horas. Busca algún sugestivo vestido para la cena. Asegúrate de darte un relajante baño de espuma y sales. Prepárate para él. Puedes incluso usar algo de esas cremas aromáticas, si es que al Bombón le gusta algo así.

Alejandra tragó saliva.

—Cenen juntos. Coquetéale un poco con pequeños toques o pega tu cuerpo al suyo. Asegúrate de acariciarle la piel desnuda del cuello y de mirarlo atentamente. Los hombres también necesitan mimos, bonita.

La mujer se sintió incómoda, porque no creía que aquello fuera exactamente la manera de atraer a un escurridizo Valen, que normalmente prefería cenar en el despacho mientras seguía trabajando. Lo suyo nunca había sido una relación común, jamás lo había sido, pero ya era hora que él se diera cuenta de lo que ella necesitaba. De lo que ella deseaba.

Suspiró sintiendo los primeros nervios en su estómago.

—Es exactamente una escena que no creo que funcione —rumeó ella—. ¿Olvidas que no tengo el más mínimo sentido de lo que es o no ser sexy? ¿O de lo que sucedió cuando traté de seducirlo con el negligé que me regalaste? Fue un total y absoluto fracaso.

Esta vez fue Idaira la que suspiró.

—Alejandra, no porque pongas imágenes sugestivas en la cabeza de Valen, va a ser mejor o peor. Ese hombre te ama, y hagas lo que hagas, te demostrará ese amor mediante el sexo. Parece ser de esa clase de personas que no conocen otro modo de exteriorizar sus emociones, honestamente.

Un pequeño silencio cayó entre ellas. Alejandra pensó que en efecto, Valen la amaba, pero no sabía cómo demostrárselo. Quizás ese fuera el gran problema de todo.

—Entonces, ¿nada de salir media desnuda, inclinarme ligeramente hacia delante o menear el trasero delante de él?

Idaira rió.

—Esas son excelentes tácticas de seducción, sí.

Media hora después, cuando Alejandra bajó al primer piso, tenía un plan relativamente armado que iría modificando sobre la marcha. Lo principal era que necesitaba salir de casa e intentar no pasar de nuevo vergüenzas. Su cuerpo estaba regresando a lo que había sido antes del embarazo, así que no tenía muchos reparos en mostrarse delante de él. Esperaba que le gustara lo que haría, porque si no, estaba segura que lo alejaría más de lo que ayudaría.

Cuando llegó a la primera planta, reparó en que el despacho de Valen tenía la puerta abierta. Allí dentro, Gael y él conversaban. Valentina se llevó las manos a la cabeza, mientras aprendía el siempre necesario arte de espiar. ¡Buena hija!

— Pasa Alejandra —La voz de Valen sonó dura y tanto madre como hija,

asomaron las cabezas desde la puerta y lo miraron con sus grandes y expresivos ojos.

Tinny, como solía llamar a la niña su esposa, se metió unos deditos en la boca, mientras ambas ingresaban al despacho.

—¡Oh, espero que no hayamos interrumpido nada importante! — argumentó inocentemente.

—Señora Alejandra —saludó Gael.

Valen se puso de pie y rodeó el escritorio. Se apoyó en el quicio de la madera y cruzó los brazos.

—Hola, Gael —respondió ella y luego se dirigió a Valen—. Voy a ir de compras.

—¿Tú de compras? —El hombre arrugó el ceño, y la mujer se ruborizó, porque comprendió perfectamente lo que él estaba pensando.

—Bueno, es algo de fuerza mayor, necesito algunas cosas para Valentina y para mí.

—¿Qué han hecho con la mujer que se ponía mi ropa con tal de no pisar una boutique?

Ella se humedeció los labios, nerviosa.

—¿Que tuvo una hija? —exclamó, deseando arrancarle una sonrisa.

No lo consiguió.

Él solo se limitó a mirarla a los ojos. Éstos se estrecharon y apretó la mandíbula. Era una reacción apenas perceptible, pero aseguraba que sospechaba de ella y de su repentino interés por la moda. ¡Diablo astuto!

—Gael, acompaña a Alejandra y a Valentina —ordenó Valen finalmente, metiendo las manos en el pantalón de su traje—. Llévate contigo algunos hombres más y vela porque nada les pase.

La mujer sonrió y recordó que a la bebé le tocaba tomar el biberón de la media tarde. Así que se acercó a su esposo, como un pequeño demonio que aprovecha su suerte y le puso a la niña en los brazos. Valen la cogió como un acto reflejo, y aún tenía los brazos estirados cuando Alejandra salió disparada de la estancia diciendo que subiría a cambiarse.

Valen Lemacks tuvo una guerra de miradas con Valentina Sarah Lemacks. Ojos grises contra otros del mismo color, pero que no tenían ni su frialdad, ni rastro de crueldad.

El mayor regalo que Alejandra le hubiera podido dar a aparte de sí misma, era la pequeña que tenía en brazos en esos momentos. Se sorprendió, a la vez que asustó, por el vínculo que sintió de inmediato por su hija.

«Su hija.»

Sí, su hija, su pequeña. Aquel ángel curioso llevaba su sangre y te gustase o no, él era su padre. Se encargaría de que a ninguna de las dos les faltara nunca nada. No se les privaría de ninguna comodidad. Aquella no era una decisión que había que tomar con el corazón, sino con la razón.

La pequeña que había fruncido los labios por el cambio de manos, arrugó la boquita como un asterisco. Valen pensó que lloraría. La meció un poco. Todavía no se acostumbraba a sostenerla. Se ponía nervioso y tenía miedo de no sujetarle bien la cabeza. A ella le temblaba el labio inferior y Gael, el maldito cabrón, disimulaba una pequeña sonrisa. Se estaba divirtiendo mucho a su costa y Valen tuvo que recordarse lo bueno que era en su trabajo para no sacarlo de allí a golpes.

—No llores, no... —Le imploró a la niña en un susurró mientras se apresuraba a salir al pasillo. Estaba muerto si Alejandra regresaba y la encontraba llorando—. ¡Bianca!

CAPITULO 38

Valen nadó con furia las últimas brazadas.

Sentía el corazón golpear su pecho con una fuerza tan desproporcionada que el latido rebotaba hasta su garganta, activando las venas importantes del cuello y logrando que sintiera asfixia por la falta de oxígeno.

Suspiró, aguantó la respiración y se sumergió hasta el fondo de la piscina colocando ambas manos en el borde para no salir a flote. Necesitaba un tiempo a solas. Esa tarde había descubierto una parte de él mismo que no sabía que existía. Era la primera tarde que había pasado con su hija. Alejandra se había encargado de eso. La pequeña bruja manipuladora había aprovechado claramente su momentánea sorpresa al coger a la niña en los brazos para desaparecer. La niña había quedado a su cargo bajo la sonrisa de Gael. Valen le puso mala cara hasta que se fue sobre sus pasos y tras su mujer.

Al inicio había pensado que ella le haría ver el infierno en vida con sus berridos, pero la pequeña lo había hipnotizado con aquellos cálidos y maravillosos ojos grises.

«Cálidos», pensó.

En ella no había ese halo de demonstruosidad que veía cadavez que se miraba a un maldito espejo. Valentina era un espíritu nuevo, risueño, y tan dulce y humanitario como lo era su madre. Terca como ambos, pero cautivadoramente inocente como Alejandra.

Al ver a ambas allí, observándolo con sus grandes ojos, algo se había roto dentro de él. Creía firmemente que un trozo de oscuridad se había iluminado y eso lo tenía aturdido.

Cuando su mujer había regresado de sus peculiares y sorprendentes compras, y luego de que él se asegurara de que estuviera bien con sus propios ojos, habían tenido una cena algo extraña. Bianca había hecho su comida favorita y Alejandra había estado más habladora que nunca. Le había recordado mucho a ese tiempo en el que no había ninguna preocupación y en el que viajaba kilómetros de distancia solo para pasar los fines de semana juntos.

Aquellos recuerdos le parecían tan antiguos como el propio tiempo. Uno mejor.

Si algo había aprendido esa tarde era lo siguiente: Él no las merecía, pero las protegería con su vida misma y no le importaría cuantas cosas crueles y

macabras tuviera que hacer para conseguirlo.

Sacó la cabeza por fin del agua. Limpió su rostro, y cuando abrió los ojos se topó directamente con un par de pies pequeños y pálidos con las uñas pintadas de rojo intenso. Tragó con fuerza y subió la mirada por las torneadas piernas y los deliciosos muslos...

Un tirón incómodo en su ingle le proporcionó más dolor que una hostia en la mejilla. El golpe electrificante de lujuria lo cogió desprevenido y sestó un gancho directamente a su mandíbula. En un maldito instante su polla se volvió de acero. Intentó respirar, pero hasta sus pulmones estaban contraídos.

Detestaba desearla tanto y también su estúpida resolución de no tocarla.

Observó con los iris tornándose cada vez más oscuros la porción de paraíso que ocultaba la camisa blanca que le llegaba hasta los muslos. Era suya. La camisa y la mujer. Ella se había colocado detrás de la luz, así es que el juego de luminosidad y sombras lograba que la delgada tela dibujara cada parte de su cuerpo. Era sexy como el infierno, pero ella tenía el tipo de sensualidad más hermoso que pudiera existir: De la mujer que no conoce que lo es.

No le pasó desapercibido el hecho de que estuviera cubierta, porque seguro tendría inseguridades con su cuerpo. Alejandra las había tenido antes de conocerlo, y con los cambios operados, era lógico que aquellos fantasmas volvieran.

«Algunos fantasmas son recurrentes», bufó con ironía.

—¿Te importa si nado contigo un rato? —preguntó ella al ver que el hombre simplemente la observaba como una aparición. Ella no quería ser un fantasma para él, ella quería ser su realidad. Su mundo. Su todo.

Las sombras dejaron ver los succulentos, sinuosos y medianos pechos de la mujer. Él los había visto, los había tocado y aunque luego lo habían perseguido muchos demonios por ello, también había puesto su boca sobre sus pezones y los había succionado, chupado, mordido... Mierda.

Sintió su pulsante, rígida y pesada polla palmeando su vientre.

La lujuria lo estaba matando.

—¿Val?

—Como mejor te apetezca —respondió él sin darle importancia y Alejandra caminó hasta las escaleras.

Por la cabeza de Valen pasaron varios pensamientos que eran inequívoca y horriblemente indubitables.

Agradeció secretamente que el bamboleo de las caderas femeninas, o al cimbreo de los pechos, lo distrajeran de esos oscuros pensamientos.

Lo cierto, también, era que él había escapado por los pelos de la Alejandra solícita de la cena, de esa intención de acercarse a él y de los pequeños roces de su delicada piel contra la de él. Había salivado toda la cena, desesperado por engullir la comida y poder salir. Desesperado por buscar un lugar dónde poder estar a solas y no tuviera que pelear contra sí mismo para no tocarla. Para no joder en ella tan duro que la arruinaría.

Aun cuando su pulsante erección suspendida, era la prueba indudable de que la deseaba.

Suspiró.

No habíatenido sexo desdehacíamuchos tiempo y sulógica había tomado la determinación de que así continuaría siendo, pero su cuerpo tenía otras ideas, otras necesidades y apetitos.

La mujer se deslizó con gracia y elegancia por la escalinata de metal y mientras su cuerpo entraba en contacto con el agua, sus pezones se pusieron duros.

Tragó con fuerza porque el conocimiento de ser observada descaradamente por Valen hacía que todo su cuerpo reaccionara. Su respiración se tornó pesada, jadeante, pero no despegó los ojos cuando se giró y caminó hacia aquellos ojos oscurecidos por el deseo.

—Estuviste muy callado durante la cena, ¿sucede algo con la empresa? —preguntó intentando cortar el silencio angustiante.

Él negó.

—¿Dónde está Valentina? —indagó, ubicándose justo debajo de la caída de agua.

—Duerme.

Alejandra se acercó a él.

El golpeteo del agua sobre su cabeza y hombros parecía que no lograba relajarlo tanto como otros días. Sentía los músculos agarrotados, las venas bombeantes y su polla demasiado erecta para estar cómodo.

Se sentía más incómodo todavía cuando el calor de las palmas de las manos femeninas hizo estallar su corazón dentro de su pecho, cuando le acarició las líneas marcadas de su estómago.

—Así que esto se consigue cuando pasas horas en el gimnasio —dijo ella, mientras sus manos acariciaban cada músculo tallado y los bordes de las heridas causadas en el cautiverio.

Paseó su mano, mientras se instalaba justo enfrente de él, con la fina tela de la camisa acariciando su polla.

—He intentado librarme de ti —dijo sin reparo alguno. Enfadado. Y quitándole la mano de su torso.

—No lo hagas —susurró ella—. No te alejes, ni me alejes de ti. Déjame repoblar tus recuerdos con otros mejores —Agachó su cabeza y besó las cicatrices de la parte alta de su fornido pecho—. Permíteme ayudarte a crear un futuro mejor.

Valen se contrajo y cerró los ojos, dejando que la mujer le besara el alma cada vez que rozaba alguna horrible cicatriz.

—¿Te duele?

—Las repudio —confesó en un instante de debilidad.

—Cada una de ellas no son repulsivas, son el recuerdo de cual valiente y fuerte fuiste —Le rebatió ella besando cada una de las cicatrices que encontraba a su paso, luego cogió su cabeza y lo obligó a mirarla directamente a sus ojos—. Triunfaste allí donde muchos hombres hubieran claudicado. Te mantuviste íntegro y aunque nunca hemos hablado de esto, tengo la necesidad de decirte que hubiera dado mi vida con tal de evitarte ese dolor.

—A...Alejandra —murmuró él

—Le rogaba cada instante, en cada respiración y latido a mi Dios, y a mi amada virgen que te devolviera a mí. Que te cuidara y...

Dando un gruñido, Valen la besó furiosamente porque no podía soportar las lágrimas cristalinas que se almacenaban en sus preciosos ojos.

Alejandra sintió la lascivia fuerza del beso de su marido en cada parte de su cuerpo. Desde sus labios, hasta las zonas más profundas y necesitadas de afecto de su cuerpo. Abrazó su cuello y abrió las piernas para rodear su cintura. Profundizó el beso abriendo la boca y regalándole a su hombre todo lo que quisiera de ella.

Él le mordió los labios en la desesperación por hacerla suya, y por acallar los demonios de ambos.

Las poco hábiles, pero escurridizas manos de Alejandra tocaron la caliente y dura piel del hombre y Valen se recreó en su cintura, y en sus piernas.

La deseaba.

Lo hacía con tal demencia y descontrol que sintió miedo. Quería enterrarse tan profundamente en su interior hasta que alejara la oscuridad de su alma y vaciarse una y otra vez en ella. Hacerla gemir, jadear, gruñir, gritar y cualquier otra cosa, hasta que explotara y viera fuegos artificiales.

Cediendo a la sed de su lujuria, le quitó la pieza de tela mojada, solo para darse cuenta que debajo no tenía absolutamente nada.

—Estás desnuda —comentó él un poco sorprendido porque ella no era una mujer demasiado exhibicionista.

—Me aseguré que no hubiera nadie en los alrededores de la piscina y las cuatro paredes que la rodean son un excelente cómplice.

—¿Debo pensar que planeaste todo esto para seducirme?

Ella lo besó, y con su mano comenzó a masturbar su hinchado miembro. Paseó la mano por la morada cabeza y utilizó movimientos circulares. Se sonrojó cuando Valen lamiró, pero supo que había hecho lo correcto, cuando él lanzó la cabeza hacia atrás para soltar un gemido.

Mientras ella le daba un placer desbordante y Valen aumentaba el movimiento de sus caderas, una de sus manos bajó hasta el punto de unión de ambas cicatrices que mostraban que Alejandra también era una guerrera. Primero por el feroz y horrible ataque y luego por su propia pequeña. Le prodigó algunas caricias tiernas, para luego seguir su camino.

Alejandra gimió y aceptó de buena gana que el que le saqueara con dos de sus dedos su deseoso clítoris. Ella gimió más fuerte cuando él la masturbó más duro aún. Alejandra apretó su mano entorno a la carne dura de su erección.

—Quiero empujar tan fuerte dentro de ti que el romperte en mil pedazos es más que una opción —dijo él, mordiéndole el cuello—, es un hecho real.

—Hazlo —susurró ella y besó de nuevo su boca, con urgencia.

Valen la jaló hacia el lado donde las pequeñas escalinatas internas de la piscina se encontraban. La sentó en uno de los descansos. Le besó los labios, el cuello y el rosario de besos siguió por sus succulentos pechos de mamá, su vientre redondeado aún, su pubis. Mordió con los dientes desnudos su clítoris. No solo lo apretó ligeramente entre sus dientes, sino que la mordió con fuerza controlada, pero lo suficiente para que un destello de dolor recorriera el cuerpo de la joven. Ella metió los dedos entre los cabellos castaños claros del hombre mientras gemía porque lo necesitaba allí, y más abajo. Cada parte de su cuerpo lo reclamaba.

—Fóllame —Le pidió ruborizada y mordiéndose los hinchados labios—. Castiga a tus demonios en mi cuerpo.

—No sabes lo que me pides —La regañó él, negando—. Eres una descarada insensata —agregó antes de pasarle la húmeda lengua por la raja.

Ella exhaló como si el alma se le saliera. Valen lamio y bebió del néctar entre sus piernas con tal fuerza y posesividad que la volvió loca de necesidad. El deseo de tenerlo dentro era insoportable.

Ingresó su lengua en su interior haciéndola gritar y pedirle más. Rogarle si era

necesario.

Él volvió su boca hacia su clítoris, mientras dos de sus dedos invadían su interior.

—Me gusta oírte gemir, y decir mi nombre, pero me pregunto si tu cuerpo podría recibir más.

Alejandra convulsionó momentáneamente cuando al par de dedos se le unieron dos más.

Ella gritó porque se sentía repleta. Ya había sido difícil el ingreso de los primeros dos, pero los siguientes le raspaban las paredes vaginales y la sensación aunque no era del todo dolorosa, tampoco era completamente placentera. Pero estaba dispuesta a soportarlo con tal de tenerle.

Valen la sintió ajustada como la primera vez que había metido su polla en ese cálido hogar. Su lujuria explotó no solo en su cerebro, sino también palpitó en su miembro erecto.

Ubicó su miembro en la suave, húmeda y resbaladiza entrada del cuerpo de la mujer que se arqueaba para sentir el delicioso roce de ambas carnes.

—Por favor —Le rogó—, te necesito dentro de mí. Te lo ruego.

«Te lo ruego», sollozó una mujer desgarrada por el dolor.

«No lo hagas, por piedad, te lo ruego, no volveré a desobedecer»

Su cabeza se perdió en el limbo del dolor unos instantes y sus manos dejaron de tocar a Alejandra. Y remitió todo su deseo como si alguien hubiera soplado la mecha de una vela.

Se alejó de ella con el ceño fruncido y el cuerpo temblando.

—No, no puedo.

—¿Qué sucede? —preguntó ella incorporándose y cubriéndose los senos con las manos—. ¿Val?

El hombre simplemente salió disparado de la piscina orgullosamente erecto. Cogió la toalla para cubrir su desnudez y comenzó a dirigirse a la salida sin dirigirle una última mirada y ni una sola palabra.

—¡Valen! —gritó ella

—No hay un destino para nosotros, Alejandra. Si nos conocimos, fue por las maquinaciones de nuestros malditos hermanos. La casualidad es un factor de riesgo en esta ecuación. Deberías recordarlo —rugió con frialdad cuando la miró. Una que no sentía pero que su conocida máscara de cristal dejaba entrever.

Ella gimoteó y negó.

—Las casualidades no existen, si nos conocimos fue por algo.

Él simplemente sacudió la cabeza, le tiró una toalla cerca y siguió su camino.

CAPITULO 39

Volvió a observar el reloj de pared que anunciaba un retraso de casi cuarenta minutos.

Valen había elegido justo aquel día para llegar tarde. Desde lo acontecido en la piscina varios días atrás, el hombre había vuelto a echar un candado a sus emociones, y retrocedido en el camino de las segundas oportunidades y de la comunicación. Todo el esfuerzo que había realizado, todo el circuito recorrido para llegar a él, de pronto, se había evaporado ante sus ojos. Ahora se encontraba como al principio: en la meta de salida.

Alejandra cerró los ojos intentando relajarse y se mordió el labio inferior.

La asistente social llevaba sentada en la sala hacía mucho tiempo y ya habían tomado café con algunos tentempiés. La aludida la observó a través de los vidrios inmaculados de sus gafas de montura cuadrada, demasiados viejos para ser atractivos, pero útiles en sus fines.

—Coge otro pastelito, cariño —dijo Alejandra amorosamente en italiano al pequeño Giacomo que se había sentado, tentativamente, cerca de ella. Había estado estudiando concienzudamente su idioma. Y el de Valen.

Los ojos dorados del pequeño de seis años la observaron detalladamente como si no quisiera perderse ningún detalle. Ella le sonrió y el pequeño apoyó la cabecita sobre su regazo. Bostezó.

—Señora Lemacks... —dijo la asistente social consultando la hora por enésima vez.

—Yo... —interrumpió Alejandra—, entiendo que debemos seguir con el protocolo —Meció al cochecito a la pequeña Valentina que había comenzado a gimotear y acarició el cabello del niño.

No quería que se fuera. Quería tenerlo por fin en casa, pero Valen no estaba colaborando.

Suspiró.

—Creo que su esposo no logrará llegar y Giacomo está cansado...

—¡Lo hará! —La interrumpió elevando la voz, logrando que Valentina chillara unos segundos. Alejandra se volvió hacia su pequeña hija—. Ya mi amor, ya... tranquila. Señorita Reachmont, entiendo que usted tenga un horario que cumplir, pero le aseguro que a mi marido le ha tenido que pasar algo. Él no...

La puerta de la sala se abrió justo antes de que Alejandra siguiera con la

ringlera de excusas.

El hombre parecía enfadado, pero al ver la escena allí, cambió rotundamente su expresión, escondiendo su mal humor, y se convirtió en la del marido ejemplar.

—Buenas noches —saludó en general.

Alejandra se levantó con cuidado de no asustar a Giacomo, pero en sus grandes ojos del color del oro refulgía la luz de la preocupación.

—¿Te encuentras bien, Val? —preguntó la mujer acercándose a él y acunando su rostro—. Dios mío. ¡Me tenías tan preocupada!

—Lo lamento, cariño —dijo él acariciando el bello rostro de la mujer y jalándola hacia él para besarla intensamente.

Ella se agarró de sus brazos parano perder el equilibrio y se sintió mareada. Valen era más embriagador que la mezcla más dura de licores.

Sacudió la cabeza y con las mejillas encendidas en bermellón. Valentina aplaudía la hazaña de su padre y la señorita Reachment evitaba mirarlos con un rubor acentuado en sus mejillas.

Alejandra sintió vergüenza, pero Valen le acarició el cabello.

—Mi intención no era preocuparte, pero tranquila, solo fue una pequeñez —Observó a su hija, y se acercó a ella—. Hola, princesita —dijo pasando uno de sus dedos por sus regordetes cachetes. El hombre se giró hacia la otra mujer—. Señorita...

—Re-reachment. Kate Reachment —Se presentó extendiéndole la mano.

—Señorita Reachment, lamento mucho la tardanza. Todo ha sido mi culpa por no medir los tiempos. Espero que esto no interfiera en nada la burocracia para la adopción de Giacomo.

—No —negó la mujer—, por supuesto que no. No se preocupe. Estábamos esperándole.

—Me alegro de eso —asintió—. No me hubiera gustado perderme el paseo de Gio por su nueva casa. Ven aquí pequeño —dijo en italiano para que el niño comprendiera—, vamos a conocer tu hogar.

Alejandra levantó a la bebé y la acunó entre sus protectores brazos. La meció con amor y una sonrisa cálida se instaló en los labios de la mujer.

—¡Me encanta su nuevo apodo: Gio! ¡Tu hermanito será Gio para nosotros! —Le dijo a Valentina que le mostró una sonrisa desdentada.

Valen sintió la sangre detenerse en su pecho al verlas tan felices.

La mujer, Kate Reachment, se había alejado unos cuantos pasos, pero Gio aprovechó el momento para coger la mano de Valen y aferrarse con fuerza a él.

El gran Valen Lemacks, dueño y señor de la mansión, fundador de Lemack's Corporation; tragó saliva con fuerza como si se tratase de un don nadie muerto de miedo. Sintió que las piernas le flaqueaban por el gesto que había tenido el infante con él.

En silencio e inocentemente le había obsequiado con su confianza instantáneamente. Valen lo observó directamente a los ojos. Grises reflejados en dorados. Ninguno era tierno, ni cálido y la inocencia había dejado aquellos dos pares de iris hacía mucho tiempo.

Ambos llevaban una pesada carga en su alma, así que unos invisibles hilos fueron haciendo un puente entre ellos. De padre a hijo. De hijo a padre.

—Estarás bien, lo prometo —Le prometió a su nuevo hijo—. Ahora formas parte de... nuestra familia.

El silencioso niño asintió. Valen agarró con fuerza la mano de su hijo y levantó la mirada hacia Kate que lo observaba con ojos tiernos.

Él carraspeó.

—Imagino que las preguntas iniciales ya fueron respondidas, así que lo mejor será que demos una vuelta rápida a la casa para que los niños puedan cenar e irse a la cama.

Y cumplieron con lo prometido.

La vuelta fue rápida porque no había demasiado que demostrarle a la asistente social. Era lógico que en una mansión hubiera más habitaciones de las que se necesitaba. Más, incluso, que las personas que habitaban en ella. Se habían detenido en las partes centrales del hogar y ahora disfrutaban de las vistas que tenía el dormitorio de Gio, que estaba paralelo al dormitorio de Valentina. Alejandra no había querido que los niños durmieran en la otra ala, como había sido en otros tiempos. Ella los quería cerca por cualquier eventualidad.

Aunque no había hecho ningún gesto, Valen sabía que a Gio le había encantado su habitación. Recordó que en su estancia en aquel pequeño rancho en Italia, cuando ambos estuvieron cautivos, al niño le había maravillado imaginarse los establos llenos de caballos.

Ese había sido su único escape.

Así que cuando Alejandra le pidió consejo para el cuarto del pequeño, él no había dudado en que la mejor opción era colocar pinturas en las paredes en forma de equinos.

Giacomo también se había acercado a la pequeña y le había agarrado de una mano. La niña, curiosa como ninguna, se había llevado a la boca el puño de su recién estrenado hermano mayor. El pequeño la había mirado con ojos tiernos

y Valen estuvo seguro que él cuidaría de su hija si es que en algún momento Alejandra o él mismo, faltaban.

Suspiró satisfecho.

—Esos son todos los papeles de adopción y estamos esperando la resolución del gobierno inglés.

Bianca entró en la habitación.

—Disculpe que la interrumpa señora Alejandra.

—Dime, Bianca.

—Quería saber dónde se servirá la cena, y si le traigo el biberón a la pequeña señorita. Es su hora.

—Oh, claro. Sí, por favor. La cena será en el comedor porque fuera está nevando —Le pasó a la pequeña Valentina a su marido y este la recibió. La niña se acomodó en el hueco del cuello de su padre y lanzó un pequeño suspiro.

Giacomo comenzó a jugar con algunas cosas de la caja de madera a los pies de la cama.

—Eso es un tren bala —dijo Valen en su idioma y el niño lo observó.

Alejandra se giró hacia la otra mujer y la comprometió.

—Debería quedarse a cenar, señorita Reachmont.

—Oh, le estoy agradecida, señora Lemacks, pero aún debo regresar a las oficinas y se está haciendo muy tarde.

—No se preocupe señorita Reachmont —dijo Valen—, Gio estará bien.

La mujer asintió, pues intuía que en esa familia, el niño sería feliz.

—Ven a despedirte de mí, cariño —dijo Kate y Valen se lo tradujo al italiano.

Giacomo la observó y fue hacia ella. Le permitió que lo abrazara y le susurrara algunas breves palabras. Luego de besarle la coronilla de la cabeza, se despidió de Alejandra y Valen.

—La acompaño a la puerta —dijo Alejandra, aprovechando su oportunidad de dejar a Valen con los dos niños.

CAPITULO 40

—¡Valen!

Algo le tocó en la mejilla y se estremeció. Esperaba sentir la mordedura crepitante de un golpe, pero en su lugar un extraño y agradable calor lo acarició.

¿Podía aquello ser posible?

No, no podía, porque él se merecía permanecer en el infierno que estaba. Valen trató de ignorar la llamada. Aquello debía ser otro juego sádico de

los bastardos hijos de puta que se creían iluminados por alguna mierda de gracia divina.

—Val, soy yo, Alejandra.

«¿Alejandra?»

«¿Qué demonios hacía ella allí?»

Si algún cabrón de la Orden aparecía podía golpearla, violarla y arruinarla, y él no podría hacer nada al estar enjaulado como un perro rabioso al que debían sacrificar.

Su cuerpo tembló de furia contenida. La ira lo dirigía.

Valen se sentía paralizado. Atrapado. Debía moverse. Se dijo que tenía que moverse cuando se agazapó detrás de las sombras. En cuanto esos malnacidos estuvieran a tiro, saltaría sobre ellos y los asesinaría con sus propias manos.

Entonces los sintió acercarse y apretó los puños.

Por Cristo que morirían. Él haría su parte del trabajo y Alejandra podría escapar, ser libre por los dos.

Y cuando percibió a una presencia cerniéndose sobre él, supo que era el momento.

En un solo pestañeo tuvo al intruso acorralado debajo de su pesado cuerpo, y su mano le aplastaba la tráquea mientras le enseña los dientes como un animal salvaje.

La respiración de su presa se aceleró y sus ojos enormemente desorbitados le mantuvieron la mirada mientras se esforzaba por articular alguna frase:

—Va-al... soy... yo... Ale-ejandra.

Él agitó sus tupidas pestañas, la confusión tensaba su cerebro. El cuerpo que encarcelaba bajo el suyo, era tan suave y delicado como el ala de una mariposa. Y era sorprendentemente cálido.

¿Cómo podía ser posible?

Se estaba volviendo loco, porque la voz de Alejandra hacía eco en su cráneo.

El frío y la oscuridad se hicieron más intensos cuando Valen entornó la mirada y escrutó al guiñapo que pretendía asfixiar. Se sintió demasiado conmocionado. Sí, ésa era la palabra correcta para definir cómo demonios había acabado nuevamente encima de Alejandra, completamente desnudo y con sus grandes manos envueltas alrededor de su garganta.

Aflojó la presión. Cerró los párpados y tragó con fuerza.

—Cuéntame lo que sueñas —Ella tenía las manos en sus abultados bíceps, aferrándolo con fuerza para que no escapara—. Desde que regresamos de Italia, duermes muy poco, y cuando lo haces es solo entre sudores y convulsiones. Tal vez, el hablarlo te ayude a...

Valen abrió los ojos.

—¿Me ayude a qué, Alejandra? —rugió sintiendo el sudor perlar su frente—. ¿A pasar página o a dormir tranquilamente?

Con los labios entreabiertos, la joven inhaló una respiración temblorosa.

—Yo... yo sólo estoy preocupada por ti. Veo el tormento en tus ojos, y quiero que me des la oportunidad para hacer que desaparezca.

Se encontró súbitamente tentado de jugar al jodido paciente y psiquiatra con ella a cambio de sus jadeos de dolor y gemidos de placer.

¡Maldita bruja insistente!

Valen gruñó y se posicionó mejor entre sus piernas y la cabeza de su pene palpité y humedeció su ombligo. Ella gimió contra su cuello y coló un mano entre sus cuerpos. Desabrochó uno a uno los botones de su camisa, y cuando finalmente el material delgado se abrió en dos mitades, Alejandra levantó el rostro y buscó su mirada. Agarraba una de las manos masculinas y la dirigía a uno de sus senos.

—Tócame, Val.

Gotas de sudor humedecieron su piel, y sus pupilas se dilataron cuando contempló que ahuecaba la palma de su mano. Le frotó el pezón con el pulgar y ella jadeó. Divino infierno, desde el nacimiento de Valentina sus pechos parecían ser extremadamente sensibles.

—Úsame para encontrar la paz que necesitas.

Jadeó cuando sus dedos le repasaron los pectorales y a continuación siguieron por sus abdominales. Las profundas cicatrices hacían de su piel un campo de desiguales y rocosas montañas, pero a ella no pareció importarle en absoluto. Como pudo, movió los labios a uno de sus hombros y besó y lamió cada una

de las terribles marcas que encontró, mientras empujaba su mano más abajo. La respiración de ambos se volvió dificultosa cuando rozó la cabeza de su polla, y un río de lava caliente viajó como bengala al vértice entre sus piernas. Deseaba ser dulce, amable y el hombre perfecto para ella. No la bestia salvaje con hambre de sexo que era. No se sentía digno y no creía que alguna vez pudiera pagar la deuda inmensa que tenía ya con ella.

«¡Suenas como una maldita chica, idiota!»

Alejandra envolvió las piernas alrededor de su cintura.

—Hazlo.

El miembro pesado y grande de Valen se arrastró a través de la tela cada vez más mojada de sus braguitas. Gimió encantada. No esperaba encontrarse a sí misma tan caliente, pero su clítoris estaba duro como una pequeña roca, y un poco doloroso al tacto.

—No puedo hacerlo —La mandíbula de Valen estaba apretada y los tendones de su cuello tensos.

—Claro que puedes. Soy tu mujer. Tuya, Val, ¡tuya! Y quiero que me uses. Sacas tus demonios y miedos y... fóllame.

Alejandra no merecía ser herida, en realidad, ninguna mujer lo merecía. Pero ella estaba dispuesta a sacrificarse por él. ¡Jodida imprudente! Le estaba ofreciendo una mano amiga para sacarlo de la oscuridad hacia la luz, cuando él no debería soñar siquiera con las luces del día que vivían fuera del agujero negro y frío en el que estaba metido. Pero, oh, maldita fuera su estampa si no se aprovechaba de su bondad.

Una vez más.

Una sola probada más.

La idea le paralizó a Valen el aliento en su garganta, y cualquier control que pudiese conservar en esos momentos, se desmoronó.

Su polla estaba en el maldito infierno y él quería extinguir las llamaradas.

Con un sonido gutural saliendo desde lo más profundo de su pecho, él le arrancó las dos únicas prendas que llevaba y la hizo rodar en la cama hasta posicionarla sobre sus manos y rodillas.

Con el corazón retumbándole en los oídos, Alejandra escuchó como un paquete era arrancado y arrojado a un lado. Un condón.

—Hazme sentir —murmuró entonces, con una voz atormentada y ronca. Empujó la cabeza de su polla contra los pliegues de su coño—. Dulce cielo, que Dios se apiade de mi alma —Y un solo minuto después, él estrellaba su enorme miembro dentro de ella.

Alejandra gritó y chilló.

El primer contacto con su protuberancia había sido más difícil de lo que esperaba, y una agonía terrible hizo que arrugara las sábanas cuando se aferró a ellas. Entonces Valen enredó un puño en su largo y despeinado cabello, tirando hacia atrás con fuerza, y le recordó quién había provocado aquella situación. Los ojos de Alejandra se anegaron de lágrimas. Tenía razón. Pero él ni siquiera la había estimulado previamente, solo la había estampado contra el duro colchón y, con una única maniobra, había entrado casi por entero en ella de una sola estocada, y comenzado a moverse.

Él empujó una y otra vez.

Alejandra sollozó. Quería huir del dolor y evitarlo siempre. Abrió la boca para decirle que se detuviera, pero recordó por qué estaba haciendo aquello.

Por Valen.

Se mordió el labio para no gritar y pronto paladeó el sabor de su propia sangre.

Pero aquello solo sirvió para azuzar a la bestia que, al parecer, podía oler su dolor.

Y entonces fue más duro, más cruel en sus penetraciones. Alejandra abrió la boca para gritar, pero Valen le puso la mano que tenía libre para contener sus gritos y continuó montándola.

Fuerte.

Duro.

El gimió profundamente, bombeando con furia en ella. Golpeando con más fuerza y urgencia en cada embate, y sacudiendo la cama mientras lo hacía. Bendito fuera Satanás. Porque ella tenía un coño tan ajustado como un puño a su alrededor, flexionándolo y ordeñándolo, corriéndose y vibrando a su alrededor.

La folló como el hijo de puta que era, y se corrió por primera vez vertiéndose en un condenado látex. Por primera vez, su erupción dura y pesada desemeno habíaterminado dentro de ella, sintiendo cada sensación sin una barrera, y él sintió nostalgia y una opresión en el pecho.

Necesitó de todo el esfuerzo que le quedaba, para moverse.

Alejandra medio suspiró, medio sollozó cuando él salió de ella y se dispuso a ir al baño.

Se detuvo con el pomo en la puerta congelado en su mano cuando la escuchó murmurar:

—Puedes romperme todas las veces que quieras, Val, pero yo todavía estaré

ahí para ti, si me necesitas.

CAPITULO 41

Valentina jaló los cabellos de Giacomo porque el niño observaba la caja con el tren que Alejandra le había regalado, y no le prestaba la atención que ella requería. La pequeña era exigente y Bianca ya le había dicho que veía mucho de Valen en ella, aun cuando su padre no se le acercaba demasiado.

— Hija, no —La censuró Alejandra cariñosamente—. No le tires del cabello a tu hermano.

La bebé la miró, clavando aquellos gigantescos ojos grises sobre su madre. Giacomo también lo hizo, pero en él se podía leer la emoción de ser defendido por fin por alguien, incluso, de un simple jalón de pelo. A Alejandra se le encogió el corazón.

«Ese pequeño, a tan corta edad, había sufrido tanto y había visto las miserias y ruindad del ser humano. Pero ahora ella lo protegería. Valen y ella», se corrigió.

Cuando la pequeña del conjunto de osito rosa lo soltó, Giacomo acarició la mejilla de su pequeña hermana. La admiró como quien sabe que ella era la única libre de cualquier maldad en el mundo y susurró en español:

—Bonita.

Alejandra se quedó impactada, por los increíbles avances de su hijo con el inglés y el castellano, y porque era la primera vez que hablaba en semanas. Desde su llegada, había sido un niño muy reservado, siempre observando y a la expectativa que algo pasara. Que algo saliera mal. Su expresión ausente estaba allí como un sello propio de su anterior vida, y se parecía tanto a la de Valen que ella daría su vida para poder salvarlo a él. Si bien Valen no quería ser salvado, ella lograría hacerlo con Giacomo. Con su pequeño Gio.

—Oh, cariño —dijo la mujer sintiéndose dichosa y con los ojos anegados en lágrimas. El infante la contempló—. Ven aquí, tesoro.

Se levantó de la alfombra y fue hacia ella. La observó solapadamente, esperando una reprimenda. Aun no confiaba en que nadie lo lastimaría. Sus ojos dorados la escaneaban, intentando registrar alguna pose o actitud por la cual fuera a temer por su vida, pero Alejandra no le demostró más que una cálida sonrisa y los brazos abiertos de una madre.

Tragó con fuerza, pero avanzó poco a poco. Dando pequeños pasos de fe. Cuando llegó, la mujer lo tomó en sus brazos y lo apretujó contra su pecho.

Envolviéndolo con su calor, con esa sensación de pasividad y sosiego que solo los brazos maternos pueden dar.

El niño se puso tenso, porque aún no se fiaba y porque tampoco le gustaba la cercanía física con otro ser humano. Tan pronto como ella lo estrechó, él quiso salir del círculo de sus brazos.

—Shhh... —susurró ella acunándolo. Lo levantó del suelo y lo sentó sobre su regazo—. Tranquilo, cariño. Esto es un abrazo. Es mi manera de demostrarte cuánto me importas, cuánto te quiero.

Con un suspiro, apoyó su cabecita sobre el pecho de la mujer y Alejandra lo meció de izquierda a derecha, como hacía para que Valentina se quedara dormida. Le protegía como cualquier mamá gallina protegería a sus polluelos.

—Tranquilo, chiquito —le susurró besando la coronilla de su cabeza—. Nada malo va a pasarte nunca más, mi cielo. Estás en casa, serás protegido siempre por mami y papi. ¿Entiendes, cariño? —Apoyó su mejilla contra la cabecita del niño—. Puedes confiar en mí, porque siempre te protegeré, incluso de ti mismo. Te lo prometo.

El niño se arrebujó en su pecho, buscando el apaciguador latido de su sincero corazón y supo, como que el sol nos indica que la mañana llegó, que era verdad. Que su nueva madre no lo abandonaría nunca, que jamás tendría que volver a pasar por lo mismo. Estaba a salvo. Al fin.

Cuando se relajó y aceptó las caricias y mimos que le prodigaba, se alegró. Pero a la vez, se preguntó si todo lo que estaba haciendo era lo correcto, y si por el contrario, la mejor opción no sería claudicar.

Comprendió pronto que sus pensamientos no se referían a Giacomo, sino a Valen. No quería que le reventaran la burbuja de familia perfecta, pero aun pesaba sobre sus hombros el que el hombre le hubiera dicho que una vez obtenida la custodia del niño, se alejaría de ellos. La asistente social había llamado esa misma mañana diciendo que los papeles estaban listos y que se los enviaría a las oficinas de su marido.

Aguantó las lágrimas viendo el final de su sueño, pero como no quería agobiar al pequeño que había dado pasos agigantados por adaptarse a su nueva vida y entorno, tarareó para él una canción de cuna canaria. Esa que tenía en sus recuerdos. Que si cerraba los ojos, aún podía escuchar a su abuela entonar.

Valen dejó el portafolios en el despacho de la casa luego de un agotador día de trabajo. Era media tarde y como aún sus fuerzas no estaban completamente restablecidas, había decidido tomar un descanso. Aun los lugares cerrados le daban claustrofobia y sentía esa urgencia de liberarse. Le dolía un poco el

hombro izquierdo y su mente no dejaba de dar vueltas.

Aun cuando estaba mejor, podía sentir los estragos de su inestabilidad mental reptar por su mente como un animal herido. No había cerrado la caja de pandora porque quería erradicar demonios, pero se había dado cuenta que algunos eran más fuertes que otros, por lo que lo tomaría con calma.

Imaginaba que Alejandra estaría en el cuarto de los niños porque Patch ni siquiera le había escuchado cerrar la puerta. Iba a subir las escaleras cuando un dulce y tierno tarareo lo detuvo. Sin poder evitarlo se dirigió hacia la sala y allí observó cómo Alejandra acunaba a Giacomo. De ella salía una melodía.

Se acercó, llevado a la deriva por aquella sirena de cabellos castaños. Su hija advirtió su presencia y giró su cabecita. Estaba sentada sobre el mecedor del coche y movía el chupón de izquierda aderecha. Sus impresionantes ojos grises lo estudiaron un segundo y después botó la silicona de la tetina y le regaló una sonrisa desdentada. Agitó los brazos y las piernas, desesperada porque su padre le prestara atención. Gorjeó solo para él.

Pero él solo veía a la triste Alejandra que parecía perdida en sus pensamientos, mientras alejaba todos los demonios del pequeño.

Valen sintió una estocada en el pecho, en el corazón, porque la resolución que había tomado aquella mañana le parecía la más apropiada. No quería ver lágrimas, ni tristeza en el precioso rostro de su chiquita.

—Hola, bonita —dijo, levantando a la pequeña y acercándose hacia Alejandra y Giacomo. Valen removió los rebeldes cabellos negros de su hijo y besó la frente de su mujer—. ¿Cómo estás hijo? —preguntó observándolo para evitar el sonrojo que había proliferado por el rostro de su mujer.

El pequeño renacuajo lo evaluó con la seriedad propia de un anciano y no con la de un párvulo. La solemnidad que mostraba, le recordaba a Valen otro tiempo en el que él tuvo la misma expresión y la misma vida. Recuerdos compartidos.

—Pa-apá.

Alejandra sonrió ante el nuevo progreso de su hijo y observó a Valen. La pequeña Valentina gimoteaba y pedía atención, pero hasta ella debía comprender que Giacomo también era un miembro de la familia. Valen soltó una sonrisa de medio lado, casi una mueca transformada, intentando ocultar el duro estremecimiento que había sentido cuando el pequeño lo llamó «papá.»

Él era su padre. Padre también de Valentina. Esposo, amigo, amante de Alejandra. El formaba parte de esa familia. Ellos eran su familia. Y ese su hogar.

—¿Ya merendaron? —preguntó y el niño salió de los brazos de Alejandra y fue hacia la caja en el suelo, Alejandra negó—. ¿Qué es eso?

—¿Me ayudas? —Le respondió, pasándole la caja con el tren que aún no había abierto.

Alejandra rogó porque Valen pasara tiempo con los niños. Quizás así aquel desbordante río volvería a su cauce.

—Después de la merienda —Valentina le estiró los brazos a su madre y Alejandra la recibió cuando se lanzó hacia ella.

Valen llamó a Bianca y minutos después apareció la mujer.

—¿Sí, señor?

—Lleva a los niños para la merienda. Ahora vamos nosotros.

—Claro, señor. Ven, vamos, muñequita —dijo a la bebé. Giacomo se acercó a ella y cogió su mano. Los tres se fueron de la estancia.

Alejandra evitó mirar a su marido y se puso a recoger las cosas regadas que había dejado Valentina. Patch se levantó y salió detrás de los niños, agitando su alzada colita.

«Gracias, amigo, gracias», ironizó mentalmente.

No sabía exactamente cómo reaccionar. Debía hablar de muchas cosas con él, pero no ahora, no cuando no sabía cómo actuar. Se puso muy tensa al recordar lo que había pasado la última vez que estuvieron solos. Ya no sabía si debía seguir intentando acercarse a él o solo darse por vencida. La custodia era ya un hecho y ella sentía que el tiempo se le agotaba.

Quizás lo mejor era colgar la toalla y declararse vencida.

“Nunca renuncies a algo de lo que no puedas estar sin pensar ni un día” recordó que Valen le había dicho una vez, citando a Winston Churchill.

—Alejandra.

La mujer se volvió, lo enfrentó y dijo:

—Ha llamado la asistente social y la adopción de Gio es un hecho —Si había que dar estocadas, lo mejor era que fuera rápido—. Me dijo que la enviaría a las oficinas. Así es que: ¡felicidades, somos padres de nuevo!

La sonrisa murió en sus labios incluso antes de formarse. En su mente estaba latente que su relación tenía fecha de caducidad y sentía que estaba corriendo a contratiempo. No le quedaba más fuerzas, ni ganas, pero lo seguiría intentando hasta que él le dijera expresamente que se fuera de su vida. No había otra manera en la que ella comprendiera que él no la quisiera.

Valen la contempló unos instantes. Le parecía que estaba triste, sufría demasiado, pero un brillo intenso en su mirada le hizo comprender que su

testaruda mujercita tenía una resolución en la cabeza y era lo suficientemente tozuda como para llevarla hasta la última de las consecuencias.

Esperaba que no fuera tarde.

—Eso será muy bueno para todos, sobre todo para Giacomo —dijo con su voz grave y quitándose la chaqueta del traje. Alejandra no pudo evitar desear correr a sus brazos. Quería que le dijera que todo iba a estar bien.

—Por supuesto.

—Me alegro que el niño tenga una madre como tú. Has demostrado dedicación y eficiencia con Valentina, Alejandra.

Ya no era su chiquita.

Hacía mucho tiempo que no la llamaba así y parecía que nunca lo iba a volver a hacer. Lo miró con los iris cargadas de angustia y nostalgia.

—Imagino que ya podrás deshacerte de nosotros.

—¿Deshacerme de ti y de los niños? —preguntó él descolocado por el dolor en su voz.

Sí. Él le había dicho que quería que estuvieran separados, pero lo había hecho para protegerla a ella y a los niños, porque sabía que el malnacido de Damiano iría a por ellos en la primera oportunidad que tuviera. Porque él les hacía mal con su incapacidad para disfrutar de su niñez y por sentirse poco digno de una pequeña curiosa que lo miraba con adoración, pero que él había querido que no naciera. Aquellas duras losas pesaban demasiado en su consciencia. Pero si podía prometerles que los mantendría a salvo. No era un buen panorama el que su inestabilidad psicológica no menguara. No quería hacerlos pasar por el trago amargo de que él perdiera facultades mentales conforme pasaran los años.

—Eso fue lo que dijiste la última vez que hablamos de este asunto, Valen — Tragó—. Querías que nos separáramos. ¿Aún piensas lo mismo?

Una pequeña esperanza se instaló en el corazón de Alejandra cuando él guardó silencio, cerró los ojos y guardó sus manos en los bolsillos del pantalón.

—Pienso que es lo mejor —dijo en un suspiro cansado que disparó directamente al maltrecho corazón de la joven—. Quiero, necesito que estén bien y la única manera es apartándolos de mí y de todas las cosas mal hechas que hay en mi vida.

—¿Piensas que Valentina es una cosa mal hecha? —Iba a enjaular al león quisiera él o no. Ya estaba cansada de permitir que corriera.

—Valentina es lo único bueno que he hecho en mi vida —Frunció el ceño—. Pero ni siquiera es completamente mía, porque si no hubiera sido por ti, ella

no estaría hoy aquí, con nosotros. ¿Acaso no entiendes que no la merezco?

Frustrado se pasó una mano por los cabellos, aplastando un pelo castaño demasiado largo para considerarlo aceptable para alguien como él.

—Debo velar por ustedes. Esa es mi única misión. Ustedes vivirán aquí, en la mansión, con Gael, Davis y los demás. Seguros. Yo viviré en el ático en el centro de Londres. Los niños y tú tendrán todo y más. Me encargaré de ello y cuando los niños sean mayores, se les transferirán las propiedades — La observó con ternura—. Tú tendrás todo lo que quieras y tu libertad. El dinero, las casas y cada cosa que tenga en mi propiedad es también tuya. —¡Yo no quiero ni tu dinero, ni mi libertad! ¡Yo solo te quiero a ti! — Sollozó—. ¡Yo solo te amo a ti! ¿Es qué no lo ves? ¡¿Tan ciego estás en tu maldita oscuridad que no me ves, ni a mí ni a los niños?!

—Alejandra...

Le dolía el dejarla ir. Sabía que ella le sería fiel hasta el último día de su vida. No había otra mujer que fuera leal y tan firme en sus convicciones como ella. Su Alejandra.

«Le daré caza a todo aquello que ames, y el dolor que has sentido entre estas cuatro mugrientas paredes, no será nada en comparación con lo que ellos padecerán», recordó una a una las palabras de Damiano. Necesitaba recordárselas constantemente para no flaquear en su determinación.

«Es lo mejor para ellos» resolvió, intentando que su insano corazón comprendiera porque su cabeza hacía aquello. Pero el dolor lo estaba matando por dentro, aun cuando su impertérrita expresión dijera otra cosa.

Alejandra se acercó a Valen, acunó su rostro entre sus manos y lo besó dulcemente.

—No nos hagas esto, por favor.

Frustrado, Valen se alejó de ella y la miró colérico.

—¿¿Es que no entiendes que no te quiero conmigo?!

Laestocadafinaldejó alamujeralbordedelcolapso nervioso, pero intentó comportarse de la manera más íntegra posible. Ella había acordado consigo misma que una variación de esas palabras sería suficiente para que comprendiera que debía irse. Y él las había pronunciado. Grito.

Aquello dolía demasiado.

Alejandra podía incluso jurar que había oído el espantoso ruido de su corazón al partirse por la mitad.

Ahora solo le quedaba aceptar su derrota.

Cabizbaja pasó por el lado de Valen.

—Bien. Comprendo.

Él la vio tan destruida que se dijo que era un pedazo de mierda. Ella le había dicho cuanto lo amaba y sabía lo que operaba en ella. Solo que... ¡Que el infierno lo condenara a morir con mucho dolor!

Era tan difícil.

Antes de que ella se fuera le cogió el brazo.

—Ya escuché todo lo que tenías que decirme —dijo sollozando. Alzó una mano y le pidió unos segundos, para recomponerse—. Por favor, solo déjame. Estaré bien, no te preocupes.

—¡Solo que soy yo quien no puede dejarte ir! ¡Maldición, Alejandra! — La giró hacia él—. ¡Lo intenté, maldita sea! ¡Créeme que lo intenté! Pero no puedo, simplemente no puedo.

Alejandra se abrazó a él y comenzó a llorar. Valen simplemente la abrazó, sabiendo que él era el enigma más difícil que se le había presentado a esa mujer.

—Me moriría si es que te pasa algo, chiquita, porque has llegado a ser más importante que el aire que respiro.

Valen buscó su boca con tal necesidad que cualquier argumento por el que aquello no estuviera correcto embarcó en la nave del olvido. Solo la quería a ella, solo la necesitaba a ella. Su sonrisa, su piel y que en su mirada, le dijera siempre lo feliz que era a su lado.

—Maldita seas, mi hechicera de ojos grandes —dijo observándola, inclinado hacia ella.

—Oh, Val. Quiero que formemos una familia, que seamos amigos, amantes, esposos... Quiero todo. Te quiero a ti y a todas tus sombras.

—Insensata mujer —negó, mientras la levantaba del suelo y ella enroscaba sus piernas a su cintura.

CAPITULO 42

— ¡Feliz cumpleaños, cariño! —saludó Alejandra con una sonrisa en el rostro a Deva al reunirse con todos en los jardines de la impresionante casa de campo de Shannon Bonham.

— ¡Ale! —dijo la adolescente y se levantó para recibirla. Se saludaron con un beso en la mejilla.

Alejandra sonrió cuando la chica fue hacia ella y pudo regalarle un gran abrazo. Le entregó el presente que había comprado hacía unos días.

—¡Oh, gracias! —La muchacha se veía muy feliz en aquella escena familiar, con todo dispuesto para una barbacoa y con Shannon ejerciendo de anfitriona—. ¿No vino Valen y Timmy?

—Sí, en unos instantes vienen. Val se quedó conversando con Angelo. — ¿Y quién es este joven tan guapo? —preguntó Deva al observar como Giacomo se escondía detrás de la falda de Alejandra.

—Es Giacomo Lemacks —Sonrió orgullosa y ayudó al pequeño a colocarse a su lado.

Deva rió y se puso en cuclillas.

—Hola, soy Deva —dijo, pero a diferencia de lo que la joven pensaba que pasaría, Giacomo observó su mano estirada con una pregunta en el rostro. Sus ojos de oro fundido aún tenían ese tinte de miedo y la seriedad del niño no le pasó desapercibida a nadie.

Alejandra saludó también con un movimiento de muñeca al hombre de confianza de Angelo. Romeo, que estaba también allí, asintió y le hizo una reverencia con la mano. Tenía ese aire de fría diversión que tanto lo caracterizaba. Siempre tan malicioso en sus miradas y comentarios. Sus brazos estaban cruzados, aparentemente sin interesarse lo más mínimo por lo que pasaba a su alrededor. El hombre levantó una ceja observando con ironía al crío y a la muchacha que intentaba, por todos los medios conocidos por el ser humano, que el niño le regalara algo más que una mueca.

—Bueno, no importa, cariño —concedió cariñosa la muchacha—. Gracias por venir.

—Qué bueno que pudieron venir, Alejandra —La señora Bonham se levantó y caminó hacia ella. La mujer también analizó el comportamiento del niño y le hizo una seña a Alejandra—. Me alegra mucho verte.

—Gracias, Shannon, yo también me alegro mucho el volver a verte y sobre todo el celebrar algo alegre para variar un poco.

Seguro que ahora comenzará otra etapa en tu vida, Alejandra —dijo—. No hay mal que dure cien años. Ya lo verás.

Ocuparon sus puestos en la mesa, Giacomo aferrado al faldón gitano de Alejandra.

—Ven, cariño, siéntate aquí conmigo —Lo urgió, ayudando al niño a sentarse a la mesa.

No sabía si Angelo, Shannon, Deva o Romeo; pero alguien había sido lo suficientemente considerado como para colocar algunos mullidos cojines en el asiento de Giacomo. Solo así, alcanzaba a la mesa como una persona adulta.

Suspirando, ocupó el lugar de al lado y observó a Shannon con una mueca.

—Es fácil decirlo. Simplemente no sé para dónde vamos.

Cuando Alejandra se dio cuenta de lo que había dicho, cerró la boca y los ojos pues se le habían llenado de lágrimas, pero no quería entristecer aquella preciosa velada. Los problemas que Valen y ella tenían no eran ni responsabilidad, ni de incumbencia del resto del mundo.

Había llegado hasta allí en su relación, y seguro que la mujer tendría razón... Las cosas mejorarían.

«Cuando se toca fondo, no hay otra opción», pensó.

—¿Cómo te va campeón?—dijo el hombre a Giacomo cuando se acercó para dejarles sobre la mesa la bandeja de bocaditos. El crio lo reconoció y ante la mirada atónita de todas las mujeres chocaron las manos. Parecía que habían hecho buenas migas en Italia. Cuando el agente encubierto vio los rostros embelesados de todas por tan tierna acción, carraspeó y volvió a su habitual actitud distante—. Espero que tengan hambre.

—¡Eres un sol, Romeo! ¡Gracias! —sonrió Deva cálidamente, levantándose para ayudarle, acercándose a él, y observando con la cabeza hacia arriba al frío gigante. Él la ignoró como quien ignora a la mosca que fastidia una buena cena.

Alejandra le sirvió en un platillo pan y algunos dulces a Giacomo y se los puso delante. Le contempló. Parecía disfrutar de aquellos manjares, mientras observaba todo con aire nostálgico. Como si fuera una fotografía vieja que quisiera tener en la retina.

«Para contrarrestar los malos momentos», sospechó.

Se agarró quedamente y dejó caer algunos besos sobre la cabecita de cabellos negros.

—Te quiero, ¿lo sabes, verdad? —dijo y al niño se le iluminó el rostro.

Varios minutos después, mientras Deva lograba que el ceño de Romeo se frunciera aún más, y Shannon la regañara por tal motivo, Alejandra pensó que era hora de traer a su princesita y escurridizo esposo, que solo Dios sabía en que se había entretenido tanto con Angelo Zammicheli. Seguramente él y Angelo estaban tramando algo. Nadie le quitaba eso de la cabeza y la mejor alternativa era buscar sus propias pistas. Si estuviera de mejor humor, hasta consideraría jugar a los detectives de nuevo con ellos.

—Disculpen unos minutos, voy a ver cómo está Valentina. Shannon rió.

—Debe estar maravillosamente bien con su padre.

—Quizás tenga sueño o sed. Mejor voy a cerciorarme —Alejandra miró a Gio—. Cariño, ¿te quedarías aquí con Deva y tía Shannon? Será solo un momento, te lo prometo.

Giacomo no se dio cuenta de que Alejandra hablaba de irse, hasta que la vio movilizándose y sintió la necesidad de jalar de su falda.

—¡No, no! Llévame contigo, mamá.

Ella sonrió de medio lado y se fue con su pequeño hacia el interior de la casa. Había vivido entre esas paredes un largo y doloroso mes, así que recordaba con precisión cada pasillo, cada habitación, hasta el más mínimo recoveco.

Cogió a Gio de la mano y en silencio siguieron la galería que llevaba a la biblioteca que servía también como despacho. Sospechaba que los hombres, fieles a su costumbre, estarían allí.

La puerta del despacho estaba semi abierta y Valen estaba sentado en el sillón con una dormida Valentina en los brazos. Angelo observaba por el gran ventanal donde se estaba realizando la fiesta.

—Tranquilo, Valen —escuchó Alejandra—, seguramente ha llevado a Gio al servicio. Tienes mucho que aprender sobre el ser padre.

—Vaya, gracias —ironizó—. Me resulta tan encantador viniendo de ti.

—Bien o mal, hice un gran trabajo con Deva, aun cuando los dos sabemos que no era mi responsabilidad hacerlo.

«No era su responsabilidad hacerlo.»

Alejandra reculó, si no era su responsabilidad, ¿de quién lo era?

—Deva es una Li Volsi, así que recaía en nuestras responsabilidades hacerlo. Solo lamento no haber sabido antes de su existencia.

—Valen, tú no tenías forma de saberlo. No cuando eras demasiado joven para ello.

¿Valen era el padre de Deva?

—Eso no evade mi responsabilidad.

Le diste la vida, Valen —dijo Angelo y Alejandra tuvo que agarrarse de una de las paredes para no caerse. Se sentía mareada.

No podía creerlo. Realmente Deva era hija de Valen... Sacudió la cabeza.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ella. Cualquier persona en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

Alejandra no pudo más con aquello. Sabía que estaba haciendo algo malo al oír una conversación que no le correspondía, pero no podía evitarlo. Habían demasiadas cosas fuera de lugar y preguntas sin resolver.

Levantó a Giacomo del suelo, solo para salir por el mismo pasillo hacia los jardines. Ya se estaba volviendo experta como su marido en ocultar tanto sus pensamientos como sentimientos, así que no le costaría demasiado.

CAPITULO 43

Alejandra se detuvo en seco a causa de la puerta abierta. Dudó un momento envuelta entre las sombras de la noche, y luego se acercó y espió a través de la abertura.

Su mirada captó un movimiento en el interior de la construcción de madera: Valen tenía un destornillador en las manos y estaba fijando nuevamente a la pared el mueble biblioteca. Vestía solo unos pantalones deportivos negros que colgaban de su estrecha cintura. La iluminación de las lámparas retrataba sus músculos perfectamente delineados y llenos de cicatrices, y su cabello indomable y su copiosa barba le conferían un aspecto salvaje. Ella no pudo evitar fijarse en su trasero. La visión le hizo la boca agua.

Respiró hondo. Volvía a tener aquella sensación. Como si la presión fuera demasiada. Como si se estuviera ahogando en sí misma. Pero no podía continuar evitando una confrontación con Valen si era eso lo que él necesitaba para reaccionar.

Decida, se echó la melena sobre un hombro y atravesó la puerta. La cabaña, al parecer gracias a Valen, había recuperado casi por completo su apariencia original. Las huellas del enfurecido huracán Lemacks, apenas eran ya visibles.

—No me gusta que andes por ahí sola.

Él ni siquiera se molestó en darse la vuelta para mirarla ni tampoco interrumpió su faena, pero el severo tono de voz con el que la recibió la alertaba de que debía echar a correr. Pero lo ignoró.

— No ando por ahí sola. Técnicamente esto aún forma parte de tu propiedad.

—Pero está lo suficientemente alejado de la seguridad de la mansión.

—Y está también lo suficientemente vigilado como para que nadie se adentre sin haber sido invitado —contraatacó poniendo los ojos en blanco—. ¿Puedes dejar de estar a la defensiva por un momento? No he venido a discutir contigo.

—Entonces dime a qué has venido.

—Yo... —Le temblaban las manos, y el corazón le latía tan rápido que estaba segura de que iba a desmayarse. —. Debo preguntarte algo importante —dijo Alejandra y Valen la observó—. Porque no quiero volver juzgar antes de saber la verdad, no quiero caer de nuevo en ese círculo vicioso. ¿De qué se trata? — preguntó él con un parpadeo lento, cansado. —

La hija de Angelo, Deva, es... —Suspiró—. ¿Es una Li Volsi? Valen la estudió con el ceño fruncido y la mirada de hielo.

—Sí, lo es —contestó secamente.

—Entonces... —La mujer miró el suelo y movió los ojos de un lado hacia el otro. De izquierda a derecha, simultáneamente, contrariada—. Ella es... ¿tu hija?

El hombre dejó el destornillador sobre una de las repisas y se paseó una palma por la nariz, boca y mandíbula.

—No, Deva no es mi hija —resolvió fríamente.

Alejandra abrió los ojos sorprendida.

—Pero entonces, ¿por qué Angelo te dijo que le diste la vida? —interrogó, intentando comprender aquella historia tan enredada.

—No es bueno escuchar conversaciones ajenas —gruñó él.

—Fue de casuali...

—No lo vuelvas a hacer —La interrumpió, golpeando con ambas palmas el cabecero de un sofá.

Alejandra guardó silencio.

—Deva tuvo una apendicitis cuando era una niña y necesitó sangre.

—Pero... eso no explica...

—No lo explica, lo sé, pero como Angelo era mi... —Valen exhaló bruscamente—. Angelo y yo éramos viejos conocidos, por eso me ofrecí voluntario al saber que Deva y yo teníamos el mismo y raro tipo de sangre.

—Entonces Angelo sí es el verdadero padre de Deva —Alejandra lo miró intensamente durante unos largos y tensos momentos, esperando oír su confirmación—. ¿Val, lo es o no?

—Él la crió, ¿no? Eso es lo único que cuenta.

La mujer sacudió la cabeza.

—No puedo comprender. Dices que no es tu hija, y por como hablas, diría que tampoco lo es de... —Alejandra dio un respingo antes de ponerse rígida y abrir la boca en una sorprendida O —. Damiano. ¿Se trata de él?

Valen tensó la mandíbula con fuerza, al igual que hacía cada vez que su mente volaba al pasado.

—La historia de Deva es un claro recordatorio de unas vivencias que no podemos cambiar, Alejandra. Eso es todo lo que tienes que saber. —Pero Valen —inquirió ella—, ayúdame a entender...

—¿¿Qué quieres que te diga?! —gruñó él, porque no le gustaba catar los narcóticos de su pasado—. ¿¿Quieres saber toda la verdad?! ¡Perfecto! —El

enloquecido hombre se cruzó de brazos y ladró la verdad en la cara de la muchacha—. Geovana, la madre de Deva, era una de las tantísimas mujeres que nuestro grupo de depravados compartíamos. La follábamos todos, en diferentes turnos. Dos. Tres. Cuatro. No éramos unos hijos de puta felices hasta que no veíamos que cada maldito agujero suyo estaba repleto con alguna de nuestras pollas. Porque el dejarla inconsciente era lo más excitante de ese juego.

La mujer se llevó una mano a la boca ante la crueldad del relato.

—Pero...

—El tema de Angelo es tema de Angelo. El por qué se hizo cargo de Deva, solo él lo sabe. Sus razones y decisiones no me competen a mí — Valen levantó el taladro y agregó antes de darse la vuelta y seguir trabajando—. Respondidastuspreguntas, ¿hay algún otro asunto tan urgente y trascendental que no podía esperar?

Ella negó con la cabeza consciente del ansia que desgarraba su control.

—Estaba preocupada por ti. Desde que llegamos esta tarde del cumpleaños de Deva, te cambiaste de ropa y desapareciste. Te esperé para cenar juntos.

—Como ves, estaba ocupado.

Alejandra no pudo reprimir la carcajada casi histérica que le subió por la garganta.

—¿Haciendo qué, Valen? ¿Evitando verme? ¿Tratando de esquivarme?

Valen dejó lo que estaba haciendo y se dio la vuelta. Se la quedó mirando y ella se miró las manos, ruborizada. Se fijó en lo sexy que le quedaba el bonito vestido blanco de gasa debajo de una ceñida chaqueta marrón y unas botas de tubo del mismo color, o como su cabello, aún algo mojado por un reciente baño, le colgaba en ondas por sus hombros, sujetado solamente por dospequeñastrabasenloslateralesqueimpedíanque losrebeldesmechones le molestaran en la cara. La imagen que ofrecía, tan cándida y erótica, excitaba al depravado que había en él.

Clavó la vista en el contorno de sus pequeños pezones respingones y eso le estaba volviendo loco. Se retorció, estaba convencido de que iba a explotarle la cabeza, si otras partes mucho más al sur no lo hacían primero.

Parpadeó rápidamente, esforzándose por ahuyentar su lascivia. No podía dejar que su polla manejara sus pensamientos en ese momento.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho. Como si eso hiciera que dejara de mirar. Él bufó.

—¿Sigues pensando en irte?

Valen sintió un frío como nunca antes había sentido. Él se lo había dicho desde el principio. Le había advertido. Había intentado apartarse, pero ella se había involucrado. Maldita sea, él la amaba. ¿Y ahora estaba diciéndole que no tenía cabida en su vida?

Sí, si con eso la protegía, se dijo a sí mismo.

—Sólo me mudaré al ático de la ciudad. —dijo encogiéndose de hombros—. Compartiremos la custodia de los niños.

—No es así como yo quiero que acaben las cosas entre nosotros. —¿Cómo entonces? —repuso él, frunciendo el ceño.

Ella se mordió el labio, una señal segura de que estaba nerviosa. Dios, él amaba ese labio.

—Como una auténtica familia unida. Disfrutando cada día de nuestros hijos... De nosotros.

Valen se sintió mortificado porque él también quería lo mismo pero no cuando la seguridad de todos pendía en un hilo. No quería que el próximo secuestrado fuera Gio, o Alejandra, o su dulce pequeña. La sangre se le congeló en las venas. No, ellas no. Ellos no.

—No lo comprendes.

—Sí que lo comprendo.

—Si lo comprendieras, estarías pidiéndome el divorcio.

Se hizo un silencio entre ellos. El brillo de los ojos de Alejandra cambió. Se tornó feroz.

—Entonces debo entender que nunca más me tocaras, que jamás volveremos a hacer el amor, o como quieras llamarlo. ¿Debo entender también que me serás completamente fiel? ¿O correrás a desahogarte con otras?

—No sería la primera vez —Su respuesta iba destinada a herir, para que lo odiara de una maldita vez por todas. Pero, en lugar de ello, se descubrió a sí mismo temblando, rezando en parte para que le perdonara.

En esos instantes, y viendo el dolor que reflejaba el rostro rígido de su pequeña, se sentía sucio. Vacío.

El corazón le martilleaba doloroso a Alejandra en el pecho.

Valen le había sido... infiel.

Maldijo al bragueta suelta que tenía delante. Estaba tan furiosa con él, tan dolida por lo que le había hecho... Y aun así seguía anhelando aquellos momentos de desahogo, de paz. Aquellos momentos durante los cuales se había sentido perfectamente cómoda consigo misma, y que solamente él había podido darle.

Alejandra tenía ganas de llorar. Todo aquello era demasiado para una chica como ella, acostumbrada a esconderse en su caparazón, allí donde nadie pudiera lastimarla. Pero una vez más, habían derrumbado sus barreras.

—Me creíste una golfa y yo te fui fiel. ¡Te he sido siempre fiel! —chilló, abriendo los brazos—. Eres el único hombre con el que he estado, y no necesito estar con ningún otro para saber que nunca nadie me hará sentir lo que tú cuando me besas y me tocas, cuando me posees y te tengo dentro de mí tan profundo, que creo que acabarás fundiéndote en mi cuerpo y formarás parte de mí —Se le cerró la garganta. La emoción le impedía articular más palabras.

Él cerró brevemente los ojos, el dolor estalló casi aplastándole. —Ale...

Ella sacudió la cabeza.

—¿Cuándo sucedió?

Hubo una tensa pausa.

—Cuando te marchaste, quería arrancarte de mi mente a toda costa —Las fosas nasales de Valen se dilataron—. Me estaba volviendo loco. —¿Sólo durante mi ausencia?

—Sí.

No sabía por qué aquella información la hizo desprender un poco de la pesada carga emocional que sentía sobre los hombros. No tenía ganas de analizar el por qué, de si su incursión entre las piernas de otras féminas podía considerarse como una traición cuando ella había roto previamente con él. Sólo sabía que se habría molestado mucho si se hubiese enterado de que había estado con otras mujeres mientras, aparentemente, si estaban juntos.

—¿Te divertiste? —inquirió ella, necesitando saber.

—No. Porque solo podía pensar en tenerte a ti desnuda, en joder contigo —desvió la vista. Cuando volvió a mirarla, tenía una expresión feroz—. Porque sólo podía pensar en arruinarte física y emocionalmente. Encerrar mi pasado y adquirir un pedazo de humanidad fue un gran esfuerzo para mí. Por eso nunca he concebido el sexo como algo divertido o placentero, simplemente ayuda a recordar quié soy. La pasión puede ser el elemento más destructivo de la vida, y también uno de los mayores castigos en manos de indeseables.

Alejandra palideció y, por un momento, pareció encogerse. —¿Acostarte conmigo fue un castigo para ti?

Valen se acercó y la agarró por los brazos.

—He sido testigo del dolor y la injusticia. Y participado muchas otras veces más. Creía que había bloqueado cualquier deseo irracional, cualquier

sentimiento, por miedo a hacer algo malo de nuevo, y entonces apareciste tú. Tú me haces sentir y desear cosas que no están bien, que no merezco. Tú eres la única mujer con la que me he desnudado de algún modo. Ha habido muchas mujeres en mi vida, ¡Tantas que no existe un registro claro! pero ellas no veían en mi interior ni yo en el suyo. Tú ves dentro de mí, Alejandra, y yo dentro de ti. Ella intentó tragar saliva.

—¿Me... me quieres?

Él apretó la mandíbula, como si tuviera las palabras «Te amo» atascadas en la garganta. Palabras que no podía decir.

En su lugar, confesó:

—Platón escribió, que el amor consiste en sentir que el ser sagrado late dentro del ser querido. Tú lates dentro de mí, Alejandra. Pero supongo que sólo aceptamos una verdad cuando primero la negamos desde el fondo del alma.

Alejandra le rodeó con sus brazos y hundió la cara en su pecho desnudo. Él notó la humedad de las lágrimas en su piel y le devolvió el abrazo un momento. Después se apartó y dejó caer las manos, apretando los puños para disimular el temblor.

—Creo que ya es suficiente por esta noche.

CAPITULO 44

— ¿Eso crees? —preguntó ella—. Porque yo creo que ha sido solo el principio.

Cruzó el espacio que los separaba, y lo atrajo hacia sí. El deseo estaba impreso en su cara y la mujer podía decir que esto era más que solo necesitar su cuerpo. La necesitaba a ella. Fueran cuales fueran los sentimientos, ella era la única a la que él quería.

—Dime, ¿alguna de esas mujeres te besó así? —Lo besó con pasión, pero con un toque de ternura que inundó a Valen más que la misma lujuria.

Valen conocía la pasión y la lujuria, pero no sabía nada de la ternura. Y Alejandra suavizó su beso mientras iba buscándole respuesta. Mientras mordía sutilmente sus labios y los humectaba con los suyos.

Si quería una respuesta. ¡Era que no! No había besado a muchas mujeres a lo largo de su vida, pero besar a Alejandra era más de lo que se podía permitir. Algo superior que debería ser sagrado. Sus besos eran sensuales e invitaban a devorarlos, a arrancarlos con pasión.

Valen sintió que algo en su pecho se ahogaba.

Sus pulmones funcionaban bien, pero se sentía asfixiado. No un asfixia para huir desesperado, si no que con el deseo, Alejandra no sólo estaba intentando seducir su cuerpo, sino también su alma. Y su alma no tenía idea decómo reaccionar a aquello. —Ale... no —dijo, mientras ella dejaba de besarlo.

—Ven aquí —Alejandra lo jaló hacia el sofá y lo hizo sentarse—. Nadie puede saber qué tan bueno puede ser un platillo si es que nunca lo ha comido ¿verdad?

Para su mala suerte, tenía lógica. Y sabía lo que estaba intentando hacer la mujer. Por primera vez, ninguna respuesta se agolpó en su mente.

Ella sonrió cuando se dio cuenta, segundos después, que el silencio de su marido era debido a que no refutaría más.

—¿Alguna de esas mujeres te ha dicho que eres el amor de su vida? —preguntó dulcemente, paseando las yemas sutil y sensualmente por sus hombros, por sus clavículas. Valen sintió unas pocas lágrimas llegar a sus ojos. Los cerró—. ¿O te ha tocado así?

Su cuerpo se estremeció cuando sus yemas se volvieron pinceles que restauraban cada parte de su pecho, brazos, abdomen.

Y las vértebras de su columna se soldaron al sofá porque aquel sentimiento cálido que tanto describían las historias que le gustaba leer a Alejandra se instaló allí, por donde ella tocaba.

¿Eso, acaso, sería el amor físico del que ella hablaba?

Tampoco. Nunca había sentido esa suavidad, ni elegancia, ni tampoco ese infinito cariño que condimentaba cada uno de sus toques.

Había aprendido desde muy joven a ser bruto. A coger lo que quería y tirar lo que no le gustaba. Pero no había sentido esa necesidad, ni siquiera el estremecimiento del afecto. El solo había conocido el estremecimiento del miedo y la desazón de no saber el futuro que le aguardaba.

Pero aquello era diferente. Era cálido como el fuego, como el golpe de un azote violento pero a diferencia de los dos anteriores, no dañaba.

Cuando la mujer llegó a sus cicatrices, él se sintió el monstruo de Frankenstein e intentó alejarla. —Espera... Alejandra —dijo él.

—Sé —le interrumpió, obligándolo a que la observara mientras se sentaba a horcajadas sobre él— que no hubo, hay, ni habrá nadie en este mundo que te toque de esta manera — Le dijo mirándolo directamente a los ojos grises. Los suyos parecían tan cálidos, tan entregados a él... —. Porque nunca habrá nadie que te ame como yo.

—Lo quemé estáspidiendo, Alejandra —hizo un intento final por volver las cosas a su cauce, pero cuando Ale lo vio, parecía inseguro por su desconocimiento—. Yo no sé hacerlo así. Y tienes razón —tragó con fuerza—, nunca he sentido esto que siento contigo. Sea cual sea su nombre.

Yo solo sé follarte hasta la inconsciencia, fuerte y duro.

—No necesitas ser suave, pero sí amoroso.

Alejandra se sentó y comenzó a moverse contra él, acunando su virilidad entre los globos de su trasero. Su dura masculinidad crecía cada vez más.

Le cubrió con la palma de la mano el bulto que sobresalía del pantalón. Ella lo acariciaba a través de la tela, y Valen notó como una perla de pre eyaculación se filtraba desde la punta.

Con un gruñido animal, le agarró la melena con ambas manos y profundizó el beso, acariciándole la lengua con la suya. Una oleada de deseo lo barrió por dentro.

Sedijo que no debería estar besándola. Que no debería complicar todavía más la situación cediendo a la química que existía entre ellos. Valen dudó, tomó una profunda bocanada de aire, y entonces...

—Estoy mojada, Val —suspiró Alejandra, presionando su cuerpo contra el

suyo.

Las grandes manos de Valen se posaron en sus muslos y repasaron su piel suave por debajo de la lencería. Respiraba entrecortadamente y tenía el pulso del cuello acelerado.

—Sí, sí que lo estás, pequeña. —Alejandra separó ligeramente los muslos para que él la acariciara más y mejor—. Mierda, Ale...

Estaba temblando, se moría por follársela.

Sentía un deseo que solo recordaba haber sentido por ella. Era algo visceral, tan necesario como respirar.

Entonces él ahuecó su trasero, se levantó del sillón y la acorraló contra una de las paredes con un sonido gutural. De un tirón, le rompió las braguitas y le alzó la pierna, arrastrándola por encima de su cadera, y estrelló su polla en el centro ella. Pero se detuvo.

Los dilatados ojos de la joven se abrieron como platos.

—No te detengas. Ahora no, por favor.

La voz de Valen fue sorprendentemente vacilante mientras apoyaba su frente en la de ella y respondía:

—No puedo dejarte nuevamente embarazada. Otra vez no.

La piel de Alejandra se sonrojó de un bonito rosado.

—En la mesita de noche deben estar aún los condones que guardaste para cuando tú y yo... ya sabes.

Valen gruñó, y la aupó entre sus brazos para dirigirse tambaleándose al único dormitorio de la cabaña. Él abrió la puerta, mordiéndole el cuello, y la depositó en la cama. Le quitó rápidamente las botas y el resto de la ropa, dejándola tan desnuda como había deseado tenerla desde que la vio aparecer esa noche. Él hizo lo propio con su pantalón y bóxer. Su enorme cuerpo la mantuvo pronto completamente cubierta y la cabeza de su, igualmente enorme, miembro se deslizó hacia arriba y hacia abajo, moviéndose a través y alrededor de su entrada, como una tomadura de pelo.

Alejandra jadeó, sonando un poco a la virgen que había sido antes de que la conociera, y la lujuria primitiva golpeó en su interior. Agarró sus tobillos y le separó los muslos brutalmente de par en par.

Ella supo lo que el hombre haría entonces y cuando se acercaba a ella con aquella oscura expresión cargada de malicia, simplemente susurró:

—No me hagas daño —Valen la observó y sacudió la cabeza porque momentáneamente, el animal dentro de él había tomado las riendas del acto. Alejandra le agarró el rostro y lo observó con aquella mirada suplicante—.

No me hagas daño, solo ámame.

Valen dudó.

Él no sabía cómo. Su deficiencia emocional hizo que Valen gruñera guturalmente de impotencia y con la mirada perdida se recostara al lado de la mujer y evitara observarla.

Alejandra se levantó y lo observó. Valen parecía frustrado, más que física, psicológicamente y una solitaria lágrima recorría un sendero hacia su mejilla.

Él la observó por unos momentos y tan desnudo espiritualmente como nunca antes había estado, le confesó:

—No sé hacerlo. No puedo ser el hombre que necesitas —se limpió el rostro y observó el techo—. Hay demasiado en mi pasado para poder repararlo.

Los ojos de Alejandra lo oteaban con dulzura.

—Eres el hombre que quiero y que necesito —dijo—. Lo fuiste siempre. No se trata de saber o no saber hacerlo, Val, se trata de querer hacerlo. De intentarlo. Yo tampoco sabía follar —le recordó, sentándose a horcajadas de nuevo sobre él—, ni siquiera se me daba bien explorar mi propio cuerpo. Pero tú me enseñaste todo lo que sé.

—Ale.

—Solo esta noche —rogó—. No te pediré más. Esta noche hagámoslo por mí, no por ti. Esta noche vuelve a ser el hombre que eras antes de cometer el error más grande de mi vida al dejarte. Muéstrame al hombre con el que disfrutaba jugar en la cocina, mientras intentabas castigarme por mi comida. Por favor —dijo sollozando—. Solo esta noche.

Valen ya ni siquiera se acordaba de que en otro tiempo había sido ese hombre. Ya no lo era, pero seguro que algún rezago quedaba en su interior y solo lo llamaría por ella.

El hombre jaló de ella y la besó. Saboreó sus labios mientras sus manos se deleitaban con su cuerpo. La recostó de espaldas, y él sabía lo hermosa que se veía allí, desnuda sobre la gran cama de sábanas blancas de satén.

—Valentina no ha hecho más que profundizar las líneas de tu cuerpo, de perfeccionar tu belleza —Le susurró, mientras sus manos exploraban sus pechos y hacía girar sus pezones como si de diales de radio se trataran.

Ella gimió, mientras él volvía a besar el cuello expuesto y a mordisquear su clavícula. Amasó sus pechos, estrujándolos, pero sabiendo que debía controlarse. Intentó meter al lobo en una cueva aunque solo fuere por algunos minutos.

Recorrió su cuerpo entre un rosario de besos y gemidos hasta llegar a las

tierras del sur que eran dominio de su corona. Le pasó un dedo sobre la tersa piel de su coño, solo para abrir su vagina con ambas manos y dejar que su lengua se deleitara jugando con su clítoris.

Se metió un dedo a la boca y luego lo paseó por el terso borde principal de su perla. Ella gimió, y Valen sintió la combustión espontánea que siempre lo invadía cuando estaba con ella.

Quería follarla. Quería incrustarse tan dentro de ella que se sintiera tan repleta de él que su útero no tendría cabida para absolutamente nada más. Su polla vibraba y rugía de necesidad, pero él estaba haciendo todo lo posible por no envararla de una sola estocada.

Mierda.

¡Era tan jodidamente difícil!

Ante la atenta mirada de ella, Valen se chupó el dedo que había estado atormentándola y luego volvió a su misión. Sopló su capullo, mientras movía su lengua de izquierda a derecha con velocidad.

Alejandra quería recordar ese momento para siempre porque no sabía si iba a ser el último de intimidad que tendría con él o si Dios le separaba algo mejor. Él la besó y bebió de su interior.

—Oh, mierda, chiquita —dijo—. No puedo más, tengo que...

Valen se colocó un preservativo y comenzó a penetrarla. Ella estaba lo suficientemente resbaladiza y húmeda para que el tránsito fuera rápido, pero Valen lo ralentizó.

No quería ser un bruto, estaba luchando contra ello. Quería también amarla, y darle el lugar que siempre había guardado para ella. No era un hombre fácil, ni siquiera suave.

El sudor perlaba la frente de Valen por el esfuerzo y mientras besaba a la mujer, se introducía en su interior. Duro, pero poco a poco.

Las lágrimas se le agruparon en los ojos cuando entendió el redoblado control que estaba teniendo Valen sobre sí mismo para cumplir con su pedido. Él todavía podía ser un mejor hombre...

¿Es que acaso no lo ve? Pensó, sintiendo cómo él la llenaba completamente y comenzaba a moverse en su interior con un movimiento duro, pero no desgarrador.

El jadeo se convirtió rápidamente en gemido y los gemidos en gritos, mientras Valen tensaba los músculos para hundirse una y otra y otra vez dentro de ella.

El tan ansiado clímax no tardó en llegar, porque la combustión, la fricción y aquella aura de entrega y dedicación por parte de ambos eran el cóctel

perfecto. El sello perfecto para aquel pacto que, engañosamente, Alejandra había tejido entre ellos con hilos invisibles.

Lo único que podía mejorar el momento era una declaración de amor, y que Valen le dijera que no se iría nunca; pero no quería tentar a la suerte más de lo que ya había hecho esa noche.

—Gracias por hacerme el amor —le dijo, mientras se acurrucaba junto a él y Valen jalaba la cobija para cubrirla.

Valen besó su frente y mientras cerraba los ojos, pensó:

«Sí, hacer el amor. No había otra manera de llamar a aquello que sentía, que habían compartido. Era, indescriptiblemente maravilloso. Único y especial.»

CAPITULO 45

En cuanto había escuchado a través del intercomunicador a su pequeña agitarse y gimitar, Valen se había levantado como un resorte del colchón, puesto solo unos pantalones y corrido a su encuentro.

Cuando entró en su habitación, encontró a la pequeña agitando tanto manos y pies, mientras berreaba enloquecida. Valen frunció el ceño cuando se acercó a su hija y la observó atentamente.

Le había cambiado el pañal y bajado a la cocina con ella.

Tiempo después, y de vuelta en el dormitorio infantil, Valen separó el biberón de la diminuta boca de Valentina, y la pequeña abrió abruptamente los ojos y le hizo un mohín de disgusto.

—Ah, pequeña traviesa, estabas despierta —Él regresó la mama a los labios de la niña, y ella rápidamente absorbió de nuevo—. Despacio, cariño, despacio. —Como un padre orgulloso, contempló al hermoso querubín tomar encantado el alimento. Sus labios se curvaron en una media sonrisa—. ¿Cómo puedes ser tan menuda con lo glotona que eres?

Valen frunció el ceño, preguntándose si debía prepararle o no otro biberón a su hija. No estaba seguro de si sería una buena idea o acabaría empachándola, y tampoco deseaba interrumpir el merecido descanso de Alejandra para consultarle. La había tenido a trabajos forzados toda la noche, primero en la cabaña, y más tarde, y de vuelta a la mansión, en su dormitorio. Se merecía una buena dosis de sueño.

El estómago de Valen se tensó al recordar las veces que habían hecho el amor esa noche.

Hacer el amor...

Sonaba tan extraño para él.

Sus grises ojos brillando en la casi oscuridad, vulnerables, necesitados. Se estremeció, viendo de nuevo en su mente los dulces rasgos de Alejandra transfigurados por la lujuria mientras cabalgaba su miembro como una auténtica amazona. Infiernos, si no supiera que estaría demasiado adolorida, la empalaría a su polla otra vez.

Se estremeció ante la onda de necesidad que lo recorrió con ese pensamiento.

Y se sintió culpable de fantasear con sexo cuando estaba cuidando de su hija.

Meció a Valentina, intentando no pensar en las formas en las que se follaría a

su mamá.

Cuando la pequeña engulló la última gota de leche, dejó el biberón sobre la cómoda y la enderezó para apoyarla contra su hombro izquierdo. Felizmente acomodada en los brazos protectores de su padre, la niña comenzó a adormecerse mientras él caminaba de ida y vuelta a través de la recámara infantil, y le pasaba tiernamente la palma de la mano por la espalda.

Nunca se cansaría de tenerla en brazos.

Nunca le haría daño.

La amaba.

El corazón de Valen comenzó a latir un poco más rápido.

¿Cómo diablos había llegado a pensar que la odiaría?

Si Alejandra no le hubiera dado la oportunidad de nacer a su hija, la pequeña no sería la hermosa realidad que tenía acurrucada contra él en esos momentos. Sí su terca mujercita le hubiera hecho caso e interrumpido el embarazo, Valentina no estaría durmiendo plácidamente aferrada a su hombro desnudo.

Automáticamente, la acunó más cerca de su cuerpo e inhaló su dulce aroma.

Nada de esto hubiera sido posible sin Alejandra.

Ella había sido la valiente, no él.

Todo el dolor que su esposa había pasado era enteramente su responsabilidad.

La había dejado sola cuando más lo necesitaba. No había estado ahí para ella, y eso lo enviaba hacía el borde de un acantilado. Ni siquiera había visto nacer a su hija, no había sostenido la mano de Alejandra mientras luchaba por las vidas de ambas en un parto prematuro y cargado de complicaciones.

Nunca volvería cometer ese error de nuevo.

¿Pero no era justo lo que estaba a punto de hacer?

Abandonarlas, a ellas y a Gio.

Valen negó con la cabeza. Sentía como si su mente estuviera llena de niebla. No existía un único pensamiento que fuera más grande que cualquier otro, y sin embargo no podía resolver ninguno de ellos.

Cuando Valentina finalmente eructó, la acostó cuidadosamente en su cuna y la tapó con su manta favorita. Le acarició la mejilla y se quedó embelesado observándola. Sí cumplía su amenaza de irse a vivir a su ático de la ciudad, no sabía cuándo volvería a disfrutar de momentos como ese con su hija, y quería aruñar cada segundo.

La pequeña abrió y cerró sus grandes ojos, mientras se llevaba el pulgar a la boca y succionaba, mientras con la otra arrebujaba su cabello.

—¿Sabe qué hora es, señorita? —preguntó cruzándose de brazos y

apoyándolos en el borde de la cuna con dosel—. Muy tarde. Y las niñas hermosas como tú deberían estar durmiendo.

Valen sonrió cuando la bebé levantó ambas manos, pidiéndole que la levantara desu confinamiento. Valenno cayó tan fácilmente como lo haría Alejandra y la pequeña, al ver frustrados sus planes, frunció el ceño y soltó un berrido tan fuerte, que estaría seguro que hasta el otro lado del gran charco lo escucharían. —Oh, eres una chiquita manipuladora —dijo soltando una carcajada grave, mientras la sacaba de la cuna y la ponía de nuevo sobre su pecho desnudo.

La niña siguió berreando, pero observaba atentamente el movimiento del dosel.

—Igual de curiosa que tu madre —declaró orgulloso y dejando caer un beso en su frente—. Cariño, me sacarás muchas canas verdes, pero agradezco que seas parte de mi vida.

Valentina guardó silencio momentáneamente, mientras su padre la paseaba por la habitación, intentando que durmiera. Pero la niña no tenía deseos de dormir. Ella quería saber lo que la rodeaba, con la curiosidad a flor de piel y los grandes ojos devorando el conocimiento de todo lo que había en su habitación. El hombre la llevó hacia un curioso adorno de cuerdas y ángeles que le había enviado su tía Idaira desde Tenerife. Valen lo hizo sonar solo para que la niña lo observara moverse y tal y como esperaba, la pequeña quedó enamorada del dulce y armonioso sonido.

Quince minutos después, Valen comenzaba a cansarse del sonido del artefacto. Le dejó de parecer armonioso, para emitir un simple ruido.

—¿No tienes sueño, verdad cariño? —preguntó, mientras su hija balbuceaba y hacía burbujas con su saliva—. No, ya veo que no.

Todo indicaba que la niña no dormiría pronto, al menos no con él. Quizás con Alejandra... Quizás, si la recostaba entre ellos en la cama matrimonial todos pudieran dormir. Le esperaba un día duro en la empresa y necesitaba que su hijita colaborara.

—Felicidades señorita, esta vez usted gana, vamos a buscar a mamá y a dormir con ella.

Balanceando a la sonriente niña de un lado al otro, y dejándola observar las pinturas del pasillo, la llevó hasta la suite de la mansión.

Cuando tanto padre como hija entraron a la habitación ambos se dieron cuenta que Alejandra no estaba. La despierta niña contempló la cama y luego frunció el ceño, exactamente de la misma manera que lo hacía él. — Estaba pensando lo mismo, jovencita —aseveró él segundos antes de salir de nuevo por el

pasillo, protegiendo la cabecita de su hija.

Pronto vio que el dormitorio de Giacomo tenía la luz encendida. Valen se aproximó hacia la puerta y Valentina ladeó su cabeza para poder espiar mejor lo que pasaba. El hombre dio unos pasos más hacia adelante y descubrió a Giacomo recostado sobre el pecho de Alejandra, mientras ella le repetía una y otra vez que todo aquello había pasado y que ella lo cuidaría.

Valen se sintió momentáneamente desplazado de aquel amoroso cuadro, aun cuando llevaba a su hija a cuestas. Alejandra hablaba de nunca apartarse de él, de cuidarlo y protegerlo. Y, por su lado, el niño alcanzaba la gloria sintiéndose cubierto por las alas de un ángel.

La niña se hizo hacia adelante estirando sus bracitos para llamar la atención de su madre.

—Valen... —Alejandra levantó la vista y miró al impertérrito hombre con la bebé en brazos—. No escuché que Tinny se hubiese despertado. — Ya me ocupé yo, no te preocupes —murmuró y luego observó a Giacomo—. ¿Está bien?

Asintió.

—Solo tuvo un episodio de asma por una pesadilla. Pero ya logró calmar su respiración.

Valen se acercó a la cama y le pasó a la niña.

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó y el niño lo examinó con sus ojos cristalinos y con la respiración todavía un poco agitada.

El pequeño asintió, mientras Valen ocupaba un sitio al lado de su cama y le acariciaba la cabeza.

—Recordé algunas cosas... —explicó y los ojos se le llenaron de más lágrimas.

—Shhh... Gio, ya, tranquilo —Le interrumpió, atrayendo al niño contra él—. Sé por lo que pasaste, nadie mejor que yo lo sabe y también sé que tu madre daría su vida por ti y por tu hermana. Somos tu familia y vamos a ayudarte de ahora en adelante. No debes temer, a nada, ni a nadie... Giacomo tragó.

Al observar la esperanza que se pincelaba en el rostro del pequeño, Valen levantó al niño a cuestas bajo la mirada asombrada de las dos féminas presentes. Cuando el niño se abrazó a él, Valen le extendió la mano a Alejandra.

—Vamos, cariño —Los grandes ojos de su esposa lo otearon con sorpresa. Él besó el dorso de su mano y la jaló hacia el pasillo—. Los niños tienen que dormir.

En medio de la penumbra, Valen contemplaba la idílica escena que tenía en su cama. Alejandra y sus hijos dormían a pierna suelta junto a él. Los pequeños en el centro, y ellos, como las dos torres de un ajedrez, custodiaban su sueño.

Y entonces lo supo.

Al fin estaba en casa.

Sus años de soledad y de enorme vacío habían acabado, y él se había negado a verlo. Estaba tan ciego por las venganzas y el odio por sí mismo, que había tenido durante todo ese tiempo la auténtica felicidad antes sus ojos y no la había querido reconocer. «Pero todo ha terminado.» Ahora lo sabía.

Conteniendo el aliento, una mezcla de esperanza y miedo lo atenazó.

Pasándose la palma de la mano por el cabello, le dio un último vistazo a su familia, mientras marcaba un número conocido en su móvil. Cuando la voz masculina al otro lado de la línea le contestó, dijo:

—Se acabó, Angelo —murmuró con determinación—. Se acabó esta absurda caza. Que se joda Damiano. Que se joda el mundo entero.

—¿Y puedo saber por qué el cambio?

—Porque elijo a mi familia.

CAPITULO 46

Angelo Zammicheli estaba en la terraza de su casa de campo, el teléfono móvil en una mano, y una botella de cerveza en la otra, mientras escrudiñaba la noche. Las sombras furtivas resguardaban los inconfesables secretos que durante años había ido acumulado en ese lugar. Secretos tan densos como el polvo del terreno escabroso que rodeaba la propiedad.

Sin embargo, era el sitio perfecto para un hombre que deseara estar a solas, o para dirigir asuntos de naturaleza secreta, siempre y cuando, el presentimiento de ser constantemente vigilado por algún espectro vengativo al que hubiera ejecutado, no le impresionara.

Pero Angelo estaba acostumbrado a todo esto. En ocasiones tenía la extraña sensación de que lo perseguían los fantasmas desde el momento de su nacimiento.

— ¿Estás seguro de la decisión que has tomado? —porfió rápidamente, esperando que fuera verdad.

—Completamente.

Angelo tragó la risa extraña que burbujeara en su pecho.

—Y de repente llega alguien. Alguien con mucha luz al que no le importa que tan oscuro estás, y se queda ahí junto a ti, soportándolo todo para poder enseñarte cuán grande, puro y maravilloso es el verdadero amor — Apenas fue consciente de que murmuró esas palabras en voz alta.

¿Qué mierda...?

Angelo bajó la cabeza y cerró los ojos un instante. La soledad podía resultar en ocasiones desesperante. Podía hacer que los hombres más fuertes desearan salir a la cumbre más elevada en plena noche para aullarle a la luna toda su pena, como un gran lobo perdido, sin manada.

Angelo suspiró y se pasó una mano por el pelo. Desafortunadamente, sabía exactamente como se sentía.

«Geovana.»

Ella lo había aceptado. Ella lo había querido. Ella había sido el mejor pretexto para cambiar.

Una sonrisa sin humor se abrió paso en su rostro. Aquello sonaba como una jodida ironía, teniendo en cuenta en lo que se había convertido. Quién era.

«Midgard.»

Un asesino despiadado. Un sicario sin escrúpulos. Y un extraordinario actor. Dejó esa línea de pensamiento y masculló:

—Valen...

—Dime.

—Sé feliz, hermano.

Angelo caminó serenamente por la estrecha escalera hacia el sótano. Encendió la única bombilla pelada del techo y las frías paredes de piedra comenzaron a tomar tenuemente forma. Ni la luz de un millar de velas habría sido suficiente para disipar la completa oscuridad del lugar.

Cuando cerró la puerta tras de sí, pateó la silla, con lo que la atención del cabrón maniatado y somnoliento pronto recayó sobre él.

—¿Cómo lo llevas, Damiano? ¿Mucha sed? ¿Hambre?

El malnacido estaba hecho una mierda después de varias semanas de encierro, hambre y tortura. Las marcas de su patético y consumido cuerpo contaban todo lo que había sufrido y soportado bajo sus manos.

Los ojos de Damiano se elevaron. La ira pura sin diluir se filtró a través de su rostro ensangrentado.

—Pagarás por esto.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, Angelo se sentó a horcajadas en la silla que había colocado a un metro y medio delante de su prisionero y cruzó los brazos sobre el respaldo.

—¿Y quién impartirá la justicia sobre mí? —Él se rió entre dientes—. ¿Tú, hermanito?

—No eres más que el hijo de una prostituta adicta al crack. Una de las putas de la comuna que follaba Marzio y veinte, o cincuenta o cien cabrones más.

Angelo soltó una carcajada áspera.

—Y sin embargo, soy un Li Volsi.

—Tú nunca has sido y serás un Li Volsi, porque no eres nadie. Sólo el hijo bastardo del que Marzio nunca se preocupó. Debió ser muy duro para ti saber que el hombre que te engendró, te aborrecía tanto, que quiso deshacerse de ti en más de una ocasión. ¿Y sabes por qué? —Sus ojos chispearon con malicia un segundo antes de contestar—: Porque no eras más que una vergüenza para él, un humillante error.

Había una nota de humor jugando en los ojos verdes de Angelo, en el bordede sus labios, mientras escuchaba con infinita paciencia la verborrea sentimentalista de Damiano.

—¿Acaso piensas que eres mejor que yo? —receló Damiano—. Tepagué

mucho dinero para que eliminaras a esa zorra cuando amenazó con denunciarnos, ¿y tú qué hiciste? Encapricharte de ella.

Tuvo de repente la sensación de que una trampilla se abría bajo sus pies y sintió cómo caía a través de un agujero negro.

Saltó de la silla e inclinándose, agarró al monigote por el cuello. Sus dientes rechinaron.

—No empañes su memoria, maldito pedazo de mierda.

Damiano sonrió como un caimán.

—¿Has averiguado quién es el padre de esa bastarda? Porque si no me falla la memoria, podría ser cualquiera.

Él sintió como si un clavo oxidado se clavara en su corazón. Repetidamente.

Nunca le daría la satisfacción de confesarle que Deva, su preciosa niña, era su hija.

El puño de Angelo chocó con su mandíbula. Una. Dos. Tres veces. Continuó golpeándolo, con tanta saña, que un latido comenzó en sus nudillos y se extendió por su brazo. Pero por primera vez en varios días, sintió como si las cosas fueran realmente bien.

Instantes después, una calma peculiar cayó sobre un Damiano con la cara completamente desfigurada y roja, relajando sus músculos temblorosos. Si no se desplomaba de bruces contra el suelo era gracias a las ataduras que lo ligaban a su asiento, porque el pobre diablo parecía un desmadejado muñeco de trapo de color carmesí.

Pero para Angelo no era suficiente.

Murmuró una palabrota y se pasó la mano por el despeinado cabello negro.

Había mentido a Valen y a sus hombres sobre el paradero de ese canalla para divertirse a sus anchas con él. Tenía demasiadas cuentas pendientes con él.

Pura codicia, lo sabía. Pero era un Li Volsi, por mucho que Damiano quisiera tapar el sol con un dedo, y un Li Volsi siempre actuaba de manera egoísta.

Lo miró, aproximadamente cinco largos segundos, y luego examinó la habitación a su alrededor. Entonces sus ojos detuvieron en el armario de la pared, y después de una breve pausa, supo qué hacer.

—¿Qué cojones piensas hacer? —El miedo cortaba la voz de Damiano, apenas podía enderezar la cabeza y abrir los párpados hinchados—. ¿Matarme?

—No, yo no te mataré. Serás tú quien lo haga. —Le lanzó una mirada feroz por encima de su hombro—. ¿Sabías que el suicido forzado era una forma habitual de ejecución en la antigua Grecia y Roma? Se reservaba principalmente para

aristócratas sentenciados a muerte. —Hubo un silencio. Cuando habló su voz sonaba tranquila y escalofriante—: Y tú, hermanito, siempre has tenido muchas ínfulas de grandeza, así que, ¿qué mejor manera de morir?

Los ojos de Damiano se ancharon mientras trataba de averiguar qué planeaba. Entonces comenzó a jadear de miedo en el momento en que Angelo sacó una gruesa cuerda y de una funda un afilado puñal.

—Te estoy dando la oportunidad de escoger entre el suicidio voluntario o enfrentarte a una alternativa más desagradable y... dolorosa.

—Noo... no lo hagas —empezó a farfullar entre sollozos—. ¡Recuerda que somos hermanos!

Con lentitud, y ante su atenta y horrorizada mirada, Angelo empezó a disponer todo a su lado. Sonrió como el demonio que era. Por una maldita vez, el príncipito demostró tener más de dos neuronas vivas en su muerto cerebro; pero menos pelotas de lo que parecía, porque con solo ver lo que sujetan sus manos, adivinó las dos alternativas: La horca o una carnicería.

—¡Por Dios, Angelo, te conseguiré una fortuna, una... !

—No hay nada que quiera de ti, hermanito —Pasó la hoja a través de sus dedos con admiración y añadió—: Excepto tu corazón.

Damiano tembló de terror, su piel se puso blanca como la del fantasma que pronto sería.

Él sabía lo que iba a suceder si no elegía el suicido y, finalmente, llegó a la conclusión que no sería rápido.

CAPITULO 47

Varios meses después...

Aquella prenda debería estar completamente vetada para mujeres como Alejandra Lemacks. Los escandalosamente ridículos triángulos celestes que hacían de sujetador, ni siquiera lograban cubrir la turgente y redonda carne de aquellos senos llenos que torturaban sus sueños y que hacían que su boca salivara por probarlos. Desde que había tenido a su hija, el cuerpo de su mujer había adquirido formas más estrechas y voluptuosas.

Valen se removió en la silla giratoria y la orientó más hacia el gran ventanal, mientras Angelo Zammicheli y Mathew Hayes comentaban la mejor opción de negociación.

De pronto el nuevo negocio dejó de interesarle.

Le interesaba más recorrer con los ojos la silueta bien formada de aquel cuerpo que lo hacía arder, también observar aquella pequeña barriguita encantadora que le había quedado luego del embarazo.

Alejandra rió por algo dicho por Idaira, seguramente, y el movimiento hizo que sus pechos subieran y bajaran ofreciéndose. Las manos le picaron cuando sus ojos llegaron a su cintura, y a su vientre redondeado. Cerró los ojos, para imaginarse el tacto de melocotón de su dulcedad. E imaginarse enterrado dentro de ella lo trastornaba.

El diminuto short podía ser considerado una braga. Solo esperaba que su trasero no estuviera desnudo. Se pasó una mano por la barbilla velluda, completamente desconectado de la conversación que estaba llevándose a cabo a sus espaldas. No, le importaba mucho más el estar cerca de Alejandra en ese momento.

Su esposa y disparatada cuñada estaban en la piscina climatizada. Deva se encargaba de controlar a los pequeños primos dentro del gran jacuzzi para niños y bebés que había instalado muy cerca, mientras Giacomo la ayudaba a estabilizar a la pequeña Valentina y a Eros, el revoltoso pequeño hijo de Idaira. Gio parecía encantado ejerciendo de hermano mayor. Sonrió. Romeo jugaba una partida de billar con su cuñado Jonay, pero no perdía detalle de Deva. Ya se había fijado en las miradas que se lanzaban ambos jóvenes, y solo esperaba que un buen día pudieran ser felices juntos. Cuando vio que todo estaba saliendo a pedir de boca, volvió la vista hacia ella.

Hacía su mujer.

«Mía.»

El objeto de su embeleso caminó por el borde de la piscina para dejar la toalla azul que tenía entre los brazos. Valen fijó los ojos en la abultada carne que aquel culotte de pierna rebajada dejaba ver. El deseo lo golpeó tan fuerte que se preguntó el motivo por el cual no estaba del otro lado de la habitación. Achinó los ojos mientras pensaba en lo indecente del traje de baño. La jodida tela celeste era como un cartel luminoso con el proverbio: «Fóllame.» Y él estaba más que dispuesto a cumplir con cualquier fantasía que su esposa tuviera. Apretó los puños para intentar calmar a su embravecida lujuria que le exigía, tajantemente, que saliera del despacho, agarrara a Alejandra de los hombros y la hiciera suya contra la primera superficie contundente que encontrara.

¡Maldita fuera!

No entendía el poder que tenía esa pequeña bruja sobre él. Cuando se trataba de ella, en las únicas dos cosas que podía pensar era en reclamarla como suya nuevamente y en protegerla.

Cerró los ojos suspirando.

Intentando encontrar paz en medio de aquel infierno desatado por unos espectaculares pechos y un trasero respingón. Cuando los abrió, lo primero que hizo fue levantar una ceja para luego fruncir el ceño y bajar la cabeza amenazadoramente.

—Deberías estar en esa piscina disfrutando de tu mujer e hijos, no aquí — escuchó que decía Angelo. Cuando se volvió, él estaba apoyado en el escritorio—. Haz trabajado muy duro durante años, así que supongo que los negocios pueden irse al diablo por un día.

Mathew lo secundó.

—Concuerdo completamente con Angelo.

—Tenéis razón. Nos vemos el lunes entonces.

Y con esa sentencia Valen volvió a su ubicación en las puertas francesas.

Ella podía volver loco a un santo. No lograba distinguirla, por lo que supuso que quizás ya hubieran entrado a casa.

Y el pensamiento lo tranquilizó, porque se la cruzaría en breve. Pero entonces la vio emerger del agua por la escalinata de acero, con sus pechos llenos y firmes cimbraron con el movimiento de sus caderas. Imagino que el frío habría endurecido sus pezones. Jodido infierno. Los debía tener tan erizados porque casi podía distinguir desde su ubicación como sobresalían contra la tela.

«Señor, ten piedad.»

Quería sentir aquellas preciosas perlas entre sus dedos, en su boca. Su sabor era delicioso.

Sus papilas gustativas rememoraron lo que se sentía cuando los tenía en su boca y los jadeos de ella retumbaban en sus oídos.

«Cristo, ten piedad.»

Su erección creció varias tallas dentro de sus pantalones. Se quitó el chaleco y se aflojó algunos de los botones de su camisa inmaculada. Maldita sea, sentía la necesidad de correr, sacarla de allí y cubrirla con su cuerpo para que nadie la observara en esa guisa.

No quería que ningún hombre salivara secretamente por la mujer que era suya. Y era capaz de volver eunuco a quien intentara tocarla.

Cuando alzó los ojos, frunció el ceño iracundo.

Aquel muchachito impertinente, AnthonyFisher, estaba merodeando por dónde estaba Alejandra como una abeja a una preciosa flor. Parecía que no había dejado completamente claro que esa mujer era suya y sintió la ira recorrer su torrente sanguíneo.

Tenía su apellido, su alianza, era madre de sus hijos.

¡Y era suya! ¡Únicamente suya!

Ella se volvió a saludarlo con una mano y una sonrisa impregnada en los labios. Valen bufó por dentro, como un toro listo para cornear a aquel muchachito con una extraña fijación por la muerte. Si era inteligente, más le valía no acercarse a Alejandra en un rango menor a treinta kilómetros a la redonda. Apretó los posa-brazos de la silla para intentar dominarse.

Idaira eligió ese inoportuno momento para aproximarse por la espalda de Alejandra y contarle algo al oído. La joven se giró y le observó a través de los cristales. Le dedicó una sonrisa radiante, y con la mano le pidió que dejara de trabajar y las acompañara.

Y entonces sucedió lo peor.

El escandaloso peto del bikini de Alejandra comenzó a caerse, dejando los turgentes y lujuriosos pechos expuestos a las inclemencias del viento aún gélido y a las miradas de cualquiera que pasara por allí.

Valen sintió que unos ladrones habían entrado a su propiedad. Se levantó como un resorte de la silla, abrió las puertas y salió disparado hacia fuera. Iracundo y tan frustrado sexualmente como podía estar un hombre como él, llegó de pocas zancadas hacia dónde ella, roja como una amapola, lo miraba aturdida mientras trataba por todos los medios de taparse.

El hombre cogió de los brazos a Alejandra y la jaloneó contra su pecho, cubriendo su desnudez de las miradas inescrupulosas. Le lanzó una atemorizante mirada a Idaira por lo que acaba de hacer, y ni hablar de cuán fulminante fue con el jardinero que parecía no haberse dado cuenta de absolutamente nada. Pero aquella actitud inocente a él no lo engañaba.

Cuando cargó a Alejandra para llevarla consigo y ponerla a buen recaudo.

Sintió los pasos de Ida detrás de él.

«¡Jodido infierno, era hombre muerto!»

—Valen... por Dios... ¡Bájame! —exclamaba Alejandra removiéndose entre sus abrazos.

La aprisionó más cuando, al pasar como alma que se lleva el diablo, observó que Mathew y Angelo habían salido por las mismas puertas francesas que él, para preguntar si había ocurrido algo.

Valen gruñó una respuesta y se la llevó hacia el vestuario.

—¡Bombón, espera! —gritaba Idaira intentando seguirle el paso.

Romeo y Jonay aparecieron también y se reunieron a la procesión de Idaira, Angelo y Mathew. Oyeron como la puerta se cerraba con violencia.

Valen estampó la espalda de Alejandra contra la primera pared que encontró y gruñó fuera de sí. Aún podía escuchar del otro lado de la puerta las voces de todos; algunos preocupados, otros divertidos. Él respiró con furia al pensar que por culpa de aquella mujer, Alejandra hubiera quedado expuesta. La sola idea de que alguien que no fuera él degustara el dulzor de su boca, o tocara como estaba haciendo en ese momento las abultadas curvas bajas de sus senos...

—Val... —susurró ella sintiendo la presión de las yemas de sus dedos índices y pulgar torturar sus pezones erectos.

Alejandra se hizo para adelante y Valen aprovechó para morderle los labios segundos antes de besarla con fiereza. Él la sintió gemir quedamente contra la boca masculina. Valen torturó un poco más sus hermosos picos y luego, con la mano derecha, tocó su trasero.

—Val...

—Nadie tiene por qué ver o tan quisiera imaginar cómo son las curvas de tu cuerpo —rugió colocando sus manos alrededor de sus piernas y haciendo que ella lo envolvieran a la altura de la cintura.

La mujer sintió la potente erección de su marido en medio de las piernas y un río goteó de su femineidad.

—Yo no... yo...

—Mataré a Idaira por exponer lo que es solamente mío —juró fuera de sí.

La boca se le secó al joven y lo abrazó más fuertemente con las piernas.

—Mierda, Alejandra, quiero estar enterrado en ti hasta las pelotas mismas —rugió mientras la embestía con fiereza y le arrancaba potentes gritos y gemidos guturales a la mujer que se convulsionaba entre sus brazos sufriendo la misma hambre que él—. Eso es, chiquita... Voy a follarte, aquí y ahora.

Valen bajó una de sus manos y la metió entre el satánico short que le había hecho perder la cabeza. Jugó con los labios vaginales, con su monte de venus. Humedeció sus dedos con la esencia derramada en la catarata de sus piernas y movió las yemas sobre su clítoris, hasta que ella jadeó y susurró palabras ininteligibles.

En una nube de estupor, Alejandra no se dio cuenta cuando Valen liberó su propio y erecto falo y la penetró de una sola embestida.

Gritó, y la gente en el exterior calló de repente.

Le encantaba la sensación de sentirse poseída por su marido, y buscó tener más contacto con él. Sus manos fueron a dar a su espalda, sintiendo la necesidad de tocarlo. De oírlo también, de darle el mismo placer, pero el clímax llegó más rápido de lo que esperaba para ambos y gritó tan fuerte que Valen se corrió dentro de ella, sintiendo el mismo placer corretear de un cuerpo a otro. Le mordió los labios, mientras ella clavaba sus uñas en sus hombros.

—Nadie había cuidado de mí nunca. Nadie había despertado mi cuerpo como lo haces tú. Te he esperado toda mi vida, cariño, y por fin estás aquí, conmigo —susurró besando su frente y labios—. Gracias por enseñarme lo que es la felicidad. Nunca pensé que pudiera sentirse así, y yo... yo...

—Yo también te amo, cariño —terminó ella por él, estaba cansada, saciada y dichosa.

Cuando Valen la ayudó a bajar las piernas de su cintura, mientras pegaba su frente a la de ella y la miraba directamente a los ojos, intentó espantar fuera sus miedos. Ni en sus sueños más salvajes había pensado que iba a encontrar aceptación. Y no solo eso, sino que había encontrado la llave para abrir sus emociones congeladas. No sólo estaba haciéndolo con Alejandra, sino también con sus hijos.

Alejandro lo comprendió. Aunno estaba listo para usar esas palabras. Le aterraba pronunciarlas. Para él significan que algo terrible estaba a punto de

sucedier. ¿Pero acaso necesitaba escucharlas? Negó mentalmente. «No». Porque él le demostraba cada día lo mucho que sentía por ella, lo importante que era en su vida. Y las acciones, sus gestos, hablaban mucho más que dos simples palabras.

Suspiró sonriente.

Además, no podía pedir a un lobo que se convirtiera en un cordero.

— No necesito oírte, Val, no si no estás preparado —Le acarició el rostro con ternura—. Sé que me amas y que nuestra familia podrá con cualquier obstáculo.

Valen casi gimió en voz alta. La besó en la garganta y trasladó su boca al lado de su cuello, justo por encima de donde estaba su hombro. Necesitaba dejar otra marca en ella.

Miró satisfecho su sello de propiedad, y luego se ocupó de limpiar con una toalla húmeda los restos de su desenfrenado encuentro. Alejandra hizo una mueca de dolor.

— ¿Estás bien, cariño? ¿Te hice mucho daño? —La joven no pudo evitar llevar las palmas de sus manos hacia su vientre.

Y Valen palideció. Estaba aprendiendo a convivir con sus peores demonios, porque sabía que nunca podría deshacerse de ellos completamente, así que la idea de que su mujer le dijera que estaba embarazada de nuevo, lo paralizó de miedo. Y ese miedo era mucho más real y preocupante que el que sentía cada vez que trataban de hacer el amor y él no sabía hacerlo.

—Tengo dolores pre-menstruales —susurró sin mirarlo, ruborizada. A Valen le volvió el alma al cuerpo.

Volvió a su lado, quitándose la camisa para ponérsela a ella. Alejandra repasó con suavidad algunas de las cicatrices de su piel, y él gruñó y la besó en los labios con ternura. Sus manos volvieron a sus pechos y se dio cuenta que efectivamente, estaban llenos, plenos. Y tan sensibles que el simple roce de sus manos había conseguido que sus pezones volvieran a ponerse erectos.

—Y yo tan bruto —murmuró bajando la cabeza y besando las montañas de sus pechos con devoción. La tocó tan dulcemente que Alejandra no pudo evitar soltar un jadeo excitado—. ¿Esto te excita? Ella asintió...

—Sabes que sí —se atragantó la mujer.

—Cuando está por llegarte el período o cuando estás con él, es cuando más caliente y necesitada de mi te pones.

Se sonrojó antes de pronunciar.

—Siempre te deseo, amor mío.

Alejandra apoyó el lado izquierdo de su cuerpo en el pecho de su marido y suspiró, cuando él la abrazó para cubrirla con el calor de su propio cuerpo.

—Val, no culpes a Ida...

Valen apretó la mandíbula. Por un lado estaba enfadado con Idaira por no pensar las cosas antes de hacerlas, y por el otro, tenía que agradecerle. —Melo pensaré, pero esa mujer está en mi lista negra —dijo con seriedad.

—Val...

—Shhh, no discutas, cariño. Solo relájate. ¿Quieres que te lleve a nuestro dormitorio? —Los ojos grises resplandecieron de pronto con anticipación—. Deva puede quedarse con los niños y nosotros... Ella no pudo evitar reír.

—¿Y qué pasa con Ida?

—Tía Ida ha traído otro reto para nosotros. Una nueva caja de preservativos. Creo que tenía contiene el doble.

Él la estudió con malicia. Tenía los labios rojos, mordidos, amados y la expresión de su rostro era de éxtasis.

Sonrió, mientras la abrazaba más fuerte para evitar que dijera nada. Le encantaba verla así, deseable, y fervientemente deseada. Y minutos después, cuando salieron y se toparon cara a cara con Idaira, Angelo, Matthew, Romeo y Jonay, Alejandra conservaba aquella expresión adorable de haberse portado mal haciendo algo prohibido en el vestuario. Valen se sentía malditamente orgulloso de que todos supieran que era suya. Nadie dijo absolutamente nada por más de dos minutos, Alejandra solo asumió una palidez extrema al verlos a todos allí, y Valen la cogió de las caderas para acercarla a él y que ocultara cierta parte voluminosa de su anatomía. Por primera vez, Angelo lo observaba con una sonrisa socarrona e Idaira había quedado repentina, pero gloriosamente, muda.

«Bendito fuera Satanás.»

—Estaba pensando si quedarme a cenar —preguntó Mathew para quitarle rigidez al asunto.

—Pensé que habías dicho que teníais negocios que atender —dijo Valen desalojando a su amigo. Los quería a todos fuera.

—Nada que no se pueda aplazar —le respondió Angelo divertido con los acontecimientos.

—Quedaos a cenar, si os place. Bianca puede servirnos lo que gustéis — Valen se giró a Idaira—. No quiero más problemas.

Ella asintió, y Alejandra se removió de su agarre.

—Ahora, cariño, me dijiste que querías cambiarte —comentó él mirándola

con deseo renovado—. Te acompaño, vamos.

Ella blanqueó los ojos. Ni siquiera entendía como aún podía caminar.

—¡Sí! —«Amo» respondió para su fuero interno. Valen se giró para guiar a los demás hombres de nuevo al despacho, pero se detuvo al escuchar el leve siseo de su querida esposa—. Cavernícola lascivo...

Valen se giró para clavar su intensa mirada de acero en la mujer.

—Te he oído, preciosa —La mueca que le regaló, era comparable a uno de sus más peligrosos gestos y le susurró—: Pero no te preocupes, chiquita, yameasegararéeneldormitorio dequemontesydomesaestecavernícola lascivo.

Y Alejandra sabía que cumpliría su promesa, al menos eso esperaba con ferviente esperanza. Porque el Valen Lemacks que ella conocía siempre apostaba para ganar. Había ganado su corazón desde el principio. Había sido suyo desde el momento que escuchó por primera vez su dominante voz arremeter burlonamente contra ella a través del hilo telefónico, tres años atrás.

—*Buenos días, señor Lemacks...*

—*Señorita Acosta*

EPILOGO

Seis años después...

—Espero que le guste el regalo que le llevamos a Rachel, papá.

Valen observó la preocupación en el rostro de su hija pequeña. Sonrió sin poder evitarlo. Valentina Lemacks era una mujer encerrada en el cuerpo de una pequeña de seis años. La niña hablaba con traen elocuencia y buscaba siempre la perfección de las cosas.

— ¿Papá, me estás escuchando?

Y también requería de una atención absoluta.

—Papá no le haría caso a un Tyrannosaurus rex como tú.

Giacomo molestaba a su hermana pequeña y la niña apretó la mano de su padre. Valen tenía agarrado en cada una a los únicos herederos absolutos de la dinastía Lemacks. Los niños comenzaron a discutir afectuosamente. Gio, con doce años, era un niño reservado, motivado y con una enorme percepción de lo que pasaba a su alrededor y cuidaba a su hermana como nadie. Tinny era la luz de sus ojos y se metía con ella tanto como la cuidaba de los peligros del mundo.

—Eres un Tyrannosaurus rex. Todas las noches escucho esos ronquidos de monstruo...

— ¡Eso no es cierto! ¡Paaaapá!

Valen rió con fuerza.

—Hasta papá reconoce que eres un Tyrannosaurus.

La niña le sacó la lengua a su hermano mayor y caminó a su lado, ataviada en un traje de volantes negro de bolitas rojas. Pese a su corta edad, la pequeña tenía un marcado estilo gótico a la hora de vestir. Valen se volvió a observar a su hija.

Su cabello rubio oscuro estaba peinado hacia atrás en un moño que terminan en suaves rizos y los cálidos ojos grises estaban tristes y distantes. Valen detuvo su caminar y la levantó del suelo.

—En todo caso, muñeca, serías el Tyrannosaurus rex más hermoso que nunca existió.

Sus ya grandes ojos se hicieron inmensos con sorpresa. Lo miraba con tal adoración que día con día Valen se proponía ser un mejor hombre por ella.

—¡Te quiero mucho papá! —chilló la niña mientras se colgaba del cuello del

hombre. La pequeña le pasó las yemas de los dedos por el rastrojo de barba de dos días que cubría sus mejillas.

Y yo a ti, cariño, y yo ti.

Giacomo sonrió oscuramente cuando su padre removió sus cabellos castaños y lo estrechó contra su costado. Pronto llegaron a la escalinata que los llevaría a la puerta de entrada de la gran casa de Mathew. Rachel, el pequeño rubio tesoro de los Hayes y su hija, eran muy amigas, y ellos les habían prometido que pasarían el día juntas.

—Pero a quién tenemos por aquí... —Valentina se giró para descubrir al hombre que subía detrás de ellos.

—¡Padrino, padrino!

La cariñosa niña se soltó del agarré de su padre y corrió hacia Mathew Hayes, quien la recibió en brazos y la levantó en el aire.

—Hola, muñequita preciosa, ¿cómo estás?

Valentina comenzó a contarle sus días en el colegio como una pequeña cotorra. Valen observó todo pensando en lo loco que había estado como para perderse aquella vida. Alejandra y sus hijos lo eran todo. Todo y más de lo que se merecía.

Mathew y él se saludaron.

—Acabo de llegar del supermercado. Que desastre es ir allí. ¡Odio cuando me toca la compra!

—Papá nunca hace la compra —alegó Valentina—. De eso se encarga nani Bianca.

—No todos podemos ser multimillonarios como tu padre, cariño. Mathew abrió la puerta y dejó que los niños entraran primero.

—Rachel, cariño, Tinny y Gio han llegado ya.

La niña bajó corriendo las escaleras y se apresuró a saludarlos a todos.

—Feliz cumpleaños, pequeña. —dijo Valen intentando ser más amable, aunque la única afabilidad que tenía, estaba dirigida única y exclusivamente a su familia.

—¡Gracias!

Giacomo le entregó la caja que llevaba a su hermanita y ambas damitas salieron disparadas hacia el jardín, jaloneándolo de la chaqueta para que las acompañara. El niño le dedicó una última miradamortificada a su padre y este torció una mueca.

—Diviértanse.

—Niñostengan cuidado...—Les advirtió cariñosa Nicole cuando pasaron

como tres pequeños cohetes a su lado. La esposa de Mathew caminó hacia ellos, estaba realmente elegante en su vestido corto en color beige.

—Sintiéndolo mucho, pero tengo que retirarme—anunció Valen mirando la hora en su caro reloj de muñeca—. Dejé pendientes algunas cosas por hacer

—Entiendo. Te refieres a que quieres aprovechar que los niños no están para ver si encargas al tercer Lemacks —Rió Nicole.

—Todos pasamos por lo mismo —apoyó Mathew a su esposa—. Con la llegada del primer bebé los planes del día entero en la cama se tornan cada vez más difíciles.

No era cierto. Al menos no en su caso.

Alejandra había adoptado una rutina que compensaba y entregaba lo mejor de ella a todos los miembros de su familia. En la mañana atendía la pequeña empresa de jardinería y restauración de exteriores que había montado en casa con Anthony Fisher. La tarde era de los niños y sus deberes y juegos. Y para él había reservado la noche entera. Por lo que su apetito sexual estaba más que bien servido.

—No habrá un tercer Lemacks. Tinny y Gio llenan nuestra vida. No necesitamos más y no quiero exponerme a perder a Alejandra.

—¿Ellalo comprendió así?—preguntó Mathew arqueando un ceño, pues sabía lo mucho que le gustaba a la joven su papel de madre.

Valen asintió.

—Fue idea suya, pero sé que lo hizo por mí —Echó un nuevo vistazo a la hora y añadió—: Ahora, si me disculpáis, llego tarde.

Se despidió de los Hayes y salió apresurado. Mientras se dirigía al vehículo estacionado, sacó el móvil del interior de la chaqueta de su traje. Después de dos timbrados, escuchó la voz preocupada de Alejandra.

—Val, ¿pasó algo?

—No, chiquita. Solo quería avisarte que los niños se quedaron tranquilos en casa de Mathew.

Valen subió a la limusina y con un movimiento de cabeza le indicó a Frederic que siguieran su camino, tal y como lo había estipulado en el itinerario.

—Dios, yamehabíasasustado —Suspiró la mujer—. ¿Cómo están Math, Nic y su pequeña?

—Se encuentran bien, no conversamos mucho. Tienen muchos pequeños demonios en su patio trasero —dijo—. Supongo que tiene diversión para rato.

Alejandra rió.

—¿Volverás temprano a casa?

—Pienso que estaré para la cena —confirmó—. ¿Por qué lo preguntas?
¿Tienes algo especial para mí?

La voz se le puso gruesa y pesada ya que el sonido de la risa de Alejandra era suficiente para que las células de su cuerpo se activaran.

—Siempre tengo algo especial para ti —murmuró ella.

—¿Si vuelvo antes prometes que me lo darás antes de la cena? — preguntó murmurando, tentándola y acomodándose en el asiento para alcanzar el control de la persiana que le daría privacidad. El mismo con el que Tinny había estado jugando minutos antes.

No era hora de pensar en sus hijos.

Le pidió con una seña a Frederic que cambiara de rumbo para luego subir la ventanilla negra. Sonrió al escuchar la afirmación del otro lado del teléfono.

—¿Me obedecerás si te digo que quiero tus piernas a mi alrededor?

La escuchó jadear quedamente y él tragó con fuerza. La longevidad de aquella conversación sería manejada por la siguiente respuesta de su mujer.

—Sí.

«Buena chica.»

—¿Qué llevas puesto, chiquita? —Ella soltó una pequeña risita confabuladora.

—El vestido blanco de satén, el que me regalaste para San Valentín.

Mierda.

Recordaba ese vestido. Recordaba habérselo quitado con la premura de la necesidad, del celo y la desesperación por sentirse aceptado y amado. Querido por aquella mujer. Esa cena había terminado antes, siquiera, de comenzar. Pero juntos habían danzado contra todas las paredes de la cabaña. Valen solo recordaba cómo se había sentido cuando el hogar entre sus piernas le había recibido y lo había cobijado.

—¿Sabes lo que estoy pensando justo en este momento? —inquirió con la mano izquierda estirada sobre el sillón y cruzando las piernas elegantemente.

—En aquella noche —adivinó la mujer y Valen se la imaginó sonrojada, con los ojos brillantes, sus turgentes pechos pesados y los pezones duros como guijarros.

—En tus jadeos, en lo bien que me sentí en tu interior, en lo exquisito que es el sabor de tu clímax en mi boca... —Va-aal —tartamudeó ella.

Seguro que habría salido de donde quiera que estuviera para esconderse en alguna parte de la mansión.

—Quiero que lleves el liguero rojo con la combinación de lencería que escogí

para ti. —Lo... lo llevo.

—¿Estabas esperando jugar por teléfono, verdad? —le dijo, paseándose la lengua por los resacos labios—. Imagínate abriendo tus piernas con fuerza, mientras mis palmas calientes se deslizan por tus piernas, por tus rodillas, por tus suaves muslos. Mi aliento en tu centro húmedo y pulsante. Necesitado.

—Dios mío, Val —gimió Alejandra.

—¿Te tocarás para mí? ¿Me dirás cómo se siente?

—Sabes que siempre se siente bien cuando me tocas.

—Entonces tócate pensando en mí.

Ella rió bajo, con sensualidad y él se la imaginó haciendo exactamente lo que le describía. Su polla saltó en sus pantalones para comenzar a hincharse y engrosarse.

Rayos, nunca tendría suficiente de esa bruja.

Pidió a Frederic que acelerara.

Él quería estar allí, y verla tocarse. Mierda. Realmente lo quería.

Alejandra sacudió la cabeza y terminó de limpiar la encimera de la cocina. Agradecía que Bianca estuviera en la segunda planta y nadie merodeara las inmediaciones. Eso le había permitido hablar con Valen a gusto y placer.

—Entonces tócate pensando en mí.

Ella se atragantó y calculó mal con el pequeño soplete con el que intentaba darle un toque a unas brochetas, pero terminó incendiándolas.

—¿Chiquita?

—Lo haré, claro —respondió ella, aunque no recordaba que le había preguntado.

La mujer comenzó a dar golpes con el secador sobre el fuego antes que se propagara por toda la mansión. —¿Desearías que estuviera allí?

«¡No sabía él cuánto!»

—Desearía que estuvieras aquí para que aplacaras este fuego.

Ella siguió manoteando mientras tiraba la brocheta al lavaplatos e intentaba abrir la llave sin quemarse.

Jadeó cuando una parte de la tela comenzó a encenderse. La soltó y esta cayó al suelo. Alejandra comenzó a aplastar el fuego con el zapato.

—¿Ale?

—Sí, cariño, sí, me falta poco —dijo agitada por todo el movimiento requerido.

¡Iba a incendiar toda la vivienda!

Cuando el fuego estuvo controlado, lanzó un suspiro y se agachó para recoger

las cosas del suelo que había tirado.

—¿Ya llegaste? —preguntó ella, de rodillas en la parte baja de la cañería, donde había una pequeña fuga a causa del fuego.

¿Lo hiciste tú, nena?

No, aún no.

¿Cómo demonios iba a llegar hasta allí a dentro con aquel balde tan grande?!

Ella se puso de a cuatro y metió la cabeza debajo del fregadero. Intentó mover una pequeña tuercita para cortar el suministro de agua, pero se golpeó la mano.

—¡Ay, mierda! —se quejó metiendo su dedo pulgar golpeado a la boca.

—¿Qué haces, cariño?

—Intentando no mojarme tanto, cielo.

Alejandra logró cerrar la llave y suspiró.

«Si Valen supiera a lo que se refería me prohibiría pisar de nuevo la cocina», pensó.

—¿Así que a esto era a lo que te referías?

Ella se sobresaltó, y se giró mordiéndose el labio inferior.

«Por favor, por favor, por favor», rogó.

Pero igual se encontró directamente con los ojos grises y aparentemente enfadados de Valen.

—Yo... yo... —tartamudeó, dejando el teléfono a un lado—. ¡Puedo explicarlo!

—Así que crees que es gracioso jugar con tu abnegado marido de esa manera, ¿eh?

—No...

—¡Ven aquí! —Le ordenó, y ella iba a salir corriendo de la instancia como una adolescente, cuando él la capturó en sus brazos y le puso encima de su hombro—. ¡Ya te enseñaré yo a jugar sucio!

—¡Val, en serio, no es lo que parece!

Valen rió, mientras le daba una azotaina a su trasero.

—¡Ya te enseñaré yo, mujercita del demonio, que tienes que obedecer a tu querido esposo!

Ella rió.

—Te obedezco esposo.

—Cuando te conviene —gruñó él, dándole un pequeño cachete en la nalga.

El hombre subió las escaleras y entró a su habitación mientras la mujer continuaba riendo. Allí la bajó, jaló su rostro hacia el suyo. La besó con urgencia, con fuerza, con pasión haciéndola retroceder hasta pegarla a la

puerta del dormitorio y mientras la besaba y mordía sus labios, cerró con pestillo. Ella tiró de la corbata de su marido para acercarlo más, mientras sus manos se posaban sobre los pectorales de acero.

Jugó con los botones de la camisa blanca mientras él le invadía la boca con su lengua y apoyaba ambas manos sobre la madera. Su boca fue asaltada con bravura, con ardor.

Cuando sintió los labios doloridos, bajó por su cuello en un sensual rosario de besos, mordidas y succiones.

Ella gimió, mientras sacaba su cuerpo del confinamiento de la camisa y pasaba las yemas suavemente hacia el sur. Valen le quitó el vestido de un solo tirón para degustar de ella.

Amasó sus pechos, y se deshizo del sujetador abriendo el broche delantero. Luego la levantó del suelo y la llevó hacia la cama, mientras se deshacía de sus zapatos. Comenzó a desvestirse, mientras ella, sentada en el borde, le ayudaba a abrirse el cinturón y tanteó el botón como la bragueta del pantalón.

—¿Así que no eras tan indiferente a nuestra conversación? —preguntó sonriendo, mientras se quitaba los pantalones y se agachaba para morderle un pezón erecto.

Ella gimió.

—Nunca seré inmune a ti —Valen la cargó y se instaló entre sus piernas.

Alejandra lo abrazó y se sintió completamente en casa, cuando la protuberancia del falo erecto de su marido jugó con la tela del encaje de la lencería

—Sí...

—¿Rápido o lento? —preguntó paseando uno de sus dedos por el trasero de su mujer.

—Como sea que tú me necesites.

Valen sonrió, y siguió desnudándola. La dejó solo con el liguero rojo. Se veía sexy, tentadora.

Cuando estuvo todo dispuesto, paseó uno de sus dedos por los labios internos de Alejandra. Mientras sentía que se iba humedeciendo, le mordisqueaba las bellas aureolas y terminaba por torturar sus pezones. Adoraba provocarla.

—Veamos entonces que tan buena contrincante eres.

Ella medio rió, medio gimió.

El movimiento ondulante de su cuerpo le decía a él que estaba lista para recibirlo y le encanta la respuesta, puesto que se sentía consumido por el aumento de temperatura que había sufrido desde la limusina.

Si sus bolas aún no estaban azules, y servían, sería el mejor clímax de su vida. Negó mentalmente. Demonios, él podía correrse con la sola visión de su mujer desnuda.

¿Volverás a jugar conmigo?

¿Si digo que sí, dejarás de... —Sus mejillas se incendiaron como las brochetas en la cocina— de follarme?

—Veo, señora Lemacks que ha adquirido un lenguaje muy sucio... Eso, cariño, merece un castigo —Sonrió, dándole una palmada en el clítoris.

Ella gimió.

—Val...

Valen colocó la cabeza de su pene en la raja húmeda y goteante de Alejandra. Empujó un poco, luego retrocedió.

Volvió abrir la abertura con la cabeza de su glande y luego retrocedió.

Ella se movía, buscándolo.

El hombre se quedó, repentinamente inmóvil, con la cabeza de su enorme falo erecto abriendo el estrecho canal. Se tomó su tiempo.

—Tengo algo que decirte —Le anunció de pronto, besando los labios femeninos. Los grandes ojos de Alejandra lo escrutaron mientras intentaba controlar la sensación de la semi-invasión y la fascinación de su inocente mirada. Carraspeó—. El amor, aparece de repente como sorprende el sol en primavera, lo que era frialdad se vuelve hoguera y torna al aterido en ascua ardiente. Te ovilla la razón, como hilandera y eres huso en su mano en el futuro, quedando para siempre, prisionera.

Ella rió, porque algo en su corazón se había arrugado al verlo tan fuera de su elemento y le quiso quitar rigor al momento.

—Es tu manera de decirme, tal vez, que me quieres —declaró en tono de pregunta. Valen empujó dentro de ella para alentarla a moverse. —Lo que siento nutre, alimenta, cura, desborda y satisface... —susurró penetrándola completamente.

Salió y volvió a entrar en ella, mientras la observaba. El movimiento de sus caderas la taladraba, pero no entendía a qué venía todo aquello.

—Val...

—Contigo me siento completo, vivo —continuó mientras volvía a embestirla con fuerza—, me siento único y especial. Te has vuelto mi motor —Jadeó, porque el placer que experimentaba con su mujer era lo único que podía hacerlo desfallecer.

Una sonrisa tan hermosa como un amanecer en la playa curvó los labios de

Alejandra.

—No necesitas esforzarte en decirlo —dijo acariciando su rostro y disfrutando de su barba.

—El amor no es porque te necesite, te necesito porque te amo.

Dicho esto, se hundió profundamente y Alejandra se sintió repleta. Cuando llegaron al orgasmo en medio de gemidos y gritos, ella no pudo evitar sollozar. Valen la atrajo hacía él, abrazándola y besando su frente.

—¿Qué ocurre, cariño?

Ella estaba demasiado llena de sentimientos como para poder hablar, para transmitirlo.

Tragó.

—Volvería a pasar por todo de nuevo, si este es el final —murmuró resplandeciendo de amor—. Volvería a llamar a tu despacho y atravesaría el mismo dolor de perderte y la incertidumbre de no volver a verte con tal de terminar de nuevo abrazada a ti, sintiéndome amada.

Valen la besó y gruñó:

—Nunca hubiera podido ser de otra manera, chiquita, porque tú y yo estuvimos *siempre conectados*.

FIN